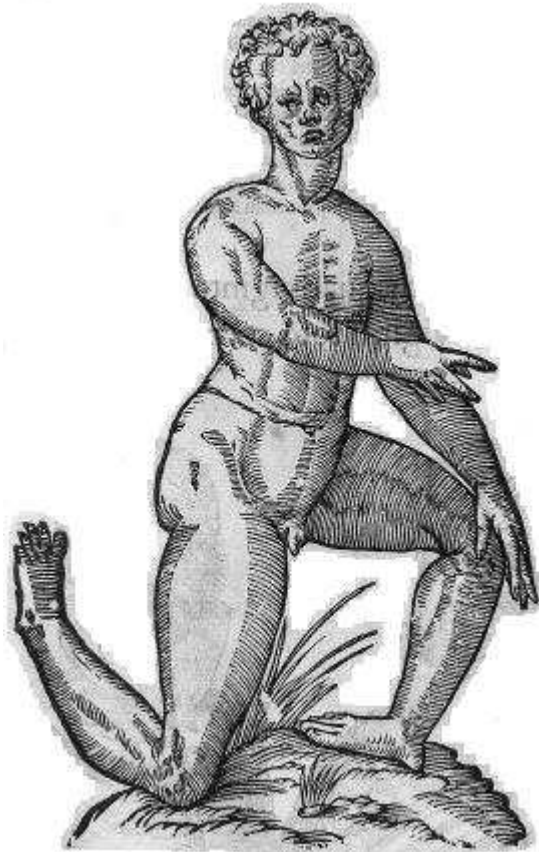


# LOVECRAFTIANA

~ 3 ~



# **EL HORROR SOBRENATURAL EN LA LITERATURA<sup>1</sup>**

H. P. Lovecraft

## **1. INTRODUCCIÓN**

El miedo es una de las emociones más antiguas y poderosas de la humanidad, y el miedo más antiguo y poderoso es el temor a lo desconocido. Muy pocos psicólogos lo niegan y el hecho de admitir esa realidad confirma para siempre a los cuentos sobrenaturales como una de las formas genuinas y dignas de la literatura. Contra ellos se disparan todos los dardos de un sofisticado materialismo, que con tanta frecuencia se aferra a las emociones de la experiencia, a los sucesos exteriores y a un idealismo tan ingenuo como insípido que se opone a las motivaciones estéticas, abogando por una literatura puramente didáctica, capaz de ilustrar al lector y “elevantarlo” hacia un nivel adecuado de afectado optimismo. No obstante, pese al rechazo o a la indiferencia, los cuentos fantásticos sobrevivieron, se desarrollaron y alcanzaron su plenitud, al amparo de su origen en un principio básico tan profundo como elemental, cuyo hechizo (aunque no siempre universal) es irresistible para los espíritus verdaderamente sensibles.

El alcance de lo espectral y lo macabro es por lo general bastante limitado, pues exige por parte del lector cierto grado de imaginación y una considerable capacidad de evasión de la vida cotidiana. Y son relativamente pocos los seres humanos que pueden liberarse lo suficiente

---

<sup>1</sup> Supernatural horror in literature.

de las cadenas de la rutina diaria como para corresponder a las intimaciones del más allá. Las narraciones que trafican con los sentimientos y acontecimientos comunes o con las deformaciones sentimentales y triviales de tales hechos, siempre ocuparán el primer puesto en el gusto de la mayoría: esto tal vez sea lo justo pues esas circunstancias cotidianas conforman casi la totalidad de la experiencia humana.

Sin embargo, no cabe duda de que los seres sensibles siempre estarán entre nosotros, y a veces una curiosa estela de inquietud puede invadir el recóndito rincón de la mente más firme, de modo tal que ningún racionalismo o análisis freudiano puede borrar por completo el estremecimiento causado por un susurro en el rincón de la chimenea o la soledad en un bosque sombrío. Y aquí nos encontramos con un modelo psicológico o tradicional tan genuino y tan profundamente enraizado en la experiencia mental como puedan serlo otros modelos o tradiciones de la humanidad; un elemento paralelo a los sentimientos religiosos e íntimamente vinculado con muchos de sus aspectos, participando en tal medida de nuestro legado biológico que difícilmente pierda su poderosa influencia en una parte minoritaria, aunque importante, de nuestra especie.

Los primeros instintos y emociones del ser humano forjaron su respuesta al ámbito en que se hallaba sumiso. Los sentimientos definidos basados en el placer y el dolor nacían en torno a los fenómenos comprensibles, mientras que alrededor de los fenómenos incomprensibles se tejían las personificaciones, las interpretaciones maravillosas, las sensaciones de miedo y terror tan naturales en una raza cuyos conceptos eran elementales y su experiencia limitada. Lo desconocido, al igual que lo impredecible, se convirtió para nuestros primitivos antecesores en una fuente ominosa y omnipotente de castigos y de favores que se dispensaban a la humanidad por motivos tan inescrutables como absolutamente extraterrenales, y pertenecientes a unas esferas de cuya existencia nada se

sabía y en la que los humanos no tenían parte alguna.

Del mismo modo, el fenómeno de los sueños contribuyó a elaborar la noción de un mundo irreal y espiritual, y, en general, todas las condiciones de la vida salvaje en la alborada de la humanidad condujeron hacia el sentimiento de lo sobrenatural de una manera tan poderosa, que no podemos asombrarnos al considerar cuán profundamente la especie humana esta saturada del antiguo legado de religiosidad y superstición. Y bajo un punto de vista estrictamente científico esta saturación debemos comprenderla como un elemento permanente en lo que respecta al subconsciente y a los instintos más profundos del ser humano; pues aunque la esfera de lo desconocido ha ido reduciéndose a través de los milenios, un abismo insondable de misterio sigue envolviendo al cosmos, mientras que un vasto residuo de asociaciones tenebrosas y titánicas continúa aferrándose a todos los elementos y procesos que antaño eran completamente incomprensibles. Ahora, por supuesto, esos fenómenos pueden explicarse perfectamente. Pero más allá de todo esto, existe una fijación fisiológica de los primitivos sustentos en nuestro tejido nervioso, que puede sensibilizarlos oscuramente aun cuando la mente consciente se libere de todas las fuentes de lo maravilloso.

Las angustias y el peligro de muerte se graban con mayor fuerza en nuestros recuerdos que los momentos placenteros; del mismo modo los aspectos tenebrosos y maléficos del misterio cósmico ejercen una fascinación más poderosa sobre nuestros sentimientos que los aspectos beneficiosos. Estos últimos han sido acogidos y formalizados por los rituales religiosos convencionales, mientras que los primeros han alimentado al folklore popular. Esta fascinación se agudiza asimismo por el hecho de que la incertidumbre y el peligro unidos a cualquier vislumbre de lo desconocido, conforman un universo de amenazas espirituales de índole maléfica. Y si a esa sensación de temor numinoso se le agrega la irresistible

atracción por lo maravilloso, entonces nace un complejo sistema de agudas emociones y de excitación imaginativa cuya vitalidad, ha de perdurar tanto como la propia raza humana. Los niños siempre sentirán miedo a la oscuridad, y el adulto, a merced de los impulsos hereditarios, siempre se estremece al pensar en los mundos insondables preñados de vida extraña, que habitan los espacios interplanetarios, o en las dimensiones impías que rodean a nuestra tierra vislumbradas sólo en momentos de locura.

A partir de tales conceptos, no cabe asombrarse de la existencia de una literatura relacionada al terror cósmico. Siempre existió y siempre 8 existirá, y no hay mejor prueba de su tenacidad como el impulso que mueve a ciertos escritores a extraviarse de los caminos trillados para probar su ingenio en textos aislados, como si desearan alejar de sus rosales sombras fantasmagóricas que de otra manera seguirían acosándoles. Y así tenemos a Charles Dickens imaginando varios relatos sobrenaturales; a Robert Browning escribiendo su horrible poema *Childe Roland*; a Henry James y su *Otra vuelta de tuerca*; al médico y escritor norteamericano Oliver Wendell Holmes, con su inteligente novela *Elsie Venner*; a Francis Marion Crawford (*La literatura superior*) y tantos otros ejemplos, como el caso de la asistente social Charlotte Perkins Gilman y su relato *The Yellow Wall Paper* (*El empapelado amarillo*) mientras el humorista W. W. Jacobs escribía su melodramático cuento titulado *La pata de mono*.

Pero no hay que confundir este tipo de literatura de terror con otra especie que aunque superficialmente similar, es bien distinta desde el punto de vista psicológico: me refiero a la literatura macabra con efectos de horror físico. Esos escritos, al igual que las fantasías ligeras y humorísticas en donde el malicioso guiño del autor intenta escamotear el auténtico sentido de los elementos sobrenaturales, no pertenecen a la literatura del terror cósmico en su más puro sentido.

Los genuinos cuentos fantásticos incluyen algo más que un

misterioso asesinato, unos huesos ensangrentados o unos espectros agitando sus cadenas según las viejas normas. Debe respirarse en ellos una definida atmósfera de ansiedad e inexplicable temor ante lo ignoto y el más allá; ha de insinuarse la presencia de fuerzas desconocidas, y sugerir, con pinceladas concretas, ese concepto abrumador para la mente humana: la maligna violación o derrota de las leyes inmutables de la naturaleza, las cuales representan nuestra única salvaguardia contra la invasión del caos y los demonios de los abismos exteriores.

Por supuesto no todos los cuentos fantásticos se ajustan a un determinado modelo teórico. La mente creativa es despareja y la mejor de las estructuras tiene su punto ciego. Además, buena parte de ellos son el resultado de ciertos efectos memorables que surgen del subconsciente o han sido elaborados a partir de las más variadas fuentes. La atmósfera es siempre el elemento más importante, por cuanto el criterio final de la autenticidad de un texto no reside en su argumento, sino en la creación de un estado de ánimo determinado.

Por lo general, un cuento macabro que trata de enseñar o fomentar un efecto de tipo social, o un relato cuyos horrores se pueden explicar por medios naturales, no es un auténtico cuento de espanto cósmico. No obstante, hay que admitir que tales relatos poseen, en algunos pasajes, matices ambientales que responden a las condiciones que ya hemos mencionado.

Podemos juzgar un cuento fantástico, entonces, no a través de las intenciones del autor o a la pura mecánica del relato, sino a través del nivel emocional que es capaz de suscitar por medio de sus más pequeñas sugerencias sobrenaturales. Si es capaz de enervar las sensaciones adecuadas, su “efecto” lo hace merecedor de los atributos de la literatura fantástica, sin importar los medios utilizados. El único comprobante de lo auténticamente sobrenatural es el siguiente: saber si suscita o no en el

lector un profundo sentimiento de inquietud al contacto con lo desconocido, una actitud de aprensión frente al avance insidioso del espanto, como si se estuviese escuchando el batir de unas alas tenebrosas o el movimiento de criaturas informes en el límite más remoto del universo conocido. Y naturalmente, cuanto mejor se logre evocar esa atmósfera a lo largo de todo el cuento, tanto mejor será su efecto artístico en ese tipo de literatura.

## 2. LOS ORÍGENES DEL CUENTO DE TERROR

Al ser una forma literaria tan íntimamente relacionadas a las emociones primitivas, el evento de terror es tan antiguo como el pensamiento y el habla humanos.

El horror cósmico figura preponderantemente en el antiguo folklore de todas las razas y cristalizó en las baladas, crónicas y escrituras sagradas. Era, sin duda, un rasgo primordial de los rituales mágicos, con sus invocaciones de demonios y espectros, y que alcanzaron su mayor desarrollo en Egipto y entre los pueblos semíticos. Fragmentos tales como el *Libro de Enoch* y el *Claviculae* de Salomón ilustran claramente la pujanza de los elementos sobrenaturales en las mentes del Oriente antiguo, y sobre esas ideas se asentaban unas tradiciones cuyos ecos se han extendido hasta nuestros días. Esos temores trascendentales se reflejan asimismo en la literatura clásica de Occidente, y se acentuaba mucho más aún en la tradición de las baladas legendarias paralela a la corriente clásica, pero que desapareció por falta de testimonios escritos. La Edad Media, sumida en fantásticas tinieblas, dio un gran impulso a las representaciones trascendentales, y tanto en Oriente como en Occidente se trató de preservar y ampliar el sombrío legado extraído tanto del folklore como de la magia y los textos cabalísticos, que había llegado hasta ellos. Las brujas, los

hombres-lobos, los vampiros y otras criaturas tremebundas, estaban en labios de las ancianas y también de los poetas populares, y era muy corto el paso que faltaba dar para rebasar los límites que separaban a los relatos orales de la composición literaria. En Oriente, los cuentos sobrenaturales tendían a un virtuosismo pleno de matices que casi los transmutaba en la más pura fantasía. En cambio, en Occidente, entre los místicos teutones que habían llegado desde sus tenebrosas selvas boreales y los celtas con sus extraños rituales druídicos, las leyendas sobrenaturales asumían una intensidad ominosa y se rodeaban de una atmósfera de convincente gravedad que duplicaba la potencia de unos horrores a medio explicar y apenas insinuados.

Gran parte del trasfondo del folklore occidental y de los cantos sobrenaturales provenía incuestionablemente de las leyendas acerca de los cultos antiquísimos y terribles, cuyos adoradores - procedentes de las épocas pre-Aria y pre-agrícola, cuando una raza colonizadora de mongoloides invadió Europa con sus rebaños - practicaban los ritos de fecundidad. Este culto secreto, transmitido de generación en generación durante milenios, pese a la dominación de las religiones druídica, grecorromana y cristiana, estaba marcado por el salvaje “aquejarre de brujas” que tenía lugar en los bosques y las colinas remotas durante la noche de Walpurgis y también durante la noche de Todos los Santos, que constituyen las temporadas tradicionales para la reproducción de las cabras y las ovejas. Este culto se convirtió en el manantial de un riquísimo acervo de leyendas mágicas, y además dio impulso a la demencial persecución de las hechiceras cuyo resultado en Norteamérica fue el famoso caso de las brujas de Salem. Similar en su esencia y tal vez vinculado directamente con dicho culto, era la siniestra cofradía de los adoradores de Satanás, teología invertida que originó los horrores de las afamadas “Misas negras”; en un sesgo de la misma tendencia podemos incluir a las actividades de quienes



perseguían unos objetivos más o menos científicos y filosóficos, tales como los astrólogos, cabalistas y alquimistas del tipo de Alberto Magno o Raimundo Lulio, que abundaban en aquellos tiempos. El predominio y arraigo de lo terrorífico en la Europa medieval, intensificado por la desesperación causada por los azotes de la peste, puede ejemplificarse con claridad a través de las grotescas esculturas introducidas en la mayoría de las obras religiosas del último período del gótico; las demoníacas gárgolas de la iglesia de Nôtre Dame en París y del Mont Saint Michel figuran entre los ejemplos más famosos<sup>2</sup>. Y a lo largo de toda esa época, es importante recordar que tanto la gente ilustrada como el populacho creía firmemente en todas las manifestaciones sobrenaturales, desde las más dulces doctrinas del cristianismo hasta las mayores monstruosidades de la hechicería y la magia negra. Ello explica, en parte, el surgimiento y la casi universal fama de los magos y alquimistas del Renacimiento: Nostradamus, Trithemius, el doctor John Dee, Robert Fludd y otros.

De ese fértil terreno se nutrieron los temas y los personajes de las leyendas y mitos tenebrosos que perduraron en la literatura fantástica hasta nuestros días, disfrazados o alterados por la sofisticación moderna. Muchos de ellos provienen de las fuentes orales más primitivas y forman parte del legado permanente de la humanidad. El espectro que aparece para exigir la inhumación de sus restos, el amante duende que regresa para llevarse a su enamorada, el espíritu de la muerte o psicopompo que cabalga en el viento nocturno, el hombre lobo, la habitación sellada, el brujo inmortal, todos ellos figuran en esa galería tan curiosa de la ciencia medieval que Sabine Baring-Gould supo compilar tan eficazmente en su obra<sup>3</sup>. En todos los lugares en donde predominaba la mística sangre nórdica, la atmósfera de

---

<sup>2</sup> Un estudio fundamental para esa manifestación del arte europeo es el libro de J. Baltrusaitis *La edad media fantástica*. (N. del T.)

los cuentos populares es más intensa, mientras que en las razas latinas encontramos un matiz de racionalidad que le quita a sus supersticiones - aun a las más extrañas mucho del encanto tan característico de las leyendas nacidas en los bosques y los hielos del Norte.

La poesía es siempre la primera expresión literaria de los pueblos, y es en ella donde encontraremos la irrupción de lo sobrenatural en los escritos de la antigüedad. Es bastante curioso, sin embargo, que la mayoría de los ejemplos de la literatura clásica estén en prosa, tales como el caso del hombre lobo relatado por Petronio, las pasajes aterradores en Apuleyo, la breve pero famosa carta de Plinio a Sara, y la extraña compilación titulada *De los hechos maravillosos* del griego Flegon, escrita durante la época del emperador Adriano. En Flegon encontramos por vez primera el cuento de la novia fantasma, *Philinnon* y *Machates*, más tarde relatado por Proclo y que en la época moderna inspiraría a Goethe su balada *La novia de Corinto* y a Washington Irving el relato *Aventura de un estudiante alemán*. Pero en la época en que los antiguos mitos nórdicos asumen una forma literaria y cuando mas tarde los temas sobrenaturales surgen en ella, los hallamos principalmente en su poesía, del mismo modo que gran parte de la literatura imaginativa del Medioevo y el Renacimiento.

Los Eddas y las Sagas escandinavas retumban de horror cósmico y nos estremecen con el espanto de Ymir y sus monstruosos engendros; mientras que el *Beowulf* anglosajón y el germánico *Nibelungo* nos entregan variedad de brujerías y terrores nocturnos. Dante es uno de los primeros poetas que captura en versos clásicos la atmósfera macabra y en las estrofas de Spencer hay más de una pincelada de horror fantástico en la descripción de los paisajes y los personajes. En prosa nos encontramos con *La muerte de Arturo* de Thomas Malory, en la cual hay muchas escenas extraídas de

---

<sup>3</sup> *Curious Myths of the Middle ages*. Véase también del mismo autor *The Book of*

las antiguas baladas, tales como el robo de la espada del cadáver por parte de Sir Lancelot en la Capilla Peligrosa, el espectro de Sir Gawain y el demonio de la tumba vislumbrado por Sir Galahad; mientras que otros elementos literarios más toscos se popularizaban en libros baratos y sensacionalistas vendidos por los buhoneros y devorados por el vulgo. En los dramas isabelinos, como el *Doctor Fausto* de Marlowe, en las brujas de *Macbeth*, en el fantasma de *Hamlet* y en las macabras obras de John Webster, podemos observar claramente la fuerte influencia de lo demoníaco en la mente del pueblo; una influencia agudizada por el genuino temor a la magia negra engendrado por la superstición y el fanatismo religioso, cuyos terrores asolaron el continente y comenzaron a resonar en los oídos ingleses a medida que iba progresando la cacería de brujas bajo el reinado de Jaime I. A la prosa mística del pasado se fue agregando una larga serie de tratados de hechicería que mucho hicieron por exaltar la imaginación de los lectores.

A lo largo de los siglos XVII y XVIII nos encontramos ante una gran cantidad de leyendas y baladas tan fugaces como tenebrosas que, sin embargo, no alcanzan a incorporarse a la corriente de la literatura culta. Los folletos vendidos por los buhoneros en las aldeas, con relatos macabros y sobrenaturales, iban multiplicándose y alimentando el ávido interés del público por obras tales como *La aparición de la 14 señora Veal* de Daniel Defoe, un cuento basado en un hecho real acerca del espectro de una mujer que visita a una amiga, y utilizado como publicidad para poder vender una barata y aburrida disquisición teológica sobre la muerte.

Por esa época, la sociedad culta iba perdiendo la fe en lo sobrenatural, inclinándose por el racionalismo, pero ya a comienzos del siglo XVIII se insinuaba un renacer de los sentimientos románticos,

comenzando con la traducción de algunos relatos orientales bajo el reinado de Ana y continuando con la poesía, en expresiones que cobraban nuevos matices de extrañeza, de maravilla y estremecimiento. Despertaba la era romántica, con su exaltación de la naturaleza, la irradiación de los esplendores del pasado, de los paisajes extraños, las gestas temerarias y los prodigios increíbles. Y finalmente, tras la tímida aparición de algunas escenas fantásticas en las novelas de la época, como por ejemplo *Adventures of Ferdinand*, *Count Fathom* de Tobías Smollett, el instinto de lo maravilloso cristalizó en el surgimiento de una nueva moda literaria: novela “Gótica”, plena de horror y fantasía, cuya progenie habría de ser numerosa y, en muchos casos, resplandeciente de mérito artístico. No deja de ser francamente asombroso, cuando se medita en ello, que la literatura fantástica como forma literaria establecida y reconocida, tardara tanto en nacer y afincarse definitivamente. Los sentimientos que forman su esencia son tan viejos como el hombre, pero es un hecho que los típicos relatos sobrenaturales son, para la literatura, un vástago del siglo XVIII.

### 3. EL COMIENZO DE LA NOVELA GÓTICA

Los paisajes brumosos y espectrales del *Ossian* de James Macpherson, las visiones caóticas de William Blake, el grotesco brujeril del *Tam O'Shanter* de Robert Burns, el siniestro diabolismo de *Christabel* y *El viejo marinero* de Coleridge, el encanto misterioso del *Kilmeny* de James Hong, y los vislumbres de horror cósmico que figuran en *Lamia* y otros poemas de John Keats, ilustran la importancia de lo sobrenatural en la literatura romántica británica.

Nuestros primos germanos se mostraron igualmente sensibles a esta corriente, y las famosas baladas *Leonora* y *El cazador salvaje* de Gottfried Bürger - ambas imitadas en inglés por Walter Scottconstituyen sólo un

ejemplo de la riqueza de las fuentes legendarias alemanas. El poeta Thomas Moore adaptó en base a dichas fuentes la leyenda de la estatua espectral (utilizada luego por Prosper Mérimée en su *Venus d'Ille*) y que resuena de un modo tan estremecedor en su balada *The Ring* (El anillo); mientras que la obra maestra de Goethe, *Fausto*, transpone el reino de las baladas para convertirse en la clásica tragedia de las edades y puede contemplarse como la culminación del impulso poético germano.

Sin embargo, fue el cosmopolita y elegante inglés Horace Walpole quien le dio forma definitiva a la literatura macabra y se convirtió en su auténtico fundador. Amante de los romances y los misterios medievales, Walpole, que residía en un pintoresco castillo de estilo gótico en Strawberry Hill, publicó en 1764 *El castillo de Otranto*, una novela de argumento sobrenatural que, con toda su mediocridad y falta de convicción, estaba destinada a ejercer una influencia, casi sin precedentes en la literatura fantástica. Publicada en un principio como si fuera una adaptación del italiano de la obra de un mítico Onofrio Muraltó, Walpole reconoció más tarde su autoría, agradablemente sorprendido de su inmediata y amplia popularidad, popularidad que se extendió a varias ediciones, a su puesta en escena como obra dramática y a toda una serie de imitaciones tanto en Inglaterra como en Alemania.

La historia, aburrida, artificial y melodramática, se debilita por un estilo “elegante” y prosaico cuya donosidad cortés no permite crear, en ningún momento, una auténtica atmósfera sobrenatural. El argumento nos habla de Manfredo, un príncipe usurpador y sin escrúpulos dispuesto a fundar una dinastía. Tras la muerte misteriosa de su único hijo, Conrad, cuando el joven estaba a punto de casarse, Manfredo intenta repudiar a su esposa Hipólita para casarse con la mujer destinada a su desventurado hijo, el cual, dicho sea de paso, ha sido aplastado por la caída inexplicable de un gigantesco yelmo en el patio del castillo Isabel, la joven viuda,

escapa a los designios de Manfredo y en la cripta subterránea del castillo encuentra al noble Teodoro, quien se parece extrañamente al anciano Lord Alfonso que gobernaba al país antes del usurpador Manfredo. Luego de la tragedia nupcial, unos fenómenos sobrenaturales acosan al castillo: en varios lugares se descubren fragmentos de una gigantesca armadura, los retratos se salen de sus marcos, un rayo destruye el edificio y finalmente el colosal espectro de Alfonso en su armadura surge de las ruinas y asciende entre las nubes hacia el regazo de San Nicolás. Teodoro, que se había casado con la hija de Manfredo, Matilde, de la cual ha quedado viudo pues su padre la ha matado accidentalmente, se identifica como hijo de Alfonso y heredero legítimo del estado. La novela concluye con el casamiento de Isabel y Teodoro que vivirán muy felices, mientras que Manfredo, lleno de angustias, se retira a un monasterio y su desventurada esposa busca asilo en un convento.

Tal es la historia de Walpole, con un estilo pomposo y totalmente alejado del auténtico horror cósmico que caracteriza a la literatura fantástica. Sin embargo por ser la primer obra de la época que, gracias a sus pinceladas de extrañeza y a la antigüedad espectral que en ella se refleja, creaba un nuevo sentido de lo maravilloso, fue acogida seriamente por los lectores cultos y elevada - pese a su intrínseca ineptitud - a un encumbrado pedestal de la historia literaria. Lo que debe destacarse en *El castillo de Otranto* es la invención arquetípica de escenarios, personajes e incidentes, todo lo cual utilizado en forma más hábil por unos autores mejor adaptados por naturaleza a la creación fantástica, estimula el surgimiento de una escuela de lo gótico, que a su vez inspiró a los verdaderos artífices del terror cósmico, comenzando con Poe. Este nuevo andamiaje dramático consistía principalmente en un castillo gótico de tenebrosa antigüedad, sus vastas dimensiones y sus oscuros recovecos, sus salones desiertos o destartalados, sus húmedos pasillos, sus catacumbas recónditas y

espeluznantes y toda una galería de espectros y sombras amenazantes, formando un núcleo de suspenso y ansiedad demoníaca. Además tenemos al tiránico y perverso hidalgo en el papel de villano; la pura, eternamente perseguida y en general insípida heroína, que sufre los principales terrores y con la cual se identifica el lector; el valiente e inmaculado héroe, siempre de alta alcurnia, pero a veces presentado bajo un humilde disfraz; el rasgo convencional de unos nombres altisonantes, mayormente italianos, y toda una serie interminable de cortinajes y luces extrañas, puertas enmohecidas, lámparas que se apagan, manuscritos antiguos, goznes chirriantes, tapices que se estremecen, etc., etc. Todos esos artificios son utilizados con divertida monotonía, a veces con efectos convincentes, en casi todas las novelas góticas. Y todo ello no se ha extinguido ni mucho menos en nuestros días, aunque la sofisticación moderna obliga a utilizar técnicas menos ingenuas. El ámbito armonioso para una nueva escuela estaba maduro y el mundo literario aprovechó la oportunidad.

Los novelistas alemanes no tardaron en responder a la influencia de Walpole y muy pronto produjeron una cantidad apreciable de ejemplos, proverbiales por su regodeo en lo terrorífico. En Inglaterra, una de las primeras imitadoras de Walpole fue la escritora Ana Barbauld, quien en 1713 publicó un relato inconcluso titulado *Sir Bertrand* en donde con suma habilidad se tocan todas las cuerdas del verdadero terror. Se trata de la historia de un noble hidalgo que en un páramo solitario, es atraído por unas campanadas y una luz lejana; el personaje penetra en un castillo extraño cuyas puertas se abren y se cierran por sí solas y donde unos misteriosos fuegos fatuos ascienden por unas escaleras hacia manos muertas y estatuas negras. Luego se ve un ataúd con una dama muerta, que Sir Bertrand besa, y tras el beso, la escena se esfuma para dar paso a un espléndido salón en donde la dama, resucitada, ofrece un banquete de honor al caballero. Allí finaliza el fragmento.

Walpole admiraba este relato; sin embargo, sentía menos simpatía por un retoño más famoso de su *Otranto*, titulado *The Old English Baron* (El viejo Barón inglés) de Clara Reeve, publicado en 1777. Por cierto, esta novela carece de la auténtica atmósfera de misterio que distingue al fragmento de Ana Barbauld, y aunque menos tosco que la novela de Walpole y más artísticamente lograda al reducir el elemento extraño a una sola figura espectral, no deja de ser en última instancia algo insípida por su ampulosidad. Una vez más volvemos a encontrar al virtuoso heredero disfrazado de campesino y restaurado en sus legítimos derechos por el espectro de su padre. Al igual que *Otranto*, la novela tuvo gran popularidad y fue traducida al francés Clara Reeve escribió otro relato fantástico, que desgraciadamente quedó inédito y finalmente se perdió<sup>4</sup>.

La novela gótica ya había conquistado sus derechos como forma literaria, y los ejemplos fueron multiplicándose a finales del siglo XVIII. La obra de Sophia Lee *The Recess* (El refugio), escrita en 1785, cuenta con un elemento histórico, que gira en torno a las hijas mellizas de Mary, reina de Escocia, y aunque libre de elementos sobrenaturales, utiliza las escenas y mecanismos de Walpole con gran habilidad. Cinco años más tarde, todas las luminarias del género se vieron empalidecidas por la aparición de una nueva estrella, la señora Ann Radcliffe (1764-1823), cuyas famosas novelas pusieron definitivamente de moda el terror y el suspenso, enriqueciendo la novela gótica con una soberbia sensibilidad para la creación de una atmósfera espectral y amenazante, pese a la discutible costumbre de arruinar sus fantasías con explicaciones racionalistas meticulosamente elaboradas. La señora Radcliffe agrega a los elementos novelísticos ya familiares de sus predecesores una capacidad casi genial

---

<sup>4</sup> El cuento de Clara Reeve se titulaba *Castle Connor, An Irish Story*. Se trataba de una historia de fantasmas, y la autora lo extravió durante un viaje en carruaje (N. del T.).



para infundir al paisaje y los incidentes con un sentido genuino de lo sobrenatural; cada elemento de la acción contribuía en sus relatos a suscitar el temor que Ana Radcliffe deseaba despertar. Merced a ciertos detalles tales como un reguero de sangre en las escaleras del castillo, un gemido en remotos subterráneos o un cántico misterioso en las profundidades de un bosque, logra esta autora evocar las más poderosas visiones de un horror inminente, escapando a las extravagantes elaboraciones de otros autores del género. Y las imágenes ofrecidas en sus novelas no perdían fuerza pese a las explicaciones finales. Esta escritora poseía una imaginación visual muy poderosa, que se manifiesta en toda su plenitud en las deliciosas pinceladas paisajísticas con una sensibilidad pictórica de lo más fascinante, nunca recargadas, del mismo modo que en las sugerencias macabras. Su debilidad principal, junto al mencionado desencanto final, estriba en su tendencia a la inexactitud de los elementos geográficos e históricos y en su fatal predilección por adornar sus novelas con unos insípidos poemitas, atribuidos a uno u otro de sus personajes.

Ann Radcliffe escribió seis novelas: *The Castles of Athlin and Dunbayne* (1789), *A Sicilian Romance* (1790), *The Romance of the Forest* (1792) *Los misterios de Udolfo* (1794), *El italiano* (1797) y *Gastón de Blondville*, escrita en 1802, pero publicada póstumamente en 1826<sup>5</sup>. Entre ellas, *Los misterios de Udolfo* es la más famosa y podemos considerarla como la más característica de la primera época de la novela gótica. Cuenta la historia de Emilia, una joven francesa llevada a un castillo antiguo y portentoso en los Apeninos tras la muerte de sus padres y el casamiento de su tía con el dueño del castillo, el perverso aristócrata Montoni. Ruidos misteriosos, puertas que se abren solas, leyendas sombrías y el horror que se oculta en un escondrijo tras un velo negro, todo ello opera

---

<sup>5</sup> Ésta es la única novela en dónde la autora admite lo sobrenatural (N. del T.).

sofocantemente en los nervios de la heroína y de su fiel doncella, Anita; finalmente, tras la muerte de su tía, Emilia escapa del castillo con la ayuda de un compañero de cautiverio; durante el camino de regreso a su país, se detiene en un castillo embrujado de presencias inquietantes. Por último, la heroína recobra la seguridad y la felicidad junto a su amante Valancourt, después de haber esclarecido el misterio que durante tanto tiempo envolvía su nacimiento. Es, por supuesto, un argumento convencional, pero tan bien reelaborado que los *Misterios de Udolfo* será siempre un relato clásico. Los personajes de Radcliffe, como bien puede suponerse, son estereotipados, pero ese rasgo es menos notorio en su obra que en las de sus precursores. En cuanto a la creación de la atmósfera esta novela es muy superior a las demás.

De todos los innumerables imitadores de Ann Radcliffe, el que más se aproxima a su estilo y método es el novelista norteamericano Charles Brockden Brown. Al igual que ella, perjudica la originalidad de sus creaciones con explicaciones naturales, pero comparte con la novelista británica el poder expresivo que confiere a sus escenas macabras una tremenda vitalidad. Sin embargo difiere en un aspecto importante de su maestra, pues desdeña los castillos embrujados y la utilización de un ambiente fabuloso y medieval, prefiriendo situar sus misterios en los modernos escenarios americanos. El espíritu gótico está presente a pesar de todo, y las novelas de Brown abundan en escenas memorables de espanto, superando a la señora Radcliffe en su descripción de estados mentales perturbados. Su novela *Edgard Huntly* comienza con una escena de sonambulismo en un cementerio desolado, pero luego el relato se deteriora con la introducción de elementos moralistas y didácticos al estilo de William Godwin. Otra novela, *Ormond*, trata de un miembro de una siniestra cofradía. En ella, al igual que en *Arthur Mervyn*, describe, con singular eficacia, la epidemia de fiebre amarilla en Filadelfia y Nueva York

de la cual el autor había sido testigo. Pero el libro más conocido de Brown es *Wieland o La transformación*, en la que un protagonista, presa de fanatismo religioso, “escucha voces” y mata a su esposa y sus hijos, inmolados en sacrificio a su alucinación. Su hermana Clara, que cuenta la historia, pudo escapar milagrosamente al holocausto. La escena, que se desarrolla en la zona boscosa de Mittingen, en los remotos confines de Schuylkill, está retratada con viveza y nitidez.

Las angustias de Clara, acosada por presagios, peligros y por unas misteriosas pisadas que se escuchan en el silencio de la mansión solitaria, son rasgos artísticos de primera magnitud. Sin embargo, el desenlace ofrece la trivial explicación de un ventrílocuo llamado Garwin que, en este caso, representa al villano del tipo de Manfredo o Montoni.

#### 4. EL APOGEO DE LA NOVELA GÓTICA

La novela de horror alcanza una nueva malignidad en la obra de Matthew Gregory Lewis (1773-1818), autor de la novela *El monje* (1796) que alcanzó una gran popularidad granjeándole el apodo de “Monk” Lewis. Este joven escritor, educado en Alemania y buen conocedor del folklore teutón que la señora Radcliffe desconocía, utilizó con provecho esos conocimientos y volcó en su obra elementos terroríficos mucho más violentos que los pergeñados por la autora de *Udolfo*; el resultado fue una obra maestra de auténtica pesadilla cuyos elementos góticos tradicionales están condimentados con un cúmulo de rasgos macabros. La novela nos presenta a un monje español llamado Ambrosio que, condenado a morir en manos de la Inquisición, consigue escapar merced a un pacto con el demonio que asume la forma de la doncella Matilde quien había seducido anteriormente al monje. Tan pronto como el perverso demonio le lleva a un lugar solitario, le dice que le ha vendido su alma en vano por cuanto el

perdón como la posibilidad de salvarse estaban muy próximos en el momento de realizar su abominable pacto, y completa su burla reprochándole sus crímenes y precipitándole por un precipicio con su alma perdida para siempre. La novela incluye muchas descripciones escalofrantes tales como las invocaciones en un túnel por debajo del cementerio del convento, el incendio del monasterio y la muerte del desventurado abad. En las catacumbas 22 donde el marqués de las Cisternas se encuentra con el espectro de su antepasado “la monja ensangrentada”, el autor despliega su arte macabro, lo mismo que en la aparición del espectro a la cabecera del lecho del marqués y del cabalístico ritual mediante el cual el Judío Errante le ayuda a descubrir y alejar a su espectral atormentador.

Sin embargo, la obra se hace demasiado larga para el lector, demasiado larga y difusa; además pierde mucha de su fuerza debido al desenfado y a la embarazosa cuasi puerilidad de sus ataques contra el “decoro”. No obstante, a favor de Lewis está el importante hecho de que jamás arruina sus fantasías con una explicación racional. En ese aspecto rompe con la tradición de Radcliffe al dejar en libertad los instintos inherentes de la novela gótica. Lewis escribió otros relatos y un famoso drama *The Castle Spectre* (El espectro del castillo), representado en 1798, así como también numerosas baladas recogidas en los volúmenes *Tales of Terror* (1799), *Tales of Wonder* (1801) y algunas traducciones del alemán<sup>6</sup>. La publicación de novelas góticas, tanto inglesas como alemanas, alcanzó un nivel de saturación. En su mayor parte eran francamente ridículas para un lector de buen gusto y le famosa sátira de Jane Austen *La Abadía de Northanger*, era una crítica bien merecida a ciertos escritores que traficaban

---

<sup>6</sup> *Tales of Wonder* es una antología seleccionada por “Monk” Lewis, con colaboraciones de Walter Scott, Robert Southey, John Leyden y otros (además de Lewis, por supuesto) (N. del T.)

con lo absurdo. La escuela gótica estaba extinguiéndose, pero antes de su desaparición nos dio una última y grandiosa figura en la persona de Charles Robert Maturin (1782-1824) un oscuro y excéntrico sacerdote irlandés quien, además de una novela gótica al estilo tradicional titulada *The Family of Montorio* (1807), escribió una obra imponente del género fantástico, *Melmoth, el Errabundo* (1820), en la que la fábula gótica alcanza el más puro espanto espiritual jamás concebido hasta entonces.

*Melmoth* nos cuenta la historia de un caballero irlandés, que en el siglo XVII consigue del demonio una longevidad sobrehumana a cambio de su alma. Si Melmoth consigue persuadir a otra persona para que lleve su carga, entonces podrá salvarse: sin embargo, por mucho que acose a quienes atormenta con la desesperación, nunca consigue su propósito. La estructura de la novela es algo incómoda; se hace casi interminable con sus episodios dentro de episodios y por la longitud desconsiderada de algunos de ellos. Pero la obra supera largamente esos defectos, en ella se nota el pulso de una fuerza inexistente en las novelas anteriores del género: una afinidad con la verdadera esencia de la naturaleza humana, una comprensión de las fuentes más profundas de auténtico terror cósmico y la clara y ardiente pasión por parte del autor, que hace de su novela un genuino documento de expresión estética, más que un hábil ejercicio de composición artificiosa. Nadie puede poner en duda de que con *Melmoth* se dio un paso enorme en la evolución de la novela de terror.

Pues en esta obra el espanto huye del reino de lo convencional para elevarse como una nube amenazadora sobre el sino de la humanidad.

Los estremecimientos provocados por Maturin - los de un hombre capaz de estremecerse a sí mismo - son convincentes.

La señora Radcliffe y Lewis son fáciles de parodiar; en cambio, resulta difícil encontrar una nota falsa en la acción febril y en la atmósfera tensa del autor irlandés cuyo acervo místico celta le suministra los

elementos naturales para su tarea. Sin duda alguna, Maturin fue un hombre de genio, y así lo reconoció Balzac, quien colocó en un mismo nivel a *Melmoth* junto con el *Don Juan* de Molière, el *Fausto* de Goethe y el *Manfredo* de Byron como las supremas figuras alegóricas de la literatura europea. El mismo Balzac escribió un cuento ingenioso titulado *Melmoth reconciliado*, en el que el Errante consigue cerrar su trato infernal con el cajero de un banco parisino, \*quien a su vez se libra de su carga, siguiendo luego una larga cadena de transacciones y de víctimas hasta que el último depositario del pacto muere condenado por toda la eternidad.

Walter Scott, Rosetti, Thackeray y Baudelaire son otros titanes que admiraron a Maturin y no deja de ser significativo el hecho de que Oscar Wilde, después de su desgracia y destierro, eligiera para sus últimos días pasados en París llevar el nombre de “Sebastián Melmoth”.

La novela se inicia con la visión de un lecho de muerte: un viejo avaro está agonizando de puro miedo por algo que ha contemplado y que está relacionado a un antiguo manuscrito y a un retrato de familia colgado en una habitación oscura de su mansión centenaria en el condado de Wicklow. El anciano manda llamar a su sobrino John que se encuentra en el Trinity College de Dublin, y al llegar a casa de su tío advierte una serie de hechos extraños: los ojos del retrato relucen espantosamente y por dos veces una figura que se parece a la del mismo retrato se proyecta en la puerta. El espanto invade la mansión de los Melmoth, uno de cuyos antepasados, “J. Melmoth, 1646” está representado por el cuadro. El agonizante avaro declara que ese hombre - estamos en el año 1800 - sigue estando vivo. El anciano muere y el sobrino se entera a través de su testamento que debe destruir el retrato y el manuscrito. Al leer ese manuscrito, que fue redactado a fines del siglo XVII por un inglés llamado Stanton, el joven John se entera de un incidente siniestro acaecido en España en 1677, en donde el autor relata su encuentro con un compatriota

quien le confiesa haber asesinado a un sacerdote que trataba de denunciarle por suponerlo poseso del demonio. Luego, después de reencontrarse en Londres con ese compatriota, Stanton fue internado en un manicomio y allí recibió la visita del extraño, quien estaba precedido por una música espectral y cuyos ojos tenían una mirada más que inquietante.

Melmoth el errabundo - pues tal era el misterioso visitante - le ofrece al cautivo la libertad si acepta tomar sobre sus hombros el pacto demoníaco; pero Stanton resiste la tentación. La descripción de los horrores del manicomio que Melmoth utiliza para vencer la resistencia de Stanton, es uno de los pasajes más poderosos de la novela. Finalmente, Stanton es liberado y dedica el resto de su vida a seguir la pista de Melmoth, descubriendo su residencia ancestral. Al dar con la familia deja allí su manuscrito, que en la época del joven John ya está casi destruido e ilegible. John lo destruye junto con el retrato, pero es visitado en sueños por su siniestro antepasado, que le deja en la muñeca una señal negra y azul.

Poco tiempo después, John recibe la visita de un náufrago español.

Alonso de Moncada, quien ha escapado de la Inquisición. El relato de sus tormentos en las mazmorras es impresionante, pero tuvo la fuerza de voluntad de resistir las tentaciones de Melmoth cuando éste se le aproximó en los momentos más aciagos de su cautiverio. En la casa de un judío en donde se refugió tras escapar de sus verdugos, Alonso de Moncada descubre unos manuscritos que relatan otras aventuras de Melmoth, incluyendo sus relaciones con una muchacha india, llamada Immalee, quien más tarde recobra su patrimonio en España donde se la conoce bajo el nombre de doña Isidora, y de sus horribles esponsales presididos por el cadáver de un anacoreta, realizado a medianoche en la destruida capilla de un monasterio abandonado. El relato de Moncada al joven John constituye la mayor parte de los cuatro tomos de la obra de Maturin; y esta desproporción puede considerarse como la principal falla técnica en su

composición.

Finalmente, los coloquios de John y Moscada se ven interrumpidos por la llegada del propio Metmoth, cuyos ojos, antaño tan penetrantes, demuestran ahora la decrepitud que va apoderándose de su persona.

Se aproxima el fin de su pacto con el demonio y después de un siglo y medio de andanzas por el mundo, regresa al hogar para su última cita con el destino. Advierte a los dos hombres que no penetren en su habitación durante la noche, no importa los ruidos que pudieran escuchar, y que aguardará su fin en soledad. John y Moncada escuchan unos aullidos espantosos, pero no intervienen hasta que la calma se restablece al apuntar el amanecer. Se encuentran con la habitación vacía. Unas pisadas que han dejado restos de arcilla conducen desde la puerta hasta un acantilado que se levanta junto al mar, y al borde del precipicio hay indicios de un cuerpo arrastrado. La bufanda del Errabundo es visible en una roca a cierta distancia del borde del acantilado, pero nunca más se verá ni se oirá hablar de Melmoth.

Nadie dejará de advertir la diferencia que existe entre estos terrores sugestivos, artísticamente ejecutados y - usando las palabras del profesor Saintsbury - “el racionalismo genial, pero más bien árido de Ann Radcliffe y las extravagancias a menudo pueriles y el estilo a veces desmañado de Lewis”.

El estilo de Maturin merece ser elogiado muy especialmente, ya que su vigorosa rectitud y vitalidad lo distingue de los pomposos artificios de sus contemporáneos en el género. En su historia de la novela gótica, la profesora Edith Birkhead observa con justeza que “con todos sus defectos, Maturin ha sido el más grande a la par que el último de los góticos”. Melmoth fue muy leído y llevado a la escena, pero el hecho de haberse publicado en las postrimerías de la moda, le privó de la tumultuosa popularidad de *Udolfo* y *El Monje*.



## 5. EL LEGADO DE LA NOVELA GÓTICA

Mientras tanto otras manos no habían permanecido indolentes, y por encima de la temible plétora de mediocridades como *Horrid Mysteries* del marqués Von Grosse (1796), *Children of the Abbey* de la señora Rocha (1798), *Zofloya or the Moor* de la señora Dacre (1806) y los esfuerzos juveniles del poeta Shelley, *Zastrozzi* (1810) y *St. Irvine* (1811), surgieron muchas obras memorables tanto en inglés como en alemán. Entre ellas sobresale la *Historia del Califa Vathek*, del opulento y excéntrico William Beckford, una obra de mérito clásico y sumamente distinta a la de los otros escritores al estar basada en los cuentos orientales más que en la novela gótica a la manera de Walpole. La obra fue escrita originalmente en francés, pero publicada en traducción inglesa antes de la edición del manuscrito original. Los relatos orientales, puestos de moda en la literatura europea a comienzos del siglo XVIII a través de la versión francesa de las inagotables *Mil y una Noches* por Galland, se habían convertido en un modelo y se utilizaron tanto en forma alegórica, como en divertimento. El fino y malicioso humor de la mente oriental para entretener lo misterioso, cautivó a toda una generación hasta el extremo de que los nombres de resonancia exótica se extendieron a través de la literatura popular, lo mismo que habría de suceder con los apellidos españoles e italianos.

Beckford, aficionado a la novela oriental, supo captar la atmósfera con extraordinaria facilidad y en su novela refleja admirablemente la arrogante suntuosidad, el astuto desengaño, la socarrona crueldad, la cortés perfidia y el horror insidiosamente espectral del espíritu sarraceno. Los toques de lo ridículo rara vez desvirtúan la fuerza de sus temas siniestros, y la historia fluye en medio de una pompa fantasmagórica en donde nos parece escuchar la risa del festín de los esqueletos bajo las cúpulas adornadas de arabescos.

El nieto del califa Harun, atormentado por su ambición de poder, conocimientos y placeres (al estilo de los personajes góticos), se ve impedido por un ingenio demoníaco en su búsqueda del trono subterráneo de los fabulosos sultanes pre-Adamitas en los ardientes castillos infernales de Eblis, el soberano de los demonios mahometanos. Las descripciones del palacio y las diversiones de Vathek, el retrato de su siniestra madre, la hechicera Carathis y su torre embrujada, el cortejo de las cincuenta esclavas tuertas, del peregrinaje a las ruinas espectrales de Istakhar (Persépolis), de su descarada esposa Nouronihar a quien compró por el camino, de las torres de la primitiva Istakhar bajo la luz de la luna y el terrible y ciclópeo palacio de Eblis donde cada víctima está condenada a vagar eternamente con la mano derecha puesta sobre su corazón ardiente, son evidencia del indudable genio de Beckford en la creación de matices sobrenaturales, que le otorgan a su obra un lugar permanente en las letras inglesas. Memorables son también los tres episodios del *Vathek*, que el autor deseaba incluir originalmente en su novela como un coloquio entre las víctimas del infernal palacio de Eblis, pero que 28 permanecieron inéditos en vida del poeta y fueron descubiertos recién en 1909 cuando el erudito Lewis Melville los rescató entre los documentos que pensaba utilizar para su libro *Vida y cartas de William Beckford*. Beckford, sin embargo, carece del misticismo esencial que distingue a las formas más extremas de la literatura de terror, por lo que sus cuentos poseen una cierta solidez y claridad latina que excluye el puro horror pánico.

Beckford fue el único que utilizó las fuentes orientales. Otros escritores, más cercanos a la tradición gótica y a la vida europea, se contentaron con seguir el ejemplo de Walpole. Entre la multitud de novelistas góticos, cabe destacar al socialista William Godwin quien además de su famosa obra *Caleb Williams* (1794), escribió una novela fantástica titulada *St. Leon* (1799) en la que el tema del elixir de la vida, tal

como fue desarrollado por la imaginaria orden secreta de los “Rosacruces”, está tratado con gran ingeniosidad pero carece de una atmósfera convincente. Este elemento de los “Rosacruces”, alimentado por el interés popular hacia la magia que se demostraba en la fama conseguida por el charlatán Cagliostro y en la publicación del libro *El Mago* de Francis Barrett (1801) - un curioso tratado sobre los principios y ritos mágicos, que se volvió a reeditar en 1896 - figura en las obras de Bulwer Lytton, y en muchas novelas góticas tardías, especialmente en esa remota y endeble posteridad ya bien entrado el siglo XIX y representada por George W. M. Reynold y sus folletines *Faust* y *Wagner the Wehr-Wolf*. Aunque no es una novela fantástica, *Caleb Williams* posee muchos toques de genuino terror. Es la historia de un sirviente perseguido por un amo a quien aquel ha encontrado culpable de asesinato. La novela tiene una inventiva e ingenio destacables que la han mantenido viva hasta nuestros días. Fue representada en teatro con el título de *The Iron Chest* cosechando el mismo éxito que la novela. Pero Godwin era demasiado maestro y filósofo como para crear una verdadera obra maestra de lo fantástico.

Mary Shelley, hija de Godwin y esposa del poeta, tuvo mucho más éxito y su inimitable *Frankenstein* o *El moderno Prometeo* (1817) es un clásico del horror. Producto de un juego literario en donde ella, su esposo, Lord Byron y el doctor John Polidori probaron su ingenio en la creación de cuentos de fantasmas, el *Frankenstein* surgió como la única narración llevada a feliz término. La crítica ha fracasado en sus intentos para demostrar que lo mejor de la novela salió de la pluma del poeta y no de su esposa. La obra, apenas afectada por elementos didácticos y morales, cuenta la historia de una criatura artificial moldeada con restos humanos por un joven médico suizo llamado Víctor Frankenstein. El monstruo, producto del “demencial orgullo del intelecto”, posee inteligencia pero su aspecto es horrible y repulsivo. Despreciado y temido por todos, enfurece

de amargura y finalmente se convierte en el asesino de los seres más queridos de Frankenstein. La criatura exige del doctor la creación de una mujer para él; y cuando Frankenstein se niega a hacerlo, horrorizado ante la idea de un mundo poblado por esos engendros, el monstruo se retira con la horrible amenaza de “estar con él en su noche de bodas” Esa misma noche, la joven esposa muere estrangulada, y a partir de ese momento Frankenstein persigue al monstruo hasta las soledades del Ártico. Finalmente, tras haber buscado refugio en el barco del hombre que cuenta la historia, el mismo Frankenstein perece a manos del horrible producto de su presuntuoso orgullo. Algunas escenas de Frankenstein son inolvidables, como aquella cuando el monstruo entra en la habitación de su creador, iluminada por el resplandor amarillo de la luna, descorre las cortinas de su cama y le mira, con ojos acuosos - “si es que se puede hablar de ojos”.

Mary Shelley escribió otras novelas, entre ellas la muy notable *The Last Man* (El último hombre), pero jamás consiguió el éxito de su primera obra. Posee el verdadero sello del horror cósmico y poco importa la monotonía de algunos pasajes. El doctor Polidori desarrolló la idea que había germinado durante la apuesta, en un cuento titulado *El Vampiro* cuyo protagonista es un villano de pura estirpe gótica o byroniana; el relato tiene momentos excelentes de espanto, incluyendo una terrible experiencia, nocturna en un marginado bosque de Grecia.

En este mismo período Sir Walter Scott comienza a interesarse frecuentemente en lo sobrenatural, entretejiéndolo en muchas de sus novelas y poemas. Algunas veces escribió cuentos como *La habitación de los tapices* o *El cuento de Willie, el vagabundo*, en el último de los cuales la fuerza de los elementos espectrales se revela aún más por la grotesca rudeza del diálogo y la atmósfera. En 1820, Scott publica sus *Letters on Demonology and Witchcraft* que sigue siendo uno de los mejores compendios acerca de la hechicería.

Washington Irving es otro famoso escritor vinculado a los temas sobrenaturales; aunque sus fantasmas son, en general, demasiado caprichosos y humorísticos para considerarlos genuinamente espectrales, cabe destacar una manifiesta inclinación en este último sentido en algunas de sus obras. *La aventura de un estudiante alemán*, cuento incluido en *Tales of a Traveller* (1824) es una concisa y efectiva presentación de la antigua leyenda de la novia fantasma, mientras que en la trama cómica de *The Money Diggers* se entreteje una historia de buques y piratas fantasmas.

El poeta Thomas Moore se agrega a la lista, de autores que rozan lo fantástico con su poema *Alciphron*, cuyo argumento utiliza luego en la novela *El Epicúreo* (1827). Aunque relata simplemente las aventuras de un joven ateniense engañado por las artimañas de un sacerdote egipcio, Moore logra crear una atmósfera de horror en sus descripciones de los laberínticos subterráneos que se ocultan bajo los antiguos templos de Menphis. Thomas de Quincey se regodea más de una vez en terrores arabescos y grotescos, pero con una pomposidad docta que niega su validez como especialista en el género.

Esos años fueron testigos del auge de William Harrison Ainsworth, autor de muchas novelas románticas plenas de sucesos espeluznantes y macabros. El capitán Marryat, además de escribir cuentos como *La loba blanca* realizó una memorable contribución en su romance *The Phantom Ship* (El buque fantasma) de 1839, basada en la leyenda del “Holandés errante”, un barco espectral condenado a navegar eternamente en las cercanías del Cabo de Buena Esperanza.

Dickens resalta con su cuento *El señalero*, una historia de un presagio siniestro y fantasmal narrada conforme al estilo clásico y con tanta verosimilitud que se ubica en los umbrales de la nueva escuela psicológica, aunque sus raíces siguen siendo góticas.

Por aquellos años surgió una oleada de interés por la charlatanería

espiritual, el hipnotismo, la filosofía hindú y temas similares, en forma bastante parecida a lo que ocurre en nuestros días. Ello provocó la aparición de una cantidad considerable de relatos basados en temas “psíquicos” y pseudocientíficos. El prolífico y popular novelista Edward Bulwer Lytton fue responsable de muchos de ellos y, a pesar de su estilo gárrulo y su hueco romanticismo, supo infundir en sus obras un cierto encanto bizarro de indudable atractivo.

*The House and the Brain* (La casa y el cerebro) con sugerencias “rosacruces” y figuras malignas e inmortales inspiradas en el misterioso cortesano de Luis XV, Saint Germain, ha sobrevivido como uno de los mejores cuentos de casas embrujadas. La novela *Zanoni* (1842) contiene elementos similares pero más elaborados, e introduce el concepto de una vasta y desconocida esfera de existencias paralela a nuestro mundo y vigilada por un horrible “Morador del Umbral”, que embruja y persigue a quienes intentan penetrar en esas regiones y fracasan en su empeño. Aquí tenemos a una cofradía benigna que ha perdurado a través de los siglos hasta quedar reducida a un solo discípulo, y como héroe a un antiguo hechicero caldeo conservado en la flor de su edad, que muere guillotinado durante la Revolución Francesa.

A pesar de estar desfigurada por los artificios convencionales del romance y por un confuso simbolismo didáctico, *Zanoni* es un buen ejercicio en novela romántica y puede ser leída con interés por lectores no muy sofisticados. Es divertido observar que el autor, al intentar describir una iniciación mágica, tuvo que recurrir al viejo y servicial castillo gótico.

En *A Strange Story* (Una historia extraña) de 1862, Bulwer Lytton muestra una notable mejoría en la creación de imágenes y atmósfera sobrenatural; pese a su voluminosa palabrería, a un argumento que gira en base a coincidencias oportunas y un aire viciado de pseudo ciencia para satisfacción del prosaico y sólido lector victoriano, la novela es muy

efectiva, y mantiene el interés gracias a numerosas y potentes escenas y climas fantásticos. Una vez más tenemos al dueño del elixir de la vida, encarnado en la figura del desalmado hechicero Margrave cuyas siniestras intrigas resaltan con dramática nitidez sobre el moderno trasfondo de un apacible pueblo inglés y los montes australianos, y nuevamente tenemos la presencia, de un ominoso mundo espectral en el mismo aire que nos rodea - esta vez sugerido con más fuerza y vitalidad que en Zanoni. Uno de los tremendos pasajes de invocación, cuando el héroe es obligado por un espíritu luminoso y maligno a levantarse en su sueño, tornar una extraña vara egipcia e invocar innominables presencias en el pabellón embrujado de un famoso alquimista del Renacimiento, resalta como una escena sin paralelo en la literatura de terror. Se sugiere y se dice apenas lo necesario. Unas palabras desconocidas le son dictadas por dos veces al sonámbulo, y cuando él las repite la tierra tiembla y todos los perros de los alrededores ladran cuando unas sombras amorfas y apenas visibles se arrastran bajo la luz de la luna. Cuando se le obliga a repetir una tercera serie de palabras desconocidas, el espíritu del sonámbulo se revela, como si el alma reconociera los últimos y abismales horrores que la mente consciente ignora. Por fin, la aparición de una novia ausente y angélica rompe el maligno hechizo. Este fragmento ilustra muy bien de qué manera Lord Lytton era capaz de superar su proverbial pomposidad y romanticismo para alcanzar esa cristalina esencia del miedo artístico que pertenece al dominio de la poesía. Al describir ciertos detalles de las invocaciones, Lytton pone de manifiesto sus curiosamente serios estudios ocultistas, en el curso de los cuales conoció al extraño erudito y cabalista francés Alphonse Louis Constant (“Eliphas Levy”) quien declaraba poseer los secretos de la antigua magia y haber evocado el espíritu del hechicero griego Apolonio de Tiana, que vivió en la época de Nerón.

Esta tradición romántica, semi-gótica y quasi-moral fue continuada

en el siglo XIX por autores tales como Joseph Sheridan LeFanu, Wilkie Collins, Sir H. Rider Haggard (autor de *Ella*, una novela destacable), Sir Arthur Conan Doyle, H. G. Wells y Robert Louis Stevenson - el último de los cuales, pese a una atroz inclinación por los amaneramientos, nos ha entregado obras verdaderamente clásicas como *La isla del tesoro*, *el Doctor Jekyll y Mr. Hyde*, *El ladrón de cadáveres* y *Markheim*. Podemos afirmar que esa escuela sigue sobreviviendo, pues a ella pertenecen claramente algunos de nuestros cuentos de horror contemporáneos que se especializan en los sucesos más que en los detalles de atmósfera, se dirige al intelecto más que a la imaginación, impresionista, cultiva un “glamour” luminoso a cambio de la tensión maligna o verosimilitud psicológica y se relaciona definidamente con la humanidad y su bienestar. Esta narrativa tiene una fuerza, innegable, y a causa de su “elemento humano” atrae a un público mayoritario que el logrado por la genuina pesadilla artística. Si no tan poderosa como la última, es a causa de que un producto diluído no puede lograr la intensidad de una esencia concentrada<sup>7</sup>. Absolutamente única como novela y como literatura de terror es la famosa *Cumbres borrascosas* (1847) de Emily Brönte, con sus demen”ciales paisajes de los páramos desolados de Yorkshire barridos por el viento y las vidas distorcionadas y violentas que lo habitan.

Aunque la historia trata principalmente acerca de las pasiones humanas en conflicto y agonía, el titánico escenario cósmico que enmarca la acción permite el surgimiento del horror en su forma más espiritual. Heathcliff, el héroe-villano de esta novela, es un extraño niño abandonado que se expresa únicamente en un curioso galimatías, y que es rescatado de las calles por una familia a la que precipita en la ruina. Más de una vez se

---

<sup>7</sup> Curioso comentario, que tal vez pueda aplicarse a algunos de los autores mencionados, pero no por cierto a Sheridan Le Fanu, que de todos los cuentistas fantásticos de la época es el único que puede satisfacer la estética del “horror cósmico” de Lovecraft (N. del T.)



sugiere que él es un espíritu diabólico y no un ser humano, y lo irreal adquiere perfiles insinuantes en la experiencia de un visitante que se estremece al escuchar el llanto de un niño factasma; en una ventana. Entre Heathcliff y Catherine Earnshaw existe una relación mucho más honda y terrible que el amor humano. Después de la muerte de Catherine, Heathcliff profana por dos veces su sepultura, y se ve acosado por una presencia impalpable que no puede ser otra cosa que el espíritu de la muerta, el cual invade cada vez más su existencia hasta que por fin el hombre percibe la cercanía de una mística unión. Afirma darse cuenta de que está por producirse un extraño cambio y deja de alimentarse. Por las noches, se pasea por los alrededores de la casa o abre la ventana que esta junta a su lecho.

Cuando muere, la ventana continúa abierta al viento y la lluvia, y una extraña sonrisa ilumina el rígido rostro. Es enterrado junto al túmulo que estuvo visitando durante dieciocho años, y los pequeños pastores del lugar aseguran que aún sigue paseando con su Catherine en el cementerio y en el páramo bajo la lluvia.

Sus rostros suelen aparecer también, durante las noches de tormenta, tras los ventanales de Cumbres Borrascosas.

El terror espeluznante en la obra de Emily Brönte ya no es un simple eco gótico, sino la tensa expresión de la angustia del ser humano ante lo desconocido. En ese aspecto, Cumbres Borrascosas se ha convertido en el símbolo de una transición literaria e inicia el crecimiento de una nueva y saludable tendencia.

## **6. LA LITERATURA ESPECTRAL EN EL CONTINENTE EUROPEO**

La literatura de terror mostraba su vigor y variedad en el continente europeo. Los celebres cuentos y novelas de E. T. A. Hoffmann (1776-1822)

son proverbiales por la riqueza de su ambiente y madurez de estructura, aunque se inclinan a la ligereza y a la extravagancia y carecen de esos momentos sublimes de terror gélido que un escritor menos sofisticado que él hubiese conseguido.

Generalmente sus obras tienden a lo grotesco más que a lo terrible. El más artístico de todos los cuentos fantásticos continentales es la clásica *Ondina* (1814 ) del escritor alemán Friedrich Heinrich Karl, barón de la Motte Fouque. En esta historia de un espíritu de las aguas que se casa con un mortal y de tal modo adquiere un alma humana, existe una delicada fineza de artesanía literaria que la distingue en todo aspecto, y una naturalidad que la acerca al genuino mito folklórico. Deriva, en realidad, de un cuento narrado por el médico y alquimista Paracelso en su *Tratado sobre los espíritus elementales*.

Ondina, hija de un poderoso príncipe de las aguas, fue entregada, - siendo niña - a cambio por la hija de un pescador, para así poder adquirir un alma al casarse con un ser humano. Conoce al joven caballero Huldbrand en la cabaña de su padre adoptivo situada a orillas del mar y en las cercanías de un bosque embrujado, y muy pronto se casa con él, acompañándole a su ancestral castillo de Ringstetten. Sin embargo, Huldbrand, molesto por las afiliaciones sobrenaturales de su esposa y muy especialmente de las apariciones de su tío, el malicioso espíritu Kuhleborn, se aparta de su mujer y se siente atraído por Bertalda, quien resula ser la hija del pescador que fue cambiada por Ondina. Finalmente, durante un viaje por el Danubio, Huldbrand monta en cólera por una acción inocente de su esposa y expresa palabras de ira que - de acuerdo con la leyenda obligan a Ondina, a regresar a su elemento sobrenatural; del cual ella puede, según las leyes de su especie, regresar sólo una vez - para matarlo, quiéralo o no, si resulta ser infiel a su memoria. Luego, cuando Huldbrand está a punto de casarse con Bertalda, Ondina regresa para

cumplir con su odioso deber y le quita la vida. Cuando entierran al joven en el sepulcro de sus padres, una figura femenina blanca como la nieve y cubierta con un velo aparece entre las sollozantes, pero después de la ceremonia desaparece sin dejar rastro.

En su lugar, se ve surgir un pequeño manantial que rodea con su 36 murmullo al sepulcro y va a desembocar en un lago cercano. A partir de entonces los aldeanos señalan la fuente prodigiosa y afirman que Ondina y Huldbrand están unidos en la muerte.

Muchos pasajes de este cuento revelan a Fouque como a un artista en el género de lo macabro, principalmente en sus descripciones del bosque embrujado con sus gigantescos hombres de blanco y otros terrores menos tangibles, que aparecen en la primer parte de la narración.

No tan conocida como *Ondina*, pero notable por su convincente realismo y por la ausencia de elementos góticos tradicionales, es la novela *The Amber Witch* (La bruja de ámbar) de Wilhelm Meinhold, otro producto del genio fantástico alemán de principios del siglo XIX.

Este relato, que se sitúa durante la guerra de los Treinta Años, pretende ser el manuscrito de un sacerdote hallado en una vieja iglesia en Coserow y que narra la historia de la hija del cronista, María Schweidler, acusada falsamente de bruja. María ha encontrado un depósito de ámbar que mantiene en secreto por varias razones, y la riqueza obtenida con ello acentúa las sospechas; sospechas instigadas por la malicia de un hidalgo cazador de lobos, Wittich Appelman, quien ha buscado en vano sus favores. Las maquinaciones de una verdadera bruja, que luego sufre un horrible castigo sobrenatural en prisión le son arteramente imputadas a la desvalida María; y tras un característico proceso de brujería en donde la obligan a confesar bajo tormento, está a punto de ser llevada a la hoguera cuando es rescatada justo a tiempo por su amante, un joven noble de un distrito vecino.

La gran fuerza del relato de Meinhold reside en su desconcertante clima, de verosimilitud y realismo, que aumenta nuestro suspenso y refuerza nuestra percepción de lo invisible, al persuadirnos de que esos sucesos amenazantes pueden ser verdaderos o algo cercano a la verdad. Y, de hecho, tan verosímil es ese realismo que una revista popular publicó los principales capítulos de la novela como si fuera un suceso real acaecido en el siglo XVII<sup>8</sup>. En la generación actual, la literatura fantástica alemana está bien representada por el novelista Hanns Heinz Ewers, quien pone de manifiesto en sus oscuras imagerías un conocimiento eficaz de la psicología moderna. Novelas como *El aprendiz de brujo* y *La mandrágora*, y cuentos como *La araña* ponen de relieve unas cualidades que las elevan a nivel clásico.

Pero la literatura francesa, lo mismo que la alemana, ha sido muy efectiva en el reino de lo espectral. Víctor Hugo en historias como *Hans de Islandia*, y Balzac en *La piel de zapa*, *Seraphita* y *Louis Lambert*, ambos utilizan lo sobrenatural en mayor o menor medida, pero lo hacen generalmente con un cierto objetivo humanístico, y sin la sincera y demoníaca intensidad del artista que comulga en las sombras. Es en Theophile Gautier en donde nos parece hallar por primera vez un auténtico sentido francés del mundo irreal, y en donde aparecen misterios espectrales que, aunque no los use en forma continua, se los reconoce inmediatamente como algo genuino y profundo. Cuentos como *Avatar*, *El pie de la momia* y *La muerta enamorada*, despliegan visiones que nos seducen, atormentan y a veces nos infunden terror, mientras que las escenas evocadas en *Una noche de Cleopatra* tienen una fuerza muy aguda y expresiva. Gautier supo capturar el alma más recóndita del milenario Egipto, con su vida

---

<sup>8</sup> En realidad, el autor publicó la novela como si fuera una genuina crónica, lo cual enfureció a los críticos. La obra de Meinhold fue más popular en Inglaterra que en

enigmática y ciclópea arquitectura, y dejó plasmado para siempre el eterno horror de sus abismales catacumbas en donde, hasta el fin de los tiempos, millones de cadáveres momificados miran fijamente las tinieblas con sus ojos vidriosos, a la espera de un llamado temible.

Gustav Flaubert continuó la tradición de Gautier en orgías de fantasía poética como *La tentación de San Antonio*, y si no hubiera sido por su fuerte inclinación hacia el realismo, se podría haber convertido en un supremo tejedor de tapices inquietantes. Más tarde la corriente se bifurca, produciendo extraños poetas y fantaseadores de la escuela simbolista y decadente cuyos oscuros intereses se centraban en las anomalías del pensamiento y el instinto humanos más que en lo genuinamente sobrenatural, y por otro lado sutiles narradores cuyos estremecimientos derivan directamente de los negros abismos de la irrealidad cósmica. Entre los primeros “escritores malditos” figura el ilustre poeta Charles Baudelaire, vastamente influido por Poe, como el supremo representante, mientras que el novelista psicológico Joris - Karl Huysmans, un genuino vástago del fin de siglo, es al mismo tiempo la suma y el final. La segunda categoría, de más pureza narrativa, la continúa Prosper Merimee, cuyo relato *La Venus de Ille* presenta en prosa tersa y convincente el mismo tema de la estatua viviente que Thomas Moore había utilizado en su balada *El anillo*.

Los cuentos de horror del poderoso y cínico Guy de Maupassant, escritos como si su locura final fuera apoderándose gradualmente de él, presentan individualidades curiosas; son más bien efusiones morbosas de una mente realista en estado patológico, y no el producto imaginativo de una visión naturalmente dispuesta hacia la fantasía y sensible a las ilusiones normales de lo desconocido. Sin embargo, sus cuentos son del más

---

Alemania. Además de *La bruja de ámbar* escribió otra novela de hechicería, *Sidonia the Sorceress*, traducida por Lady Wilde (N. del T.)

profundo interés, sugiriendo con maravillosa intensidad la inminencia de terrores innombrables y los padecimientos de un desgraciado individuo amenazado por entidades provenientes de las tinieblas exteriores. Entre sus cuentos, *El Horla* es considerado como su obra maestra. En él se nos habla del advenimiento de una criatura invisible que se alimenta de agua y leche, subyuga las mentes, y que parece ser la vanguardia de una horda de organismos extraterrestres llegados a la tierra para reemplazar al hombre. Esta narración tensa y angustiante puede que sea única en su género particular, aunque por ciertos detalles quizá le deba algo a un cuento del americano Fitz-James O'Brien quien ya había tratado el tema de la criatura invisible. Otras creaciones notables de Maupassant son los relatos *¿Quién sabe?*, *El espectro*, *El Diario de un loco*, *El lobo blanco*, *En el río* y el macabro poema titulado *Horror*.

Los colaboradores Erckmann-Chatrion enriquecieron la literatura fantástica francesa con muchas fantasías espectrales como *El hombre lobo*, en donde una maldición hereditaria cumple su inexorable sino en el marco de un tradicional castillo gótico. La capacidad de estos escritores para delinear una atmósfera de estremecimientos nocturnos es tremenda, a pesar de la tendencia a las explicaciones naturales y las maravillas científicas. Pocos son los cuentos que superen en horror al *Ojo invisible*, la historia de una maligna bruja que entreteje hechizos nocturnos, los cuales inducen a los ocupantes de una habitación de taberna a suicidarse. *La oreja del buho* y *Las aguas de la muerte*, están plenos de oscuridad y misterio, el último trata el muy común tema de la araña gigante, utilizando con demasiada frecuencia por los escritores de cuentos fantásticos. El cuentista Villiers de L'Isle Adam prolonga la escuela de lo macabro, y su relato *La tortura por la esperanza* narra la cruel historia de un condenado a muerte a quien se le permite escapar para que vuelva a sufrir las angustias de la captura.

Algunos consideran este cuento como el más enervante de la literatura. Esta clase de narrativa, sin embargo, no se integra a la literatura fantástica, sino que forma un género propio - al así llamado *conte cruel*, en donde las emociones son desmenuzadas por medio de frustraciones, tormentos y horrores físicos. Los cuentos del escritor contemporáneo Maurice Level - que participan de ese género - han sido rápidamente adaptados en el teatro del Grand Guignol. En realidad, el genio francés está más capacitado para tratar este tenebroso naturalismo que las sugerencias de lo invisible, pues este último proceso requiere, para su mejor desarrollo, el misticismo inherente de la mentalidad nórdica.

Una rama muy floreciente de la literatura fantástica, durante mucho tiempo oculta, es la de los judíos, que se mantuvo viva y se alimentó en la oscuridad a través del sombrío legado de la antigua magia oriental, la literatura apocalíptica y el cabalismo. La mentalidad semítica, como la céltica y la germana, parece tener una marcada inclinación mística; y la riqueza de las tradiciones y leyendas espectrales que perudran subterráneamente en los ghettos y las sinagogas es más considerable de lo +que uno se imagina. El cabalismo, tan importante durante la Edad Media, es un sistema filosófico que explica el universo como emanaciones de la Deidad, y que involucra la existencia de extrañas regiones y criaturas espirituales al margen del mundo visible, que pueden vislumbrarse por medio de ciertas invocaciones secretas. Su ritual está entrelazado con interpretaciones místicas del Antiguo Testamento, y atribuye un significado esotérico a cada letra del alfabeto hebreo - circunstancia que ha impartido a los caracteres judíos una suerte de hechizo y potencia espectral en la literatura popular. El folklore judío ha preservado gran parte del terror y el misterio del pasado, y una investigación profunda de esas fuentes enriquecería, considerablemente a la literatura fantástica. Los mejores ejemplos hasta ahora, de su concreción artística son la novela *El Golem*, de

Gustave Meyrink, y la obra teatral *The Dybbuk*, por el escritor gauchó que se oculta, tras el seudónimo de “Ansky”. *El Golem*, con sus hechizantes sugerencias sombrías de las maravillas y los terrores que acechan en las fronteras de la realidad, transcurre en Praga, y describe con singular maestría el antiguo gheitto de esa ciudad con su paisaje de tejados espectrales. El título de la novela deriva de un legendario gigante artificial supuestamente creado y animado por los rabinos medievales mediante el uso de ciertas fórmulas misteriosas. *The Dybbuk*, representada en América en 1925 y recientemente convertida en ópera, describe la posesión de un cuerpo humano por el alma de un muerto. Tanto el *golem* como el *dybbuk* son figuras emblemáticas de frecuente utilización en la continuidad de la tradición hebrea.

## 7. EDGAR ALLAN POE

La tercera década del siglo pasado fue testigo de un amanecer literario que afectó no solo la historia del cuento fantástico, sino la del cuento corto en su totalidad, y moldeó indirectamente las tendencias y fortunas de una gran escuela estética europea. Tenemos la buena suerte, como americanos, de poder reclamar como propio ese despertar, ya que estuvo encarnado en la figura de nuestro más ilustre y desventurado compatriota, Edgar Allan Poe. La fama de Poe ha sido objeto de las más curiosas ondulaciones, y ahora está de moda entre la “vanguardia” minimizar su importancia de artista, y su influencia; pero le sería difícil a un crítico maduro y reflexivo negar el tremendo valor de su obra y la persuasiva potencia de su intelecto como creador de visiones artísticas. La verdad es que algunas de sus concepciones pudieron ser anticipadas, pero él fue el primero en concretar esas posibilidades e impartirles una forma suprema y una expresión sistemática. También es cierto que sus discípulos



podieron haberlo superado en algunos textos aislados; pero debemos insistir en que fue él quien les enseñó, por medio del ejemplo y el precepto, el arte que ellos pudieron perfeccionar al tener el camino abierto y a Poe como su guía. Cualquiera fueran sus limitaciones, Poe logró lo que nadie había o podría haber realizado, y a él le debemos el cuento de terror moderno en su forma final y perfecta.

Antes de Poe, la mayoría de los escritores fantásticos trabajaban casi a ciegas, sin la debida comprensión de los fundamentos psicológicos del horror, y con la rémora de un conformismo ante ciertas convenciones literarias, tales como el final feliz, la recompensa a la virtud y, en general, a un falso moralismo, de una aceptación de los valores populares y un retaceo de las emociones propias, tomando partido con los defensores de las ideas artificiales del vulgo. Por el contrario, Poe percibió la esencial impersonalidad del verdadero artista y supo que la función de la literatura creativa era la de expresar e interpretar los acontecimientos y las sensaciones tal como son, sin importar lo que prueban –bueno o malo, atractivo o repulsivo, 42 estimulante o deprimente-, con el artista actuando siempre como un atento e impersonal cronista, lejos del tendencioso profesor o el vendedor de opiniones. Poe observó lúcidamente que todas las fases de la vida y el pensamiento eran un tema válido para el artista, y al estar su espíritu inclinado hacia lo extraño y tenebroso, decidió ser el intérprete de esos poderosos sentimientos que acarrearán más dolor que placer, más ruina que prosperidad, más terror que sosiego, y que son fundamentalmente adversos o indiferentes al sentir común de la humanidad, lo mismo que a la salud, cordura o bienestar general de la especie.

Los espectros de Poe adquirieron así una convincente malignidad que no poseían los de ninguno de sus antecesores, y estableció un nuevo grado de realismo en los anales del horror literario. Por otra parte, sus

intenciones de impersonalidad artística se apoyaban en una postura científica casi desconocida hasta entonces, por medio de la cual Poe estudiaba la mente humana más que los usos de la novela gótica, y trabajaba con un conocimiento analítico de las genuinas fuentes del terror que duplicaba la fuerza de sus narraciones y lo emancipaba de los absurdos inherentes en la mera producción convencional de estremecimientos. Con este ejemplo a la vista, los autores posteriores estaban naturalmente obligados a seguirlo, si es que deseaban competir de alguna manera; de tal modo que un cambio radical comenzó a producirse en la literatura de lo macabro. Poe, además, consagró un nuevo estilo de perfección técnica; y aunque hoy en día algunos de sus textos nos parezcan ligeramente melodramáticos y poco sofisticados, podemos rastrear su indudable impronta en cosas tales como la constante presencia de una atmósfera única, y el objetivo de un sólo efecto, lo mismo que la rigurosa selección de incidentes relacionados al argumento o al clímax. Con toda justicia puede decirse que Poe inventó el cuento moderno. Su influencia, al elevar la enfermedad y la perversidad a un nivel de temas artísticamente expresables fue de largo alcance, pues ávidamente recibido e intensificado por su famoso admirador francés Charles Baudelaire, se convierte en el núcleo de los principales movimientos estéticos en Francia, haciendo de Poe, en cierto sentido, el padre de los decadentes y los simbolistas.

Poeta y crítico por naturaleza y talento, lógico y filósofo por inclinación y manierismos, Poe no era, ni mucho menos, un hombre sin defectos. Sus pretensiones de profundo y oscuro humanista, sus erróneos intentos en un humor forzado y sus muy frecuentes arranques de crítica vitriólica y prejuiciosa, todo eso es conocido y se le puede perdonar. Más allá y por encima de todo ello, rebajándolo hasta lo insignificante, estaba la visión magistral del terror que merodea alrededor y dentro nuestro, y del gusano que se agita en el espantosamente cercano abismo. Perfilando todos

los horrores de esa parodia colorinche llamada existencia y en esa solemne mascarada que denominamos pensamiento y sentimiento humano, esa visión tiene el poder de proyectarse en oscuras y mágicas transmutaciones y cristalizaciones; y en la América estéril de mediados del siglo pasado surgió de pronto un espléndido jardín de hongos ponzoñosos alimentados por la luna, que jamás pudieron lucir ni siquiera las infernales laderas de Saturno. Los poemas y los cuentos sustentan la esencia del pánico cósmico. El cuervo cuyo pico se clava en el corazón, los vampiros que redoblan las campanas en torres pestilentes, la tumba de Ulalume en la oscura noche de octubre, los majestuosos capiteles bajo las olas, de “la región salvaje y misteriosa que descansa, sublime, más allá del Tiempo y del Espacio” - todo ello y mucho más nos observa entre el repiquetear maníaco y la febril pesadilla de la poesía. Y en la prosa, se abren frente a nosotros las mismas bocas del infierno - anormalidades inauditas levemente insinuadas por el poder de unas palabras de cuya inocencia apenas dudamos, hasta que la voz quebrantada y sonora del narrador, tensa de emoción, nos revela las terribles implicaciones; siluetas y presencias demoníacas adormecidas, que despiertan súbitamente en un instante fóbico acarreado la locura, o retumbando en memorables y cataclísmicos ecos. Un aquelarre brujeril del horror que desgarrar los mantos del decoro - una visión 44 tanto más monstruosa debido a la destreza científica que hace que cada detalle se ubique, con aparente facilidad, en relación con las conocidas miserias de la vida material.

Los cuentos de Poe son, por supuesto, de diferentes clases; algunos de ellos contienen una esencia más pura de horror espiritual que otros.

Los relatos de lógica y raciocinio, precursores del moderno cuento de detectives, no cabe incluirlos en la literatura sobrenatural; ciertas narraciones, acaso influidas por Hoffmann, poseen una extravagancia que las relegan al límite de lo grotesco. Otro grupo de cuentos se sumergen en

la psicología anormal, y la monomanía; su efecto es de horror, pero no fantástico. Una parte substancial de ellos, no obstante, representa a la literatura del terror sobrenatural en sus formas más agudas, y confieren a su autor un lugar permanente e inamovible como deidad, y manantial de toda la literatura diabólica moderna.

¿Quién puede olvidar al terrible e imponente navío suspendido al borde de las olas abismales en el *Manuscrito hallado en una botella*?

La sombría sugerencia de sus monstruosas dimensiones e incalculable antigüedad, la siniestra tripulación de inauditos ancianos, y su temible e inexorable viaje hacia las regiones del sur, a través de los hielos de la noche antártica, impulsado por una corriente irresistible y demencial hacia el torbellino insondable que será su perdición.

Luego tenemos al inexpresivo *Señor Valdemar*, en estado hipnótico durante siete meses después de muerto, dejando escapar sonidos frenéticos un momento antes de que el fin del experimento lo deje convertido en “una masa casi líquida de horrible, detestable podredumbre”. En *Las aventuras de Arthur Gordon Pym* los viajeros llegan, en primer lugar, a una extraña región del polo sur habitada por terribles salvajes y en donde no existe el color blanco. Enormes barrancos rocosos tienen la forma de titánicos caracteres egipcios que deletrean siniestros arcanos de la Tierra. Luego visitan una región de mayores misterios en donde todo es de color blanco: los extraños pájaros, las figuras colosales que vigilan una inmensa catarata de niebla que desde inconmensurables alturas se precipita en un tórrido mar lechoso. El relato titulado *Metzengerstein* nos horroriza con sus malignas intimaciones de una monstruosa metempsicosis - el demencial hidalgo que incendia los establos de su enemigo hereditario; el colosal caballo que escapa del edificio en llamas después de la muerte de su dueño, el fragmento perdido del antiguo tapiz donde aparecía el gigantesco caballo del antepasado de la víctima durante las Cruzadas; el salvaje y constante

cabalgar del loco sobre el gran corcel y su odio y temor de la bestia; las necias profecías que pesan sobre las familias enemigas; y finalmente, el incendio del palacio del demente y su muerte en medio de las llamas. Luego, el humo que brota de las ruinas calcinadas toma la forma de un caballo gigantesco. *El hombre de la multitud* nos cuenta la historia de un individuo que recorre incansablemente las calles durante el día y la noche buscando mezclarse entre la muchedumbre, como si le espantara estar solo. El relato posee efectos más discretos, pero no implica otra cosa que el más puro terror cósmico. La mente de Poe jamás se alejaba del terror y la decadencia; y en cada cuento, poema, o dialogo filosófico descubrimos una tensa impaciencia por penetrar los abismos insondables de la noche, rasgar el velo de la muerte e imperar en la fantasía como amo y señor de los misterios del tiempo y del espacio.

Algunos relatos de Poe poseen una perfección casi absoluta, de estructura artística que los convierten en verdaderos faros en el terreno del cuento. Cuando se lo proponía, Poe sabía darle a su prosa un exquisito molde poético; empleando ese arcaico estilo oriental de frases enjoadas, de reiteraciones bíblicas, tan exitosamente utilizado por escritores posteriores tales como Oscar Wilde y Lord Dunsany; y cuando esto sucedía, el resultado era un efecto de fantasía lírica casi narcótico en esencia - los arabescos oníricos del opio en el lenguaje de los sueños, en donde cada color sobrenatural e imágenes grotescas se encarnan en una sinfonía de acordes similares. *La máscara de la muerte roja*, *Silencio*, *Sombra*, son indudablemente poemas en todo el sentido de la palabra, excepto en la métrica, y logran su fuerza y efecto mediante cadencias auditivas e imagería visual. Sin embargo, es en dos de sus relatos menos conscientemente poéticos, *Ligeia* y *La caída de la casa Usher* - especialmente el último - donde encontramos esas cumbres artísticas en donde Poe reina como el supremo miniaturista literario. De argumento

simple y directo, esos cuentos deben su brillante magia al hábil desarrollo que se manifiesta en la selección y ubicación de cada pequeño incidente. *Ligeia* narra la historia de una mujer de alta alcurnia y misterioso origen, que regresa después de muerta para tomar posesión del cuerpo de la segunda esposa de su marido, logrando incluso imponer su apariencia física en el cadáver temporalmente reanimado de su víctima. A pesar de cierta fastidiosa prolijidad y lentitud, el cuento alcanza su desenlace con inexorable poder. *Usher*, cuya superioridad en detalle y proporción es muy marcada, sugiere estremecedoramente la vida oscura, de las cosas inorgánicas, y despliega una trinidad de entidades anormalmente entrelazadas en el ocaso una historia familiar - un hermano, su hermana gemela, y su mansión increíblemente antigua, todos compartiendo un alma, única y una muerte simultánea.

Estas concepciones bizarras, que podrían ser torpes en manos inexpertas, se transforman bajo la magia de Poe en terrores vívidos y convincentes que embrujan nuestras noches; y todo ello a causa de la perfecta comprensión por parte del autor de la mecánica y fisiología del miedo y la extrañeza - el énfasis en los detalles esenciales, la exacta selección de las discordancias que anteceden al horror, los incidentes y alusiones que se insinúan como símbolos o heraldos del siniestro desenlace, las brillantes modulaciones del clima opresivo y el perfecto ensamble que otorga una infalible continuidad a todo el relato hasta el momento del inexorable y estremecedor clímax, los delicados matices de paisaje y escenario que otorgan vitalidad a la atmósfera e ilusión que se pretende lograr - y otros principios de esta índole, algunos demasiado sutiles y que escapan a la mera comprensión de un simple comentarista. Es posible que en sus cuentos encontremos melodrama e ingenuidad - según dicen, existía un fastidioso caballero francés que no podía soportar la lectura de Poe excepto en la traducción elegante y modulada de Baudelaire-, pero esas

fallas están totalmente eclipsadas por el poderoso e innato sentido de lo espectral, lo morboso y lo horrible que surge de cada célula de la mente creativa del artista, sellando sus obras macabras con la marca imperecedera del genio más sublime. Los cuentos fantásticos de Poe están vivos, mientras el olvido arrastra a tantos otros.

Al igual que sus colegas en el género, Poe sobresalía en el manejo de incidentes y los efectos narrativos más que en el retrato de personajes. Su típico protagonista es, por lo general, un caballero de vieja alcurnia y circunstancias opulentas, sombrío, elegante, orgulloso, melancólico, intelectual, de exacerbada sensibilidad, caprichoso, introspectivo, solitario y, en ocasiones, algo demente; muy versado en conocimientos extraños y oscuramente ambicioso por penetrar en los oscuros misterios del universo. Salvo su nombre altisonante, este personaje tiene ya poco que ver con los de las primeras novelas góticas, pues no es ni el acartonado héroe ni el villano diabólico del romance Ludoviciano<sup>9</sup>. Sin embargo, posee indirectamente una especie de relación genealógica, dado que sus cualidades sombrías, antisociales y ambiciosas tienen el fuerte sabor del característico héroe byroniano, quien a su vez es un retoño de los góticos Manfremos, Montonis y Ambrosios. Muchos de sus rasgos parecen derivar de la propia psicología de Poe, quien por cierto tiempo poseía mucho de la depresión, sensibilidad, aspiraciones sublimes, soledad y extravagancia que él atribuye a sus solitarias y arrogantes víctimas del Destino.

## **8. LA TRADICIÓN SOBRENATURAL EN AMÉRICA**

El público para quien Poe escribía, aunque en su mayor parte no apreciaba su arte, no estaba por cierto desacostumbrado a sus temas de horror. América, además de heredar las oscuras tradiciones del folklore

europeo, contaba con un trasfondo legendario de asociaciones sobrenaturales en dónde abreviar; de tal modo que las leyendas espectrales ya habían sido reconocidas como material provechoso para la literatura. Charles Brockden Brown había, logrado una fama espectacular con sus romances al estilo de Ann Radcliffe, y Washington Irving, elaborando con elegancia fábulas espeluznantes, se convirtió muy pronto en un clásico. Este trasfondo legendario provenía - como Paul Elmer More lo ha señalado - del profundo interés espiritual y teológico de los primeros colonos, a lo que se sumaba la naturaleza extraña y desconocida del vasto territorio que se presentaba a su vista; el eterno crepúsculo en el corazón de los inmensos y sombríos bosques que podían esconder toda clase de terrores; las hordas de indios cuyos semblantes extraños y taciturnos y sus costumbres violentas que parecían sugerir un origen infernal; la influencia de una teocracia puritana que dio nacimiento a toda clase de nociones con respecto a las relaciones del hombre con el Dios severo y vengativo de los calvinistas y sobre todo de su terrible adversario, acerca del cual se tronaba insistentemente en los púlpitos cada domingo; y la morbosa introspección cultivada en la soledad de los oscuros bosques y carente de toda diversión normal, vidas abrumadas por los mandamientos religiosos a un examen de conciencia y a una perversa represión de las emociones, configurando, por encima de todo, una vida de mera y siniestra lucha por la supervivencia. Todas estas cosas conspiraban para producir un ámbito en el que los obsesivos susurros de siniestras ancianas se escuchaban más allá del rincón de la chimenea y en donde los relatos de brujería y de secretas e increíbles monstruosidades persistieron mucho tiempo después de los temibles días de la pesadilla de Salem.

Poe representa a la corriente más nueva, desilusionada, y

---

<sup>9</sup> Se refiere a M. G. Lewis (N. del T.)



técnicamente perfecta de la literatura fantástica que surgió de este terreno propicio. Otra corriente - que representa a la tradición de los valores morales, de la gentil reserva, y una fantasía tranquila y suave tocada levemente por lo grotesco - está representada por otra figura famosa, incomprensida y solitaria de las letras norteamericanas - el retraído y sensible Nathaniel Hawthorne, oriundo de la antigua Salem y bisnieto de uno de los sanguinarios jueces en los procesos por brujería. En Hawthorne no existe ni la violencia, ni la osadía y el colorido de Poe; tampoco observamos en él la malignidad cósmica, el intenso sentido dramático y el arte impersonal del autor de *El Cuervo*.

Aquí, en cambio, tenemos a un alma gentil sofocada por el puritanismo de Nueva Inglaterra; sombrío y melancólico, afligido por un universo inmoral que en todas partes vulnera los esquemas convencionales que nuestros antepasados consideraban como una ley divisa e inmutable. El Mal, una fuerza muy real para Hawthorne, es un adversario }\*que merodea, acechante y conquistador; y en la fantasía del autor el mundo visible se transforma en un escenario de infinitas tragedias e infortunios, rodeado e infiltrado de presencias incorpóreas y apenas concebibles, luchando por la supremacía, y moldeando los destinos de los desventurados mortales sumergidos en el autoengaño y las vanas ilusiones. El legado de la tradición fantástica en América le pertenece en sumo grado, y Hawthorne vislumbró la oscura y triste muchedumbre de espectros que se ocultan tras las apariencias comunes de la vida; pero la pasión por lo alegórico no le impidió interesarse por las impresiones, sensaciones y bellezas del arte narrativo en sí mismo. Necesitaba tejer su fantasía en algún tapiz melancólico de diseño didáctico o alegórico, en donde con suave y resignado cinismo, podía desplegar una ingenua sentencia moral de la perfidia de los seres humanos por los cuales, sin embargo, no podía dejar de sentir cariño y conmiseración a pesar de contemplar su hipocresía. El

horror sobrenatural, entonces, no es un objetivo primordial en la obra de Hawthorne; aunque sus impulsos estaban entretejidos de manera tan profunda en su personalidad, que no podía evitar sugerirlos con toda la fuerza de su genio cuando invocaba al mundo irreal para ilustrar el sermón que deseaba predicar.

Podemos seguir las huellas de esta fantasía, amable, esquiva y sutil, a lo largo de toda su obra. El estado de ánimo que la producía encontró una deliciosa vertiente en las “góticas” adaptaciones para niños de los mitos clásicos, incluidas en los volúmenes *A Wonder Book* (El libro de las maravillas) y *Tanglewood Tales* (Cuentos de Tanglewood), y otras veces se ejercitaba en moldear una cierta extrañeza o una intangible hechicería malevolente alrededor de sucesos que no tenían nada de “sobrenatural”; como, por ejemplo, en la novela póstuma *Dr. Grimshawe's Secret*, en donde se describe, con peculiar repulsión, una casa que aún existe en Salem adyacente al antiguo camposanto de Charter Street. En *The Marble Faun* (El fauno de mármol), cuyo argumento fue esbozado en una villa de Italia a la que se suponía embrujada, palpita un tremendo escenario de fantasía y misterio apenas visible para el lector común; y a lo largo de la novela percibimos la presencia de sangre fabulosa en venas mortales, en una historia que no deja de ser apasionante a pesar del persistente íncubo de la alegoría moral, la propaganda anti-papista y ciertos remilgos puritanos, que impulsaron al escritor moderno D. W. Lawrence a expresarse acerca del autor de un modo indigno. *Septimius Felton*, una novela póstuma cuya idea debía formar parte del inconcluso *Romance of Dolliver*, trata el tema del elíxir de la vida de una manera competente; mientras que las notas destinadas a un cuento no escrito y al cual pensaba titular *The Ancestral Footstep* (La huella ancestral), muestra lo que Hawthorne podría haber logrado con su versión personal de la antigua superstición inglesa de una familia maldita, cuyos miembros dejaban huellas de sangre al caminar -

tema que aparece, incidentalmente, tanto en *Septimius Felton* como en *Dr. Grimshawe's Secret*.

Muchos cuentos de Hawthorne son fantásticos, ya sea por atmósfera o incidente. *El retrato de Edward Randolph*, incluido en *Leyendas de la Casa Provincial*, tiene sus momentos diabólicos. *El velo negro* (basada en un hecho real) y *El huésped ambicioso* sugieren mucho más de lo que expresan, mientras que Ethan Brand - fragmento de una novela inconclusa - alcanza las alturas del genuino miedo cósmico con su esbozo de colinas salvajes y los desolados y ardientes hornos de cal, y su retrato del “imperdonable pecador” byroniano, cuya atormentada vida finaliza con una terrible carcajada que resuena en la noche, mientras busca el descanso entre las llamas del horno.

Los cuadernos de notas de Hawthorne nos hablan de los cuentos fantásticos que hubiera escrito si hubiera vivido más años - un esbozo especialmente sugestivo se refiere a un desconcertante forastero que suele aparecer de vez en cuando en reuniones públicas. Luego nos enteramos de que ha sido visto entrando y saliendo de un antiguo sepulcro.

Pero la obra principal de nuestro autor en el género fantástico, por la unidad artística del conjunto, es la famosa y exquisitamente trabajada novela *La casa de los siete tejados*, en donde el inexorable peso de una maldición ancestral está desarrollado con sorprendente poder contra el siniestro trasfondo de una casa muy antigua de Salem - una de esas construcciones góticas de tejados puntiagudos que constituían las primitivas edificaciones de los pueblos costeros de Nueva Inglaterra-, pero que desaparecieron después del siglo XVII, para dar lugar al estilo más familiar de los tejados al estilo clásico georgiano, ahora conocido como “colonial”. De aquellos antiguos edificios góticos apenas si quedan una docena que puedan admirarse en toda su plenitud a lo largo de Norteamérica, pero una de esas casas, bien conocida por Hawthorne, aún

existe en Turner Street, Salem, y se la señala - con dudosa autoridad - como la escena e inspiración del romance. Semejante edificio, con sus espectrales altillos, sus arracimadas chimeneas, sus puntales grotescos y sus ventanas enrejadas de cristales romboidales, es por cierto un objeto bien calculado para sugerir pensamientos sombríos; ejemplificando, como lo hace, la oscura época del puritanismo con sus ocultos horrores y alucinaciones brujeriles, que precedió a la belleza nacionalidad y 52 amplitud del siglo XVIII. Hawthorne vio muchas de esas casas en su juventud, y conocía las historias siniestras relacionadas con alguna de ellas. Escuchó, también, los rumores que se referían a la maldición que pesaba sobre su familia como resultado de la severidad de su bisabuelo durante los procesos de brujería en 1692.

De este escenario surgió el cuento inmortal - la mayor contribución de Nueva Inglaterra a la literatura fantástica-, y podemos sentir instantáneamente la autenticidad de la atmósfera que se nos presenta.

La vívida imagen del arcaico edificio, sombreado por los olmos, con sus muros ennegrecidos y cubiertos de musgo, la ominosa malignidad del lugar, reflejada en la historia de su constructor - el viejo coronel Pyncheon - que arrancó la tierra con peculiar violencia de las manos de su dueño, Matthew Maule a quien condenó al cadalso como hechicero en el año del pánico. Maule murió maldiciendo al viejo Pyncheon - “Dios le dará sangre para beber” -, y las aguas del antiguo pozo de la tierra robada se tornaron amargas. El hijo de Maule - un carpinteroconsintió en construir la gran mansión de los tejados para el triunfal enemigo de su padre, pero el coronel murió extrañamente el día de su inauguración. Luego se sucedieron generaciones de extrañas vicisitudes, plena de rumores extraños acerca de los oscuros poderes de los Maule y las muertes terribles que algunas veces ocurrían en la familia Pyncheon.

La sombría malignidad de la vieja mansión - casi tan palpitante

como la casa de Usher de Poe, aunque de un modo más sutilimpregna el relato tal como un motivo recurrente impregna una ópera trágica; y cuando llegamos al núcleo de la historia, observamos a la familia Pyncheon en un lamentable estado de decadencia. La pobre anciana Hepzibah, la excéntrica dama venida a menos; el infantil y desafortunado Clifford, recién liberado de un injusto encarcelamiento; el astuto y pérfido juez Pyncheon, casi una reencarnación del viejo coronel, - todos esos personajes son símbolos poderosos, que armonizan admirablemente con el jardín enfermo y las anémicas aves.

Es casi desafortunado incluir un final feliz, con la unión de la enérgica Phoebe, última descendiente de los Pyncheon, con el atractivo joven que resulta ser el último de los Maule. Ese matrimonio, presumiblemente, acaba con la maldición. Hawthorne evita toda violencia de lenguaje o movimiento, y mantiene lo sobrenatural firmemente en el trasfondo; sin embargo, algunas visiones fugitivas contribuyen ampliamente a sostener la atmósfera y a redimir la obra de la pura aridez alegórica. Incidentes como el embrujamiento de Alice Pyncheon en el siglo XVIII, y la música espectral de su clavicordio que anuncia una muerte en la familia - esto último una variedad de un inmemorial mito ario - vincula la acción directamente con lo sobrenatural; mientras que la nocturnal vigilia mortuoria del viejo juez Pyncheon en el antiguo salón y el estremecedor repiqueteo del reloj, es una escena de horror genuino y conmovedor. La manera en que la muerte del juez se presiente a través de los movimientos y husmeos de un extraño gato en la ventana, mucho antes de que el hecho surja de la mente del lector o de cualquiera de los personajes, es un toque de genio que Poe no hubiera superado. El extraño gato continúa su vigilancia en la misma ventana durante toda la noche y al día siguiente, como si estuviese esperando algo. Es indudablemente el psicopompo del mito primitivo, adaptado y modernizado con infinita habilidad.

Sin embargo, Hawthorne no ha dejado una posteridad literaria bien definida. Su personalidad artística y sus actitudes pertenecen a la época que se cierra con él, y es en cambio el espíritu de Poe - quien comprendió con tanta claridad y realismo las bases de la atracción del horror y el correcto mecanismo de su logro - el que perduró con su influencia.

Entre los primeros discípulos de Poe debe resaltarse al brillante joven irlandés Fitz-James O'Brien (1828-1862) quien se naturalizó norteamericano y murió honrosamente en la Guerra Civil. Fue él quien escribió *What was it?* (¿Qué fue eso?), el primer cuento de valor literario acerca de una criatura tangible a la que nadie puede ver, y prototipo del Horla de Maupassant; O'Brien fue también el creador del inimitable cuento *La lente de diamante*, en donde un joven microscopista descubre a una ninfa en el mundo infinitesimal de una gota de agua, y se enamora de ella. La temprana muerte de O'Brien indudablemente nos privó de algunos cuentos magistrales de extrañeza y terror, aunque su genio no era, estrictamente hablando, de la misma cualidad titánica que caracterizaba a Poe y Hawthorne.

Más cercano a la verdadera grandeza era el excéntrico y taciturno periodista Ambrose Bierce, nacido en 1842; quien también luchó en la Guerra Civil, pero sobrevivió para escribir algunos cuentos inmortales y desaparecer en 1913 en una nube tan grande de misterio como cualquiera de las que él invocó en su pesadillezca fantasía. Bierce fue un satírico y panfletista de fama, pero lo principal de su reputación artística reside en sus amargos y salvajes cuentos; una gran parte de ellos relacionados con la Guerra Civil y que constituyen la más vívida y realista expresión literaria de ese conflicto. Virtualmente todos los relatos de Bierce son cuentos de horror; y mientras muchos de ellos tratan tan solo de los horrores físicos y psicológicos en los límites de la naturaleza, una parte substancial admiten la presencia de lo malignamente sobrenatural y forman un conjunto

destacado en el acervo de la literatura fantástica norteamericana. Samuel Loveman, poeta y crítico contemporáneo, quien fue amigo personal de Bierce, resume de esta manera el genio del “hacedor de sombras”; en el prefacio a algunas de sus cartas: “En Bierce la sugestión del horror se vuelve por primera vez no ya la prescripción o prevención de Poe y Maupassant, sino una atmósfera definida y siniestramente precisa. Las palabras, tan simples que se sentiría tentado a considerarlas como una limitación de escritorzuelo mercenario, adquieren un horror impío, una nueva e inesperada transformación. En Poe es un *tour de force*, en Maupassant un nervioso compromiso del flagelado desenlace. Para Bierce, simple y sinceramente, el diabolismo contiene en sus atormentadas profundidades un legítimo y confiable medio para un fin. Sin embargo, en todo momento se insiste en una tácita confirmación con la naturaleza.” “En *La muerte de Halpin Frayser* las flores, la vegetación y las ramas y las hojas de los árboles están magníficamente contrapuestos a la malignidad sobrenatural. No se trata del usual mundo dorado, sino de un mundo impregnado del misterio azul, recalcitrante y urgente de los sueños. Curiosamente, lo inhumano tiene lugar en este mundo”.

La “inhumanidad” mencionada por Loveman encuentra su desahogo en una rara veta de comedia sardónica y humor de cementerio, y una especie de deleite en imágenes de crueldad y tentadora desilusión. La primera cualidad está bien ilustrada por algunos de los subtítulos en los cuentos más oscuros; tales como “Uno no siempre come lo que está sobre la mesa”, describiendo la autopsia de un cadáver, y “Un hombre aunque desnudo puede estar en harapos” refiriéndose a un cuerpo mutilado.

La obra de Bierce es, en general, despareja. Muchos de los cuentos son obviamente mecánicos, y dañados por un estilo vulgar y artificioso derivado de modelos periodísticos; pero la amarga malevolencia que merodea a través de todos ellos es inconfundible, y algunos resaltan como

permanentes cumbres de la narrativa de terror norteamericana.

*La muerte de Halpin Frayser*, considerada por Frederic Taber Cooper como el cuento más diabólicamente espectral en la literatura, anglosajona, nos habla de un cuerpo sin alma, deambulando sigilosamente en la noche de un bosque fantasmagórico y horriblemente iluminado por un resplandor sanguinolento y de un hombre acosado por recuerdos ancestrales que encuentra la muerte entre las garras de aquello que alguna vez fue su amada. *La maldita cosa*, frecuentemente recopilado en antologías populares, es la crónica de las horrendas devastaciones de una criatura invisible que merodea en las colinas y algodones. *Las circunstancias adecuadas* evoca con singular sutileza y aparente simplicidad, el punzante sentido del horror que puede residir en la palabra escrita. En este relato, el cuentista fantástico Colston le dice a su amigo Marsh: “Eres lo bastante valiente como para leerme en un tranvía, pero en una casa desierta, solo, en el bosque, durante la noche. ¡Bah! En el bolsillo llevo un manuscrito que podría matarte”. Marsh lee el manuscrito en “las circunstancias adecuadas”, y muere. *El dedo medio del pie derecho* está torpemente desarrollado, pero tiene un poderoso clímax.

Un hombre llamado Manton ha asesinado horriblemente a su esposa y sus dos hijos, la primera de las cuales carecía del dedo medio del pie derecho. Diez años después regresa muy alterado al lugar del crimen; y siendo misteriosamente reconocido, es provocado a batirse a duelo con navaja en la oscuridad de la casa abandonada donde tuvo lugar el crimen. Cuando llega el momento del duelo, es víctima de un engaño y queda sin antagonista, encerrado en una habitación oscura del edificio supuestamente embrujado, cubierta con el espeso polvo de una década. Ningún cuchillo lo ataca, pues el intento era asustarlo; pero al día siguiente se lo encuentra agazapado en un rincón con el rostro distorsionado, muerto de pánico por algo que vio. La única pista visible que se ofrece tiene implicancias



horribles: “en el espeso polvo que los años acumularon sobre el piso - yendo desde la puerta por la que habían entrado y a lo largo de la habitación hasta una yarda del cadáver acurrucado de Manton - podíanse ver tres líneas paralelas de huellas, leves pero definidas huellas de pies desnudos, dos de las cuales pertenecían a las de unos niños, la del medio a una mujer. Las huellas terminan ahí, no regresan. Todas apuntan en la misma dirección”. Y, por supuesto, las huellas de la mujer muestran la carencia del dedo medio del pie derecho. *The Spook House* (la casa de los espantos), narrado con la severa sencillez de la verosimilitud periodística, expresa terribles sugerencias de atroz misterio. En 1858, toda una familia de siete personas desapareció súbita e inexplicablemente de una granja de Kentucky, dejando todas sus posesiones intactas - muebles, ropa, alimentos, caballos ganado y esclavos. Al cabo de un año, dos hombres de gran reputación se ven obligados a refugiarse de una tormenta en la casa abandonada; allí descubren una extraña habitación subterránea iluminada por un inexplicable resplandor verde y con una puerta de hierro que no puede abrirse desde adentro. En esa habitación yacen los cadáveres de toda la familia desaparecida; y mientras uno de los hombres se abalanza para abrazar uno de los cuerpos que parece reconocer, el otro, aterrado por un extrario hedor, encierra accidentalmente a su compañero y pierde el conocimiento. Recobra el sentido al cabo de seis semanas, pero es incapaz de volver a encontrar la habitación secreta. La casa es incendiada durante la Guerra Civil. Nunca más se ha vuelto a ver al compañero encerrado en ella.

Bierce rara vez consigue plasmar las posibilidades sugestivas de sus temas en forma tan vívida como lo había logrado Poe; y buena parte de su obra contiene un cierto toque ingenuo, de prosaica angulosidad o provincialismo norteamericano que contrasta en cierta medida con los esfuerzos de los actuales maestros del terror. No obstante, el carácter genuino y artístico de sus tenebrosas concepciones es siempre evidente, por

lo cual su grandeza no corre peligro de eclipsarse. Los cuentos fantásticos de Bierce aparecen en dos volúmenes de sus obras completas, *Can Such Things Be?* (¿Es posible?) y *In the Midst of Life* (En medio de la vida). El primero de ellos está íntegramente dedicado a lo sobrenatural.

Gran parte de la mejor literatura de horror norteamericana ha surgido de escritores ajenos a este medio. La novela histórica *Elsie Venner* de Oliver Wendell Holmes sugiere, con admirable reserva, un inaudito elemento ofídico en la personalidad de una joven mujer que ha sufrido influencias prenatales, y mantiene el clima del relato con sugestivas e inteligentes pinceladas de paisaje. En *Otra vuelta de tuerca*, Henry James triunfa sobre su inevitable pomposidad y prolijidad para crear una atmósfera incisiva de amenaza siniestra; y nos describe la odiosa influencia de dos sirvientes muertos y perversos, Peter Quint y la institutriz Miss Jessel, sobre un niño y una niña que estuvieron bajo su tutela. James es quizá demasiado difuso, demasiado cortés y afectado, adicto en exceso a las sutilezas del lenguaje como para resaltar de plano todo el horror salvaje y devastador de su 58 argumento; pero a pesar de eso hay en el relato una marea ascendente de espanto - culminando con la muerte del niño - que le asigna un lugar permanente como obra singular.

Francis Marion (Crawford) escribió varios cuentos fantásticos de plural intensidad, recopilados póstumamente en el libro titulado *Wandering Ghosts* (Fantasmas errantes). *Porque la sangre es vida* relata un caso de vampirismo en las cercanías de una antigua torre que se levanta entre las rocas de una solitaria costa del sur de Italia.

*La sonrisa muerta* trata de horrores ancestrales en una vieja mansión con su cripta inmemorial, e introduce el tema del *banshee*<sup>10</sup> con considerable poder. Pero la obra maestra de Crawford es *La literatura superior*,

uno de los más tremendos cuentos de horror en toda la literatura. En este relato de un camarote embrujado por el fantasma de un suicida, imágenes como la insidiosa invasión de una pestilencia subacuática, el postillo extrañamente abierto, y la pesadillezca lucha con una criatura innominada están elaboradas con incomparable destreza.

Muy genuina, aunque no por cierto inocente de la típica y amanerada extravagancia de fines del siglo XIX, es la veta de terror en las primeras obras de Robert W. Chambers, novelista que después ha tomado otros derroteros. *El rey amarillo*, una serie de cuentos vagamente relacionados entre sí con el trasfondo de un libro prohibido y monstruoso cuya lectura acarrea el terror, la locura y la tragedia espectral, logra notables instancias de miedo cósmico, a pesar de un inetrés desigual y un cierto aire trivial y amanerado de bohemia parisina, por razones entonces en boga debido a la popularidad de la novela *Trilby* de George du Maurier. El más poderoso de esos cuentos quizá *El signo amarillo*, con su terrible y silencioso guardián de cementerio cuyo rostro semeja el de un gusano hinchado. Un muchacho se estremece de repugnancia, al recordar ciertos detalles de una pelea que sostuvo con esta criatura. “Le aseguro, señor, que es verdad de Dios que cuando le pegué y él me agarró de las muñecas yo le retorcí su puño blanco y fofo y unos de sus dedos se quedó en la mano”. Un artista, que ha compartido con otra persona un extraño sueño acerca de una carroza fúnebre, se horroriza al escuchar la voz del guardián del cementerio cuando éste se le acerca. El individuo emite un sonido susurrante que se introduce en el cerebro “como el humo grasiento de un caldero o la pestilencia de la descomposición.

El susurro dice: “Has encontrado el signo amarillo?”.

Un talismán de ónix con fantásticos jeroglíficos, recogido en la

---

<sup>10</sup> En el folklore irlandés, un espíritu cuyo grito o lamento es heraldo de muerte (N.

calle por el copartícipe del sueño, cae al poco tiempo en manos del artista; luego ambos se apropian extrañamente del terrible infolio de los horrores, cuyas páginas revelan - entre pavorosos secretos ajenos a la cordura- que ese talismán es el inmencionable Signo Amarillo que proviene del culto maldito de Hastur - en la primigenia Carcosa, de la cual trata el libro y cuya memoria yace agazapada ominosa en las profundidades de la mente humana. Luego escuchan el retumbar de la carroza fúnebre cuyas riendas lleva el fofo guardián de rostro cadavérico. La siniestra figura entra en la casa sombría buscando el Signo Amarillo, las trancas y los cerrojos se desmenuzan a su toque.

Y cuando la gente, alarmada por un grito inhumano, se precipita en la casa, hallan tres cuerpos en el piso: dos muertos y un moribundo. Uno de los cadáveres está en avanzado grado de descomposición. Es el guardián del cementerio, y el doctor exclama: “Ese hombre debe haber muerto hace meses”.

Vale la pena destacar que el autor deriva la mayor parte de los nombres y alusiones relacionados con su espeluznante región de memorias primigenias, de los cuentos de Ambrose Bierce. Otras obras de Chambers con elementos macabros con *The Maker of Moons* (El hacedor de Lunas) y *In Search of the Unknown* (En busca de lo desconocido). No puede evitarse el lamentar que no continuara desarrollando una veta que fácilmente le hubiera concedido fama de maestro.

Elementos sobrenaturales de auténtica estirpe puede hallarse en la obra de la escritora realista de Nueva Inglaterra Mary E. Wilkins (Freeman), cuyo volumen de cuentos *The Wind in the Rosebush* (El viento en el rosal) contiene una cantidad de notables ejemplos. En *The Shadows on the Wall* (Las sombras en la pared) se describe con suma habilidad el

impacto de la tragedia espectral en el ámbito de una sólida familia de Neva Inglaterra; y el misterioso origen de la sombra del hermano envenenado prefigura el desenlace cuando la sombra del secreto asesino, que se ha suicidado en una ciudad cercana, aparece súbitamente detrás de aquella. Charlotte Perkins Gilman, en *The Yellow Wallpaper* (El empapelado amarillo) alcanza un nivel de clásico al delinear sutilmente la locura de una mujer que vive en una espantosa habitación empapelada donde una demente estuvo recluída.

En el cuento titulado *The Dead Valley* (El valle muerto), el eminente arquitecto y novelista Ralph Adams Cram logra invocar memorablemente el vago espanto que impera sobre una región desolada, merced a la sutileza de las descripciones y la atmósfera.

El versátil y talentoso Irvin S. Cobb continúa nuestra tradición de literatura espectral con algunos brillantes ejemplos. Entre sus primeros textos figura *Fishead*, un cuento perniciosamente efectivo en su retrato de una afinidad monstruosa entre un híbrido idiota y el extraño pez de un lago apartado, quien al final toma venganza por el asesinato de su anormal consanguíneo. Las últimas obras del señor Cobb introducen un elemento de posible ciencia, como en ese cuento de historia hereditaria en donde un hombre moderno con ascendencia negroide deja escapar palabrrs del lenguaje de la jungla africana, al ser atropellado por un tren bajo circunstancias auditivas y visuales que recuerdan la muerte de su antecesor por un rinoceronte en el siglo pasado.

De gran nivel artístico es la novela *The Dark Chamber* (La habitación oscura) de Leonard Cline, publicada en 1927. Esta es la historia de un hombre que - con la típica ambición de un personaje gótico o byroniano - busca desafiar la naturaleza y recobrar cada instante de su vida, pasada mediante la anormal estimulación de la memoria. Para este fin utiliza interminables notas, archivos, objetos mnemónicos e imágenes - y

finalmente aromas, música y drogas exóticas. Por último, su ambición lo lleva más allá de su vida personal y se extiende hacia los oscuros abismos de la memoria hereditaria - retrocediendo incluso a los tiempos prehumanos entre los pantanos de la era carbonífera, y aún más, sumergiéndose en las inimaginables profundidades del tiempo y las entidades primigenias. Utiliza música más extraña y drogas más exóticas, hasta que por fin su perro comienza a sentir hacia él un pánico extraño. Una pestilencia animal lo rodea y su rostro se embrutece con la mirada vacía de una criatura infrahumana. Merodea en los bosques, aullando durante la noche bajo las ventanas. Al fin se lo encuentra en una espesura, con el cuerpo mutilado. A su lado está el cadáver destrozado de su perro. Se han matado uno al otro. La atmósfera de esta novela es malévolamente opresiva, centrando la atención en la siniestra casa del protagonista.

Una novela menos sutil y equilibrada, aunque efectiva, es *The Place called Dagon* (Un lugar llamado Dagon) de Herbert S. Gorman, que relata la oscura historia de un lugar remoto de Massachusetts, en donde los descendientes de los perseguidos por la brujería de Salem aún mantienen vivos los horrores morbosos del Sabbat Negro.

*Sinister House* (La casa siniestra), de Leland Hall, tiene momentos de magnífico clima, pero está arruinada por un mediocre romanticismo.

Muy notables a su manera son algunas de las creaciones fantásticas del novelista y cuentista Edward Lucas White, muchos de cuyos temas tuvieron origen en los sueños. *The Song of the Siren* (La canción de la sirena) posee una persuasiva extrañeza, mientras que *Lukundoo* y *The Snout* (El hocico) despiertan temores más oscuros. El señor White imparte una cualidad muy peculiar a sus relatos-una suerte de oblicuo encanto que tiene su propia capacidad de convicción.

De los jóvenes escritores norteamericanos, nadie pulsa la nota de horror cósmico mejor que el poeta, pintor y cuentista californiano 62 Clark

Ashton Smith, cuyos bizarros dibujos, pinturas y cuentos son una delicia para la minoría sensible. El señor Smith utiliza el trasfondo de un universo de espanto, remoto y paralizante - junglas de flores ponzoñosas e iridiscentes en las lunas de Sturno, templos grotescos y malignos de la Atlántida y Lemuria, olvidados mundos primigenios, y pestíferos pantanos de hongos venenosos en regiones espectrales más allá de los confines del mundo. Su poema más extenso y ambicioso *The Hashis Eater*, despliega increíbles visiones caóticas de pesadilla caleidoscópica en los espacios interestelares. Ningún escritor vivo o muerto ha superado, quizá, a Clark Ashton Smith en la pura extrañeza cósmica y fertilidad de sus creaciones. ¿Quién otro ha podido ver esas espléndidas, exhuberantes y febriles visiones distorsionadas de esferas infinitas y múltiples dimensiones, y ha vivido para contar el cuento? Sus relatos tratan de otras galaxias, mundos y dimensiones, al igual que con extrañas regiones y épocas de la Tierra. Nos habla de la primigenia Hiperbórea y de su amorfo dios Tsathoggua; del continente perdido de Zothique, y de la fabulosa tierra de Averroigne en la Francia medieval, acosada por vampiros.

Algunos de los mejores cuentos de Smith pueden hallarse en el folleto titulado *The Double Shadow and other Fantasies* (1933).

## **9. LA TRADICIÓN SOBRENATURAL EN LAS ISLAS BRITÁNICAS**

La reciente literatura británica, además de incluir a los tres o cuatro mejores escritores fantásticos de nuestra época, ha sido gratamente fértil en el tema de lo sobrenatural. Rudyard Kipling incursionó a menudo en el género y, a pesar de los omnipresentes manierismos, lo hizo con indudable maestría en cuentos como *La litera fantasma*, *El cuento más hermoso del mundo*, *El regreso de Imray* y *La marca de la bestia*. Este último relato es particularmente conmovedor; las imágenes del desnudo sacerdote leproso

que chilla como una nutria las manchas que surgen en el pecho del hombre a quien maldijo el sacerdote, la creciente voracidad carnívora de la víctima y el miedo que inspira a los caballo, y por último la parcial transformación de esa víctima en leopardo, son escenas que el lector no olvida con facilidad. La derrota final del maligno hechizo no perjudica la fuerza del cuento o la validez de su misterio.

Leofcadio Hearn, personalidad extraña, errabunda y exótica, se aleja aún más del reino de lo real; y con la suprema sensibilidad de un poeta teje fantasías que superan las posibilidades de escritores más prosaicos. Su libro *Fantastics*, escrito en Norteamérica, contiene algunos textos etque figuran entre los más espectaculares e impresionantes de la literatura; mientras que el volumen titulado *Kwaidan*, escrito en Japón, cristaliza con insuperable talento y delicadeza las espeluznantes tradiciones y remotas leyendas de ese país. La magia verbal de Hearn resalta aún más en algunas de sus traducciones del francés, especialmente de Gautier y Flaubert. Su versión de Las tentaciones de San Antonio, de este último, es un clásico de imaginiería febril y anárquica envuelta en el hechizo de un lenguaje musical.

Oscar Wilde tiene también su lugar entre los escritores fantásticos, tanto por sus exquisitos cuentos de hadas, como por su vívida novela El retrato de Dorian Gray, en la cual un maravilloso cuadro asume 64 durante años la obligación de envejecer en lugar de su original, quien a su vez lleva una vida de vicio y crimen sin perder la apariencia de juventud, belleza y lozanía. La historia llega a un súbito y potente desenlace cuando Dorian Gray, convertido finalmente en asesino, busca destruir la pintura que es un reflejo y testimonio de su depravación moral. Ataca el cuadro con un puñal, escuchándose al instante un grito y un estrépito; pero cuando llegan los sirvientes encuentran la tela en toda su prístina belleza. “En el piso, yacía un hombre muerto, vestido de etiqueta, con un puñal clavado en el corazón.



Estaba marchito, arrugado y la expresión de su rostro era espantosa. Recién al examinar los anillos se dieron cuenta de quién era”.

Matthew Phipps Shiel, autor de muchas novelas y relatos fantásticos y de aventuras, alcanza en ocasiones un elevado nivel de hórrida magia. *Xelucha* es un fragmento dañino y repulsivo, pero lo supera la indudable obra maestra de Shiel, *The House of Sounds* (La mansión de los sonidos) escrita con el florido estilo de la “belle époque”, y reelaborada con más sobriedad artística en los primeros años de este siglo. El cuento, en su forma final, merece destacarse como obra única en el género. Nos habla de un indidioso horror amenazante que se desliza a través de los siglos en una región boreal cercana a las costas de Noruega. Allí, en una isla barrida por vientos demoníacos y entre el estruendo apocalíptico de las olas, un espectro vengativo construye una torre de espantos. Es vagamente similar, aunque infinitamente distinta, a *La caída de la casa Usher* de Poe. En la novela *La nube purpúrea*, Shiel describe con tremendo poder una maldición que surge del polo ártico para destruir a la humanidad, y que parece haber dejado un solo habitante en nuestro planeta. Las sensaciones de este único superviviente mientras deambula como amo y señor en la macabra soledad de las ciudades del mundo, están descritas con un talento artístico poco menos que majestuos.

Lamentablemente la segunda parte del libro, con su convencional elemento romántico, sufre una notoria declinación.

Más conocido que Shiel es el ingenioso Bram Stoker, creador de muchos conceptos intensos en una serie de novelas cuya mediocre técnica perjudica tristemente su efecto. En *La madriguera del gusano blanco* imagina la existencia de una gigantesca entidad primitiva que habita en la cripta subterránea de un viejo castillo, pero arruina completamente esa magnífica idea con un desarrollo casi infantil. *La joya de las siete estrellas*, historia de una extraña resurrección egipcia, está mejor escrita. Pero la más

lograda de todas es la famosa novela *Drácula*, que se ha convertido casi en el prototipo moderno del siniestro mito del vampiro. El conde Drácula habita en un horrible castillo de los Cárpatos, pero emigra finalmente a Inglaterra con el designio de poblar ese país con vampiros. De cómo un inglés logró introducirse en la fortaleza de los horres y como fue desbaratado al fin el conjuro del diabólico espectro, conforman un relato que se ha ganado con justicia un lugar permanente en las letras inglesas.

*Drácula* facilitó la aparición de varias novelas similares de horror sobrenatural, entre ellas descatan *The Beetle* (El escarabajo) de Richard Marsh, *Brood of the Witch-Queen* (Los vástagos de la reina bruja) de “Sax Rohmer” (seudónimo de Arthur Sarsfield Ward), *The Door of the Unreal* (Las puertas de lo irreal), de Gerald Biss. Esta última novela elabora con bastante destreza el tradicional mito del hombre-lobo.

Mucho más sutil y artística, y narrada con singular maestría a través de los diversos puntos de vista de varios personajes, es la novela *Cold Harbour*, de Francis Brett Young, en donde se describe una antigua mansión de extraña malignidad. El burlón y casi omnipotente Humphrey Furnival es un eco lejano del convencional “villano” gótico, pero tiene características más individuales. Solamente la difusa explicación final y el liberal uso de la adivinación como elemento argumental, impiden la absoluta perfección de esta obra.

En la novela *Witch Wood* (El bosque de las brujas), John Buchan represeeta con tremenda fuerza un resurgimiento del diabólico Sabbat de las brujas en una región solitaria de Escocia. La descripción del sombrío bosque y su piedra maligna, junto a los vislumbres de terror cósmico cuando el horror es finalmente extirpado, nos reconcilian con la lentitud de la acción y plétora de dialecto escoces. Algunos cuentos de Buchan son igualmente vívidos en sus intimaciones espectrales, *The Green Wildebeest* (La bestia verde), una historia de brujería africana, *The Wind in the Pordico*

(El viento en el pórtico), con su despertar de horrores paganos, y *Skule Skerry* con sus toques de espantos boreales, son ejemplos especialmente notables.

Clemence Housman, en la novela corta titulada *The Werewolf* (La loba) recaptura la atmósfera del auténtico folklore en una narración tensa y macabra. En *The Elixir of Life* (El elixir de la vida), Arthur Ransome logra crear excelentes efectos sombríos pese a la ingenuidad del argumento, mientras que *The Shadowy Thing* (la criatura de las sombras) de H. B. Drake, invoca terribles y extrañas visitas.

*Lilith* de George MacDonald posee un encanto singular que le es absolutamente propio. La primera, y la más simple, de las dos versiones es quizá la de mayor efecto.

La obra del poeta Walter de la Mare merece los más altos elogios como la de un vigoroso artesano para quien el mundo invisible y místico es una realidad cercana y vital. La hechizante poesía de de la Mare, lo mismo que su delicada prosa, muestran la consistente impronta de una extraña visión que penetra en lo profundo de ocultas esferas de belleza y en terribles e inhóspitas dimensiones del ser. En la novela *The Return* (El regreso), el alma de un muerto surge de su antigua tumba e invade el cuerpo de los vivos, de tal forma que el rostro de la víctima, asume los rasgos de lo que ha mucho tiempo fue polvo. Entre los cuentos, recopilados en varios volúmenes, muchos son inolvidables por su dominio de las más oscuras ramificaciones del miedo y la hechicería, especialmente *La tía de Seaton*, un relato dominado por el horrible trasfondo de un perverso vampirismo; *The Tree* (El árbol) que describe el tenebroso lardín de un artista empobrecido; *Desde lo profundo*, que nos invita a imaginar los espectros invocados por un huérfano moribundo en una casa solitaria, al sonido de la odiosa campanilla de su alcoba embrujada por recuerdos. *A recluse* (Un recluso), sugiere lo que pudo haber impulsado a un huésped

ocasional a escapar de una casa durante la noche; *Mr. Kempe*, que nos muestra a un clérigo loco y hermitaño en su búsqueda del alma humana, viviendo en una temible región de acantilados junto a una capilla arcaica y abandonada; y *All-Hallows* (Todos los Santos), crónica de una solitaria iglesia medieval sitiada por fuerzas demoníacas que restauran prodigiosamente la destruída mampostería. Walter de la Mare no hace del miedo el elemento dominante o único de sus relatos, pues en apariencia está más interesado en las sutilezas de carácter que involucra el tema.

Ocasionalmente se deja llevar por una fantasía inocua al estilo de Barrie<sup>11</sup>. Aún así, él es uno de los pocos artistas para quien lo irreal es una presencia sólida y vívida; y por lo tanto es capaz de imponer en sus ocasionales estudios del terror, la incisiva potencia que sólo un raro maestro puede lograr. Su poema *The Listeners* (Los centinelas), restaura en versos modernos el estremecimiento gótico.

El cuento fantástico ha tenido buena fortuna en años recientes; un importante colaborador es el versátil E. F. Benson, cuyo relato *The man who went too far* (El hombre que fue demasiado lejos) nos habla en voz baja acerca de una casa en las lindes de un bosque oscuro, y del estigma del dios Pan en el pecho de un hombre muerto. El volumen de Benson titulado *Visible and Invisible* (Visible e Invisible) contiene varios cuentos de singular poder, en especial *Negotium Perambulans* que revela al inaudito monstruo de un panel eclesiástico llevando a cabo un milagroso acto de venganza en un solitario pueblo de la costa de Cornwall; y de *Horror-Horn*, en donde se deslizan horribles criaturas semihumanas que habitan en las solitarias cumbres de los Alpes. *The Face* (El rostro) perteneciente a otra colección, es letal en su inexorable atmósfera de pesadilla. H. R. Wakefield, en sus volúmenes *They Return at Evening* (Los que regresan al

---

<sup>11</sup> Sir James Barrie, autor de *Peter Pan* (N. del T.)

anochecer) y *Others who returned* (Otros que regresan) tiene momentos de brillantez, a pesar de un aire viciado de sofisticación. Los cuentos más notables son *The Red Lodge* (La casa roja) con su viscoso espectro, *He Cometh and He Passed By, And He Shall Sing*, *The Cairn*, *Blind Man's Buff* (La gallina ciega), y ese vislumbre de horror milenario titulado *The Seventeenth Hole at Duncaster* (Hoyo 17 en Duncaster).

Ya hemos mencionado las obras fantásticas de H. G. Wells y A. Conan Doyle. El primero en *The Ghost of Fear* (El fantasma del miedo) alcanza un alto nivel, y todos los cuentos del volumen *Thirty Strange Stories* (Treinta relatos extraños) poseen fuertes implicaciones fantásticas. Doyle, de vez en cuando, pulsa una poderosa nota espectral, como en *El capitán de la estrella del polo*, un cuento de fantasmas que transcurre en el Ártico, y *El lote número 249* en donde el tema de la momia resucitada está utilizado con un talento fuera de lo común. Hugh Walpole, de la misma familia del fundador de la novela gótica, ha incursionado en lo bizarro con mucho éxito; su cuento *La señora Lunt* entraña un conmovedor escalofrío. John Metcalfe, en la colección titulada *The Smoking Leg* (La pierna de humo), logra ocasionalmente una rara y poderosa nota de extrañeza; el cuento *The Bad Lands* (Las tierras malas) contiene graduaciones de horror con fuerte sabor a genio. Más caprichosas e inclinadas hacia la fantasía amable y ligera de J. M. Barrie, son las narraciones de E. M. Forster, agrupadas bajo el título *The Celestial Omnibus* (El ómnibus celestial). De esos relatos rescatamos una historia que sugiere la presencia del dios Pan y su atmósfera de miedo. Es el único del cual puede decirse que contenga el genuino elemento de horror cósmico<sup>12</sup>.

La señora D. H. Everett, aunque enclavada en modelos vetustos y convencionales, alcanza en contadas ocasiones singulares alturas de terror

---

<sup>12</sup> El cuento de Forster se titula *Pánico*. (N. del T.)

espiritual en su colección de cuentos *The Death Mask* (La máscara de la muerte). El novelista L. P. Hartley resalta por su insidioso y horripilante cuento *A Visitor from Down Under* (Un visitante de las antípodas). May Sinclair, en sus *Uncanny Stories* (Historias sobrenaturales) utiliza el “ocultismo” tradicional en mayor medida que la elaboración creativa del miedo que destaca a los maestros del género, y prefiere poner énfases en las emociones y psicología humanas más que en la descarnada visión de un cosmos indiferente. Cabe destacar en este punto que los adherentes al ocultismo son quizá menos efectivos que los materialistas en delinear lo espectral y lo fantástico, pues para ellos el mundo fantasmal es una realidad tan cotidiana que tienden a considerarlo con menos reverencia, distancia y sobrecogimiento tal como lo hacen aquellos o que ven en lo desconocido una absoluta e impresionante violación del orden natural.

De estilo indiferente, pero en ocasiones tremendamente poderosas en sus visiones de mundos y seres que acechan bajo la superficie de la vida, es la obra de William Hope Hodgson, menos conocida hoy en día de lo que se merece<sup>13</sup>. Aunque favorece conceptos anticuados y sentimentales del universo, y de las relaciones del hombre con el mundo y sus semejantes, Hodgson es quizá apenas inferior a Algernon Blackwood en su fervor creativo de lo irreal. Pocos pueden igualarlo en su descripción de una humanidad sitiada por fuerzas innombrables y monstruosas entidades mediante alusiones casuales y detalles insignificantes, o en comunicar al vago espanto espectral que se relaciona con ciertos edificios o regiones.

En *Los botes del Glen Garrig* (1907) observamos a los supervivientes de un naufragio enfrentados a una variedad de prodigios malignos en tierras desconocidas y abominables. La persistente amenaza que impera en las dos primeras partes del libro es imposible de superar,

aun'que al final la novela declina en un mero relato de aventuras y romance. El torpe y pseudo romántico intento por reproducir la prosa del siglo XVIII, debilita el efecto general de la novela, pero eso se compensa por la genuina erudición náutica desplegada por el autor.

*La casa en el límite* (1908) - quizá la mejor de todas las obras de Hodgson - nos habla de una casa solariega y tenebrosa en Irlanda, centro de una encrucijada de horribles fuerzas cósmicas y acosada por blasfemas monstruosidades que surgen del abismo. El peregrinaje del espíritu del protagonista a través de ilimitados años-luz de espacio cósmico y Kalpas de eternidad, y su visión de la muerte del sistema solar, constituyen algo casi único en la literatura popular. Y en todas partes se manifiesta el poder del autor para sugerir vagos horrores acechantes en escenarios naturales. Sin algunos toques de sentimentalismo común este libro sería un clásico de primer agua.

*Los espectros del mar* (1909), novela que Hodgson consideraba como la conclusión de una trilogía, con los dos libros anteriores, es la poderosa crónica del último viaje de un barco embrujado, y de los terribles espectros del mar (de aspecto casi humano, y quizá los espíritus de bucaneros de antaño) que lo acosan y finalmente lo arrastran a un destino desconocido. Con su dominio de conocimientos marítimos, y su inteligente selección de alusiones e incidentes sugestivos de horrores latentes en la naturaleza, este libro alcanza en ocasiones envidiables cumbres de poder.

*The Night Land* (La tierra de la noche) de 1912, es una extensa historia (538 páginas) del infinitamente remoto futuro de la Tierra - billones y billones de años, tras la muerte del sol. Está narrada de una manera más bien torpe, como los sueños de un hombre del siglo XVII, cuya conciencia habita en la de su propia reencarnación futura, y está seriamente

---

<sup>13</sup> La obra de Hodgson fue rescatada del olvido por Colin de la Mare en su antología

dañada por una dolorosa verborragia, repeticiones, sentimentalismo romántico artificial y nauseabundo, y un intento de lenguaje arcaico aún más grotesco y absurdo que el de *Glen Carrig*.

Admitiendo todas sus fallas, es aún una de las más poderosas obras de imaginación macabra jamás escrita. La imagen de un planeta muerto sumergido en la noche eterna, con los supervivientes de la raza humana concentrados en tremenda pirámide de metal y sitiados por monstruosas híbridas e inconcebibles fuerzas de las tinieblas, es algo que ningún lector puede olvidar. Sombras titánicas y entidades inhumanas de estirpe inaudita - los merodeadores de la oscuridad, el mundo inexplorado y ajeno a los hombres que rodea la pirámide están sugeridos y parcialmente descriptos con inefable potencia; mientras que el paisaje de la tierra de la noche con sus abismos, laderas y volcanes moribundos, adquieren un terror casi palpable bajo el toque del autor.

Mediando el libro el protagonista principal se aventura fuera de la pirámide en una búsqueda a través de regiones embrujadas y vírgenes de presencia humana durante millones de años - y en la lenta y minuciosa crónica de su progreso, día a día, a lo largo de inimaginables leguas de tinieblas inmemoriales - se percibe un sentido de alienación cósmica, de sofocante misterio y aterrorizada incertidumbre que no tiene paralelo en la literatura. La última parte del libro se arrastra miserablemente, pero no desvirtúa el tremendo poder de toda la obra.

El último libro de Hodgson, *Carnacki, The Ghost-Finder* (Carnacki, descubridor de fantasmas) consiste en varios cuentos publicados anteriormente en revistas. En calidad está muy por debajo del nivel de los otros libros. Nos encontramos aquí con una figura más o menos convencional del tipo “detective infalible” - vástago de M.



Dupin y Sherlock Holmes y pariente cercano del John Silence de Algernon Blackwood - moviéndose a través de escenas y eventos desdibujados por una atmósfera de “ocultismo” profesional. Unos pocos episodios, sin embargo, son de indudable interés y muestran destellos del peculiar genio característico del autor.

Naturalmente, es imposible investigar en un breve esbozo todas las vertientes modernas del elemento de terror. Este ingrediente debe figurar, por necesidad, en cualquier creación literaria que abarque la vida en su totalidad; no debemos sorprendernos al encontrarlo en escritores tales como Robert Browning, cuyo poema *Childe Harold* está pleno de amenazas tenebrosas, o en el novelista, Joseph Conrad, quien a menudo escribió acerca de los oscuros secretos del mar y del inexorable poder del destino que ensombrece la vida de aventureros solitarios y obsesivos. Estas vertientes tienen infinitas ramificaciones; pero debemos limitarnos aquí al elemento más puro, al que define y domina la obra de arte que lo contiene.

Un poco al margen de la tradición británica, figura esa veta sobrenatural en la literatura irlandesa rescatada por el Renacimiento Celta en los últimos años del siglo pasado. Las leyendas espectrales y feéricas fueron siempre de gran importancia en Irlanda, y durante más de un siglo han sido registradas por una cantidad de fieles copistas y traductores, tales como William Carleton, T. Crofton Croker, Lady Wilde - madre de Oscar Wilde, Douglas Hyde y W. H. Yeats. Este cuerpo mitológico ha sido cuidadosamente recopilado e investigado por las nuevas generaciones; y sus rasgos más salientes figuran, en la obra de Yeats, J. M. Synge, “A. E.” (George Russell), Lady Gregory, Padraic Colum, James Stephens y sus colegas.

Aunque en general más fantasioso que terrible, este folklore y su reflejo artístico contienen muchos elementos que se integran al dominio del horror cósmico. Historias de funerales en iglesias sumergidas bajo la

superficie de lagos embrujados, descripciones del agorero *banshee* y del siniestro “niño oscuro”<sup>14</sup>, baladas de espectros y criaturas impías - todo eso tiene su conmovedor y claro estremecimiento, y define un fuerte e inequívoco elemento en literatura, fantástica. Pese al grotesco telúrico y a una absoluta ingenuidad, hay verdadera pesadilla en el tipo de narración representada por la historia de Teig O' Kane, quien en castigo por su vida salvaje fue condenado a llevar a grupas durante toda la noche a un horrible cadáver que pedía ser enterrado, visitando cementerio tras cementerio en donde los muertos rehusaban admitir al recién llegado.

Yeats, la personalidad más destacada del renacimiento irlandés y quizá el mayor poeta de nuestra época, ha realizado notables contribuciones tanto en la creación de obras originales como en la codificación de viejas leyendas.

## 10. LOS MAESTROS MODERNOS

Los mejores cuentos de terror moderno, al amparo de la extensa evolución del género, poseen una naturalidad, convicción tersura artística y diestra intensidad cuyo atractivo está más allá de toda comparación con las fantasías góticas del pasado. La técnica, el estilo, la experiencia y los conocimientos psicológicos, han avanzado tremendamente con el paso de los años, de modo tal que las obras antiguas nos parecen ingenuas y artificiales; redimidas, si acaso, sólo por el genio que puede superar incómodas limitaciones. El tono jovial y declamatorio de corte romántico, lleno de falsas motivaciones, que asigna a cada, evento un doble significado y un irresponsable “glamour”, pertenece ahora a las fases más ligeras y caprichosas de la literatura fantástica. Los cuentos sobrenaturales

---

<sup>14</sup> Changeling. Vástago monstruoso que, según la tétrica leyenda, el “pequeño pueblo” deja en las cunas a cambio de los niños. (N. del T.)

modernos, por su perfecta consistencia y fidelidad a la naturaleza son intensamente realistas, excepto en la única, desviación mágica que se permite el artista; también pueden sumergirse en el reino absoluto de la fantasía, adaptando hábilmente la atmósfera a la visión de un delicado mundo irreal y exótico más allá del tiempo y del espacio en dónde todo es posible, siempre y cuando esas posibilidades estén en armonía con ciertos tipos de imaginación e ilusión normales a un espíritu sensible.

Esto, al menos, es la tendencia dominante; aunque sabemos de muchos grandes escritores contemporáneos, que caen ocasionalmente en posturas ostentosas de inmaduro romanticismo, o en la jerga hueca y absurda del “ocultismo” pseudo científico, que en esta época se encuentra en una de sus periódicas mareas altas.

Entre los creadores modernos de horror cósmico elevado a su punto artístico más alto, pocos pueden tener la esperanza de rivalizar con el versátil Arthur Machen, autor de una docena de relatos en donde los elementos de terror oculto y amenaza siniestra alcanzan una incomparable esencia y agudeza realista. Machen, hombre de letras y dueño de un estilo exquisitamente lírico y expresivo, ha puesto, quizá, mayor empeño en su picaresca *Chronicles of Clemendy*, en sus lúcidos ensayos, su vívida autobiografía, sus elegantes traducciones y por encima de todo en la memorable epopeya de una mente estética y sensible titulada *La colina de los sueños*, en la cual el juvenil héroe responde a la magia de los personajes en la antigua Gales - terruño del autor - y vive una existencia onírica en la ciudad romana de Isca Silurum, antiguo sitial donde ahora descansa el pueblo de Caerleonon-Usk, pleno de reliquias. Pero es un hecho que sus poderosos cuentos de terror escritos a fines del siglo pasado y principios del actual, permanecen como ejemplos únicos y definen una época en la historia de esta forma literaria.

Machen, con la susceptibilidad de su herencia celta unida a los

intensos recuerdos de las colinas salvajes, los bosques arcaicos y las enigmáticas ruinas de los campos de Gwent, ha desarrollado una imaginación de rara belleza, intensidad y trasfondo histórico. Lleva, en la sangre el misterio medieval de los bosques sombríos y las antiguas costumbres, y es un enamorado de la Edad Media en todos sus aspectos - incluyendo la fe católica. Asimismo, se ha rendido al encanto de la vida en la antigua Britania Romana que floreció en su región natal; y encuentra extrañas magias en los recintos fortificados, los pavimentos de mosaico, fragmentos de estatuas y otras reliquias que recuerdan los días en que imperaba el clasicismo y el latín era el idioma del país. Un joven poeta norteamericano, Frank Belknap Long, ha sabido expresar las virtudes y la magia verbal de este soñador en el soneto titulado *Sobre la lectura de Arthur Machen*: Hay gloria en el bosque otoñal, los viejos caminos de Inglaterra serpentean y ascienden a través de los mágicos robles y la maraña del tomillo hacia donde se levanta la fortaleza del poderoso imperio: Hay encanto en el cielo otoñal; las nubes púrpuras se retuercen en el resplandor de una gigantesca, hoguera, y hay destellos leonados en donde mueren las brasas.

Espero, por cuanto él ha de mostrarme, claro y frío, en el lejano Norte el perfilado esplendor de las águilas Romanas, y entre la áurea niebla las legiones en marcha que surgen de ella: Espero, porque de nuevo quiero compartir con él la antigua fe y el antiguo dolor.

El más famoso de los cuentos de terror de Arthur Machen es quizá *El gran dios Pan* (1894), que narra la historia de un singular y terrible experimento y sus consecuencias. Una joven mujer, por medio de una operación cerebral, tiene visiones de la vasta y monstruosa deidad de la naturaleza. Enloquece y muere a los pocos meses. Años después una niña extraña, ominosa y de aspecto extranjero llamada Helen Vaughan, queda al cuidado de una familia de campesinos en Gales, y esta criatura embruja los

bosques de una manera inexplicable. Un niño pierde la razón al espiar junto a ella alguien o algo inaudito, y una muchacha sufre el mismo y terrible destino. Todo este misterio está extrañamente relacionado con antiguos fragmentos de esculturas diseminados por la región y que representan deidades romanas. Pasan algunos años y una mujer de belleza exótica e inquietante aparece en sociedad, arrastra a su esposo hacia el horror y la muerte, impulsa a un artista a pintar inconcebibles imágenes del Sabbat de las brujas, provoca una epidemia de suicidios entre los hombres que se relacionan con ella, y finalmente se la descubre en los más bajos antros de vicio en Londres, donde hasta los más perversos se horrorizan por sus enormidades. A través de una laboriosa comparación de datos realizada por aquellas personas que escucharon hablar de ella en varias etapas de su carrera, pudo saberse que esta mujer era la niña Helen Vaughan, quien a su vez había nacido inauditamente de la joven víctima, del siniestro experimento. Ella es la hija del gran dios Pan, que por último muere entre horribles transmutaciones de forma y sexo descendiendo a las más primigenias manifestaciones del principio vital.

Pero el atractivo del cuento está en la forma de narrar. Es necesario seguir con atención el precioso orden con que Machen despliega sus graduales vislumbres y revelaciones para recién poder describir el creciente suspenso y horror que impregna cada párrafo. El melodrama está presente y las coincidencias abundan a un punto tal que nos parecen absurdas bajo el análisis; pero esas nimiedades desaparecen en la maligna hechicería del relato, y el lector sensible concluye la lectura con un deleitable estremecimiento y una tendencia a repetir las palabras de uno de los protagonistas: “Es demasiado increíble, demasiado monstruoso; esas cosas no pueden existir en este mundo tranquilo... Pues si ello fuera posible, nuestra tierra sería una pesadilla.” Menos famosa y menos compleja en su estructura que *El gran dios Pan*, pero definitivamente superior en

atmósfera y valor artístico, es la curiosa y sugestiva crónica titulada *El pueblo blanco*, cuya parte principal supone ser el diario o notas de una niña a quien su niñera introduce en los oscuros secretos de la magia y en siniestros cultos brujeriles - cultos de tradición legendaria susurrados por inmemoriales generaciones de campesinos a través de toda Europa, y cuyos adeptos salen furtivamente por las noches, uno a uno, reuniéndose en bosques sombríos y lugares solitarios para celebrar las orgías del Sabbat Negro. La narración de Machen, un triunfo de sobriedad artística e inteligente selección, acumula enorme poder a medida que se introduce en un mundo de alusiones extrañas expresadas en lenguaje inocente e infantil: “ninfas”, “Doles”, “vulas”, “ceremonias blancas”, “juegos Mao” y demás - Los ritos que la niñera aprendió de su abuela le son transmitidos a la niña cuando ella tiene tres años de edad, y la sencilla descripción de las peligrosas y oscuras revelaciones poseen un horror insidioso generosamente mezclado con patetismo. Hechizos malignos bien conocidos por los antropólogos están expresos con infantil ingenuidad, y por último llega un viaje de atardecer invernal hacia las viejas colinas de Gales, en donde el poder de una imaginación en éxtasis otorga al ya desolado paisaje un clima palpable 78 de extraña y grotesca irrealidad. Los detalles de este viaje tienen una maravillosa intensidad que para el ojo crítico conforman una obra maestra de literatura fantástica, con su poder casi ilimitado para sugerir titánicos horrores y aberración cósmica. Finalmente, la niña, que ya tiene trece años, encuentra un objeto de enigmática y funesta belleza en el corazón de un bosque inaccesible. Un siniestro horror se cierne sobre ella - amenaza prefigurada por el autor en las primeras páginas del cuento-, pero la niña escapa ingiriendo veneno. Al igual que la madre de Helen Vaughan en *El gran dios Pan*, ella ha contemplado esa espantosa deidad. Encuentra su cuerpo en el bosque junto al objeto misterioso que ella había hallado. Los hombres, aterrados, destruyen ese objeto - una escultura pagana de

blanco resplandor, centro y origen de terribles rumores medievales.

En la novela episódica *Los tres impostores*, una obra cuyo mérito general está debilitado por una imitación de los manierismos de Stevenson, incluye ciertos relatos que tal vez representen el punto más alto del talento de Machen como artesano del terror. Aquí encontramos elaborado en forma artística un concepto favorito del autor; la noción de que por debajo de los montes y las rocas de las colinas inhóspitas de Gales habita una raza subterránea de seres primigenios, cuyos vestigios dieron origen a las leyendas populares de hadas, elfos y el “pequeño pueblo”, y a quienes se considera, aún en la actualidad, como responsables de ciertas desapariciones inexplicables y ocasionales substituciones de “niños oscuros” por infantes normales.

Este tema recibe su más brillante ejecución en el episodio titulado *La novela del Sello Negro*, donde un profesor, tras descubrir una singular identidad entre ciertos caracteres enigmáticos garabateados en rocas calcáreas de Gales con los signos de un sello prehistórico de Babilonia, emprende una investigación que lo arrastra a eventos desconocidos y terribles. Un curioso párrafo en los escritos del antiguo geógrafo Solinus, una serie de desapariciones misteriosas en solitarias regiones de Gales, una campesina que da a luz un niño idiota tras una experiencia de espanto; todas esas cosas le sugieren al profesor horribles relaciones y unas circunstancias odiosas para cualquier persona que respete a la raza humana. Toma a su servicio al muchacho idiota quien a veces balbucea extrañamente con un repulsivo siseo y sufre curiosos ataques epilépticos. En cierta oportunidad, tras uno de esos ataques nocturnos en el estudio del profesor, se manifiestan inquietantes olores y rastros de presencias anormales; y poco tiempo después el profesor deja un voluminoso manuscrito tras él y se pierde en las tenebrosas colinas con febril ansiedad y un extraño terror en el corazón. Jamás regresa, pero junto a una fantástica

piedra en la región más salvaje se descubren su reloj, dinero y anillo envueltos en un pergamino marcado con los mismos caracteres del sello babilonio y la roca de las montañas galesas.

El manuscrito explica lo suficiente como para suscitar las más espeluznantes visiones. El profesor Gregg, a partir de la masiva evidencia presentada por las misteriosas desapariciones, la inscripción en la roca, las descripciones de los antiguos geógrafos y el sello negro, tuvo la certeza de que una oscura raza de seres primigenios de antigüedad inmemorial perduraba en las entrañas de las colinas solitarias de Gales. Investigaciones posteriores permitieron descifrar el enigmático mensaje del sello negro, y revelaron que el muchacho idiota, vástago de un padre inconcebible, era el heredero de monstruosas memorias y conjeturas. En aquella extraña noche en su estudio, el profesor había invocado a “la terrible transmutación de las colinas” con ayuda del sello negro, despertando en el híbrido idiota los horrores de su espantosa paternidad. Vio “que su cuerpo se hinchaba y se distendía como una vejiga”, mientras el rostro se ennegrecía...” Y cuando los supremos efectos de la invocación se manifestaron, el profesor Gregg contempló el pánico cósmico en su forma más oscura.

Tuvo conciencia del abismo insondable de anomalías que había dejado en libertad y fue hacia las colinas preparado y resignado. Se enfrentaría con el inaudito “Pequeño pueblo” - y el manuscrito finaliza con una observación racional: “Si por desgracia no regreso de mi viaje, no hay necesidad de conjurar aquí una imagen de mi espantoso destino”.

En *Los tres impostores* se incluye también *La novela del polvillo blanco*, que se acerca, a la absoluta culminación del miedo aberrante.

Francis Leicester, un joven estudiante de leyes, abrumado por el trabajo y el encierro, tiene una receta, que le ha facilitado un viejo boticario no muy cuidadoso acerca del estado de sus drogas. La substancia, según se revela después, es una sal muy peculiar que el tiempo y los cambios de



temperatura, han transformado accidentalmente en algo muy extraño y terrible; para ser breve, nada menos que el *vinum sabbati* medieval, cuya libación en las horribles orgías del Aquelarre Negro causaba espantosas transformaciones y - utilizado con desatino - consecuencias indecibles. Con toda inocencia, el joven ingiere regularmente el polvillo en un vaso de agua después de las comidas; y al principio siente substanciales beneficios.

Gradualmente, sin embargo, esa mejoría se convierte en disipación; se ausenta a menudo de su casa y aparecen rastros de un repelente cambio psicológico. Cierta día una extraña mancha lívida surge en su mano derecha, y él retorna entonces a su encierro ocultándose en su habitación y no admitiendo a nadie de su familia. Un doctor solicita verlo, pero sale de la habitación temblando de horror y diciendo que él no puede hacer ya más nada en esa casa. Dos semanas después, la hermana de Francis, desde la calle, vislumbra una figura monstruosa en la ventana de la habitación del enfermo; y los sirvientes declaran que la comida que se le deja al lado de la puerta cerrada está sin tocar.

Los llamados sólo obtienen como respuesta un sonido deslizante y una voz densa y apenas audible que pide que lo dejen solo. Al fin, una criada estremecida observa un hecho espantoso. El techo de la habitación debajo de la de Leicester está manchado con una odiosa sustancia oscura que gotea dejando charcos de viscosa abominación sobre la cama. El doctor Haberdon, a quien se persuade para volver a la casa, derrumba la puerta de la habitación del joven y armado con una barra de hierro golpea una y otra vez a la criatura blasfema y semiviva que allí se encuentra. Es una masa negra y pútrida, hirviente de corrupción, ni líquida ni sólida, fundiéndose y cambiando constantemente. Puntos ardientes como ojos brillan en medio de ese horror, y antes del final intenta levantar lo que podría haber sido un brazo. Poco después el doctor, incapaz de soportar el recuerdo de lo que había visto, muere en el mar mientras viajaba a América en busca de una

nueva vida.

Arthur Machen regresa al “Pequeño pueblo” en los cuentos *The Red Hand* (La mano roja) y *La pirámide de fuego*. En el relato titulado El terror - escrito durante la época, de la Gran Guerra - trata de manera muy obvia la decadencia espiritual del hombre moderno y el posterior cuestionamiento de su supremacía por parte del reino animal, que se une para exterminarlo. Más sutil, y pasando del mero horror al genuino misticismo es *The Great Return* (EL gran retorno), una historia del Grial y también producto del período de guerra.

Demasiado conocido para necesitar descripción es el cuento *The Bowmen* (Los Arqueros), que tomado como un hecho real, provocó la muy difundida leyenda de Los “Ángeles de Mons” - fantasmas de los viejos guerreros británicos de Crecy y Agincourt que, milagrosamente, pelearon en 1914 junto a las tropas inglesas en los campos de Francia.

Menos intenso que Machen para delinear el horror puro, aunque infinitamente cercano a la idea de un mundo irreal que amenaza constantemente al nuestro es el talentoso y prolífico Algernon Blackwood, entre cuya voluminosa y desigual obra puede hallarse la mejor literatura espectral de ésta o de cualquier otra época. El genio de Blackwood es indiscutible, pues nadie se ha aproximado a la destreza, seriedad y minuciosa fidelidad con la que él registra los tonos de extrañeza en ámbitos y experiencias ordinarias, o la notable perspicacia con la que construye detalle por detalle todas las percepciones que llevan de la realidad hacia una vida o visión sobrenatural. Aunque no posee un dominio llamativo de la magia verbal, Blackwood es el absoluto e incuestionable maestro de la atmósfera fantástica; y puede sugerir toda una historia a partir de un 82 simple fragmento de descripción psicológica seco y conciso. Por encima de todos él comprende la pasión con que algunas mentes sensibles se aferran a vivir por siempre en los límites del sueño, y cuan relativa y endeble es la

diferencia entre las imágenes formadas a partir de objetos reales y aquellas excitadas por el juego de la imaginación.

Las obras menores de Blackwood tienen varios defectos tales como el didactismo ético, ocasionales lapsos de fantasía insípida, la chatura de un sobrenaturalismo benigno, y el uso muy liberal de la jerga del “ocultismo” moderno. Una falla de sus esfuerzos más pretensiosos es la vaguedad y verborragia que resulta de un intento excesivamente elaborado por visualizar sensaciones concretas y matices de sugestión espectral, con la rémora de un estilo más bien llano y periodístico, carente de magia, color y vitalidad. Pero a pesar de todo eso, las obras mayores de Blackwood alcanzan un nivel genuinamente clásico, y evocan como ninguna otra cosa en literatura un sobrecogedor y convincente sentido de la inmanencia de extrañas entidades y esferas espirituales.

La bien nutrida serie de volúmenes del señor Blackwood incluye novelas y cuentos, algunos de estos últimos con personajes en común.

En primer lugar debe considerarse el relato *Los sauces*, en donde innumrables presencias acosan a un par de viajeros en las soledades de las islas del Danubio. Aquí, el arte y la rigurosidad en la narrativa llegan a su más alto desarrollo y producen una impresión perdurable y conmovedora sin un solo párrafo forzado y ni una falsa nota. Otro cuento sorprendente y poderoso, aunque menos artístico en su ejecución, es *El Wendigo*, dónde nos enfrentamos a la horrible evidencia de una colosal entidad de los bosques, acerca de la cual los lañadores del Norte hablan en voz baja al caer la noche. La manera en que ciertas huellas revelan hechos increíbles es un verdadero triunfo de destreza literaria. En *An Episode in a Lodging House* (Un episodio en una casa de huéspedes), observamos terribles visitaciones de los espacios exteriores invocadas por un hechicero, y *The Listener* describe un espantoso residuo psíquico merodeando en la casa en donde había muerto un leproso. En el volumen titulado *Incredible*

*Adventures* (Aventuras increíbles) aparecen algunos de los mejores cuentos de Blackwood, guiando la fantasía hacia ritos salvajes en colinas ensombrecidas, hacia escenas secretas y terribles por detrás de las apariencias y hacia inimaginables criptas de misterio por debajo de las arenas y pirámides de Egipto; todo ello con una delicadeza y finura que convence allí donde un tratamiento más torpe o ligero sólo hubiera logrado entretener. Casi no se les puede llamar cuentos, sino estudios de impresiones evanescentes y fragmentos de sueños apenas recordados. En todos ellos el argumento tiene escasa importancia, y la atmósfera reina sin límites.

*John Silence, Physician Extraordinary* (John Silence, médico extraordinario) es una colección de cinco relatos relacionados entre sí, a través de los cuales un solo personaje despliega su carrera triunfal.

Apenas desteñidos por un leve toque de la atmósfera convencional y popular del cuento de detectives - pues el doctor Silence es uno de esos genios benévolos que emplean sus notables poderes para ayudar a sus semejantes - esas narraciones contienen mucho de la mejor obra del autor, y producen una ilusión al mismo tiempo enfática y perdurable.

El primer cuento, *A Psychological Invasion* (Una invasión psíquica), relata lo que le ocurre a un escritor sensible en una casa que antaño fue escenario de oscuros acontecimientos, y de cómo fue exorcizada una legión de demonios. *Antiguas brujerías* - tal vez el cuento más logrado del libro - nos ofrece una descripción vívida y casi hipnótica de un viejo pueblo francés en donde alguna vez el impío Sabbat de las brujas estuvo integrado por hechiceros transformados en gatos”. En *The Nemesis of Fire* (La Némesis del Fuego) un horrendo elemental es invocado por la sangre recién derramada, mientras que *Secret Worship* (Culto secreto) nos habla, de una escuela alemana donde se practicaba el satanismo y que mantiene un aura de malignidad. *The Camp of the Dog* (El campo del perro) es un cuento de

hombre lobo, pero está debilitado por elementos moralistas y ocultismo profesional.

Demasiado sutiles, tal vez, para clasificarlas como historias de horror, aunque más genuinamente artísticas en un sentido absoluto, son las novelas *Jimbo* y *El centauro*. Blakwood logra en esas poéticas fantasías una cercanía palpitante con la substancia más íntima de los sueños, y causa estragos con las barreras convencionales entre realidad e imaginación.

Insuperable en el sortilegio de una prosa musical y cristalina, y supremo en la creación de un mundo maravilloso y lánguido de visiones exóticas e iridiscentes, es Edward John Moreton Drax Plunkett, Decimoctavo Baron Dunsany, cuyos cuentos y breves piezas teatrales conforman un elemento casi único en nuestra literatura.

Inventor de una nueva mitología y de un sorprendente folklore, Lord Dunsany está firmemente dedicado a un extraño mundo de belleza y fealdad de la realidad diurna. Su punto de vista es el más genuinamente cósmico de la literatura de cualquier período. Tan sensible como Poe a los valores dramáticos y al significado de las palabras y los detalles, y mucho mejor equipado retóricamente a través de un estilo simple y lírico basado en la prosa de la Biblia del rey Jaime, este autor abreva con tremenda efectividad en casi todo cuerpo mitológico y leyenda dentro del círculo de la cultura europea; produciendo un ciclo compuesto o ecléctico de fantasía en donde el colorido Oriental, la forma Helénica, las tinieblas Teutónicas y la melancolía Celta están amalgamados de tal forma que cada parte sostiene y suplementa al resto sin sacrificar la homogeneidad. En la mayoría de los casos las regiones de Dunsany son fabulosas - más allá del oriente” o “en los confines del mundo”. Su método para imaginar nombres originales de personas y lugares con influencias extraídas de fuentes clásicas y orientales, es una maravilla de inventiva versátil y discriminación poética - como puede observarse en estos ejemplos: “Argimenes” “Bethmoora”,

“Poltarness”, “Camorak”, “Iluriel” o “Sardathrion”.

La belleza más que el terror es la clave en la obra de Dunsany.

Adora el brillante verde del jade y el cobre de las cúpulas, y el delicado resplandor del atardecer en los templos de imposibles ciudades de ensueño. El humor y la ironía están a menudo presentes para otorgar un gentil cinismo y modificar lo que podría, llegar a convertirse en ingenua intensidad. No obstante, inevitablemente en un maestro de la irrealidad triunfante, en su obra existen ocasionales toques de pánico cósmico que se integran a la auténtica tradición. A Dunsany le agrada insinuar maliciosa y hábilmente seres monstruosos e inconcebibles maldiciones, tal como uno las vislumbra en un cuento de hadas. En *The Book of Wonder* (El libro de las maravillas) leemos acerca de Hlo-Hlo, el gigantesco ídolo-araña que no siempre se queda en su casa; de lo que la Esfinge tenía en el bosque; de Slith, el ladrón que saltó sobre el límite del mundo después de ver cierta luz y saber *quien* la encendió; de antropófagos Gibbelins, quienes habitan en una torre diabólica y vigilan un tesoro; de los Gnoles, que viven en el bosque y de quienes no es saludable robar; de la Ciudad del Nunca, y de los ojos que vigilan en los Pozos Inferiores; y de otras criaturas y cosas similares. *Cuentos de un soñador* no habla del misterio que despobló la ciudad de Bethmoora en el desierto; del inmenso portal de Perdondaris que fue construido de *una sola pieza* de marfil; y del viaje del pobre Bill, cuyo capitán maldijo a la tripulación y realizaba visitas a desagradables islas recién surgidas del océano y en donde había chozas de paja con ventanas oscuras y tenebrosas.

Muchas piezas teatrales de Dunsany están repletas de miedo espectral. En *The Gods of the Mountain* (Los dioses de la montaña) siete pordioseros se hacen pasar por siete ídolos verdes de una colina distante, y gozan de comodidades y honores en una ciudad de adeptos hasta que escuchan decir que los verdaderos ídolos han desaparecido de sus

pedestales. Se les menciona haber visto al atardecer una visión muy poco elegante - "las rocas no deberían caminar en el crepúsculo" - y al fin, mientras esperan la llegada de un grupo de bailarinas, notan que los pasos que se acercan son un poco más pesados de lo que debieran ser. Entonces los hechos se precipitan, y finalmente los presuntos blasfemos son convertidos en verdes estatuas de jade por las 86 mismas efigies vivientes cuya santidad habían violado. Pero el mero argumento es el último mérito de esta obra maravillosamente efectiva.

Los incidentes y el desarrollo son los de un supremo maestro, por lo que el conjunto forma una de las contribuciones más importantes de la época actual, no solo al teatro sino a la literatura en general. *Una noche en la taberna* cuenta la historia de cuatro ladrones que han robado el ojo de esmeralda de Klesh, un monstruoso ídolo hindú.

Logran engañar y asesinar en su guarida a los tres sacerdotes que seguían su rastro para vengarse, pero al anochecer Klesh llega caminando a tientas en busca de su ojo; y apropiándose de la esmeralda sale fuera de la taberna y llama uno por uno a los ladrones para un desconocido castigo en la oscuridad de la noche. En *The Laughter of the Gods* (La risa de los dioses) hay una ciudad maldita en los límites de la jungla, y el fantasmal sonido de un laúd que solamente escuchan los que van a morir (verbigracia, el clavicordio espectral de *Alice en La casa de los siete tejados* de Hawthorne); y en la obra *The Queen's Enemies* (Los enemigos de la reina) reelabora la anécdota de Heródoto en donde una reina vengativa inunda con las aguas del Nilo in palacio subterráneo en el cual había ofrecido un banquete a sus enemigos.

Pero mera descripción apenas si puede expresar una pequeña parte del poderoso encanto de Dunsany. Sus ciudades prismáticas y rituales lejanos y mágicos están cincelados con una firmeza que sólo la maestría puede otorgar, y nos estremecemos con un sentido de verdadera

participación en sus secretos misterios. Para el lector de genuina imaginación Dunsany es el talismán y la llave que permite vislumbrar las inagotables riquezas del mundo de los sueños y las memorias perdidas; de modo que podemos considerarlo no sólo como un poeta, sino como alguien que hace de cada lector un poeta.

En el polo opuesto del genio, y dotado con un poder casi diabólico para invocar sutilmente el horror en medio de la vida cotidiana y prosaica, tenemos al erudito Montague Rhodes James, rector de Eton, anticuario de fama y reconocida autoridad en manuscritos medievales e historia catedralicia. El doctor James, muy aficionado a contar cuentos espectrales en navidad, se ha convertido gradualmente en un autor de literatura fantástica de primer orden; y ha desarrollado un estilo y método distintivo que probablemente sirva de modelo a toda una larga serie de discípulos.

El arte del doctor James no es ni mucho menos casual, y en el prefacio a una de sus colecciones de cuentos ha formulado tres preceptos muy razonables para la composición de relatos macabros.

Un cuento de fantasmas, nos dice, debe transcurrir en un marco familiar y contemporáneo que lo acerque a la esfera de experiencias del lector. Además, los fenómenos espectrales deben ser malignos más que benignos; dado que el *miedo* es la principal emoción a suscitar. Y por último, debe evitarse cuidadosamente la jerga, del “ocultismo” o pseudo ciencia, para no sofocar la ilusión de verosimilitud en una pedantería inconvincente.

El doctor James, aplicando lo que preconiza, aborda sus temas de un modo ligero y a menudo locuaz. Una vez creada la ilusión de eventos cotidianos, introduce sus fenómenos inquietantes con cautela y gradualmente; aliviando a cada momento la tensión con pinceladas de prosaico costumbrismo y, de vez en cuando, un toque o dos de erudición anticuaria. Consciente de la íntima relación entre lo fantástico moderno y el



peso de las tradiciones, James provee a menudo de remotos antecedentes históricos a sus incidentes; para así poder utilizar acertadamente su exhaustivo conocimiento del pasado, y su dominio del lenguaje arcaico. Un escenario favorito para un cuento de James es alguna catedral antigua, que el autor puede describir con toda la minuciosidad de un especialista en esa materia. En sus narraciones abundan las viñetas de humor malicioso, los cuadros de costumbres y las caracterizaciones realistas, que en sus manos realzan el efecto general más que debilitarlo, tal como ocurriría con un artesano menos hábil. Al inventar un nuevo tipo de fantasmas, James se aleja considerablemente de la convencional tradición gótica; los viejos fantasmas eran pálidos, majestuosos y muy visibles, mientras 88 que un típico espectro de James es magro, encogido y peludo - una reptante e infernal abominación nocturna a mitad de camino entre la bestia y el hombre - a quien por lo usual se lo *toca* antes de *verlo*.

Algunas veces el fantasma es de una composición aún más excéntrica; un rollo de franela, con ojos de araña, o una entidad invisible que se moldea en unas sábanas y muestra un *rostro de tela arrugada*. Es evidente que el doctor James tiene un conocimiento inteligente y científico de los nervios y sentimientos humanos; y sabe cómo distribuir afirmaciones, imaginación y sutil sugestión para asegurarse los mejores resultados con sus lectores. Es un artista en la composición de incidentes más que en la creación de atmósfera, y ataca las emociones en forma intelectual y no directamente. Este método, con sus ocasionales ausencias de clímax, tiene, por supuesto, sus inconvenientes lo mismo que sus ventajas; y muchos lectores añorarán la tensión opresiva que escritores como Machen se preocupan en construir cuidadosamente con palabras e imágenes. Pero sólo un pequeño grupo de relatos pecan de insubstancialidad. En general, la revelación lacónica y experta de eventos siniestros es muy eficaz para producir el efecto deseado de avance

inexorable del horror.

Los cuentos de M. R. James están reunidos en cuatro pequeños volúmenes, titulados respectivamente *Ghost Stories of an Antiquary* (Cuentos de fantasmas de un anticuario), *More Ghost Stories of an Antiquary* (Más cuentos de fantasmas de un anticuario), *A Thin Ghost and Others* (Un fantasma delgado y otros), y *A Warning to the Curious* (Una advertencia a los curiosos). También tenemos una deliciosa fantasía juvenil *The Five Jars* (Las cinco jarras) que posee vislumbres espectrales. Entre esta riqueza de material es difícil seleccionar un cuento especialmente característico o favorito, aunque cada lector tendrá, sin duda, las preferencias acordes con su temperamento.

*El Conde Magnus* es por cierto uno de los mejores, ya que conforma una verdadera Golconda de suspenso y sugestión. Mr. Wraxall es un viajero inglés, que a mediados del siglo XIX visita Suecia en busca de información para la escritura de un libro. Se interesa por la antigua familia de De la Gardie, en las cercanías del pueblo de Raback. Estudia sus archivos, y encuentra particular fascinación en la historia del fundador de la vieja mansión familiar, un tal Conde Magnus, de quien se rumorean cosas extrañas y terribles.

El Conde, que vivió a principios del siglo XVII, era un terrateniente de extrema severidad, famoso por la crueldad con que castigaba a los cazadores furtivos y a los delincuentes. Corrían oscuros rumores acerca de las extrañas manifestaciones que siguieron a su entierro en el gran mausoleo que él había ordenado construir en las cercanías de la iglesia. – como en el caso de dos campesinos que habían invadido los terrenos del Conde cierta noche un siglo después de su muerte. Se escucharon espantosos gritos en el bosque y luego, alrededor de la iglesia, una carcajada infame y el estruendo de una pesada puerta al cerrarse. A la mañana siguiente el sacerdote encontró a los dos hombres; uno loco, y el

otro muerto con el rostro chupado hasta los huesos.

Mr. Wraxall escuchó todas esas historias, y tropezó con referencias aún más siniestras relativas a un Oscuro Peregrinaje realizado en cierta oportunidad por el Conde hacia Chorazin en Palestina, una de las ciudades denunciadas por Nuestro Señor en las Escrituras, y en la cual nació el Anticristo, según lo afirman los viejos sacerdotes. Nadie se atrevió jamás a investigar qué era el Oscuro Peregrinaje, o qué extraña criatura acompañaba el regreso del Conde. Mientras tanto, Mr. Wraxall está ansioso por explorar el mausoleo del Conde Magnus, y finalmente consigue el permiso para hacerlo, en compañía de un diácono. Encuentra varios monumentos y tres sarcófagos de bronce, uno de los cuales es el del Conde. En los bordes de este último puede verse una serie de grabados que representan una singular y terrible persecución - la persecución de un hombre aterrado a través de un bosque por una figura baja, embozada y tentacular; dirigida por un hombre encapuchado desde un promontorio cercano. El sarcófago tiene tres candados masivos de acero, uno de los cuales yace abierto en el piso, lo que le recuerda al viajero un ruido metálico que él había escuchado el día anterior cuando pasaba frente al mausoleo pensando ociosamente en que le gustaría ver al Conde Magnus. Su fascinación va en aumento y, apropiándose de la llave, realiza una segunda y solitaria visita al mausoleo y encuentra que otro candado se ha desprendido. Al día siguiente, el último de su permanencia en Raback, regresa vez más para despedirse de esas reliquias mortuorias.

Nuevamente siente el extraño y ridículo deseo de encontrarse con el noble allí enterrado, mirando con inquietud el único candado que permanece en el sarcófago. En ese mismo momento, la última cerradura cae ruidosamente al suelo, y se escucha el crujido de unas bisagras. Luego, la monstruosa tapa parece levantarse muy lentamente, y Mr. Wraxall escapa aterrorizado olvidando cerrar la puerta del mausoleo.

Durante su regreso a Inglaterra el viajero siente una curiosa inquietud acerca de los pasajeros del barco con el que cruza el canal.

Las figuras encapuchadas le ponen nervioso, y tiene la sensación de ser observado y perseguido. De las veintiocho personas que viajan, solo veintiséis aparecen durante las comidas; y las que faltan son siempre las mismas: un hombre alto y encapuchado, y otro más bajo y embozado. Completando su viaje en Harwich, Mr. Wraxall escapa en un carruaje cerrado, pero vislumbra dos figuras encapuchadas en una encrucijada. Finalmente se aloja en una pequeña casa de pueblo y pasa el tiempo escribiendo frenéticamente. Al segundo día lo encuentran muerto, y durante la investigación siete miembros del jurado se desmayan a la vista de cuerpo. La casa en donde había permanecido quedó deshabitada durante medio siglo, y cuando fue demolida descubrieron su manuscrito en un armario olvidado.

En *El tesoro del Abad Thomas* un anticuario inglés descifra un criptograma en ciertos vitrales renacentistas, y por ese medio descubre un tesoro en un nicho oculto a mitad de un pozo ubicado en el patio de una abadía en Alemania. Pero el previsor depositario ha dejado un guardián, y en el oscuro pozo algo parecido a unos brazos rodea el cuello del investigador de tal forma que la búsqueda es rápidamente abandonada y manda buscar un sacerdote. Después de eso, durante cada noche el anticuario siente presencias sigilosas y detecta un horrible olor a moho en la puerta de su habitación de hotel, hasta que por último el sacerdote restaura en pleno día la piedra que ocultaba la cripta del tesoro en el pozo - de donde algo había surgido para vengar la intromisión en el oro del viejo Abad Thomas. Al terminar su obra, el clérigo observa una curiosa esfinge con forma de sapo en el antiguo muro del pozo, con una inscripción en latín: *Depositum custodi* - “vigila lo que dejo a tu cuidado” Otros notables cuentos de James son *Los sitios de la catedral de Barchester*, en donde

una grotesca escultura adquiere curiosa vida para vengar el secreto y sutil asesinato de un viejo diácono por su ambicioso sucesor; *Silba, muchacho*, y *acudiré*, que narra el horror invocado por un extraño silbato de metal hallado en las ruinas de una iglesia medieval; y *Un episodio en la historia catedralicia*, donde el desmantelamiento de un púlpito revela una tumba arcaica cuyo demonio acechante disemina el pánico y la pestilencia. M. R. James, pese al tono ligero, puede evocar el espanto en sus formas más estremecedoras; y sin duda perdurará como uno de los pocos maestros realmente creativos en el territorio de sombras.

Para quienes gustan de especular acerca del futuro, el cuento de terror sobrenatural les brinda un campo propicio. Combatido por una ola creciente de basto realismo, cínicos irresponsables y sofisticado desencanto, por otro lado continúa floreciendo al amparo de una marea igualmente ascendente de misticismo, que surge ya sea a través de la fatigada reacción de los “ocultistas” y el fundamentalismo religioso en contra de los descubrimientos materialistas o través del estímulo de lo maravilloso y lo fantástico provocado por la amplitud de perspectivas que nos brinda la ciencia moderna con su química del átomo, la astrofísica, las doctrinas de la relatividad y las investigaciones en biología y pensamiento humano. En la actualidad las fuerzas favorables parecen llevar algo de ventaja; dado que existe 92 una mayor cordialidad hacia el cuento fantástico que hace treinta años, cuando las mejores obras de Machen cayeron en el terreno árido del elegante “fin de siglo”. Ambrose Bierce, casi desconocido en su propia época, ha alcanzado ahora algo parecido al reconocimiento general.

Sin embargo, no cabe esperar sorprendentes mutaciones en ninguno de ambos sentidos. En todo caso continuará existiendo un balance aproximado de tendencias; y aunque podemos con toda justicia esperar un avance de la técnica y el estilo, no hay razones para pensar que pueda

alterarse la posición general de lo fantástico en la literatura. Es un ramal estrecho aunque esencial de la expresión humana, y será como siempre un atractivo para audiencias limitadas con una sensibilidad especial. Cualquier obra maestra que en lo futuro pueda surgir de lo espectral o del terror deberá su aceptación más a la suprema destreza del artista, que a una simpatía por el tema. ¿Quién puede afirmar, sin embargo, que los temas oscuros son una desventaja? Radiante de belleza, la Copa de Ptolomeo estaba labrada en ónix.

## **NOTAS SOBRE EL ARTE DE ESCRIBIR CUENTOS FANTÁSTICOS**

La razón por la cual escribo cuentos fantásticos es porque me producen una satisfacción personal y me acercan a la vaga, escurridiza, fragmentaria sensación de lo maravilloso, de lo bello y de las visiones que me llenan con ciertas perspectivas (escenas, arquitecturas, paisajes, atmósfera, etc.), ideas, ocurrencias e imágenes.

Mi predilección por los relatos sobrenaturales se debe a que encajan perfectamente con mis inclinaciones personales; uno de mis anhelos más fuertes es el de lograr la suspensión o violación momentánea de las irritantes limitaciones del tiempo, del espacio y de las leyes naturales que nos rigen y frustran nuestros deseos de indagar en las infinitas regiones del cosmos, que por ahora se hallan más allá de nuestro alcance, más allá de nuestro punto de vista. Estos cuentos tratan de incrementar la sensación de miedo, ya que el miedo es nuestra más fuerte y profunda emoción, y una de las que mejor se presta a desafiar los cánones de las leyes naturales. El terror y lo desconocido, están siempre relacionados, tan íntimamente unidos que es difícil crear una imagen convincente de la destrucción de las

leyes naturales, de la alienación cósmica y de las presencias *exteriores* sin hacer énfasis en el sentimiento de miedo y horror. La razón por la cual el factor *tiempo* juega un papel tan importante en muchos de mis cuentos es debida a que es un elemento que vive en mi cerebro y al que considero como la cosa más profunda, dramática y terrible del universo. El *conflicto con el tiempo* es el tema más poderoso y prolífico de toda expresión humana.

Mi forma personal de escribir un cuento es evidentemente una manera particular de expresarme; quizá un poco limitada, pero tan antigua y permanente como la literatura en sí misma. Siempre existirá un número determinado de personas que tenga gran curiosidad por el desconocido espacio exterior, y un deseo ardiente por escapar de la 94 morada-prisión de lo conocido y lo real, para deambular por las regiones encantadas llenas de aventuras y posibilidades infinitas a las que sólo los sueños pueden acercarse: las profundidades de los bosques añosos, la maravilla de fantásticas torres y las llameantes y asombrosas puestas de sol. Entre esta clase de personas apasionadas por los cuentos fantásticos se encuentran los grandes maestros - Poe, Dunsany, Arthur Machen, M. R. James, Algernon Blackwood, Walter de la Mare; verdaderos clásicos - e insignificantes aficionados, como yo mismo.

Sólo hay una forma de escribir un relato *tal y como yo lo hago*.

Cada uno de mis cuentos tiene una trama diferente. Una o dos veces he escrito un sueño literalmente, pero por lo general me inspiro en un paisaje, idea o imagen que deseo expresar, y busco en mi cerebro una vía adecuada de crear una cadena de acontecimientos dramáticos capaces de ser expresados en términos concretos. Intento crear una lista mental de las situaciones mejor adaptadas al paisaje, idea, o imagen, y luego comienzo a conjeturar con las situaciones lógicas que pueden ser motivadas por la forma, imagen o idea elegida.

Mi actual proceso de composición es tan variable como la elección del tema o el desarrollo de la historia; pero si la estructura de mis cuentos fuese analizada, es posible que pudiesen descubrirse ciertas reglas que a continuación enumero:

1) Preparar una sinopsis o escenario de acontecimientos en orden a su aparición; no en el de la narración. Describir con vigor los hechos como para hacer creíbles los incidentes que van a tener lugar. Los detalles, comentarios y descripciones son de gran importancia en este boceto inicial.

2) Preparar una segunda sinopsis o escenario de acontecimientos; esta vez en orden a su narración, con descripciones detalladas y amplias, y con anotaciones a un posible cambio de perspectiva, o a un incremento del clímax. Cambiar la sinopsis inicial si fuera necesario, siempre y cuando se logre un mayor interés dramático. Interpolar o suprimir incidentes donde se requiera, sin ceñirse a la idea original, aunque el resultado sea una historia completamente diferente a la que se pensó en un principio. Permitir adiciones y alteraciones siempre y cuando estén lo suficientemente relacionadas con la formulación de los acontecimientos.

3) Escribir la historia rápidamente y con fluidez, sin ser demasiado crítico, siguiendo el punto (2), es decir, de acuerdo al orden narrativo en la sinopsis. Cambiar los incidentes o el argumento siempre que el desarrollo de la trama tienda a tal cambio, sin dejarse influir por el boceto previo. Si el desarrollo de la historia revela nuevos efectos dramáticos, añadir todo lo que pueda ser positivo; repasando y reconciliando todas y cada una de las adiciones del nuevo plan.

Insertar o suprimir todo aquello que sea necesario o aconsejable; probar con diferentes comienzos y diferentes finales, hasta encontrar el que más se adapte al argumento. Asegurarse de que ensamblan todas las partes de la trama desde el comienzo al final del relato.

Corregir toda posible superficialidad - palabras, párrafos, incluso



episodios completos-, conservando el orden preestablecido.

4) Revisar por completo el texto, poniendo especial atención en el vocabulario, sintaxis, ritmo de la prosa, proporción de las partes, sutilezas del tono, gracia e interés de las composiciones (de escena a escena, de una acción lenta a otra rápida, de un acontecimiento que tenga que ver con el tiempo, etc.), la efectividad del comienzo, del final, del clímax, el suspenso y el interés dramático, la captación de la atmósfera, y otros elementos diversos.

5) Preparar una copia esmerada a máquina; sin vacilar por ello en acometer una revisión final allí donde sea necesario.

El primero de estos puntos es por lo general una mera idea mental; una puesta en escena de condiciones y acontecimientos que rondan en mi cabeza, jamás puestas sobre papel hasta que preparo una detallado sinopsis de estos acontecimientos en orden a su narración. De forma que a veces comienzo el bosquejo antes de saber cómo voy que más tarde será desarrollado.

96 Considero cuatro tipos diferentes de cuentos sobrenaturales: uno expresa una *aptitud* o *sentimiento*, otro un *concepto plástico*, un tercer tipo comunica una *situación general, condición, leyenda o concepto intelectual*, y un cuarto muestra una *imagen definitiva*, o una *situación específica* de índole *dramática*. Por otra parte, las historias fantásticas pueden estar clasificadas en dos amplias categorías: aquellas en las que lo maravilloso o terrible está relacionado con algún tipo de condición o fenómeno, y aquéllas en las que esto concierne a la *acción del personaje* en con un suceso o fenómeno grotesco.

Cada relato fantástico - hablando en particular de los cuentos de miedo- puede desarrollar cinco elementos críticos: a) lo que sirve de núcleo a un horror o anormalidad (condición, entidad, etc.); b) efectos o desarrollos típicos del horror; c) el modo de la manifestación de ese horror;

d) la forma de reaccionar ante ese horror; e) los efectos específicos del horror en relación a las condiciones dadas.

Al escribir un cuento sobrenatural, siempre pongo especial atención en la forma de crear una atmósfera idónea, aplicando el énfasis necesario en el momento adecuado. Nadie puede, excepto en las revistas populares, presentar un fenómeno imposible, improbable o inconcebible, como si fuera una narración de actos objetivos. Los cuentos sobre eventos extraordinarios tienen ciertas complejidades que deben ser superadas para lograr su credibilidad, y esto sólo puede conseguirse tratando el tema con cuidadoso realismo, *excepto* a la hora de abordar el hecho sobrenatural. Este elemento fantástico debe causar impresión y hay que poner gran cuidado en la construcción emocional; su aparición apenas debe sentirse, pero tiene que notarse.

Si fuese la esencia primordial del cuento, eclipsaría todos los demás caracteres y acontecimientos; los cuales deben ser consistentes y naturales, excepto cuando se refieren al hecho extraordinario. Los acontecimientos espectrales deben ser narrados con la misma emoción con la que se narraría un suceso extraño en la vida real. Nunca debe darse por supuesto este suceso sobrenatural. Incluso cuando los personajes están acostumbrados a ello, hay que crear un ambiente de terror y angustia que se corresponda con el estado de ánimo del lector.

Un descuidado estilo arruinaría cualquier intento de escribir fantasía seria.

La atmósfera, y no la acción, es el gran *desiderátum* de la literatura fantástica. En realidad, todo relato fantástico debe ser una *nítida pincelada de un cierto tipo de comportamiento humano*. Si le damos cualquier otro tipo de prioridad, podría llegar a convertirse en una obra mediocre, pueril y poco convincente. El énfasis debe comunicarse con *sutileza*; indicaciones, sugerencias vagas que se asocien entre sí, creando una ilusión brumosa de

la extraña realidad de lo irreal. Hay que evitar descripciones inútiles de sucesos increíbles que no sean significativos.

Estas han sido las reglas o moldes que he seguido - consciente o inconscientemente - ya que siempre he considerado con bastante seriedad la creación fantástica. Que mis resultados puedan llegar a tener éxito es algo bastante discutible; pero de lo que sí estoy seguro es que, si hubiese ignorado las normas aquí arriba mencionadas, mis relatos habrían sido mucho peores de lo que son ahora.

## **DOS BOTELLAS NEGRAS<sup>15</sup>**

H. P. Lovecraft & Wilfred Blanch Talman

Entre los pocos habitantes que quedan aún en Daalbergen, ese villorrio decadente de las montañas Ramapo, los hay que creen que mi tío, el anciano reverendo Vanderhoof, no está realmente muerto. Algunos de ellos sustentan la idea que se encuentra suspendido en algún lugar entre el cielo y el infierno, por culpa de la maldición del viejo sacristán. De no haber sido por ese viejo hechicero, quizá estuviera aún lanzando sus sermones en la pequeña y húmeda iglesia de más allá del páramo.

Y, tras lo que me ocurrió a mí en Daalbergen, casi estoy tentado de creer lo mismo que los aldeanos. No estoy seguro de que mi tío esté muerto, pero de lo que tengo la completa certeza es de que no se encuentra, al menos vivo, en este mundo. No hay duda alguna de que el viejo sacristán lo enterró, pero ahora no se encuentra en su tumba. Puedo casi sentir su

presencia detrás de mí, mientras escribo, empujándome a contar la verdad acerca de esos extraños sucesos que tuvieron lugar en Daalbergen hace tantos años.

Llegué a Daalbergen el 4 de octubre, en respuesta a una llamada. La carta procedía de un antiguo miembro de la congregación de mi tío, y me informaba de que el anciano había fallecido, así como que existían unos pocos bienes de los que yo, como único pariente vivo, era el heredero. Llegué a aquella población pequeña y aislada después de una fatigosa sucesión de cambios de ferrocarriles, para dirigirme al colmado de Mark Haines, que había sido quien me había escrito aquella carta; y este, después de llevarme a una habitación zaguera y mal ventilada, me contó una historia de lo más curiosa, tocante a la muerte del reverendo Vanderhoof.

- Tengo que tener cuidado, Hoffman - me dijo Haines-, cada vez que me encuentro con ese viejo sacristán, Abel Foster. Tiene un pacto con el diablo, tan seguro como que hay Dios. Hará unas dos semanas, Sam Pryor, cuando pasó por el viejo cementerio, le escuchó hablar por lo bajo con los muertos. Seguro que era él, y Sam podría jurar que una voz de algún tipo le respondía: una especie de media voz, profunda y apagada, como si viniera de debajo de la tierra. Había otras voces, según dice, y pudo verlo parado junto a la tumba del viejo reverendo Slott... junto al muro de la iglesia... y agitaba las manos y hablaba con el musgo de la lápida como si pensase que era el viejo reverendo en persona.

El viejo Foster, según me dijo Haines, había llegado a Daalbergen hacía unos diez años, y Vanderhoof lo había contratado de inmediato para que cuidase de la húmeda iglesia de piedra en la que la mayor parte de los aldeanos rendían culto. Nadie, excepto Vanderhoof, parecía tenerle

---

<sup>15</sup> Título original: *Two Black Bottles* (junio-octubre de 1926). Colaboración con Wilfred Blanch Talman. Publicado por primera vez en la revista *Weird Tales* (agosto de 1927) solo con el nombre de Talman.

simpatía, ya que su sola presencia provocaba el desasosiego. A veces se quedaba junto a la puerta cuando la gente acudía a la iglesia, y los hombres devolvían con frialdad sus serviles zalamerías, en tanto que las mujeres se apresuraban, recogiendo las faldas para evitar que lo rozasen. Entre semana, se le podía ver cortando la hierba del cementerio y atendiendo las flores de las tumbas, y de vez en cuando canturreando y murmurando para sus adentros. Y pocos fueron los que no se dieron cuenta de la especial atención que prestaba a la tumba del reverendo Guillian Slott, el primer pastor de la iglesia en 1701.

Poco después de la llegada de Foster a la aldea comenzó a gestarse el desastre. Primero fue el cierre de la mina de la montaña, en la que trabajaba la mayor parte de los hombres. La veta de hierro se agotó y casi todo el mundo se marchó a poblaciones más prósperas, mientras que aquellos que tenían tierras en la vecindad se convirtieron en granjeros y se las ingeniaron para arrancar un magro sustento a esas laderas rocosas. Luego llegaron los problemas en la iglesia. Se murmuraba que el reverendo Johannes Vanderhoof había hecho un pacto con el diablo y que estaba difundiendo sus prédicas en casa del Señor. Sus sermones se habían convertido en extraños y grotescos... impregnados de cosas siniestras de las cuales la sencilla gente de Daalbergen nada sabía. Los transportaba, cruzando edades de miedo y superstición, hasta regiones de espíritus odiosos e invisibles, y poblaba sus imaginaciones con gules nocturnos. Uno a uno, la gente fue dejando la congregación, mientras que los ancianos y los diáconos pedían en vano a Vanderhoof que cambiase el tema de sus sermones. Aunque, de continuo, el anciano prometía hacerlo así, parecía atado a algún poder más fuerte que lo obligaba a cumplir su voluntad.

Un gigante en estatura, Johannes Vanderhoof era bien conocido como hombre débil y timorato, pero incluso con la amenaza de expulsión pendiente de su cabeza continuó con sus fantasmales sermones, hasta que

apenas un puñado de personas acudió a escuchar sus pláticas del domingo por la mañana. Debido a las precarias finanzas, era imposible buscar un nuevo pastor, y al cabo de no mucho tiempo ningún aldeano osaba acercarse a la iglesia o a la casa parroquial adjunta. Sobre todo aquello pendía el temor a los espectros con los que, al parecer, Vanderhoof tenía tratos.

Mi tío, al decir de Mark Haines, había seguido viviendo en la casa parroquial debido a que nadie tenía el valor suficiente para decirle que se marchase. Nadie volvió a verlo, pero se distinguían luces en la casa parroquial por la noche, e incluso había atisbos de las mismas en la iglesia, de tarde en tarde. Se murmuraba en la población que Vanderhoof predicaba regularmente en la iglesia, todos los domingos por la mañana, indiferente al hecho de que su congregación ya no estuviera ahí para escuchar. A su lado solo se mantenía el viejo sacristán, que vivía en el sótano de la iglesia, para cuidarlo, y Foster hacía una visita semanal a lo poco que quedaba de la parte comercial del pueblo, para comprar provisiones. Ya no se inclinaba servilmente ante la gente con la que se cruzada, y en vez de ello parecía albergar un odio demoníaco y mal disimulado. No hablaba con nadie, excepto lo justo para hacer sus compras, y, cuando pasaba por la calle con su bastón golpeteando las desiguales aceras, lanzaba a izquierda y derecha miradas malignas. Encorvado y marchito debido a una edad avanzada, cualquiera que estuviese cerca de él podía sentir su presencia; y tan poderosa era su personalidad, según decían las gentes del pueblo, que había hecho a Vanderhoof aceptar la tutela del diablo. No había nadie en Daalbergen que dudase que Abel Foster era la causa última de toda la mala suerte del pueblo, pero nadie osaba alzar un dedo contra él, o siquiera pasar a su lado sin un escalofrío de miedo. Su nombre, al igual que el de Vanderhoof, no se pronunciaba siquiera en voz alta. Cada vez que se mencionaba a la iglesia del otro lado del baldío, se hacía en susurros; y si la

conversación tenía lugar por la noche, el susurro iba acompañado de miradas por encima del hombro, para asegurarse de que nada importante o siniestro salía reptando de la oscuridad para espiar esas palabras.

El cementerio se mantenía tan verde y hermoso como cuando la iglesia estaba en funcionamiento, y las flores cercanas a las tumbas del camposanto eran atendidas tan cuidadosamente como en tiempos pasados. Veían ocasionalmente al viejo sacristán, trabajando allí, como si aún le pagasen por ello, y aquellos que osaban pasar lo suficientemente cerca decían que mantenía conversación fluida con el demonio y con aquellos espíritus que medraban dentro de los muros del cementerio.

Una mañana, me dijo Haines, vieron cómo Foster cavaba una fosa, allí donde el campanario de la iglesia lanzaba su sombra por la tarde, antes de que el sol desapareciera tras la montaña y dejase a toda la aldea en un semicrepúsculo. Más tarde, la campana de la iglesia, silenciosa durante meses, resonó solemnemente durante media hora. Y, al ocaso, aquellos que observaban desde lejos, pudieron ver cómo Foster sacaba un ataúd de la casa parroquial en una carretilla, depositarlo en la fosa con escasa ceremonia y recubrir el agujero con la tierra.

El sacristán acudió al pueblo al día siguiente antes de su habitual viaje semanal y de mucho mejor humor de lo que era habitual. Parecía dispuesto a la charla, e insistió en que Vanderhoof había muerto el día anterior, y que lo había enterrado junto a la tumba del reverendo Slott, cerca del muro de la iglesia. Sonreía de vez en cuando, y agitaba las manos presa de un júbilo inexplicable y fuera de lugar. Estaba claro que la muerte de Vanderhoof le producía una alegría perversa y diabólica. Los aldeanos se percataron de un algo extraño y añadido en su presencia, y lo evitaron cuanto pudieron. Habiendo muerto Vanderhoof, se sentían aún más inseguros que antes, ya que el viejo sacristán tenía ahora las manos libres para lanzar los peores hechizos contra la aldea desde la iglesia, cruzando el

pantano. Musitando algo en un idioma que nadie pudo entender, Foster se volvió por el camino que cruzaba el baldío.

Fue entonces, al parecer, cuando Mark Haines recordó haber oído hablar al reverendo Vanderhoof de mí, su sobrino. En consecuencia, Haines me envió recado, esperando que pudiera saber algo que arrojase luz sobre el misterio de los últimos años de mi tío. Le aseguré, sin embargo, que yo no sabía nada de mi tío o su pasado, excepto que mi madre lo describía como un gigante con poco valor y voluntad.

Habiendo escuchado cuanto Haines tenía que decirme, enderecé mi silla y eché un vistazo a mi reloj. Era ya tarde avanzada.

- ¿A cuánto está la iglesia de aquí? – pregunté -. ¿Cree que podría llegar antes de que oscureciera?

- ¡Seguro, hombre, que no piensa ir allí en plena noche! ¡Ese no es un buen lugar! – el viejo tembló perceptiblemente con todo su cuerpo y medio se alzó de su silla, tendiendo una mano flaca, como para detenerme -. ¡Ni se le ocurra! ¡Sería una locura! - exclamó.

Me reí de sus miedos y le dije que, ya que estaba allí, pensaba encontrarme con el viejo sacristán esa misma tarde y sacarle toda la información cuanto antes. No estaba dispuesto a aceptar como verdades las supersticiones de paletos ignorantes; por lo que estaba seguro de que todo lo que acababa de oír no se debía más que a una concatenación de sucesos que la exuberante imaginación de la gente de Daalbergen había ligado con su mala suerte. No sufría de ninguna sensación de miedo u horror al respecto.

Viendo que estaba decidido a ir a casa de mi tío antes de que cayese la noche, Haines me condujo fuera de su oficina y, con renuencia, me dio el puñado de instrucciones necesarias, rogándome de vez en cuando que cambiase de intenciones.

Me estrechó la mano al despedirnos, en una forma que daba a



entender que no pensaba volver a verme.

– ¡Cuidado con ese viejo demonio, Foster, no se fíe! – me avisaba una y otra vez –. Yo no me acercaría a él tras anochecer ni por todo el oro del mundo. ¡No, señor! – volvió a entrar en su almacén, agitando con solemnidad la cabeza, mientras yo cogía una carretera que llevaba a las afueras de la población.

Tuve que caminar apenas un par de minutos para poder ver el baldío del que me había hablado Haines. La carretera, flanqueada por vallas pintadas de blanco, cruzaba aquel gran páramo, que estaba cubierto de agrupaciones de malezas que hundían sus raíces en el húmedo y viscoso cieno. Un olor a muerte y podredumbre colmaba los aires, e incluso a la luz de la tarde se podían ver unos cuantos retazos de vapor que se alzaban del insalubre terreno.

Al otro lado del pantano, giré a la izquierda, tal y como me habían indicado, apartándome del camino principal. Había algunas casas por allí, según pude ver; casas que apenas eran otra cosa que chozas, reflejando la extrema pobreza de sus dueños. El camino pasaba bajo las festoneadas ramas de enormes sauces que ocultaban casi por completo los rayos del sol. Los olores miasmáticos del pantano infectaban aún mis fosas nasales, y el aire era húmedo y frío. Apreté el paso para abandonar aquel tétrico pasaje cuanto antes.

Y de repente salí de nuevo a la luz. El sol, que ahora pendía como una bola roja sobre la cima de la montaña, estaba ya muy bajo y allí, a alguna distancia adelante, bañada en el resplandor ensangrentado, se alzaba la solitaria iglesia. Comencé a sentir el desasosiego del que hablaba Haines; ese sentimiento de miedo que hacía que todo Daalbergen rehuiera el lugar. La masa achaparrada y pétrea de la propia iglesia, con su romo campanario, parecía un ídolo al que adorasen las estelas de tumbas que la rodeaban, ya que cada una remataba en un borde redondeado que recordaba las espaldas

de una persona arrodillada, mientras que, sobre todo el conjunto, la casa parroquial, sórdida y gris, se agazapaba como una aparición.

Reconozco haber aminorado el paso un poco ante tal escena. El sol estaba desapareciendo con rapidez tras la montaña y el aire húmedo me hacía estremecer. Envolviéndome el cuello con el pañuelo, seguí adelante. Algo captó mi atención, haciendo que mirase de nuevo. En las sombras del muro de la iglesia se distinguía algo blanco... algo que no parecía tener forma definida. Forzando la vista según me iba acercando, vi que era una cruz de madera muy nueva que coronaba un túmulo de tierra recién removida. Ese descubrimiento me provocó un nuevo escalofrío. Comprendí que se trataba de la tumba de mi tío, pero algo me dijo que no era semejante al resto de las fosas cercanas. No parecía una tumba *muerta*. De alguna forma intangible, parecía viva, si es que a una tumba se la puede catalogar de viva. Muy cerca de ella, según vi cuando estuve más cerca, había otra tumba, un viejo montículo con una piedra desmigajada encima. La tumba del reverendo Slott, pensé, al recordar lo que me había contado Haines.

No había señales de vida por allí. En el semicrepúsculo, subí la loma baja, sobre la que se alzaba la casa parroquial, y aporreé la puerta. No obtuve respuesta. Circundé la casa y espíe a través de las ventanas. El lugar entero parecía abandonado.

Las bajas montañas habían hecho que la noche cayese con descorazonadora rapidez, apenas se ocultó el sol. Comprendía que apenas iba a poder ver a más de unos pocos metros por delante. Caminando con cuidado, giré en una de las esquinas de la casa y me detuve, preguntándome qué hacer a continuación.

Todo estaba en calma. No había ni un soplo de viento, ni tampoco los ruidos habituales que producen los animales en sus merodeos nocturnos. Había olvidado por un momento los miedos, pero todas las

aprensiones volvieron por culpa de aquella calma sepulcral. Me imaginé el aire poblado por temibles espíritus que se agolpaban a mi alrededor, haciendo el aire casi irrespirable. Me pregunté, por enésima vez, dónde podría encontrarse el viejo sacristán.

Según estaba ahí parado, medio esperando que algún siniestro demonio surgiera de las sombras, me percaté de la existencia de dos ventanas iluminadas en el campanario de la iglesia. Fue entonces cuando recordé que Haines me había dicho que Foster vivía en el sótano del edificio. Avancé con precaución en la negrura, hasta encontrar, en la iglesia, una puerta lateral entreabierta.

El interior estaba lleno de un olor rancio y mohoso. Todo cuanto tocaba estaba cubierto de una suciedad fría y húmeda. Encendí una cerilla y comencé a explorar en busca de cómo, si es que tal cosa era posible, llegar al campanario. De repente, me detuve.

Un retazo de canción, alta y obscena, entonada por una voz que el alcohol trocaba en gutural y grave, me llegó desde más adelante. La cerilla me quemó los dedos y la dejé caer. Dos puntos de luz surgieron en la oscuridad del muro más lejano de la iglesia y, bajo ellos, en un lado, pude ver una puerta que se perfilaba gracias a la luz que salía por debajo. La canción se detuvo de forma tan abrupta como había comenzado, y de nuevo reinó el silencio más completo. El corazón me martilleaba y la sangre golpeteaba en mis sienes. De no haber quedado petrificado por el miedo, hubiera salido corriendo de inmediato.

Sin ni siquiera encender otra cerilla, fui tanteando entre los bancos hasta llegar a la puerta. Tan hondo era el sentimiento de aprensión que me asaltaba que sentía como si estuviese en un sueño. Mis actos eran casi involuntarios.

La puerta estaba cerrada, como bien pude comprobar al girar el picaporte. Aporreé durante algún tiempo, sin encontrar respuesta alguna. El

silencio era tan completo como antes. Tanteando por el borde de la puerta, di con los goznes, saqué los pasadores e hice que la puerta se venciera hacia mí. Una luz tenue llegaba de un empinado tramo de peldaños. Había un abrumador olor a güisqui. Ahora pude oír a alguien que se movía en la habitación de la torre, situada arriba. Cuando aventuré un bajo «hola», creí recibir un graznido en respuesta y, con cautela, ascendí por las escaleras.

Mi primera visión de ese lugar impío fue, de hecho, bastante impactante. Por toda la pequeña habitación había libros y manuscritos, viejos y polvorientos... objetos extraños de una edad casi increíble. En las baldas de estantes que llegaban hasta el techo había cosas horribles en jarras y botellas de cristal... serpientes, lagartos y murciélagos. El polvo, el moho y las telarañas lo cubrían todo. En el centro, detrás de una mesa sobre la que había una vela encendida, una botella de güisqui casi vacía y un vaso, se encontraba una figura inmóvil de rostro flaco, demacrado y consumido, con ojos salvajes que miraban al vacío. Reconocí a Abel Foster, el viejo sacristán, al instante. No se movió ni habló mientras yo me acercaba lenta y temerosamente.

- ¿Señor Foster? - pregunté, temblando de miedo incontrolable cuando escuché los ecos de mi voz resonando en aquel cuarto. No recibí respuesta, y la figura detrás de la mesa no se movió. Me pregunté si no estaría bebido hasta la insensibilidad, y fui hasta la mesa para sacudirlo.

Pero al simple toque de mi brazo en su hombro, el extraño anciano dio un bote en su silla, como si hubiera recibido un susto de muerte. Sus ojos, que hasta entonces habían estado mirando al vacío, se clavaron en mí. Agitando los brazos como mayales, retrocedió.

- ¡No! - gritaba -. ¡No me toques! ¡Atrás! ¡Atrás!

Vi que estaba borracho, así como atenazado por algún tipo de terror indescriptible. Usando un tono calmado, le dije quién era y a lo que había ido. Pareció entender difusamente y se desplomó en su silla, para quedarse

sentado flácido e inmóvil.

– Creí que era él – murmuró –. Pensé que era él que había vuelto. Está tratando de hacerlo... tratando de salir desde que lo metí ahí dentro – su voz se alzó de nuevo hasta convertirse en un grito, y se agazapó en la silla –. ¡Quizá ya haya logrado salir! ¡Quizá está fuera!

Miré a mi alrededor, casi esperando que alguna forma espectral subiese por las escaleras.

– ¿Quién puede estar fuera? – pregunté.

– ¡Vanderhoof! – aulló –. ¡La cruz de su tumba se cae por las noches! Cada mañana la tierra aparece removida y resulta más difícil mantenerla dentro. Va a escaparse y no puedo hacer nada para evitarlo.

Obligándolo a volver a la silla, me senté en una caja cercana. Temblaba presa de un terror mortal, y la saliva le goteaba por las comisuras de la boca. De vez en cuando, yo mismo sentía esa sensación de horror que Haines me había descrito al hablar del viejo sacristán. La verdad es que había algo inquietante en aquel tipo. La cabeza se le había ahora vencido sobre el pecho, y parecía más calmado, mientras musitaba para sí mismo.

Me levanté despacio y abrí una ventana para que los vapores del güisqui y el hedor mohoso de la muerte se despejaran. La luz de una difusa luna, que acababa de salir, hacía los objetos de fuera levemente visibles. Podía ver la tumba del reverendo Vanderhoof desde mi lugar en el campanario, y parpadeé al mirar. ¡Esa cruz estaba ladeada! Recordaba que estaba en posición vertical hacía una hora. El miedo me asaltó de nuevo. Me giré con rapidez. Foster estaba sentado en su silla, observándome. Su mirada era más cuerda que hacía un rato.

– Así que usted es el sobrino de Vanderhoof – murmuró con voz nasal –. Bueno, entonces tiene derecho a saberlo todo. Volverá dentro de no mucho a buscarme... no tardará más que lo que le cueste salir de la tumba. Así que se lo voy a contar todo.

Parecía haberse librado del terror. Era como si se hubiese resignado a sufrir alguna especie de destino horrible que podía alcanzarlo en cualquier momento. Su cabeza se venció sobre el pecho de nuevo y comenzó a musitar con voz monótona y nasal.

- ¿Ve todos esos papeles y libros? Bueno, pertenecieron en un tiempo al reverendo Slott..., el reverendo Slott, que lo fue de esta parroquia en otro tiempo. Y hacía magia con todas estas cosas... magia negra, que el viejo reverendo aprendió antes de venir a este país. Solían quemar y asar en aceite hirviendo a la gente como él, según dicen. Pero el viejo Slott sabía, y no se lo contaba a nadie. No, señor, Slott predicaba aquí hace generaciones, y luego venía aquí arriba a estudiar en esos libros, y a utilizar esos seres muertos de las jarras y lanzar maldiciones, y cosas así, pero se las arregló para que nadie se enterase. No, nadie sabía de sus actividades, aparte del reverendo Slott y yo mismo.

- ¿Usted? - barboté, inclinándome sobre la mesa, en dirección a él.

- Sí, yo lo supe más tarde – su rostro mostró líneas de malicia al responderme –. Encontré todo esto aquí, cuando vine a ocupar plaza de sacristán de la iglesia, y me acostumbré a leer cuando no estaba ocupado.

No tardé en saberlo todo, que todo aquello era algo más que divagaciones de borracho. Hasta el último de los detalles concordaba con lo dicho por Haines. Mientras el viejo brujo estallaba en risas demoníacas, me sentí tentado de lanzarme por las estrechas escaleras y escapar de esa vecindad condenada. Para calmarme, me puse en pie y miré de nuevo por la ventana. Los ojos casi se me salieron de las órbitas cuando vi que la cruz sobre la tumba de Vanderhoof se había vencido de forma perceptible desde la última vez que la contemplara. ¡Se inclinaba ahora en un ángulo que llegaba a los cuarenta y cinco grados!

- ¿No podríamos desenterrar a Vanderhoof y devolverle el alma? - pregunté casi sin aliento, presintiendo que había que hacer algo a toda

prisa.

Pero el viejo se levantó de su silla, lleno de terror.

- ¡No, no, no! – chilló -. ¡Me matará! He olvidado la fórmula y, si sale, estará vivo y sin alma. ¡Nos matará a los dos!

- ¿Dónde está la botella que contiene su alma? - inquirí, avanzado amenazadoramente hacia él. Sentí que iba a tener lugar un suceso fantasmal, por lo que debía hacer todo lo posible para evitarlo.

- ¡No pienso decírtelo, jovenzuelo! - graznó. Sentí, más que ver, una extraña luz en sus ojos mientras retrocedía hacia una esquina -. ¡Y no me toques, o de veras que lo lamentarás!

Di un paso adelante, percatándome de que en un taburete bajo, situado a su espalda. Foster musitó algunas curiosas palabras con una voz baja y cantarina. Todo comenzó a volverse gris ante mis ojos, y fue como si me estuvieran arrancando algo del interior, tratando de sacarlo por mi garganta. Sentí que me flaqueaban las piernas.

Abalanzándome, agarré al viejo sacristán por el gaznate y con mi mano libre toqué las botellas del taburete. Pero el anciano cayó hacia atrás, golpeando el taburete, y una de las botellas cayó, mientras que yo conseguí agarrar la otra. Hubo un estallido de llama azul y un olor sulfuroso llenó todo el cuarto. Del pequeño montoncito de cristal surgió una humareda blanca que salió por la ventana.

- ¡Maldito seas, canalla! - gritó con una voz que parecía débil y muy lejana.

Foster, al que había cogido cuando la botella se rompió, se apretó contra el muro, con una mirada más turbia y estremecida aún que antes. Su rostro, poco a poco, iba volviéndose de un negro verdoso.

- ¡Maldito seas! - dijo de nuevo la voz, y apenas parecía que saliese de sus labios -. ¡Estoy acabado! ¡Esa era la mía! *¡El reverendo Slott la puso ahí hace doscientos años!*

Se deslizó con rapidez hasta el suelo, mirándome con odio, con ojos que se enturbiaban con rapidez. Su carne cambió de blanco a negro, y luego a amarillo. Vi con horror que su cuerpo parecía desmoronarse y que sus ropajes caían en el vacío.

La botella que tenía en la mano estaba calentándose. La miré, espantado. Resplandecía con débil fosforescencia. Lleno de miedo, la dejé en la mesa, pero no podía apartar los ojos de ella. Hubo un ominoso momento de silencio mientras se volvía cada vez más brillante, y luego llegó hasta mis oídos, con claridad, el sonido de tierra removida. Boqueando, me acerqué a mirar a la ventana. La luna estaba ahora alta en el cielo y, gracias a su luz, pude ver que la cruz nueva situada sobre la tumba de Vanderhoof había caído del todo. De nuevo me llegó el rechinar de la grava y ya no pude controlarme por más tiempo, por lo que me lancé tambaleante por las escaleras y escapé por las puertas. Fui corriendo por el suelo desigual, cayendo de vez en cuando, lleno de abyecto terror. Cuando llegué al pie del montículo y de la entrada de ese tenebroso túnel bajo los sauces, escuché un horrible rugido a mis espaldas. Me giré y miré hacia la iglesia. Su muro reflejaba la luz de la luna y, silueteada contra el mismo, había una sombra gigante, negra y espantosa que salía de la tumba de mi tío y avanzaba torpemente hacia la iglesia.

Conté lo que había sucedido a un grupo de ciudadanos, en el almacén de Haines, a la mañana siguiente. Me percaté de que se miraban unos a otros con leves sonrisas mientras yo hablaba, pero cuando los invité a acompañarme al lugar, dieron diversas excusas para rehusar. Aunque parecía existir un límite a su credulidad, tampoco querían correr riesgos. Les dije que iría entonces solo, aunque debo confesar que tal cosa no me agradaba nada.

Al salir del almacén, un anciano de barba larga y blanca se me acercó presuroso y me tomó del brazo.



- Yo te acompañaré, chico – dijo -. Me parece que una vez escuché a mi abuelo contar algo sobre lo que le ocurrió al viejo reverendo Slott. Era un tipo raro, por lo que oí, pero Vanderhoof era aún peor.

La tumba del reverendo Vanderhoof estaba abierta y vacía cuando llegamos. Por supuesto que pudo ser obra de ladrones de tumbas, en eso convinimos ambos, pero... La botella que había dejado sobre la mesa del campanario ya no estaba, aunque sí los restos de la otra, rota, en el suelo. Y, sobre el montón de ropas caídas y cenizas amarillas que una vez fueran Abel Foster, había ciertas pisadas inmensas.

Tras echar un vistazo a algunos de los libros y papeles desparramados por la estancia del campanario, los trasladamos abajo y los quemamos, ya que eran cosas sucias e impías. Con una azada que encontramos en el sótano de la iglesia, rellenamos la tumba de Johannes Vanderhoof y, por último, arrojamos la cruz caída a las llamas.

Las viejas dicen que ahora, cuando la luna es llena, se ve pasear por el cementerio a una figura gigantesca y desconcertada que sostiene una botella y se dirige hacia algún destino olvidado.

## **LA HOYA DE LAS BRUJAS**

H. P. Lovecraft & August Derleth

El Distrito Escolar Número Siete lindaba con una región salvaje situada al oeste de Arkham. Se alzaba en el centro de una pequeña alameda de robles, algunos olmos y uno o dos arces. La carretera conducía por un lado a Arkham y por el otro se perdía en los oscuros bosques de poniente. Cuando tomé posesión de mi nuevo cargo de maestro, a primeros de

septiembre de 1920, el edificio de la escuela me pareció realmente encantador, a pesar de que no pertenecía a ningún orden arquitectónico y de que era exactamente igual a miles de otras escuelas de Nueva Inglaterra: amazacotada, tradicional, pintada de blanco, resplandeciente en medio de los árboles que la rodeaban.

Era ya por entonces un edificio viejo. Sin duda estará ahora abandonado o derruido. Actualmente, el distrito escolar dispone de muchos más fondos, pero en aquel tiempo sus subvenciones eran un tanto miserables y escatimaba todo cuanto podía. Cuando entré yo a enseñar, todavía se usaban, como libros de texto, ediciones publicadas antes de empezar este siglo. A mi cargo tenía hasta veintisiete alumnos; entre ellos varios Allen y Whateley, y Perkins, Dunlock, Abbott, Talbot... y también un tal Andrew Potter.

No puedo recordar ahora por qué exactamente me llamó la atención Andrew Potter. Era un muchacho grandullón para su edad, de cara muy morena, mirada fija y profunda, y un cabello negro, espeso, desgreñado. Sus ojos me miraban con una persistencia que al principio me dejaba perplejo, pero que finalmente me hizo sentirme extrañamente incómodo. Estaba en quinto grado, y no tardé mucho en descubrir que podría pasar al séptimo o al octavo con gran facilidad, pero que no hacía ningún esfuerzo por conseguirlo. Daba la impresión de que se limitaba a tolerar a sus compañeros, los cuales, por su parte, le respetaban, no por afecto, sino más bien por miedo. Muy pronto comencé a darme cuenta de que este extraño muchacho me trataba con la misma divertida tolerancia que a sus condiscípulos.

Tal vez fuese su forma de mirar lo que inevitablemente me llevó a vigilarle con disimulo en la medida que lo permitía el desarrollo de la clase. Así fue como llegué a advertir un hecho vagamente inquietante: de cuando en cuando Andrew Potter respondía a un estímulo que mis sentidos no

llegaban a captar, y reaccionaba exactamente como si alguien lo llamara; se despabilaba entonces, se ponía alerta, y adoptaba la misma actitud que los animales cuando oyen ruidos imperceptibles para el oído humano.

Cada vez más intrigado, aproveché la primera ocasión para preguntar sobre él. Uno de los chicos de octavo grado, Wilbur Dunlock, solía quedarse después de terminar la clase y ayudar a la limpieza del aula.

- Wilbur - dije una tarde, cuando todos se hubieron marchado-, observo que ninguno de vosotros le hacéis caso a Andrew Potter. ¿Por qué?

Me miró con cierta desconfianza, y reflexionó antes de encoger los hombros para contestar.

- No es como nosotros.

- ¿En qué sentido?

El niño sacudió la cabeza.

- No le importa si le dejamos jugar con nosotros o no. Además, no quiere.

Parecía contestar de mala gana, pero a fuerza de preguntas conseguí sacarle alguna información. Los Potter vivían hacia el interior, en las colinas boscosas de poniente, cerca de una desviación casi abandonada de la carretera que atraviesa aquella zona selvática. Su granja estaba situada en un valle pequeño, conocido en la localidad como la Hoya de las Brujas y que Wilbur describió como «un sitio malo». La familia constaba de cuatro miembros: Andrew, una hermana mayor que él y los padres. No se «mezclaban» con la demás gente del distrito, ni siquiera con los Dunlock, que eran sus vecinos más cercanos y vivían a un kilómetro de la escuela y a unos siete de la Hoya de las Brujas. Ambas granjas estaban separadas por el bosque.

No pudo - o no quiso - decirme más.

Cosa de una semana después, pedí a Andrew Potter que se quedara al terminar la clase. No puso ninguna objeción, como si mi petición fuera la

cosa más natural. Tan pronto como los demás niños se hubieron marchado, se acercó a mi mesa y esperó de pie, con sus negros ojos expectantes, fijos en mí, y una sombra de sonrisa en sus labios llenos.

- He estado examinando tus calificaciones, Andrew - dije-, y me parece que con un pequeño esfuerzo podrías pasar al sexto grado..., quizá incluso al séptimo. ¿No te gustaría hacer ese esfuerzo?

Se encogió de hombros.

- ¿Qué piensas hacer cuando dejes la escuela?

Encogió los hombros otra vez.

- ¿Vas a ir al Instituto de Enseñanza Media de Arkham?

Me examinó con unos ojos que parecían haber adquirido súbitamente una agudeza penetrante; había desaparecido su letargo.

- Señor Williams, estoy aquí porque hay una ley que dice que tengo que estar – contestó -. Ninguna ley dice que tengo que ir al Instituto.

- Pero, ¿no te interesaría?

- No importa lo que me interesa. Lo que cuenta es lo que mi gente quiere.

- Bien, hablaré con ellos - decidí en ese momento -. Vamos. Te llevaré a casa.

Por un instante, apareció en su expresión una sombra de alarma, pero unos segundos después se disipó, dando paso a ese aspecto de letargo vigilante tan característico en él. Se volvió a encoger de hombros y permaneció de pie, esperando, mientras guardaba yo mis libros y papeles en la cartera que habitualmente llevaba conmigo. Luego caminó dócilmente a mi lado hasta el coche y subió, mirándome con una sonrisa de inequívoca superioridad.

Nos internamos en el bosque; íbamos en silencio, muy en armonía con la melancólica tristeza que se iba apoderando de mí al entrar en la región de las colinas. Los árboles se ceñían a la carretera y cuanto más nos

adentrábamos, más sombrío se volvía el bosque (tanto quizá porque estábamos a últimos de octubre como por la espesura cada vez mayor de la arboleda). De unos claros relativamente extensos, nos sumergimos en un bosque antiguo; y cuando finalmente nos desviamos por un camino vecinal - poco más que una vereda - que me señaló Andrew en silencio, comenzamos a rodar por entre árboles viejísimos, extrañamente deformados. Tenía que conducir con precaución; el camino era tan poco transitado que la maleza lo invadía por ambos lados. Y, cosa extraña, a pesar de mis estudios de botánica, aquellas plantas me resultaban desconocidas, aunque me pareció observar que había algunas saxífragas que presentaban una curiosa mutación. De pronto, inesperadamente, desembocamos en el cercado de la casa de los Potter.

El sol se había ocultado tras la muralla de árboles y la casa estaba sumida en una luz de crepúsculo. Más allá, valle arriba, se entendían unos pocos campos de labor. En uno había maíz; en otro, rastrojo; en otro, calabazas. La casa propiamente dicha era horrible; estaba casi en ruinas y tenía un piso alto que ocupaba la mitad de la planta, un tejado abuhardillado, y postigos en las ventanas; sus dependencias, frías y desmanteladas, parecían no haber sido usadas jamás. La granja entera parecía abandonada. Las únicas señales de vida consistían en unas cuantas gallinas que escarbaban la tierra detrás de la casa.

Si no hubiera sido porque el camino que habíamos tomado terminaba aquí, habría puesto en duda que ésta fuera la casa de los Potter. Andrew me lanzó una mirada como tratando de adivinar mis pensamientos. Luego saltó con ligereza del coche, dejándome que le siguiera.

Entró en la casa delante de mí. Oí que me anunciaba.

- Aquí está el señor Williams, el maestro.

No hubo respuesta.

Luego, de repente, me hallé en la habitación - iluminada tan sólo

por una antigua lámpara de petróleo - donde se hallaban los otros tres Potter. El padre era un hombre alto, de hombros caídos y pelo gris, que no tendría más de cincuenta años, pero con aspecto de ser muchísimo más viejo, no tanto física como psíquicamente. La madre estaba indecentemente gorda; y la chica, alta y delgada, tenía el mismo aire avisado y expectante que había observado en Andrew.

Andrew hizo brevemente las presentaciones, y los cuatro permanecieron a la espera de que yo dijese lo que tuviera que decir; me dio la impresión de que su actitud era un tanto incómoda, como si desearan que terminase pronto y me fuera.

- Quería hablarles sobre Andrew – dije -. Veo grandes aptitudes en él, y podría avanzar un grado o dos, si estudiara un poquito más.

Mis palabras no obtuvieron respuesta alguna.

- Estoy convencido de que tiene suficientes conocimientos y bastante capacidad para estar en octavo grado - dije, y me callé.

- Si estuviera en octavo grado - dijo el padre -, tendría que ir al Instituto al terminar la escuela, por cosa de la edad. Es la ley. Me lo han dicho.

Me vino a la memoria lo que Wilbur Dunlock me había dicho del aislamiento de los Potter y, mientras escuchaba las razones del viejo, me di cuenta de que toda la familia se hallaba tensa y de que su actitud había variado imperceptiblemente. En el momento en que el padre dejó de hablar, se restableció una uniformidad singular: era como si los cuatro estuvieran escuchando una voz interior. Dudo que se enteraran siquiera de mis palabras de protesta.

- No pueden esperar que un muchacho inteligente como Andrew se recluya en un lugar como éste - dije por último.

- Aquí estará bien - dijo el viejo Potter -. Además, es nuestro. Y ahora no vaya hablando por ahí de nosotros, señor Williams.

En su voz había una nota de amenaza que me dejó asombrado. Al mismo tiempo se me hacía cada vez más patente la atmósfera de hostilidad, que no provenía tanto de ellos como de la casa y los campos que la rodeaban.

- Gracias – dije -. Ya me voy.

Di media vuelta y salí. Andrew me siguió los pasos. Una vez fuera, dijo con suavidad:

- No debe usted hablar de nosotros, señor Williams. Papá se pone como loco cuando descubre que hablan de él. Usted le preguntó a Wilbur Dunlock.

Me quedé de una pieza. Con un pie en el estribo del coche, me volví y le pregunté:

- ¿Te lo ha dicho él?

Movió la cabeza negativamente.

- Fue usted, señor Williams - dijo al tiempo que retrocedía.

Y antes de que pudiera yo abrir la boca otra vez, se había metido en la casa como una flecha.

Por un instante, permanecí indeciso. Pero no tardé en reaccionar. Súbitamente, en el crepúsculo, la casa adquirió un aspecto amenazador y todos los árboles del contorno parecieron estar esperando el momento de doblarse hacia mí. En verdad, percibí un susurro, como el rumor de una brisa en todo el bosque, aunque no soplaba aire de ninguna clase, y me vino de la casa una oleada de malevolencia que me hirió como una bofetada. Me metí en el coche y me alejé, sintiendo aún en la nuca aquella impresión de malignidad, como el aliento ardiente de un salvaje perseguidor.

Llegué a mi apartamento de Arkham en un estado de gran agitación. Allí, meditando lo que había pasado, decidí que había sufrido una influencia psíquica sumamente perturbadora. No cabía otra explicación. Tenía el convencimiento de que me había arrojado ciegamente a unas aguas

mucho más profundas de lo que creía, y lo auténticamente inesperado de esta vivencia angustiosa me la hacía más estremecedora. No pude comer, preguntándome qué pasaba en la Hoya de las Brujas, qué mantenía a la familia tan sólidamente unida, qué la ataba a aquel paraje, y qué sofocaba en un muchacho prometedor como Andrew Potter incluso el más fugaz deseo de abandonar aquel valle sombrío y salir a un mundo más luminoso y alegre.

Durante la mayor parte de la noche estuve dando vueltas sin poderme dormir, lleno de temores innominados e inexplicables; y cuando por último me dormí, mi sueño se vio invadido de pesadillas espantosas, en las que se me representaban unos seres infinitamente ajenos a toda humana fantasía y tenían lugar hechos horrendos. Cuando me desperté, a la mañana siguiente, experimenté la sensación de haber rozado un mundo totalmente extraño al de los hombres.

Llegué a la escuela por la mañana temprano, pero Wilbur Dunlock estaba ya allí. Sus ojos me miraron con triste reproche. No comprendí lo que había sucedido para provocar esa actitud en un alumno normalmente tan servicial.

- No debía haberle dicho a Andrew Potter que habíamos hablado de él - dijo con una especie de desdichada resignación.

- No lo hice, Wilbur.

- Lo que sé es que yo no fui; de modo que tiene que haber sido usted - dijo, y añadió - Esta noche han muerto seis de nuestras vacas. Se les ha hundido encima el cobertizo donde estaban.

De momento me quedé tan aturdido que no pude replicar.

- Algún golpe de viento repentino... - comencé, pero me cortó en seguida.

- No ha hecho viento esta noche, señor Williams. Y las vacas estaban aplastadas.



- No pensarás que los Potter tienen nada que ver con eso, Wilbur - exclamé.

Me lanzó una mirada de paciencia, como a veces mira quien sabe a quien debería saber pero no comprende y no dijo nada.

Esta noticia me pareció aún más alarmante que la experiencia de la tarde anterior. Por lo menos Wilbur estaba convencido de que había una relación entre nuestra conversación sobre la familia Potter y la pérdida de la media docena de vacas. Y estaba tan hondamente convencido de ello, que de antemano se veía que nada en el mundo podría disuadirle.

Cuando entró Adrew Potter, traté inútilmente de descubrir en él algún cambio desde la última vez que le vi.

Mal que peor, concluí aquella jornada de clase. Inmediatamente después de terminar, me marché apresuradamente a Arkham y me dirigí a las oficinas de la Gazette, cuyo redactor jefe, como miembro del Consejo de Educación del Distrito, se había portado muy amablemente conmigo ayudándome a encontrar alojamiento. Era un hombre de casi setenta años y tal vez podría ayudarme en mis indagaciones..

Mi cara debía reflejar el estado de agitación que sentía porque, nada más entrar, levantó las cejas y dijo:

- ¿Qué le pasa, señor Williams?

Traté de disimular, toda vez que nada en concreto podía exponer, y visto a la fría luz del día, lo que tenía que contar parecería locura a cualquier persona sensata. Dije solamente:

- Me gustaría saber algo sobre la familia de los Potter, que vive en la Hoya de las Brujas, al oeste de la escuela.

Me lanzó una mirada enigmática.

- ¿No ha oído hablar nunca del viejo Hechicero Potter? - preguntó, y antes de que pudiera contestar, prosiguió -. No, naturalmente. Usted es de Brattleboro. Difícilmente podría esperarse que los de Vermont se enteraran

de lo que ocurre en una apartada región de Massachusetts. Pues verás: el viejo vivía antes allí, él solo. Era ya bastante viejo cuando yo lo vi por primera vez. Y estos Potter de ahora eran unos familiares lejanos que vivían entonces en el Alto Michigan. Heredaron la propiedad y vinieron a establecerse ahí cuando murió el Hechicero Potter.

- Pero, ¿qué sabe usted de ellos? - insistí.

- Nada, lo que todo el mundo – dijo -. Que cuando vinieron eran gente muy afable. Que ahora no hablan con nadie, que no salen casi nunca... y muchas habladurías sobre animales que se extraviaban y cosas así. La gente relaciona lo uno con lo otro.

De esta forma siguió la conversación, en el curso de la cual lo sometí a un verdadero interrogatorio.

Y así fue cómo escuché una mezcla desconcertante de leyendas, alusiones, relatos contados a medias, y sucesos totalmente incomprensibles para mí. Lo que parecía indiscutible era que había un lejano parentesco entre el Hechicero Potter y un tal Brujo Whateley que vivió cerca de Dunwich, «un tipo de mala calaña» según mi amigo el redactor jefe\* . También parecía indudable que el viejo Hechicero Potter había llevado una vida solitaria, que había alcanzado una edad avanzadísima y que la gente solía evitar el paso por la Hoya de las Brujas. Lo que parecía pura fantasía eran las supersticiones relacionadas con esa familia. Se decía que el Hechicero Potter había «invocado algo que bajó del cielo y vivió con él o en él hasta su muerte» y que un viajero extraviado, hallado en estado agónico en la carretera general, había dicho en sus últimas ansias algo así como que «una cosa con tentáculos... un ser pegajoso, de gelatina, con ventosas en los tentáculos» salió del bosque y le atacó. Mi amigo me contó varias historias más por el estilo.

Cuando terminó, me escribí una nota para el bibliotecario de la Universidad del Miskatonic, en Arkham, y me la tendió.

- Dígale que le facilite ese libro. Quizá le sirva de algo - encogió los hombros-, o tal vez no. La gente joven de hoy no se preocupa por nada.

Sin pararme a cenar, proseguí mis investigaciones sobre un tema que, según presentía, me iba a ser de utilidad si quería ayudar a Andrew Potter a encontrar una vida mejor, pues era esto, más que el deseo de satisfacer mi curiosidad, lo que me impulsaba. Me fui a Arkham y, una vez en la Biblioteca de la Universidad del Miskatonic, busqué al bibliotecario y le di la nota de mi amigo.

El anciano me miró con suspicacia, y dijo:

- Espere aquí, señor Williams.

Y se fue con un manojo de llaves. Deduje, pues, que el libro aquel estaba guardado bajo llave.

Esperé un tiempo que se me antojó interminable. Comencé a sentir hambre, y empezó a parecerme poco decorosa mi precipitación.. Pero no obstante, intuí que no había tiempo que perder, aunque no sabía exactamente qué catástrofe me proponía impedir. Finalmente, subió el bibliotecario, portador de un volumen antiguo, y me lo colocó en una mesa al alcance de su vista. El título del libro estaba en latín - Necronomicon-, aunque su autor era evidentemente árabe - Abdul Alhazred-, y su texto estaba escrito en un inglés arcaico.

Comencé a leer con un interés que pronto se convirtió en total turbación. El libro se refería a antiguas y extrañas razas invasoras de la Tierra, a grandes seres míticos llamados unos Dioses Arquetípicos y otros Primordiales de exóticos nombres, como Cthulhu y Hastur, Shub-Niggurath y Azathoth, Dagon e Ithaqua, Wendigo y Cthugha. Todo ello se relacionaba con una especie de plan para dominar la Tierra. Al servicio de estos seres estaban ciertos pueblos extraños de nuestro planeta: los Tcho-Tcho, los Profundos y otros. Era un libro repleto de ciencia cabalística y de hechizos. En él se relataba una gran batalla interplanetaria entre los Dioses

Arquetípicos y los Primordiales, y cómo habían sobrevivido cultos y adeptos en lugares remotos y aislados de nuestro planeta, así como en otros planetas hermanos. No comprendí la relación que podía haber entre ese galimatías y el problema que a mí me preocupaba: la extraña e introvertida familia Potter, con su deseo de soledad y su forma antisocial de vivir.

No sé cuánto tiempo estuve leyendo. Me interrumpí al darme cuenta de que, no lejos de mi mesa, había un desconocido que no me quitaba ojo sino para ponerlo en el libro que yo leía. Cuando se vio descubierto, se me acercó y me dirigió la palabra.

- Perdóneme - dijo - pero, ¿qué interés puede - tener ese libro para un maestro nacional?

- Eso me pregunto yo - contesté.

Se presentó como el profesor Martin Keane.

- Puedo afirmar - añadió - que me sé el libro ese prácticamente de memoria.

- Es un fárrago de supersticiones.

- ¿Usted cree?

- Completamente.

- Entonces ha perdido usted la facultad de asombrarse. Dígame, señor Williams, ¿por qué motivo ha pedido ese libro?

Me quedé dudando, pero el profesor Keane me inspiraba confianza.

- Salgamos a dar una vuelta, si no le importa.

Accedió con mucho gusto.

Devolví el libro a la biblioteca y me reuní con mi reciente amigo. Poco a poco, y lo mejor que pude, le hablé de lo que pasaba con Andrew Potter, de la casa de la Hoya de las Brujas, de mi extraña experiencia psíquica, e incluso del curioso incidente de las vacas de los Dunlock. Escuchó hasta el final sin interrumpirme, lleno de interés. Por último, le expliqué que si investigaba acerca de la Hoya de las Brujas era únicamente

por ayudar a mi alumno.

- Si hubiese usted indagado un poco, estaría al corriente de los extraños acontecimientos que han tenido lugar en Dunwich y en Innsmouth... así como en Arkham y en la Hoya de las Brujas - dijo Keane cuando hube terminado -. Mire usted en torno suyo: esas casas antiguas, sus ventanas cerradas hasta con postigos... ¡Cuántas cosas extrañas han sucedido en esas buhardillas! Pero nunca sabremos nada con certeza. En fin, dejemos a un lado los problemas de fe. No se necesita ver a la encarnación del mal para creer en él, ¿no le parece, señor Williams? Me gustaría prestar un pequeño servicio a ese muchacho, si usted me lo permite.

- ¡Naturalmente!

- Puede resultar peligroso... tanto para usted como para él.

- Por mí, no me importa.

- Pero le aseguro que para el muchacho nada puede ser más peligroso que su situación actual; ni siquiera la muerte.

- Habla usted enigmáticamente, profesor.

- Es mejor así, señor Williams. Pero entremos... Esta es mi casa. Pase, por favor.

Entramos en una de aquellas casas antiguas de las que había hablado el profesor Keane. Las habitaciones estaban llenas de libros y antigüedades de todas clases. Me dio la impresión de que penetraba en un rancio pasado. Mi anfitrión me condujo hasta su cuarto de estar, despejó un silla de libros y me rogó que esperara mientras subía al segundo piso.

No estuvo mucho tiempo ausente; ni siquiera me dio tiempo a asimilar la curiosa atmósfera de la habitación. Cuando volvió, traía consigo unas piedras toscamente talladas en forma de estrellas de cinco puntas. Me puso cinco de ellas en las manos.

- Mañana, después de la clase, si asiste el joven Potter, arrégleselas

usted para que toque una de ellas y fíjese bien en su reacción – dijo -. Dos requisitos más: debe usted llevar una encima, en todo momento; y segundo, debe apartar de su mente todo pensamiento sobre estas piedras y sobre sus propósitos. Estos individuos son telépatas, poseen el don de leer los pensamientos.

Sobresaltado, recordé el reproche que me hizo Andrew de haber hablado de su familia con Wilbur Dunlock.

- ¿No debo saber para qué son estas piedras? - pregunté.

- Siempre que sea capaz de poner entre paréntesis sus propias dudas - contestó, con una melancólica sonrisa -. Estas piedras son algunas de las muchas que ostentan el Sello de R'lyeh, que impide a los Primordiales huir de sus prisiones. Son los sellos de los Dioses Arquetípicos.

- Profesor Keane, la edad de las supersticiones ha pasado - protesté.

- Señor Williams..., el prodigio de la vida y sus misterios no pasan jamás – replicó -. Si la piedra no significa nada, no tiene ningún poder. Si no tiene ningún poder, no podrá afectar al joven Potter y tampoco lo protegerá a usted.

- ¿De qué?

- Del poder que se oculta tras ese aura maligna que usted percibió en la Hoya de las Brujas – contestó -. ¿O también era superstición? – sonrió -. No necesita contestar. Conozco su respuesta. Si sucede algo cuando usted ponga la piedra sobre el muchacho; ya no podrá él volver a su casa. Entonces deberá usted traérmelo aquí. ¿Trato hecho?

- Trato hecho - contesté.

El día siguiente fue interminable, no sólo por la inminencia del momento crítico, sino porque me resultaba extremadamente difícil mantener la mente en blanco ante la mirada inquisitiva de Andrew Potter. Además, sentía más que nunca el aura de malignidad latente, como una amenaza tangible, que emanaba de la región salvaje, oculta en una hoya,

entre sombrías colinas. Pero aunque lentas, pasaron las horas y, justo antes de terminar, rogué a Andrew Potter que esperara a que los demás se hubieran ido.

Y nuevamente accedió con ese aire condescendiente, casi insolente, que me hizo dudar si valía la pena «salvarle» como tenía decidido en lo más hondo de mí mismo.

Pero no abandoné mis propósitos. Había ocultado la piedra en mi coche y, una vez que todos se hubieron marchado, le dije que saliera conmigo.

En ese momento, sentí que me estaba comportando de un modo ridículo y absurdo. ¡Yo, un maestro graduado, a punto de llevar a cabo una especie de exorcismo de brujo africano! Y por unos instantes, durante los breves segundos que tardé en recorrer la distancia de la escuela al automóvil, flaqueé y estuve a punto de invitarle simplemente a llevarle a su casa.

Pero no. Llegué al coche seguido de Andrew. Me senté al volante, cogí una piedra y la deslicé en mi bolsillo; cogí otra, me volví como un rayo y la apreté contra la frente de Andrew.

Yo no sabía lo que iba a suceder; pero desde luego, nunca habría imaginado lo que realmente sucedió.

Al contacto con la piedra, asomó a los ojos de Andrew Potter una expresión de extremado horror; inmediatamente siguió una expresión de angustia punzante, y un grito de espanto brotó de sus labios. Extendió los brazos, sus libros se desparramaron, giró en redondo, se estremeció, echando espumarajos por la boca, y habría caído de no haberle cogido yo para depositarlo en el suelo. Entonces me di cuenta del frío y furioso viento que se arremolinaba en derredor nuestro y se alejaba doblando la yerba y las flores, azotando el linde del bosque y deshojando los árboles que encontraba en su camino. Aterrorizado, coloqué a Andrew Potter en el

coche, le puse la piedra sobre el pecho y, pisando el acelerador a fondo, enfilé hacia Arkham, situada a más de doce kilómetros de distancia. El profesor Keane me estaba esperando. Mi llegada no le sorprendió en absoluto. También había previsto que le llevaría a Andrew Potter, ya que había preparado una cama para él. Entre los dos lo acomodamos allí; después, Keane le administró un calmante.

Entonces se dirigió a mí:

- Bien, ahora no hay tiempo que perder. Irán a buscarle. Seguramente irá la muchacha primero. Debemos volver a la escuela inmediatamente.

Pero entonces comprendí todo el horrible significado de lo que le había sucedido a Andrew, y me eché a temblar de tal manera que Keane tuvo que sacarme a la calle casi a rastras. Aun ahora, al escribir estas palabras, después de transcurrido tanto tiempo desde los terribles acontecimientos de aquella noche, siento de nuevo el horror que se apoderó de mí al enfrentarme por vez primera con lo desconocido, consciente de mi pequeñez e impotencia frente a la inmensidad cósmica. En ese momento comprendí que lo que había leído en aquel libro prohibido de la biblioteca universitaria no era un fárrago de supersticiones, sino la clave de unos misterios insospechados para la ciencia, y mucho, muchísimo más antiguos que el género humano. No me atreví a imaginar lo que el viejo Hechicero Potter había hecho bajar del firmamento.

A duras penas oía las palabras del profesor Keane, que me instaba a reprimir toda reacción emocional y a enfocar los hechos de un modo más científico y objetivo. Al fin y al cabo había logrado lo que me proponía. Andrew Potter estaba salvado. Pero para asegurar el triunfo había que librarle de los otros, que indudablemente le buscarían y acabarían por encontrarlo. Yo pensaba solamente en el horror que aguardaba a estos cuatro seres desdichados, cuando llegaron de Michigan para tomar



posesión de la solitaria granja de la Hoya de las Brujas.

Iba ciego al volante, camino de la escuela. Una vez allí, a petición del profesor Keane, encendí las luces y dejé la puerta abierta a la noche cálida. Me senté detrás de mi mesa, y él se ocultó fuera del edificio, en espera de que llegaran. Tenía que esforzarme por mantener mi mente en blanco y resistir la prueba que me aguardaba.

La muchacha surgió del filo de la oscuridad...

Después de sufrir la misma suerte de su hermano, y haber sido depositada junto al escritorio, con la estrella de piedra sobre el pecho, apareció el padre en el umbral de la puerta. Ahora estaba todo a oscuras. Llevaba una escopeta. No tuvo necesidad de preguntar lo que pasaba: lo sabía. Se plantó allí delante, mudo, señalando a su hija y la piedra que tenía sobre el pecho, y levantó la escopeta. Su gesto era elocuente: si no le quitaba la piedra, dispararía. Evidentemente, ésta era la contingencia que había previsto el profesor, porque se abalanzó sobre Potter por detrás, y lo tocó con la piedra.

Después, durante dos horas, esperamos en vano la llegada de la señora Potter.

- No vendrá - dijo por fin el profesor Keane -. Es en ella donde se hospeda esa entidad... Hubiera jurado que era en su marido. Muy bien... no tenemos otra alternativa: hay que ir a la Hoya del las Brujas. Estos dos pueden quedarse aquí.

Volábamos a todo gas en medio de la oscuridad, sin preocuparnos por el ruido, ya que el profesor decía que «la cosa» que habitaba en la Hoya de las Brujas «sabía» que nos acercábamos, pero que no podía hacernos nada porque íbamos protegidos por el talismán. Atravesamos la densa espesura y tomamos el camino estrecho. Cuando desembocamos en el cercado de los Potter, la maleza pareció extender sus tallos hacia nosotros, a la luz de los faros.

La casa estaba a oscuras, aparte el pálido resplandor de la lámpara que iluminaba una habitación.

El profesor Keane saltó del coche con su bolsa llena de estrellas de piedra, y se puso a sellar la casa. Colocó una piedra en cada una de las dos puertas, y una en cada ventana. Por una de ellas, vimos a la señora Potter sentada ante la mesa de la cocina, impasible, vigilante, enterada, sin disimulos ya, muy distinta de la mujer que había visto no hacía mucho en esta misma casa. Ahora parecía una enorme bestia acorralada.

Al terminar su operación, mi compañero volvió a la parte delantera de la casa y, apilando unos montones de broza contra la puerta sin atender a mis protestas, pegó fuego al edificio.

Luego volvió a la ventana para vigilar a la mujer, y me explicó que sólo el fuego podía destruir esa fuerza elemental, pero que esperaba salvar todavía a la señora Potter.

- Quizá sería mejor que no mirara, señor Williams.

No le hice caso. Ojalá se lo hubiera hecho... ¡y me habría evitado las pesadillas que perturban mi descanso hasta el día de hoy! Me asomé a la ventana por detrás de él y presencié lo que sucedía en el interior. El humo del fuego estaba empezando a penetrar en la casa. La señora Potter - o la monstruosa entidad que animaba su cuerpo obeso - dio un salto, corrió atemorizada a la puerta trasera, retrocedió a la ventana, se retiró, y volvió al centro de la habitación, entre la mesa y la chimenea aún apagada. Allí cayó al suelo, jadeando y retorciéndose.

La habitación se fue llenando poco a poco de un humo que empañaba la amarillenta luz de la lámpara, impidiendo ver con claridad. Pero no ocultó por completo la escena de aquella terrible lucha que se desarrollaba en el suelo. La señora Potter se debatía como en las convulsiones de la agonía y, lentamente, comenzó a tomar consistencia una forma brumosa, transparente, apenas visible en el aire cargado de humo.

Era una masa amorfa, increíble, palpitante y temblona como gelatina, cubierta de tentáculos. Aún a través del cristal de la ventana, sentí su inteligencia inexorable, su frialdad incluso física. Aquella cosa se elevaba como una nube del cuerpo ya inmóvil de la señora Potter; luego se inclinó hacia la chimenea, y se escurrió por allí como un vapor!

- ¡La chimenea! - gritó el profesor Keane, y cayó al suelo.

En la noche apacible, saliendo de la chimenea, comenzaba a desparramarse una negrura, como un humo, que no tardó en concentrarse nuevamente. Y de pronto, la inmensa sombra negra salió disparada hacia arriba, hacia las estrellas, en dirección a las Hyadas, de donde el viejo Hechicero Potter la había llamado para que habitara en él. Así abandonó el lugar en donde aguardara la llegada de los otros Potter, para proporcionarse un nuevo cuerpo en que alojarse sobre la faz de la tierra.

Nos las arreglamos para sacar a la señora Potter fuera de la casa. Se encontraba muy débil, pero viva.

No hace falta detallar el resto de los acontecimientos de esa noche. Baste saber que el profesor esperó a que el fuego hubiera consumido la casa, y recogió luego su colección de piedras estrelladas. La familia Potter, una vez liberada de aquella maldición de la Hoya de las Brujas, decidió partir y no volver jamás por aquel valle espectral. En cuanto a Andrew, antes de despertar, habló en sueños de «los grandes vientos que azotan y despedazan» y de «un lugar junto al Lago de Hali, donde viven venturosos para siempre».

Nunca he tenido valor para preguntarme qué era lo que el viejo Hechicero Potter había llamado de las estrellas, pero sé que implica unos secretos que es preferible no desentrañar y de cuya existencia jamás me habría enterado, de no haberme tocado el Distrito Escolar Número Siete y de no haber tenido entre mis alumnos al extraño muchacho que era Andrew Potter.

# LA HABITACION CERRADA

H. P. Lovecraft & August Derleth

A la hora del crepúsculo, el salvaje y solitario campo cercano a la villa de Dunwich, en la parte central del norte de Massachusetts, parece más despojado y amenazador que durante el día. El crepúsculo tiñe los campos desolados y las colinas con raras tonalidades que hacen resaltar todos los elementos del paisaje. Desde los árboles antiguos, las paredes de piedra rodeadas de rosales y cercanas a la polvorienta carretera, los bajos pantanos con su profusión de luciérnagas y sus inevitables chotacabras que compiten con el croar de las ranas y el canto ronco de los sapos, hasta las sinuosas curvas que forma el Miskatonic en su curso superior al fluir entre las oscuras montañas hacia el mar y que parecen cerrarse en torno al visitante en un intento de agarrarle y no dejarle escapar, todo parece impregnado de una tensa vigilia sensiblemente hostil.

Camino de Dunwich, Abner Whateley sintió todo esto otra vez, como lo había sentido en una ocasión cuando era niño y había salido corriendo y pidiendo con gritos de terror a su madre que le llevase lejos de Dunwich y lejos del abuelo Luther Whateley. ¡Hacía tantos años! Había perdido la cuenta. Era curioso que aquel paisaje le siguiera afectando de aquel modo, pese a todos los años que habían transcurrido desde entonces - sus años en La Sorbona, en El Cairo, en Londres-, pese a todo lo que había aprendido y asimilado como experiencias desde aquel momento y que hacían parecer más remotas aún sus tempranas visitas al ceñudo y anciano abuelo Whateley en su vieja casa cercana al molino a orillas del Miskatonic. La campiña de su niñez salía ahora de la neblina del tiempo como si hubiese sido ayer cuando visitó por última vez a sus familiares.

Ya no quedaba nadie: mamá, el abuelo Whateley, la tía Sarah, a la que nunca había visto y sólo sabía que vivía en algún lugar de la vieja casa, el odioso primo Wilbur y su terrible hermano gemelo que pocos habían conocido antes de su espantosa muerte en la cima de Sentinel Hill. Pero, según pudo comprobar mientras atravesaba el puente cubierto, Dunwich no había cambiado. La calle principal se hallaba bajo el tenebroso pico de Round Mountain. Sus tejados, de estilo holandés, estaban tan podridos como siempre, sus casas desiertas, y sólo se mantenía en pie la vieja iglesia con el campanario roto. Pesaba sobre todo aquello un aura de destrucción.

Se desvió de la calle principal y tomó una carretera escarpada que ascendía por la ribera, hasta que llegó a un lugar en el que había una gran casa y un molino con una enorme rueda en la orilla del río. Era ahora propiedad suya. El testamento del abuelo Whateley estipulaba que se asentase en la propiedad y «diese los pasos necesarios para llegar a la disolución que yo mismo no pude realizar». Una curiosa condición, pensó Abner. Pero, por otro lado, todo cuanto concernía al abuelo Whateley había sido extraño, como si la decadencia de Dunwich le hubiese contagiado irremisiblemente.

Nada resultaba más extraño que la llegada de Abner Whateley, abandonando una vida cosmopolita para cumplir con los deseos de su abuelo y hacerse cargo de una propiedad que casi no compensaba el esfuerzo que suponía llevarla adelante. Reflexionando tristemente, pensó que los parientes, que aún vivían cerca de, o en el propio Dunwich, podrían tomar a mal su regreso, teniendo en cuenta la extraña reclusión en que habían vivido la mayoría de los Whateley de la vecindad, particularmente desde los terribles acontecimientos que habían sacudido a la familia Whateley en Sentinel Hill.

La casa parecía estar como siempre. La parte que daba a la orilla del río estaba ocupada por el molino, que hacía ya mucho tiempo había dejado

de funcionar, y cada vez aparecían más arrasados los campos que contorneaban Dunwich. Salvo una habitación sobre el molino - la de la tía Sarah-, la parte del edificio que lindaba con el Miskatonic había sido abandonada desde los tiempos de su juventud, desde la última vez en que Abner Whateley había visitado a su abuelo, que vivía solo, con excepción de la tía Sarah, a la que nadie veía nunca y que habitaba en su habitación cerrada, con la puerta atrancada. Nunca andaba por la casa porque se lo tenía terminantemente prohibido su padre, de cuya dominación sólo la muerte logró liberarla.

Una galería semiderruida en una de las esquinas de la casa rodeaba la parte habitada; en el entramado que soportaba el alero había grandes telarañas, a las que nadie, excepto el viento, molestaba a lo largo de los años. Y el polvo estaba en todas partes, dentro y fuera, según pudo comprobar Abner cuando descubrió la llave correcta entre todas las que le mandó el abogado. Encontró una lámpara y la encendió; el abuelo Whateley tenía proscrita la electricidad. Al amarillento resplandor de la luz, la vieja cocina que le era tan familiar, con su mobiliario del siglo XIX, le afligió con violencia. Su desolación, las sillas y mesas hechas a mano, el reloj de cien años en la repisa, la escoba gastada, todo eran tangibles recuerdos de su niñez obsesionada por el miedo que le producían sus visitas a la formidable casa y su aún más formidable ocupante, el viejo padre de su madre.

La luz de la lámpara dejaba entrever algo más. En la mesa de la cocina había un sobre dirigido a él, con una letra tan desgarrada que sólo podía ser de un hombre muy viejo o poco firme: su abuelo. Sin preocuparse de traer el resto de las cosas del coche, Abner se sentó a la mesa, sopló el polvo de la silla y un trozo de la mesa para permitirle poner los codos, y abrió el sobre.

Una escritura encrespada apareció ante él. Las palabras eran tan

severas como recordaba que había sido su abuelo. Comenzaba bruscamente, sin una palabra de afecto, ni tan siquiera un saludo estereotipado.

«Nieto:

»Cuando leas esto, hará ya meses que me habré muerto. Quizá más, a no ser que te encuentren antes de lo que preveo. Te he dejado una cantidad de dinero - todo lo que tengo a la hora de mi muerte - que actualmente está en el banco de Arkham a tu nombre. No hago esto sólo porque seas mi único nieto, sino porque entre todos los Whateley - somos un clan numeroso, hijo - tú has recorrido mundo y has recopilado conocimientos suficientes como para permitirte mirar las cosas con mente inquisidora, sin la superstición de la ignorancia ni la superstición de la ciencia. Tú entenderás lo que quiero decir.

»Es mi deseo que por lo menos la parte de esta casa que da al molino sea destruida. Que se deshaga tabla a tabla. *Si encuentras algo vivo en ella, te ordeno solemnemente que lo mates. No importa su pequeñez. No importa su forma. A lo mejor te parece humana, pero puede engañarte y poner en peligro tu vida y sabe Dios la de cuántos otros.*

»Prométeme que lo harás.

»Si parece que suena a locura, por favor recuerda que algo peor que la locura ha caído sobre los Whateley. Yo me he librado. No ha ocurrido lo mismo con todo lo que me ha pertenecido. Aquellos que se niegan a creer en lo que no saben y niegan su existencia son locos aún más testarudos que aquellos de nuestra sangre que han sido culpables de terribles prácticas y blasfemias contra Dios, y cosas peores.

»Tu abuelo, Luther S. Whateley »

¡Típico del abuelo!, pensó Abner. Recordó, traído a su recuerdo con esta enigmática y severa comunicación, que una vez en que su madre mencionó a su hermana Sarah, tapándose en seguida la boca con los dedos,

él había corrido hacia su abuelo a preguntarle:

- Abuelo, ¿dónde está la tía Sarah?

El viejo hombre le había mirado con ojos del tamaño de una basílica y contestó:

- Muchacho, aquí no se habla de Sarah.

La tía Sarah había ofendido al abuelo en alguna forma espantosa - espantosa al menos para ese fanático de la disciplina-, pues desde ese día, en el recuerdo de Abner Whateley, su tía había sido simplemente el nombre de una mujer, hermana mayor de su madre, encerrada en una gran habitación sobre el molino, invisible tras esas paredes, con las contraventanas firmemente clavadas. Se les había prohibido a Abner y a su madre pasar ante la puerta de la habitación cerrada. Pese a ello, en una ocasión Abner se había encaramado a la puerta y había pegado la oreja contra ella para escuchar los ruidos de respiración y los quejidos que provenían del interior, como si fuesen de una persona voluminosa. Había decidido que la tía Sarah debía de ser tan grande como una de esas gordas de circo. Había que ver lo que devoraba, a juzgar por los platos de comida. Principalmente comía carne, que debía prepararse ella misma, pues generalmente estaba cruda. Se la llevaba a la habitación dos veces al día el viejo Luther Whateley, pues no había criados en la casa. Y no los había habido desde que la madre de Abner se había casado, tras el regreso de la tía Sarah, que volvió muy extraña y aturdida de visitar a un pariente en Innsmouth.

Dobló la carta y la metió de nuevo en el sobre. Pensaría en el contenido otro día. Necesitaba ante todo encontrar un sitio para dormir. Salió fuera, sacó las dos maletas que había dejado en el coche y las trajo a la cocina. Entonces cogió la lámpara y entró en el interior de la casa. Pasó sin detenerse por el anticuado salón, que se mantenía cerrado salvo cuando venían visitas, y nadie más que los Whateley visitaban a los Whateley en



Dunwich. Se dirigió a la habitación de su abuelo; era lógico que ocupase la habitación de su abuelo, ya que él era ahora, y no Luther Whateley, el dueño.

La gran cama doble estaba cubierta de ejemplares descoloridos del *Arkham Advertiser*, cuidadosamente colocados para proteger la delicada tela de la colcha, que había sido bordada con un trabajoso diseño, indudablemente una herencia de los Whateley. Colocó la lámpara en el suelo y retiró los periódicos. Cuando abrió la cama vio que estaba fresca y limpia, lista para ser ocupada; algún primo de su abuelo, conocedor de su próxima llegada, se habría ocupado de esto después de las exequias.

Cogió sus maletas y las llevó a la habitación, que estaba en una esquina de la casa, en el punto más alejado del pueblo: aunque apartadas de la orilla, sus ventanas daban al río. Abrió la que tenía una tela metálica en la parte inferior y se sentó en el borde de la cama, pensando en las circunstancias que le habían traído a Dunwich después de tantos años.

Se sentía agotado. El denso tráfico de Boston le había cansado. El contraste entre la región de Boston y el desolado territorio de Dunwich le deprimía y le resultaba incómodo. Además, le invadía una impalpable inquietud. De no haber necesitado la herencia para continuar sus investigaciones en el extranjero acerca de las antiguas civilizaciones del Pacífico Sur, no habría venido aquí. Pero los lazos familiares existían, por mucho que los negase. El viejo Luther Whateley siempre había sido severo y dictatorial, pero era el padre de su madre, y el nieto debía lealtad a su sangre.

Round Mountain se elevaba fuera, cercano a la habitación; sentía su presencia como la había sentido cuando era niño y dormía arriba. Los árboles, durante mucho tiempo sin podar, se apelotonaban contra la casa; y de uno de ellos, a esta hora de profundo crepúsculo, caía en el tranquilo aire de verano el sonido de las notas de un búho. Se reclinó por un

momento, adormecido por el extraño y agradable canto del búho. Un millar de pensamientos se acumularon en su mente, innumerables recuerdos. Se vio otra vez de pequeño, siempre algo asustado de divertirse a solas en estos vedados alrededores, siempre contento al llegar y más contento aún al marcharse.

Pero no podía permanecer así, aunque le resultase cómodo: había tanto que hacer antes de irse que no podía permitirse ni un mínimo descanso, si no quería comenzar con mal pie su nebulosa tarea. Se levantó de la cama, cogió otra vez la lámpara y empezó a hacer una ronda por la casa.

Fue al comedor, que estaba entre la habitación y la cocina. El comedor tenía un mobiliario duro, incómodo, artesanal. De ahí se dirigió al salón. El mundo que se ofrecía al abrir la puerta, por los detalles del mobiliario y la decoración, era más cercano al siglo XVIII que al XIX, y, desde luego, muy alejado del XX. La ausencia de polvo era debida a lo bien que ensamblaban las puertas que separaban esta habitación del resto de la casa. Subió por las escaleras al piso de arriba y recorrió habitación tras habitación. Todas estaban polvorientas, con las cortinas descoloridas, y el aspecto general era de no haber sido ocupadas durante muchos años, incluso antes de que muriese el viejo Luther Whateley.

Entonces llegó al pasillo que conducía a la habitación cerrada, el escondrijo o prisión de la tía Sarah, ya no podría saber qué había sido, e, impulsivamente, bajó y se paró delante de la puerta prohibida. Ningún sonido de respiración, ningún quejido le saludaba ahora, nada en absoluto mientras permanecía enfrente de ella, recordando, aún fascinado por el hechizo de la prohibición de su abuelo.

Pero no había razón alguna para continuar respetándola. Sacó el llavero y pacientemente probó una llave tras otra en la cerradura, hasta encontrar la que correspondía a ella. Saltó el pestillo y empujó. La puerta se

abrió con un chirrido. Alzó la lámpara.

Había esperado encontrar el dormitorio de una mujer, pero la habitación cerrada ofrecía un aspecto sorprendente: había ropa de cama tirada por todas partes, almohadas en el suelo, restos de comida seca en una gran bandeja escondida detrás de un escritorio. Un extraño olor íctico dominaba el cuarto, y le abofeteó con tal dosis de humedad que casi no pudo reprimir una mueca de asco. La habitación estaba destrozada; además, tenía el aspecto de haber estado en ese desorden salvaje durante mucho, mucho tiempo.

Abner depositó la lámpara en el escritorio separado de la pared, cruzó hacia la ventana que daba al molino y la abrió. Forcejeó para abrir las contraventanas hasta que recordó que habían sido clavadas. Entonces se apartó, alzó un pie y dio una patada a las contraventanas para que una bocanada de aire fresco penetrara en la habitación.

Dio la vuelta y del mismo modo hizo saltar las contraventanas de la pared contigua. Hasta que se separó para ver lo que había hecho no se dio cuenta de que había roto la pequeña esquina de la ventana que se abría sobre la rueda del molino. Un primer sentimiento de pesar se borró al recordar que su abuelo insistía en que el molino, al igual que la habitación, se destruyese. ¡Qué importaba una ventana rota!

Volvió para recoger la lámpara. Al hacerlo, dio un empujón al escritorio para colocarlo junto a la pared. En ese momento, a sus pies, escuchó un crujido. Miró hacia allí. Una rana de patas muy largas o quizá un sapo - no podía distinguir - se escabulló debajo del escritorio. Estuvo tentado de echar fuera al animal, pero pensó que su presencia no importaba demasiado. Si había sido capaz de sobrevivir en este cuarto, cerrado durante tanto tiempo, alimentándose de cucarachas y otros insectos, merecía que lo dejaran tranquilo.

Salió, cerró la puerta de nuevo y regresó al dormitorio principal.

Pensó que, aunque fuera de modo superficial, por lo menos había dado un primer paso. Había examinado el terreno, por así decirlo. Y tras su pequeña ronda estaba el doble de cansado que antes. Aunque no era tarde, decidió irse a la cama y empezar temprano por la mañana. Había que ocuparse aún del viejo molino; quizá algo de su maquinaria, si quedaba alguna, podía venderse, y lo rueda era ahora una pieza rara: pocas ruedas de molino habían sobrevivido a su época.

Permaneció durante unos instantes en la galería. Acusó con cierta sorpresa los sonidos de los grillos y saltamontes, y el más sobrecogedor coro de chotacabras y ranas, que surgían de todas partes para asaltarle con una ensordecedora insistencia de tal proporción como para mitigar incluso el sonido procedente de Dunwich. Estuvo allí hasta que ya no pudo tolerar las voces de la noche por más tiempo; entonces volvió a entrar, cerró la puerta, y se dirigió al dormitorio.

Se desvistió y se metió en la cama. Al cabo de una hora no había logrado dormirse, enervado por el coro de sonidos naturales generados fuera de la casa y dentro de él mismo, y por una creciente confusión acerca de lo que había dicho su abuelo sobre la «disolución» que él no había sido capaz de realizar... Pero por fin entró en un sueño intranquilo.

## II

Se despertó al amanecer. Había descansado poco. Toda la noche había soñado con lugares extraños y seres que le llenaban de belleza y admiración y terrores. Nadaba en las profundidades del océano y en el Miskatonic entre los peces, los anfibios, y unos seres con aspecto de hombres y de batracios. Monstruosas entidades yacían durmiendo en una misteriosa ciudad de piedra en el fondo del mar, todo ello acompañado de música terriblemente extraña: flautas mezcladas a inquietantes sonidos

ululares de gargantas muy distintas de las gargantas humanas. El abuelo Whateley, de pie ante él, le miraba con gesto de acusación, derramando su cólera por haber osado entrar en la habitación de la tía Sarah.

Estaba preocupado, pero le distrajo la necesidad de ir a Dunwich a buscar las provisiones que había olvidado traer con tantas prisas. La mañana estaba clara y soleada; las avefrías y los tordos cantaban, y las perlas de rocío sobre las hojas y la hierba reflejaban la luz como miles de joyas por el camino de curvas que conducía a la calle principal del pueblo. A medida que se aproximaba se animaba más; silbaba alegremente, y esperaba cumplir cuanto antes sus compromisos, y después huiría de este desolado agujero con su humanidad decadente.

Bajo la luz del sol, la calle principal de Dunwich no era más acogedora que lo había sido bajo el crepúsculo del día anterior. El pueblo se escondía entre el Miskatonic y la abrupta falda del Monte Redondo. Era un oscuro y extraño nido de habitantes que no parecía haber entrado en el año 1900, como si el tiempo hubiese tropezado con un muro en el último recodo del siglo pasado. Su alegre silbido se desvaneció y murió. Desvió su mirada de los edificios ruinosos. Evitó las miradas sin expresión de los paseantes y fue directamente a la vieja iglesia convertida en tienda, que sabía encontraría fachosa y mal cuidada, igual que el resto del pueblo.

Un dependiente de cara delgada le observó acercarse por la nave lateral. Oteaba en sus facciones algo conocido.

Abner se dirigió a él y le pidió bacon, café, huevos y leche.

El dependiente le escudriñó. El permaneció quieto.

- Usted debe ser un Whateley - dijo por fin -. No creo que me conozca. Soy su primo Tobías. ¿Cuál de ellos es usted?

- Soy Abner, el nieto de Luther - dijo de mala gana.

La cara de Tobías Whateley se heló.

- El hijo de Libby. Sí, Libby, la que se casó con Jeremiah. ¿Pero es

que habéis vuelto otra vez a casa de Luther? ¿No iréis a empezar cosas raras otra vez?

- No hay nadie más que yo - dijo Abner secamente -. ¿A qué cosas sé refiere?

- Si tú no lo sabes, no soy yo quien tiene que decírtelo.

Y Tobías Whateley no volvió a decir nada. Dio a Abner lo que éste necesitaba, cogió el dinero de mal humor y, mal encarado, le siguió con la mirada cuando salía de la tienda.

Abner estaba desagradablemente afectado. El brillo de la mañana se había atenuado para él, aunque el sol brillaba desde el mismo cielo despejado. Se apresuro a salir de la calle principal y de la tienda, y corrió por el camino hacia la casa que no hacía mucho tiempo había dejado.

Le molestó aún más descubrir, delante de la casa, un antiguo carromato tirado por un viejo caballo de labor. A su lado, estaba un niño de pie. Dentro se sentaba un viejo de barbas blancas que, al ver acercarse a Abner, pidió ayuda al niño para descender trabajosamente al suelo y permanecer de pie esperando a Abner.

Mientras Abner se acercaba, el niño tomó la palabra sin sonreír.

- El bisabuelo le hablará.

- Abner - dijo el anciano con voz temblorosa, mientras Abner se fijaba por primera vez en lo viejo que era.

- Este es el bisabuelo Zebulón Whateley - dijo el niño.

El hermano del abuelo Luther Whateley. El único Whateley que vivía de su generación.

- Venga, señor - dijo Abner ofreciendo su brazo al viejo.

Zebulón Whateley lo tomó.

Los tres anduvieron lentamente hacia la galería, donde el viejo se detuvo enfrente de los escalones. Volvió hacia Abner unos ojos negros rematados en tupidas cejas blancas, y movió la cabeza suavemente.

- Ahora, si me traes una silla, me sentaré.

- Trae una silla de la cocina, niño - dijo Abner.

El niño corrió hacia las escaleras y entró en la casa. Salió con la misma rapidez, trayendo una silla para el viejo. Le ayudó a sentarse y permaneció de pie a su lado, mientras Zebulón Whateley tomaba aliento.

Clavó la mirada en Abner. Observaba con especial detenimiento su ropa, que, a diferencia de la suya, no estaba hecha a mano.

- ¿Por qué has venido, Abner? - preguntó ahora con voz más firme.

Abner le contestó tan simple y directamente como pudo.

Zebulón Whateley movió la cabeza.

- No sabes más que los demás, y menos que algunos – dijo -. Lo que hacía Luther sólo Dios lo sabe, porque ahora Luther se ha ido. Pero lo que te puedo decir, Abner, y te lo juro por Dios, es que no sé por qué Luther se encerró, y a Sarah con él, desde aquella vez en que ella volvió de Innsmouth. Lo que si sé, y te lo puedo decir, es que fue algo terrible, terrible, y lo que ocurrió fue terrible. Ahora ya nadie puede echarle la culpa a Luther, ni a la pobre Sarah. Pero ten cuidado, ten cuidado, Abner.

- Estoy para cumplir la voluntad de mi abuelo - dijo Abner.

El viejo asintió. Pero sus ojos mostraban preocupación y estaba claro que confiaba poco en Abner.

- ¿Cómo supo que estaba aquí, tío Zebulón? - preguntó Abner.

- Me llegó la noticia de que habías venido. Era mi deber hablar contigo. Pesa un maleficio sobre los Whateley. Algunos que ahora están bajo tierra han tenido que ver con el demonio, otros silbaban cosas terribles en el aire, y otros tenían que ver con cosas que no eran del todo humanas, ni del mar, pero vivían en el mar y nadaban - hasta muy lejos - en el mar. Y hubo quienes se encerraron en sí mismos y se convirtieron en seres extraños y aturdidos. Eso fue lo que ocurrió en Sentinel Hill aquella vez. Wilbur, el de Lavinny. Y ese otro de Sentinel Stone. Dios, tiemblo al

pensar en ello.

- Bien, abuelo, no se excite - le reprendió el niño.

- No lo haré, no - dijo el viejo trémulamente -. Todo está muerto ahora. Está olvidado, por todos menos por mí y por aquellos que tomaron los signos que apuntaban hacia Dunwich, diciendo que era un lugar demasiado horrible para conocer...

Movió la cabeza y se quedó callado.

- Tío Zebulón - dijo Abner -. Nunca vi a mi tía Sarah.

- Claro que no, chico. Estaba encerrada en aquella época. Antes de que tú nacieses, creo que fue.

- ¿Por qué?

- Sólo Luther lo sabía. Y Dios. Ahora Luther se ha ido, y parece que Dios no recuerda que Dunwich aún está aquí.

- ¿Qué hacía la tía Sarah en Innsmouth?

- Visitaba a un pariente.

- ¿Hay algún Whateley también allí?

- Whateley, no. Marsh. El viejo Obed Marsh, que era primo de papá. El y su mujer estaban en el comercio. En Ponapé, si sabes dónde está.

- Lo sé.

- ¿Lo sabes? Yo no lo sabía. Dicen que Sarah había ido a visitar a alguno de los Marsh. Al nieto o al hijo de Obed. Nunca supe cuál. Nunca lo oí. No me importa. Allí pasó algo. Dicen que cuando vino estaba diferente. Inconstante. Desequilibrada. Le respondía de mala forma a su padre. Y luego, no mucho después, la encerró en esa habitación hasta que murió.

- ¿Cuánto tiempo después?

- Tres, cuatro meses. Y Luther nunca dijo por qué. Nadie volvió a verla desde ese día hasta que fue sacada en el ataúd. Hace dos años, puede que tres. Un día por la noche, al año de haber vuelto de Innsmouth, ocurrieron cosas en esta casa. Peleas, gritos, chillidos. Casi todo el mundo



en Dunwich lo oyó, pero nadie fue a ver lo que era, y al día siguiente Luther dijo que era sólo Sarah, víctima de un ataque de nervios. Pudiera ser. Pudiera ser algo más...

- ¿Qué más, tío Zebulón?

- Obra del demonio - dijo el viejo inmediatamente -. Pero me olvidé de que tú eres persona con estudios. No hay muchos Whateley que hayan recibido una educación. Lavinny leía libros, unos libros terribles que no eran buenos para ella. Y Sarah leyó algunos. Es mejor no tener ninguna instrucción que tener poca; no se puede andar por la vida sabiendo un poco, se anda mejor no sabiendo nada.

Abner sonrió.

- ¡No te rías, muchacho!

- No me río, tío Zebulón. Estoy de acuerdo con usted.

- Entonces si te encuentras cara a cara con ello sabrás qué hacer. No te pararás a pensar. Simplemente lo harás.

- ¿Con qué?

- Ojalá lo supiera, Abner, No lo sé, Dios sí lo sabe. Luther lo sabía. Pero Luther está muerto. Yo creo que Sarah también lo sabía. Y Sarah está muerta. Ahora nadie sabe qué era aquello tan terrible. Si yo rezase, rezaría para que no lo averigües tú. Pero si lo haces, no vayas más allá de lo que descubras, sólo haz lo que tienes que hacer. Tu abuelo tenía unas notas, búscalas. Puedes enterarte de qué clase de personas eran los Marsh. No eran como nosotros. Algo terrible les ocurrió. Y puede que también a Sarah...

Algo se interponía entre el viejo y Abner Whateley, algo no dicho, quizá desconocido; pero era algo que dio a Abner escalofríos, a pesar de sus esfuerzos conscientes para restar importancia a lo que sentía.

- Me enteraré de lo que pueda, tío Zebulón - prometió.

El viejo asintió e hizo una señal al niño. Le indicaba que deseaba

levantarse, para volver al carro. El niño se apresuró.

- Si me necesitas, Abner, díselo a Tobías - dijo Zebulón Whateley -. Vendré si puedo.

- Gracias.

Abner y el niño ayudaron al viejo a subirse al carro. Zebulón Whateley levantó el brazo en señal de despedida. El niño azotó el caballo y el carro se puso en marcha.

Abner se quedó un instante mirando el vehículo que se alejaba. Estaba molesto y de mal humor. Molesto ante la sospecha de que algo terrible se escondía bajo las palabras de advertencia de Zebulón Whateley. De mal humor porque su abuelo, a pesar de todos sus deseos, le había dejado poco campo donde actuar. Pero esto pudo haber sido porque su abuelo creyese firmemente que Abner Whateley no se encontraría con nada peligroso al llegar a la vieja casa. No podía haber otra explicación.

Pero Abner no estaba plenamente convencido. ¿Era algo tan horrible que Abner no tenía necesidad de saberlo, a menos que fuese imprescindible? ¿O había dejado Luther Whateley alguna clave en algún otro lugar de la casa? Lo dudaba. No era el estilo del abuelo, siempre tan brusco y directo.

Entró en la casa con la compra, la guardó, y se sentó para establecer un plan de actuación. Lo primero que había que hacer era revisar el molino para ver si la maquinaria estaba en buen uso y podía ser aprovechada. Luego debía encontrar a alguien para que tirase el molino y la habitación que estaba encima. Luego tendría que alquilar o vender la casa y la propiedad adjunta. Un sentimiento de fatalidad le tenía convencido de que nadie querría instalarse en un lugar tan aislado del extremo de Massachusetts como era Dunwich.

Empezó de inmediato a cumplir con su obligación.

Su revisión del molino, sin embargo, le descubrió que la maquinaria

que había estado allí - a excepción de las piezas que estaban fijas a la rueda - había sido retirada y posiblemente vendida. Quizá parte de la venta era el legado que Luther Whateley había depositado en el banco de Arkham. Abner ya no tendría que tirar la maquinaria antes de demoler el molino. El polvo que había en el molino casi le sofocaba; había más de una pulgada en todas partes, y se levantaba en grandes nubes a su alrededor cuando caminaba a través de las habitaciones vacías y llenas de telarañas. El polvo envolvía sus pisadas, y estaba contento de dejar el molino para dar la vuelta y observar la rueda.

Se abrió paso por el borde del listón que sujetaba el eje de la rueda, poco seguro, puesto que la madera podía ceder y dejarle caer al agua; pero la construcción era firme, la madera no cedió, y pronto estaba en la rueda. Parecía ser un espléndido ejemplar de mediados del siglo XIX. Sería una pena destruirla, y podía hallarse un lugar para ella, bien en un museo o en alguno de esos edificios que estaban siendo reconstruidos por gente rica, interesada en conservar la herencia americana.

Estaba dispuesto a marcharse de la rueda, cuando sus ojos se posaron en una serie de huellas húmedas en las paletas. Se inclinó para observarlas mejor. Aparte de comprobar que estaban parcialmente secas, se dio cuenta de que eran huellas dejadas por algún animal pequeño, probablemente batracio - una rana o sapo - que aparentemente había subido a las paletas en las horas tempranas de la salida del sol. Elevó sus ojos y siguió la línea de las huellas hasta las ventanas rotas de la habitación de arriba.

Se paró un momento a pensar. Recordó el batracio que había visto en la habitación cerrada. ¿Se habría escapado por la ventana rota? O quizá alguno de su especie había acusado su presencia y había subido. Una cierta aprensión le sacudió, pero la eludió de su mente con irritación. A un hombre de su inteligencia no podía conmovérle la atmósfera de ignorancia,

el misterio supersticioso que se desprendía del recuerdo de su abuelo.

Pero a pesar de todo, dio la vuelta y subió a la habitación cerrada. Esperaba, al abrir la puerta, encontrar algún cambio significativo en la habitación. Algo diferente de como la recordaba de la noche anterior, pero aparte de la luz poco usual, no había alteración alguna.

Cruzó hacia la ventana.

Había huellas en el antepecho. Había dos pares de ellas. Una parecía dirigirse al exterior, y la otra al interior. Las que salían eran pequeñas, sólo medían una pulgada de ancho. Las que entraban eran el doble de tamaño. Abner se inclinó y las miró fijamente, con fascinación.

No era zoólogo, ni tampoco un ignorante en el tema. Las huellas eran algo que nunca antes había visto, ni siquiera en sueños. Excepto en el hecho de ser o parecer palmípedas, eran las huellas perfectas en miniatura de manos y pies humanos.

Aunque buscó precipitadamente al animal, no vio señal de él, y finalmente, un poco turbado, salió de la habitación, y cerró la puerta tras de sí. Se arrepentía de haberse dirigido allí en un primer momento, haberse sentido impulsado a abrir las contraventanas que durante tanto tiempo habían aislado la habitación del mundo exterior.

### III

No le sorprendió del todo encontrarse con que nadie en Dunwich estaba dispuesto a llevar a cabo la demolición del molino. Incluso carpinteros que no habían trabajado durante mucho tiempo y estaban deseando hacer alguna obra dieron una serie de excusas, que Abner interpretó como subterfugios para encubrir el miedo supersticioso hacia el lugar en donde trabajarían. Se vio en la necesidad de encaminarse a Aylesbury, pero aunque no tuvo dificultad en contratar a un equipo de

fuertes jóvenes para efectuar la demolición del molino, se vio forzado a esperar a que terminasen sus contratos en vigor y regresó a Dunwich con la promesa de que irían en «una semana o diez días».

Entonces se puso a ver las cosas de Luther Whateley que aún había en la casa. Había montones de periódicos - especialmente el *Arkham Advertiser* y el *Aylesbury Transcript* - amarillentos por el tiempo y la humedad, y llenos de polvo, que apartó para quemar. Había libros que decidió mirar uno por uno para no deshacerse de algo valioso. Y había cartas que hubiese quemado de inmediato, de no haberle saltado a los ojos el nombre «Marsh». Las leyó.

«Luther, lo que le ocurrió al primo Obed es una cosa peculiar. No sé cómo decírtelo. No sé cómo haré para que me creas. No estoy seguro de tener todos los datos. Pienso si no será otra cosa que patrañas deliberadamente inventadas para ocultar algo de naturaleza escandalosa, pues sabes que los Marsh siempre han sido exagerados y tienen una acusada inclinación al engaño. Es gente de intenciones poco claras. Siempre lo han sido.

»Pero la historia, según la escuché del primo Alizah, es que cuando él era joven, Obed y algunos otros de Innsmouth, navegando con sus barcos mercantes a las Islas Polinesias, encontraron allí gentes extrañas, que se llamaban los ‘Profundos’ y que eran capaces de vivir tanto en la tierra como en el agua. Anfibios, serían. ¿Parece esto creíble? A mí no. Lo más asombroso es que Obed y algunos de los otros se casaron con mujeres de ésas y las trajeron a vivir con ellos.

»Ahora bien, ésa es la *leyenda*. He aquí los *hechos*. A partir de ese momento, los Marsh han prosperado mucho en el comercio. A la señora Marsh nunca se la ve, excepto en aquellas ocasiones en que va a determinados asuntos secretos de la Orden de Dagon Hall. ‘Dagon’, según dicen, es un dios del mar. Yo no sé nada de estas religiones paganas, ni

deseo saber. Los niños de Marsh tienen *un aspecto muy raro*. No exagero, Luther, al decirte que tienen la boca enorme y las caras sin barbilla y los ojos grandísimos y de mirada fija, ¡te juro que a veces parecen ranas en vez de seres humanos! No tienen, por cuanto yo puedo distinguir, *agallas*. Dicen que los Profundos sí tienen agallas, y que pertenecen a Dagon o alguna otra deidad del mar cuyo nombre no puedo pronunciar, y menos aún transcribir. No importa. Es un galimatías tal que pueden haberlo inventado los Marsh para servir a sus propósitos. ¡Pero por Dios, Luther, a juzgar por los barcos que el capitán Marsh tiene en la India, que se mantienen a flote sin el más leve desperfecto ocasionado por tormentas o desuso - el bergantín *Columbia*, la barca *Sumatra Queen*, el *Hetty*, y algunos otros - parece como si hubiese hecho algún tipo de trato con el mismo Neptuno!

»Luego están todas las cosas que ocurren en la costa donde viven los Marsh. Nadan de noche. Nadan muy lejos, hasta el Arrecife del Diablo que, como sabes, esta a milla y media del puerto de aquí, de Innsmouth. La gente se aleja de los Marsh, excepto los Martin y algunos otros que estuvieron también comerciando en el este de la India. Ahora que Obed ha muerto - y supongo que la señora Marsh también, puesto que no se la ve por ninguna parte - los hijos y nietos del capitán continúan comportándose extrañamente.»

La carta continuaba con una relación de precios. Las cifras eran ridículamente bajas comparadas con las actuales, siglo y medio después, pues Luther Whateley sería un hombre joven, soltero, en la época en que esta carta fue escrita por Ariaah, primo del que Abner nunca había oído hablar. Lo que tenía que decir de los Marsh no era nada, o era todo, quizá, si Abner hubiera tenido la clave. Creía, con gran irritación, que sólo tenía en sus manos algunas partes inconexas.

Pero si Luther Whateley se creyó estas patrañas, ¿habría permitido, años después, que su hija visitase a los Marsh? Abner lo dudaba.

Miró algunas otras cartas - facturas, recibos, relatos triviales de viajes hechos a Boston, Newburyport, Kingsport, tarjetas-, y llegó por fin a otra carta del primo Ariaah, escrita, si la comparación de las fechas servía de evidencia, inmediatamente después de la que Abner acababa de leer. Había diez días de diferencia, y Luther pudo haber tenido tiempo para contestar a la primera.

Abner la abrió ansiosamente.

La primera parte trataba de asuntos familiares concernientes al matrimonio de otra prima, evidentemente una hermana de Ariaah; la segunda especulaba acerca del comercio futuro al este de la India, con un párrafo sobre un nuevo libro de Whitman, evidentemente Walt; pero la tercera parte era sin duda una respuesta a algo que el abuelo Whateley había preguntado acerca de la rama de la familia Marsh.

«Bien, Luther, puede que tengas razón en cuanto a que es un prejuicio racista el causante de los sentimientos contra los Marsh. Conozco cómo piensan aquí las gentes acerca de otras razas. Es una desgracia, pero quizá radica en la falta de educación la base de esos prejuicios. Aunque no estoy convencido de que *todo* se deba a un prejuicio de raza. No sé qué clase de raza podría dar a los Marsh, descendientes de Obed, ese extraño *aspecto*. La gente del este de la India que he visto y recuerdo de mis primeros días en el comercio tiene facciones similares a las nuestras, y sólo es diferente el color de su piel, algo cobriza, diría yo. Una vez vi a un nativo de aspecto similar, pero evidentemente no era un indígena, pues le eludían los trabajadores que rondaban los barcos en el puerto donde le vi. He olvidado ya dónde fue, pero creo que era en Ponapé.

»A decir verdad, los Marsh se mantenían siempre muy unidos entre ellos y con esas familias que formaban su mismo clan. Más o menos controlaban el pueblo. Puede ser significativo - quizá se trató de un accidente - que un hombre conocido que habló contra ellos apareciese

ahogado poco después. Soy el primero en admitir que coincidencias más apabullantes que éstas ocurren a menudo, pero puedes estar seguro de que la gente que sentía hostilidad hacia los Marsh se aprovechó de lo ocurrido.

»Como sé que tu mente analítica rechaza fríamente las habladurías, no quiero contarte más.»

Después de eso, ninguna otra alusión. Lo que Aariah escribió en las cartas siguientes trataba exclusiva y escrupulosamente de asuntos familiares de lo más trivial. Luther Whateley evidentemente había despreciado los rumores; ya de joven debió de haber sido una persona de férrea autodisciplina. Aparte de esa última carta, Abner no volvió a encontrar más que una sola referencia a algún hecho misterioso en Innsmouth. Era un recorte de periódico. Los términos poco concretos en los que se expresaba el reportero ponían de manifiesto que el propio autor del artículo no supo en realidad qué había ocurrido: se refería a la presencia de agentes del gobierno federal en los alrededores de Innsmouth, en el año 1928, a su intento de destruir el Arrecife del Diablo y la voladura de grandes zonas del puerto, y a la detención de varios miembros de las familias Marsh, Martin y algunos otros. Sea como sea, aquel artículo y los hechos a los que se refería eran bastante posteriores - en decenas de años - a las cartas de Aariah.

Abner se echó al bolsillo las cartas que trataban de los Marsh y quemó el resto de los papeles en una hoguera que hizo en la orilla del río. Vigiló un rato para que las pavesas no prendiesen la hierba de alrededor, que estaba muy seca. Agradeció el olor a humo, porque del río venía un olor a muerte producido por los restos de peces que habían servido de festín a algún animal, una nutria, pensó.

Mientras permanecía al lado del fuego, sus ojos vagaron por el viejo edificio Whateley, y vio, con tristeza, que había llegado el momento de derruir el molino, que los marcos de las ventanas que había roto en la



habitación de la tía Sarah se habían caído y trozos de la ventana estaban esparcidos por las aspas de la rueda.

Cuando el fuego estaba lo suficientemente extinguido como para poder dejarlo, el día tocaba a su fin. Tomó una frugal comida, y sin querer leer una línea más aquel día; decidió no intentar hallar las ‘notas’ de su abuelo a las que se había referido el tío Zebulón Whateley. Salió a contemplar el crepúsculo y la noche a la galería, desde donde se oían de nuevo in crescendo los coros de ranas y chotacabras.

Se retiró pronto, extrañamente cansado.

El sueño, sin embargo, no le venía. Por un lado, la noche de verano era calurosa; casi no había brisa. Por otro lado, sobre el croar de las ranas y de la demoníaca insistencia de los chotacabras, los sonidos del interior de la casa invadían su conciencia. Crujidos y gemidos de una casa de madera acomodándose en la noche; un peculiar sonido, como si algo se arrastrase, un medio saltar y un medio arrastrarse, que Abner achacó a las ratas, las cuales probablemente abundarían en la zona del molino. Los sonidos eran amortiguados y parecían llegarle desde muy lejos; y en una ocasión oyó un romper de madera y de cristal que, Abner pensó, probablemente venía de la ventana que daba al molino. La casa se estaba cayendo virtualmente a pedazos a su alrededor; era como si él mismo sirviese de agente catalítico para llegar a la disolución final de la estructura.

Esto le divirtió, puesto que, sin quererlo, estaba dando cumplimiento a lo que pedía su abuelo. Y así, confundido, se dejó vencer por el sueño.

Se despertó pronto esa mañana con el timbre del teléfono, cuya instalación había previsto durante su estancia en Dunwich. Ya había descolgado el receptor del viejo aparato colocado en la pared, cuando se dio cuenta de que se trataba de un cruce y no de una llamada para él. Sin embargo, la voz de mujer que estalló sobre él le dejó dolorido el oído con

los gritos insistentes y se quedó helado con el auricular en la mano.

«Le diré, señorita Corey, oí cosas ayer por la noche. La tierra estaba hablando otra vez, y cerca de medianoche escuché ese grito. Nunca pensé que una vaca gritase de esa forma. Igual que un conejo, sólo que más fuerte. Era la vaca de Lutey Sawyer, la encontraron esta mañana, más de la mitad se la habían comido los animales...»

«Señora Bishop, no querrá usted decir... ¿Ha vuelto?»

«No lo sé. Por Dios espero que no. Pero es igual que la última vez.»

«¿Sólo atrapó esa vaca?»

«Sólo esa. No he oído de ninguna otra. Pero así fue como empezó la última vez, señora Corey.»

Silenciosamente, Abner colgó el auricular. Sonrió con una mueca irónica ante estas desbordadas supersticiones de los vecinos de Dunwich. Nunca había sospechado a qué profundidades de ignorancia y superstición podían llegar los habitantes de lugares tan retirados como Dunwich, y esta manifestación era tan sólo una pequeña muestra.

Tenía poco tiempo, sin embargo, para entretenerse con el asunto. Debía ir al pueblo por leche fresca, y salió a la mañana de sol y nubes con una sensación de desahogo que le provocaba la pequeña escapada de la casa.

Tobías Whateley estaba más serio y hosco que nunca cuando Abner entró en la tienda. Abner sintió no sólo resentimiento, sino también un miedo tangible. Se quedó sorprendido. A todos los comentarios de Abner, Tobías respondía con monosílabos. Con objeto de hilvanar una conversación, empezó a contarle a Tobías lo que había escuchado en la línea telefónica.

- Lo sé - dijo Tobías, bruscamente y mirando por primera vez a la cara de Abner con expresión aterrorizada.

Abner se sumió en el silencio. Al terror se mezclaba la animosidad

en los ojos de Tobías. Abner leyó claramente cuáles eran sus sentimientos al verle bajar la mirada y tomar el dinero que le ofrecía.

- ¿Has visto a Zebulón? - preguntó en voz baja.

- Estuvo en casa - dijo Abner.

- ¿Hablaste con él?

- Sí, hablamos.

Era como si Tobías confiase en que ambos hubiesen tratado de ciertas cuestiones. A la vez, su actitud sugería que estaba aturdido por acontecimientos recientes. También parecía indicar que Zebulón no le había dicho lo que Tobías había esperado que el viejo le dijese, o que Abner había descuidado algunos de los consejos del tío. Abner empezó a sentirse totalmente perplejo; además de la conversación telefónica de las vecinas supersticiosas y de las misteriosas alusiones que el tío Zebulón había dejado entrever, la actitud de su primo Tobías le desconcertaba aún más. Tobías no parecía más inclinado que Zebulón a traducir en palabras lo que ocultaba tras sus ásperas facciones. Uno y otro actuaban como si Abner supiese de qué iba la cosa.

Se marchó desconcertado y se encaminó hacia la casa Whateley. Decidió no parar más hasta acabar con su tarea para poder alejarse cuanto antes de esa aldea perdida y de sus extraños y supersticiosos vecinos, incluidos sus mismos familiares.

Con este fin, apenas había acabado su desayuno reanudó su tarea y siguió inventariando las cosas de su abuelo. Había comido poco, pues la desagradable visita a la tienda le había quitado el apetito que había sentido antes de salir.

Tardó bastante en encontrar el documento que buscaba: un viejo libro mayor en el que, con su letra quebradiza, Luther Whateley había hecho algunas anotaciones.

#### IV

Después de haber comido algo, Abner permaneció sentado y, a la luz de la lámpara, abrió el libro sobre la mesa de la cocina. Las primeras hojas habían sido arrancadas, pero examinando los fragmentos de las hojas que aún estaban pegados a los hilos que cosían las páginas, Abner llegó a la conclusión de que estas hojas no habían contenido más que simples números. Pensó que su abuelo había querido aprovechar un viejo libro de contabilidad a medio rellenar, y había quitado las hojas utilizadas para apuntes más prosaicos que sus actuales anotaciones.

Desde el principio las notas eran misteriosas. Carecían de fecha y no llevaban más que el día de la semana.

«Este sábado, Aariah ha contestado a mi pregunta. S. fue vista algunas veces en compañía de Ralsa Marsh, el bisnieto de Obed. *Nadaban* juntos de noche.»

Esa primera anotación se refería claramente a la estancia de la tía Sarah en Innsmouth, y definía el tipo de preguntas que el abuelo había podido hacer a Aariah acerca de ella. Algo había inducido a Luther a llevar a cabo esa investigación, y por lo que sabía del carácter de su abuelo, Abner llegó a la conclusión de que la había iniciado después de la vuelta de Sarah a Dunwich.

La anotación siguiente consistía en un trozo de carta mecanografiada recibida por Luther Whateley, y que éste había pegado a continuación.

*¿Por qué?*

«Ralsa Marsh es probablemente el más repelente de la familia. Su aspecto alcanza casi la *degeneración*. Sé, porque tú mismo lo dijiste, que Libby es la más encantadora de tus hijas. De todos modos, no podemos comprender cómo Sarah pudo dar con alguien tan repulsivo como Ralsa...

Un ser en el que todas esas características recesivas que se han dado en la familia Marsh, desde Obed y su matrimonio con la mujer polinesia (los Marsh han negado que la esposa de Obed fuese polinesia; pero él comerciaba por allí en aquella época, y no me creo esas historias de una isla que no aparece en el mapa y donde sostienen que habría encontrado a esa mujer) parecen haber alcanzado su máximo desarrollo.

»Por lo que ahora deduzco - después de todo han transcurrido más de dos meses, cerca de cuatro, me parece, desde su regreso a Dunwich - estuvieron constantemente juntos. Me sorprende que Aariah no te lo haya contado. A ninguno de nosotros se nos había encargado ni dado permiso para impedir que Sarah se viese con Ralsa. Además son primos, y es a los Marsh, no a nosotros, a quienes ella estaba visitando.»

Abner pensó que esta carta había sido escrita por una mujer, otra prima, que parecía reprochar a Luther, en un tono dolido, el haber enviado a Sarah a casa de los Marsh en lugar de mandarla a la suya. Era obvio que Luther, sin embargo, le había hecho ciertas preguntas sobre Ralsa.

La tercera anotación estaba de nuevo escrita por Luther, y resumía una carta de Aariah.

«Sábado. Según Aariah, los Profundos son una secta o un grupo semi-religioso. Son subhumanos. Se dice que viven en el agua y adoran a Dagon y a otro dios llamado Cthulhu. Tienen agallas. Se parecen más a las ranas o a los sapos que a los peces, pero sus ojos son ícticos. Asegura que la esposa de Obed era una de ellos. Afirma que todos los hijos de Obed llevaban las mismas características. ¿Los Marsh tendrían agallas? Si no, ¿cómo lograrían nadar milla y media, hasta el Arrecife del Diablo, y volver? Los Marsh comen poco. Pueden estar sin comer y sin beber durante mucho tiempo, disminuyen o aumentan de tamaño rápidamente.» (A esto Luther había añadido cuatro desdeñosos signos de exclamación.)

«Zadok Allen jura haber visto a Sarah nadar hacia el Arrecife del

Diablo. Los Marsh la llevaban. Todos *desnudos*. Jura haber visto que los Marsh tienen la piel dura y cuarteada ¡algunos con *escamas*, como peces! ¡Jura haberlos visto bucear y comerse peces crudos! Los devoraban como bestias.»

La siguiente anotación consistía de nuevo en un párrafo de una carta, sin lugar a dudas en respuesta a otra escrita por el abuelo Whateley.

«Preguntas quién es el responsable de estas historias *ridículas* que circulan sobre los Marsh. Pues bien, Luther, sería imposible designar a alguien en particular, ni tampoco a una docena de personas, y eso en varias generaciones. Estoy de acuerdo en que el viejo Zadok Allen habla demasiado, bebe, y puede inventar muchas historias. Pero él es sólo uno entre muchos. El hecho es que esta leyenda - o *galimatías*, como tú dices - se ha extendido de una generación a otra, a lo largo de tres de ellas. No tienes más que mirar a algunos de los descendientes del Capitán Obed para comprender cómo pudieron surgir tales cuentos. Se dice de algunos hijos de los Marsh que eran demasiado horribles para mirarlos a la cara. ¿Habladurías de viejas? Quizá, pero una vez, como el doctor Rowley Marsh estaba demasiado viejo para poder atender a una de las mujeres de Marsh, llamaron al doctor Gilman, y Gilman ha sostenido siempre que lo que trajo al mundo entonces era un ser que podía serlo todo, menos humano. Nunca nadie llegó a ver a ese Marsh, aunque, después, hubo gentes que afirmaron haber visto *cosas que se movían sobre dos piernas pero que no eran seres humanos*.»

A continuación venía una breve, pero reveladora, referencia de dos palabras: «Sarah castigada».

Esto debió marcar la fecha en que Sarah Whateley fue encerrada en la habitación encima del molino. Seguían varias páginas en las que Luther no mencionaba para nada a su hija en sus anotaciones. Pese a que las notas no llevaban fecha alguna y se seguían una tras la otra, a juzgar por la

diferencia en el color de la tinta, debían de haber sido escritas en épocas distintas.

«Muchas ranas. Parecen habitar en el molino. Parecen más numerosas que en los pantanos de la otra orilla del Miskatonic. Impiden dormir. ¿Aumenta también el número de chotacabras, o será mi imaginación?. Esta noche he llegado a contar treinta y siete ranas sobre los escalones del porche.»

Seguían más anotaciones de este mismo tipo. Abner las leyó todas, pero no encontró en ellas nada que le aclarara lo que el viejo había querido decir. Desde ese momento Luther Whateley parecía haber dedicado su libro a las ranas, a la niebla, a los peces, y a sus movimientos en el Miskatonic, cuando saltaban del agua, etcétera. Daban la impresión de ser datos sueltos, y no relacionados con el problema de Sarah.

Venía otro silencio a continuación, y luego aparecía una nota, una sola nota, y además subrayada.

*«¡Ariah tenía razón!»*

¿Pero en qué había tenido razón? se preguntaba Abner. ¿Y cómo supo Luther Whateley que Ariah había tenido razón ? No había nada que indicara que Luther y Ariah hubieran seguido escribiéndose, ni siquiera que Ariah lo hubiera hecho sin que el irascible Luther le preguntara nada.

A continuación venía una sección compuesta de recortes de periódicos pegados. Parecían no tener la menor relación entre sí, pero permitieron a Abner estimar que había pasado poco más de un año desde la última hasta la siguiente anotación de Luther, una de las más sorprendentes que Abner encontró. De hecho, el tiempo transcurrido parecía ser de casi dos años.

«R. ha vuelto a salir.»

Si Luther y Sarah eran los únicos habitantes de la casa, ¿quién era «R.». ¿Podía ser que Ralsa Marsh hubiese venido de visita y que fuera a él

a quien se refería Luther? Abner lo dudaba, pues nada demostraba que hubiera podido existir un especial afecto de Ralsa Marsh por su lejana prima; de haber existido tal sentimiento, indudablemente no habría esperado tanto para ir en busca de ella.

La siguiente anotación parecía no tener nada que ver con la precedente.

«Dos tortugas, un perro, los restos de una marmota. Las dos vacas de Bishop, encontradas al final de la pradera, cerca de la orilla del Miskatonic.»

Un poco más adelante, Luther había apuntado otros datos similares.

«Después de un mes un total de 17 vacas y 6 ovejas. Horribles alteraciones; el tamaño está en proporción con la cantidad. Se ha presentado Z. Preocupado por lo que se rumorea por ahí.»

¿Podía Z. significar Zebulón? Abner pensaba que sí. Pero, por lo poco que Zebulón le había podido contar sobre la situación en la casa cuando la tía Sarah había sido encerrada, Abner dedujo que la visita del anciano había sido inútil. Zebulón - pensaba Abner, al recordar su conversación con él - sabía menos que él mismo después de haber leído las anotaciones de su abuelo. Pero sí conocía la existencia del libro, lo cual hizo suponer a Abner que Luther, al menos, había confiado a Zebulón que apuntaba ciertos datos.

Todas esas anotaciones parecían incompletas, misteriosas, como si, para entenderlas, se necesitara disponer de una clave, un conocimiento básico guardado por Luther Whateley. Y, sin embargo, un sentimiento de apremio empezó a manifestarse claramente en las notas siguientes del viejo.

«Ada Wilkerson ha muerto. Rastros de pelea. Profundo pesar en Dunwich. John Sawyer me amenazó con el puño, desde el otro lado de la calle, donde no le podía responder.»



«Lunes. Esta vez Howard Willie. Encontraron un zapato, ¡calzaba aún su pie!»

Las anotaciones llegaban ahora a su fin. Por desgracia muchas hojas habían sido arrancadas - algunas violentamente - pero no había ninguna aplicación que justificara esa violencia. No podía haberlo hecho nadie más que el propio Luther. Quizá, reflexionó Abner, Luther pensó que había hablado demasiado, e intentó destruir cualquier cosa que hubiera podido revelar a quien lo leyese posteriormente los verdaderos motivos del confinamiento de la tía Sarah. Si tal había sido su propósito, lo había logrado.

La siguiente anotación también hacía alusión al misterioso «R.».

«R. ha vuelto por fin.»

Luego: «Clavé las contraventanas de la habitación de Sarah.»

Y finalmente: «Una vez que haya perdido peso, habrá que mantenerle en una dieta rigurosa y un tamaño controlable.»

En cierto modo, esta era la anotación más enigmática de todas. ¿Era «él» también «R.»? Y si así era, ¿por qué había que mantenerle en una dieta rigurosa? ¿y qué quería decir Luther Whateley con lo de controlar su tamaño? Ni en el material que Abner había manejado hasta el momento, ni en estas anotaciones, ni en los fragmentos de relatos que quedaban en el libro, ni en las cartas previamente consultadas, por ninguna parte aparecía la respuesta a estas preguntas.

Apartó el libro y refrenó el impulso de quemarlo. Estaba exasperado, y su irritación no hacía más que crecer a medida que aumentaba en él la necesidad de conocer con urgencia el secreto inmerso en este viejo edificio.

Era ya muy tarde. Hacía mucho tiempo que la noche había caído. El inevitable clamor de las ranas y de las chotacabras había empezado de nuevo y llenaba toda la casa. Abner apartó momentáneamente de su

pensamiento las anotaciones en apariencia inconexas que había estado leyendo. Todas las supersticiones de su familia le vinieron a la mente. Recordó especialmente aquellas en las que las ranas, las chotacabras y los búhos presagiaban la muerte. Por asociación de ideas, las ranas trajeron la imagen de la grotesca caricatura de un miembro del clan Marsh de Innsmouth, según la describía una de las cartas que Luther Whateley había conservado durante años.

Con asombro, Abner se dio cuenta de que un pensamiento tan casual le sumía en la perplejidad. El croar de las ranas y de los sapos se volvía cada vez más insistente. Pero, como los batracios siempre habían abundado en Dunwich, no había forma de saber cuánto tiempo llevaban croando en torno a la vieja casa de los Whateley. Abner no pensó ni un solo instante que su llegada tuviera algo que ver con aquello. Lo achacaba a la proximidad del Miskatonic. A su juicio, la vieja zona pantanosa que lindaba con Dunwich en la otra orilla del río explicaba la presencia de tantas ranas.

La exasperación y la preocupación que le causaban las ranas se desvanecieron. Estaba cansado. Se levantó y puso el libro de Luther Whateley dentro de una de sus maletas, con la intención de llevárselo cuando se marchase y no deshacerse de él hasta arrancarle alguna deducción. En alguna parte tenía que existir una clave. Si era cierto que habían ocurrido espeluznantes acontecimientos en aquella zona, tenía que existir algo más completo que las anotaciones lacónicas de Luther Whateley. No se conseguiría nada con preguntar a la gente de Dunwich; Abner sabía que mantendrían un silencio absoluto ante un forastero como él, a pesar de su parentesco con muchos de los vecinos.

Entonces pensó en los montones de periódicos, aún colocados fuera para ser quemados, y a pesar de su cansancio, empezó a repasar los montones del *Aylesbury Transcript*. Allí, de cuando en cuando, encontraba

algún apartado relacionado con Dunwich.

Tras una hora de intensa búsqueda, recortó tres artículos de escasa entidad, pero que no habían aparecido en las secciones habituales reservadas a Dunwich. Corroboraban algunas de las anotaciones de Luther Whateley. El primero se titulaba: *Animal salvaje mata ganado cerca de Dunwich*.

«Algunas vacas y ovejas han sido degolladas en fincas de las afueras de Dunwich por lo que parece ser un animal salvaje. Las huellas dejadas en el lugar del suceso permiten suponer que se trata de una bestia de gran tamaño, pero el Profesor Bethnall, del Departamento de Antropología de la Universidad de Miskatonic, señala que no se puede descartar la presencia de manadas de lobos en el territorio salvaje que rodea Dunwich. Hasta ahora, y desde que el hombre se ha instalado en la Costa Este, por allí no se ha sabido nunca de ninguna bestia del tamaño que sugieren las huellas encontradas. Las autoridades del territorio están investigando.»

Por mucho que buscó, Abner no pudo encontrar ningún artículo que completase o ampliase esta información. Sin embargo, se tropezó con la historia de Ada Wilkerson.

«Una viuda, Ada Wilkerson, de 57 años de edad, que vivía sola a orillas del Miskatonic, cerca de Dunwich, puede haber sido víctima de un crimen vesánico hace tres noches. Al ver que no acudía a la cita que tenía en Dunwich con una amiga, ésta se hizo acompañar hasta el domicilio de la viuda. No encontraron huellas suyas. Sin embargo, la puerta de la casa había sido forzada y los muebles destrozados, como si se hubiese desarrollado una pelea. Por lo visto un fuerte hedor inundaba toda la casa. Hasta el momento de escribir este artículo, no se han vuelto a tener noticias sobre la señora Wilkerson.»

Los dos párrafos siguientes comunicaban que las autoridades no

habían encontrado ningún rastro, ni ninguna explicación a la desaparición de la señora Wilkerson. Se volvió a mencionar la «gran bestia», así como las declaraciones del Profesor Bethnall sobre la posible existencia de una manada de lobos, pero nada más, pues la investigación había concluido y establecido que la señora Wilkerson no tenía ni dinero, ni enemigos, y que no existía nadie con motivos para matarla.

Finalmente aparecía el relato de la muerte de Howard Willie, con este titular. *Espantoso crimen en Dunwich*.

«En algún momento de la noche del día veintiuno, Howard Willie, de 37 años, nacido en Dunwich, fue brutalmente despedazado cuando se dirigía a su casa después de haber ido a pescar en el Miskatonic. El señor Willie fue atacado a una distancia de una milla y media del molino de Luther Whateley, mientras caminaba por un camino arbolado. En el suelo aparecieron huellas que permiten afirmar que hubo una salvaje pelea. El pobre hombre fue vencido. Sus agresores debieron haberle literalmente despedazado, pues los únicos restos que se encontraron de la víctima consistían en su pie derecho, aún con el zapato puesto. No cabe duda de que había sido arrancado salvajemente de su pierna.

»Nuestro corresponsal en Dunwich nos comunica que las gentes del lugar están muy inquietas y viven en un estado de terror y de cólera. Existen sospechas de que ciertas personas conocidas puedan tener parte de culpa, aunque niegan rotundamente que alguien de Dunwich haya podido matar a Willie o a la señora Wilkerson, que desapareció hace dos semanas y de la que no se ha vuelto a saber nada.»

El relato concluía con algunos datos referentes a la familia de Willie. Luego, en posteriores ediciones del *Transcript*, sólo se mencionaba la ausencia de información sobre los sucesos de Dunwich, donde las autoridades y los periodistas tropezaron con un férreo muro de silencio; los vecinos se negaron en redondo a hacer el menor comentario sobre los

recientes sucesos. Sin embargo, por algunos datos de la investigación que se filtraron a la prensa, era insistente la versión de que las huellas encontradas se perdían todas en las aguas del Miskatonic. Con eso, se sugería que si el responsable de la matanza de Dunwich era la misteriosa bestia, tenía que haber venido del río y haber vuelto al río.

Era cerca de medianoche cuando Abner acabó ese último artículo. Pese a la hora tardía, amontonó de nuevo los periódicos que no le interesaban, guardó los tres recortes que había leído, y el resto lo sacó a la orilla del río y le prendió fuego. Con la hoguera anterior, había quemado una considerable extensión de hierba y como no había aire, los riesgos de incendio eran nulos. Abner pensó entonces que no era preciso quedarse para vigilar el fuego. Mientras se alejaba oyó de repente, por encima del ulular de las chotacabras y el croar de las ranas, ahora en un desesperado crescendo, el ruido que hace la madera al desgarrarse y romperse. Pensó inmediatamente en la ventana de la habitación cerrada, y volvió sobre sus pasos.

A la tenue luz que el fuego proyectaba sobre la casa, Abner entreveía la ventana, y le pareció que era más ancha que antes. ¿Podía ser que el molino entero y parte de la casa se estuviesen derrumbando? Entonces, en un instante, pudo ver una sombra amorfa que desaparecía tras la rueda del molino, y unos segundos después oyó un chapoteo en el agua. El croar de las ranas había adquirido un volumen tan intenso que no pudo oír nada más.

Dispuesto a olvidarse de la sombra, la achacó al reflejo que las llamas proyectaban sobre la rueda. En cuanto al ruido del agua, podía haber sido producido por un banco de peces saltando en el agua. De todas formas, pensó que no estaría de más echar otra ojeada a la habitación de la tía Sarah.

Volvió a la cocina, cogió la lámpara, y subió las escaleras. Al abrir

la puerta, el fuerte hedor que emanaba de la habitación cerrada le produjo casi un desmayo. El olor del Miskatonic, de los pantanos, la fetidez de ese resbaladizo material que queda depositado entre las piedras y los escombros hundidos cuando las aguas del Miskatonic bajan de nivel, la mareante y violenta pestilencia que impregna la guarida de ciertos animales: todo esto se condensaba en la habitación cerrada.

Indeciso, Abner permaneció un momento de pie en el umbral. Pensó que el olor de la habitación podía haber entrado por la ventana abierta. Levantó la lámpara, de modo que la luz alumbrase más la parte superior de la pared, encima de la rueda del molino. A pesar de la distancia, vio inmediatamente que no sólo había desaparecido la ventana, sino también el marco. ¡Aun desde la puerta se notaba que el marco había sido roto *desde el interior!*

Se echó hacia atrás y cerró la puerta de un portazo. Bajó las escaleras corriendo, mientras en su cabeza su esquema de raciocinio empezaba a derrumbarse.

## V

Abajo, intentó tranquilizarse. Después de todo, lo que había visto no era más que un detalle añadido a la proliferante acumulación de datos que parecían inconexos y en que tropezaba, una y otra vez, desde que llegó a casa del abuelo. Ahora, sin embargo, estaba convencido de que todos esos datos estaban relacionados entre sí, por muy inverosímil que esto le hubiera parecido hasta entonces. Y ahora lo único que necesitaba averiguar era qué hecho, qué elemento, los unía entre sí.

Se sentía muy perturbado, especialmente por la convicción de que poseía todos los datos que necesitaba, y sólo su rigor científico le impedía formular una primera suposición, establecer la premisa de la que se

derivaban los hechos que se presentaban irrefutables. Todos sus sentidos le demostraban que algo - alguna bestia - habitaba en esa habitación. Era inimaginable pensar que los olores del exterior se condensaran en la habitación de la tía Sarah, y en cambio no se apreciaran fuera de la cocina o desde la ventana de su propia habitación.

La costumbre de racionalizar sus pensamientos estaba fuertemente enraizada en él. Cogió la última carta de Luther Whateley, la que le era dirigida, y otra vez, la volvió a leer. Eso era lo que su abuelo había querido decir con «tú has recorrido mundo y has recopilado conocimientos suficientes como para permitirte mirar las cosas con mente inquisidora, sin la superstición de la ignorancia ni la superstición de la ciencia». ¿Estaba este rompecabezas, con todas sus horribles consecuencias, más allá de la racionalización?

El timbre del teléfono interrumpió bruscamente la escalada de su confuso razonamiento. Guardó la carta en su bolsillo, corrió hacia el hall, y levantó el auricular.

La voz de un hombre chilló en la línea, entre un caos de voces inquisitivas, como si todo el mundo hubiese descolgado el auricular simultáneamente, a la espera, como Abner Whateley de alguna comunicación sobre nuevas tragedias. Una de las voces - todas eran desconocidas para Abner - identificó a la persona que llamaba.

- ¡Es Luke Lang!

- Reunid a un grupo de hombres y venid en seguida - gritó Luke con voz ronca -. Está merodeando fuera, en la puerta, en las ventanas, intenta abrir.

- Luke, ¿qué es? - preguntó una voz de mujer.

- ¡Oh Dios! No pertenece a este mundo. Da saltos como si fuese demasiado grande para poder moverse normalmente; parece gelatinoso. Pero date prisa, date prisa antes de que sea demasiado tarde. Cogió a mi

perro...

- Deja la línea para que podamos llamar pidiendo ayuda -  
interrumpió otro.

Pero Luke nunca escuchó esto.

- Está empujando la puerta, está derribando la puerta...

- Luke, Luke. ¡cuelga el aparato!

- Está intentando forzar la ventana ahora - la voz de Luke Lang se transformó en un grito de terror -. Ha roto el cristal. ¡Dios! ¡Dios! ¿Es que no vais a venir? ¡Oh, esa mano! ¡Ese terrible brazo! ¡Dios! ¡Esa cara...!

La voz de Luke dejó de oírse tras un horrible chillido. Se oyó el ruido del cristal que se rompía y el crujir de la madera que se desgarraba, y luego la casa de Luke Lang quedó en silencio, al igual que, por unos instantes, la línea. Entonces las voces irrumpieron de nuevo en un tono de pánico y de furia.

- ¡Hay que pedir ayuda!

- Nos encontraremos en la casa de Bishop.

Y alguien dijo:

- ¡Ha sido cosa de Abner Whateley!

Mareado por el duro golpe y medio paralizado por la evidencia, Abner luchó para retirar el auricular y desconectarse de la algarabía de dementes concentrados en la línea telefónica. Lo logró pero no sin un gran esfuerzo. Confundido, molesto, atemorizado, se quedó un instante apoyado en la pared. Sus pensamientos se arremolinaban en torno a un mismo eje: los vecinos de Dunwich le hacían responsable y le culpaban por lo que había ocurrido. Y esa convicción general - lo intuía - se basaba en algo más que en la proverbial desconfianza del hombre del campo frente a cualquier forastero.

No quería pensar en lo que le había ocurrido a Luke Lang y a los otros. La voz de Luke, empavorecida, agonizante, aún resonaba en sus



oídos. Se alejó de la pared. Casi tropezaba con las sillas de la cocina. Permaneció un instante al lado de la mesa, sin saber qué hacer, pero a medida que su mente se iba aclarando, pensaba que lo más urgente era escapar. Pero estaba aprisionado entre el deseo de huir, y la obligación con Luther Whateley, que no había cumplido aún.

Había venido, había repasado las cosas del viejo - todo excepto los libros - había hecho los preparativos necesarios para que derribasen la parte del edificio que daba al molino. En cuanto a la casa, podía venderla a través de alguna agencia. En resumidas cuentas, su presencia aquí ya no era necesaria. Sin pensarlo dos veces, corrió a su habitación y volvió a introducir en la maleta cuanto había sacado de ella, además del libro de Luther Whateley. La cerró y salió en dirección al coche.

Pero una vez instalado al volante, recapacitó y pensó que no tenía por qué huir. El no había hecho nada. Y no veía por qué tenía que recaer sobre él la menor culpa. Volvió a la casa. Todo estaba quieto, salvo el incesante e incansable coro de las ranas y de las chotacabras. Se quedó parado, sin saber qué hacer; entonces se sentó a la mesa y sacó, una vez más, la última carta de Luther Whateley.

La leyó de nuevo, despacio. ¿Qué había querido decir el viejo cuando, en su referencia a la locura de los Whateley, había dicho «No ha ocurrido lo mismo con todo lo que me ha pertenecido», aunque él se había librado de la locura? La abuela Whateley había muerto mucho antes de nacer Abner; su tía Julia había fallecido muy joven; su madre había llevado una vida intachable. Quedaba su tía Sarah. ¿Cuál había sido su locura entonces? Luther Whateley no podía referirse a nadie más. Sólo quedaba Sarah. ¿Qué había hecho para que la encerraran hasta su muerte?

¿Y qué pretendía con aquella orden a Abner para que matara cualquier cosa en la parte del molino, cualquier cosa viva? *No importa su pequeñez. No importa su forma...* ¿Incluso algo tan pequeño e inofensivo

como un pequeño sapo? ¿Una araña? ¿Una mosca? Luther Whateley escribía en forma de acertijos, cosa que resultaba bastante irritante para un hombre inteligente. ¿O tal vez pensaba su abuelo que Abner era un esclavo de la superstición científica? Hormigas, arañas, moscas, diversas clases de insectos, ciempiés, todos ellos plagaban la parte vieja del molino; e indudablemente, en sus paredes también había ratones. ¿Esperaba Luther Whateley que su nieto exterminase todos estos bichos?

Detrás de él, de repente, el cristal de la ventana se hizo añicos y cayó al suelo, junto con otro objeto. Abner se puso de pie y dio media vuelta. Fuera se oían unos pasos que se alejaban a ritmo de carrera.

Vio una piedra en el suelo, entre los cristales rotos. Había un trozo de papel atado alrededor con una cuerda. Abner lo cogió, rompió la cuerda y desplegó el papel.

Se presentó a sus ojos una tosca letra: «¡Lárgate antes de que te maten!» El papel provenía de la tienda, así como la cuerda que lo ataba a la piedra. Más que una amenaza era una bien intencionada advertencia. Y era claramente obra de Tobías Whateley, pensó Abner. La tiró con desprecio sobre la mesa.

Su cabeza era un auténtico revoltijo de pensamientos, pero llegó a la conclusión de que no era necesario huir precipitadamente. Se quedaría, no sólo para saber si sus sospechas acerca de Luke Lang eran ciertas - como si la evidencia del teléfono diese lugar a dudas-, sino también en un intento desesperado para descubrir la solución del acertijo que Luther Whateley había dejado tras de sí.

Apagó la luz y, a oscuras, se dirigió a su habitación; se echó en la cama sin desnudarse.

No podía dormir. Intentaba ordenar sus pensamientos, encontrar un sentido a este cúmulo de datos, aferrado a su convicción de que existía un dato básico, clave de todos los demás, y que tenía que encontrarlo porque

lo tenía delante de sí - había sido incapaz hasta el momento de reconocerlo e interpretarlo.

Llevaba menos de media hora tumbado, cuando oyó, más fuerte que el coro de las ranas y de las chotacabras, un chapoteo que provenía del Miskatonic. El ruido se acercaba, como si una gran ola barriese las orillas. Se sentó para escuchar mejor. Pero el ruido también cambió, y éste, desgraciadamente, sí podía identificarlo: alguien intentaba trepar por la rueda del molino.

Se levantó y salió del cuarto.

De la habitación cerrada provenía el ruido de un cuerpo pesado que se arrastraba y caía. Luego se oyó un curioso y entrecortado quejido, parecido al de un niño llamando desde lejos, y finalmente se restableció la calma y el silencio. Incluso el croar de las ranas pareció desvanecerse y morir.

Volvió a la cocina y encendió la lámpara.

Proyectando la luz amarillenta de la lámpara hacia delante, Abner se dirigió lentamente escalera arriba, en dirección a la habitación cerrada. Andaba suavemente, despacio, sin hacer ruido.

Al llegar a la puerta, escuchó. Al principio no oyó nada, pero al poco rato un susurro llegó a sus oídos.

¡Algo en aquella habitación *respiraba!*

Luchando contra el miedo, Abner puso la llave en la puerta. Abrió y levantó la lámpara.

El asombro y el terror le paralizaron.

Allí, agazapado en medio de la cama deshecha y tanto tiempo abandonada, se sentaba un monstruo, una criatura de piel dura, que no era ni hombre ni rana, ahíta de comida, con unos hilos de sangre que caían aún de sus mandíbulas batracias y goteaban entre sus dedos palmípedos. Era una cosa monstruosa que tenía unos brazos largos y fuertes, que salían de

su cuerpo bestial como las patas anteriores de una rana, y terminaban en algo que, de no ser por las membranas que unían los dedos entre sí, hubieran podido ser unas manos humanas.

La escena no duró más que unos breves instantes.

Entonces, con un gruñido enfurecido - «*Eh-ya-ya-ya-yaa-haah-ngh'aaa-h'yuh-h'yuh*»-, el gigantesco monstruo se levantó y se abalanzó sobre Abner.

Su reacción fue instantánea, nacida de una terrible y explosiva revelación. Lanzó la lámpara llena de petróleo hacia el monstruo que se echaba sobre él.

El fuego envolvió a la bestia. Se detuvo y empezó a tocarse desesperadamente el cuerpo ardiendo, sin percatarse de las llamas que surgían de la cama, detrás de ella, y en el suelo de la habitación. Al mismo tiempo, el timbre de su voz varió, y de profundo gruñido se transformó en un escalofriante gemido: «¡*Mama-mama-ma-aa-ma-aa-ma-aah!*»»

Abner cerró la puerta y salió corriendo.

Bajó las escaleras, tropezando, cruzó apresuradamente las habitaciones de abajo; con el corazón latiendo locamente, salió de la casa. Medio cegado por el miedo, se metió en el coche, dio al contacto, y se alejó de ese maldito lugar del que ya salía humo, mientras las llamas se extendían por la armazón de madera de la casa y empezaban a reflejar su rojizo color en el cielo.

A través de Dunwich, por el puente cubierto, conducía como un poseso. Mantenía los ojos entrecerrados, como para borrar para siempre la escena que había presenciado, mientras las oscuras montañas parecían querer atraparlo y el coro de las ranas y de las chotacabras se burlaba de él.

Pero nada podía borrar esta definitiva y fulgurante revelación que se había grabado en su mente. Ahora sabía que la clave la había tenido todo el tiempo, pese a que no lograra reconocerla, en sus propios recuerdos y en las

anotaciones de Luther Whateley. A esa nueva luz, todas las piezas del rompecabezas se ensamblaban y todo cobraba su pleno sentido. La carne cruda que subían a la habitación y que Abner, de niño, creía que la tía Sarah preparaba en su cuarto, en realidad estaba destinada a ser *comida cruda*. La corta e incomprensible nota sobre «R.» que «por fin» había vuelto después de su escapada, implicaba que había regresado al único hogar que «R.» conocía. También entre las aparentemente inconexas anotaciones de su abuelo, la mención de las desapariciones de vacas, ovejas y otros animales aclaraba ampliamente esa otra referencia de Luther Whateley a «R.» ya que «el tamaño está en proporción con la cantidad de comida», y explicaba también lo que significaba otra nota que decía: «habrá que mantenerle en una dieta rigurosa y un tamaño controlable» - ¡como la gente de Innsmouth! - «controlado» hasta casi extinguirse tras la muerte de Sarah. Entonces Luther pensó que, dejando a la criatura encerrada sin comida en la habitación, acabaría por matarla irremisiblemente. Sin embargo, ante la duda de que aquello fuera imposible ordenó a Abner que matara «cualquier cosa viva» que pudiera encontrar en el cuarto. La cosa que Abner había liberado sin darse cuenta al romper las ventanas y contraventanas, la había liberado para que buscase su propia comida y volviese a crecer endiabladamente, al principio con peces del Miskatonic, luego con pequeños animales, luego ganado, y finalmente con seres humanos. Esa cosa que era mitad batracio mitad ser humano, pero lo suficiente humana como para regresar al único hogar que conocía y llamar aterrorizada a su madre ante el terrible desenlace, la cosa que había nacido de la unión no bendita de Sarah Whateley y Ralsa Marsh, llena de sangre, el monstruo que merodearía para siempre en la mente de Abner Whateley. ¡Su primo Ralsa, obligado a permanecer en la vieja casa por el deseo férreo de su abuelo, en lugar de haber sido soltado hace tiempo al mar para que se uniese a los Profundos entre los súbditos de Dagon y del Gran Cthulhu!

# HASTA EN LOS MARES

H. P. Lovecraft & H. Barlow

El hombre descansaba sobre la erosionada cima de un risco, oteando más allá del valle. Desde allí podía ver una gran distancia, pero en toda la marchita extensión no había ningún movimiento visible. Nada se agitaba en la polvorienta llanura ni en la desmenuzada arena de los lechos de ríos desecados mucho tiempo atrás, por donde una vez fluyeran los caudalosas corrientes de la juventud de la Tierra. Había poco verdor en aquel mundo terminal, aquel capítulo final de la prolongada presencia de la humanidad sobre el planeta. Durante incontables eones, la sequía y las tormentas de arena habían asolado todas las tierras. Los árboles arbustos habían dado paso a pequeños y retorcidos matorrales que subsistieron largo tiempo merced a su fortaleza: pero ellos, a su vez, perecieron ante la embestida de toscas hierbas y fibrosa y dura vegetación de extraña evolución.

El omnipresente calor, creciente según la Tierra giraba más próxima al Sol, marchitó y mató con rayos inmisericordes. No había sucedido repentinamente, transcurrieron largos eones antes de que pudiera sentirse el cambio. Y, a lo largo de esas primeras eras, la adaptable forma del hombre había seguido una lenta mutación, moderándose a sí mismo para soportar el progresivamente tórrido aire. Luego llegó el día en que el hombre pudo aguantar en sus calurosas ciudades, aunque enfermo, y comenzó el gradual retroceso, lento pero imparable. Aquellas ciudades y poblaciones cercanas al ecuador fueron las primeras, por supuesto, pero después fueron seguidas por otras. El hombre, degenerado y exhausto, no pudo hacer frente durante mucho tiempo al calor que ascendía inexorablemente. Se consumía, y la

evolución era demasiado lenta para dotarle de nuevas resistencias.

Aunque no bruscamente, las grandes ciudades del ecuador fueron las primeras en ser abandonadas a merced de la araña y el escorpión. En los primeros años hubo muchos que resistieron, ideando curiosos escudos y armaduras contra el calor y la mortífera sequedad. Esas almas intrépidas, reforzando algunos edificios contra el sol implacable, crearon mundos refugio en miniatura en cuyo interior no era necesaria la armadura protectora. inventaron maravillosos ingenios, de forma que unos pocos hombres continuaron en las oxidadas torres, esperando así aguantar en las antiguas tierras hasta que terminara la sequía. Ya que muchos no quisieron creer cuanto decían los astrónomos y aguardaban la vuelta del viejo mundo. Pero un día, los hombres de Dath, en la nueva ciudad de Niyara, hicieron señales a Yuanario, su capital de antigüedad inmemorial, y no recibieron ninguna respuesta de los pocos que permanecían en su interior. Y cuando los exploradores llegaron a la milenaria ciudad de torres enlazadas por puentes encontraron sólo silencio. No había ni siquiera el horror de la corrupción, ya que los lagartos carroñeros habían sido diligentes.

Sólo entonces la gente comprendió plenamente que aquellas ciudades estaban perdidas para ellos y supieron que debían abandonarlas por siempre a la naturaleza. Los otros colonizadores de las tierras cálidas huyeron de sus arriesgadas posiciones, y el silencio total reinó entre los altos muros de basalto de un millar de torres vacías. De las densas muchedumbres y actividades multitudinarias del pasado no quedó finalmente nada. Entonces, allí se alzaron, contra los desiertos sin lluvia, las ahuecadas torres de hogares vacíos, factorías y estructuras de todas clases, reflejando la deslumbrante radiación del sol y agostándose bajo el cada vez más intolerable calor.

Muchas tierras, sin embargo, habían escapado aún a la plaga abrasadora, por lo que pronto los refugiados fueron absorbidos en la vida

de un nuevo mundo. Durante siglos extrañamente prósperos, las blanqueadas ciudades desiertas del ecuador fueron medio olvidadas y adornadas con fantásticas fábulas. Hubopocos pensamientos sobre aquellas torres espectrales en ruinas... aquellos montones de muros gastados y invadidas por cactus, oscuramente silenciosas y abandonadas.

Hubo guerras, devastadoras y prolongadas, aunque los tiempos de paz fueron mayores. Pero siempre el henchido sol aumentaba su emisión según la Tierra giraba más próxima a su progenitor. Era como si el planeta pensara volver a la fuente de donde brotó, eones atrás, merced a un cataclismo de dimensiones cósmicas. Tras un tiempo, el desastre reptó más allá del cinturón central. El sur de Yarat se convirtió en un árido desierto... y luego el norte. En Perath y Baling, cuyas antiguas ciudades fueron habitadas durante incontables siglos, tan sólo se movían las escamosas formas de la serpiente y la salamandra, y en la última Loton sólo se escuchaba las esporádicas caídas de las tambaleantes torres y las desmoronadas cúpulas.

El gran desahucio del hombre de los dominios que siempre conocieran tuvo lugar lenta, universal e inexorablemente. Ninguna tierra en el interior del creciente y destructor cinturón se libró. Fue una épica, una titánica tragedia cuya trama no fue revelada a los actores: el total abandono de las ciudades del hombre. No llevó siglos ni eras, sino milenios de crueles cambios. Y aún continuaba... sombría, inevitable, brutalmente devastadora.

La agricultura se paralizó; rápidamente, el mundo se volvió demasiado árido para las cosechas. Se remedió mediante sustitutos artificiales, pronto universalmente empleados. Y mientras los viejos lugares que habían conocido los grandes hechos de los mortales eran abandonados, el botín rescatado por los fugitivos mermó más y más. Objetos del mayor valor e importancia quedaron olvidados en museos muertos - perdidos entre



los siglos - y, al fin, la herencia de un pasado inmemorial fue abandonada. La decadencia tanto física como cultural surgió con el insidioso calor. Ya que los hombres habían vivido tanto tiempo cómodos y seguros que este éxodo de pasados escenarios fue difícil. Tales sucesos no fueron recibidos Temáticamente, su misma lentitud era aterradora. La degradación y el desastre fueron pronto comunes, los gobiernos se disolvieron y las desamparadas civilizaciones se sumieron en la barbarie.

Luego, cuarenta y nueve siglos después de la ruina del cinturón ecuatorial, todo el hemisferio oeste quedó despoblado y el caos fue completo. No hubo trazas de orden o decencia en las últimas escenas de esta titánica, atroz e impresionante migración. Locura y frenesí acosaron a todos, y los fanáticos portavoces de un Armagedón estaban a la orden del día.

La humanidad se convirtió un lastimero residuo de antiguas razas, un fugitivo no sólo de las condiciones imperantes, sino también de su propia degeneración. Aquellos que pudieron huyeron a las tierras del norte y el antártico, el resto se sumió durante años en una increíble saturnalia, dudando vagamente de la cercana tragedia. En la ciudad de Borligo se llevó a cabo la total ejecución de los nuevos profetas, tras meses de espera infructuosa. Pensaron que la fuga a tierras del norte era innecesaria y no aguardaban el amenazador final.

Cómo perecieron debió ser terrible sin duda... aquellas vanas y necias criaturas que pensaron desafiar al universo. Pero las tiznadas y chamuscadas torres son mudas...

Tales sucesos, no obstante, no deben ser registrados, porque hay cosas más importantes para considerar que la lenta y total caída de una civilización perdida. Durante un largo periodo, la moral tuvo su punto más bajo entre los pocos valientes asentados en las riberas del ártico y el antártico, tan templados como lo fuera el sur de Yarat en tiempos muy

pretéritos. Pero aquello era sólo una prorrogua. El suelo era fértil, y las perdidas artes de 1ª ganadería fueron recobradas de nuevo. Fue durante mucho tiempo un tranquilo y pequeño epítome de las tierras perdidas, aunque no había ya inmensas multitudes ni grandes edificios. Tan sólo el diseminado remanente de humanidad superviviente a eones de cambios habitando aquellas dispersas poblaciones de la tierra tardía.

Cuántos milenios duró esto, no se sabe. El sol era lento en invadir este último refugio y, con el devenir de las eras, se desarrolló una raza fuerte y sana que no guardaba memoria o leyendas de las viejas y perdidas tierras. Este nuevo pueblo efectuaba pocas navegaciones, y las máquinas voladoras estaban totalmente olvidadas. Sus artefactos eran del tipo más simple, y su cultura sencilla y primitiva. Aun así, eran felices y aceptaban el caluroso clima como algo natural y acostumbrado.

Pero, desconocidos para aquellos sencillos campesinos, aún mayores rigores de la naturaleza les estaban reservados. Mientras pasaban las generaciones, las aguas del vasto e insondable océano fueron secándose lentamente, enriqueciendo el aire y el reseco suelo, pero menguando más a cada siglo. El batiente oleaje aún relucía claro, y los tornadizos remolinos permanecían, pero un destino de desecación pendía sobre la total extensión de las aguas. No obstante, la merma no podía ser detectada excepto mediante instrumentos más delicados que los conocidos por la raza. Aun descubriendo la gente esta contracción del océano, no es probable que cundieran grandes alarmas o perturbaciones, ya que las pérdidas eran tan ligeras y los mares tan grandes... sólo unos pocos centímetros durante muchos siglos; pero en muchos siglos, e incrementándose...

Así desaparecieron por fin los océanos, y el agua llegó a ser una rareza en el globo resecao por el ardiente sol. El hombre se había desparramado lentamente por todas las tierras árticas y antárticas. Las ciudades ecuatoriales, y muchas de las posteriores poblaciones, estaban

perdidas aun para las leyendas.

Había alteraciones de la paz a cada momento, ya que el agua era escasa y sólo se encontraba en profundas cavernas. Incluso así, era bastante poca, y los hombres morían en sedientos vagabundeas por lejanos lugares. Aunque tan lentos eran aquellos mortíferos cambios que cada nueva generación era renuente a creer lo que oía de sus padres. Nadie quería admitir que el calor hubiera sido menor o el agua más abundante en los viejos tiempos, ni guardarse del ardor reseca y agostador que estaba por llegar. Así fue hasta el final, cuando sólo unos pocos centenares de humanos jadeaban en busca de aliento bajo el cruel sol: un mísero puñado agrupado de los incontables millones que una vez moraran sobre el sentenciado planeta.

Y los centenares disminuyeron aún más, hasta que la humanidad se redujo a unas decenas. Esas decenas se refugiaron junto a la menguante humedad de las cuevas y supieron que el fin estaba cerca. Tan pequeño era su radio de acción, que nadie había visto jamás las pequeñas fabulosas áreas de hielo cercanas a los polos del planeta... si es que éstas aún existían. incluso de haber sido así, y de haber sido conocidas por los hombres, nadie podría haberlas alcanzado a través de los formidables desiertos sin caminos. Y así el último y patético resto disminuía...

No puede describirse esa espantosa cadena de sucesos que despoblaron la Tierra entera, es demasiado tremendo para que nadie pueda pintarlos o abarcarlos. Del pueblo de las eras afortunadas de la Tierra, miles de millones de años atrás, sólo unos pocos profetas y locos pudieron haber concebido lo que iba a suceder; pudieron haber tenido visiones de las tierras silenciosas y muertas, y los lechos de los mares totalmente vacíos. El resto habría dudado... dudado tanto de la sombra de cambio sobre el planeta como de la sombra de sentencia sobre la especie. Ya que el hombre se ha considerado siempre como el amo inmortal de las cosas naturales...

Cuando hubo aliviado los estertores moribundos de la anciana, Ull lanzó una temerosa mirada a las deslumbrantes arenas. Ella había sido un ser espantoso, arrugado y deshidratado como una hoja marchita. Su rostro tenía el color de la enfermiza hierba amarilla que se agostaba bajo el viento ardiente, y era espantosamente vieja.’

Pero había sido una compañía, alguien con quien compartir vagos temores, con quien hablar de cosas increíbles; un camarada con el que compartir la esperanza de auxilio de esas otras silenciosas colonias más allá de las montañas. No podía creer que no viviera nadie en alguna otra parte, ya que Ull era joven y no tenía la certidumbre de la anciana.

Durante muchos años no había conocido a nadie más que la anciana: su nombre era Mladdna. Había llegado el día de su undécimo cumpleaños, cuando los cazadores salieron a buscar carne y no regresaron. Ull no tenía madre que pudiera recordar, y había pocas mujeres en el grupo. Cuando los hombres desaparecieron, aquellas tres mujeres, la joven y las dos viejas, habían gritado aterradas y gimoteado durante mucho tiempo. - Luego la joven había enloquecido, dándose muerte con un bastón afilado. Las ancianas la enterraron en un agujero poco profundo excavado con sus propias uñas; así que Ull estaba solo cuando llegó esta Mladdna, aún más vieja.

Ella caminaba con ayuda de un nudoso bastón, una preciada reliquia de los viejos bosques, duro y pulido por los años de uso. No dijo de dónde provenía, pero renqueó hasta el interior mientras la joven suicida era enterrada. Allí aguardó hasta que volvieron las dos, y éstas la aceptaron sin curiosidad.

Así fue durante muchas semanas, hasta que las otras dos cayeron enfermas, y Mladdna no pudo curarlas. Extraño fue que aquellas dos, más jóvenes, cayeran, mientras que ella, más débil y anciana, sobrevivió. Mladdna las había cuidado durante muchos días, y por fin murieron, por lo

que Ull quedó solo con la extranjera. Él gritó toda la noche, hasta que ella acabó perdiendo la paciencia y le amenazó con morir también. Entonces, oyéndola, se calmó al fin, ya que no deseaba quedar en completa soledad. Tras eso, había vivido con Mladdna y ella desenterraba raíces para comer.

La podrida dentadura de Mladdna estaba demasiado enferma para roer la comida que encontraba, pero ellos la picaban hasta que ella podía tomarla. Esta fatigosa rutina de búsqueda y comida constituyó la infancia de Ull.

Ahora, a sus diecinueve años, era fuerte y firme, y la anciana había muerto. No había nada que le atara allí, por lo que se decidió por fin a buscar aquellas fabulosas cabañas detrás de las montañas y vivir con aquel pueblo. Ull cerró la puerta de su choza - por qué, él no pudo contestárselo, ya que no había allí animales desde hacía muchos años - y dejó a la mujer muerta en su interior. Medio deslumbrado, y aterrado ante su propia audacia, caminó durante largas horas por las secas hierbas, hasta que por fin alcanzó las primeras estribaciones de las colinas. El atardecer llegó, y él trepó hasta que estuvo exhausto y se tumbó sobre la hierba. Allí tendido, pensó en muchas cosas. Se preguntó acerca de la vida extranjera, apasionadamente ansioso de alcanzar la perdida colonia del otro lado de las montañas, pero al fin se durmió.

Cuando despertó, había luz de estrellas en su rostro y se sintió vigorizado. Ahora que el sol se había ido por un tiempo, viajó más rápido y decidió apresurarse antes de que la falta de agua se volviera insoportable. No había llevado nada consigo, ya que el último pueblo, morando en un lugar fijo y no teniendo ocasiones para acarrear su preciada agua, carecía de recipientes de cualquier clase. Ull deseaba alcanzar su meta antes de un día y escapar así de la sed, por eso se apresuraba bajo el fulgor de las estrellas, corriendo a veces en la atmósfera cálida y reduciendo a un paso ligero en otras ocasiones.

Prosiguió mientras el sol se elevaba, aunque aún estaba en las pequeñas colinas con tres grandes picos alzándose al frente. Bajo su sombra, descansó de nuevo. Luego ascendió durante toda la mañana, y a mediodía remontó el primer pico; allí se tumbó por un tiempo, estudiando el espacio antes de la nueva etapa.

El hombre descansó sobre el borde erosionado de un risco. Ante él pudo ver grandes distancias, pero en toda la desértico extensión no había movimientos visibles...

Llegó la segunda noche, y encontró a Ull entre los rudos picos, con el valle y el lugar donde había descansado muy lejos y abajo. Estaba cerca del segundo pico ahora y aún se apresuraba. Alcanzó el tercero aquel día, lamentando su locura. Aunque no podía haber permanecido allí con el cadáver, solo en la pradera. Trató de convencerse de esto y se apresuró todavía hacia delante, cansadamente tenso.

Y por fin sólo hubo unos pocos pasos antes de que el risco terminara, permitiéndole contemplar la tierra de más allá. Ull se tambaleó agotado por el camino rocoso, cayendo y golpeándose aún más. Estaba cerca, esa tierra donde los hombres rumoreaban que habían habitado, esa tierra sobre la que había oído historias en su niñez. El camino era largo, pero la recompensa grande. Una roca de gigantesco perímetro interrumpió su Vista, y él la escaló ansiosamente. Por fin pudo contemplar el sumido orbe de su tan ansiado destino, y sus doloridos y sedientos músculos fueron olvidados cuando vio gozoso que una pequeña aglomeración de construcciones pendía de la base del risco más lejano.

Ull no se detuvo, sino que, espoleado por lo que vio, corrió, se tambaleó y se arrastró el kilómetro restante. Creyó detectar formas entre las rústicas cabañas. El sol estaba a punto de ponerse; el odioso, devastador sol que había acabado con la humanidad. No pudo vislumbrar detalles, pero pronto las cabañas estuvieron cerca.

Eran muy viejas, de bloques arcillosos consumidos por la perenne sequedad del mundo moribundo. Poco, en efecto, cambiaba excepto por los seres vivientes: las hierbas y aquellos últimos hombres.

Ante él, una puerta abierta pendía de toscos goznes. Bajo la luz moribunda Ull entró, exhausto, buscando con avidez los ansiados rostros.

Luego se desplomó sobre el suelo y lloró a mares, ya que sobre la mesa se apoyaba un reseco y antiguo esqueleto. Se levantó por fin, enloquecido por la sed, insoportablemente dolorido y sufriendo las mayores desilusiones que cualquier mortal pueda conocer. Era, pues, el último ser viviente sobre el globo. Él, el heredero de la Tierra... todas las tierras, y todas igualmente inútiles para él. Retrocedió tambaleándose, sin mirar a la borrosa figura blanca bajo el reflejo de la luz de la luna, y cruzó la puerta. Deambuló por el vacío poblado buscando agua e inspeccionando con tristeza aquel lugar vacío, tan espectralmente conservado por el aire inmóvil. Ahí había una morada, allá un rústico lugar para fabricar objetos... recipientes de arcilla que sólo contenían polvo y nada de líquido para mitigar su sed abrasadora.

Entonces, en el centro del pequeño poblado, Ull vio la boca de un pozo. Sabía qué era, ya que había oído cuentos sobre ello a Mladdna. Con mísera alegría, se tambaleó hacia adelante y se inclinó sobre la boca. Allí, por fin, estaba el final de su búsqueda. Agua - fangosa, estancada y escasa, pero agua - ante sus ojos.

Ull aulló con la voz de un animal torturado, tanteando en busca de cubo y cadena. Su mano resbaló en el fangoso borde y cayó sobre el pecho en el pretil. Durante un instante se mantuvo allí, luego, sin un sonido, su cuerpo se precipitó en el negro pozo.

Hubo un ligero chapuzón en la tenebrosa superficie cuando impactó contra una piedra sumergida, desprendida eones atrás de la masiva albardilla. La agitación del agua se sosegó progresivamente.

Así, por fin, la Tierra estuvo muerta. El último superviviente, digno de lástima, había perecido. Los incontables miles de millones, los lentos eones, los imperios y civilizaciones de la humanidad se resumían en aquella pobre forma retorcida... ¡y cuán titánico sinsentido fue todo! Ahora, en efecto, había llegado un final y clímax para todos los esfuerzos de la humanidad... ¡cuán monstruoso e increíble clímax a ojos de aquellos pobres necios complacientes de los días prósperos! Nunca más conocería el planeta el atronador hollar de millones de humanos... ni el reptar de los lagartos o el zumbido de insectos, ya que-ellos también se habían ido. Había llegado el reino de las ramas sin savia y de los interminables campos de marchita hierba. La Tierra, como su fría e imperturbable luna, se había sumido en el silencio y la oscuridad para siempre.

Las estrellas ronroneaban; el mismo plan descuidado continuaría por desconocidas infinidades. Este final trivial para un episodio insignificante no importaba a las distantes nebulosas o a los soles naciendo, floreciendo y muriendo. La estirpe del hombre, demasiado minúscula y efímera para tener una función o propósito reales, era tal conclusión le habían como si nunca hubiera existido. A tal conclusión le habían llevado los eones de su ridícula y tramposa evolución.

Pero cuando los mortíferos rayos del sol naciente se derramaron por el valle, una luz alcanzó el fatigado rostro de una quebrada figura que yacía en el fango.



# HONGOS DE YUGGOTH

## *Poemas de horror cósmico*

H. P. Lovecraft

### VIENTOS ESTELARES

Es la hora de la penumbra crepuscular,  
Casi siempre en otoño, cuando el viento estelar se precipita  
Por las calles altas de la colina, que aunque desiertas  
Muestran ya luces tempranas en cómodas habitaciones.  
Las hojas secas danzan con giros extraños y fantásticos,  
Y el humo de las chimeneas se arremolina con gracia etérea  
Siguiendo las geometrías del espacio exterior,  
Mientras Fomalhaut se asoma por las brumas del Sur.  
Ésta es la hora en que los poetas lunáticos saben  
Qué hongos brotan en Yuggoth, y qué perfumes  
Y matices de flores, desconocidos en nuestros pobres  
Jardines terrestres, llenan los continentes de Nithon.  
¡Pero por cada sueño que nos traen estos vientos  
Nos arrebatan una docena de los nuestros!

### SIRENAS PORTUARIAS

Por encima de viejos tejados y agujas desconchadas  
Las sirenas del puerto cantan durante toda la noche;  
Gargantas venidas de puertos extraños, de blancas playas lejanas

Y océanos fabulosos, concertadas en coros abigarrados.  
Ajenas unas a otras, no se conocen entre sí,  
Pero todas, por obra de alguna fuerza oscuramente concentrada  
Desde abismos ensimismados más allá del curso del Zodiaco,  
Se funden en un misterioso zumbido cósmico.  
A través de vagos sueños organizan un desfile  
De formas aún más vagas, insinuaciones y visiones;  
Ecos de vacíos exteriores e indicios sutiles  
De cosas que ni ellas mismas pueden definir.  
Y siempre en ese coro, continuamente entreveradas,  
Captamos algunas notas que ningún buque terrenal emitió jamás.

### **NYARLATHOTEP**

Y al fin vino del interior de Egipto  
El extraño Oscuro ante el que se inclinaban los fellás;  
Silencioso, descarnado, enigmáticamente altivo  
Y envuelto en telas rojas como las llamas del sol poniente.  
A su alrededor se apretaban las masas, ansiosas de sus órdenes,  
Pero al marcharse no podían repetir lo que habían oído;  
Mientras por las naciones se propagaba la pavorosa noticia  
De que las bestias salvajes le seguían lamiéndole las manos.  
Pronto comenzó en el mar un nacimiento pernicioso;  
Tierras olvidadas con agujas de oro cubiertas de algas;  
Se abrió el suelo y auroras furiosas se abatieron  
Sobre las estremecidas ciudadelas de los hombres.  
Entonces, aplastando lo que había moldeado por juego,  
El Caos idiota barrió el polvo de la Tierra.

## AZATHOTH

El demonio me llevó por el vacío sin sentido  
Más allá de los brillantes enjambres del espacio dimensional,  
Hasta que no se extendió ante mí ni tiempo ni materia  
Sino sólo el Caos, sin forma ni lugar. Allí el inmenso  
Señor de Todo murmuraba en la oscuridad  
Cosas que había soñado pero que no podía entender,  
Mientras a su lado murciélagos informes se agitaban y revoloteaban  
En vórtices idiotas atravesados por haces de luz.  
Bailaban locamente al tenue compás gimiente  
De una flauta cascada que sostenía una zarpa monstruosa,  
De donde brotaban las ondas sin objeto que al mezclarse al azar  
Dictan a cada frágil cosmos su ley eterna.  
“Yo soy Su mensajero”, dijo el demonio,  
Mientras golpeaba con desprecio la cabeza de su Amo.

## **A TRAVÉS DE LA PUERTA DE LA LLAVE DE PLATA**

H. P. Lovecraft & E. Hoffmann Price

I

En una inmensa sala de paredes ornadas con tapices de extrañas figuras y suelo cubierto con alfombras de Boukhara de extraordinaria manufactura e increíble antigüedad, se hallaban cuatro hombres sentados

en torno a una mesa atestada de documentos. En los rincones de unos trípodes de hierro forjado que un negro de avanzadísima edad y oscura librea alimentaba de cuando en cuando, emanaban los hipnóticos perfumes del olíbano, mientras en un nicho profundo, a uno de los lados, latía acompasado un extraño reloj en forma de ataúd, cuya esfera estaba adornada de enigmáticos jeroglíficos, y cuyas cuatro manecillas no giraban de acuerdo con ningún sistema cronológico de este planeta. Era una estancia turbadora y extraña, pero muy en consonancia con las actividades que se desarrollaban en ella. Porque allí, en la residencia de Nueva Orleans del místico, matemático y orientalista más grande de este continente, se estaba ventilando el reparto de la herencia de un sabio, místico, escritor y soñador no menos eminente, que cuatro años antes había desaparecido de este mundo.

Randolph Carter, que durante toda su vida había tratado de sustraerse al tedio y a las limitaciones de la realidad ordinaria evocando paisajes de ensueño y fabulosos accesos a otras dimensiones, desapareció del mundo de los hombres el 7 de octubre de 1928, a la edad de cincuenta y cuatro años. Su carrera había sido extraña y solitaria, y había quienes suponían, por sus extravagantes novelas, que habían debido sucederle cosas aún más extrañas que las que se conocían de él. Su asociación con Harley Warren, el místico de Carolina del Sur cuyos estudios sobre la primitiva lengua *naakal* de los sacerdotes himalayos tan atroces consecuencias tuvieron, fue muy íntima. Efectivamente, Carter había sido quien - una noche enloquecedora y terrible, en un antiguo cementerio - vio descender a Warren a la cripta húmeda y salitrosa de la que nunca regresó. Carter vivía en Boston, pero todos sus antepasados procedían de esa región montañosa y agreste que se extiende tras la vetusta ciudad de Arkham, llena de leyendas y brujerías. Y fue allí, entre esos montes antiguos, preñados de misterio, donde, finalmente, había desaparecido él también.

Parks, su viejo criado, que murió a principios de 1930, se había referido a cierto cofrecillo de madera extrañamente aromática, cubierto de horribles adornos que había encontrado en el desván, a un pergamino indescifrable, y a una llave de plata labrada con raros dibujos que contenía la arqueta. En torno a estos objetos, el propio Carter había mantenido correspondencia con otras personas. Carter, según dijo, le había contado que esta llave provenía de sus antepasados y que le ayudaría a abrir las puertas de su infancia perdida, y de extrañas dimensiones y fantásticas regiones que hasta entonces había visitado sólo en sueños vagos, fugaces y evanescentes. Un día, finalmente, Carter había cogido el cofrecillo con su contenido, y se había marchado en su coche para no volver más.

Más tarde habían encontrado el coche al borde de una carretera vieja y cubierta de yerba que, a espaldas de la desolada ciudad de Arkham, atraviesa las colinas que habitaron un día los antepasados de Carter, de cuya gran residencia sólo queda el sótano ruinoso, abierto de cara al cielo. En un bosquecillo de olmos inmensos había desaparecido en 1781 otro de los Carter, no muy lejos de la casita medio derruida donde la bruja Goody Fowler preparaba sus abominables pociones, tiempo atrás. En 1692, la región había sido colonizada por gentes que huían de la caza de brujas de Salem, y aún ahora conserva una fama vagamente siniestra, aunque debida a unos hechos difíciles de determinar. Edmund Carter había logrado huir justo a tiempo del Monte de las Horcas, adonde le querían llevar sus conciudadanos, pero todavía corrían muchos rumores acerca de sus hechizos y brujerías. ¡Y ahora, al parecer, su único descendiente había ido a reunirse con él!

En el coche habían encontrado el cofrecillo de horribles relieves y fragante madera, así como el pergamino indescifrable. La llave de plata no estaba. Se supone que Carter se la había llevado consigo. Y no se tenían referencias del caso. La policía de Boston había dicho que las vigas

derrumbadas de la vieja morada de los Carter mostraban cierto desorden, y alguien había encontrado un pañuelo en la siniestra ladera rocosa cubierta de árboles que se eleva detrás de las ruinas, no lejos de la terrible caverna llamada de las Serpientes.

Fue entonces cuando las leyendas que corrían por la región sobre la Caverna de las Serpientes cobraron renovada vitalidad. Los campesinos volvieron a hablar en voz baja de las prácticas impías a las que el viejo Edmund Carter el brujo se había entregado en aquella horrible gruta, a lo que ahora venía a añadirse la extraordinaria afición que el propio Randolph Carter había mostrado de niño por ese lugar. Durante la infancia de Carter, la venerable mansión se había mantenido en pie, con su anticuada techumbre de cuatro vertientes, habitada sólo por su tío abuelo Christopher. El la había visitado con frecuencia, y había hablado de modo especial sobre la Caverna de las Serpientes. Las gentes recordaban que más de una vez se había referido a una grieta que había en un rincón ignorado de la cueva, y hacían cábalas sobre el cambio que había experimentado a raíz de un día que pasó entero dentro de la caverna, a los nueve años de edad. Esto había sucedido en octubre, y desde entonces parecía haber adquirido una inusitada facultad de predecir acontecimientos futuros.

La noche en que desapareció Carter, había llovido, y nadie pudo encontrar la menor huella de los pasos que dio al bajar del coche. En el interior de la Caverna de las Serpientes se había formado un barro líquido y viscoso, debido a las grandes filtraciones de agua. Sólo los rústicos ignorantes murmuraron sobre ciertas huellas que habían creído descubrir en el sitio donde los grandes olmos sobresalían por encima de la carretera y en la siniestra pendiente próxima a la Caverna de las Serpientes donde había sido encontrado el pañuelo. Pero, ¿quién iba a hacer caso de aquellos rumores, según los cuales esas huellas eran idénticas a las que dejaban las botas de puntera cuadrada que había usado Randolph Carter cuando era

niño? Esa historia era tan insensata como aquella otra de que habían visto las huellas inconfundibles de las botas de Benjiah Corey, que según decían iban al encuentro de las huellas pequeñas de la carretera. El viejo Benjiah Corey había sido el criado del señor Carter cuando Randolph era muy joven, pero hacía treinta años que había muerto.

Debieron ser esos rumores - añadidos a las manifestaciones que el propio Carter había hecho a Parks y a otros sobre su suposición de que la labrada llave de plata le ayudaría a abrir las puertas de su perdida infancia - los que indujeron a ciertos investigadores ocultistas a declarar que el desaparecido había conseguido dar la vuelta a la marcha del tiempo, regresando, a través de cincuenta y cuatro años, a ese día de octubre de 1883 en que, siendo niño, había permanecido tantas horas en la Caverna de las Serpientes. Sostenían que, cuando salió aquella noche de la cueva, Carter había logrado de algún modo viajar hasta 1928 y volver. ¿Acaso no sabía después las cosas que habrían de suceder más tarde? Y no obstante, jamás se había referido a suceso alguno posterior a 1928.

Uno de estos sabios - un viejo excéntrico de Providence, Rhode Island, que había mantenido una larga y estrecha correspondencia con Carter tenía una teoría aún más complicada: decía que no sólo había regresado a la niñez, sino que había alcanzado un grado de liberación aún mayor, pudiendo recorrer ahora a capricho los paisajes prismáticos de sus sueños infantiles. Tras haber sufrido una extraña visión, este hombre publicó un relato sobre la desaparición de Carter, en el que insinuaba la posibilidad de que éste ocupase el trono de ópalo de Ilek-Vad, fabulosa ciudad de innumerables torreones, asentada en lo alto de los acantilados de cristal que dominan ese mar crepuscular en que los gnorri, barbudas criaturas provistas de aletas natatorias, construyen sus singulares laberintos.

Fue este anciano, Ward Phillips, quien más enérgicamente se opuso al reparto de los bienes de Carter entre sus herederos - todos ellos primos

lejanos - alegando que éste aún seguía con vida en otra dimensión del tiempo, y que muy bien podría ser que regresara un día. Contra este argumento se alzó uno de los primos, Ernest K. Aspinwall, de Chicago, diez años mayor que Carter, que era un abogado experto y combativo como un joven cuando se trataba de batallas forenses. Durante cuatro años la contienda había sido furiosa; pero la hora del reparto había sonado, y esta inmensa y extraña sala de Nueva Orleans iba a ser el escenario del acuerdo.

La casa pertenecía al albacea testamentario de Carter para los asuntos literarios y financieros: el distinguido erudito en misterios y antigüedades orientales, Etienne-Laurent de Marigny, de ascendencia criolla. Carter había conocido a De Marigny durante la guerra, cuando ambos servían en la Legión Extranjera francesa, y en seguida se sintió atraído por él a causa de la similitud de gustos y pareceres. Cuando, durante un memorable permiso colectivo, el erudito y joven criollo condujo al ávido soñador bostoniano a Bayona, en el sur de Francia, y le enseñó ciertos secretos terribles que ocultaban las tenebrosas criptas inmemoriales excavadas bajo esa ciudad milenaria y henchida de misterios, la amistad entre ambos quedó sellada para siempre. El testamento de Carter nombraba como albacea a De Marigny, y ahora este estudioso infatigable presidía de mala gana el reparto de la herencia. Era un triste deber para él porque, como le pasaba al viejo excéntrico de Rhode Island, tampoco él creía que Carter hubiera muerto. Pero, ¿qué peso podían tener los sueños de dos místicos frente a la rígida ciencia mundana?

En aquella extraña habitación del viejo barrio francés, se habían sentado en torno a la mesa unos hombres que pretendían tener algún interés en el asunto. La reunión se había anunciado, como es de rigor en estos casos, en los periódicos de las ciudades donde se suponía que pudiera vivir alguno de los herederos de Carter. Sin embargo, sólo había allí cuatro personas reunidas escuchando el tic-tac singular de aquel reloj en forma de



ataúd que no marcaba ninguna hora terrestre, y el rumor cristalino de la fuente del patio que se veía a través de las cortinas. A medida que pasaban las horas lentamente, los semblantes de los cuatro se iban borrando tras el humo ondulante de los trípodes que cada vez parecían necesitar menos los cuidados de aquel viejo negro de furtivos movimientos y creciente nerviosidad.

Los presentes eran el propio Etienne de Marigny, hombre enjuto de cuerpo, moreno, elegante, de grandes bigotes y aspecto joven; Aspinwall, representante de los herederos, de cabellos blancos y rostro apoplético, rollizo, y con enormes patillas; Phillips, el místico de Providence, flaco, de pelo gris, nariz larga, cara afeitada y cargado de espaldas; el cuarto era de edad indefinida, delgado, rostro moreno y barbudo, absolutamente impasible, tocado de un turbante que denotaba su elevada casta brahmánica. Sus ojos eran negros como la noche, llenos de fuego, casi sin iris, y parecía mirar desde un abismo situado muy por detrás de su rostro. Se había presentado a sí mismo como el *swami* Chandraputra, un adepto venido de Benarés con cierta información de suma importancia. Tanto De Marigny como Phillips - que habían mantenido correspondencia con él - habían reconocido inmediatamente la autenticidad de sus pretensiones esotéricas. Su voz tenía un acento singular, un tanto forzado, hueco, metálico, como si el empleo del inglés resultara difícil a sus órganos vocales; no obstante, su lenguaje era tan fluido, correcto y natural como el de cualquier anglosajón. Su indumentaria general era europea, pero las ropas le quedaban flojas y le caían extraordinariamente mal, lo cual, sumado a su barba negra y espesa, su turbante oriental y sus blancos mitones, le daba un aire de exótica excentricidad.

De Marigny, manoseando el pergamino hallado en el coche de Carter, decía:

- No, no he podido descifrar una sola letra del pergamino. El señor

Phillips, aquí presente, también ha desistido. El coronel Churchward afirma que no se trata de la lengua *naakal*, y que no tiene el menor parecido con los jeroglíficos de las mazas de guerra de la Isla de Pascua. Los relieves del cofre, en cambio, recuerdan muchísimo a las esculturas de la Isla de Pascua. Que yo recuerde, lo más parecido a estos caracteres del pergamino (observen cómo todas las letras parecen colgar de las líneas horizontales) es la caligrafía de un libro que poseía el malogrado Harley Warren. Le acababa de llegar de la India, precisamente cuando Carter y yo habíamos ido a visitarle, en 1919, y no quiso decirnos de qué se trataba. Aseguraba que era mejor que no supiéramos nada, y nos dio a entender que acaso su origen fuera extraterrestre. Se lo llevó consigo aquel día de diciembre en que bajó a la cripta del antiguo cementerio, pero ni él ni su libro volvieron a la superficie otra vez. Hace algún tiempo le envié aquí, a nuestro amigo el *swami* Chandraputra, el dibujo de alguna de aquellas letras, hecho de memoria, y una fotocopia del manuscrito de Carter. El cree que podrá aportar alguna luz sobre tales caracteres después de realizar ciertas investigaciones y consultas. En cuanto a la llave, Carter me envió una fotografía. Sus extraños arabescos no son letras, pero parece como si perteneciesen a la misma tradición cultural que el pergamino. Carter decía siempre que estaba a punto de resolver el misterio, aunque nunca llegó a darme detalles. Una vez casi se puso poético hablando de todo este asunto. Aquella antigua llave de plata, según decía, abriría las sucesivas puertas que impiden nuestro libre caminar por los imponentes corredores del espacio y del tiempo, hasta el mismo confín que ningún hombre ha traspasado jamás desde que Shaddad, empleando su genio terrible, construyó y ocultó en las arenas de la pétrea Arabia las prodigiosas cúpulas y los incontables alminares de Irem, la ciudad de los mil pilares. Según escribió Carter, han regresado santones hambrientos y nómadas enloquecidos por la sed, para hablar de su pórtico monumental y de la

mano esculpida sobre la clave del arco; pero ningún hombre lo ha cruzado y ha vuelto después para decirnos que sus huellas atestiguan su paso por las arenas del interior. Carter suponía que la llave era precisamente lo que la mano ciclópea intentaba agarrar en vano. Lo que no sabemos es por qué razón no se llevó Carter el pergamino lo mismo que la llave. Tal vez lo olvidaría, o quizá se abstuvo al recordar que su amigo llevaba consigo un libro de parecidos caracteres al descender a la cripta, y no regresó. O sencillamente, puede que no tuviera nada que ver con la empresa que él pretendía llevar a cabo.

Al interrumpirse De Marigny, el anciano señor Phillips dijo con voz áspera y chillona:

- Sólo podemos conocer los vagabundeos de Carter por nuestros propios sueños. Yo he estado en lugares muy extraños en mis sueños, y he oído cosas muy raras y significativas en Ulthar, al otro lado del río Skai. Parece que el pergamino no debía de hacerle falta, ya que Carter, lo que pretendía era regresar al mundo de los sueños de su niñez, y ahora es rey de Ilek-Vad.

El señor Aspinwall se puso aún más apoplético y farfulló:

- ¿Por qué no hacen que se calle ese viejo loco? Ya hemos tenido bastantes tonterías de ese tipo. El problema ahora es hacer el reparto, y ya es hora de que nos pongamos a ello.

Por primera vez habló el *swami* Chandraputra con su voz singularmente metálica y lejana:

- Señores, en todo este asunto hay algo más de lo que ustedes piensan. El señor Aspinwall no hace bien en burlarse de la veracidad de los sueños. El señor Phillips tiene una idea incompleta de la cuestión, quizá porque no ha soñado lo suficiente. Por mi parte, he soñado muchísimo. En la India soñamos todos mucho, y ésta parece ser también la costumbre de los Carter. Usted, señor Aspinwall, es primo suyo por parte de madre, y por

lo tanto no es Carter. Mis propios sueños, y algunas otras fuentes de información, me han revelado ciertas cosas que todavía siguen oscuras para ustedes. Por ejemplo, Randolph Carter dejó olvidado ese pergamino que no pudo descifrar, pero le habría sido muy conveniente llevárselo. Como ven ustedes, he llegado a enterarme de muchas cosas que le sucedieron a Carter desde que, hace cuatro años, en el atardecer del siete de octubre, abandonó su coche y se fue con la llave de plata.

Aspinwall soltó una risotada, pero los demás quedaron en suspenso, presos de un renovado interés. El humo de los trípodes aumentaba, y el tic-tac extravagante de aquel reloj en forma de ataúd pareció convertirse en los puntos y rayas de algún mensaje telegráfico remoto y terrible, procedente de los espacios exteriores. El hindú se echó hacia atrás, cerró los ojos casi por completo y siguió hablando en su tono ligeramente forzado, aunque con fluidez. Y a medida que hablaba, fue tomando forma ante su auditorio el cuadro de lo que había sucedido a Randolph Carter.

## II

«Las colinas que se extienden más allá de la ciudad de Arkham están impregnadas de extraña magia por algo, quizá, que el viejo hechicero Edmund Carter invocaría de las estrellas, o que haría emerger de las más profundas criptas de la tierra, cuando se refugió en aquellos parajes al huir de Salem en 1692. Tan pronto como Randolph Carter volvió a las colinas, comprendió que se encontraba cerca de las puertas que sólo unos pocos hombres temerarios y execrados han logrado abrir a través de las titánicas murallas que separan el mundo y lo absoluto. Presentía que aquí y ahora podría poner en práctica con éxito el mensaje, descifrado meses antes, que se ocultaba en los arabescos de aquella enmohecida e increíblemente antigua llave de plata. Ahora sabía cómo hacerla girar y cómo alzarla bajo

los rayos del sol poniente, y qué fórmulas ceremoniales debían entonarse en el vacío, al dar la novena y última vuelta. En un lugar tan próximo al vértice transdimensional y a la puerta mística, era imposible que la llave fallara en la misión para la que había sido creada. Era seguro que Carter descansaría aquella noche de su perdida niñez, por la que nunca había dejado de suspirar.

»Salió del coche con la llave en el bolsillo, y caminó cuesta arriba por la serpeante carretera, adentrándose en el corazón de aquella comarca embrujada y sombría. Cruzó las tapias de piedra cubiertas de enredadera, el bosque de árboles amenazadores y ramaje retorcido, el huerto abandonado, la granja desierta de rotas ventanas abiertas, y las ruinas sin nombre. A la hora del crepúsculo, cuando las lejanas agujas de campanario de Kingsport relucían con resplandores rojizos, sacó la llave, le dio las vueltas necesarias y entonó las fórmulas requeridas. Sólo más adelante se dio cuenta de la prontitud con que surtió efecto este ritual.

»Luego, en la creciente oscuridad del crepúsculo, oyó una voz del pasado: la del viejo Benjiah Corey, el criado de su tío abuelo. ¿No hacía treinta años que había muerto Benjiah? ¿Pero treinta años a partir de qué fecha? ¿En qué año estaba ahora? ¿Dónde había estado? ¿Qué tenía de raro que Benjiah le estuviera llamando hoy, 7 de octubre de 1833? ¿Acaso no llevaba fuera de casa mucho más rato de lo que tía Martha le tenía dicho? ¿Qué llave era esta que llevaba en el bolsillo de la blusa, en vez del pequeño catálogo que le regalara su padre al cumplir los nueve años? ¿No la había encontrado en el desván de casa? ¿Atravesaría el pórtico que sus ojos perspicaces habían descubierto entre las rocas desgarradas del fondo de aquella cueva interior que se abría tras la Caverna de las Serpientes? Todo el mundo relacionaba ese lugar con Edmund Carter el hechicero. La gente no quería pasar por allí; nadie más que él había descubierto la grieta de la roca, ni se había escurrido por ella hasta la gran cámara interior donde

se encontraba el portón. ¿Qué manos habrían tallado la roca viva formando como un pórtico de templo? ¿Quizá las del viejo Edmund, el hechicero, o acaso las de *otros seres* invocados por él y que actuaban bajo su mandato?

»Aquella noche, el pequeño Randolph cenó con tío Chris y tía Martha en el viejo caserón del enorme tejado.

»A la mañana siguiente se levantó temprano, cruzó el huerto de manzanos, y se internó por la arboleda de arriba, donde estaba oculta la Caverna de las Serpientes, tenebrosa y amenazante, entre grotescos e hinchados robles. Sentía en su interior una insospechada ansiedad, y ni siquiera se dio cuenta de que se le había caído el pañuelo, al registrarse el bolsillo para ver si traía la llave. Se deslizó a través del negro orificio con intrépida seguridad, alumbrándose el camino con las cerillas que había cogido del cuarto de estar. Un momento después, se había colado a través de la grieta de la roca, y se hallaba en la inmensa gruta interior, cuya rocosa pared final recordaba la forma de un pórtico labrado intencionadamente en la piedra. Allí permaneció en pie, ante la pared húmeda y goteante, silencioso, aterrado, encendiendo cerilla tras cerilla mientras la contemplaba. ¿Aquella prominencia que emergía de la clave del arco sería acaso la gigantesca mano esculpida? Entonces sacó la llave, hizo ciertos movimientos y entonó determinados cánticos cuyo origen recordaba confusamente. ¿Habría olvidado algo? El sólo sabía que deseaba cruzar la barrera que le separaba de las regiones ilimitadas de sus sueños, de los abismos donde todas las dimensiones se disuelven en lo absoluto.

### III

“Resulta difícil explicar con palabras lo que sucedió entonces. Fue una sucesión de paradojas, de contradicciones, de anomalías que no tienen cabida en la vida vigil, pero que llenan nuestros sueños más fantásticos,

donde se aceptan como cosa corriente, hasta que regresamos a nuestro mundo objetivo, estrecho, rígido, encorsetado por los principios de una lógica tridimensional”.

Al proseguir su relato, el hindú tuvo que evitar muchos escollos para no dar la impresión de delirios triviales y pueriles, en vez de transmitir la experiencia de un hombre trasladado a su niñez a través de los años. El señor Aspinwall, disgustado, dio un bufido y dejó prácticamente de escuchar.

«El ritual de la llave de plata, tal como lo había llevado a cabo Randolph Carter en aquella cueva tenebrosa y oculta en el interior de otra cueva, tuvo un resultado inmediato. Desde el primer movimiento, desde la primera sílaba que había pronunciado, sintió el aura de una extraña y pavorosa mutación. Su percepción del espacio y del tiempo experimentó un trastorno profundísimo y perdió las nociones que conocemos nosotros como movimiento y duración. Imperceptiblemente, conceptos tales como el de edad o el de localización espacial dejaron de tener significado alguno. El día anterior, Randolph Carter había saltado milagrosamente un abismo de años. Ahora no había ya diferencia alguna entre niño y hombre. Sólo existía la entidad Randolph Carter, dotada de cierta cantidad de imágenes que habían perdido ya toda conexión con las escenas terrestres y las circunstancias con que habían sido adquiridas. Poco antes estaba en el interior de una caverna, en cuya pared del fondo parecían destacarse vagamente los trazos de un arco monstruoso y de una mano gigantesca esculpida. Ahora no había ya ni caverna ni ausencia de caverna, ni paredes ni ausencia de paredes. Había un fluir de sensaciones no tanto visuales como cerebrales, en medio de las cuales la entidad que era Randolph Carter captaba y archivaba todo lo que su espíritu percibía, aun sin tener clara conciencia de cómo tales impresiones llegaban hasta él.

»Cuando hubo concluido el ritual, Carter se dio cuenta de que no se

hallaba en ninguna región descrita por los geógrafos de la Tierra, ni en época alguna cuya fecha pudieran determinar los historiadores. Sin embargo, lo qué estaba sucediendo le era en cierto modo familiar. En los misteriosos fragmentos pnakóticos figuraban alusiones a procesos análogos y, una vez descifrados los símbolos grabados en la llave de plata, todo un capítulo del *Necronomicon*, obra del árabe loco Abdul Alhazred, había adquirido significado. Acababa de abrir una puerta. No se trataba de la Última Puerta, desde luego, sino de la que daba acceso, desde el tiempo terrenal, a aquella extensión de la Tierra situada fuera del tiempo, en la que, a su vez, se halla la Última Puerta. Esta comunica con los pavorosos misterios del Vacío Final que se extiende más allá de todos los mundos, de todos los universos y de toda la materia.

»Ante ella habría un Guía verdaderamente terrible, un Guía que había morado en la Tierra hace millones de años, cuando la existencia del hombre ni siquiera podía imaginarse, cuando formas ya olvidadas pululaban por el planeta cubierto todavía de vapores, construyendo extrañas ciudades entre cuyas ruinas retozaron más tarde los primeros mamíferos. Carter recordaba la manera vaga con que el abominable *Necronomicon* describía a este Guía:

*»Y hay quienes se han atrevido a asomarse al otro lado del Velo, y a aceptarle a El como guía - había escrito el árabe loco - mas habrían dado muestras de mayor prudencia no aceptando trato alguno con El; porque está en el Libro de Thoth cuán terrible es el precio de una simple mirada. Y aquellos que entraren no podrán volver jamás, porque en los espacios infinitos que trascienden nuestro mundo existen formas tenebrosas que atrapan y envuelven. La Entidad que fluctúa en la noche, y la Malignidad capaz de desafiar al Signo Arquetípico, y la Horda que vigila el portal secreto de cada tumba y medra con lo que se forma en los moradores de ésta.. todos estos Horrores son inferiores al del que guarda el umbral, al*



*de ESE que guiará al temerario, más allá de todos los mundos, hasta el Abismo de los devoradores innominados. Porque EL es 'UMR AT-TA WIL, El Más Antiguo, nombre que el escriba traduce por EL DE LA VIDA PROLONGADA'.*

»En medio del caos, sus recuerdos y su imaginación presentaron ante él confusas imágenes de perfiles inciertos; pero Carter sabía que no tenían consistencia, puesto que sólo eran proyecciones de su propia mente. Pero también se daba cuenta de que esas imágenes no habían aparecido en su conciencia por azar, sino más bien a causa de la realidad inmensa, inefable y sin dimensiones que le rodeaba, la cual se esforzaba por expresarse en los únicos símbolos que él podía comprender. Ningún espíritu de la Tierra es capaz de captar directamente - sino sólo por símbolos - las formas indecibles que se entrelazan en los tortuosos abismos exteriores al tiempo y a las dimensiones que conocemos.

»Delante de Carter se desplegó una vaporosa formación de siluetas y de escenas confusas que le sugirieron de algún modo las eras primordiales de la Tierra, sepultadas en un pasado de millones y millones de años. Monstruosas formas de vida se movían con lentitud a través de escenarios fantásticos como jamás han aparecido ni en los más delirantes sueños del hombre, en medio de vegetaciones increíbles, de acantilados, de montañas y de edificios distintos en todo a los que el hombre construye. Había ciudades bajo el mar, y estaban habitadas; y había torres que se alzaban en los desiertos, y de ellas despegaban globos y cilindros, y también criaturas aladas, y regresaban a ellas después de cruzar los espacios. Carter veía todo esto, aunque las imágenes no guardaban clara relación entre sí, ni tampoco con él. Y él mismo no poseía forma ni posición estables, sino sólo vagas intuiciones de forma y posición proporcionadas por su imaginación en continuo movimiento.

»Carter habría deseado encontrar regiones encantadas de sus sueños

infantiles, donde las galeras navegaban curso arriba por el río Oukranos y cruzaban las doradas agujas de Thran, donde las caravanas de elefantes vagaban por las junglas perfumadas de Kle, más allá de los palacios olvidados de columnas de marfil que duermen intactos y fascinantes bajo la luna. Pero, intoxicado por visiones más vastas y profundas, apenas si sabía ahora lo que buscaba. En su mente despertaron pensamientos de infinito y blasfemo atrevimiento; y comprendió que se enfrentaría al Temible Guía sin temor, y que le preguntaría cosas monstruosas y terribles.

»De pronto, el cambiante cortejo de impresiones pareció fijarse. Había grandes masas de enormes rocas erguidas, cubiertas de unos relieves extraños e incomprensibles que se ordenaban según las leyes de alguna geometría ignorada e invertida. La luz se filtraba de un cielo de color indeterminado, tomaba direcciones desconcertantes y contradictorias, y, casi como un ser dotado de intencionalidad, jugaba por encima de algo que parecía una especie de semicírculo de pedestales hexagonales cubiertos de jeroglíficos gigantescos y coronados por unas formas veladas e indefinidas.

»Había, además, otra figura que no ocupaba ningún pedestal, sino que parecía cernerse o flotar sobre la vaporosa superficie horizontal que parecía ser el suelo. No tenía silueta estable, pero adoptaba formas fugaces que sugerían remoto antepasado del hombre o acaso algún ser que hubiese seguido una evolución paralela a la humana. Su tamaño, sin embargo, era aproximadamente el de la mitad de un hombre normal. Como las figuras de los pedestales, parecía pesadamente embozado en una especie de tejido de color neutro. Carter no descubrió en el tejido ninguna abertura para mirar. Pero sin duda no la necesitaba la criatura embozada, ya que debía pertenecer a una clase de seres de estructuras y facultades totalmente ajenas al mundo físico que conocemos.

»Un momento después, Carter comprobó que así era, en efecto, ya que la Silueta había hablado directamente a su espíritu sin recurrir a ningún

lenguaje ni emitir un solo sonido. Y aunque el nombre con que se dio a conocer era pavoroso y terrible, Randolph Carter no se dejó vencer por el miedo. Al contrario, contestó sin emplear tampoco ningún sonido ni lenguaje, y le rindió el homenaje que había aprendido del *Necronomicon*. Porque esta silueta era nada menos que la de Aquel ante quien ha temblado el mundo entero desde que Lomar emergió de las aguas y los Hijos de las Brumas de Fuego habían bajado a la Tierra para enseñarle al hombre la Sabiduría Arquetípica. Era, en efecto, el espantoso Guía y Guardián del Umbral: UMR AT-AWIL, El Más Antiguo, cuyo nombre ha traducido el escriba por EL DE LA VIDA PROLONGADA.

»El Guía estaba enterado, puesto que El todo lo sabe, del viaje y la llegada de Carter, y también de que éste buscador de sueños y secretos se mantenía sin miedo ante su presencia. De El no irradiaba horror ni malignidad alguna, y Carter comenzó a preguntarse si las alusiones horribles y blasfemas del árabe loco no obedecerían a la envidia y al deseo jamás cumplido de haber hecho lo que él estaba a punto de realizar. O acaso el Guía reservase su horror y su malignidad para aquellos que le temían. Como la comunicación telepática continuaba, Carter acabó finalmente por interpretar el mensaje en forma de palabras:

»‘Soy, en efecto, ese Más Antiguo que tú sabes - dijo el Guía -. Los Primigenios y Yo te hemos estado esperando. Aunque has tardado mucho, te doy la bienvenida. Tienes la llave y has abierto la Primera Puerta. Ahora tienes que atravesar la Última Puerta, que ya está preparada para tu prueba. Si tienes miedo, no debes seguir. Todavía puedes regresar sin peligro donde viniste Pero si decides proseguir...’

»Hubo un silencio ominoso, pero la irradiación seguía siendo amistosa. Carter no dudó un segundo, porque ardía en deseos de seguir adelante.

»‘Continuaré replicó, y te acepto como Guía.’

»Al recibir esta respuesta, el Guía pareció hacer un gesto, a juzgar por los movimientos del tejido en que se hallaba embozado, que podían obedecer al hecho de haber levantado un brazo. Después hizo otra señal, y gracias a sus conocimientos de lo oculto, Carter entendió que estaba muy cerca de la Última Puerta. La luz adquirió entonces una coloración inexplicable y las siluetas de los pedestales hexagonales se hicieron más definidas. Al perfilarse más, tomaron un mayor parecido con el hombre, aunque Carter sabía que no podían ser hombres. Sobre sus cabezas tapadas llevaban unas mitras altas de inciertos colores que recordaban extrañamente a las de las abominables figuras talladas por algún escultor olvidado a lo largo de los barrancos rocosos de cierta montaña inmensa y prohibida de Tartaria. Entre los repliegues de sus tupidos velos aparecían unos cetros largos cuyos pomos esculpidos representaban un misterio grotesco y arcaico.

»Carter adivinó quiénes eran y de dónde provenían, así como a Quién servían; y también sospechaba cuál era el precio de su servicio. Pero aún se consideraba dichoso, porque en una aventura tan extraordinaria, podría aprender todos los secretos del universo. La condenación - se dijo - es sólo una palabra que circula entre aquellos cuya ceguera les lleva a condenar a todos los que ven, aunque sea con un solo ojo. Se asombraba de la inmensa variedad de quienes hablaban sin ton ni son de los *perversos* Primigenios, como si Ellos pudieran abandonar sus sueños eternos para desatar su cólera sobre la humanidad. Esto sería tan absurdo - pensó - como imaginar un mamut ensañándose con una lombriz».

»Luego las figuras de los pedestales hexagonales le saludaron inclinando sus extraños cetros esculpidos e irradiando un mensaje telepático que él entendió:

»‘Te saludamos a ti, El Más Antiguo; y a ti, Randolph Carter, que por tu audacia te has convertido en uno de los nuestros.’

»Carter vio entonces que había un pedestal vacío que, con un gesto, El Más Antiguo le indicó que estaba reservado para él. Y vio también otro pedestal, más alto que los demás, en el centro de la fila - que no era semicírculo, ni elipse, ni parábola, ni hipérbola - que formaban todos ellos. 'Este debe ser el trono del propio Guía', pensó. Caminando y subiendo de manera singular e indefinible, Carter fue a ocupar su sitio, y al hacerlo, vio que el Guía se había sentado también.

»Gradualmente y como entre brumas, fue distinguiendo un objeto que El Más Antiguo sostenía entre los pliegues para que lo vieran, o lo captaran con un sentido equivalente, sus embozados compañeros. Era una gran esfera, o algo parecido, de un metal oscuramente iridiscente; y al mostrarla el Guía, una sorda e intensa *impresión* de sonido comenzó a latir como un pulso que no se parecía a ningún ritmo de la Tierra. Era algo así como un cántico, o lo que una imaginación humana podría haber interpretado como tal. Luego, el objeto parecido a una esfera comenzó a adquirir luminosidad, igual que si brillara con una luz fría y pulsátil de color indefinible, y Carter comprobó que sus destellos se acompasaban con el ritmo extraño de los cánticos. Entonces, todas las siluetas mitradas de los pedestales iniciaron un singular balanceo, siguiendo el mismo ritmo inexplicable, mientras los nimbos de una luz indefinible - semejante a la de la esfera - envolvían sus cubiertas cabezas.

El hindú interrumpió su relato y miró con curiosidad el reloj de forma de ataúd, con su esfera cubierta de jeroglíficos y sus cuatro manecillas, cuyo tic-tac desconcertante seguía un ritmo ajeno a la Tierra.

»-A usted, señor De Marigny - dijo súbitamente a su sabio anfitrión - no es preciso hablarle del ritmo particularmente extraño que seguían las embozadas siluetas de los pedestales hexagonales con sus cánticos y balanceos. Además de Carter, es usted el único en América que ha sentido alguna premonición de la Dimensión Exterior. Supongo que este reloj se lo

enviaría el yogui de quien solía hablar el pobre Harvey Warren, el vidente que decía haber sido el único que había estado en Yian-Ho, escondido reducto de la antiquísima Leng, llevándose ciertas cosas de aquella ciudad pavorosa y prohibida. Me pregunto qué objetos delicados conocerá usted de allá. Si mis sueños y lecturas no me engañan, esa ciudad fue construida por quienes conocían bastante bien la Primera Entrada. Pero seguiré mi relato.

»Por último - prosiguió el *swami* - el balanceo y los cánticos cesaron, los nimbos fosforescentes que rodeaban sus cabezas, ahora caídas e inmóviles, palidecieron y las figuras se hundieron extrañamente en sus pedestales. La esfera, no obstante, continuó palpitando con inexplicable luz. Carter comprendió que los Primigenios dormían de nuevo como cuando los viera por primera vez, y se preguntó de qué sueños cósmicos les habría sacado su llegada. Lentamente, fue abriéndose camino en su espíritu el auténtico sentido de esos cánticos extraños: había sido un ritual de iniciación, y El Más Antiguo había cantado para inducir en sus Compañeros una nueva categoría de sueño cuyos ensueños permitieran abrir la Última Puerta para pasar la cual la llave de plata servía de pasaporte. Y comprendió que en lo más hondo de ese sueño profundo, los Primigenios contemplaban las insondables inmensidades de las infinitas dimensiones exteriores, y que así cumplían lo que su presencia les había exigido. El Guía no compartía este sueño, sino que parecía seguir dándoles instrucciones mediante una irradiación sutil y sin palabras. Sin duda les imponía las imágenes de aquello que quería que soñaran sus Compañeros; y Carter comprendió que cuando cada Primigenio soñase el sueño ordenado, nacería el germen de una manifestación visible para sus ojos terrestres. Cuando los sueños de todas las Siluetas se fundieran en una unidad, surgiría esta manifestación, y todo lo que él deseara se materializaría mediante concentración. El había visto cosas parecidas en la Tierra: en la India, donde la voluntad de un círculo de adeptos, combinada

y proyectada, puede hacer que un pensamiento tome sustancia tangible; y en la arcaica Atlaanât, de la que muy pocos se atreven a hablar.

»Carter no sabía a ciencia cierta en qué consistía la Última Puerta, ni cómo debía atravesarla; pero se sintió invadido por un sentimiento de tensa expectación. Tenía conciencia de poseer alguna clase de corporeidad y de llevar la llave fatal en la mano. Las masas descollantes de roca que se alzaban frente a él parecían como una muralla informe, hacia el centro de la cual se sentían sus ojos irresistiblemente atraídos. Y entonces, de súbito, sintió que la irradiación mental del Más Antiguo había dejado de fluir.

»Por primera vez se dio cuenta de lo absurdo y terrible que puede ser el silencio mental y físico. Durante las primeras fases de su aventura percibía aún cierto ritmo, que acaso no fuera sino el latido lejano y secreto de la extensión tridimensional de la Tierra. Pero, ahora, la quietud del abismo parecía haberlo inmovilizado todo. A pesar de su conciencia de poseer un cuerpo físico, no consiguió oír su propia respiración. El resplandor de la esfera de 'Umr at-Tawil' se había quedado inmóvil y petrificado. Un halo imponente, más resplandeciente aún que los nimbos que rodearon las cabezas de las Siluetas, brillaba atterradoramente en torno al cráneo amortajado del espantoso Guía.

»Un vértigo infinito invadió a Carter, cuyo sentimiento de orientación había desaparecido por completo. Las luces extrañas parecían poseer la calidad de la más impenetrable negrura acumulada sobre las mismas tinieblas. En torno a los Primigenios, tan solitarios sobre sus tronos hexagonales, reinaba una atmósfera de la más pasmosa lejanía. Luego se sintió arrebatado hacia unas profundidades inconmensurables, notando sobre su rostro los efluvios de un cálido perfume. Era como si flotara en un mar tórrido y rojizo, un mar de vino embriagador cuyas olas espumosas rompieran contra unas costas de bronce incandescente. Un gran temor le invadió al vislumbrar aquella vasta extensión marina cuyo oleaje rompía en

costas lejanas. Pero el tiempo del silencio había terminado: las olas le hablaban con un lenguaje sin sonidos ni palabras articuladas:

»*‘El-Hombre-Que-Conoce-La-Verdad está más allá del bien y del mal - entonaba una voz que no era voz -. El Hombre-Que-Conoce-La-Verdad ha comprendido la identidad de lo Uno y el Todo. El-Hombre-Que-Conoce-La-Verdad ha comprendido que la Ilusión es la Realidad Unica y que la Sustancia es la Gran Impostora.’*

»Y entonces, en aquellas elevadas construcciones rocosas hacia las cuales se sentían sus ojos atraídos tan irresistiblemente, apareció el perfil titánico de un arco semejante al que recordaba haber visto hacía muchísimo tiempo en aquella cueva oculta en el interior de otra cueva, en la lejana e irreal superficie de la Tierra tridimensional.

»Se dio cuenta de que había utilizado la llave de plata, de que la había movido instintivamente, sin previo aprendizaje, de acuerdo con un ritual muy semejante al que le sirvió para abrir la Primera Puerta. Ahora comprendió que aquel mar rosado y embriagador que lamía sus mejillas no era sino la masa impenetrable de la sólida muralla, que se disolvía ante su conjuro y ante el vórtice en que se habían concentrado los pensamientos de los Primigenios. Guiado aún por una instintiva y ciega determinación siguió avanzando en el vacío..., y atravesó la Ultima Puerta.

#### IV

»La progresión de Randolph Carter a través de aquel ciclópeo espesor de muralla era como un vertiginoso precipitarse a través de los insondables abismos interestelares. Sentía, a una gran distancia, el oleaje triunfante y celeste de dulzura mortal; después, un batir de alas enormes y como el gorjeo o murmullo de unos seres ignorados en la Tierra y en el sistema solar. Miró hacia atrás, y vio, no una entrada sólo, sino una



multitud de puertas, en algunas de las cuales clamaban ciertas Formas que él procuró no recordar.

»Y, de repente, experimentó un terror más grande aún que el que le produjeron aquellas Formas, un terror del que no podía sustraerse porque radicaba en él mismo. Al traspasar la Primera Puerta, había perdido algo de su propia consistencia, sumiéndose en dudas sobre la forma de su cuerpo y su afinidad con los objetos brumosos y difusos que le rodeaban; sin embargo, no se había alterado su sentido de la propia unidad. Había seguido siendo Randolph Carter, un punto fijo en el caos polidimensional. Ahora, una vez cruzada la Última Puerta, se dio cuenta, en un instante de miedo aniquilador, de que no era una persona, sino muchas personas a la vez.

»Se encontraba en muchos lugares al mismo tiempo. En la Tierra, a siete de octubre de mil ochocientos ochenta y tres, un niño llamado Randolph abandonaba la Caverna de las Serpientes, salía a la luz apacible de la tarde, bajaba corriendo la ladera rocosa, cruzaba el huerto de manzanos retorcidos y entraba en casa de tío Christopher, situada en las colinas de Arkham; y no obstante, en ese mismo momento, que sin saber cómo también pertenecía a primeros de mil novecientos veintiocho, una sombra vaga que también era Randolph Carter se hallaba sentada sobre un pedestal entre los Primigenios, en la prolongación tridimensional de la Tierra. Al mismo tiempo, había un tercer Randolph Carter, en el amorfo e ignorado abismo del cosmos que se extiende más allá de la Última Puerta. Y en otras zonas, en un caos de escenas cuya infinita multiplicidad y monstruosa diversidad le arrastraban al borde de la locura, había una ilimitada confusión de seres que eran tan él mismo como la manifestación espacial que ahora se hallaba al otro lado de la Última Puerta.

»Había docenas de Carter en cada época conocida o supuesta de la historia de la Tierra, y en aquellas edades del planeta, aún más remotas, que

escapan a todo conocimiento y conjetura. Los había bajo forma humana y no humana, vertebrada e invertebrada, dotada de conciencia y desprovista de ella, animal y vegetal. Y más aún los había que no tenían nada en común con la vida terrestre, que se agitaban de manera repugnante en otros planetas, sistemas, galaxias y continuos cósmicos. Veía esporas de vida eterna que vagaban de mundo en mundo, de universo en universo, y todas eran igualmente él mismo. Alguna de estas visiones le recordaba ciertos sueños - confusos y vívidos a la vez, fugaces y duraderos - que había tenido durante muchos años desde que comenzó a soñar; y algunas de ellas le resultaban pasmosas, fascinantes, casi horriblemente familiares, lo cual era inexplicable según la lógica terrestre.

»Ante esta experiencia, Randolph Carter se sintió poseído por un supremo horror; horror que ni siquiera pudo sospechar aquella noche espantosa en que dos hombres se aventuraron, bajo la luna menguante, en cierta necrópolis horrenda y antigua, de la que sólo uno de ellos pudo regresar. Ni la muerte, ni la fatalidad, ni la ansiedad pueden producir la insoportable desesperación que resulta de perder la propia identidad. Sumergirse en la nada supone caer en un olvido apacible; pero tener conciencia de existir y saber, no obstante, que ya no se es un ser definido, distinto de los demás seres, que ya no se posee la propia mismidad, es la indecible culminación del horror y de la angustia.

»Sabía que en Boston había existido un Randolph Carter, pero no estaba seguro de si él - el fragmento componente de la entidad que ahora se hallaba al otro lado de la Última Puerta - había sido ése o algún otro. Su *yo* había sido aniquilado; y no obstante, él - si es que efectivamente podía, ante aquella absoluta falta de existencia individual, decir *él* con entera propiedad - tenía conciencia de ser igualmente una legión de *yos*. Era como si su cuerpo se hubiese transformado repentinamente en una de esas efigies de brazos y cabezas múltiples que se adoran en los templos de la India, y

contemplase el conglomerado resultante de un atolondrado intento de distinguir su cuerpo original de dichas reproducciones, si es que realmente (¡qué idea majestuosa!) *había* un original distinto de las infinitas encarnaciones.

»En medio de estas espantosas reflexiones, el fragmento de Randolph Carter que había atravesado la Última Puerta fue arrebatado de lo que parecía el colmo del horror para ir a parar a los negros abismos de otro horror aún más profundo, que esta vez procedía del exterior. Era una fuerza personal que súbitamente apareció frente a él, envolviéndole, penetrándole, invadiéndole. Además de poseer presencia concreta, parecía también formar parte de él mismo y coexistir asimismo con todo tiempo y todo espacio. No hubo imagen visual alguna, pero la sensación de entidad y la horrible idea de una combinación de los conceptos de localización, identidad e infinitud, le causaron un terror paralizante que superaba cualquier experiencia que las personalidades de Carter fueran capaces de soportar en sus existencias.

»Frente a este espantoso prodigio, el fragmento Carter olvidó la pérdida de su identidad. Ante él - y dentro de él - resplandecía una entidad que era Todo-en-Uno y Uno-en-Todo, a la vez ilimitada e infinitamente idéntica a sí misma. No pertenecía a un solo continuo espacio temporal, sino que formaba parte de la misma esencia animada del torbellino caótico de la vida y del ser; del último, del absoluto torbellino de confines y que rebasa tanto el campo de la fantasía como el de la matemática. Era, seguramente, Aquel a quien en algunos cultos secretos de la Tierra daban el nombre de *Yog-Sothoth*, y entre otros adoraban con nombres distintos; Aquel a quien los crustáceos de Yuggoth llaman El-del-Más-Allá, prosternándose ante él, y los seres vaporosos de la nebulosa espiral representan con un signo intraducible. Pero, en un instante de clarividencia, el fragmento Carter comprendió cuán triviales y fraccionarias son todas

estas concepciones.

»Y entonces, el Ser se dirigió al fragmento Carter mediante unos efluvios prodigiosos que herían, quemaban y ensordecían mediante una concentración de energía que consumía al que la recibía, con su insospechable violencia, y que poseía un ritmo extraterrestre semejante al extraño balanceo de los Primigenios y al parpadeo de las monstruosas luces de aquella turbadora región situada detrás de la Primera Puerta. Era como si los soles y los mundos y los universos se hubieran concentrado en un punto cuya verdadera posición espacial se hubieran propuesto aniquilar con un impacto de irresistible furia. Pero, en medio de un terror inmenso, se atenúan otros terrores menores: pareció como si aquellas oleadas aislasen de alguna manera al Carter que estaba Más-Allá-de-la-Puerta-Ultima de toda la infinita multiplicidad de los demás Carter, lo cual le restituyó, por así decir, cierto sentimiento de identidad. Pronto fue capaz de empezar a traducir aquellos efluvios en formas lingüísticas por él conocidas, y disminuyeron sus sensaciones de horror y opresión. El espanto se convirtió en sagrado pavor, y lo que le había parecido diabólico y blasfemo, adquirió ahora la apariencia de una majestad inefable.

»Randolph Carter - parecía decir-, mis manifestaciones en la extensión de tu planeta, que son los Primigenios, te han enviado a mí porque, aun cuando podías haber regresado a las regiones menores del sueño que perdiste con tu infancia, sin embargo, has alzado el vuelo hacia más grandes y más nobles anhelos e intereses. Deseabas navegar por el Oukranos, buscar las olvidadas ciudades de marfil de Kled, el país de las orquídeas, y ocupar el trono de ópalo de Ilel-Vad, cuyas torres fabulosas e innumerables cúpulas se elevan poderosas hacia una única estrella roja que brilla en un firmamento extraño a tu Tierra y a toda la materia. Ahora, después de haber atravesado las dos Puertas, deseas cosas más elevadas aún. No huyes como un niño de una visión desagradable a un sueño

placentero, sino que te sumerges como un hombre en el último y más recóndito de los secretos que yace detrás de todas las visiones y de todos los sueños.

»Lo que deseas es de mi complacencia; y yo estoy dispuesto a concederte lo que sólo he otorgado once veces a seres de tu planeta; y de ellas, cinco a los que tú llamas hombres, o a seres parecidos al hombre. Estoy dispuesto a mostrarte el Ultimo Misterio, cuya contemplación aniquila a los débiles de espíritu. Pero antes de contemplar el primero y último de los misterios, todavía eres libre de regresar, si quieres, por las dos Puertas, porque el Velo aún no te ha sido retirado de los ojos».

## V

«La brusca interrupción de aquellas ondas sumió a Carter en el silencio frío y espantoso de una absoluta desolación. Por todos lados sentía el agobio de la ilimitada inmensidad del vacío. Sin embargo, sabía que el Ser estaba aún allí. Después, formuló mentalmente las palabras cuyo significado deseaba transmitir al vacío:

»‘Acepto. No retrocederé’.

»Las ondas brotaron nuevamente, y Carter entendió que el Ser le había oído. Y entonces emanó de aquel Espíritu ilimitado una corriente de sabiduría y comprensión que abrió ante él horizontes nuevos y le preparó para contemplar una visión del cosmos que jamás habría esperado llegar a tener. Le explicó cuán infantil y estrecha es la noción de un mundo tridimensional, y qué infinidad de direcciones existen además de las conocidas de abajo-arriba, delante-detrás y derecha-izquierda. Le mostró la pequeñez huera y presuntuosa de los dioses de la Tierra, con sus mezquinos intereses humanos y sus odios, cóleras, amores y vanidades ruines, sus apetencias de honores y sacrificios, y sus exigencias de que se les tribute

una fe contraria a toda razón y naturaleza.

»La mayor parte de estas revelaciones se traducían por sí mismas en palabras ante Carter, pero en cambio le llegaban otras a través de otros sentidos. Quizá con la vista, o tal vez con la imaginación, se daba cuenta de que se hallaba en una región cuyas dimensiones eran ajenas a las que el ojo y el entendimiento humano pueden concebir. En las sombras de lo que al principio había sido como una concentración de poder, y luego como un vacío ilimitado, percibía ahora un torbellino de fuerzas creadoras que aturdíán sus sentidos. Desde algún punto de vista inconcebiblemente elevado, dominó un panorama de formas prodigiosas cuyas múltiples dimensiones rebasaban cualquier idea de ser, tamaño y contorno que su entendimiento hubiera podido concebir hasta entonces, a pesar de haber consagrado su vida al estudio de lo misterioso y lo oculto. Empezaba a comprender vagamente por qué podía existir a un tiempo un niño llamado Randolph Carter en una casa de campo de Arkham en el año mil ochocientos ochenta y tres, una forma brumosa sobre un pedestal hexagonal al otro lado de la Primera Puerta, el fragmento que ahora se hallaba ante la Presencia del abismo ilimitado, y todos los demás Carter que percibía su imaginación o sus sentidos.

»Luego, las ondas más intensas trataron de aumentar su capacidad de comprensión, ajustándole a la multiforme entidad de la que el fragmento que actualmente era su yo constituía una parte infinitesimal. Le hicieron saber que cada figura espacial no es más que el resultado de la intersección, en un plano, de una figura correspondiente que posee además otra dimensión, como el cuadrado resulta de la sección de un cubo, o el círculo de la de una esfera. El cubo y la esfera, con sus tres dimensiones, corresponden a su vez a la sección de otras figuras de cuatro dimensiones, que los hombres conocen sólo por sueños y conjeturas; y éstas a su vez, son sección de otras figuras de cinco dimensiones, y así sucesivamente, hasta

remontarse a la inalcanzable infinitud arquetípica. El mundo de los hombres y de los dioses humanos es tan sólo una fase infinitesimal de un ser infinitésimo: la fase tridimensional de la pequeña totalidad que termina en la Primera Puerta, donde 'Umr at-Tawil dicta sus sueños a los Primigenios'. Aunque los hombres la proclamen como única y auténtica realidad, y tachan de irreal todo pensamiento sobre la existencia de un universo original de dimensiones múltiples, la verdad consiste en todo lo contrario. Lo que llamamos sustancia y realidad es sombra e ilusión, y lo que llamamos sombra e ilusión es sustancia y realidad.

»El tiempo - siguieron informándole aquellas ondas - es inmóvil y no tiene principio ni fin. Es erróneo considerarlo como movimiento y causa de todo cambio. En realidad, el tiempo en sí mismo es una ilusión, porque, a excepción de la visión estrecha de los seres de dimensiones limitadas, no existen cosas tales como pasado, presente y futuro. Los hombres comprenden el tiempo en tanto que significa cambio; ahora bien, el cambio también es una ilusión. Todo lo que fue, es y será, existe simultáneamente.

»Estas revelaciones llegaban a Carter con tan sobrenatural solemnidad que le impedían toda duda. Aun cuando casi escapasen a su comprensión, sentía que eran ciertas a la luz de aquella realidad cósmica final que desmiente toda perspectiva parcial y toda visión estrecha; por su parte, había ahondado en las más profundas cuestiones filosóficas como para liberarse de la servidumbre que impone toda concepción fragmentaria y parcelada. ¿Acaso no se había basado todo este viaje al trasmundo en una convicción de la irrealdad de lo fragmentario y parcial ?

»Tras un silencio impresionante, las ondas continuaron diciéndole que lo que los habitantes de las regiones de menos dimensiones llaman cambio, no es más que una simple función de sus conciencias, las cuales contemplan el mundo desde diversos ángulos cósmicos. Las Figuras que se obtienen al seccionar un cono parecen variar según el ángulo del plano que

lo secciona, engendrando el círculo, la elipse, la parábola o la hipérbola, sin que el cono experimente cambio alguno; y del mismo modo, los aspectos locales de una realidad inmutable e infinita parecen cambiar con el ángulo cósmico de observación. Los débiles seres de los mundos inferiores son esclavos de esta diversidad de ángulos de conciencia, ya que, aparte alguna rara excepción, no llegan a dominarlos. Sólo unos pocos seres versados en materias prohibidas han logrado una ínfima parte de ese dominio, conquistando de este modo el tiempo y el cambio. Pero las entidades que habitan más allá de las Puertas dominan todos los ángulos. Y pueden contemplar a voluntad, ya las miríadas de facetas distintas del cosmos en su forma fragmentaria y sometida al cambio, ya la inmutable totalidad no deformada por perspectiva alguna.

»Las ondas callaron otra vez, y Carter empezó a comprender vagamente, preso de terror, el último sentido de aquella pérdida de la individualidad que al principio le había horrorizado. Su intuición fue articulando los datos de las distintas revelaciones, acercándose más y más a la comprensión del misterio. Comprendió que gran parte de esta espantosa revelación - la división de su yo en millares de duplicados terrestres - habría podido llegar a revelársele al atravesar la Primera Puerta, si la magia de 'Umr at-Tawil' no lo hubiera impedido con el fin de que pudiera utilizar con precisión la llave de plata para abrir la Última Puerta. Deseoso de una mayor claridad, emitió ondas telepáticas para preguntar más detalles sobre la relación entre sus múltiples manifestaciones: entre el fragmento que había traspasado la Última Puerta, el que aún se alzaba sobre el pedestal hexagonal detrás de la Primera Puerta, el niño de mil ochocientos ochenta y tres, el hombre de mil novecientos veintiocho, las diversas formas primitivas de vida que constituían sus antepasados y que habían ido configurando su ego, y los abominables habitantes de remotísimas edades y universos perdidos que en su primer destello de percepción absoluta había



identificado consigo mismo. Poco a poco, las ondas del Ser surgieron como respuesta, tratando de esclarecer lo que casi estaba fuera de la comprensión humana.

»Todas las estirpes de los seres pertenecientes a dimensiones limitadas prosiguieron las ondas y todas las fases evolutivas de cada uno de esos seres, son meras manifestaciones de un ser arquetípico y eterno. Cada ser aislado - hijo, padre, abuelo, y así sucesivamente - y cada fase evolutiva de un mismo ser - niño, muchacho, joven, hombre - es tan sólo una de las infinitas facetas de ese mismo ser arquetípico y eterno, originada por una variación del ángulo de la conciencia-plano que lo corta. Randolph Carter en todas sus edades, Randolph Carter y todos sus antepasados, humanos y prehumanos, terrestres y preterrestres, no son sino meras facetas de un 'Carter' último y eterno, exterior al espacio y al tiempo, proyecciones fantasmales diferenciadas únicamente por el ángulo con que el plano de la conciencia había incidido en cada caso sobre el arquetipo eterno.

»Una ligera modificación del ángulo podría convertir al sabio de hoy en niño de ayer; a Randolph Carter en Edmund Carter, el brujo que huyó de Salem a las montañas de Arkham en mil seiscientos noventa y dos, o en Pickman Carter, que empleó extraños procedimientos para rechazar a las hordas mongolas de Australia; al Carter humano en una de aquellas entidades primordiales que habitaron en la arcaica Hyperborea y adoraron al negro y pastoso Tsathoggua, después de huir de Kythamil, el planeta doble que un día giró en torno a Arcturus; al Carter terrestre en un antepasado remotísimo y rudimentario, morador del propio Kythamil, o incluso en las criaturas aún más remotas de las transgalácticas Stronti, o en una conciencia etérea y tetradimensional de un continuo espacio-temporal aún más antiguo, o en una mente vegetal del futuro, habitante de un cometa radiactivo de órbita inconcebible. Y así sucesivamente en infinitos ciclos cósmicos.

»Los arquetipos - vibraron las ondas-, son los pobladores del Ultimo Abismo; son informes, inefables, y en los mundos inferiores apenas los vislumbran, unos pocos soñadores. Por encima de todos ellos está el mismo ser que comunica estas revelaciones, *el cual, en verdad, es justamente el arquetipo del propio Carter*. El insaciable deseo de Carter y de todos sus antepasados por descubrir los secretos cósmicos era el resultado natural de la procedencia del propio Arquetipo Supremo. En cada mundo, todos los grandes hechiceros, todos los grandes pensadores, todos los grandes artistas, son facetas de El.

»Casi desfallecido de pavor, pero exultante a la vez de una alegría terrible, la conciencia de Randolph Carter rindió homenaje a aquella Entidad trascendente de la cual derivaba. Y como de nuevo cesaron las ondas, meditó en el silencio imponente, pensando en extraños tributos, en cuestiones aún más extrañas, y en ruegos aún mayores. Pero a su cerebro ofuscado fluían contradictoriamente imágenes de paisajes insólitos y revelaciones imprevistas. Se le ocurrió que, si aquellos descubrimientos eran realmente ciertos, podría visitar corporalmente todas aquellas edades infinitamente lejanas y aquellas regiones del universo que hasta entonces sólo conocía en sueños. Le bastaría con poseer el poder mágico de cambiar el ángulo del plano de su conciencia. ¿Y no le proporcionaría esa magia la llave de plata? ¿No había transformado al principio a un hombre de mil novecientos veintiocho en un niño de mil ochocientos ochenta y tres, y después en algo absolutamente exterior al tiempo y al espacio? Era fantástico, pero a pesar de su aparente falta de corporeidad, sabía que tenía aún la llave consigo.

»Mientras duraba el silencio, Randolph Carter emitió los pensamientos y dudas que le asaltaban. Sabía que, en este abismo final, se hallaba situado en un punto equidistante de cada una de las facetas de su arquetipo, humanas o no humanas, terrestres o extraterrestres, galácticas o

transgalácticas; y sentía una curiosidad febril por conocer las otras facetas de su ser, especialmente las más alejadas en tiempo y lugar del año terrestre de mil novecientos veintiocho, o las que más le habían obsesionado en sueños durante su vida. Se daba cuenta de que su Entidad arquetípica podía enviarle corporalmente, si quería, a cualquiera de esas fases de vida pasadas y lejanas con sólo modificar el plano de incidencia de su psique. Y así, pese a las maravillas que había presenciado, ardía en deseos de experimentar ese otro prodigio de caminar, en carne y hueso, por los escenarios increíbles y grotescos que sus visiones nocturnas le habían mostrado de manera fragmentaria.

»Sin pretenderlo deliberadamente, estaba rogando a la Presencia que le trasladara a un mundo fantástico y crepuscular cuyos cinco soles multicolores, ignoradas constelaciones, barrancos sombríos y vertiginosos habitados por seres con garras y hocico de tapir, extrañas torres metálicas, inexplicables túneles y misteriosos cilindros flotantes, se había deslizado una y otra vez en sus sueños. Presentía vagamente que aquel mundo era el que sin duda estaría más en contacto con los demás universos, y anhelaba explorar a fondo los paisajes que tan sólo había vislumbrado, y navegar por los espacios hacia aquellos mundos aún más remotos con los que traficaban los habitantes de zarpas y hocico de tapir. No había tiempo para el temor. Como en todas las crisis de su insólita vida, una aguda curiosidad cósmica se imponía por encima de toda otra consideración.

»Cuando las ondas reanudaron sus espantosas vibraciones, Carter entendió que su terrible petición había sido escuchada. El Ser le habló de los tenebrosos abismos que tendría que atravesar, de la desconocida estrella quintuple de cierta galaxia insospechada en torno a la cual gira ese mundo extraño, y de los horribles moradores de madrigueras contra los que perpetuamente lucha la raza de garras y hocico. Le habló también de cómo el ángulo del plano de su conciencia y la relación existente entre este

ángulo y las coordenadas espacio-temporales del mundo deseado debían inclinarse simultáneamente con el fin de hacer retornar a ese mundo aquella faceta de Carter que ya había habitado allí.

»La Presencia le aconsejó que conservara los símbolos, por si alguna vez deseaba regresar de aquel mundo remoto y ajeno que había escogido, y él replicó con una afirmación impaciente, pues sentía que la llave de plata seguía en su poder, y sabía que en ella estaban grabados dichos símbolos, ya que con ella había logrado inclinar a la vez su plano personal y el universal cuando regresó a mil ochocientos ochenta y tres. Y entonces el Ser, comprendiendo su impaciencia, le hizo saber que estaba dispuesto a llevar a cabo la monstruosa transposición. Las ondas cesaron bruscamente y sobrevino un instante de tensa quietud, de espantosa e inenarrable expectación.

»Luego, sin previo aviso, percibió un zumbido y un batir de tambores que fueron en aumento hasta convertirse en un tronar aterrador. Una vez más se sintió Carter en el punto focal de una intensa concentración de energía que le abrasaba, que le destrozaba, que le desintegraba con aquel ritmo insoportable del espacio exterior que ya iba conociendo. Y sin embargo, no sabía exactamente si tal energía era el fuego irresistible de una estrella fulgurante o el frío petrificador del abismo final. Ante él brotaron franjas y rayos de color enteramente ajenos a cualquier espectro luminoso de nuestro universo, trenzándose y entrelazándose mientras cobraba conciencia de ir desplazándose a una prodigiosa velocidad. Y muy fugazmente, vislumbró una figura solitaria sentada sobre un trono de apariencia hexagonal.

## VI

El hindú interrumpió su relato y observó que De Marigny y Phillips

le miraban absortos. Aspinwall pretendía ignorarle y mantenía los ojos ostensiblemente fijos en los papeles que tenía ante sí. El ritmo extraño del reloj en forma de ataúd tomó un sentido nuevo y ominoso, en tanto que las vaharadas de los trípodes excesivamente recargados se entrelazaban componiendo siluetas fantásticas e inexplicables, combinándose de manera inquietante con las grotescas figuras de las tapicerías movidas por el viento. El viejo negro que los había llenado se había ido, tal vez porque la tensión creciente que reinaba le había asustado. El orador reanudó el monólogo con su lenguaje trabajoso y fluido, después de una ligera vacilación.

- «Todo esto les habrá parecido difícil de creer - dijo-, pero aún más increíble les van a parecer las cosas materiales y tangibles que vienen a continuación. Esa es nuestra forma de proceder. Lo maravilloso resulta doblemente increíble al trasladarlo de las regiones vagas de los sueños posibles a este mundo tridimensional. No me extenderé mucho en ello porque resultaría una historia muy distinta. Sólo les contaré lo que estrictamente deben saber.

»Carter, después de aquel torbellino de extraña y policroma cadencia, creyó hallarse por un momento en uno de sus sueños más antiguos y reiterativos. Como tantas veces en sus vagabundeos oníricos, se encontraba ahora entre multitudes de seres con zarpas y hocico, y caminaba por las calles de un laberinto metálico inexplicablemente construido, bajo los fulgores de una luz solar de variados colores; y al mirar hacia abajo, vio que su cuerpo era como el de los demás: rugoso, parcialmente cubierto de escamas y articulado de manera singular, muy semejante al de un insecto, aunque recordaba rudimentariamente la forma humana. Aún llevaba consigo la llave de plata, pero ahora la sujetaba con una zarpa repugnante.

»Un momento después desapareció la sensación de estar soñando, y se encontró más como si acabara de despertar. El abismo último, el Ser, la entidad llamada Randolph Carter y perteneciente a una absurda y remota

raza aún no nacida en quién sabe qué mundo futuro, formaban parte de los sueños que insistentemente visitaban al hechicero Zkauba, habitante del planeta Yaddith. Eran sueños tan persistentes que obstaculizaban el cumplimiento de sus deberes, consistentes en preparar hechizos para mantener a los *dholes* en sus madrigueras, y llegaban a confundirse con sus recuerdos de miríadas de mundos que había visitado con su envoltura de luz. Y ahora parecían más reales que nunca. Esta llave de plata que tenía en su zarpa derecha, imagen exacta de una que había soñado, no indicaba nada bueno. Debía descansar y reflexionar, y consultar las tablillas de Nhing para ver qué debía hacer. Subió a un muro de metal por un callejón apartado de los lugares de gran afluencia, entró en su aposento y se acercó a los estantes donde se apilaban las tablillas grabadas.

»Siete fracciones de día más tarde, Zkauba se acucilló en su prisma, sobrecogido y desesperado, porque la verdad que acababa de descubrir le había abierto un nuevo caudal de vivencias. Nunca más volvería a conocer la paz de ser una unidad. Efectivamente, en todo tiempo y espacio se vería desdoblado: Zkauba, el hechicero de Yaddith, disgustado por la idea de que en el futuro sería un repugnante mamífero de la Tierra llamado Carter, cosa que por otra parte ya había sido; y Randolph Carter, de la ciudad terrestre de Boston, que temblaba de terror ante aquella criatura de zarpas y hocico que había sido él en el pasado y en la que se había convertido nuevamente.

»Durante las unidades de tiempo que transcurrieron en Yaddith - graznó el *swami*, cuya voz trabajosa empezaba a dar muestras de cansancio - sucedieron cosas que constituyen en sí otra historia y no pueden relatarse en cuatro palabras. Hubo expediciones a Stronti, y a Mthura, y a Kath, y a otros mundos de las veintiocho galaxias accesibles a las envolturas luminosas de las criaturas de Yaddith, y viajes de ida y vuelta a través de millones y millones de años, realizados con ayuda de la llave de plata y de

otros muchos símbolos que los hechiceros de Yaddith conocían. Hubo luchas tremendas con los pálidos y viscosos *dholes* que moran en las madrigueras de aquel minado planeta. Hubo pavorosas sesiones de estudio en bibliotecas donde se acumulaba una ingente masa de sabiduría recogida de diez mil mundos vivos o muertos. Hubo violentas discusiones con otros espíritus de Yaddith, incluso con el del Archiantiguo Buu. Zkauba no confesó a nadie lo que le había sucedido a su personalidad, pero cuando en él predominaba el fragmento Randolph Carter, se dedicaba frenéticamente a estudiar todos los medios posibles para regresar a la Tierra, y a la humana forma, y practicaba desesperadamente el lenguaje humano con sus extraños órganos vocales tan poco aptos para ello.

»El fragmento Carter no tardó en comprobar con horror que la llave de plata no servía para regresar a la forma humana. Según dedujo demasiado tarde de cosas que recordaba, de sus propios sueños y de la sabiduría de Yaddith, esta llave había sido forjada en Hyperborea, en la Tierra, y sólo tenía poder sobre los ángulos de conciencia de los seres humanos. No obstante, podía cambiar el ángulo planetario y enviar a su poseedor a través del tiempo sin que su cuerpo sufriera mutación alguna. Había un hechizo adicional que confería a la llave ilimitados poderes, de los que de otro modo carecía; pero este hechizo también había sido descubierto por el hombre en sus inalcanzables regiones del espacio, y jamás podría ser reproducido por los hechiceros de Yaddith. Se hallaba escrito en el pergamino indescifrable que acompañaba a la llave de plata en su cofrecillo de horribles adornos, y Carter se lamentaba amargamente de habérselo olvidado. El Ser ahora inaccesible del abismo ya le había advertido que debía conservar los símbolos, y sin duda había creído que no le faltaba ninguno.

»A medida que el tiempo pasaba, se esforzaba en ahondar más y más en la monstruosa ciencia de Yaddith, con objeto de hallar un medio

para regresar al abismo de la Entidad omnipotente. Con sus nuevos conocimientos, podría haber sacado mucho provecho del enigmático pergamino; pero ese otro poder, en las circunstancias presentes, era pura ironía. Había ocasiones, sin embargo, en que predominaba la faceta Zkauba, y entonces se esforzaba por borrar los turbadores recuerdos de Carter que tanto le angustiaban.

»Así transcurrieron períodos de tiempo más largos de lo que el cerebro humano puede concebir, ya que los seres de Yaddith mueren tras prolongados ciclos biológicos. Después de muchos centenares de revoluciones, el fragmento Carter se fue imponiendo sobre el fragmento Zkauba, y se pasó grandes períodos calculando la distancia espacial y temporal que habría entre Yaddith y la Tierra habitada por los hombres. Las cifras eran inconcebibles - incalculables millones de años luz - pero la sabiduría inmemorial de Yaddith permitió a Carter comprender todas estas cosas. Ejercitó su poder de orientarse en sueños hacia la Tierra, y aprendió muchas cosas acerca de nuestro planeta que jamás había sabido antes. Pero no podía soñar con la fórmula del pergamino que necesitaba.

»Finalmente concibió un plan insensato para huir de Yaddith y empezó a prepararlo tan pronto como descubrió una droga para mantener perpetuamente aletargado al fragmento Zkauba, sin por ello anestesiar los recuerdos y conocimientos de éste. Pensó que sus cálculos le permitirían realizar un viaje en una de las envolturas luminosas, como ningún ser de Yaddith lo había realizado jamás: un viaje *corporal*, a través de innumerables millones de años de increíbles extensiones galácticas, hasta el sistema solar y la Tierra misma. Una vez en la Tierra, aunque encarnado en un ser de zarpas y hocico, podría encontrar de algún modo el pergamino de extraños jeroglíficos que había dejado en su coche abandonado en Arkham, y descifrarlo; y con su ayuda, y la de la llave, recuperar su aspecto terrestre normal.



»No ignoraba los peligros de la empresa. Sabía que cuando inclinara el ángulo planetario hacia el período requerido (cosa imposible de hacer durante su veloz trayectoria por el espacio), Yaddith sería un mundo muerto, dominado por los triunfantes *dholes*, y que su huida en la envoltura luminosa estaría expuesta a graves eventualidades. Sabía asimismo que habría de suspender su vida, a la manera de un iniciado, para soportar un viaje de millones de años a través de abismos insondables. Y sabía también que - en caso de rematar con éxito el viaje - debería inmunizarse contra las bacterias y demás condiciones terrestres hostiles a un cuerpo de Yaddith. Además, debería adoptar algún medio de fingir la forma humana de los habitantes de la Tierra, hasta que lograra encontrar y descifrar el pergamino, y recuperar de verdad esa forma. En caso contrario, sería descubierto probablemente por las gentes que le matarían, horrorizadas ante una criatura que les resultaba inconcebible. Y debería llevar consigo algo de oro - fácil de obtener en Yaddith - para desenvolverse durante su búsqueda.

»Los planes de Carter se fueron realizando lentamente. Se proveyó de una envoltura luminosa de dureza excepcional, capaz de soportar tanto una prodigiosa transición temporal como un vuelo sin igual a través del espacio. Comprobó todos los cálculos y orientó una y otra vez sus sueños hacia la Tierra, tratando de aproximarse lo más posible a mil novecientos veintiocho. Practicó la suspensión de las funciones vitales. Descubrió los agentes bactericidas que necesitaba y logró calcular la fuerza de gravedad a la cual debía acostumbrarse. Modeló con gran habilidad una máscara de cera y confeccionó un atuendo que le permitiera desenvolverse entre los hombres como un ser humano normal y corriente, e inventó un hechizo doblemente poderoso con el que podría contener a los *dholes* en el momento de su partida del negro y consumido planeta Yaddith de inconcebible futuro. Tuvo también la precaución de hacerse con una buena

provisión de drogas - imposibles de obtener en la Tierra - para mantener aletargado al fragmento Zkauba, hasta poder despojarse del cuerpo de Yaddith; y tampoco dejó de hacer acopio de una pequeña reserva de oro para utilizarlo en la Tierra.

»El día de la partida estaba hecho un mar de dudas y recelos. Subió a la plataforma de lanzamiento con el pretexto de trasladarse a la triple estrella Nython, y se metió en la envoltura de brillante metal. Tenía el sitio justo para llevar a cabo el ritual de la llave de plata y comenzó a ejecutarlo mientras se elevaba lentamente la envoltura. Se originó un torbellino aterrador, se oscureció la luz del día y sintió un dolor punzante e intolerable. El cosmos pareció tambalearse como gobernado por un dios loco, y en la negrura del firmamento danzaron constelaciones nuevas.

»Inmediatamente, Carter sintió un nuevo equilibrio. El frío de los abismos interestelares corroía el exterior de su envoltura, y pudo observar desde su interior que flotaba libremente en el espacio. El edificio de metal del que acababa de despegar se había hundido en ruinas años antes. Por debajo de él, el suelo estaba plagado de gigantescos *dholes*; y mientras los miraba, uno de ellos se incorporó varios centenares de pies y tendió hacia él una extremidad blancuzca y viscosa. Pero sus hechizos surtieron efecto y un momento después se alejaba de Yaddith sin haber sido alcanzado.

## VII

»En aquella rara habitación de Nueva Orleans, de la que había huido instintivamente el viejo criado negro, la voz del *swami* Chandraputra se hizo aún más ronca:

- »Señores - continuó-, no voy a pedirles que crean estas cosas hasta que no les haya mostrado una prueba irrefutable. Mientras tanto, cuando les hable de los *millares de años de luz, de los millares de años de tiempo, y de*

*los billones de kilómetros* que Randolph Carter empleó en cruzar los espacios en su cuerpo abominable e inhumano, protegido por una envoltura de metal electroactivo, pueden considerarlo como pura fantasía. Carter había regulado cuidadosamente la duración de su suspensión vital, disponiendo que ésta concluyera pocos años antes de aterrizar en la Tierra en mil novecientos veintiocho.

»Nunca olvidará ese despertar. Recuerden, señores, que antes de provocarse aquel letargo de millones de siglos, *había vivido conscientemente durante miles de años terrestres en medio de los prodigios extraños y horribles de Yaddith*. Sintió la intensa mordedura del frío, cesaron los sueños amenazadores, y se asomó por los portillos de la envoltura. Las estrellas, las constelaciones, las nebulosas, se desparramaban por todo el firmamento... *Y, finalmente, sus contornos adoptaron la majestad de las constelaciones de la Tierra que él conocía*.

»Algún día podrá contarse su descenso al sistema solar. Vio Kynarth y Yuggoth en el borde, paso muy cerca de Neptuno y vislumbró los infernales hongos blancuzcos que ensucian la superficie, descubrió cierto secreto inenarrable a su paso por las nieblas de Júpiter, vio el horror que mora en uno de sus satélites, y contempló las ruinas ciclópeas esparcidas sobre el disco rojizo de Marte. Al aproximarse a la Tierra, la vio como un tenue creciente que aumentaba de tamaño de manera alarmante. Aflojó la velocidad, aunque la emoción de regresar le impulsara a no perder ni un instante. Pero no pretendo contarles esas sensaciones tal como yo las he sabido del propio Carter.

»Bien; finalmente, Carter se mantuvo inmóvil en las capas superiores de la atmósfera terrestre, en espera de que la luz del día iluminase el hemisferio occidental. Quería tomar tierra en el mismo lugar de donde había partido: cerca de la Caverna de las Serpientes, en los montes de Arkham. Si alguno de ustedes ha estado fuera de su hogar

durante mucho tiempo - y sé que uno de ustedes sí lo ha estado-, que calcule lo que le tuvo que emocionar la visión de las ondulantes colinas de Nueva Inglaterra, de los grandes olmos y los huertos de árboles nudosos y viejos cercados de piedra.

»Al despuntar el día, tomó tierra en el prado extiende más abajo de la antigua propiedad de los Carter, y se alegró de poderlo hacer en el silencio y la soledad. Era otoño, lo mismo que cuando partió, y el perfume de las colinas fue como un bálsamo para su espíritu. Se las arregló para subir la envoltura por la ladera, hasta el bosque, y ocultarla en la Caverna de las Serpientes; pero no consiguió hacerla pasar por la grieta hasta la cueva interior. Allí mismo cubrió su cuerpo extraño con las ropas humanas y la máscara de cera. La envoltura quedó en aquel lugar durante un año, hasta que ciertas circunstancias le obligaron a buscarle otro escondite.

»Se fue andando a Arkham, lo cual le sirvió para acostumbrarse a manejar su cuerpo en posturas humanas y en las condiciones ambientales de la Tierra, y entró en un banco para cambiar el oro por dinero. Hizo también ciertas indagaciones haciéndose pasar por un extranjero que ignoraba el inglés, y descubrió que estaba en mil novecientos treinta, sólo dos años después de la época a la que había pretendido llegar.

»Naturalmente, su situación era horrible. Le era imposible dar a conocer su identidad, estaba forzado a vivir en guardia en todo momento, tenía ciertas dificultades respecto a la alimentación, y necesitaba disponer de su droga extraña para mantener aletargado el fragmento Zkauba. Por todo ello se daba cuenta de que debía actuar con la mayor rapidez posible. Marchó a Boston y tomó una habitación en el ruinoso barrio de West End, donde pudo vivir sin grandes gastos y en el más oscuro anonimato, y comenzó inmediatamente a hacer indagaciones sobre los bienes y efectos de Randolph Carter. Fue entonces cuando se enteró de lo ansioso que estaba el señor Aspinwall, aquí presente, por efectuar el reparto de la

herencia, y supo con cuánta valentía se empeñaban el señor De Marigny y el señor Phillips en conservarla intacta.

»El hindú hizo una reverencia, pero su rostro barbudo, atezado e impasible no manifestó expresión alguna.

- »Por medios indirectos - prosiguió-, Carter consiguió al fin una copia del pergamino perdido, y comenzó el penoso trabajo de descifrarlo. Celebro poder decir que he tenido la satisfacción de ayudarle en este trabajo; porque efectivamente, recurrió muy pronto a mí, y por mediación mía entró en contacto con otros místicos repartidos por el mundo. Me fui a vivir con él a Boston, en un pésimo tugurio de Chambers Street. En cuanto al pergamino, me complazco en poder sacar de dudas al señor De Marigny. Permítame que le diga que la lengua en que están escritos estos jeroglíficos no es naacal, sino r'lyehiana, idioma que fue traído a la Tierra, hace innumerables eras geológicas, por los descendientes de Cthulhu. Naturalmente, se trata de la traducción de un original hyperbóreo, millones de años más antiguo, escrito en la primordial lengua Tsath-yo.

»Hizo falta más tiempo para traducirlo de lo que Carter había calculado, pero en ningún momento se dio por vencido. A principios de este año hizo grandes progresos gracias a un libro que le trajeron del Nepal, y no cabe duda de que lo logrará antes que pase mucho tiempo. Desgraciadamente, sin embargo, ha surgido una dificultad. Se le ha terminado la droga que mantiene aletargado al fragmento Zkauba. Pero esta calamidad no es tan grande como él temía. La personalidad de Carter domina cada vez más en ese cuerpo, y cuando Zkauba logra alcanzar cierta preponderancia, cosa que sucede durante períodos cada vez más breves y sólo cuando experimenta alguna inusitada excitación, se suele quedar demasiado confundido para contrarrestar el trabajo de Carter. No puede encontrar la envoltura de metal, que podría llevarle de regreso a Yaddith; una vez estuvo a punto de encontrarla, pero Carter, aprovechando que el

fragmento Zkauba había vuelto a sumirse en su letargo, la escondió en otro lugar. El único daño que ha hecho Zkauba ha sido asustar a unas cuantas personas y dar origen a ciertos rumores terroríficos que han circulado entre los polacos y los lituanos del barrio de West End, de Boston. Hasta el momento, no ha llegado a estropear del todo el cuidadoso disfraz preparado por el fragmento Carter, aunque a veces lo arroja de tal manera, que ha tenido que recomponerlo por algunos sitios. Yo he visto lo que hay debajo de ese disfraz... y no resulta agradable de ver.

»Hace un mes, Carter leyó el anuncio de esta reunión, y comprendió que debía actuar rápidamente para salvar sus bienes. No podía esperar a terminar de descifrar el pergamino y recobrar su forma humana. Por esta razón, me ha enviado, para que yo actúe en su nombre.

»Señores, yo les aseguro formalmente que Randolph Carter no ha muerto; que se halla temporalmente en una situación excepcional, pero que dentro de dos o tres meses a lo sumo podrá presentarse en su verdadera forma, y exigir la restitución de sus bienes. Estoy dispuesto a presentarles pruebas de ello si es necesario. Por lo tanto, les ruego que suspendan esta reunión por tiempo indefinido».

## VIII

De Marigny y Phillips se quedaron mirando al hindú como hipnotizados, mientras Aspinwall emitía una serie de gruñidos y resoplidos. Por fin, el malhumor del viejo abogado estalló en una furia incontenible, y dio un puñetazo en la mesa con su mano de hinchadas venas apopléticas. Cuando pudo hablar, parecía más bien que ladraba:

- ¿Cuánto tiempo hay que soportar esta payasada? Llevo una hora

escuchando a este loco, a este impostor<sup>16</sup>, y ahora tiene la desfachatez de decir que Carter está vivo... ¡y de pedir que se aplaze la distribución de la herencia sin una razón justificada! ¿Por qué no echa a la calle a este bribón, De Marigny? ¿Pretende usted que nos dejemos tomar el pelo por un charlatán o un majadero?

De Marigny, sereno, alzó la mano con sosiego:

- Reflexionemos con calma. Esta historia es muy singular y hay en ella algunas cosas que yo, como ocultista no del todo ignorante, considero muy lejos de ser imposible. Además, desde mil novecientos treinta he venido recibiendo cartas del *swami* que concuerdan con el relato.

Al interrumpirse, el viejo señor Phillips aventuró:

- El *swami* Chandraputra ha hablado de pruebas. A mí también me parece que hay cosas muy significativas en esta historia, y también yo he recibido muchas cartas del *swami* que lo confirman. Pero algunas de estas declaraciones parecen excesivas. ¿No nos puede usted mostrar alguna prueba tangible?

Con el rostro impasible, el *swami* sacó un objeto del bolsillo de sus ropajes holgados Y contestó con su voz ronca:

- Aunque ninguno de ustedes haya visto jamás la llave de plata, el señor De Marigny y el señor Phillips sí la han visto en fotografía. *¿Les resulta entonces esto familiar?*

Nerviosamente, colocó sobre la mesa, con su enorme mano enfundada en blancos mitones, una pesada llave de plata enmohecida, de unos doce o trece centímetros de largo, de una artesanía exótica y absolutamente desconocida, y cubierta de punta a punta por jeroglíficos sumamente extraños. De Marigny y Phillips dejaron escapar una exclamación.

---

<sup>16</sup> Aquí Aspinwall hace un juego de palabras entre *faker*, impostor y *fakir*, como religioso mendicante hindú (N. del T.).

- ¡Eso es! - exclamó De Marigny -. La fotografía no miente. ¡No puede haber error!

Pero Aspinwall ya había soltado su respuesta:

- ¡Locos! ¿Qué prueba eso? ¡Si esa es la llave que realmente perteneció a mi primo, este extranjero, este condenado negro, tendrá que explicarnos cómo ha venido a parar a sus manos! Randolph Carter desapareció con esa llave hace cuatro años. ¿Cómo sabemos que no se la robó y le asesinó después? Mi primo estaba medio chiflado y tenía relación con gente más chiflada aún. Vamos a ver, negro: ¿de dónde has sacado esa llave? ¿Has matado a Randolph Carter?

El semblante del *swami*, normalmente tranquilo, no se inmutó; pero sus hundidos ojos negros llamearon peligrosamente en el fondo de sus órbitas y habló con gran dificultad.

- Le ruego que se domine, señor Aspinwall. Hay otra clase de prueba que *podría* enseñarles, pero el efecto que les causaría no sería agradable. Seamos razonables. Aquí tengo algunos papeles que evidentemente han sido escritos en mil novecientos treinta, y con letra inconfundible de Randolph Carter.

Sacó con torpeza un gran sobre del interior de sus holgadas vestiduras y se lo tendió al furioso apoderado, mientras De Marigny y Phillips presenciaban la escena hechos un mar de confusiones, y con una incipiente sensación de terror insuperable.

- La escritura, por supuesto, es casi ilegible, pero recuerde que Randolph Carter no tiene en la actualidad las manos bien adaptadas para la escritura humana.

Aspinwall ojeó los papeles; estaba visiblemente perplejo, pero no cambió de actitud. En la estancia reinaba una tensa excitación y un temor apenas reprimido. El ritmo extraño del reloj en forma de ataúd resultaba completamente diabólico para De Marigny y Phillips, pero al abogado no



parecía impresionarle en absoluto.

Aspinwall habló otra vez:

- Esto parece una falsificación muy bien hecha. Y si no lo es, puede que Randolph Carter se encuentre en poder de algún desaprensivo que lo tenga secuestrado. Sólo cabe hacer una cosa: arrestar a este impostor. De Marigny, ¿quiere usted telefonear a la policía?

- Aguarde todavía - contestó el anfitrión -. No considero necesario que intervenga la policía en este caso. Tengo una idea. Señor Aspinwall, este caballero hindú es un ocultista de verdadero talento que afirma estar en íntima comunicación con Randolph Carter. ¿Se quedaría usted satisfecho si contestara a ciertas preguntas cuya respuesta sólo podría conocer alguien que estuviera en estrecho contacto con él? Conozco a Carter y puedo hacer preguntas de esta índole. Permítame traer un libro que, según creo, podrá servirnos de prueba.

Se dirigió hacia la puerta para ir a la biblioteca, y Phillips, perplejo, le siguió maquinalmente. Aspinwall permaneció en su sitio escrutando con atención al hindú que estaba sentado frente a él, con su rostro impasible. De repente, cuando Chandraputra recogía con torpeza la llave y se la guardaba en el bolsillo, el abogado soltó un grito gutural:

- ¡Ah, cielos, ya lo entiendo! Este bribón está disfrazado. A mí no me hace creer que es un indio del Asia. Esa cara... ¡No es una cara, es una *máscara*! La idea me la ha debido dar su historia, pero es verdad. No la mueve por nada, y el turbante y la barba le ocultan los bordes. ¡Este tipo es un vulgar criminal! Ni siquiera es extranjero. Me he venido dando cuenta por su manera de hablar. Y miren esos mitones. Sabe que puede dejar huellas dactilares. ¡Maldita sea, se la voy a arrancar!...

- ¡Alto! - la voz ronca y extraña del *swami* denotaba un terror ultraterreno - le he dicho *que había otra forma de probarle lo que digo, si era necesario*, y le advertí que no me provocara. Este viejo entrometido

tiene razón: no soy un indio de verdad. *Este rostro es una máscara, pero el que hay debajo no es humano.* Ustedes también lo han sospechado, me he dado cuenta hace unos minutos. No resultaría nada agradable que me quitara la máscara. Déjalo estar, Ernest. De todos modos tengo que decírtelo ya: *yo soy Randolph Carter.*

Nadie se movió. Aspinwall soltó un gruñido e hizo un gesto vago. De Marigny y Phillips, desde el otro extremo de la habitación, veían el congestionado rostro del viejo y la espalda de la figura con turbante que se alzaba ante él. En el anormal latido del reloj había algo espantoso, y el humo de los trípodes y las figuras de los tapices parecían moverse al son de una danza macabra. El abogado, fuera de sí, rompió el silencio:

- ¡No; no eres mi primo, ladrón... no me asustarás! Tus razones tendrás para no querer que te veamos la cara. Seguramente porque sabemos quién eres. ¡Fuera esa máscara!

Al abalanzarse contra él, el *swami* le agarró la mano con las suyas, enfundadas en los mitones, y emitió un extraño grito, mezcla de dolor y sorpresa. De Marigny quiso interponerse entre los dos, pero se detuvo desconcertado cuando el grito de protesta del falso hindú se transformó en una especie de zumbido o rechinamiento inexplicable. Aspinwall tenía el rostro congestionado y enfurecido, y lanzó su mano libre a la espesa barba de su oponente. Esta vez consiguió cogerla, y de un tirón frenético, desprendió del turbante el rostro de cera, que quedó colgando de la mano del abogado.

En el mismo instante, Aspinwall dejó escapar un grito ahogado y Phillips y De Marigny vieron que su cara se contraía en la convulsión más salvaje, en la más espantosa mueca de horror que nunca vieran en rostro humano. Entre tanto, el falso *swami* había soltado su otra mano y se había quedado de pie, como atontado, emitiendo una serie de ruidos entrecortados de lo más incomprensible. Luego, la figura del turbante se

acurrucó en una postura muy poco humana y comenzó a arrastrarse de manera singular hacia el reloj en forma de ataúd, que seguía marcando un ritmo cósmico anormal. Su cara descubierta estaba en ese momento vuelta hacia otro lado, y De Marigny y Phillips no podían ver lo que el abogado había puesto al descubierto. Centrarón su atención en Aspinwall, que se había desplomado en el suelo. El encanto se había roto... Pero cuando se acercaron al viejo, estaba muerto.

Al volverse rápidamente hacia el *swami*, que retrocedía resollando, De Marigny vio cómo de uno de sus brazos colgantes se desprendía un enorme mitón blanco. Las vaharadas del olíbano eran espesas, y todo lo que logró ver de la mano descubierta fue una cosa larga y negra. Antes que el criollo pudiera llegar hasta la figura que retrocedía, el anciano señor Phillips le retuvo por el hombro.

- ¡No! – susurró -. No sabemos con qué nos vamos a enfrentar. La otra faceta, ya sabe, Zkauba, el hechicero de Yaddith...

La figura del turbante había llegado junto al extraño reloj, y los dos hombres presenciaron a través de la humareda cómo una zarpa negra manipulaba en la alargada puerta cubierta de jeroglíficos. Aquella manipulación produjo un extraño golpeteo. Luego, la figura entró en la caja de forma de ataúd y cerró la tapa después.

De Marigny no pudo contenerse, pero cuando se acercó y abrió el reloj, estaba vacío. Seguía palpitando con el ritmo cósmico y misterioso que subyace en todos los accesos del éxtasis místico. En el suelo habían quedado un enorme mitón blanco y un hombre muerto con una máscara en su mano crispada; ni un solo rastro más.

Transcurrió un año, y no se oyó hablar más de Randolph Carter. Sus bienes siguen intactos aún. Las señas de Boston, desde donde un tal «*swami* Chandraputra» había enviado información a diversos místicos entre los años 1930 y 1932, correspondían al domicilio de un extraño hindú, pero

éste se había ausentado poco antes de la reunión de Nueva Orleáns, y no se le volvió a ver desde entonces. Era, al parecer, un individuo moreno, inexpresivo y con barba. El dueño de la casa cree que la máscara de color oscuro que le mostraron se parece muchísimo a él. Sin embargo, jamás se sospechó que hubiera relación alguna entre el desaparecido hindú y las pesadillescas apariciones sobre las que tanto murmuraban los esclavos del barrio. Las colinas de Arkham fueron registradas en busca de la «envoltura metálica», pero sin resultado. Sin embargo, un empleado del First National Bank de Arkham recuerda que en octubre de 1930, un extranjero con turbante cambió por dinero cierta cantidad de barras de oro.

De Marigny y Phillips no saben qué pensar del caso. Después de todo, ¿qué pruebas hay sobre él? Un relato, una llave que podía haber sido imitada de una de las fotografías que Carter había distribuido en 1928, algunos documentos... Ninguna de estas pruebas era concluyente. Había un extranjero enmascarado, pero, ¿vivía alguien que hubiera visto lo que ocultaba la máscara? En medio de la tensión nerviosa y del humo del olíbano, aquella desaparición en el interior del reloj podía muy bien explicarse como una alucinación sufrida por ambos. Los hindúes conocen muchos secretos de la hipnosis. La razón proclama que el *swami* era un criminal que había tratado de apoderarse de la herencia de Randolph Carter. Pero la autopsia decía que Aspinwall había muerto de un ataque. ¿Fue *sólo* un arrebató de cólera lo que provocó el desenlace? Hay ciertos detalles en esa historia...

En una inmensa estancia con tapices de extrañas figuras y ambiente impregnado por el humo del olíbano, Etienne-Laurent de Marigny se sienta a menudo a escuchar el ritmo anómalo de ese reloj en forma de ataúd, cubierto de extraños jeroglíficos.

# EL ABISMO EN EL TIEMPO

H. P. Lovecraft

Después de veintidós años de pesadilla y terror, en los que tan sólo me salvó la convicción desesperada de que ciertas impresiones procedían de una fuente mítica, todavía no me siento dispuesto a garantizar la verdad acerca de lo que creo que encontré en Australia Occidental la noche del 17 al 18 de julio de 1935. Hay motivos para creer que mi experiencia fue total o parcialmente una alucinación, para la cual, en verdad, existían causas en abundancia. Y, sin embargo, su realismo fue tan horrendo que, a veces, encuentro imposible toda esperanza.

Si «eso» ocurrió, entonces el hombre debe de estar preparado para aceptar conceptos del cosmos y de su propio lugar en el vértice vibrante del tiempo cuya mera mención es sobrecogedora. También el hombre debe ponerse en guardia contra un peligro acechante y específico que, pese a que nunca abarcará a toda la raza, puede imponer horrores monstruosos e inimaginables sobre ciertos infelices miembros de ella.

Por esta última razón apremio, con toda la fuerza de mi ser, para que se abandonen todos los intentos de desenterrar aquellos fragmentos de lo desconocido, cimientos primordiales que mi expedición se dispuso a investigar.

Dando por sentado que yo estuviera cuerdo y despierto, mi experiencia aquella noche fue tal como ningún hombre ha tenido nunca. Además, fue una temible confirmación de cuanto traté de descartar considerándolo mito y sueño. Piadosamente no hay pruebas, porque en mi miedo perdí el impresionante objeto que, de haberlo traído en realidad de aquel abismo nocivo, hubiera sido una evidencia irrefutable.

Cuando me tropecé con el horror estaba solo, y hasta hoy no he contado nada sobre él. Me fue imposible impedir que los demás excavaran en su dirección, pero la casualidad y las cambiantes arenas han impedido hasta ahora que lo encuentren. En este momento, tengo que formular una declaración definitiva, no sólo en beneficio de mi equilibrio mental, sino para advertir a cuantos puedan tomarse en serio lo escrito en estas líneas.

Las presentes páginas, cuyo principio resultará en su mayor parte familiar para los asiduos lectores de la prensa científica y de información general, están escritas en el camarote del barco que me devuelve a casa. Las entregaré a mi hijo, el profesor Wingate Peaslee, de la Universidad de Miskatonic, único miembro de mi familia que permaneció a mi lado tras la rara amnesia que sufrí hace mucho tiempo, y la persona mejor informada de los hechos íntimos de mi caso. De todos los seres vivos que existen, él es quien menos considerará ridículo lo que voy a contar de tan azarosa noche.

Antes de zarpar, no quise adelantarle nada de palabra, porque me parece que preferirá tener la revelación por escrito. Leyéndola y releýéndola con sosiego se formará una imagen más convincente que la que mi confusa lengua podría proporcionarle.

Que haga con este relato lo que crea más conveniente; enseñarlo, con el comentario adecuado, allá donde considere que puede causar más bien. En beneficio de aquellos lectores que no estén familiarizados con las primeras fases de mi caso, prologo la propia revelación con un extenso resumen de sus antecedentes y circunstancias.

## **Capítulo I**

Me llamo Nathaniel Wingate Peaslee, y quienes recuerden los relatos periodísticos de hace una generación o las cartas y artículos

aparecidos en las revistas de psicología hace seis o siete años, sabrán quién y qué soy. En la prensa se dieron abundantes detalles de mi extraña amnesia de 1908-1913, y se aprovecharon de las tradiciones de horror, locura y brujería inmanentes al antiguo pueblo de Massachussetts que entonces y ahora es mi lugar de residencia. Sin embargo, me gustaría que se supiera que no hay nada de loco o siniestro ni en mi herencia ni en mis primeros años de vida. Esto es de suma importancia con respecto a la sombra que cayó sobre mí tan de repente y que procedía de fuentes externas.

Puede ser que siglos de sombría meditación hayan comenzado a desintegrarse, dando al supersticioso Arkham una peculiar vulnerabilidad en lo tocante a dichas sombras, aunque parece dudoso según los otros casos que más tarde estudié. Pero lo principal es que tanto mis antecedentes hereditarios como el medio ambiente que me rodeaba fueron absolutamente normales. Lo que vino, vino de «alguna otra parte»..., una parte cuya localización dudo de precisar con palabras sencillas.

Soy hijo de Jonathan y Hannah Peaslee (mi madre, de soltera, se apellidaba Wingate), ambos de la vieja casta de Haverhill. Nací y me crié en Haverhill, en la antigua casa de la calle Boardman, cerca de Golden Hill.... y no fui a Arkham hasta que ingresé en la Universidad de Miskatonic en 1895, como instructor de economía política.

Durante quince años, mi vida transcurrió monótona y feliz. Me casé con Alice Keezar, natural de Haverhill, en 1896, y mis tres hijos, Robert, Wingate y Hannah, nacieron respectivamente en 1898, 1900 y 1903. En 1898 pasé a ser profesor adjunto y en 1902 profesor titular. Nunca sentí el menor interés por el ocultismo ni por la psicología de las anormalidades.

Fue el jueves 14 de mayo de 1908 cuando se me presentó la extraña amnesia. Ocurrió de repente, aunque más tarde comprendí que ciertas visiones vacilantes y breves sufridas varias horas antes, visiones caóticas

que me conturbaron mucho por su carencia de precedentes, pudieron ser los síntomas premonitorios. Me dolía la cabeza y experimentaba la extraña sensación, del todo nueva para mí, de que alguien trataba de adueñarse de mis pensamientos.

El colapso se produjo sobre las 10.20 de la mañana, mientras daba una clase del sexto tema de Economía Política - historia y tendencias actuales de la economía - ante un grupo de estudiantes de primero y segundo. Comencé a ver formas extrañas ante mis ojos y a notar que me hallaba en una habitación grotesca distinta del aula habitual.

Mis pensamientos y palabras se separaron del tema, y los estudiantes advirtieron que algo grave sucedía. Luego me desplomé, inconsciente, en mi silla, sumido en un estupor del que nadie pudo hacerme salir. Mis facultades propias no volvieron a asomar a la luz del día de nuestro mundo normal hasta pasados cinco años, cuatro meses y trece días.

Lo que sigue, claro, lo he averiguado a través de terceras personas. En un espacio de dieciséis horas y media no mostré signos de conciencia, aunque me llevaron a mi casa, sita en el número 27 de la calle Crane, y se me proporcionaron los mejores cuidados médicos.

A las tres de la madrugada del 15 de mayo abrí los ojos y comencé a hablar, pero, al poco, el doctor y mi familia se quedaron sorprendidos por las tendencias mostradas por mi forma de expresarme y el lenguaje empleado. Resultaba claro que no recordaba ni mi identidad ni mi pasado, aunque, por algún motivo, intentara ocultar esta falta de conocimiento. Mis ojos contemplaban con extrañeza a las personas que me rodeaban y las flexiones de mis músculos faciales eran del todo inhabituales.

Incluso mi manera de hablar sonaba torpe y extraña. Utilizaba mis órganos vocales grosera y tentativamente, y mi dicción poseía una cierta vacilación, como si hubiese aprendido el inglés en los libros. La pronunciación sonaba en extremo extranjera, mientras que el idioma



parecía incluir tanto retazos de curiosos arcaísmos como expresiones de una textura del todo incomprensible.

Esto último, en particular una de aquellas construcciones sintácticas, sería recordada, incluso con espanto, por los médicos más jóvenes veinte años después. Ya que en ese período posterior fue cuando tal frase comenzó a tener una circulación actual - primero en Inglaterra y luego en Estados Unidos - y pese a su complejidad y su indiscutible novedad, reproducía hasta en el menor detalle las enigmáticas palabras del extraño paciente de Arkham de 1908.

Recuperé la fuerza física casi de inmediato, aunque necesité de una rara reeducación para poder volver a usar mis manos, piernas y órganos corporales en general. Por esta causa y por otras peculiaridades inherentes a mi lapso mnemónico, se me mantuvo algún tiempo bajo vigilancia médica.

Cuando me di cuenta de que habían fracasado mis intentos de ocultar ese lapso, lo admití sin reparo y me mostré ansioso por conseguir toda clase de información. Es más, los doctores llegaron a pensar que había perdido interés en mi propia personalidad tan pronto como vi que se aceptaba mi caso de amnesia como algo natural.

Advirtieron que centraba mis esfuerzos en dominar ciertos puntos de la historia, la ciencia, el arte, el idioma y el folclore - parte de estos esfuerzos fueron tremendamente abstrusos y parte de una infantil simplicidad-, puntos que quedaban al margen de mi conciencia, lo que resultaba singular en muchos aspectos.

Al mismo tiempo observaron que poseía un dominio inexplicable de conocimientos casi desconocidos, dominio que parecía más propenso a ocultar que a exhibir. Inadvertidamente hacía referencia con una casual seguridad a acontecimientos específicos de las épocas oscuras al margen de la historia aceptada... para, al advertir la sorpresa producida por mis palabras, tratar de disimularlos dándoles un tono de broma. Y mi modo de

hablar del futuro en un par o tres de ocasiones provocó el temor de quienes me escuchaban.

Estos singulares destellos no tardaron en desaparecer, aunque algunos observadores achacaron su desaparición a cierta precaución furtiva por mi parte con el fin de evitar la alarma que producía el extraño conocimiento que había en su trasfondo. En verdad, me mostraba anormalmente ávido de asimilar la forma de hablar, las costumbres y puntos de vista de la época en la que me encontraba; como si fuese un viajero estudioso llegado de un lejano país extranjero.

En cuanto se me permitió, empecé a visitar a todas horas la biblioteca de la universidad; y, al poco, comencé a prepararme para efectuar los singulares viajes y asistir a los cursos especiales en universidades europeas y americanas que tantos comentarios despertaron durante los pocos años siguientes.

En ningún momento me faltaron contactos con personas doctas, porque mi caso había adquirido una cierta celebridad entre los psicólogos de la época. Se dieron conferencias presentándome como un ejemplo típico de personalidad secundaria, aun cuando parecía desconcertar a los conferenciantes, en ocasiones, con síntomas caprichosos o con algún rastro raro de velada ironía.

Sin embargo, encontré escasamente verdaderos amigos. Algo en mi aspecto y en mi forma de hablar parecía incitar vagos temores y aversiones en todos aquellos que me conocían, como si yo estuviera a infinita distancia de todo lo que es normal y saludable. Esta idea de oculto horror negro, sumada a las incalculables lagunas de un cierto «distanciamiento», tuvo una difusión y persistencia excepcionales.

Mi familia no fue la excepción que confirma la regla. Desde el mismo instante de mi extraño despertar, mi mujer me miró con el máximo horror y repugnancia, jurando que yo era otro ser que había usurpado el

cuerpo de su marido. Obtuvo el divorcio en 1910, y no quiso siquiera acceder a verme después de mi vuelta a la normalidad en 1913. Mi hijo mayor y mi hija pequeña compartieron estos sentimientos, y desde entonces no los he visto.

Sólo Ríngate, mi segundo hijo, pareció capaz de superar el horror y la repulsión inspirados por mi cambio. Se daba cuenta de que yo era un desconocido pero, pese a sus ocho años de edad, se mantuvo aferrado a la esperanza de que volvería a recuperar mi verdadera personalidad. Cuando así sucedió, me pidió que le reclamara, y los tribunales no tardaron en concederme su custodia. En los años posteriores me ayudó en todas sus posibilidades con los estudios hacia los que me sentía atraído y, hoy en día, cumplidos los treinta y cinco años, es profesor de psicología en Miskatonic.

Pero no me extraña el horror que provocaba, puesto que la mentalidad, la voz y la expresión facial del individuo que despertó el 15 de mayo de 1908 no pertenecía Nathaniel Wingate Peaslee.

No entraré en detalles acerca de mi vida desde 19 hasta 1913, puesto que los lectores - como hice yo mismo - pueden obtener cuanta información les sea precisa recurriendo a los archivos de los periódicos y de las revistas científicas de la época.

Se me devolvió la administración de mis bienes, y los fui gastando poco a poco y con prudencia en viajar y estudiar en diversos centros de enseñanza. Sin embargo, mis viajes fueron en extremo singulares, abarcando prolongadas visitas a lugares remotos y desolados.

En 1909 pasé un mes en el Himalaya, y en 1911 llamó la atención el que realizara un viaje en camello por los desiertos desconocidos de Arabia. Jamás he podido averiguar lo que ocurrió en esos viajes.

Durante el verano de 1912 fleté un barco y navegué por el Ártico, al norte de Spitsbergen, aunque después mostré signos de desilusión.

Posteriormente, aquel mismo año, pasé varias semanas solo más

allá de los límites de anteriores y posteriores exploraciones en el vasto sistema de cavernas calcáreas de Virginia occidental, una serie de negros laberintos tan complejos que harían ilusorio el propósito de reconstruir mis ¡das y venidas.

Mis estancias en las universidades destacaron por una anormal y rápida asimilación, como si la personalidad secundaria poseyese una inteligencia muy superior a la mía propia. También he descubierto que mi capacidad de lectura y de estudio en solitario era fenomenal. Podía dominar hasta el último detalle de un libro mirando sus páginas mientras las iba pasando a la máxima velocidad posible; mi habilidad para interpretar cifras complejas en un instante resultaba en verdad impresionante.

De vez en cuando, aparecían desagradables muestras de mi facultad de influir en los pensamientos y actos de los demás, aunque parecía ser que cuidaba con esmero minimizar las exhibiciones de esta facultad.

Otros informes aludían a mi intimidad con dirigentes de grupos ocultistas y con estudiantes sospechosos de estar en relación con indecibles bandas de repelentes y arcaicos hierofantes. Estos rumores, aunque en su tiempo estuviesen faltos de pruebas, fueron indudablemente fomentados por el conocimiento general de algunas de mis lecturas: consultaba libros raros en las bibliotecas, y esto no permitía conservar en secreto tales consultas.

Existe la prueba tangible, en forma de notas marginales, de que estudié con minuciosidad libros como *Cultes des Goules* del Conde d'Erlette, *De Vermis Mysteriir* de Ludvig Prinn, *Unaussprechlichen Kulten* de Von Junzt, los fragmentos que se conservan del extraño Libro de Eibon, y el temido *Necronomicón* del árabe loco Abdul Alhazred. También es innegable que durante el período de mi singular mutación se apreció el desarrollo de una nueva y siniestra actividad de los cultos clandestinos.

En el verano de 1913 comencé a mostrar signos de tedio y de

disminución de mi interés y a insinuar a varios de los que se relacionaban conmigo que podía esperarse pronto algún cambio en mí. Hablaba de recuerdos que pertenecían a mi vida anterior, aunque la mayor parte de quienes me escuchaban no me consideraban sincero, puesto que los detalles que daba eran casuales y podía haberlos conocido estudiando mis documentos particulares antiguos.

A mediados de agosto regresé a Arkham y volví a abrir mi casa de la calle Crane, tanto tiempo cerrada. instalé allí un mecanismo con el más curioso de los aspectos, construido pieza a pieza por distintos fabricantes europeos y americanos de aparatos científicos, un mecanismo que guardé celosamente de la vista de todo aquel con inteligencia suficiente como para analizarlo.

Los que lo vieron, un mecánico, una criada y la nueva ama de llaves, dicen que era una rara mezcla de palancas, ruedas y espejos, aunque sólo midiera sesenta centímetros de alto, treinta de ancho y otro tanto de profundidad. El espejo central era convexo y circular. Todos estos detalles los he obtenido tras hablar con tantos fabricantes de sus partes como me fue posible localizar.

En la tarde del viernes 26 de septiembre concedí permiso al ama de llaves y a la doncella hasta el mediodía siguiente. Las luces de la casa permanecieron encendidas hasta bien tarde y un hombre delgado, moreno, de curioso aspecto extranjero, llegó en automóvil.

Sobre la una de la madrugada fueron vistas las luces por última vez. A los dos y cuarto un policía notó que en el edificio reinaba la oscuridad, pero el vehículo del extranjero permanecía estacionado Junto al bordillo de la acera. A las cuatro, el coche se había ido ya.

A las seis de la madrugada una voz extranjera, titubeante, pedía por teléfono al doctor Wilson que viniera a mi casa y me asistiera, ya que sufría un ligero desvanecimiento. Esta llamada - una conferencia - fue localizada

más tarde como realizada desde una cabina telefónica de la Estación del Norte, en Boston, pero sin poderse hallar rastro alguno del comunicante extranjero.

Cuando el médico llegó, me encontró inconsciente en una mecedora de la sala de estar, con una mesita delante. Sobre el tablero de la mesita aparecían ciertos arañazos, indicadores de que allí había estado colocado algún pesado objeto. La extraña máquina faltaba y nunca se volvió a saber de ella. Sin duda, el extranjero delgado y moreno debió llevársela consigo.

En la chimenea de la biblioteca se veían abundantes cenizas, con toda evidencia restos de los papeles que escribí desde que me sobrevino la amnesia. El doctor Wilson me encontró con una respiración muy peculiar, pero después de inyectarme un sedante mi respiración se hizo más normal.

A las 11. 15 de la mañana del 27 de septiembre, me agité con vigor, y la hasta entonces máscara facial que parecía como congelar los músculos de mi rostro empezó a mostrar signos de expresión. El doctor Wilson notó que dicha expresión no correspondía a mi personalidad secundaria, sino que tenía mayor semejanza con la de mi personalidad normal. Sobre las 11.30 murmuré sílabas curiosísimas, sílabas que no parecían emparentadas con ningún idioma humano. Parecía también como si luchara contra algo. Luego, alrededor del mediodía, cuando ya habían regresado el ama de llaves y la doncella, empecé a musitar en inglés:

- De entre los economistas ortodoxos del período, Jevons destaca una tendencia prevalente hacia la correlación científica. Su intento de ligar el ciclo comercial de prosperidad y depresión con el ciclo físico de las manchas solares es quizá la culminación de...

Nathaniel Wingate Peaslee había regresado, un alma cuyo reloj marcaba todavía la mañana de aquel jueves de 1908, cuando tenía enfrente a los adormilados alumnos de la clase de Economía.

## Capítulo II

Mi reincorporación a la vida normal fue un proceso doloroso y difícil. La pérdida de casi cinco años crea más complicaciones de lo que uno podría imaginar y, en mi caso, era necesario ajustar infinidad de asuntos.

Lo que me contaron de mis actos realizados desde 1908 me asombró y me perturbó, pero traté de tomármelo lo más filosóficamente que pude. Por último, tras recobrar la custodia de Wingate, mi segundo hijo, me instalé con él en la casa de la calle Crane y me dispuse a reanudar mi labor docente: la universidad tuvo la gentileza de ofrecerme mi antigua cátedra.

Comencé a trabajar en febrero, con el curso de 1914, y así seguí todo un año. Para entonces comprendía ya la impresión que me había causado la experiencia vivida. Aunque completamente cuerdo - eso creo - y sin secuelas en mi personalidad original, carecía de la energía nerviosa de los viejos tiempos. Continuamente me acosaban vagos sueños e ideas singulares y, cuando el estallido de la Guerra Mundial hizo que mi mente enfocara su atención hacia la historia, me encontré pensando en períodos y acontecimientos de la manera más rara posible.

Mi concepto del tiempo - mi habilidad para distinguir entre consecutividad y simultaneidad - parecía sutilmente alterado; así que me formaba nociones quiméricas acerca de vivir en una época y proyectar la mente por toda la eternidad para obtener el conocimiento de épocas pasadas y futuras.

La guerra me causó impresiones extrañas, como si recordara algunas de sus remotas consecuencias: era como si conociera su resultado y pudiese recapacitar acerca de él a la luz de la información futura. Alcanzaba todos estos casi recuerdos con mucha dificultad y con la

sensación de que ante ellos se alzaba alguna barrera psicológica artificial.

Cuando insinué desconfiado mis impresiones a los demás, las respuestas fueron variadas. Algunas personas me miraban incómodas, pero los miembros del departamento de matemáticas hablaban de nuevos desarrollos en aquellas teorías de la relatividad - discutidas por entonces sólo en círculos doctos - que más tarde se harían famosas. Decían que el doctor Albert Einstein estaba reduciendo rápidamente el tiempo a la categoría de una mera dimensión.

Pero los sueños y las sensaciones perturbadoras se apoderaban de mí, y así tuve que abandonar mi trabajo habitual en 1915. Ciertas impresiones tomaban una forma enojosa, proporcionándome la noción persistente de que mi amnesia había originado alguna clase de intercambio maligno; que la personalidad secundaria fue en verdad una fuerza procedente de regiones desconocidas y que mi propia personalidad quedó desplazada por la intrusión.

Así me vi arrastrado a vagas y temibles especulaciones concernientes al paradero de mi yo durante los años en que aquel otro estuvo en posesión de mi cuerpo. El conocimiento curioso y la extraña conducta de aquel indeseado inquilino me turbaban cada vez más a medida que ampliaba detalles gracias a las personas, los periódicos y las revistas.

La singularidad que confundió a los demás parecía armonizar terriblemente con cierto transfondo de negro conocimiento que pululaba en el caos de mi subconsciente. Inicié una febril búsqueda de retazos de información referentes a los estudios y viajes efectuados por aquel otro ser durante los años oscuros.

Pero no todas mis dificultades tenían este carácter semi-abstracto. Estaba lo de los sueños, y dichos sueños parecían aumentar en vividez y concreción. Dándome cuenta de la acogida que les iban a dispensar la mayor parte de mis oyentes, raras veces los mencionaba, excepto a mi hijo



o a alguno de los psicólogos de confianza, pero en aquel tiempo inicié un estudio científico de otros casos con el fin de ver si tales visiones eran o no típicas entre las víctimas de amnesia.

Mis resultados, obtenidos con la ayuda de psicólogos, historiadores, antropólogos y especialistas mentales de amplia experiencia, y con el estudio de los casos de esquizofrenia correspondientes a los días en que se creó la leyenda de las posesiones demoníacas y que comprendían desde ese remoto período hasta nuestro presente médicamente realista, al principio me inquietaron más que me sirvieron de consuelo.

No tardé en descubrir que mis sueños carecían de contrapartida en la abrumadora masa de casos de verdadera amnesia. Sin embargo, quedaba un cierto residuo de relatos que durante años me asombró y sorprendió por su paralelismo con respecto a mi experiencia. Algunos de estos casos correspondían a fragmentos del folclore antiguo; otros eran casos que hacían historia en los anales de la medicina; uno o dos constituían anécdotas oscuramente enterradas en las historias corrientes.

Parece ser que, si bien mi clase especial de afección era muy rara, casos semejantes se habían presentado a largos intervalos casi desde el principio de los anales del hombre. Había siglos conteniendo uno, dos o tres casos, otros siglos carecían de ellos o, por lo menos, ninguno había llegado hasta nuestros días.

La esencia era idéntica: una persona de mentalidad aguda se veía dominada por una vida secundaria extraña y gobernada durante un período más o menos largo por una existencia del todo ajena, tipificada al principio por una torpeza vocal y corporal y, más tarde, por una adquisición total de conocimiento científico, histórico, artístico y antropológico; adquisición llevada a cabo con ansia febril y con un poder de absorción en absoluto normal. Luego seguía un súbito retorno a la consciencia prístina, plagada siempre a intermitencias por vagos sueños ilocalizables que sugerían

fragmentos de alguna memoria horrenda cuidadosamente confusa o anulada.

Y el estrecho parecido de aquellas pesadillas con las mías - incluso en sus mínimos detalles - me dejaba convencido de su naturaleza significativamente típica. Un caso o dos poseían un tono añadido de familiaridad débil y blasfema, como si hubiera tenido noticia anterior de ellos a través de algún canal cósmico demasiado mórbido y terrible de contemplar. En tres ejemplos se hacía mención específica de la máquina desconocida que estuvo en mi casa antes del segundo cambio.

Otro aspecto que me preocupó durante mi investigación fue la frecuencia, mayor en cierto modo, de casos en los que personas no afectadas de una amnesia bien definida sufrían algún breve y elusivo vislumbre de las pesadillas típicas.

En su inmensa mayoría, estas personas eran de mente mediocre o inferior, algunas con inteligencia tan primitiva que nadie las consideraría vehículos para la escolaridad anormal y las adquisiciones mentales preternaturales. Durante un instante se veían inflamadas por una fuerza ajena, luego venía un lapso de retroceso y un recuerdo nimio, que se desvanecía con rapidez, de horrores inhumanos.

Durante el pasado medio siglo se dieron cuando menos tres de esos casos, uno apenas quince años atrás. ¿Es que algo anduvo tanteando a ciegas por el transcurso del tiempo, algo que procedía de cualquier insospechado abismo de la naturaleza? ¿Serían estos casos imprecisos experimentos siniestros y monstruosos de alguna clase y autoridad más allá por completo de toda creencia lógica?

Había unas pocas especulaciones imprecisas de mis horas débiles, fantasías inducidas por mitos que descubrí en mis estudios. Porque no me cabía duda de que ciertas leyendas persistentes de antigüedad inmemorial, en apariencia desconocidas por las víctimas y los médicos relacionados con

recientes casos de amnesia, formaban una sorprendente e impresionante concatenación de lapsos de memoria iguales que el mío.

Todavía temo casi hablar de la naturaleza de los sueños e impresiones que tan clamorosamente crecían. Parecía como si tuvieran un regusto a locura, y a veces creía que en verdad me estaba volviendo loco. ¿Había allí un tipo especial de espejismo que afectaba a cuantos sufrieron lapsos de memoria? Resulta concebible que los esfuerzos de la mente subconsciente para llenar los desconcertantes espacios en blanco con pseudo-recuerdos pudieran dar paso a extrañas divagaciones imaginativas.

Ésta era en verdad la opinión de la mayor parte de los alienistas que me ayudaron en la búsqueda de casos paralelos y que compartían mi turbación ante los parecidos exactos que descubríamos algunas veces, aunque por último me pareció más plausible una teoría folclórica alternativa.

No consideraron ese estado como pura locura, sino que lo catalogaron entre los desórdenes neuróticos. Mi trayectoria en el intento de seguir su rastro y analizarlo, en vez de tratar vanamente de apartarlo de mis pensamientos u olvidarlo, fue considerada correcta por los científicos, puesto que concordaba con los más acreditados principios psicológicos. Di un valor particular al consejo de aquellos médicos que me habían estudiado durante el período en que estuve poseído por otra personalidad.

Mis primeras perturbaciones no fueron visuales sino referentes a las materias más abstractas que ya he mencionado. Había también la sensación de profundo e inexplicable horror referente a mí mismo. Nació en mí una rara repulsión a ver mi figura, como si mis ojos la encontraran de algún modo ajena e inconcebiblemente repelente.

Cuando bajaba la vista y contemplaba la familiar forma humana con su traje azul o gris discreto, sentía siempre un curioso alivio, aunque para lograr tal alivio había tenido que superar un temor infinito. Evitaba los

espejos en cuanto me era posible, y siempre acudía al barbero para afeitarme.

Pasó mucho tiempo antes de que relacionara cualquiera de estas sensaciones desanimadoras con las fugaces impresiones visuales que comenzaron a desarrollarse. La primera correlación de esta especie se refería a la peculiar sensación de que en mi memoria había una barrera externa y artificial que restringía sus alcances.

Noté que los retazos de visión que yo experimentaba poseían un significado profundo y terrible y una relación acongojante conmigo mismo, pero que alguna influencia de definido propósito me impedía entender ese significado y su relación. Luego vino la singularidad referente al elemento tiempo, y con ella los esfuerzos desesperados por situar en su molde cronológico y espacial los fragmentarios atisbos obtenidos en los sueños.

En sí mismos, los atisbos eran al principio más extraños que horribles. Me parecía estar en una enorme cámara abovedada cuyas elevadas entrañas pétreas se perdían en las sombras de lo alto. Fuera cualquiera el tiempo o lugar de la escena, los principios del arco eran conocidos y empleados tan extensamente como en la época de los romanos.

Había colosales ventanas redondas y altas puertas arqueadas y pedestales o mesas cuya parte superior alcanzaba la altitud de una habitación corriente. Vastas estanterías de madera oscura cubrían las paredes, conteniendo lo que parecían ser volúmenes de inmenso tamaño con extraños jeroglíficos en sus lomos.

La sillería al descubierto tenía unas curiosas tallas esculpidas, siempre en diseños curvilíneos matemáticos, y se veían inscripciones a cincel con los mismos caracteres que mostraban los libros. La oscura albañilería en granito pertenecía a un monstruoso tipo megalítico, con filas de bloques convexos por su parte superior que encajaban en las estructuras de base cóncava que descansaban sobre ellos.

No había sillas, pero las superficies altas y planas de los enormes pedestales o taburetes estaban cubiertas de libros, papeles y lo que semejaban ser útiles para escribir, recipientes de singulares formas hechos con un metal purpúreo y varillas cuyas puntas estaban manchadas o tintadas. Pese a la altura de esos pedestales, a veces era capaz de verlos desde encima. Sobre algunos había grandes globos de cristal luminoso que hacían el papel de lámparas, y máquinas inexplicables compuestas por tubos vítreos y palancas de metal.

Las ventanas estaban acristaladas y entrecruzadas por barrotes de recia apariencia. Aunque no me atrevía a asomarme y mirar por ellas, desde donde estaba distinguía las ondulantes copas de singulares helechos arbóreos. El suelo estaba formado por enormes losas octogonales, mientras que se notaba una ausencia absoluta de alfombras y cortinajes.

Más tarde, tuve visiones en las que recorría corredores ciclópeos de piedra y subía y bajaba por gigantescos planos inclinados de la misma albañilería monstruosa. No había escaleras por ninguna parte, ni pasillos de menos de diez metros de anchura. Algunas de las construcciones por las que flotaba debían de elevarse centenares de metros en el cielo.

Debajo había una multitud de pisos de negras bóvedas y trampillas que nunca se abrían, cerradas con flejes metálicos y que contenían imprecisas sugerencias de algún peligro especial.

Parecía estar prisionero, y un horror impregnaba todo lo que estaba al alcance de mi vista. Presentí que los burlones jeroglíficos curvilíneos trazados en las paredes habrían desintegrado mi alma de no estar protegido por una piadosa ignorancia acerca de su significado.

Mis sueños posteriores incluían vistas desde las grandes ventanas redondas y desde el titánico techo o terraza superior plano, con sus curiosos jardines, amplia zona despejada y alta barandilla de piedra festoneada, techo o terraza al que conducían la mayor parte de los planos inclinados.

Se distinguían infinitos kilómetros de edificios gigantescos, cada uno con su jardín y bordeando carreteras pavimentadas de más de sesenta metros de anchura. Diferían mucho de su aspecto, pero se veían pocos que tuviesen menos de cincuenta metros de longitud en el lado de su base cuadrangular y que no llegaran a los trescientos metros de altura. La mayoría aparecían tan descomunales que su fachada podía superar el kilómetro de ancho, mientras que otros alcanzaban alturas montañosas en el cielo gris y cubierto de masas de vapor.

Principalmente parecían ser de piedra o cemento, y muchos mostraban el curioso tipo de albañilería curvilínea característica del edificio que me albergaba. Los tejados eran planos y ajardinados, con una tendencia a poseer barandillas festoneadas. A veces se distinguían terrazas y pisos más altos, con amplios espacios despejados entre los jardines. Las grandes carreteras ofrecían atisbos de movimiento, pero en las visiones iniciales me fue imposible concretar estas impresiones.

En ciertos lugares distinguí enormes torres cilíndricas, oscuras, cuya altura superaba la de cualquier otro edificio. Parecían poseer una naturaleza particular sin mostrar señales del paso de los años y de la erosión. Estaban construidas a base de un singular tipo de sillería basáltica de forma cúbica y con una leve conicidad más marcada al llegar a sus redondos remates superiores. En ninguna de ellas se veía rastro de ventanas u otras aberturas, excepto las enormes puertas de acceso. Me fijé también en algunos edificios más bajos - todos ruinosos por la huella climatológica de los eones transcurridos - que se parecían en su arquitectura básica a las mencionadas torres cilíndricas y oscuras. En torno a todas estas aberrantes masas de albañilería cúbica pendía un aura inexplicable de amenaza y temor concentrados, como el que emanaba de las cerradas trampillas.

Los omnipresentes jardines casi causaban terror por su extrahumana configuración, puesto que mostraban singulares y desconocidas formas de

vegetación oscilando sobre senderos bordeados por monolitos cubiertos de extraños bajorrelieves. Predominaban los helechos anormalmente grandes, algunos verdes y otros con una fantasmal palidez fungosa.

Entre ellos se alzaban grandes cosas espectrales parecidas a los cálamos, cuyos tallos o troncos semejantes al bambú alcanzaban una altura fabulosa. Estaban luego las formas amazorcadas, como si fueran umbelas fabulosas, y grotescos matorrales verdeoscuros y árboles de aspecto conífero.

Las flores eran pequeñas, incoloras e irreconocibles; florecían en macizos geométricos, en medio de una gran cantidad de verdor.

En unos cuantos jardines de terrazas y tejados se distinguían floraciones mayores y más vívidas, de contornos casi ofensivos y aspecto que sugería cultivo artificial. Hongos de tamaño inconcebible, de raro y moteado color, salpicaban la escena con una regularidad de formaciones que suponía la existencia de alguna desconocida pero reglamentada tradición hortícola. En los jardines mayores, el suelo parecía transpirar algún intento de conservar las irregularidades naturales, pero en los de los tejados y terrazas había más selectividad y pruebas más evidentes del arte de la jardinería.

El cielo aparecía casi siempre húmedo y nuboso, en ocasiones hasta pude presenciar tremendas lluvias. De vez en cuando, sin embargo, se podía distinguir con brevedad el sol - su tamaño parecía anormalmente grande - y también la luna, cuyas manchas grisáceas poseían una cierta diferencia con las normales que nunca logré comprender. Cuando, rarísimas veces, el cielo nocturno aparecía despejado, contemplaba constelaciones irreconocibles para mí. Contornos conocidos se aproximaban en ocasiones a los visibles, pero raramente se les podía igualar a los que formaban los agrupamientos estelares de aquel desconocido firmamento; y, por la posición de los pocos grupos que logré

reconocer, creí estar en el hemisferio meridional terrestre, cerca del Trópico de Capricornio.

El horizonte aparecía siempre brumoso y confuso, pero pude distinguir las grandes junglas de criptógamas, cálnos, lepidodendros y sigiliarias que se extendían a las afueras de la ciudad, con su fantástico follaje ondeando burlón bajo los vapores cambiantes. De cuando en cuando, se advertía algo de movimiento en el cielo, pero esas visiones imprecisas nunca concretaron su especie o calidad.

En el otoño de 1914 comencé a tener sueños infrecuentes de extraños vuelos sobre la ciudad y por las regiones circundantes. Vi interminables carreteras que cruzaban bosques de impresionante vegetación, de troncos aflautados, abigarrados y agrupados, y pasé por otras ciudades tan singulares como la que se me aparecía con persistencia.

Vi construcciones monstruosas de piedra negra o iridiscente en sotos y claros donde reinaba un perpetuo crepúsculo, y atravesé largas calzadas sobre pantanos tan oscuros que apenas pude distinguir algo de húmeda y crecida vegetación.

Una vez divisé una zona de innumerables kilómetros sembrada de antiguas ruinas cuya arquitectura original era la de las torres sin ventanas y de cima redondeada que se veían en la ciudad habitual dentro de mis pesadillas.

En otra ocasión vi el mar una ¡limitada extensión espumosa, más allá de los colosales muelles pétreos de una ingente ciudad de cúpulas y arcos. Grandes e informes sugerencias de sombra se movían por él y, de trecho en trecho, su superficie se veía rota por anómalos surtidores.

### **CAPÍTULO III**

Como ya he dicho, estas visiones extravagantes no comenzaron



conteniendo de inmediato su cualidad aterradora. Ciertamente que muchas personas han soñado intrínsecamente cosas más extrañas, cosas compuestas por deslavazados retazos de la vida cotidiana, películas y lecturas, dispuestos en fantásticas formas novelescas por los incontrolables caprichos del sueño.

Durante algún tiempo acepté las visiones como cosa natural, pese a que nunca había sido un soñador extravagante. Muchas de las vagas anomalías, argüí, debían de proceder de fuentes triviales demasiado numerosas para ser individualizadas; mientras que otras parecían reflejar un conocimiento textual común de plantas y otras condiciones del mundo primitivo de hace ciento cincuenta millones de años, el mundo del período Pérmico o de la era Triásica.

Sin embargo, en el transcurso de algunos meses, el elemento terrorífico apareció con fuerza acumulativa. Fue entonces cuando los sueños comenzaron a tener indefectiblemente el aspecto de recuerdos y cuando mi mente empezó a relacionarlos con mis crecientes perturbaciones abstractas, la sensación de barrera mnemónica, las curiosas impresiones referentes al tiempo, la noción de odioso intercambio con mi personalidad secundaria habido desde 1908 a 1913 y, bastante después la inexplicable repugnancia que me inspiraba mi propia persona.

Ciertos detalles definidos empezaron a entrar en los sueños, y aumentaron su horror un millar de veces, hasta que en octubre de 1915 comprendí que debía hacer algo.

Entonces inicié el estudio intensivo de otros casos de amnesia y visiones, creyendo con ello que podría objetivizar mi afección y librarme de su agobio emocional.

Sin embargo, como dije antes, el resultado fue al principio casi exactamente lo contrario. Me turbaba una enormidad hallar que mis sueños habían sido duplicados con exactitud; en especial debido a que algunos de

los relatos eran demasiado antiguos para admitir ningún conocimiento geológico por parte del paciente, por lo que no podía tener idea alguna acerca de los paisajes primitivos.

Aún más, muchos de esos relatos proporcionaban detalles y explicaciones horribles en relación con las visiones de grandes edificios y jardines selváticos... y otras cosas. Las visiones actuales y las vagas impresiones eran ya malas de por sí, pero lo que se insinuaba o afirmaba en algunos otros soñadores tenía el regusto de la locura y la blasfemia. Peor todavía, mi propia pseudomemoria se vela incitada hacia sueños más extravagantes y atisbos de inminentes revelaciones. Y, sin embargo, la mayoría de los doctores aprobaron mi actitud en su totalidad y la catalogaron como la más aconsejable.

Estudié sistemáticamente psicología y, bajo los estímulos frecuentes, mi hijo Wingate hizo lo mismo; sus estudios, con el tiempo, le llevaron a su profesorado actual. En 1917 y 1918 seguí cursos especiales en Miskatonic. Mientras, mi examen de los archivos médicos, históricos y antropológicos se hizo incansable, y abarcó viajes a lejanas bibliotecas e incluyó por último la lectura de los repelentes libros que trataban de costumbres prohibidas en los que mi personalidad secundaria tanto se había interesado.

Algunos de ellos eran los ejemplares que consulté en mi estado alterado, y me perturbó sobremanera el ver ciertas notas marginales y correcciones ostensibles de pasajes de sus textos hechas en una escritura e idioma que parecían singularmente inhumanos.

Las anotaciones estaban hechas en los respectivos idiomas de los distintos libros, idiomas que parecía conocer con una facilidad académica evidentemente igual. Una nota en el *Unaussprechlichen Kulten* de Von Junzt, sin embargo, estaba en otro idioma. Se componía de ciertos jeroglíficos curvilíneos trazados con la misma tinta que la empleada en las

correcciones del alemán, pero sin seguir ningún sistema conocido por la humanidad. Y tales jeroglíficos estaban estrecha e inconfundiblemente emparentados con los caracteres que veía en mis sueños, caracteres cuyo significado a veces creía saber, o que estaba al borde mismo de recordar.

Para completar mi negra confusión, muchos bibliotecarios me aseguraron que, vistos los registros de lectores y de consultas de los libros en cuestión, todas las anotaciones debían de haber sido hechas por mí cuando me encontraba en mi estado de personalidad secundaria. Esto pese al hecho de que yo ignoraba y sigo ignorando tres de los idiomas involucrados. Reuniendo las dispersas relaciones, antiguas y modernas, antropológicas y médicas, encontré una consistente mezcla de mito y alucinación cuya extensión y extravagancia me dejó profundamente confuso. Sólo una cosa me consolaba: el hecho de que los mitos fuesen tan antiguos. No puedo ni conjeturar qué conocimiento perdido hubieran comportado las imágenes del Paleozoico o el Mesozoico en el contexto de aquellas fábulas primitivas; pero allí estaban las imágenes. Así, existía una base para la formación de un tipo fijo de alucinación.

No hay duda de que los casos de amnesia crean el modelo general del mito, pero luego los caprichosos crecimientos de los mitos han debido de reaccionar en los pacientes amnésicos coloreando sus pseudorrecuerdos. Durante mi lapso de memoria, había leído u oído todo lo referente a los antiguos relatos, mi indagación lo había demostrado con amplitud. ¿No resultaba pues natural que mis sueños posteriores y mis impresiones emocionales quedaran moldeados y coloreados por lo que retenía sutilmente mi memoria de las experiencias «vividas» en mi estado secundario?

Unos cuantos de esos mitos tenían relaciones significativas con otras brumosas leyendas del mundo prehumano, en especial aquellas narraciones hindúes que abarcaban espacios de tiempo anonadadores y

formaban parte del caudal cultural folclórico de los teósofos modernos.

El mito primitivo y las quimeras modernas se unificaban al asumir que la humanidad es solo una - quizá la más insignificante - de las razas dominantes y en extremo evolucionadas que ha habido en la larga y desconocida carrera de nuestro planeta. Ambas implicaban que cosas de formas inconcebibles habían erigido torres hasta el cielo y hurgado en cada secreto de la naturaleza antes de que el primer antepasado anfibio del hombre hubiese salido del cálido mar hace trescientos millones de años.

Algunas de estas «cosas» habían venido de las estrellas; unas cuantas eran tan viejas como el propio cosmos; otras se habían desarrollado con rapidez a partir de gérmenes terrestres tan distantes en el pasado de los primeros gérmenes de nuestro ciclo vital como estos gérmenes antecesores lo están con respecto a nosotros mismos. El transcurrir de millares de millones de años y las relaciones con otras galaxias y universos se mencionaban como datos característicos. En realidad, la noción «tiempo», tal y como la concibe la mente humana, no existe.

Pero la mayoría de los relatos e impresiones se referían a una raza relativamente reciente, de forma singular e intrínseca, que no se parecía a ninguna forma viva conocida por la ciencia, que existió hasta sólo cincuenta millones de años antes de la aparición del hombre. Ésta, indicaban, fue la raza más grande de todas porque había sido la única que conquistó el secreto del tiempo.

Aprendió todas las cosas que se supieron o llegarán a saberse en la Tierra, gracias a la facultad que poseían sus mentes más agudas de proyectarse en el pasado y el futuro, incluso atravesando abismos de millones de años, para estudiar el caudal cultural de cada época. De los logros de esta raza surgieron todas las leyendas, incluyendo las de la mitología humana.

En sus enormes bibliotecas había volúmenes de textos e

ilustraciones que contenían los anales completos de la Tierra, historias y descripciones de cuantas especies han existido o existirán, con detallados historiales de sus artes, logros, idiomas y psicologías.

Con este conocimiento que abarcaba eones, la Gran Raza eligió de cada era y forma de vida cuantos pensamientos, artes y procesos convinieran a su propia naturaleza y situación. El conocimiento del pasado, obtenido por una especie de proyección mental extrasensorial, era más difícil de cosechar que el conocimiento del futuro.

En este último caso, el camino resultaba más fácil y material. Con la adecuada ayuda mecánica, una mente se proyectaba hacia adelante, en el tiempo, tanteando su impreciso camino extrasensorial hasta que desembocaba en el período deseado. Luego, tras una serie de pruebas preliminares, se apoderaba del mejor. Penetraba en el cerebro del organismo e instalaba sus propias vibraciones, mientras que la mente desplazada se veía obligada a retroceder hasta el período del desplazante y a permanecer en el cuerpo de este último hasta que se iniciaba el proceso inverso.

El intelecto proyectado dentro del cuerpo del organismo del futuro se hacía pasar por miembro de la raza cuya forma externa utilizaba, y asimilaba lo más rápido posible todo cuanto hubiera que aprender en la era elegida, junto con el conjunto de información y las técnicas.

Mientras, la mente desplazada, obligada a retroceder hasta la época del desplazante y habitando en el cuerpo de éste, quedaba celosamente guardaba. Se le impedía que causara daño alguno al cuerpo en que se alojaba, y se le extraían todos sus conocimientos mediante expertos interrogadores. A menudo las preguntas se le hacían en su propio idioma, siempre y cuando, claro está, las investigaciones previas en el futuro hubiesen traído registros de ese lenguaje.

Si el intelecto procedía de un cuerpo cuyo idioma no pudiera

reproducir físicamente la Gran Raza, se construían máquinas ingeniosas en las que el lenguaje extraño era interpretado como si se tratara de la partitura interpretada con algún instrumento musical.

Los miembros de la Gran Raza eran inmensos conos rugosos de unos tres metros de altura, con la cabeza y otros órganos dispuestos en los extremos de una serie de miembros distensibles, de unos treinta centímetros de grosor, que se extendían a partir de sus cimas. Hablaban chasqueando o arañando sus enormes zarpas o garras, articuladas al final de dos de sus cuatro miembros, y caminaban por la expansión y contracción de una capa viscosa situada en la parte inferior de sus bases, que a su vez tenían un diámetro de casi tres metros.

Cuando el resentimiento y la sorpresa de la mente cautiva se habían disipado - en el caso de que procediera de un cuerpo esencialmente distinto al del miembro de la Gran Raza - y perdía parte de su horror hacia aquella forma temporal nada familiar, se le permitía estudiar su nuevo medio ambiente y gozar de un asombro y una sabiduría aproximados a los que sintiera su desplazador.

Con las precauciones adecuadas y a cambio de los convenientes servicios, se le permitía circular por todo el mundo habitable a bordo de aeronaves gigantes o en los enormes vehículos en forma de barco, con motor atómico, que cruzaban las grandes carreteras, y se le daba libre acceso a las bibliotecas que contenían los archivos del pasado y el futuro del planeta.

Esto servía para que muchas mentes cautivas se reconciliaran con su suerte, puesto que pertenecían a seres de agudo intelecto, y para tales cerebros siempre constituye la suprema experiencia de la vida, pese a los horrores abismales a menudo desvelados, el conocimiento de los ocultos misterios de la Tierra, capítulos cerrados de pasados inconcebibles y de vórtices abrumadores del tiempo futuro que incluían los años venideros con

respecto a sus épocas propias y naturales.

De vez en cuando, a ciertas mentes cautivas se les permitía reunirse con otros intelectos capturados del futuro, para intercambiar pensamientos con entidades conscientes de cien, mil o un millón de años anteriores o posteriores a sus épocas. Y a todos se les apremiaba para que escribiesen abundantemente en su idioma, contando cosas de sí mismos y de sus períodos respectivos, para guardar después tales documentos en los grandes archivos centrales.

Podría añadirse que existía un tipo especial de cautivo con privilegios muy superiores a los demás. Pertenecían a ese tipo los exilados moribundos permanentes, cuyos cuerpos en el futuro habían sido ocupados por supercerebros de la Gran Raza que, enfrentados a la muerte, buscaban escapar de la extinción mental.

Esa especie de melancólicos exilados no eran tan abundantes como podría suponerse, puesto que la longevidad de la Gran Raza hacía disminuir su amor por la vida, en especial entre aquellos intelectos superiores capaces de la proyección mental. Muchos de los cambios de personalidad advertidos últimamente en la historia, incluyendo también la historia de la humanidad, tenían su origen en esos casos e proyección permanente de mentes más antiguas.

En cuanto a los casos normales de exploración, cuando la mente desplazante había aprendido lo que deseaba en el futuro, construía un aparato como el que le sirviera para iniciar el viaje e invertía el proceso de proyección. Una vez más no tardaría en encontrarse en su propio cuerpo y época, mientras que la mente cautiva regresaba a aquel cuerpo en el futuro que le pertenecía por derecho natural.

Sólo cuando uno u otro de los cuerpos había muerto durante el intercambio se hacía imposible la restauración. En tales casos, evidentemente, la mente exploradora tenía - al igual que los que buscaban

escapar de la muerte que vivir toda su existencia en un cuerpo extraño del futuro; y, viceversa, la mente cautiva, como en el caso de los exiliados moribundos permanentes, tenía que acabar sus días en la forma y época pasada correspondientes a la Gran Raza.

Este destino era menos horrible cuando la mente cautiva pertenecía también a la Gran Raza, cosa no infrecuente, puesto que en todos sus períodos esa raza se preocupó muchísimo por su futuro. El número de exiliados moribundos permanentes de la Gran Raza era mínimo, sobre todo porque los moribundos comportaban tremendos castigos implícitos a los desplazamientos de futuros intelectos de la Gran Raza.

Mediante la proyección se establecían acuerdos para aplicar tales castigos a las mentes delincuentes en sus nuevos cuerpos del futuro, llegando en ocasiones a efectuarse reintercambios forzados.

Se dieron casos, pronto rectificados, de desplazamientos de mentes exploradoras o ya cautivas por otros intelectos en diversas regiones del pasado. En cada edad, desde el descubrimiento de la proyección mental, un diminuto elemento, aunque bien identificado, de la población se componía de mentes de la Gran Raza procedentes de épocas pasadas que disfrutaban de estancias más o menos largas.

Cuando una mente cautiva de origen extranjero era devuelta a su propio cuerpo en el futuro, se le extraía, mediante un complicado mecanismo de hipnosis, todo cuanto hubiera aprendido en la era de la Gran Raza, lo que se hacía a causa de ciertas consecuencias molestas inherentes al transporte general hacia el futuro de grandes cantidades de conocimiento.

Los pocos casos existentes de transmisión clara habían causado, y causarían en determinados tiempos futuros, enormes desastres. Y fue precisamente como consecuencia de dos de estos casos - según los viejos mitos - que la humanidad averiguó lo referente a la Gran Raza.

De cuantas cosas sobrevivían de manera física y directa de aquel



mundo eones distante, quedaban tan sólo ciertas ruinas de grandes piedras en lugares remotos y bajo el mar, y fragmentos del texto del impresionante Manuscrito Pnakótico.

Así pues, la mente que regresaba llegaba a su época con sólo la visión más débil y fragmentaria de lo que había experimentado durante su cautiverio. Todos los recuerdos borrables eran borrados, de forma que, en la mayoría de los casos, únicamente un sueño oscuro y confuso se extendía hasta el momento en que se produjo el primer intercambio. Algunos intelectos recordaban más que otros, y la posibilidad de agrupar memorias raras veces comportó atisbos del prohibido pasado en épocas futuras.

Con toda probabilidad hubo un tiempo en que algunos grupos o cultos secretos acogieron y fomentaron estos atisbos. En el Necronomicón se sugería la presencia entre los seres humanos de dicho culto; culto que, a veces, ayudaba a las mentes que descendían por el camino de los eones desde los días de la Gran Raza.

Y, mientras, la Gran Raza se acercaba mucho a la omnisciencia y se dedicaba a la tarea de preparar intercambios con los intelectos de otros planetas, para explorar sus pasados y sus futuros. Se intentaba averiguar el pasado y el origen de aquel globo negro, muerto hacía eones, sito en el lejano espacio, del que procedía la herencia mental de la Gran Raza, porque la mente de esta Gran Raza era mucho más antigua que su forma corporal.

Los seres de un mundo moribundo, más viejo, conocedores de los últimos secretos, tuvieron la previsión de buscar un planeta nuevo con especies donde pudieran tener una larga vida, y así, en masa, enviaron sus mentes hasta el interior de aquella raza futura mejor adaptada para albergarles, los seres en forma de cono que poblaron nuestra Tierra hace mil millones de años.

Y así cobró ser la Gran Raza, mientras que la miríada de mentes enviadas hacia atrás, al pasado, fue abandonada para morir en el horror de

formas corporales que le eran extrañas. Más tarde, la raza volverla a enfrentarse a la muerte, pero sobreviviría gracias a otra migración al futuro, realizada por sus mejores intelectos que ocuparían cuerpos de otros individuos poseedores de una mayor longevidad.

Tal era el transfondo de entrelazadas leyendas y alucinaciones. Cuando, en 1920, efectué de manera coherente mis investigaciones, sentí una leve disminución de la tensión que se había incrementado en sus primeras etapas. Después de todo, pese a las fantasías originadas por las ciegas emociones, ¿acaso la mayoría de mis fenómenos no tenían una fácil explicación? Cualquier casualidad pudo haber orientado mi mente hacia los estudios de las ciencias ocultas u oscuras, durante mi amnesia, y entonces leí las leyendas prohibidas y conocí a los miembros de cultos antiguos y mal considerados. Eso, con toda certeza, proporcionó material para los sueños y sensaciones perturbadoras que me sobrevinieron al recuperar la memoria.

En cuanto a las notas marginales hechas utilizando los jeroglíficos que «viera» en mis sueños y el hecho de que, consultara libros escritos en idiomas que me eran desconocidos se explica considerando que pude haber estudiado tales lenguas durante mi estado secundario, mientras que los jeroglíficos fueron frutos de mi fantasía nacidos de las descripciones de las leyendas antiguas, entretajidas después en mis pesadillas. Procuré comprobar algunos detalles durante mis conversaciones con famosos practicantes del ocultismo, pero sin lograr nunca establecer las relaciones apropiadas.

A veces, el paralelismo de tantos casos en épocas muy separadas entre sí seguía preocupándome como al principio, pero, por otra parte, me decía que el folclore excitante resultaba sin duda más universal en el pasado que en la época presente.

Con toda probabilidad, las otras víctimas cuyos casos se

asemejaban al mío habían tenido un amplio y familiar conocimiento de los relatos que yo conocí sólo cuando me hallaba en mi estado secundario. Al perder la memoria estas víctimas, se asociaron a sí mismas con las criaturas de los mitos de su país - los fabulosos invasores que se suponía desplazaban las mentes de los hombres-, y así iniciaron procesos de investigación para obtener un conocimiento que creían que les podría hacer retroceder hasta un pasado ilusorio no humano.

Luego, al recuperar la memoria, invertían su proceso asociativo y se creían antiguos intelectos cautivos en vez de ser las mentes desplazadas. Con esta base, los sueños y pseudorrecuerdos seguían la norma mítica convencional.

A pesar de lo confuso de estas explicaciones, llegaron por último a desplazar en mí a todas las demás, principalmente por la mayor debilidad lógica de cualquier otra teoría. Y estuvo de acuerdo conmigo un buen número de eminentes psicólogos y antropólogos.

Cuanto más reflexionaba, más convincente me parecía ese razonamiento; hasta que, al final, creí tener una defensa efectiva contra las visiones e impresiones que seguían produciéndose en mí. ¿Que de noche veía cosas extrañas? Eran, simplemente, las que había leído u oído hablar durante el día. ¿Que tenía singulares fobias y perspectivas y pseudorrecuerdos? También constituían meros ecos de mitos asimilados en mi estado secundario. Nada de cuanto pudiera soñar, nada de cuanto pudiera sentir, tenía significado actual y auténtico.

Fortalecido por esta filosofía, tras mejorar mucho en mi equilibrio nervioso, aunque las visiones - más todavía que las impresiones abstractas - se iban haciendo más frecuentes y con detalles más perturbadores, decidí prescindir de sus influencias. En 1922 me sentí con fuerzas para reanudar un trabajo regular y empleé mi recién adquirido conocimiento de manera práctica, aceptando la plaza de profesor de psicología en la universidad.

Mi antigua cátedra de economía política hacía tiempo que estaba ya cubierta de forma adecuada, además de que los métodos de enseñanza de las ciencias económicas habían cambiado mucho desde el día en que caí «enfermo». Por aquella época, mi hijo iniciaba sus estudios de doctorado, precisamente los que le llevaron a su actual cátedra, así que trabajamos juntos durante mucho tiempo.

#### **Capítulo IV**

Continué, no obstante, llevando un cuidadoso registro de los «otros» sueños que continuaban acosándome tan densa y vívidamente. Ese registro, argüía, era de un valor genuino como documento psicológico. Los atisbos seguían conservando su condenado parecido con los recuerdos, aunque luché por reprimir esta impresión con bastante éxito.

Al escribir, trataba las cosas fantasmales como si las hubiera visto; pero en todos los demás momentos procuraba apartarlas de mí al catalogarlas como nimias ilusiones nacidas en la noche. En conversación normal, nunca mencioné tales materias; aunque algunos informes acerca de ellas, filtrándose como suele suceder en casos parecidos, provocaron vanos rumores concernientes a mi salud mental. Resulta chocante pensar que tales rumores quedaban reducidos a personas vulgares, legos en la materia, sin que los acogiera ningún médico o psicólogo.

De mis visiones posteriores a 1914 mencionaré poco, puesto que informes más completos e historiales clínicos quedan a disposición del estudiante concienzudo. Es evidente que, con el tiempo, las curiosas inhibiciones se difuminaron en cierto modo, porque el alcance de mis visiones se incrementó considerablemente. Sin embargo, éstas nunca llegaron a ser nada más que fragmentos descoyuntados sin clara motivación aparente.

Dentro de los sueños, parecía que yo adquiriría una libertad de movimiento cada vez mayor. Flotaba por muchos edificios extraños de piedra, yendo de uno a otro por los largos y colosales pasadizos subterráneos que parecían constituir las vías de tránsito comunes. A veces me tropezaba con aquellas gigantescas trampillas cerradas sitas en la planta más baja y de las que parecía emanar un aura de prohibición y miedo.

Vi enormes piscinas o estanques cuadrados y salas con curiosos e inexplicables utensilios de infinidad de formas y dimensiones. Había luego las colosales cavernas de complicada maquinaria cuyo contorno y propósito eran del todo extraños para mí y cuyo sonido se manifestó sólo al cabo de muchos años de soñar. Debo resaltar aquí que la vista y el oído fueron los únicos sentidos de los que me valía en el mundo de las visiones.

El verdadero horror comenzó en mayo de 1915, cuando vi por primera vez las cosas vivientes. Eso fue antes de que mis estudios me hubieran enseñado lo que, en vista de los mitos y de los casos históricos, podía esperar. Teniendo bajadas mis barreras mentales, contemplé grandes masas de fino vapor en varias partes del edificio y abajo, en las calles.

Los vapores se fueron haciendo más sólidos y distintos, hasta que, por último, pude distinguir sus contornos monstruosos con incómoda facilidad. Parecían enormes conos indiscentes, de unos tres metros de altura y otros tres de ancho en la base, hechos de una materia rugosa, escamosa, semielástica. De sus cimas se proyectaban cuatro miembros cilíndricos flexibles, de unos treinta centímetros de grosor cada uno, de la misma materia rugosa que los conos.

Estos miembros aparecían a veces contraídos casi hasta la nada y en otras se extendían, llegando a alcanzar una longitud de tres metros. En la punta de dos de ellos había enormes zarpas o pinzas. Un tercero finalizaba con cuatro apéndices rojos en forma de trompeta. El cuarto terminaba en un globo amarillento, irregular, de unos sesenta centímetros de diámetro, con

tres grandes ojos oscuros dispuestos a lo largo de su circunferencia, digamos, ecuatorial.

Culminando la cabeza destacaban cuatro pedúnculos esbeltos, de color gris, con apéndices semejantes a flores, mientras que en su parte inferior colgaban ocho verdosas antenas o tentáculos. La gran base del cono central estaba rebordeada por una sustancia gris, gomosa, que movía a todo el ser mediante su expansión y contracción.

Sus acciones - aunque inofensivas - me horrorizaban más que su aspecto, porque no resultaba satisfactorio ver a objetos monstruosos realizando lo que uno sólo ha visto hacer a seres humanos. Esos objetos se movían con inteligencia por las grandes salas, tomando libros de las estanterías y llevándolos a las enormes mesas, o viceversa, y a veces escribiendo con una peculiar barra o varilla aferrada entre los tentáculos verdosos de la cabeza. Las colosales pinzas se empleaban para el transporte de los libros y en la conversación; el habla se componía de una especie de chasquidos.

Los objetos no iban vestidos, pero llevaban unas bolsas o mochilas colgadas de lo alto del tronco cónico. Por lo general llevaban la cabeza y su miembro soporte a la altura de la cima del cono, aunque era frecuente verla más alta o más baja.

Los otros tres grandes miembros tenían tendencia a caer descansando a los lados del cono, reducidos a la longitud de metro y medio, cuando no se utilizaban. Por su capacidad de lectura, escritura y manejo de las máquinas - las de las mesas parecían en cierto modo relacionadas con los pensamientos - deduje que su inteligencia era enormemente superior a la del hombre.

Después los vi por doquier, pululando por todas las grandes cámaras y corredores, atendiendo a monstruosas máquinas en criptas abovedadas y marchando raudos por las carreteras a bordo de gigantescos

coches en forma. de barco. Dejé de tenerles miedo, porque parecían formar parte natural de su medio ambiente.

Comencé a distinguir diferencias individuales entre ellos, y unos pocos parecían estar bajo alguna especie de restricción. Estos últimos, aunque no mostraban variación física, tenían una diversidad de gestos y hábitos que les destacaban no sólo de la mayoría, sino que sobre todo les daban carácter individual.

Escribían muchísimo en lo que para mi nublada visión parecía ser una enorme variedad de caracteres, nunca en los típicos jeroglíficos curvilíneos que utilizaba la mayoría. Advertí que unos cuantos empleaban nuestro alfabeto familiar. Casi la totalidad de estos individuos trabajaba más despacio que la masa en general de los seres.

Durante este tiempo, mi papel en los sueños parecía ser el de una consciencia incorpórea con un alcance de visión superior a lo normal, flotando libre por los alrededores, pero confinada a las avenidas y velocidades de tránsito comunes. Hasta agosto de 1915 no comenzaron a hostigarme las sugerencias de corporeidad. Digo hostigar porque la primera fase fue una pura asociación abstracta, aunque infinitamente terrible, de mis anteriores fobias hacia mi cuerpo con las escenas de mis visiones.

Hubo una temporada en la que mi interés principal durante los sueños era evitar mirarme, y recuerdo lo que me aliviaba la ausencia total de grandes espejos en las extrañas habitaciones. Pero me turbaba más que nada el hecho de que siempre veía las enormes mesas - cuya altura no podía ser menor de tres metros - desde un nivel no inferior al de sus superficies.

Y entonces la morbosa tentación de mirarme a mí mismo fue haciéndose cada vez mayor, hasta que una noche me fue imposible resistirla. Al principio mi mirada no reveló nada de particular. Un momento después percibí que esto ocurría porque mi cabeza se hallaba al extremo de

un cuello flexible de enorme longitud. Contrayendo el cuello y mirando hacia abajo con más atención, vi la masa iridiscente, rugosa, escamosa, de un vasto cono de tres metros de altura y otros tres de ancho en la base. Fue entonces cuando desperté a medio Arkham con mi grito, mientras salía enloquecido de los abismos del sueño.

Sólo al cabo de semanas de horrenda repetición, casi me reconcilé con las visiones de mi persona bajo tan monstruosa forma. En los sueños movía ahora mi cuerpo entre los otros seres desconocidos, leyendo terribles libros de las interminables estanterías y escribiendo horas y horas en las enormes mesas con una pluma dirigida por los tentáculos verdes que colgaban de mi cabeza.

Cruzan por mi memoria retazos de lo que leí y escribí. Estaban los horribles anales de otros mundos y otros universos, y la historia de unas entidades vivas sin forma en el exterior de todos los universos. Estaban los archivos de extrañas clases de seres que habían poblado el mundo en pasados ya olvidados, y espeluznantes, crónicas de inteligencias de cuerpo grotesco que lo habitarían dentro de millones de años, después de la muerte del último ser humano.

Estudié capítulos de la historia de la humanidad cuya existencia no ha sospechado jamás ningún universitario de hoy en día. La mayor parte de estos escritos estaban en lenguaje jeroglífico, que estudié de una manera rara con ayuda de máquinas zumbantes y que, sin duda, constituía un idioma aglutinante con raíces muy distintas a las que se hallan en los idiomas humanos.

Otros volúmenes aparecían escritos en lenguas desconocidas que aprendí de la misma singular manera. Pocos pertenecían a los idiomas que ya conocía. Ilustraciones en extremo ingeniosas, tanto insertas en los libros como formando colecciones separadas, me ayudaron inmensamente. Y todo el tiempo parecía que lo dedicaba a escribir en inglés una historia de



mi propia época. Al despertar, recordaba tan sólo retazos mínimos e inconexos de lenguas desconocidas que mi yo del sueño había dominado, aunque, conservara frases enteras de lo relatado.

Aprendí - incluso antes de que mi yo hubiera estudiado en estado de vigilia los casos paralelos o los viejos mitos, fuente indudable de los sueños - que los seres de mi alrededor eran la mayor raza del mundo, que habían conquistado el tiempo y enviado intelectos exploradores a cada época. Supe, también, que me habían arrebatado de mi propia era, mientras otro empleaba mi cuerpo en mi presente habitual, y que unas cuantas de las demás formas vivientes albergaban mentes capturadas de forma similar. Creía hablar, en una rara lengua de chasquidos de las zarpas, con los intelectos exiliados procedentes de todos los rincones del sistema solar.

Había una mente del planeta que nosotros llamamos Venus que viviría dentro de incalculables época futuras, y otra, procedente de una de las lunas de Júpiter, que existió hace seis millones de años. De entre los intelectos terrestres había unos cuantos pertenecientes a la raza antártida palafítica, gente alada, con cabeza estrellada, semivegetal; otro individuo procedía del pueblo reptil de la fabulosa Valusia; tres, de los peludos y abominables Tcho-Tchos; dos, de los arácnidos habitantes de la última era terrestre; cinco, de las duras especies coleópteras que siguieron inmediatamente a la humanidad, a cuyos cuerpos, algún día, la Gran Raza trasladaría en masa a sus individuos más inteligentes en vista del horrible peligro que se les avecinaba; y varios de diferentes ramas de la humanidad.

Hablé con el intelecto de Yiang-Li, filósofo del cruel imperio de Tsan-Chan, que sobrevendrá en el año 5000 de la Era Cristiana; con el de un general del pueblo pardo de grandes cabezas que dominó África del Sur en el año 50000 a. C.; con un monje florentino del siglo xii, llamado Bartolomeo Corsi; con el de un rey de Lomar que gobernó esa terrible tierra polar cien mil años antes de que los amarillentos y achaparrados

inutos vinieran del oeste para sojuzgarles.

Hablé con la mente de Nug-Soth, un mago de los oscuros conquistadores del año 16000 d. C.; con la de un romano, llamado Titus Sempronius Blaesus, que fue cuestor en la época de Sulla; con la de Kefnes, un egipcio de la XIV dinastía, que me contó el horrible secreto de Nyarlathotep; con la de un sacerdote del reinado medio de la Atlántida; con la de un caballero de Suffolk, de la época de Cromwell, un tal James Woodville; con un astrónomo de la corte preincaica del Perú; con la de Theodotides, un personaje greco-bactriano del año 200 a. C.; con el médico australiano Nevel Kingston-Brown, que morirá en el 2518; con una archiimagen de un desaparecido yhe del Pacífico; con la mente de un viejo francés de la época de Luis XIII, llamado Pierre-Louis Montagny; con la de Crom-Ya, un reyezuelo cimmericiano del año 15000 a. C.; y con muchas otras que mi cerebro no recuerda, como tampoco recuerdo los sorprendes secretos y anonadadoras maravillas que conocí gracias a ellos.

Cada mañana despertaba con fiebre, a veces tratando frenéticamente de comprobar o desacreditar tales Informaciones dentro de cuanto cabe en la extensión del conocimiento humano. Los hechos tradicionales adquirirían huecos y dudosos aspectos, y yo me maravillaba ante las fantasías que el sueño podía inventar como apéndices sorprendentes a la historia y a la ciencia.

Los misterios que el pasado podía ocultar me producían escalofríos, y temblaba ante las amenazas que podría deparar el futuro. Lo que se insinuaba en la manera de hablar de las entidades posthumanas acerca del destino de la humanidad me causaba un efecto tal que ni aún ahora me atrevo a describirlo en las presentes líneas.

Tras el hombre se desarrollaría una potente civilización de escarabajos, en cuyos cuerpos se albergarían los miembros de la elite de la Gran Raza cuando la monstruosa destrucción alcanzase a su mundo más

antiguo. Posteriormente, cuando se cerrara el ciclo vital de la Tierra, las mentes transferidas volverían a emigrar por el tiempo y el espacio hasta otro lugar de estancia en los cuerpos de las entidades bulbosas de Mercurio. Pero tras ellos habría otras razas, aferrándose de manera patética a este viejo y frío - planeta y albergándose en madrigueras excavadas en el corazón del globo terráqueo, hasta que llegase el definitivo final.

Mientras, en mis sueños, escribía interminablemente en aquella historia de mi propia época que preparaba, en parte voluntariamente y en parte por las promesas de aumentar las oportunidades de viajar y consultar bibliotecas, con destino a los archivos centrales de la Gran Raza. Estos archivos se encontraban en una colosal estructura subterránea próxima al centro de la ciudad, estructura que llegué a conocer bien gracias a mis frecuentes trabajos y consultas. Destinado a durar tanto como la raza y a resistir las más tremendas convulsiones telúricas, este depósito titánico superaba a todos los demás edificios la sólida firmeza de su construcción.

Los legajos, escritos o impresos en grandes láminas de un curioso e indestructible tejido celulósico, estaban encuadernados en forma de libros que se abrían por su parte superior y que se guardaban en estuches individuales de un extraño y ligerísimo metal grisáceo e inoxidable, decorados con dibujos geométricos y ostentando el título escrito en los jeroglíficos curvilíneos de la Gran Raza.

Estos estuches se almacenaban en filas y filas de bóvedas rectangulares - semejantes a estanterías - hechas del mismo metal inoxidable y cerradas con pomos de intrincado diseño. A mi historia se le asignó un lugar determinado en las bóvedas del nivel más bajo, destinado a los vertebrados, en toda una sección dedicada a las culturas de la humanidad y de las razas peludas y reptilesas que la siguieron en el dominio terrestre.

Pero ninguno de los sueños me proporcionó una imagen completa

de la vida cotidiana. Todo se componía de los más mínimos y brumosos fragmentos inconexos y estoy seguro, además, de que esos fragmentos no se desplegaban en el orden adecuado. Por ejemplo, tengo una idea muy imperfecta de mi manera de vivir y alojarme en el mundo de mis pesadillas; aunque parece ser que poseía para mí solo una gran habitación de piedra. Gradualmente desaparecieron mis restricciones como prisionero, así que algunas de las visiones incluían vívidos viajes por las ingentes carreteras de la jungla, estancias en ciudades desconocidas y exploraciones de algunas de las vastas y oscuras ruinas de torres sin ventana, que provocaban un curioso temor a los miembros de la Gran Raza. Hubo también largos viajes marítimos en enormes navíos de infinidad de cubiertas y de increíble rapidez, y excursiones sobre regiones salvajes en proyectiles certeros, singulares aeronaves movidas por la repulsión eléctrica.

Más allá del amplio y cálido océano, se alzaban otras ciudades de la Gran Raza, y en un lejano continente vi los toscos poblados de las aladas criaturas de negros hocicos que evolucionarían como género dominante luego que la Gran Raza hubiera enviado a sus mentes más destacadas hacia el futuro con el fin de escapar al horror que lentamente se aproximaba. La nota dominante en la escena venía dada por las llanuras y la exuberante vida vegetal. Las montañas eran bajas y escasas, y en general mostraban señales de vulcanismo.

Podría escribir tomos y tomos acerca de los animales que vi. Todos salvajes; porque la agricultura mecanizada de la Gran Raza hacía tiempo que prescindió de los animales domésticos, puesto que la alimentación era totalmente vegetariana o sintética. Torpes reptiles de gran corpachón se revolcaban en los humeantes cenagales, aleteaban por el brumoso aire o lanzaban chorros borboteantes de agua mientras nadaban en mares y lagos; y entre ellos creí reconocer vagamente prototipos arcaicos e inferiores de múltiples especies - dinosaurios, pterodáctilos, ictiosaurios,

laberintodontes, plesiosaurios, etcétera - cuyas figuras me resultaban familiares gracias a la paleontología. No pude descubrir, sin embargo, ningún pájaro ni mamífero.

El suelo y los pantanos se veían constantemente llenos de serpientes, lagartos y cocodrilos, mientras que los insectos zumbaban sin cesar por entre la lujuriente vegetación. Y, mar adentro, monstruos desconocidos lanzaban montañosas columnas de espuma en el aire preñado de vapor de agua. En una ocasión viajé bajo la superficie del mar en un gigantesco submarino con potentes reflectores y pude distinguir horrores vivientes de impresionante magnitud. Vi también las ruinas de increíbles ciudades hundidas y la riqueza superabundante de vida ictínea, crinoide, braquiópoda y coralina.

Mis visiones conservaron escasos detalles acerca de la fisiología, psicología, costumbres y aspectos de la historia de la Gran Raza, y muchas de las cosas que aquí expongo las obtuve de mi estudio de las antiguas leyendas y de otros casos más que de mis sueños.

Porque, evidentemente, con el tiempo, mis lecturas e indagaciones alcanzaron y sobrepasaron en muchas fases a los sueños, así que ciertos fragmentos de pesadilla quedaron explicados por anticipado y constituyeron comprobaciones y confirmaciones de cuanto había aprendido. Esto establecía de manera consoladora mi creencia de que las lecturas e investigaciones realizadas por mi yo secundario crearon la fuente de todo el terrible entramado de falsos recuerdos.

En apariencia, el período de mis sueños abarcaba un pasado de al menos 150 millones de años, cuando la era Paleozoica estaba dando paso a la Mesozoica. Los cuerpos ocupados por la Gran Raza no representaban línea alguna superviviente, ni siquiera conocida por la ciencia, de evolución terrestre, sino un tipo orgánico, en extremo homogéneo, peculiar y altamente especializado, tan cerca del estado animal como del vegetal.

La acción celular poseía una cualidad única que casi excluía la fatiga y eliminaba por completo la necesidad del sueño. La nutrición, asimilada a través de los apéndices rojos de uno de los grandes miembros flexibles, era siempre semifluida y, en múltiples aspectos, totalmente diferente al género de alimentación de los animales existentes.

Los seres sólo tenían dos de los sentidos corporales que conocemos nosotros: la vista y el oído, este último centralizado en los apéndices semejantes a flores de tallos grises de la parte superior de sus cabezas. Pero poseían otros muchos sentidos, aunque no utilizables, sin embargo, por las mentes cautivas extrañas a su raza que habitaban en sus cuerpos. Tenían situados sus tres ojos de forma que les daban un campo de visión superior en amplitud al normal. La sangre era una especie de espesísimo líquido seroso verde oscuro.

Carecían de sexo, pero se reproducían mediante semillas o esporas que se apiñaban en sus bases y que sólo podían germinar bajo el agua. Para criar a sus retoños disponían de grandes tanques de poca profundidad, aunque en poco número dada la longevidad de los individuos, que alcanzaban por lo común los cuatro o cinco mil años de vida.

Los individuos con marcados defectos constitutivos eran sacrificados con presteza nada más manifestarse sus anormalidades. A falta de sentido del tacto y de dolor físico, se diagnosticaban las enfermedades y la proximidad de la muerte mediante síntomas visuales.

Los difuntos se incineraban con un solemne ceremonial. De vez en cuando, como ya mencioné antes, algún intelecto agudo escapaba a la muerte gracias a la proyección en el tiempo; pero tales casos no abundaban. Cuando se producía uno de estos casos, la mente exiliada del futuro era tratada con la máxima amabilidad, hasta la disolución de su poco normal «inquilinato».

La Gran Raza parecía formar una sola nación o liga, muy unida, con

la mayoría de las instituciones en común, aunque hubiera cuatro divisiones o clases perfectamente definidas. El sistema político-económico de cada unidad era una especie de socialismo fascista, con la mayor parte de los recursos distribuidos de manera racional y con el poder delegado a una pequeña junta de gobierno elegida por los votos de quienes eran capaces de superar ciertas pruebas psicológicas y educacionales. La célula familiar no tenía un alcance desmesurado, aunque se reconocieran los lazos existentes entre personas de ascendencia común y los jóvenes fueran criados generalmente por sus padres.

Los parecidos con actitudes e instituciones humanas eran, por supuesto, más marcados en aquellos campos donde se requería la existencia de elementos individuales o donde, por otra parte, hubiera un predominio de los impulsos básicos y no especializados comunes a toda clase de vida orgánica. Otros parecidos o similitudes procedían de la adopción consciente efectuada por la Gran Raza que, al sondear el futuro, copiaba lo que le interesaba.

La industria, muy mecanizada, ocupaba poco tiempo del disponible por cada individuo; y los abundantes espacios de ocio se llenaban con diversas clases de actividades intelectuales y estéticas.

Las ciencias alcanzaron un increíble nivel de desarrollo y el arte constituía una parte vital de la existencia, aunque en el período de mis sueños había ya sobrepasado lo que pudiera llamarse su «edad de oro». El constante forcejeo por la supervivencia y el mantenimiento de la textura física de las grandes ciudades, amenazada por los - prodigiosos seismos geológicos de aquella primitiva era terrestre, hizo que la tecnología poseyera enormes estímulos.

El crimen era sorprendentemente escaso y se reprimía gracias a una eficacísima policía. Los castigos iban desde la privación de privilegios hasta la cadena perpetua o la extirpación de las emociones mayores, y

nunca se aplicaban sin un previo y concienzudo estudio de las motivaciones del delincuente.

La guerra, principalmente civil en los últimos milenios, aunque a veces se realizaba contra los Antiguos, seres alados de cabeza estrellada que habitaban en el extremo antártico, no era frecuente aunque sí infinitamente devastadora. Un numeroso ejército, empleando armas semejantes a cámaras que producían tremendos efectos eléctricos, se mantenía en pie con propósitos que raras veces se mencionaban, pero claramente relacionados con el incesante miedo hacia las ruinas más antiguas, negras y sin ventanas y con las cerradas trampillas existentes en los subterráneos más profundos.

Este miedo a las ruinas de basalto y a las trampillas era más que nada cuestión de sugestión... o, como máximo, algo que se mencionaba en semisusurros. Todo lo que de forma específica se refería a este asunto faltaba de modo significativo de los libros existentes en las estanterías normales. Era la única materia tabú entre la Gran Raza, y parecía relacionarse por igual con horribles contiendas pasadas y con ese futuro peligro que algún día forzaría a la raza a enviar en masa hacia adelante a sus mejores intelectos.

Por imperfectas y fragmentarias que fueran las otras cosas aparecidas en los sueños y leyendas, este asunto resultaba todavía más brumoso. Los vagos mitos de la antigüedad lo eludían, o quizá, por algún motivo, habían sido expurgadas todas las alusiones. Y en mis sueños o en los de otros, las insinuaciones eran singularmente escasas. Los miembros de la Gran Raza nunca se referían al asunto de manera intencional y lo que podía atisbarse procedía tan sólo de los intelectos cautivos más observadores.

Según estos retazos de información, la base del miedo la constituía una horrible raza antigua de seres en extremo extraños, semipólipos, que



vinieron cruzando el espacio desde universos incalculablemente lejanos y que dominaron la Tierra y otros tres planetas del sistema solar hacía unos seiscientos millones de años. Eran parcialmente materiales, según comprendemos nosotros la materia, y su tipo de conciencia y su percepción media diferían muchísimo de los demás organismos terrestres. Por ejemplo, entre sus sentidos no estaba el de la vista, y su mundo mental era un conjunto extraño de impresiones no visuales.

Sin embargo, eran lo suficientemente materiales como para usar herramientas de materia normal cuando las áreas cósmicas las contenían y necesitaban alojamiento, aunque de cierta clase peculiar. Pese a que sus sentidos podían atravesar todas las barreras materiales, su sustancia no; y ciertas formas de energía eléctrica lograban destruirles. Poseían la facultad del movimiento aéreo, a pesar de la falta de alas o de cualquier otro sistema visible de levitación. Sus mentes eran de una textura tal que la Gran Raza no podía efectuar el menor intercambio.

Cuando estas cosas vinieron a la Tierra, construyeron poderosas ciudades de basalto compuestas por torres sin ventanas, y cuantos seres encontraron fueron sus presas. Fue entonces cuando las mentes de la Gran Raza cruzaron el vacío desde su oscuro mundo transgaláctico conocido con el nombre de Yith en los discutidos y turbadores Élitros de Eltdown.

Los recién llegados, con los instrumentos que habían creado, hallaron fácil dominar a los entes depredadores y obligarles a que se refugiaran en aquellas cavernas del interior del subsuelo que ya constituían sus domicilios habitados.

Luego cerraron herméticamente las entradas y les abandonaron a su suerte; después ocuparon la mayoría de sus grandes ciudades y conservaron ciertos edificios importantes, más por motivos supersticiosos que por inquietud científica, valentía o indiferencia.

Pero con el transcurso de los eones se advirtieron siniestras y vagas

manifestaciones que indicaban que aquellas cosas antiguas se iban multiplicando y fortaleciendo en la zona interna del planeta. Se produjeron irrupciones esporádicas de un tipo particularmente abominable en algunas de las viejas urbes que no poblara la Gran Raza, lugares donde los accesos a las cavernas inferiores no habían sido cerTados o vigilados adecuadamente.

Después se tomaron mayores precauciones y muchísimos de estos accesos fueron clausurados para siempre, aunque se dejaron unos pocos dotados de trampillas herméticas para utilizarlos de manera estratégica en la lucha contra las cosas antiguas, si llegaban a irrumpir saliendo por sitios inesperados.

Las irrupciones de las cosas antiguas debieron alcanzar un carácter de indescriptible sorpresa, puesto que afectaron de forma permanente la psicología de la Gran Raza. Hasta tal punto culminó el horror, que se prescindió de mencionar incluso el aspecto de las criaturas. Nunca me fue posible obtener un atisbo claro que me indicara cómo eran.

Se captaban veladas sugerencias acerca de una plasticidad monstruosa y de lapsos temporales de visibilidad, mientras que otros susurros fragmentarios se referían a su capacidad para dominar y emplear militarmente los grandes inventos. Singulares ruidos semejantes a silbidos y colosales pisadas compuestas de cinco huellas circulares correspondientes a otros tantos dedos parecían tener alguna asociación con las cosas antiguas.

Resultaba evidente que la próxima destrucción tan temida por la Gan Raza - la muerte que algún día les obligaría a enviar millones de sus intelectos más brillantes por el abismo del tiempo hasta encontrar el refugio de otros cuerpos que existían en un futuro menos expuesto a los avatares del peligro - estaba relacionada con una irrupción final y victoriosa de los seres antiguos.

Las proyecciones mentales a través de los siglos predecían ese horror, y la Gran Raza había decidido que ninguno de los miembros que pudiera escapar tendría que enfrentarse a la presentida catástrofe. Sabían, gracias a su conocimientos de la historia futura del planeta, que la irrupción y el pillaje posterior se deberían más a un impulso de venganza que a un intento de recuperar el dominio del mundo exterior, puesto que sus proyecciones mentales hacia el futuro les señalaban el nacimiento y el ocaso de muchas otras razas posteriores, sin que en ningún caso los seres antiguos llegaran a molestarlas.

Quizá tales entes habían llegado a preferir las entrañas de la Tierra a la variable superficie, sujeta a tormentas y fenómenos meteorológicos, dado el hecho de que la luz nada significaba - a., a ellos. Puede también que su despertar fuera lento y necesitara de eones para completarse. Más aún, la Gran Raza estaba convencida de que, para cuando apareciera la raza coleóptera posthumana, cuyos cuerpos servirían de alojamiento a los intelectos más destacados, las cosas antiguas habrían muerto por completo.

Entretanto, la Gran Raza mantenía una precavida vigilancia, teniendo constantemente preparadas armas potentísimas, pese a haber eliminado todo lo referente a esa materia no sólo de los archivos, sino también como motivo conversacional. Y así, la sombra de un indecible temor se cernía siempre encima y en torno a las cerradas trampillas y a las oscuras torres antiguas y sin ventanas.

## **Capítulo V**

Éste es el mundo del que mis sueños me traían cada noche ecos imprecisos y confusos. No creo poder expresar de manera aproximada el horror y temor contenido en tales ecos, porque esas sensaciones dependían principalmente de una cualidad del todo intangible, la aguda sensibilidad de

la pseudomemoria.

Como ya he dicho, mis estudios me proporcionaron poco a poco una defensa contra estas sensaciones o sentimientos en forma de explicaciones psicológicas racionales; y esta influencia salvadora aumentó gracias al toque sutil que, con el transcurso del tiempo, produce el hábito. Sin embargo, pese a todo, el vago horror progresivo retornaba de vez en cuando. De cualquier forma, no me dominó como había hecho antes; y después de 1922, disfruté de una vida normal de trabajo y distracciones.

Con el paso de los años, comencé a sentir que mi experiencia - junto con la de los casos semejantes y el folclore correspondiente - debía resumirse y publicarse en beneficio de los estudiantes concienzudos; por tanto, preparé una serie de artículos que abarcaban con brevedad todo el asunto e ilustrados con toscos bocetos de algunas de las formas, escenas, motivos decorativos y jeroglíficos recordados de mis pesadillas.

Los artículos aparecieron en diversas fechas durante 1928 y 1929 en el *Journal of the American Psychological Society*, pero sin llamar mucho la atención. Mientras, yo continuaba anotando mis sueños con un cuidado minucioso, aunque el creciente montón de informes alcanzaba molestas proporciones.

El 10 de julio de 1934, la *Psychological Society* me remitió la carta que inició la fase culminante y más horrible de toda mi alucinante experiencia. Tenía matasellos de Pilbarra, Australia Occidental, e iba firmada por alguien que, según mis indagaciones, era un destacado ingeniero de minas. Se incluían unas cuantas fotografías muy curiosas. Reproduciré su texto completo para que ningún lector deje de comprender el tremendo efecto que carta y fotos me causaron.

Por algún tiempo me quedé anonadado y sin creer lo que tenía ante mí; porque, aunque a menudo pensaba que ciertas fases de las leyendas que coloreaban mis sueños debían de tener alguna base de veracidad, no estaba

preparado para recibir una prueba tangible de la supervivencia de un mundo perdido que quedaba fuera de los límites de toda imaginación. Lo más devastador fueron las fotografías, porque en ellas, con un frío realismo incontrovertible, alzándose en medio de un paisaje de arenas desérticas, se veían unos bloques de piedra, maltrechos por los elementos, erosionados, cuyas partes superiores algo convexas y cuyas bases levemente cóncavas narraban una historia propia.

Y al examinarlos con una lupa pude distinguir por entre las huellas del tiempo los rastros de aquellos dibujos curvilíneos de los ocasionales jeroglíficos cuyo significado fuera para mí tan espeluznante. Pero he aquí la carta, cuya elocuencia es harto significativa:

*49 Dampier St.,  
Pilbarra, W. Australia,  
18 Mayo 1934  
Prof. N. W Peaslee,  
c/o Am. Psychological Society,  
30 E. 41st St.,  
Nueva York, E.U.A.  
Muy señor mío:*

*Una reciente conversación con el doctor E. M. Boyle, de Perth, y algunas revistas con sus artículos que dicho doctor acaba de enviarme, me impulsan a comunicarle haber visto ciertas cosas en el campo aurífero que poseemos en la zona oeste del Gran Desierto Arenoso. Dadas las peculiares leyendas referentes a viejas ciudades con ingentes edificaciones de piedra y extraños dibujos y jeroglíficos, parece ser que he tropezado con algo muy importante.*

*Los nativos siempre han hablado de «grandes piedras cubiertas de señales», mostrando siempre un miedo terrible a tales rocas. En cierto modo las relacionaban con sus leyendas raciales comunes acerca de*

*Buddai, el viejo gigante que duerme desde hace siglos bajo tierra, con la cabeza recostada en su brazo, y que algún día despertará y devorará el mundo.*

*Existen antiquísimos y semiolvidados relatos de enormes chozas subterráneas hechas con grandes piedras, con pasadizos que bajan y bajan, en las cuales han sucedido cosas horribles. Los indígenas afirman que, hace mucho, algunos guerreros, huyendo tras una batalla, bajaron por uno de esos pasadizos y no regresaron nunca, pero que en cuanto los guerreros bajaron, comenzaron a soplar vientos terribles procedentes de aquel lugar. Sin embargo, los relatos de los nativos no son dignos de gran confianza.*

*Pero tengo que contarle algo más. Hace dos años, cuando estaba buscando nuevas vetas de mineral a unos ochocientos kilómetros al este en el desierto, llegué hasta un grupo de raras piedras labradas de un tamaño aproximado de un metro de alto por unos sesenta centímetros de ancho y otros tantos de grosor, muy afectadas por su exposición a los elementos.*

*Al principio no vi ninguna de las marcas que los nativos indicaran, pero cuando las examiné con mayor detenimiento pude distinguir algunas líneas profundas cinceladas en sus superficies, discernibles aún pese a la intensa erosión. Había peculiares curvas, como las que describieron los indígenas. Calculo que en total habría unos treinta o cuarenta bloques, algunos casi enterrados en la arena, y todos dentro de un círculo de quizá medio kilómetro de diámetro.*

*Tras descubrir los primeros, busqué más, efectuando un minucioso reconocimiento del terreno con mis instrumentos. También tomé fotos de diez o doce de los bloques más característicos, de las cuales le adjunto copias.*

*Entregué un informe ilustrado con fotografías a las autoridades de Perth, pero hasta la fecha no se ha hecho nada con respecto al asunto.*

*Entonces conocí al doctor Boyle, que había leído sus artículos en el Journal of the American Psychological Society, y cierto día mencioné las piedras. Se mostró enormemente interesado y se emocionó mucho cuando le enseñé las fotografías, afirmando el buen doctor que las piedras y las señales eran idénticas a las piezas de cantería que vio usted en sus sueños y que aparecían descritas en las leyendas.*

*Su intención era escribirle, pero diversos retrasos se lo han impedido. Mientras, me envió la mayor parte de las revistas que contienen los artículos de usted, y de inmediato vi, gracias a los dibujos y descripciones, que mis piedras son de la especie por usted mencionada. Puede comprobarlo si examina las fotos incluidas. Posteriormente tendrá noticias directas gracias al doctor Boyle.*

*Comprendo ahora lo importante que será para usted todo esto. Sin duda nos enfrentamos a los restos de una civilización desconocida más vieja de lo que cualquiera hubiese podido imaginar, una civilización que sirve de base a sus leyendas.*

*Como ingeniero de minas poseo algunos conocimientos de geología y puedo asegurarle que esos bloques son tan antiguos que hasta me asustan. En su mayoría están compuestos por granito y piedra arenisca, aunque hay uno que, estoy casi seguro, ha sido fabricado con una rara especie de cemento u hormigón.*

*Presentan señales de erosión por las aguas, como si esta parte del mundo hubiera estado sumergida y hubiera vuelto a salir a la superficie tras largos siglos; es decir, después de que fabricaran y usaran los bloques debió de producirse el cataclismo y la posterior inundación. Todo en cuestión de centenares de millares de años.... únicamente el cielo sabrá cuantos con exactitud. No me agrada pensar en ese detalle.*

*En vista de su diligente trabajo anterior al seguir el rastro de las leyendas y de todo lo relacionado con ellas, no dudo de que querrá dirigir*

*una expedición por el desierto en la que efectuar excavaciones arqueológicas. Tanto el doctor Boyle como yo estamos dispuestos a cooperar en esa expedición si usted - o cualquier organización que usted conozca - consigue los fondos necesarios.*

*Puedo proporcionar una docena de mineros para el trabajo más pesado de la excavación, los nativos de nada servirían porque he descubierto que tienen un miedo casi cerval a este lugar en particular. Boyle y yo no hemos contado nada a nadie, porque es lógico que tenga usted preferencia en cualquier descubrimiento y en los honores consiguientes.*

*Se puede llegar hasta donde hallé las ruinas desde Pilbarra en unos cuatro días de viaje en camión remolque, que necesitaremos para el transporte de nuestros aparatos. Se encuentra al suroeste de la ruta que estableciera Warburton en 1873 y a unos ciento sesenta kilómetros al sureste de Joanna Spring. Podríamos también enviar el equipo en barcazas que remontaran el río De Grey, en vez de empezar desde Pilbarra, pero eso ya lo discutiremos más tarde.*

*Poco más o menos, las piedras se encuentran en un punto sito a 22° Y 14" de latitud sur y 125° 0' 39" de longitud este. El clima es tropical, y las condiciones de vida en el desierto son agotadoras.*

*Agradeceré sus comentarios sobre este asunto y le reitero mi gran interés por ayudarle en cualquier plan que pueda usted concebir. Después de estudiar sus artículos me siento muy impresionado por el profundo significado de todo este asunto. El doctor Boyle le escribirá más tarde. En caso de desear establecer conmigo una comunicación rápida, puede enviar un cablegrama a Perth, donde me lo retransmitirían por radio.*

*Esperando impaciente sus noticias, queda de usted su seguro servidor.*

ROBERT B. E. MACKENZIE



De lo que ocurrió después de recibir la carta anterior cualquiera puede enterarse leyendo la prensa. Tuve la gran suerte de conseguir el respaldo de la Universidad de Miskatonic, y tanto el señor Mackenzie como el doctor Boyle resultaron insustituibles en la tarea de disponer lo necesario en Australia. No nos mostramos muy explícitos ante el público en lo referente a nuestros objetivos, puesto que el asunto sin duda habría sido tomado a broma por la prensa sensacionalista. Por tal razón, los informes publicados fueron escasos, aunque aparecieron los suficientes como para narrar nuestros preparativos de viaje a Australia con el propósito de examinar ciertas ruinas.

Junto con mi hijo Wingate, me acompañaron: el profesor William Dyer, del departamento de geología de la universidad (jefe de la expedición Miskatonic a la Antártida en 1930-1931); Ferdinand C. Ashley, del departamento de historia antigua, y Tyler M. Freeborn, del departamento de antropología.

Mi corresponsal, Mackenzie, vino a Arkham a principios de 1935 y nos ayudó en los últimos preparativos. Demostró poseer una tremenda competencia; era un hombre afable, cincuentón, muy culto y familiarizado con todos los sistemas de viaje por Australia.

Tenía tractores esperándonos en Pilbarra, y contratarnos un vapor lo bastante pequeño como para que nos subiera río arriba hasta aquel punto. íbamos preparados para realizar excavaciones con el máximo cuidado científico, tamizando cada grano de arena y sin alterar nada de lo que pudiera parecer que estuviere en su situación original.

Zarpamos de Boston en el achacoso Lexington el 28 de marzo de 1935, y realizamos un tranquilo viaje por el Atlántico y el Mediterráneo, pasando por el canal de Suez, bajando por el mar Rojo y cruzando el océano índico hasta nuestra meta final. No es preciso que cuente lo que me

deprimió ver la baja y arenosa costa de Australia Occidental, ni cuanta antipatía experimenté hacia la tosca ciudad minera y los lóbregos campos auríferos donde los tractores tenían que recoger los últimos cargamentos.

El doctor Boyle, que salió a recibirnos, resultó ser un hombre mayor, agradable e inteligente, y sus conocimientos de psicología le permitieron entablar larguísimas discusiones conmigo y con mi hijo.

La inquietud y la expectación constituían una mezcolanza singular en la mayoría de nosotros cuando, al fin, el grupito de dieciocho personas inició la marcha para cubrir kilómetros y kilómetros de arena y roca. El viernes 31 de mayo vadeamos un afluente del río De Grey y entramos en el reino de la más absoluta desolación. Dentro de mí creció un verdadero terror al acercarnos al emplazamiento actual del antiguo mundo origen de las leyendas, un terror, claro, reforzado por el hecho de que todavía me acosaban con fuerza constante los sueños y las pseudomemorias.

Fue el lunes 3 de junio cuando vimos el primero de los semienterrados bloques. No puedo describir las emociones que sentí al tocar materialmente - en la más objetiva de las realidades - un fragmento de cantería ciclópea igual en todos sus aspectos a los bloques de las paredes que tenían los edificios de mis pesadillas. Se advertía un rastro claro de cincelado, y mis manos temblaron al reconocer parte de un esquema decorativo curvilíneo que me resultaba infernal tras tantos años de anonadadoras investigaciones y de atormentadores sueños.

Un mes de excavaciones dio como resultado el hallazgo de 1.250 bloques en diversas etapas de desgaste y desintegración. La mayoría eran megalitos labrados con partes altas y bases curvas. Una minoría eran más pequeños, planos, de superficies lisas y corte cuadrado u octogonal - como los de los suelos y pavimentos de mis sueños-, mientras que otros pocos eran singularmente macizos y curvados u oblicuos, como sugiriendo su uso en bóvedas o techados góticos, o como parte de arcadas o marcos de

ventanas redondas.

Cuanto más hondo excavábamos - y cuanto más al norte y al este - más bloques encontrábamos, pese a que no logramos descubrir rastro alguno de asociación ordenada entre ellos. El profesor Dyer se sentía abrumado por la inconmensurable edad de los fragmentos, y Freeborn halló rastros de símbolos que encajaban de forma oscura con ciertas leyendas papúes y polinesias de infinita antigüedad. El estado y la separación de los bloques eran un mudo relato de ciclos vertiginosos de tiempo y de seísmos geológicos de un salvajismo cósmico.

Llevábamos un aeroplano con nosotros, y mi hijo Wingate se elevaba con frecuencia en él a diferentes alturas para explorar la inmensidad de arena y roca, en busca de indicios imprecisos de gigantescos contornos, o bien de diferencias de nivel o huellas de bloques esparcidos. Sus resultados fueron virtualmente negativos; porque cuando, algún día, llegaba a creer que había entrevisto un detalle significativo, en su siguiente viaje encontraba aquella impresión sustituida por otra igualmente vaga, resultado del cambio incesante de la arena a impulsos del viento.

Uno o dos de estos efímeros indicios, sin embargo, me afectaron de manera extraña y desagradable. Parecían, en cierto modo, concordar terriblemente con algo que soñé o leí, pero que no me era posible recordar. En ellas había una horrenda familiaridad, que me hacía mirar con gesto furtivo, y lleno de aprensiones a aquel terreno estéril y aborrecible.

En la primera semana de julio se habían desarrollado en mí una serie de emociones confusas referentes en general a aquella región del noreste. Había horror y curiosidad, pero, más todavía, surgió una persistente y abrumadora, ilusión de recuerdos.

Probé toda clase de procedimientos psicológicos para quitarme esas nociones de la cabeza, pero sin éxito. El insomnio también se apoderaba de mí, pero casi lo agradecía porque acortaba sobremanera la duración de mis

pesadillas. Adquirí la costumbre de dar largos y solitarios paseos nocturnos por el desierto, por regla general hacia el norte o noreste, direcciones hacia las que parecían impulsarme mis extrañas y nuevas tendencias.

A veces, en estos paseos me tropezaba con fragmentos semienterrados de antigua cantería. Aunque había menos bloques visibles aquí que donde comenzamos, estaba sede que bajo la superficie los encontraríamos en abundancia. El terreno era menos llano que en nuestro campamento, y los fuertes vientos predominantes amontonaban arena en efímeras colinas, descubriendo nuevas huellas piedras antiguas y tapando a su vez los restos que anteriormente dejaran al descubierto.

Me sentía impaciente por extender las excavaciones hasta este territorio, aunque, al mismo tiempo, temía lo que pudiera descubrir. Era evidente que mi estado era cada vez peor, pero lo más grave de todo era que no encontraba explicación al empeoramiento.

Una muestra de mi mal estado nervioso lo atestigua en mi actitud ante un singular descubrimiento que realicé durante uno de mis paseos nocturnos. Fue la noche del 11 de Julio, cuando la luna inundaba de curiosa palidez la masa ondulada y misteriosa de las dunas.

Vagando más allá de mis límites de lo ordinario, me tropecé con una gran piedra que difería señaladamente de cualquiera de las que habíamos encontrado. Estaba casi totalmente enterrada, pero me agaché y aparté la arena con las manos, estudiando el objeto después con máximo cuidado y aumentando la luz de la luna con el rayo luminoso de mi linterna eléctrica.

A diferencia de las otras piedras grandes, esta era perfectamente cuadrada, sin superficie alguna cóncava o convexa. También parecía ser de una sustancia oscura, basáltica, del todo diferente al granito y piedra arenisca o cemento de los fragmentos que ya nos eran familiares.

De pronto, me levanté, di media vuelta y corrí a toda velocidad

hacia el campamento. Fue un gesto de huida completamente irracional, y sólo cuando estuve cerca de mi tienda comprendí por qué había con-ido. Entonces lo supe. La singular piedra oscura era algo que había soñado y leído, relacionado con los máximos horrores de las leyendas antiquísimas.

Era uno de los bloques de aquella cantería basáltica más vieja que despertaba tanto temor a la fabulosa Gran Raza, las altas ruinas sin ventanas dejadas por aquellas cosas extraterrestres, meditativas, semimateriales, que anidaban en los profundos abismos del planeta y contra cuyas fuerzas tormentosas e invisibles se habían colocado trampillas herméticamente cerradas y centinelas que nunca dejaban de vigilarlas.

Permanecí despierto toda la noche, pero al amanecer comprendí lo estúpido que había sido al dejar que me trastornase la sombra de un mito. En vez de asustarme, debí haber experimentado el entusiasmo propio del descubridor.

A la tarde siguiente conté a los demás mi descubrimiento, y Dyer, Freeborn, Boyle, mi hijo y yo partimos para reconocer el bloque anómalo. Sin embargo, nos esperaba un fracaso. No tenía una idea precisa de la localización exacta de la piedra, y el viento había alterado las dunas que hubieran podido servirme de puntos de referencia.

## **Capítulo VI**

Llego ahora a la parte crucial y más difícil de mi narración, aún más difícil porque no estoy seguro del todo de que sea realidad. A veces me siento incómodamente convencido de que ni soñé ni sufrí alucinaciones; y es este sentimiento - en vista de las tremendas implicaciones que supondría la verdad objetiva de mi experiencia - el que me impulsa a escribir estas páginas.

Mi hijo, el experto psicólogo que mejor y con más cariño conocía

los detalles de mi caso, será el que primero enjuicie lo que voy a decir.

Antes que nada, permítanme que bosqueje los aspectos externos del asunto, tal como los conocieron los miembros del campamento: en la noche del 17 al 18 de julio, tras un día ventoso, me retiré temprano, pero no pude dormir. Me levanté poco antes de las once, dominado como siempre por aquella extraña sensación relacionada con el terreno del noreste, y partí para uno de mis típicos paseos nocturnos, saludando, al salir del campamento, a un minero australiano llamado Tupper.

La luna, iniciado apenas su cuarto menguante, lucía en un cielo despejado y empapaba las antiguas arenas col, una luz lechosa y blancuzca que, para mí, rezumaba maldad infinita. No corría el aire, ni lo hizo durante casi cinco horas, como atestiguaría después Tupper y quienes me vieron caminar con rapidez por las pálidas y misteriosas dunas, en dirección noreste.

Alrededor de las 3.30 de la madrugada sopló un viento huracanado que despertó a todo el campamento tres de las tiendas. El cielo aparecía sin nubes y el desierto relucía aún con el lechoso resplandor lunar. Aunque se examinaron las tiendas, mi ausencia, pese a ser advertida, no alarmó a nadie, dada mi costumbre de pasear por el desierto a altas horas de la noche. Sin embargo, tres hombres cuando menos, todos australianos, presintieron algo siniestro en el ambiente.

Mackenzie explicó al profesor Freeborn que esto se debía al miedo existente en el folclore de los indígenas, quienes habían entretejido un curioso y maligno mito en torno a los fuertes vientos que, a largos intervalos, barrían los arenales en días de cielo despejado. Tales vientos, se murmuraba, tenían su origen en las grandes chozas de piedra subterráneas, en las que habían sucedido cosas horribles, y jamás se producían excepto en los lugares donde están esparcidas las grandes piedras labradas. Cerca de las cuatro, el huracán amainó tan de repente como comenzara, dejando

las dunas con una forma nueva y poco familiar.

Eran poco más de las cinco, con la blanquecina y lechosa luna cayendo hacia poniente, cuando entré tambaleándome en el campamento, sin sombrero, con el rostro y las manos arañados y ensangrentados, extraviada la linterna eléctrica. La mayor parte de los hombres se habían vuelto a acostar, pero el profesor Dyer estaba fumando una pipa a la puerta de su tienda. Al verme sin respiración y en un estado de gran frenesí, llamó al doctor Boyle, y entre los dos me instalaron en mi litera. Mi hijo, despertado por el ruido, pronto se les unió, y todos trataron de obligarme a yacer inmóvil y a procurar dormir.

Pero no podía conciliar el sueño. Mi estado psicológico era muy extraordinario, distinto de cualquier otro que, hubiera experimentado con anterioridad. Al cabo de cierto tiempo insistí en hablar, explicando nerviosa y trabajosamente lo ocurrido.

Les dije que me sentí fatigado y que me tumbé en la arena para dar una cabezada. Tuve sueños más terribles que de ordinario, y cuando el vendaval me despertó de improviso, mis nervios sobrecargados cedieron. Huí presa del pánico, cayéndome repetidas veces al tropezar con las semienterradas piedras, arañándome y magullándome hasta el punto en que me vieron legar. Debí de haber dormido mucho, lo que explicaba las largas horas de ausencia.

No insinué absolutamente nada de lo que de extraño viera o experimentara, poniendo en práctica todo el dominio sobre mí mismo del que pude hacer acopio. Pero les hablé de un cambio de opinión con respecto al trabajo de la expedición, y les apremié para que cesasen todas las excavaciones en dirección noroeste.

Mis razonamientos eran con toda evidencia débiles, porque argüí que en esa zona escaseaban los bloques, añadiendo mi deseo de no ofender a los supersticiosos mineros, una falta de fondos por parte de la universidad

y otras cosas inciertas o ¡lógicas. Como es natural, nadie hizo el menor caso a mis nuevos deseos, ni siquiera mi hijo, cuyo interés por mi salud era evidente.

Al día siguiente me levanté y recorrí el campamento, pero no tomé parte en las excavaciones. Decidí volver a casa lo antes posible en bien de mis nervios, y mi hijo prometió llevarme a Perth en el aeroplano, unos mil seiscientos kilómetros al suroeste, en cuanto hubiera sobrevolado la región que yo queda que dejaran en paz.

Reflexioné que si la cosa que yo había visto seguía visible, podría intentar darles un aviso específico incluso a costa de quedar en ridículo. Era de esperar que los mineros, que conocían el folclore local, me respaldaran. Siguiéndome la corriente, mi hijo efectuó el vuelo aquella tarde, realizando pasadas por toda la zona de mis paseos. Sin embargo, no quedaba a la vista nada de lo que yo había encontrado.

Se repetía el caso de los anómalos bloques de basalto; las arenas habían borrado todo rastro. Durante un instante, medio lamenté haber perdido en mi ciega huida cierto objeto impresionante; pero ahora sé que la pérdida fue providencial. Aún creo que mi experiencia fue una ilusión, especialmente si, como confío de todo corazón, ese abismo infernal nunca llega a descubrirse.

Wingate me llevó a Perth el 20 de julio, aunque se negó a abandonar la expedición y regresar a casa. Se quedó conmigo hasta el 25, día en que zarpó el barco con rumbo a Liverpool. Ahora, en el camarote del Empress, he meditado largo y tendido sobre todo el asunto, y he decidido que mi hijo, cuando menos, reciba la información. De él dependerá que los hechos alcancen una más amplia difusión.

He preparado este resumen general con el fin de poder afrontar cualquier eventualidad, aunque sean cosas que los demás ya conocen de una manera más o menos directa, y ahora narraré con la mayor brevedad



posible lo que pareció suceder durante mi ausencia del campamento aquella azarosa noche.

Con los nervios de punta y acuciado por una especie de perversa ansiedad originada por aquel inexplicable impulso mnemónico preñado de terrores que me inspiraba la región del noreste, caminé bajo la brillante y siniestra luna. De vez en cuando veía, medio enterrados por la arena, los primitivos bloques ciclópeos abandonados desde indecibles y olvidados eones.

La edad incalculable y el horror inmanente a esta inmensidad comenzaron a agobiarme como nunca lo hicieran con anterioridad, y no pude evitar pensar en mis enloquecedoras pesadillas, en las terribles leyendas que las respaldaban y en los presentes temores de nativos y mineros referentes al desierto y sus piedras labradas.

Y, no obstante, seguí caminando como para acudir a alguna ignota cita, cada vez más abrumado por mis desconcertantes fantasías, impulsos y pseudorrecuerdos. Pensé en algunos de los posibles contornos de las filas de piedras tal como las viera mi hijo desde el aire, y me pregunté por qué me parecían a la vez ominosas y familiares. Algo se agitaba tratando de abrir el pestillo de mi recuerdo, mientras que otra fuerza desconocida pugnaba por mantener cerrado el portalón.

Ni una brisa se agitaba en la noche, y la pálida arena se ondulaba como si fuese un mar cuyo oleaje hubiera quedado petrificado. No tenía meta alguna, pero seguí adelante como si me dejara guiar por el destino. Mis sueños irrumpían en el mundo consciente, de forma que cada megalito enterrado por la arena parecía formar parte de las infinitas salas y corredores de arquitectura prehumana, labrados y adornados con los símbolos jeroglíficos que yo conocía tan bien tras largos años de contemplarlos siendo una mente cautiva de la Gran Raza.

Había momentos en los que me parecía ver a aquellos horrores

omniscientes circulando en ¡das y venidas, como correspondía a sus tareas habituales, y hasta temía mirarme por miedo de ver que tenía su mismo aspecto. Sin embargo, todo el rato, mientras veía los bloques semicubiertos de arena, contemplaba al mismo tiempo las habitaciones y corredores; la maligna y brillante luna se transformaba para mí en las lámparas de luminoso cristal; el inacabable desierto se trocaba en los bosques de ondulantes helechos que se distinguían desde las ventanas. Estaba despierto y soñando al mismo tiempo.

No sé cuán lejos o cuánto tiempo transcurrió o anduve, ni en qué dirección, hasta que hallé el montón de bloques descubiertos por el viento durante el día. Se trataba del mayor grupo visto en un solo lugar, y me impresionó tanto que las visiones de lejanos eones se disiparon de repente de mi espíritu.

De nuevo tenía allí únicamente el desierto y la maligna luna y las huellas de un inimaginable pasado. Me acerqué y me detuve, proyectando la luz de mi linterna sobre el montón de escombros. El viento se había llevado una duna, dejando una masa baja e irregular de megalitos y fragmentos más pequeños de unos trece metros de parte a parte y una altura que oscilaba entre los sesenta centímetros y los dos metros y medio.

Por su disposición comprendí que aquellas piedras tenían una cualidad sin precedente. No se trataba tan sólo de su número, sin parangón posible con otros hallazgos, sino que había algo en la disposición de sus erosionados restos que me impresionó mientras los examinaba a la doble luz de la luna y la linterna.

Y tampoco es que difirieran en esencia de las muestras anteriores que habíamos hallado. Era algo mucho más sutil. La impresión no se producía cuando miraba tan sólo a un bloque, sino cuando pasaba la vista por varios casi simultáneamente.

Luego, por último, comprendí la verdad. Los dibujos curvilíneos de

la mayoría de aquellos bloques estaban estrechamente emparentados, formando parte de un vasto concepto decorativo. Por primera vez en esta inmensidad desértica milenaria me había tropezado con una masa de sillería que conservaba su antigua posición, ruinoso y fragmentaria, es cierto, pero guardando un sentido o un propósito realmente definido.

Subiendo a una piedra poco alta, trepé con dificultad hasta la cumbre; apartando de trecho en trecho la arena con las manos y esforzándome constantemente en interpretar variedades de tamaño, forma y estilo y correlaciones de dibujo, pasé ignoro si horas o minutos.

Al cabo de un tiempo pude deducir de manera vaga la naturaleza de la arcaica estructura y, hasta reconstruir los dibujos que antaño se extendieron por las vastas superficies de sillería. La perfecta identidad del conjunto con algunos de mis sueños me dejó abrumado y sin apenas fuerzas.

Esto había sido otrora un ciclópeo corredor de diez metros de anchura y otros diez de alto, pavimentado con bloques octogonales y un techo de sólida bóveda pétrea. Abriéndose a la derecha hubo habitaciones y, en el extremo opuesto, uno de aquellos extraños planos inclinados permitía el acceso a las plantas inferiores.

Me sobresalté con violencia al ocurrírseme estos conceptos, porque en ellos había más de lo que sugerían los bloques. ¿Cómo sabía que aquella planta debió estar situada muy por debajo del nivel del suelo? ¿Cómo sabía que la rampa que llevaba al piso superior debía estar situada detrás de mí? ¿Cómo sabía que el largo pasadizo subterráneo que terminaba en la plaza de las Columnas tenía que hallarse a la izquierda, en el piso superior?

¿Cómo sabía que la sala de máquinas y el túnel liacia la derecha, que conducía a los archivos centrales, debían estar dos pisos más abajo? ¿Cómo sabía que habría una de esas horribles trampillas, sellada con flejes de metal, en el mismísimo fondo, cuatro pisos más abajo? Desconcertado

por esta intrusión del mundo de mis pesadillas, me puse a temblar, mientras todo mi cuerpo quedaba bañado por un sudor frío.

Luego, como un último e intolerable detalle, noté aquella débil e insidiosa corriente de aire fresco que ascendía desde una depresión cercana al centro del enorme montón de escombros. Al instante, como antes, mis visiones desaparecieron, y volví a ver de nuevo tan sólo la siniestra luz lunar, el inhóspito desierto y el extenso túmulo de aquella cantería paleolítica. Ahora me enfrentaba a algo real y tangible, fraguado, no obstante, con infinitas sugerencias de misterio nocturno. Porque la corriente de aire no podía significar más que una escondida sima insondable que existía debajo de los desordenados bloques de la superficie.

Mi primer pensamiento fue para las siniestras leyendas de los indígenas que hablaban de vastas salas subterráneas entre los megalitos, donde sucedían cosas horrorosas y nacían potentes vendavales. Luego volvieron los pensamientos basados en mis propios sueños, y sentí como los oscuros pseudorrecuerdos forcejeaban en mi mente. ¿Qué clase de lugar yacía debajo de mí? ¿Qué inconcebible y primitiva fuente creadora de ciclos mitológicos antiguos y de asediantes pesadillas estaba a punto de descubrir?

Dudé tan sólo un instante, porque algo más que la curiosidad o el celo científico me impulsaba a avanzar, superando el miedo creciente.

Parecía moverme de forma automática, como a merced de algún destino compulsivo. Me guardé la linterna en el bolsillo y, empleando una fuerza que nunca creí poseer, aparté primero un fragmento titánico de piedra y luego otro, hasta notar una fuerte corriente cuya humedad contrastaba de manera singular con el seco aire del desierto. Una negra hendidura comenzó a aparecer y, por fin, cuando hube apartado cada fragmento lo bastante pequeño como para poderlo mover, la lechosa luz lunar cayó sobre una abertura lo suficientemente ancha como para permitir

mi paso.

Saqué la linterna y lancé su rayo al interior de la brecha. Por debajo se advertía un caos de sillares derrumbados, inclinados hacia el norte en un ángulo de unos cuarenta y cinco grados; con toda evidencia, resultado de algún desprendimiento originado en la superficie.

Entre su nivel y el del suelo había un abismo de impenetrable negrura en cuyo borde superior se veían signos de una gigantesca bóveda. Parecía que en aquel punto las arenas del desierto estaban posadas de manera directa sobre el piso de alguna estructura titánica edificada en la época joven de la Tierra, y ni siquiera me atreví a calcular cómo se había conservado tras el paso de eones de convulsiones geológicas. Es más, ni me atreví entonces, ni me atrevo ahora.

Recapacitando, la sola idea de un repentino descenso en solitario por tan hosco abismo - y en un tiempo en que todos ignoraban mi paradero - semejava la cumbre de la más insensata locura. Quizá así fuera... No obstante, aquella noche emprendí el descenso sin la menor vacilación.

De nuevo se manifestaba aquella ansiosa y compulsiva fatalidad que parecía dirigir mis pasos durante toda mi estancia en Australia. Utilizando la linterna de manera intermitente para ahorrar pilas, inicié un alocado descenso por la siniestra y ciclópea pendiente que se insinuaba por debajo de la abertura, a veces marchando hacia delante, cuando encontraba puntos de apoyo para mis manos y pies, y en otras ocasiones haciéndolo de espaldas, encarado al montón de megalitos mientras me colgaba y tanteaba desde algún precario asidero.

A mi lado, en dos direcciones, se cernían, imprecisas, lejanas paredes de ruinoso sillar puestas precariamente al descubierto por los rayos de mi linterna. Delante, sin embargo, reinaba la oscuridad.

No llevé control del tiempo durante mi apurado descenso. Mi mente se encontraba tan henchida de confusos atisbos e imágenes que todas las

cuestiones objetivas parecían haberse retirado a distancias incalculables. La sensación física estaba muerta, e incluso el temor permanecía amenazándome como una desdeñosa, colérica e impotente gárgola incapaz de actividad alguna.

Llegué a una planta sembrada de bloques caídos, informes fragmentos de piedra, arena y escombros de todas clases. A cada lado, quizá separadas unos diez metros, se alzaban macizas paredes que culminaban en un enorme abovedado de aristas. Apenas podía percibir que estaban labradas, pero la naturaleza de aquellos bajorrelieves escapaba a mi percepción.

Lo que más me impresionaba era la abovedada parte superior. La luz de mi linterna no llegaba hasta el techo, pero las partes inferiores de los monstruosos arcos se destacaban con claridad. Y tan absoluta era su identidad con los que viera en mis incontables pesadillas del mundo antiguo que temblé de pies a cabeza por primera vez.

Detrás y muy por encima, un débil turbión luminoso me indicaba que fuera seguía existiendo el mundo bañado por la luna. Algún vago retazo de precaución me aconsejó que no lo perdiera de vista, para que me sirviese de guía durante mi regreso.

Avancé ahora hacia la pared de la derecha, donde los rastros de figuras esculpidas eran más claros. El suelo cubierto de escombros era tan difícil de cruzar como lo había sido el descenso por el montón de ruinas, pero logré abrirme paso, aunque con dificultades.

En un lugar tuve que hacer a un lado unos cuantos bloques y apartar con el pie las piedras o fragmentos pequeños para ver cómo era el suelo, y me estremecí ante la nefasta familiaridad de las grandes losas octogonales cuya combada superficie aún se mantenía unida.

Al llegar a una distancia prudencial de la pared, proyecté el rayo de mi linterna despacio y con cuidado por encima de los desgastados restos de

sus bajorrelieves. El influjo de las aguas pasadas parecía haber erosionado la superficie de piedra arenisca, mientras que se apreciaban curiosas incrustaciones cuya presencia no me fue posible explicar.

En ciertos lugares la cantería estaba suelta y dislocada, y me pregunté cuántos eones más podría conservar sus actuales rasgos en medio de tantos y tan continuados movimientos sísmicos.

Pero lo que más me excitaba eran los bajorrelieves en sí. Pese a las profundas huellas que en ellos dejara el transcurso del tiempo, sus contornos resultaban bastante fáciles de seguir desde cerca; y la completa e íntima familiaridad de cada detalle casi anonadó mi imaginación. Quedaba dentro de los límites de la credibilidad normal el que los principales atributos de aquella antigua arquitectura me pareciesen conocidos.

Impresionando fuertemente a los urdidores de mitos, habían sido incorporados a las leyendas antiguas que, de alguna manera, llamándome la atención durante mi período de amnesia, habían evocado vívidas imágenes en mi subconsciente.

¿Pero cómo podía explicar la manera exacta y minuciosa en que cada línea y cada espiral de los extraños dibujos coincidía con lo que soñé durante tantos años? ¿Qué oscura y olvidada iconografía pudo haber reproducido tan sutil sombreado, tanta diversidad de trazos que de forma persistente, exacta e invariable asomaban a mi visión de durmiente noche tras noche?

Porque allí no existía casualidad ni parecido remoto. Absoluta y definitivamente, el milenario y oculto corredor en el que me hallaba era el original de algo que yo conocía en mis sueños tan bien como conocía mi casa en la calle Crane, en Arkham. Es cierto que aquel lugar aparecía en mis pesadillas intacto, en su estado original; pero la identidad seguía siendo real. Dentro del pasadizo me sentía perfectamente orientado.

Conocía aquella estructura particular en cuyo interior estaba ahora.

También conocía su situación en la terrible y antigua ciudad de mi sueño. Me di cuenta con una abominable e instintiva certeza que podía visitar sin equivocarme cualquier punto del edificio o de la ciudad que hubiese escapado a los cambios y devastaciones producidos por los incalculables años transcurridos. En nombre del cielo, ¿qué significado tenía todo aquello? ¿Cómo llegué a saber lo que sabía? ¿Y qué horrenda realidad podía yacer tras los antiguos relatos de los seres que habitaron este laberinto de piedras arcaicas?

Las palabras sólo pueden expresar de manera fraccionaria e incompleta la amalgama de miedo y confusión que corroía mi alma. Conocía este lugar. Sabía lo que quedaba por debajo de mí y lo que estuvo más arriba antes de que la miríada de elevados pisos se desplomara convirtiéndose en polvo y escombros fundidos con el desierto. Con un escalofrío pensé que ya no necesitaba conservar como guía aquel débil resplandor de luz lunar.

Luchaba entre un ansia de huir y una mezcla febril de ardiente curiosidad y fatalidad compulsiva. ¿Qué le había ocurrido a esta monstruosa megalópolis de la antigüedad en los millones de años transcurridos desde la época de mis pesadillas? ¿Cuántos de los laberintos subterráneos que minaban la ciudad y entrelazaban todas las torres titánicas habían sobrevivido a las convulsiones de la corteza terrestre?

¿Acababa de tropezarme con todo un soterrado mundo de profano arcaísmo? ¿Podría hallar todavía la casa del maestro en escritura y la torre donde S'gg'ha, la mente cautiva de los carnívoros vegetales de la Antártida, los seres de cabeza estrellada, había cincelado ciertas figuras en el espacio libre de las paredes?

¿Acaso el pasadizo de la segunda planta, al final del vestíbulo de las mentes extrañas, seguiría abierto y transitable? En aquel vestíbulo o salón, una mente cautiva, la de cierta increíble entidad, habitante semiplástico del



hueco interior de un desconocido planeta transplutoniano a dieciocho millones de años de distancia en el futuro, había guardado una cosa que modeló en arcilla.

Cerré los ojos y me llevé la mano a la cabeza en un vano y lastimero esfuerzo por arrancar de mi consciencia aquellos locos fragmentos de pesadilla. Luego, por primera vez, sentí con fuerza la frescura, el movimiento y la humedad del aire circundante. Con un estremecimiento, comprendí que una vasta cadena de negros abismos, muertos hacía muchos eones, debía de estar abierta en algún lugar más allá y debajo de mí.

Pensé en las terribles cámaras, corredores y rampas tal como los recordaba de mis sueños. ¿Seguiría abierto el camino a los archivos centrales? De nuevo la fatalidad compulsiva tiró con fuerza de mí desde el interior de mi cerebro mientras recordaba los impresionantes historiales que antaño se guardaban encerrados en las arcas rectangulares de metal inoxidable.

Allí, según los sueños y leyendas, había reposado la historia completa, pasada y futura, del continuo cósmico del espacio-tiempo, escrita por mentes cautivas de cada orbe y cada era del sistema solar. Locura, claro, pero ¿acaso no me encontraba ahora inmerso en un mundo nocturno tan loco como yo?

Pensé en las cerradas estanterías metálicas y en los curiosos giros que había que someter a los pomos para abrir cada estante. El destinado a mí surgió con claridad en mi conciencia. ¡Con cuánta frecuencia había pasado por la rutina de las diversas vueltas y presiones en la sección de vertebrados terrestres del piso más bajo! Hasta el último detalle se me aparecía fresco y familiar.

Si existía allí una bóveda como la que yo soñara, podría abrirla en cosa de un momento. Fue entonces cuando la locura se apoderó por entero

de mí. Un instante después estaba saltando y tropezando por entre los escombros rocosos en dirección a la bien recordada rampa que conducía a los niveles inferiores.

## Capítulo VII

Desde ese punto en adelante mis impresiones apenas son de fiar, es más, todavía albergo una final y desesperada esperanza de que todo haya formado parte de alguna pesadilla demoníaca o una fantástica ilusión fruto del delirio febril. Y es que en mi cerebro ardía la fiebre y cada cosa se me aparecía en medio de una especie de bruma, aunque en ocasiones esta bruma fuese intermitente.

Los rayos de mi linterna apenas perforaban la oscuridad reinante, revelándome destellos fantasmales de paredes y bajorrelieves familiares; todo ello acusaba el deterioro del tiempo. Había un lugar donde se amontonaban los restos del abovedado que había caído, por lo que tuve que trepar por el montículo de piedras que casi llegaba al rasgado techo de grotescas estalactitas.

Me hallaba en la cumbre máxima de la pesadilla, con el empeoramiento de la fuerza compulsiva de las pseudomemonas. Sólo una cosa dejaba de serme familiar, y era mi tamaño en relación con la monstruosa edificación. Me notaba oprimido por una sensación de insólita pequeñez, como si la vista de estas elevadas paredes desde un simple cuerpo humano me resultara algo totalmente nuevo y anormal. Una y otra vez me miraba a mí mismo, vagamente turbado por la forma humana que poseía.

Salté, tropecé y me tambaleé siguiendo hacia delante a través de la negrura abismal, cayendo y magullándome con frecuencia, y en una ocasión casi rompí mi linterna. Cada piedra y rincón de aquel diabólico

pasaje me eran conocidos, y en múltiples puntos me detuve para proyectar rayos de luz por las arcadas obturadas, en ruinas, pero familiares.

Algunas salas se habían desplomado por entero; otras estaban desnudas, aunque tras unos instantes de marcha tuve que detenerme ante una abierta e irregular grieta abismal cuyo punto más estrecho no debía de ser menor de metro y medio. Por allí se había desplomado parte de la sillería, revelando una incalculable y negrísima profundidad.

Estaba seguro de la existencia de dos pisos subterráneos más en este edificio titánico, y temblaba con un pánico nuevo al recordar la trampilla cerrada con flejes metálicos de la planta más baja. Ahora no habría centinelas junto a ella, porque los seres que construyeron todo esto hacía tiempo que vivieron su ocaso y llegaron a su extinción. Lo mismo que las entidades recluidas tras las trampillas cerradas, aunque éstas, cuando apareciera la raza coleóptera posthumana, habrían muerto del todo. Y, sin embargo, temblé de nuevo al acordarme de las leyendas indígenas.

Necesité de un terrible esfuerzo para franquear aquel abierto abismo, puesto que los escombros del suelo impedían tomar impulso mediante una simple carrerilla, pero me impulsó la locura. Elegí un lugar cerca de la pared de la izquierda, donde la grieta era menos ancha y el lado opuesto aparecía razonablemente libre de escombros peligrosos, y tras un momento de frenes!, llegué a la otra parte sin novedad.

Por fin, ya en el nivel más profundo, pasé por delante de la arcada de la sala de máquinas, dentro de la cual se adivinaban fantásticas ruinas de metal semienterradas por la desplomada bóveda. Todo se hallaba donde yo sabía que debería estar, así que trepé confiado por los escombros que cerraban la entrada de un vasto corredor transversal. Comprendí que ese corredor me llevaría hasta los archivos centrales, cruzando por debajo de la ciudad.

Infinidad de épocas parecían desplegarse mientras avanzaba dando

tumbos, saltando y arrastrándome a lo largo del pasadizo repleto de ruinas. De vez en cuando distinguía los bajorrelieves de las antiquísimas paredes; algunos me resultaban familiares, otros evidentemente añadidos desde el período de mis sueños. Puesto que ésta era una carretera subterránea que conectaba diversas edificaciones, no cruzaba por delante de portales excepto cuando el camino pasaba a través de los pisos inferiores de algunas estructuras.

En unas pocas de estas intersecciones me desvié lo suficiente como para echar un vistazo a alguna de las salas que recordaba con cierta claridad. Sólo dos veces encontré cambios radicales en comparación con lo que había soñado, y en uno de estos casos todavía pude seguir los contornos ocultos de la arcada que yo recordaba.

Temblé con violencia y experimenté una curiosa oleada de debilidad cuando, a toda prisa y de mala gana, atravesé la cripta de una de aquellas ruinosas torres sin ventanas cuya extraña sillería basáltica era mudo recordatorio de su horrible origen.

Esta primitiva bóveda era redonda, con un diámetro de más de setenta metros, sin ningún bajorrelieve que adornara las negras piedras. El piso aquí estaba libre de todo lo que no fuera polvo y arena, y pude distinguir las aberturas que conducían a las zonas superior e inferior. No había escaleras, ni rampas; es más, en mis sueños veía aquellas torres de superior antigüedad completamente intactas, sin que las hubiera alterado la fabulosa Gran Raza. Con toda evidencia, quienes las construyeron no necesitaban ni escaleras ni rampas.

En mis pesadillas, la abertura que daba acceso a otras partes inferiores estaba herméticamente cerrada y con una vigilancia ininterrumpida. Ahora aparecía abierta, negra y amenazadora, dando paso a una fuerte corriente de aire fresco y húmedo. No me he permitido nunca pensar o imaginar qué clase de ¡limitadas cavernas de eterna noche podían

ocupar sus profundidades.

Más tarde, tras abrirme paso por una Parte del corredor muy castigada por los desprendimientos, llegué a un lugar donde todo el techado se había derrumbado. Los escombros se alzaban como una montaña y tuve que trepar sobre ellos, pasando por un vasto espacio vacío en el que mi linterna no revelaba la existencia de muros ni de bóvedas. Reflexioné que aquello debía de ser el sótano de la casa de los suministradores de metal, situada frente a la tercera plaza, no lejos de los archivos. Me fue imposible conjeturar lo que había sucedido.

Volví a hallar el corredor pasada la montaña de escombros y piedras, pero al poco lo encontré completamente obstruido, con la desplomada bóveda casi rozando el peligroso e inestable techado. Ignoro de qué forma logré arrancar y apartar los bloques suficientes como para crear un pasadizo, y cómo me atreví a perturbar el inestable equilibrio de los fragmentos cuando el cambio más insignificante pudo haber hecho que toneladas y toneladas de sillería cayeran sobre mí y me sepultaran para toda la eternidad.

Fue la pura locura lo que me impulsaba y me guiaba; siempre y cuando, como espero y confío, toda aquella aventura subterránea no fuese una fase o ilusión infernal dentro de mis pesadillas. Pero conseguí - o creo que conseguí - practicar un pasadizo por el que seguir adelante. Mientras esforzaba mi cuerpo en la estrecha abertura para franquear el montículo - con la linterna encendida y sujeta con la boca - noté cómo las fantásticas estalactitas del rasgado techo agujereaban y laceraban mi piel y mis ropas.

Me hallaba cerca ya de la gran estructura subterránea de los archivos que parecía ser la meta final de mi viaje. Deslizándome y resbalando por el otro lado de la barrera, orientándome gracias a los restos reconocibles del corredor, encendiendo y apagando de modo intermitente mi linterna, llegué por último a una cripta baja y circular con arcos que se

abrían en todos los lados y que se encontraban en un maravilloso estado de conservación.

Las paredes, o las partes que quedaban al alcance de la luz de mi linterna, estaban casi por completo cubiertas de jeroglíficos y cinceladas con los típicos símbolos curvilíneos, algunos añadidos después del período de mis sueños.

Comprendí que había llegado a mi destino y penetré por un arco familiar que se abría a la izquierda. Apenas dudaba que encontraría un pasaje despejado que, partiendo de la rampa, conduciría a todos los pisos restantes. Este vasto albergue de los anales del sistema solar había sido construido con una pericia sobrenatural, que le proporcionaba resistencia para durar tanto como el propio sistema.

Bloques de ingente tamaño, colados con genio matemático y unidos con cementos de increíble dureza, se habían combinado para formar una masa tan firme como el núcleo rocoso del planeta. Aquí, tras épocas más prodigiosas que lo que podía aceptar mi cordura, su mole enterrada se alzaba con todos sus detalles esenciales, con los vastos suelos polvorientos apenas sembrados de los pequeños escombros que, en las demás dependencias, eran la nota dominante.

El camino relativamente fácil a partir de este punto se me subió a la cabeza de manera curiosa. Toda la frenética impaciencia hasta entonces frustrada por los obstáculos se transformó en una especie de febril velocidad y, de forma literal, corrí a lo largo de los monstruosos pasillos, cuyo bajo techado tan bien recordaba, alejándome de la arcada que les servía de acceso.

La familiaridad de cuanto veía había dejado ya de asombrarme. A cada lado, las grandes puertas de las estanterías metálicas adornadas con jeroglíficos se cernían monstruosas; algunas permanecían en su sitio, otras estaban abiertas, y otras más aparecían dobladas y combadas a causa de

pasadas tensiones geológicas que no fueron lo bastante fuertes, sin embargo, para destruir la titánica sillería.

De trecho en trecho, un montón de escombros cubierto de polvo bajo alguna abierta y vacía estantería parecía indicar dónde cayeron las cajas por causa de los temblores de tierra. En las columnas, de vez en cuando, se distinguían grandes símbolos y letreros anunciando clases y subclases de volúmenes.

Durante un momento me detuve ante una bóveda abierta, en cuyo interior vi alguna de las acostumbradas cajas de metal todavía en su sitio, en medio del omnipresente polvo arenoso. Extendiendo el brazo, saqué con cierta dificultad uno de los volúmenes más delgados y lo puse en el suelo para inspeccionarlo. Estaba titulado en los abundantes jeroglíficos curvilíneos, aunque había algo en la disposición de los caracteres sutilmente inusual.

Me era bien conocido el viejo mecanismo del cierre curvo, de gancho, y abrí la tapa todavía brillante, sacando el libro del interior. Como esperaba, el tomo medía unos cincuenta centímetros de alto, veinticinco de ancho y cinco de grueso; las finas tapas de metal se abrían por la parte superior.

Las páginas de fuerte celulosa no parecían afectadas por la miríada de ciclos de tiempo que habían soportado, así que estudié las letras del texto, hechas a pincel, con un trazo singular - símbolos diferentes a los usuales jeroglíficos curvilíneos y a cualquier alfabeto conocido por los humanos-, en medio de un semidespertar de mis recuerdos.

Comprendí que aquel era el idioma empleado por una mente cautiva a la que conocí superficialmente en mis sueños, un intelecto originario de un gran asteroide en el que sobrevivió la mayor parte de la vida y de costumbres arcaicas de cierto primitivo planeta del que el asteroide fue un fragmento. Al mismo tiempo, recordé que este piso de los archivos estaba

destinado a los volúmenes referentes a planetas extraterrestres.

Mientras dejaba de meditar en aquel increíble documento, advertí que flaqueaba la luz de mi linterna, y rápidamente le puse las pilas de recambio que siempre llevaba conmigo. Luego, provisto de mayor caudal luminoso, reanudé mi febril carrera por el infinito laberinto de pasillos y corredores, reconociendo de vez en cuando alguna estantería familiar, y vagamente molesto por las condiciones acústicas que producían un eco, incongruente para estas catacumbas, del sonido de mis pisadas.

Hasta las huellas de mis zapatos, impresas a mi espalda sobre el milenario polvo jamás hollado, me hacían estremecer. Nunca con anterioridad, si mis locos sueños contenían algo de verdad, un pie humano había pisado tan inmemoriales pavimentos.

Mi mente consciente no tenía ni el menor atisbo acerca de la identidad de lo que parecía ser meta final de mi febril carrera. Sin embargo, existía alguna fuerza de maligna potencia que empujaba a mi turbada voluntad, sacando a la luz los soterrados recuerdos, y que hacía que sintiera de forma vaga que no marchaba sin rumbo fijo, que no caminaba al azar.

Llegué hasta una rampa descendente y la seguí hasta sus profundas entrañas. Las plantas quedaron atrás y arriba mientras seguía corriendo, pero no me detuve a explorar ninguna de ellas. En mi atorbellinado cerebro había comenzado a sonar cierto ritmo que hizo que mi mano derecha se contrajera siguiendo el compás. Deseaba abrir algo, y me daba cuenta de que conocía todos los complicados giros y presiones necesarios para conseguirlo. Se parecía a una moderna caja fuerte con cerradura de combinación.

Sueño o no, lo aprendí antaño y seguía sabiéndolo. No traté de explicarme cómo ningún sueño o retazo de leyenda asimilado inconscientemente podía haberme enseñado un detalle tan minucioso, tan intrincado y tan complejo. Me encontraba más allá de todo pensamiento



coherente. ¿Porque acaso esta experiencia, esta sorprendente familiaridad con una serie de desconocidas ruinas, y esta exacta identidad de todo lo que tenía ante mí con lo que sólo podían haberme sugerido los sueños y los mitos, no era un horror que superaba todo raciocinio?

Lo más probable es que mi convicción básica fuera entonces - como lo es ahora, durante mis momentos de mayor cordura - la certeza de no estar despierto en absoluto, y de que toda la ciudad enterrada era un fragmento de febril alucinación.

Al poco tiempo llegué al nivel inferior y me desvié hacia la derecha de la rampa. Por algún oscuro motivo traté de pisar con más suavidad, aunque al hacerlo así mi velocidad disminuyera. Había un espacio en este último y más profundo piso que me daba miedo atravesar.

Al acercarme a él recordé qué era la cosa que temía en aquel lugar. Se trataba sencillamente de una de las trampillas barradas y vigiladas día y noche. Ahora no habría centinelas y por esa razón temblé y caminé de puntillas como hiciera al pasar a través de la bóveda de negro basalto donde permanecía abierta una trampilla similar.

Noté una corriente de aire frío, como sintiera en la citada trampilla anterior, y deseé que mi trayectoria me hubiese llevado en otras direcciones. Ignoraba por qué tomé aquel camino en particular.

Cuando llegué al espacio temido vi que la trampilla estaba también abierta de par en par. Delante comenzaba de nuevo la serie de estanterías y advertí en el suelo, frente a una de ellas, un montón de escombros con una leve capa de polvo, donde habían caído hacía poco algunas de las cajas. Al mismo tiempo, una nueva oleada de pánico se apoderó de mí, aunque pasó algún tiempo antes de que descubriera el motivo.

No era raro encontrarse con montones de cajas caídas, porque en el transcurso de los eones aquel oscuro laberinto se había visto sacudido por temblores de tierra y, a intervalos, acogió en mil ecos el estrépito

ensordecedor de objetos al caer. Fue sólo cuando casi había cruzado el espacio que comprendí el motivo de mis violentos temblores.

No se trataba del montón de escombros, sino de algo que había en el polvo del suelo. Eso era lo que me perturbaba. A la luz de la linterna me pareció que el polvo no estaba tan igualmente repartido como debiera, en algunos sitios parecía más fina la capa, como si la hubieran alterado no muchos meses atrás. No estaba seguro, porque incluso en esos lugares el polvo era abundante; sin embargo, resultaba inquietante experimentar sospechas acerca de la posible irregularidad en la masa de polvo.

Cuando enfoqué con la linterna uno de esos lugares, lo que el rayo de luz me mostró me hizo sentir enormemente turbado, porque la ilusión de regularidad había sido muy grande. Había allí una serie de líneas regulares de impresiones o huellas compuestas, impresiones que iban de tres en tres, cada una sobrepasando un poco el espacio de un palmo cuadrado, y compuestas por cinco huellas casi circulares de unos ocho centímetros.

Estas posibles líneas de huellas parecían tomar dos direcciones, como si algo hubiera ido y venido a alguna parte. Como es lógico, aparecían muy débiles y quizá pudieron ser casuales o simples imaginaciones mías; pero constituían un elemento de impreciso y acechante terror en el camino que yo creí que seguían. Porque en uno de los extremos de la serie de impresiones había un montón de cajas que debieron caer no hacía mucho tiempo, mientras que el otro extremo conducía a la ominosa trampilla abierta con el aire frío brotando de abismos inimaginables.

## **Capítulo VIII**

Que me sobrepusiera al miedo demuestra el profundo arraigo de mi extraño sentido compulsivo. Ningún motivo racional me hubiera obligado a proseguir después de ver aquella horrenda sugerencia de huellas y sentir la

evocación de pesadillas agobiantes que éstas despertaban. No obstante, mi mano derecha, aunque continuara temblando de miedo, seguía contrayéndose al compás rítmico en su ansiedad por manipular la cerradura que yo esperaba encontrar. Antes casi de darme cuenta, había dejado atrás el montón de cajas últimamente caídas y corría de puntillas por los pasillos cubiertos de polvo virgen hacia un punto que parecía conocer mórbida y terriblemente bien.

Mi mente se hacía preguntas sobre cuyo origen e importancia comenzaba a tener una vaga noción. ¿Llegaría un cuerpo humano a alcanzar la estantería? ¿Podría una mano humana repetir los antiquísimos movimientos necesarios para abrir la cerradura? ¿Estaría la cerradura en condiciones de funcionamiento? ¿Y qué haría, qué me atravesaría a hacer, con lo que, como ahora comenzaba a comprender, a la vez esperaba y temía encontrar? ¿Demostraría la impresionante y demencial verdad de una pasada concepción extranormal, o probaría sólo que yo estaba soñando?

Me di cuenta de que había dejado de correr de puntillas y estaba ahora inmóvil, mirando con fijeza a una fila enervantemente familiar de estanterías con jeroglíficos. Su estado de conservación era casi perfecto, y sólo tres puertas de las más próximas estaban abiertas.

Me resulta imposible describir cuáles eran mis sentimientos hacia aquellas estanterías; tan honda y persistente era la certeza de que las conocía de antaño. Miré a la última fila, cerca del techo, fuera por completo de mi alcance, mientras me preguntaba cómo podría trepar mejor hasta alcanzarla. Una puerta abierta a cuatro filas de la parte baja me serviría de ayuda, y las cerraduras de las puertas me proporcionarían posibles asideros a manos y pies. Sujetaría la linterna con los dientes, como ya hice en otros lugares donde necesité ambas manos. Pero, por encima de todo, no debía hacer el menor ruido.

Resultaría difícil bajar cargado con lo que quería llevarme, pero

quizá pudiera enganchar su cierre móvil en el cuello de mi americana y cargar con él como si fuese una mochila. Volví a preguntarme si la cerradura estaría intacta. No me cabía la menor duda de que podría repetir cada familiar movimiento preciso para abrir. Pero esperaba que la puerta no chirriase ni emitiese el menor chasquido y que mi mano lograra manejarla de forma adecuada.

Incluso mientras pensaba en todos estos detalles había cogido la linterna con la boca e iniciado la ascensión. Las cerraduras resultaban precarios puntos de apoyo; pero, como esperaba, la estantería abierta me fue de gran ayuda. Empleé a la vez la puerta batiente y el borde mismo de la abertura para iniciar el ascenso, y logré evitar todo crujido fuerte y audible.

En equilibrio sobre el borde de la puerta e inclinándome todo lo posible a la derecha, pude alcanzar por poco margen la cerradura buscada. Mis dedos, entumecidos por la escalada, se mostraron torpes al principio; pero pronto vi que, anatómicamente, eran apropiados para la manipulación. Y el ritmo mnemónico era bien recordado por ellos.

Surgiendo de los desconocidos abismos del tiempo, los complicados y secretos movimientos habían llegado de alguna forma a mi cerebro con todo detalle y corrección, porque apenas tras cinco minutos de intentarlo percibí el chasquido cuya familiaridad resultó más asombrosa dado el hecho de que no lo había previsto de manera consciente. Un instante después, la puerta metálica se abría despacio con tan sólo un leve rechinar.

Turbado, miré la fila de cajas grisáceas así expuestas y experimenté la tremenda oleada de una explicable emoción. Al alcance de mi mano derecha había una caja cuyos curvos jeroglíficos me hicieron temblar con un ramalazo infinitamente más complejo que el del simple miedo. Temblando todavía, logré extraerla en medio de una lluvia de copos

arenosos y tiré de ella hacia mí sin ningún ruido violento.

Como la otra caja que manipulara, medía cincuenta por veinticinco centímetros, con dibujos curvilíneos matemáticos en bajorrelieve. Su grosor apenas excedía los siete centímetros.

Sujetándola precariamente entre mi cuerpo y la superficie de la estantería a la que me había encaramado, manipulé el cierre y logré soltar el gancho. Alcé la tapa, coloqué a mi espalda el pesado objeto y prendí el gancho en el cuello de mi americana. Con las manos ahora libres, descendí torpemente hasta el polvoriento suelo y me preparé para examinar mi trofeo.

Arrodillado en el polvo, di la vuelta a la caja y la coloqué ante mí. Me temblaban las manos y temía sacar el libro casi tanto como lo deseaba y me veía impulsado a hacerlo. Poco a poco iba haciéndose la luz dentro de mí acerca de lo que encontraría, y esta comprensión estuvo a punto de paralizar mis facultades.

Si la cosa estaba allí dentro - y si yo no soñaba-, las implicaciones quedarían por completo más allá de la facultad de resistencia del alma humana. Lo que más me atormentaba era mi actual incapacidad de sentir que cuanto me rodeaba pertenecía a un sueño. La sensación de realidad era horrible, y se repite cuando evoco la escena.

Por último, tembloroso, saqué el libro de su estuche y miré fascinado los conocidísimos jeroglíficos de su cubierta. Parecía en perfecto estado de conservación, y las letras curvilíneas del título me mantuvieron casi tan hipnotizado como si pudiera leerlas. Es más, no podría jurar el no haberlas leído en algún fugaz y terrible acceso de memoria anormal.

Ignoro cuánto tiempo pasó hasta que me atreví a levantar la delgada cubierta metálica. Me entretuve con banales excusas. Me quité la linterna de la boca y la apagué para ahorrar pilas. Luego, en la oscuridad, hice acopio de valor, y finalmente levanté la tapa sin encender la luz. Por

último, proyecté un destello de la linterna sobre la página descubierta, previniéndome por anticipado para reprimir cualquier sonido que me hiciese emitir lo que viera en ella.

Miré un instante y me desplomé. Apretando los dientes, sin embargo, guardé silencio. Me hundí totalmente en el polvo y me llevé la mano a la frente en medio de la total oscuridad circundante. Allí estaba lo que temía y esperaba. O bien estaba soñando, o el espacio y el tiempo se habían convertido en una cruel burla.

Tenía que estar soñando, pero pondría a prueba el horror llevándome aquella cosa y enseñándosela a mi hijo, si es que el objeto tenía existencia real. La cabeza me daba vueltas de forma espeluznante, aún cuando no hubiera objetos visibles, dentro de la inmensa oscuridad, que me sirvieran de puntos de referencia. Ideas e imágenes del más desnudo terror - provocadas por las cosas que viera en mi fugaz atisbo - comenzaron a condensarse en mí, nublándome los sentidos.

Pensé en aquellas posibles pisadas en el polvo y el sonido de mi respiración me provocó temblores. De nuevo lancé un destello de luz sobre la página, mirándola como la víctima de la serpiente debe mirar a los colmillos y los ojos del enemigo que va a destruirle.

Luego, con dedos torpes, en la oscuridad, cerré el libro, volví a meterlo en su estuche y bajé la tapa, accionando el curioso cierre de gancho. Esto era lo que tenía que llevar al mundo exterior, si es que tenía existencia real - si todo el abismo existía-, y si tanto yo como el mundo existíamos en verdad.

No estoy seguro de cuándo me puse en pie e inicié el camino de regreso. Me viene singularmente ahora a la memoria –como medida de mi sentido de separación del mundo normal - que ni en una sola ocasión durante aquellas abominables horas pasadas en el subterráneo miré mi reloj.

Empuñando la linterna y con la ominosa caja bajo el brazo, me descubrí caminando de puntillas en una especie de silencioso pánico más allá del abismo del que brotaba la corriente de aire frío y en cuyas proximidades aparecían las amenazadoras sugerencias de pisadas. Relajé mis precauciones mientras ascendía por las interminables rampas, pero no pude sacudirme de encima la sombra de la aprensión que no había sentido durante mi periplo descendente.

Temía tener que volver a cruzar la cripta de basalto negro más vieja que la propia ciudad, donde se acumulaban frías corrientes de aire nacidas en insólitas profundidades. Pensé en lo que había temido la Gran Raza y que todavía podía estar al acecho - aunque débil y moribundo - allá abajo. Pensé en los cinco circulitos de cada huella y en lo que me revelaron mis sueños acerca de estas pisadas, junto con los extraños vientos y ruidos sibilantes asociados a ellas. Y pensé en los relatos de los indígenas actuales, henchidos de horror hacia los grandes vientos y las innominadas ruinas.

Por un símbolo labrado en la pared supe cuál era el piso por el que tenía que pasar y, por último, tras dejar atrás el otro libro que examinara con anterioridad, llegué al gran espacio circular con arcadas radiales. A mi derecha, reconocible de inmediato, estaba la arcada por la que había llegado. Entré, consciente de que el resto de mi ruta sería más difícil por culpa del ruinoso estado de la sillería exterior al edificio de los archivos. La pesadez de la caja metálica me agobiaba, y a cada paso encontraba mayores dificultades para no hacer ruido mientras iba dando tumbos por entre escombros y fragmentos de todas clases.

Luego alcancé el montículo de ruinas que llegaba hasta el techo y a cuyo través me labrara un precario pasadizo. Mis temores al retorcerme para franquearlo de nuevo eran infinitos, porque la primera vez hice bastante ruido y ahora - tras ver aquellas posibles pisadas - el temor de

causar cualquier sonido lo superaba todo. La caja también aumentaba el problema de cruzar la estrecha grieta.

Pero remonté la barrera lo mejor que pude y empujé la caja metiéndola por la abertura. Luego, con la linterna entre los dientes, trepé y pasé yo mismo, hiriéndome en la espalda, como antes, con las estalactitas.

Al tratar de recoger la caja, cayó por la pendiente de los escombros a cierta distancia delante de mí, produciendo un perturbador estrépito cuyos ecos hicieron que mi cuerpo se cubriese de frío sudor. Salté a por ella de inmediato y la recuperé sin más ruidos.... pero un instante después los bloques resbalaron bajo mis pies causando un súbito e imprevisto estrépito.

Ese estrépito me resultó fatal. Porque, fuera falso o no, me pareció oír una especie de respuesta terrible procedente de los corredores que había dejado atrás. Creí percibir un sonido sibilante agudo, nada parecido a lo que se escucha en la Tierra y fuera de toda posible descripción. En tal caso, lo que siguió tiene una amarga ironía pues, a no ser por el pánico a esa cosa, lo que ocurrió después nunca hubiera sucedido.

De todas formas, mi frenesí era absoluto e irreprimible. Tomando la linterna en la mano y aferrando débilmente la caja, salté y brinqué frenéticamente sin otra idea en mi cerebro que el loco deseo de escapar corriendo de aquellas ruinas de pesadilla y verme en el mundo del desierto bañado por la luna que tan lejos quedaba encima de mí.

Apenas recuerdo cuándo llegué a la montaña de escombros que se alzaba hasta la vasta negrura de más allá del desplomado techo, y me magullé y me herí repetidas veces mientras trepaba por la escarpada ladera de puntiagudos bloques y fragmentos.

Luego vino el gran desastre. Mientras cruzaba a ciegas la cumbre, sin estar preparado para la repentina pendiente que seguía, mis pies resbalaron por completo, y me encontré envuelto en una avalancha de escombros cuyo descomunal estruendo hendió el negro aire de la caverna



en una serie ensordecedora de atronadoras reverberaciones.

No recuerdo mi salida de aquel caos, pero un momentáneo fragmento de consciencia me muestra cayendo y arrastrándome a lo largo del corredor en medio del estruendo, llevando todavía caja y linterna.

Luego, al acercarme a la primitiva cripta de basalto, la locura absoluta que tanto temiera me sobrevino. Porque mientras se iban apagando los ecos de la avalancha, se hizo audible una repetición de aquel silbido extraterrestre que creí haber oído antes. Esta vez no cabía la menor duda y, todavía peor, no procedía de ningún punto a mi espalda, sino de delante de mí.

Lo más probable es que entonces gritara. Tengo una borrosa imagen de mí mismo corriendo por la infernal bóveda basáltica construida por los seres más antiguos y escuchando el diabólico silbido que salía por la abierta puerta que era uno de los accesos a la negrura ¡limitada de la nada, de aquel universo dentro del planeta en el que la Gran Raza confinó a los seres semietéreos. También había viento, no una simple corriente húmeda y fría, sino una ráfaga violenta y decidida, soplando salvaje y fría desde aquel abominable abismo del que también procedía el siniestro silbido.

Recuerdo haber saltado y rodeado obstáculos de todas clases, con ese viento torrencial, y el penetrante sonido que crecía a cada instante y que parecía seguir de forma deliberada mis pasos mientras semejaba surgir perversamente de todos los lugares de debajo de mí y a mi espalda.

Aunque soplando por detrás, el viento tenía la singular propiedad de dificultar mi marcha, en vez de facilitarla; actuando como un lazo que me hubieran arrojado, rodeándome. Sin reparar en el ruido que yo hacía, atravesé una gran barrera de bloques y me encontré de nuevo en la estructura que conducía a la superficie.

Recuerdo haber tenido un atisbo de la arcada de la sala de máquinas, y que casi grité cuando vi la rampa que conducía a una de

aquellas profanas trampillas que debía de estar abierta dos plantas más abajo. Pero en vez de lanzar un chillido, murmuré repetidas veces para mí que todo esto era un sueño del que pronto despertaría. Quizá me encontraba en el campamento quizá en mi casa de Arkham. Con todas estas vanas esperanzas reforzando mi cordura, abordé la rampa que llevaba al piso superior.

Sabía, por supuesto, que tenía que volver a atravesar la hendidura de metro y medio; sin embargo, hasta no estar sobre ella, abrumado por otros temores, no comprendí el horror que comportaba tan difícil salto. Durante el descenso el brinco no tuvo dificultades, pero ¿podría franquear la brecha yendo cuesta arriba y agobiado por el miedo, el cansancio, el peso de la caja metálica y el anómalo tirón hacia atrás de aquel viento demoníaco? Pensé en todas estas cosas en el último momento, y pensé también en las indecibles entidades que podían estar al acecho dentro de los negros abismos que quedaban bajo la grieta.

La luz de la linterna se debilitaba, pero por algún ignoto recuerdo pude saber cuándo me encontraba cerca de la hendidura. Las frías ráfagas de viento y los nauseabundos y agudos silbidos de detrás de mí sir-vieron de momentáneo lenitivo, entorpeciendo mi imaginación de modo que no captara todo el horror que emanaba de la abierta brecha que tenía delante. Y entonces me di cuenta de las nuevas ráfagas y de los nuevos silbidos que venían de la grieta, oleadas de abominación que subían de profundidades inimaginadas e inimaginables.

Ahora tenía sobre mí la esencia de la más pura pesadilla. Perdida toda cordura, e ignorándolo todo excepto el impulso animal de huir, me limité a forcejear y a correr por los restos de la rampa como si no existiera el abismo. Luego vi el borde del precipicio, salté frenéticamente, empleando hasta el último gramo de mis energías, y me vi de repente inmerso en un pandemonio vertiginoso de horrendo sonido y de profunda y

tangible oscuridad.

Según lo que puedo recordar, ahí acaba mi experiencia. Todas las impresiones posteriores pertenecen por entero a los dominios del delirio fantasmagórico. Sueño, locura y recuerdos se funden anárquicos en una serie de fragmentarias ilusiones fantásticas que no pueden tener relación con nada real.

Hubo una odiosa caída por incalculables kilómetros de viscosa y repelente oscuridad, y una babel de ruidos profundamente extraños a todo lo que conocernos en la Tierra y su vida orgánica. Sentidos rudimentarios, dormidos, parecieron cobrar vitalidad dentro de mi, hablándome de fosos y vacíos poblados por horrores flotantes que conducían a océanos y simas sin sol y a populosas ciudades de torres basálticas sin ventanas y sobre las que nunca brilló ninguna luz.

Secretos del primitivo planeta y de sus inmemoriales eones destellaron en mi cerebro sin ayuda de la vista o del oído, y conocí entonces cosas que ni siquiera se sugirieron en los más salvajes de mis primeros sueños. Y durante todo el rato, fríos dedos de húmedo vapor me aferraban y me alzaban, y aquel condenado silbido arcaico chirriaba cruelmente por encima de todos los altibajos de babel y silencio en los torbellinos de la circundante oscuridad.

Después surgieron las visiones de la ciclópea ciudad de mis pesadillas, no en ruinas, sino tal como la viera en mis sueños. Volvía a encontrarme en mi cuerpo cónico inhumano, y me mezclaba con las multitudes de la Gran Raza y con las mentes cautivas que transportaban libros por los titánicos corredores y las vastas rampas.

Luego, sobreimpuestas a estas imágenes, aparecieron temibles y fugaces destellos de una consciencia no visual que entrañaba luchas desesperadas, un liberarse con retorcidos esfuerzos de aferrantes tentáculos de viento sibilante, un loco vuelo al estilo de los murciélagos a través de un

aire semisólido, un febril excavar por entre una oscuridad barrida por los ciclones y un frenético caer y arrastrarse por encima de la desplomada sillería.

En una ocasión hubo un destello intruso y curioso de semivisión, una sospecha difusa y débil de azulada iluminación muy lejana, en las alturas. Luego vino un sueño de ascensión y de arrastrarse perseguido por el viento; un retorcerse en medio de una llamarada de sardónica luz lunar a través de una mezcolanza de escombros que resbalaban y me hacían caer de lleno en el centro de un mórbido huracán. Fue el maligno y monótono batir de aquella enloquecedora luz de luna lo que, por último, me hizo comprender que había vuelto a lo que fuera para mí el mundo objetivo de la vigilia.

Me encontraba arrastrándome por las arenas del desierto australiano, y a mi alrededor aullaba un aire tan tumultuoso como nunca conocí en la superficie de nuestro planeta. Mis ropas estaban hechas jirones y todo mi cuerpo era una masa de despellejaduras y arañazos.

Poco a poco recuperé la plena consciencia, y en ningún momento pude precisar dónde desapareció el sueño delirante y comenzó el verdadero recuerdo. Parecía ser que hubo un montículo de bloques titánicos y un abismo debajo, una monstruosa revelación del pasado y al final un horror de pesadilla.... pero ¿cuánto de esto era real?

Había perdido la linterna y otro tanto me había sucedido con la caja metálica que descubriera. ¿Pero existió tal caja, o el abismo, o el montículo? Levanté la cabeza y miré hacia atrás, y vi tan sólo las estériles y onduladas arenas del desierto.

El viento demoníaco cesó, y la luna hinchada y lechosa se hundió enrojecida por el oeste. Me puse en pie y comencé a caminar dando tumbos en dirección suroeste, hacia el campamento. ¿Qué me había sucedido en realidad? ¿Me desplomé simplemente en la arena y arrastré luego mi

cuerpo entre sueños durante kilómetros y kilómetros de desierto y de bloques enterrados? En caso negativo, ¿cómo podría soportar vivir por más tiempo?

Porque, en esta nueva duda, mi fe en la irrealidad de mis visiones, cuyo origen achacaba a los mitos, se disolvía una vez más en la infernal duda. Si el abismo era real, la Gran Raza también, y sus profanos sondeos y raptos en el vórtice de todo el cosmos no eran mitos ni pesadillas, sino una terrible y anonadadora realidad.

¿Me había visto de lleno, hecho horrendo, retrotraído a un mundo prehumano de hace ciento cincuenta millones de años, en aquellos días oscuros y desconcertantes de mi amnesia? ¿Acaso mi cuerpo actual fue el vehículo de alguna terrible consciencia extrahumana procedente de los abismos paleogénicos del tiempo?

¿Es que yo, como mente cautiva de aquellos deslizantes horrores, conocía realmente la maldita ciudad de piedra en su primitivo esplendor, y recorrí los corredores familiares bajo la forma repelente de mi captor? ¿Eran estos atormentadores sueños de hacía más de veinte años de antigüedad el retoño de recuerdos de monstruosa locura?

¿Había hablado de verdad con mentes de inalcanzables rincones del tiempo y el espacio, aprendiendo los secretos del universo, pasados y por venir, y escrito los anales de mi propio mundo para las cajas metálicas de los titánicos archivos? ¿Y estaban en realidad aquellos otros - las cosas sorprendentemente viejas de los vientos locos y silbidos demoníacos - rondando, esperando y debilitándose poco a poco en los negros abismos mientras diversas formas de vida recorrían sus multimilenarias rutas sobre la vieja superficie del planeta?

No lo sé. Si ese abismo y lo que contenía eran reales, no hay esperanza. Entonces, con toda certeza, se cierne sobre este mundo del hombre una burlona e increíble presencia venida del tiempo. Pero,

piadosamente, no hay pruebas de que esas cosas no sean sino fases recientes de mis míticos sueños. Ni traje conmigo la caja metálica que hubiera constituido evidencia irrefutable, ni, hasta ahora, han sido encontrados los corredores subterráneos.

Si las leyes del universo son benévolas, nunca serán descubiertos. Pero tengo que contarle a mi hijo lo que vi o creí ver, y dejar que utilice su criterio como psicólogo para calibrar la realidad de mi experiencia y comunicar o no este relato a los demás.

He dicho que la terrible verdad que respalda mis torturados años de pesadillas depende por completo de la realidad de lo que creí ver en aquellas ruinas ciclópeas. Verdaderamente, ha sido muy duro para mí redactar esta revelación crucial, cosa que todos los lectores habrán adivinado. Claro que la verdad yace en ese libro del interior de la caja metálica, la que saqué de su cubil en medio del polvo de un millón de siglos.

Nadie había visto, ninguna mano había tocado aquel libro desde la aparición del hombre en este planeta. Y sin embargo, cuando le enfoqué la luz de la linterna dentro de aquel terrible abismo, vi las letras con su pigmentación singular en las páginas de celulosa amarilleada por el transcurso de los eones, y advertí que no se trataba en realidad de ninguno de los innumerables jeroglíficos de la juventud de la Tierra. Antes al contrario, eran letras de nuestro alfabeto familiar, conformando palabras del idioma inglés... en mi propia caligrafía.

# LOS AMADOS MUERTOS

H. P. Lovecraft & C. M. Eddy

Es media noche. Antes del alba darán conmigo y me encerrarán en una celda negra, donde languideceré interminablemente, mientras insaciables deseos roen mis entrañas y consumen mi corazón, hasta ser al fin uno con los muertos que amo.

Mi asiento es la fétida fosa de una vetusta tumba; mi pupitre, el envés de una lápida caída y desgastada por los siglos implacables; mi única luz es la de las estrellas y la de una angosta media luna, aunque puedo ver tan claramente como si fuera mediodía. A mi alrededor, como sepulcrales centinelas guardando descuidadas tumbas, las inclinadas y decrepitas lápidas yacen medio ocultas por masas de nauseabunda maleza en descomposición. Y sobre todo, perfilándose contra el enfurecido cielo, un solemne monumento alza su austero chapitel ahusado, semejando el espectral caudillo de una horda fantasmal. El aire está enrarecido por el nocivo olor de los hongos y el hedor de la húmeda tierra mohosa, pero para mí es el aroma del Elíseo. Todo es quietud - terrorífica quietud -, con un silencio cuya intensidad promete lo solemne y lo espantoso.

De haber podido elegir mi morada, lo hubiera hecho en alguna ciudad de carne en descomposición y huesos que se deshacen, pues su proximidad brinda a mi alma escalofríos de éxtasis, acelerando la estancada sangre en mis venas y forzando a latir mi lánguido corazón con júbilo delirante... ¡Porque la presencia de la muerte es vida para mí! Mi temprana infancia fue de una larga, prosaica y monótona apatía. Sumamente ascético, descolorido, pálido, enclenque y sujeto a prolongados raptos de mórbido ensimismamiento, fui relegado por los muchachos

saludables y normales de mi propia edad. Me tildaban de aguafiestas y "vieja" porque no me interesaban los rudos juegos infantiles que ellos practicaban, o porque no poseía el suficiente vigor para participar en ellos, de haberlo deseado.

Como todas las poblaciones rurales, Fenham tenía su cupo de chismosos de lengua venenosa. Sus imaginaciones maledicentes achacaban mi temperamento letárgico a alguna anormalidad aborrecible; me comparaban con mis padres agitando la cabeza con ominosa duda en vista de la gran diferencia. Algunos de los más supersticiosos me señalaban abiertamente como un niño cambiado por otro, mientras que otros, que sabían algo sobre mis antepasados, llamaban la atención sobre rumores difusos y misteriosos acerca de un tataratío que había sido quemado en la hoguera por nigromante.

De haber vivido en una ciudad más grande, con mayores oportunidades para encontrar amistades, quizás hubiera superado esta temprana tendencia al aislamiento.

Cuando llegué a la adolescencia, me torné aún más sombrío, morbosos y apático. Mi vida carecía de alicientes. Me parecía ser preso de algo que ofuscaba mis sentidos, trababa mi desarrollo, entorpecía mis actividades y me sumía en una inexplicable insatisfacción. Tenía dieciséis años cuando acudí a mi primer funeral. Un sepelio en Fenham era un suceso de primer orden social, ya que nuestra ciudad era señalada por la longevidad de sus habitantes. Cuando, además, el funeral era el de un personaje tan conocido como el de mi abuelo, podía asegurarse que el pueblo entero acudiría en masa para rendir el debido homenaje a su memoria. Pero yo no contemplaba la próxima ceremonia con interés ni siquiera latente. Cualquier asunto que tendiera a arrancarme de mi inercia habitual sólo representaba para mí una promesa de inquietudes físicas y mentales. Cediendo ante las presiones de mis padres, y tratando de



hurtarme a sus cáusticas condenas sobre mi actitud poco filial, convine en acompañarles. No hubo nada fuera de lo normal en el funeral de mi abuelo salvo la voluminosa colección de ofrendas florales; pero esto, recuerdo, fue mi iniciación en los solemnes ritos de tales ocasiones.

Algo en la estancia oscurecida, el ovalado ataúd con sus sombrías colgaduras, los apiñados montones de fragantes ramilletes, las demostraciones de dolor por parte de los ciudadanos congregados, me arrancó de mi normal apatía captando mi atención. Saliendo de mi momentáneo ensueño merced a un codazo de mi madre, la seguí por la estancia hasta el féretro donde yacía el cuerpo de mi abuelo. Por primera vez, estaba cara a cara con la Muerte. Observé el rostro sosegado y surcado por infinidad de arrugas, y no vi nada que causara demasiado pesar. Al contrario, me pareció que el abuelo estaba inmensamente contento, plácidamente satisfecho. Me sentí sacudido por algún extraño y discordante sentido de regocijo. Tan suave, tan furtivamente me envolvió que apenas puedo determinar su llegada. Mientras rememoro lentamente ese instante portentoso, me parece que debe haberse originado con mi primer vistazo a la escena del funeral, estrechando silenciosamente su cerco con sutil insidia. Una funesta y maligna influencia que parecía provenir del cadáver mismo me aferraba con magnética fascinación. Mi mismo ser parecía cargado de electricidad estática y sentí mi cuerpo tensarse involuntariamente. Mis ojos intentaban traspasar los párpados cerrados del difunto y leer el secreto mensaje que ocultaban. Mi corazón dio un repentino salto de júbilo impío batiendo contra mis costillas con fuerza demoníaca, como tratando de librarse de las acotadas paredes de mi caja torácica.

Una salvaje y desenfrenada sensualidad complaciente me envolvió. Una vez más, el vigoroso codazo maternal me devolvió a la actividad. Había llegado con pies de plomo hasta el ataúd tapizado de negro, me alejé

de él con vitalidad recién descubierta.

Acompañé al cortejo hasta el cementerio con mi ser físico inundado de místicas influencias vivificantes. Era como si hubiera bebido grandes sorbos de algún exótico elixir... alguna abominable poción preparada con las blasfemas fórmulas de los archivos de Belial. La población estaba tan volcada en la ceremonia que el radical cambio de mi conducta pasó desapercibido para todos, excepto para mi padre y mi madre; pero en la quincena siguiente, los chismosos locales encontraron nuevo material para sus corrosivas lenguas en mi alterado comportamiento. Al final de la quincena, no obstante, la potencia del estímulo comenzó a perder efectividad. En uno o dos días había vuelto por completo a mi languidez anterior, aunque no era total y devoradora insipidez del pasado. Antes, había una total ausencia del deseo de superar la inactividad; ahora, vagos e indefinidos desasosiegos me turbaban. De puertas afuera, había vuelto a ser el de siempre, y los maledicentes buscaron algún otro sujeto más propicio. Ellos, de haber siquiera soñado la verdadera causa de mi reanimación, me hubieran rehuido como a un ser leproso y obsceno.

Yo, de haber adivinado el execrable poder oculto tras mi corto periodo de alegría, me habría aislado para siempre del resto del mundo, pasando mis restantes años en penitente soledad.

Las tragedias vienen a menudo de tres en tres, de ahí que, a pesar de la proverbial longevidad de mis conciudadanos, los siguientes cinco años me trajeron la muerte de mis padres. Mi madre fue la primera, en un accidente de la naturaleza mas inesperada, y tan genuino fue mi pesar que me sentí sinceramente sorprendido de verlo burlado y contrarrestado por ese casi perdido sentimiento de supremo y diabólico éxtasis. De nuevo mi corazón brincó salvajemente, otra vez latió con velocidad galopante enviando la sangre caliente a recorrer mis venas con meteórico fervor. Sacudí de mis hombros el fatigoso manto de inacción, sólo para

reemplazarlo por la carga, infinitamente más horrible, del deseo repugnante y profano. Busqué la cámara mortuoria donde yacía el cuerpo de mi madre, con el alma sedienta de ese diabólico néctar que parecía saturar el aire de la estancia oscurecida.

Cada inspiración me vivificaba, lanzándome a increíbles cotas de seráfica satisfacción. Ahora sabía que era como el delirio provocado por las drogas y que pronto pasaría, dejándome igualmente ávido de su poder maligno; pero no podía controlar mis anhelos más de lo que podía deshacer los nudos gordianos que ya enmarañaban la madeja de mi destino. Demasiado bien sabía que, a través de alguna extraña maldición satánica, la muerte era la fuerza motora de mi vida, que había una singularidad en mi constitución que sólo respondía a la espantosa presencia de algún cuerpo sin vida. Pocos días más tarde, frenético por la bestial intoxicación de la que la totalidad de mi existencia dependía, me entrevisté con el único enterrador de Fenham y le pedí que me admitiera como aprendiz.

El golpe causado por la muerte de mi madre había afectado visiblemente a mi padre. Creo que de haber sacado a relucir una idea tan trasnochada como la de mi empleo en otra ocasión, la hubiera rechazado enérgicamente. En cambio, agitó la cabeza aprobadoramente, tras un momento de sobria reflexión. ¡ Qué lejos estaba de imaginar que sería el objeto de mi primera lección práctica!.

También el murió bruscamente, por culpa de alguna afección cardíaca insospechada hasta el momento. Mi octogenario patrón trató por todos los medios de disuadirme de realizar la inconcebible tarea de embalsamar su cuerpo, sin detectar el fulgor entusiasta de mis ojos cuando finalmente logré que aceptara mi condenable punto de vista. No creo ser capaz de expresar los reprensibles, los desquiciados pensamientos que barrieron en tumultuosas olas de pasión mi desbocado corazón mientras trabajaba sobre aquel cuerpo sin vida.

Amor sin par era la nota clave de esos conceptos, un amor más grande - con mucho - que el que más hubiera sentido hacia él cuando estaba vivo.

Mi padre no era un hombre rico, pero había poseído bastantes bienes mundanos como para ser lo suficientemente independiente. Como su único heredero, me encontré en una especie de paradójica situación. Mi temprana juventud había sido un fracaso total en cuanto a prepararme para el contacto con el mundo moderno; pero la sencilla vida de Fenham, con su cómodo aislamiento, había perdido sabor para mí. Por otra parte, la longevidad de sus habitantes anulaba el único motivo que me había hecho buscar empleo.

La venta de los bienes me proveyó de un medio fácil de asegurarme la salida y me trasladé a Bayboro, una ciudad a unos 50 kilómetros. Aquí, mi año de aprendizaje me resultó sumamente útil. No tuve problemas para lograr una buena colocación como asistente de la Gresham Corporation, una empresa que mantenía las mayores pompas fúnebres de la ciudad. Incluso logré que me permitieran dormir en los establecimientos... porque ya la proximidad de la muerte estaba convirtiéndose en una obsesión.

Me aplique a mi tarea con celo inusitado. Nada era demasiado horripilante para mi impía sensibilidad, y pronto me convertí en un maestro en mi oficio electo.

Cada cadáver nuevo traído al establecimiento significaba una promesa cumplida de impío regocijo, de irreverentes gratificaciones, una vuelta al arrebatador tumulto de las arterias que transformaba mi hosco trabajo en devota dedicación... aunque cada satisfacción carnal tiene su precio. Llegué a odiar los días que no traían muertos en los que refocilarme, y rogaba a todos los dioses obscenos de los abismos inferiores para que dieran rápida y segura muerte a los residentes de la ciudad.

Llegaron entonces las noches en que una sigilosa figura se deslizaba

subrepticamente por las tenebrosas calles de los suburbios; noches negras como boca de lobo, cuando la luna de la medianoche se oculta tras pesadas nubes bajas. Era una furtiva figura que se camuflaba con los árboles y lanzaba esquivas miradas sobre su espalda; una silueta empeñada en alguna misión maligna. Tras una de esas noches de merodeo, los periódicos matutinos pudieron vocear a su clientela ávida de sensación los detalles de un crimen de pesadilla; columna tras columna de ansioso morbo sobre abominables atrocidades; párrafo tras párrafo de soluciones imposibles, y sospechas contrapuestas y extravagantes.

Con todo, yo sentía una suprema sensación de seguridad, pues ¿quién, por un momento, recelaría que un empleado de pompas fúnebres - donde la Muerte presumiblemente ocupa los asuntos cotidianos - abandonaría sus indescriptibles deberes para arrancar a sangre fría la vida de sus semejantes? Planeaba cada crimen con astucia demoníaca, variando el método de mis asesinatos para que nadie los supusiera obra de un solo par de manos ensangrentadas. El resultado de cada incursión nocturna era una extática hora de placer, pura y perniciosa; un placer siempre aumentado por la posibilidad de que su deliciosa fuente fuera más tarde asignada a mis deleitados cuidados en el curso de mi actividad habitual. De cuando en cuando, ese doble y postrer placer tenía lugar...¡Oh, recuerdo escaso y delicioso!

Durante las largas noches en que buscaba el refugio de mi santuario, era incitado por aquel silencio de mausoleo a idear nuevas e indecibles formas de prodigar mis afectos a los muertos que amaba...¡los muertos que me daban vida!

Una mañana, Mr. Gresham acudió mucho más temprano de lo habitual... llegó para encontrarme tendido sobre una fría losa, hundido en un sueño monstruoso, ¡con los brazos alrededor del cuerpo rígido, tieso y desnudo de un fétido cadáver! Con los ojos llenos de entremezcla de

repugnancia y compasión, me arrancó de mis salaces sueños.

Educada pero firmemente, me indicó que debía irme, que mis nervios estaban alterados, que necesitaba un largo descanso de las repelentes tareas que mi oficio exige, que mi impresionable juventud estaba demasiado profundamente afectada por la funesta atmósfera del lugar. ¡Cuán poco sabía de los demoníacos deseos que espoleaban mi detestable anormalidad! Fui suficientemente juicioso como para ver que el responder sólo le reafirmaría en su creencia de mi potencial locura...resultaba mucho mejor marcharse que invitarle a descubrir los motivos ocultos tras mis actos.

Tras eso, no me atreví a permanecer mucho tiempo en un lugar por miedo a que algún acto abierto descubriera mi secreto a un mundo hostil. Vagué de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo. Trabajé en depósitos de cadáveres, rondé cementerios, hasta un crematorio... cualquier sitio que me brindara la oportunidad de estar cerca de la muerte que tanto anhelaba.

Entonces llegó la Guerra Mundial. Fui uno de los primeros en alistarme y uno de los últimos en volver, cuatro años de infernal osario ensangrentado... nauseabundo légamo de trincheras anegadas de lluvia...mortales explosiones de histéricas granadas...el monótono silbido de balas sardónicas...humeantes frenesíes de las fuentes del Flegeton<sup>17</sup>... letales humaredas de gases venenosos... grotescos restos de cuerpos aplastados y destrozados... cuatro años de trascendente satisfacción.

En cada vagabundo hay una latente necesidad de volver a los lugares de su infancia. Unos pocos meses más tarde, me encontré recorriendo los familiares y apartados caminos de Fenhman. Deshabitadas y ruinosas granjas se alineaban junto a las cunetas, mientras que los años habían deparado un retroceso igual en la propia ciudad. Apenas había un

---

<sup>17</sup> un río de fuego, uno de los cinco que existen en el Hades

puñado de casas ocupadas, aunque entre ellas estaba la que una vez yo considerara mi hogar. El sendero descuidado e invadido por malas hierbas, las persianas rotas, los incultos terrenos de detrás, todo era una muda confirmación de las historias que había obtenido con ciertas indagaciones: que ahora cobijaba a un borracho disoluto que arrastraba una mísera existencia con las faenas que le encomendaban algunos vecinos, por simpatía hacia la maltratada esposa y el mal nutrido hijo que compartían su suerte. Con todo esto, el encanto que envolvía los ambientes de mi juventud había desaparecido totalmente; así, acuciado por algún temerario impulso errante, volví mis pasos a Bayboro.

Aquí, también los años habían traído cambios, aunque en sentido inverso. La pequeña ciudad de mis recuerdos casi había duplicado su tamaño a pesar de su despoblamiento en tiempo de guerra. Instintivamente busqué mi primitivo lugar de trabajo, descubriendo que aún existía, pero con nombre desconocido y un "Sucesor de" sobre la puerta, puesto que la epidemia de gripe había hecho presa de Mr. Gresham, mientras que los muchachos estaban en ultramar.

Alguna fatídica disposición me hizo pedir trabajo. Comenté mi aprendizaje bajo Mr. Gresham con cierto recelo, pero se había llevado a al tumba el secreto de mi poco ética conducta. Una oportuna vacante me aseguró la inmediata recolocación.

Entonces volvieron erráticos recuerdos sobre noches escarlatas de impíos peregrinajes y un incontrolable deseo de reanudar aquellos ilícitos placeres. Hice a un lado la precaución, lanzándome a otra serie de condenables desmanes. Una vez más, la prensa amarilla dio la bienvenida a los diabólicos detalles de mis crímenes, comparándolos con las rojas semanas de horror que habían pasmado ala ciudad años atrás. Una vez más la policía lanzó sus redes, sacando entre sus enmarañados pliegues...¡nada!

Mi sed del nocivo néctar de la muerte creció hasta ser un fuego

devastador, y comencé a acortar los períodos entre mis odiosas explosiones. Comprendí que pisaba suelo resbaladizo, pero el demoníaco deseo me aferraba con torturantes tentáculos y me obligaba a proseguir.

Durante todo este tiempo, mi mente estaba volviéndose progresivamente insensible a cualquier otra influencia que no fuera la satisfacción de mis enloquecidos anhelos. Dejé deslizar, en alguna de esas maléficas escapadas, pequeños detalles de vital importancia para identificarme. De cierta forma, en algún lugar, dejé una pequeña pista, un rastro fugitivo, detrás... no lo bastante como para ordenar mi arresto, pero sí lo suficiente como para volver la marea de sospechas en mi dirección. Sentía el espionaje, pero aun así era incapaz de contener la imperiosa demanda de más muerte para acelerar mi enervado espíritu.

Enseguida llegó la noche en que el estridente silbato de la policía me arrancó de mi demoníaco solaz sobre el cuerpo de mi postrer víctima, con una ensangrentada navaja todavía firmemente asida. Con un ágil movimiento, cerré la hoja y la guardé en el bolsillo de mi chaqueta. Las porras de la policía abrieron grandes brechas en la puerta. Rompí la ventana con una silla, agradeciendo al destino haber elegido uno de los distritos más pobres como morada. Me descolgué hasta un callejón mientras las figuras vestidas de azul irrumpían por la destrozada puerta. Huí saltando inseguras vallas, a través de mugrientos patios traseros, cruzando míseras casas destartaladas, por estrechas calles mal iluminadas. Inmediatamente, pensé en los boscosos pantanos que se alzaban más allá de la ciudad, extendiéndose unos 60 kilómetros hasta alcanzar los arrabales de Fenham. Si pudiera llegar a esta meta, estaría temporalmente a salvo. Antes del alba me había lanzado de cabeza por el ansiado despoblado, tropezando con los podridos troncos de árboles moribundos cuyas ramas desnudas se extendían como brazos grotescos tratando de estorbarme con su burlón abrazo.

Los diablos de las funestas deidades a quienes había ofrecido mis



idólatras plegarias debían haber guiado mis pasos hacia aquella amenazadora ciénaga.

Una semana más tarde, macilento, empapado y demacrado, rondaba por los bosques a kilómetro y medio de Fenham. Había eludido por fin a mis perseguidores, pero no osaba mostrarme, a sabiendas de que la alarma debía haber sido radiada. Tenía remota la esperanza de haberlos hecho perder el rastro. Tras la primera y frenética noche, no había oído sonido de voces extrañas ni los crujidos de pesados cuerpos entre la maleza. Quizás habían decidido que mi cuerpo yacía oculto en alguna charca o se había desvanecido para siempre entre los tenaces cenagales.

El hambre ría mis tripas con agudas punzadas, y la sed había dejado mi garganta agotada y reseca. Pero, con mucho, lo peor era el insoportable hambre de mi famélico espíritu, hambre del estímulo que sólo encontraba en la proximidad de los muertos. Las ventanas de mi nariz temblaban con dulces recuerdos. No podía engañarme demasiado con el pensamiento de que tal deseo era un simple capricho de la imaginación. Sabía que era parte integral de la vida misma, que sin ella me apagaría como una lámpara vacía. Reuní todas mis restantes energías para aplicarme en la tarea de satisfacer mi inicuo apetito. A pesar del peligro que implicaban mis movimientos, me adelanté a explorar contorneando las protectoras sombras como un fantasma obscuro. Una vez más sentí la extraña sensación de ser guiado por algún invisible acólito de Satanás.

Y aun mi alma endurecida por el pecado se agitó durante un instante al encontrarme ante mi domicilio natal, el lugar de mi retiro de juventud.

Luego, esos inquietantes recuerdos pasaron. En su lugar llegó el ávido y abrumador deseo. Tras las podridas cercas de esa vieja casa aguardaba mi presa. Un momento más tarde había alzado una de las destrozadas ventanas y me había deslizado por el alféizar. Escuché durante

un instante, con los sentidos alerta y los músculos listos para la acción. El silencio me recibió. Con pasos felinos recorrí las familiares estancias, hasta que unos ronquidos estentóreos indicaron el lugar donde encontraría remedio a mis sufrimientos. Me permití un vistazo de éxtasis anticipado mientras franqueaba la puerta de la alcoba. Como una pantera, me acerqué a la tendida forma sumida en el estupor de la embriaguez. La mujer y el niño - ¿dónde estarían? -, bueno, podían esperar. Mis engarfiados dedos se deslizaron hacia su garganta...

Horas más tarde volvía a ser el fugitivo, pero una renovada fortaleza robada era mía. Tres silenciosos cuerpos dormían para no despertar. No fue hasta que la brillante luz del día invadió mi escondrijo que visualicé las inevitables consecuencias de la temeraria obtención alivio. En ese tiempo los cuerpos debían haber sido descubiertos. Aun el más obtuso de los policías rurales seguramente relacionaría la tragedia con mi huida de la ciudad vecina. Además, por primera vez había sido lo bastante descuidado como para dejar alguna prueba tangible de identidad...

las huellas dactilares en las gargantas de mis recientes víctimas. Durante todo el día temblé preso de aprensión nerviosa. El simple chasquido de una ramita seca bajo mis pies conjuraba inquietantes imágenes mentales. Esa noche, al amparo de la oscuridad protectora, bordeé Fenham y me interné en los bosques de más allá. Antes del alba tuve el primer indicio definido de la renovada persecución... el distante ladrido de los sabuesos.

Me apresuré a través de la larga noche, pero durante la mañana pude sentir cómo mi artificial fortaleza menguaba. El mediodía trajo, una vez más, la persistente llamada de la perturbadora maldición y supe que me derrumbaría de no volver a experimentar la exótica intoxicación que sólo llegaba en la proximidad de mis adorados muertos. Había viajado en un amplio semicírculo. Si me esforzaba en línea recta, la medianoche me

encontraría en el cementerio donde había enterrado a mis padres años atrás. Mi única esperanza, lo sabía, residía en alcanzar esta meta antes de ser capturado. Con un silencioso ruego a los demonios que dominaban mi destino, me volví encaminando mis pasos en la dirección de mi último baluarte.

¡Dios! ¿Pueden haber pasado escasas doce horas desde que partí hacia mi espectral santuario? He vivido una eternidad en cada pesada hora. Pero he alcanzado una espléndida recompensa ¡El nocivo aroma de este descuidado paraje es como incienso para mi doliente alma!

Los primeros reflejos del alba clarean en el horizonte. ¡Vienen! ¡Mis agudos oídos captan el todavía lejano aullido de los perros! Es cuestión de minutos que me encuentren y me aparten para siempre del resto del mundo, ¡para perder mis días en anhelos desesperados, hasta que al final sea uno con los muertos que amo!

¡No me cogerán! ¡Hay una puerta de escape abierta! Una elección de cobarde, quizás, pero mejor - mucho mejor - que los interminables meses de indescriptible miseria. Dejaré esta relación tras de mí para que algún alma pueda quizás entender por qué hice lo que hice.

¡La navaja de afeitar! Aguardaba olvidada en mi bolsillo desde mi huida de Bayboro. Su hoja ensangrentada reluce extrañamente en la menguante luz de la angosta luna. Un rápido tajo en mi muñeca izquierda y la liberación está asegurada... cálida, la sangre fresca traza grotescos dibujos sobre las carcomidas y decrepitas lápidas... hordas fantasmales se apiñan sobre las tumbas en descomposición... dedos espectrales me llaman por señas... etéreos fragmentos de melodías no escritas en celestial *crescendo*... distantes estrellas danzan embriagadoramente en demoníaco acompañamiento... un millar de diminutos martillos baten espantosas disonancias sobre yunques en el interior de mi caótico cerebro... fantasmas grises de asesinados espíritus desfilan ante mí en silenciosa burla...

abrasadoras lenguas de invisible llama estampan la marca del Infierno en mi alma enferma... no puedo... escribir... más...

## **EL ÁRBOL DE LA COLINA**

H. P. Lovecraft

Al sureste de Hampden, cerca de la tortuosa garganta que excava el río Salmón, se extiende una cadena de colinas escarpadas y rocosas que han desafiado cualquier intento de colonización. Los cañones son demasiado profundos, los precipicios demasiado escarpados como para que nadie, excepto el ganado trashumante, visite el lugar. La última vez que me acerqué a Hampden la región - conocida como el infierno - formaba parte de la Reserva del Bosque de la Montaña Azul. Ninguna carretera comunica este lugar inaccesible con el mundo exterior, y los montañeses dicen que es un trozo del jardín de Su Majestad Satán transplantado a la Tierra. Una leyenda local asegura que la zona está hechizada, aunque nadie sabe exactamente el por qué. Los lugareños no se atreven a aventurarse en sus misteriosas profundidades, y dan crédito a las historias que cuentan los indios, antiguos moradores de la región desde hace incontables generaciones, acerca de unos demonios gigantes venidos del Exterior que habitaban en estos parajes. Estas sugerentes leyendas estimularon mi curiosidad. La primera y, ¡gracias a Dios!, última vez que visité aquellas colinas tuvo lugar en el verano de 1938, cuando vivía en Hampden con Constantine Theunis. El estaba escribiendo un tratado sobre la mitología egipcia, por lo que yo me encontraba solo la mayoría del tiempo, a pesar de que ambos compartíamos un pequeño apartamento en Beacon Street que

miraba a la infame Casa del Pirata, construida por Exer Jones hacía sesenta años. La mañana del 23 de junio me sorprendió caminando por aquellas siniestras y tenebrosas colinas que a aquellas horas, las siete de la mañana, parecían bastante ordinarias. Me alejé siete millas hacia el sur de Hampden y entonces ocurrió algo inesperado. Estaba escalando por una pendiente herbosa que se abría sobre un cañón particularmente profundo, cuando llegué a una zona que se hallaba totalmente desprovista de la hierba y vegetación propia de la zona. Se extendía hacia el sur, se había producido algún incendio, pero, después de un examen más minucioso, no encontré ningún resto del posible fuego. Los acantilados y precipicios cercanos parecían horriblemente chamuscados, como si alguna gigantesca antorcha los hubiese barrido, haciendo desaparecer toda su vegetación. Y aun así seguía sin encontrar ninguna evidencia de que se hubiese producido un incendio... Caminaba bajo un suelo rocoso y sólido sobre el que nada florecía. Mientras intentaba descubrir el núcleo central de esta zona desolada, me di cuenta de que en el lugar había un extraño silencio. No se veía ningún ave, ninguna liebre, incluso los insectos parecían rehuir la zona. Me encaramé a la cima de un pequeño montículo, intentando calibrar la extensión de aquel paraje inexplicable y triste. Entonces vi el árbol solitario. Se hallaba en una colina un poco más alta que las circundantes, de tal forma que enseguida lo descubrí, pues contrastaba con la soledad del lugar. No había visto ningún árbol en varias millas a la redonda: algún arbusto retorcido, cargado de bayas, que crecía encaramado a la roca, pero ningún árbol. Era muy extraño descubrir uno precisamente en la cima de la colina. Atravesé dos pequeños cañones antes de llegar al sitio; me esperaba una sorpresa. No era un pino, ni un abeto, ni un almez. Jamás había visto, en toda mi existencia, algo que se le pareciera; ¡y, gracias a Dios, jamás he vuelto a ver uno igual! Se parecía a un roble más que a cualquier otro tipo de árbol. Era enorme, con un tronco nudoso que media más de una yarda de

diámetro y unas inmensas ramas que sobresalían del tronco a tan sólo unos pies del suelo. Las hojas tenían forma redondeada y todas tenían un curioso parecido entre sí. Podría parecer un lienzo, pero juro que era real. Siempre supe que era, a pesar de lo que dijo Theunis después. Recuerdo que miré la posición del sol y decidí que eran aproximadamente las diez de la mañana, a pesar de no mirar mi reloj. El día era cada vez más caluroso, por lo que me senté un rato bajo la sombra del inmenso árbol. Entonces me di cuenta de la hierba que crecía bajo las ramas.

Otro fenómeno singular si tenemos en cuenta la desolada extensión de tierra que había atravesado. Una caótica formación de colinas, gargantas y barrancos me rodeaba por todos sitios, aunque la elevación donde me encontraba era la más alta en varias millas a la redonda. Miré el horizonte hacia el este, y, asombrado, atónito, no pude evitar dar un brinco. ¡Destacándose contra el horizonte azul sobresalían las Montañas Bitterroot! No existían ninguna otra cadena de picos nevados en trescientos kilómetros a la redonda de Hampden; pero yo sabía que, a esta altitud, no debería verlas. Durante varios minutos contemplé lo imposible; después comencé a sentir una especie de modorra. Me tumbé en la hierba que crecía bajo el árbol. Dejé mi cámara de fotos a un lado, me quité el sombrero y me relajé, mirando al cielo a través de las hojas verdes. Cerré los ojos. Entonces se produjo un fenómeno muy curioso, una especie de visión vaga y nebulosa, un sueño diurno, una ensoñación que no se asemejaba a nada familiar. Imaginé que contemplaba un gran templo sobre un mar de cieno, en el que brillaba el reflejo rojizo de tres pálidos soles. La enorme cripta, o templo, tenía un extraño color, medio violeta medio azul. Grandes bestias voladoras surcaban el nuboso cielo y yo creía sentir el aletear de sus membranosas alas. Me acerqué al templo de piedra, y un portalón enorme se dibujó delante de mí. En su interior, unas sombras escurridizas parecían precipitarse, espiarme, atraerme a las entrañas de aquella tenebrosa

oscuridad. Creí ver tres ojos llameantes en las tinieblas de un corredor secundario, y grité lleno de pánico.

Sabía que en las profundidades de aquel lugar acechaba la destrucción; un infierno viviente peor que la muerte. Grité de nuevo. La visión desapareció. Vi las hojas y el cielo terrestre sobre mí. Hice un esfuerzo para levantarme. Temblaba; un sudor gélido corría por mi frente. Tuve unas ganas locas de huir; correr ciegamente alejándome de aquel tétrico árbol sobre la colina; pero deseché estos temores absurdos y me senté, tratando de tranquilizar mis sentidos. Jamás había tenido un sueño tan vívido, tan horripilante. ¿Qué había producido esta visión? Últimamente había leído varios de los libros de Theunis sobre el antiguo Egipto... Meneé la cabeza, y decidí que era hora de comer algo. Sin embargo, no pude disfrutar de la comida. Entonces tuve una idea. Saqué varias instantáneas

del árbol para mostrárselas a Theunis. Seguro que las fotos le sacarían de su habitual estado de indiferencia. A lo mejor le contaba el sueño que había tenido... Abrí el objetivo de mi cámara y tomé media docena de instantáneas del árbol. También hice otra de la cadena de picos nevados que se extendía en el horizonte. Pretendía volver y las fotos podrían servir de ayuda... Guardé la cámara y volví a sentarme sobre la suave hierba. ¿Era posible que aquel lugar bajo el árbol estuviera hechizado? Sentía pocas ganas de irme... Miré las curiosas hojas redondeadas. Cerré los ojos. Una suave brisa meció las ramas del árbol, produciendo musicales murmullos que me arrullaban. Y, de repente vi de nuevo el pálido cielo rojizo y los tres soles. ¡Las tierras de las tres sombras! Otra vez contemplaba el enorme templo. Era como si flotase en el aire, ¡un espíritu sin cuerpo explorando las maravillas de un mundo loco y multidimensional! Las cornisas inexplicables del templo me aterrorizaban, y supe que aquel lugar no había sido jamás contemplado ni en los más locos sueños de los hombres. De

nuevo aquel inmenso portalón bostezó delante de mí; y yo era atraído hacia las tinieblas del interior. Era como si mirase el espacio ilimitado. Vi el abismo, algo que no puedo describir en palabras; un pozo negro, sin fondo, lleno de seres innominables y sin forma, cosas delirantes, salvajes, tan sutiles como la bruma de Shamballah. Mi alma se encogió. Tenía un pánico devastador. Grité salvajemente, creyendo que pronto me volvería loco. Corrí, dentro del sueño corrí preso de un miedo salvaje, aunque no sabía hacia dónde iba... Salí de aquel horrible templo y de aquel abismo infernal, aunque sabía, de alguna manera, que volvería... Por fin pude abrir los ojos. Ya no estaba bajo el árbol. Yacía, con las ropas desordenadas y sucias, en una ladera rocosa. Me sangraban las manos. Me erguí, mirando a mi alrededor. Reconocí donde me hallaba; ¡era el mismo sitio desde donde había contemplado por primera vez toda aquella requemada región! ¡Había estado caminando varias millas inconsciente! No vi aquel árbol, lo cual me alegró... incluso las perneras del pantalón estaban vueltas, como si hubiese estado arrastrando parte del camino... Observé la posición del sol. ¡Atardecía! ¿Dónde había estado? Miré la hora en el reloj. Se había parado a las 10:34...

## **LO INNOMBRABLE**

H. P. Lovecraft

Estábamos sentados en una ruinoso tumba del siglo XVI, a avanzada hora de la tarde de un día de otoño, en el viejo cementerio de Arkham, y divagábamos sobre lo innombrable. Mirando hacia el sauce gigantesco del cementerio, cuyo tronco casi había hundido la antigua y casi



ilegible losa, y había hecho un comentario fantástico sobre el alimento espectral e incalificable que sus colosales raíces succionaban sin duda de aquella tierra vetusta y macabra; mi amigo me amonestó por decir esas tonterías, y añadió que puesto que no se habían efectuado enterramientos desde hacía más de un siglo, probablemente el árbol no recibía otro alimento que el ordinario. Añadió además que mi constante alusión a lo «innombrable» y lo «incalificable» eran un recurso pueril, muy en consonancia con mi escasa categoría como escritor. Yo era muy aficionado a terminar mis relatos con suspiros o ruidos que paralizaban las facultades de mis héroes y les dejaban sin valor, sin palabras y sin recuerdos para decir qué habían experimentado. Conocemos las cosas, decía él, sólo a través de nuestros cinco sentidos o nuestras intuiciones religiosas; por tanto, es completamente imposible hacer referencia a ningún objeto o visión que no pueda describirse claramente mediante las sólidas definiciones empíricas o las correctas doctrinas teológicas, preferentemente congregacionalistas, con las modificaciones que la tradición o sir Arthur Conan Doyle puedan aportar.

Con este amigo, Joel Manton, discutía a menudo lánguidamente. Era director de la East High School, nacido y criado en Boston, y participaba de esa sordera autocomplaciente de Nueva Inglaterra para las delicadas insinuaciones de la vida. Su opinión era que sólo nuestras experiencias normales y objetivas poseen importancia estética, y que lo que incumbe al artista es no tanto suscitar una fuerte emoción mediante la acción, el éxtasis y el asombro, como mantener un plácido interés y apreciación con detalladas y precisas transcripciones de lo cotidiano. En particular, era contrario a mi preocupación por lo místico y lo inexplicable; porque aunque creía en lo sobrenatural mucho más que yo, no admitía que fuera tema suficientemente común para abordarlo en literatura. Para un intelecto claro, práctico y lógico, era increíble que una mente pudiese

encontrar su mayor placer en la evasión respecto de la rutina diaria, y en las combinaciones originales y dramáticas de imágenes normalmente reservadas por el hábito y el cansancio a las trilladas formas de la existencia real. Según él, todas las cosas y sentimientos tenían dimensiones, propiedades, causas y efectos fijos; y aunque sabía vagamente que el entendimiento tiene a veces visiones y sensaciones de naturaleza bastante menos geométrica, clasificable y manejable, se creía justificado para trazar una línea arbitraria, y desestimar todo aquello que no puede ser experimentado y comprendido por el ciudadano ordinario. Además, estaba casi seguro de que no puede existir nada que sea «innombrable». No era razonable, según él.

Aunque me daba cuenta de que era inútil aducir argumentos imaginativos y metafísicos frente a la autosatisfacción de un ortodoxo de la vida diurna, había algo en el escenario de este coloquio vespertino que me incitaba a discutir más que de costumbre. Las gastadas losas de pizarra, los árboles patriarcales, los centenarios tejados holandeses de la vieja ciudad embrujada que se extendía alrededor; todo contribuía a enardecerme el espíritu en defensa de mi obra; y no tardé en llevar mis ataques al terreno mismo de mi enemigo. En efecto, no me fue difícil iniciar el contraataque, ya que sabía que Joel Manton seguía medio aferrado a muchas de las supersticiones de que las gentes cultivadas habían abandonado ya; creencias en apariciones de personas a punto de morir en lugares distantes, o impresiones dejadas por antiguos rostros en las ventanas, a las que se habían asomado en vida. Dar crédito a estas consejas de vieja campesina, insistía yo, presuponía una fe en la existencia de sustancias espectrales en la tierra, separadas de sus duplicados materiales y consiguientes a ellos. Implicaba, además, una capacidad para creer en fenómenos que estaban más allá de todas las nociones normales; pues si un muerto puede transmitir su imagen visible o tangible a la distancia de medio mundo o desplazarse a

lo largo de siglos, ¿por qué iba a ser absurdo suponer que las casas deshabitadas están llenas de extrañas entidades sensibles, o que los viejos cementerios rebosan de terribles e incorpóreas generaciones de inteligencias? Y dado que el espíritu, para efectuar las manifestaciones que se le atribuyen, no puede sufrir limitación alguna de las leyes de la materia, ¿por qué es una extravagancia imaginar que los seres muertos perviven psíquicamente en formas — o ausencias de formas — que para el observador humano resultan absoluta y espantosamente «innombrables»? El «sentido común», al reflexionar sobre estos temas, le aseguré a mi amigo con calor, no es sino una estúpida falta de imaginación y de flexibilidad mental.

Había empezado a oscurecer, pero a ninguno de los dos nos apetecía dejar la conversación. Manton no parecía impresionado por mis argumentos, y estaba deseoso de refutarlos. Con esa confianza en sus propias opiniones que tanto éxito le daba como profesor, mientras que yo me sentía demasiado seguro en mi terreno para temer una derrota. Cayó la noche, y las luces brillaron débilmente en algunas de las ventanas distantes; pero no nos movimos. Nuestro asiento — un sepulcro — era bastante cómodo, y yo sabía que a mi prosaico amigo no le inquietaba la cavernosa grieta que se abría en la antigua obra de ladrillos, maltratada por las raíces, justo detrás de nosotros, ni la total negrura del lugar que proyectaba la ruinoso y deshabitado casa del siglo XVII que se interponía entre nosotros y la calle iluminada. Allí, sentados en la oscuridad, junto a la hendida tumba próxima a la casa deshabitada, conversábamos sobre lo «innombrable»; y cuando mi amigo dejó de burlarse, le hablé de la espantosa prueba que había detrás del relato mío del que más se había burlado él.

El relato se titulaba *La ventana del dtico* y había aparecido en el número de *Whispers* correspondiente a enero de 1922. En muchos lugares,

especialmente en el sur y en la costa del Pacífico, retiraron la revista de los kioscos a causa de las quejas de los estúpidos pusilánimes; pero en Nueva Inglaterra no causó ninguna emoción, y las gentes se encogieron de hombros ante mis extravagancias. Era impensable, dijeron, que nadie se sobresaltase con aquel ser biológicamente imposible; no era sino una conseja más, una habladuría que Cotton Mather había hecho lo bastante creíble como para incluirla en su caótica *Magnalia Christi Americana*, y se hallaba tan pobremente autenticada que ni siquiera se había atrevido a citar el nombre de la localidad donde había tenido lugar el horror. Y en cuanto a la ampliación que yo hacía de la breve nota del viejo místico... ¡era completamente imposible, y típica de un plumífero frívolo y fantasioso! Mather había dicho efectivamente que había nacido semejante ser; pero nadie, salvo un sensacionalista barato, podría pensar que se hubiese desarrollado, se fuese asomando a las ventanas de las gentes por las noches, y se ocultara en el ático de una casa, en cuerpo y alma, hasta que alguien lo descubrió siglos después en la ventana, aunque no pudo describir qué fue lo que le volvió grises los cabellos. Todo esto no era más que descarada mediocridad, cosa en la que no paraba de insistir mi amigo Manton. Entonces le hablé de lo que había descubierto en un viejo diario redactado entre 1706 y 1723, desenterrado de entre los papeles de la familia, a menos de una milla de donde estábamos sentados; de eso, y de la verdad irrefutable de las cicatrices que mi antepasado tenía en el pecho y la espalda, que el diario describía. Le hablé también de los temores que abrigaban otras gentes de esa región, y de lo que se murmuró durante generaciones, y de cómo se demostró que no era fingida la locura que le sobrevino al niño que entró en 1793 en una casa abandonada para examinar determinadas huellas que se decía que había.

Fue sin duda un ser horrible... río es de extrañar que los estudiosos se estremezcan al abordar la época puritana de Massachussetts. Se conoce

muy poca cosa de lo que ocurrió bajo la superficie, aunque a veces supura horriblemente con un burbujeo putrescente. El terror a la brujería es un destello de luz de lo que bullía en los estrujados cerebros de los hombres; pero incluso eso es una pequeñez. No había belleza, no había libertad... como puede comprobarse en los restos arquitectónicos y domésticos, y los sermones envenenados de los rigurosos teólogos. Y dentro de esa herrumbrosa camisa de fuerza, se ocultaban farfullantes la atrocidad, la perversión y el satanismo. Esta era, verdaderamente, la apoteosis de lo innombrable.

Cotton Mather, en ese demoníaco sexto libro que nadie debe leer de noche, no se anda con rodeos al lanzar sus anatemas. Severo como un profeta judío, y lacónicamente imperturbable como nadie hasta entonces, habla de la bestia que dio a luz un ser superior a las bestias, aunque inferior al hombre, el ser del ojo manchado, y del desdichado y vociferante borracho al que ahorcaron por tener un ojo así. De todo esto se atreve a hablar, aunque no cuenta lo que ocurrió después. Quizá no llegó a saberlo; o quizá sí, y no se decidió a contarlo. Hay quien sí que se enteró, aunque no llegó a decir nada... Tampoco se dio explicación pública de por qué se hablaba con temor de la cerradura de la puerta que había al pie de la escalera de cierto ático donde vivía un viejo solitario, amargado y decrepito, el cual se había atrevido a levantar la losa de determinada sepultura anónima, sobre la cual, sin embargo, existen numerosas leyendas capaces de helarle la sangre a cualquiera.

Todo está en ese diario ancestral que encontré: las secretas alusiones e historias susurradas sobre seres con un ojo manchado que andaban asomándose a las ventanas por la noche o eran vistos por los prados desiertos, cerca de los bosques. Mi antepasado vio a un ser así en una carretera sombría que corría por un valle, el cual le dejó señales de cuernos en el pecho y de garras en la espalda; y cuando buscaron sus

pisadas en el polvo, encontraron huellas mezcladas de pezuñas hendidas y zarpas vagamente antropoides. En una ocasión, un jinete del servicio de correo contó que había visto a la luz de la luna, unas horas antes del amanecer, a un viejo corriendo y llamando a una criatura espantosa que andaba a zancadas por Meadow Hill, y muchos le creyeron. Desde luego, corrió una extraña historia una noche de 1710, cuando el viejo solitario y decrepito fue enterrado en una cripta que había detrás de su propia casa, cerca de la losa de pizarra sin inscripción. Nadie abrió la puerta que daba acceso a la escalera del ático, sino que dejaron la casa como estaba, pavorosa y desierta. Cuando se oían ruidos en ella, la gente murmuraba y se estremecía, confiando en que fuese bastante sólido el cerrojo de la puerta del ático. Más tarde, esta confianza se vio frustrada cuando el horror se presentó en la casa parroquial y no dejó una sola alma viva o entera. Con el paso de los años, las leyendas adoptan un carácter espectral... pero supongo que aquel ser debió de morir, si era una criatura viva. Su recuerdo sigue siendo espantoso... tanto más espantoso cuanto que ha sido secreto.

Durante esta narración, mi amigo Manton se había ido quedando en silencio, y observé que mis palabras le habían impresionado. No se rió al callarme yo, sino que me preguntó muy serio sobre el niño que enloqueció en 1793, y qué parecía ser el héroe de mi historia. Le dije que el chico había ido a aquella casa encantada y desierta, seguramente movido por la curiosidad, ya que creía que las ventanas conservan latente la imagen de quienes habían estado sentados junto a ellas. El chico fue a examinar las ventanas de aquel horrible ático a causa de las historias sobre los seres que se habían visto detrás de ellas, y regresó gritando frenéticamente.

Cuando acabé de hablar, Manton se quedó pensativo; pero poco a poco volvió a su actitud analítica. Concedió que quizá había existido realmente un monstruo espantoso; pero me recordó que ni siquiera la más morbosa aberración de la naturaleza tiene por qué ser *innombrable* ni

científicamente indescriptible. Admiré su claridad y persistencia; pero añadí nuevas revelaciones que había recogido entre la gente de edad. Leyendas espectrales, aclaré, relacionadas con apariciones monstruosas más horribles que cuantas entidades orgánicas podían existir; apariciones de formas bestiales y - gigantescas, visibles a veces, y a veces - sólo tangibles, que flotaban en las noches sin luna y rondaban por la vieja casa; la cripta que había detrás, y el sepulcro junto a cuya losa ilegible había brotado un árbol. Tanto si tales apariciones habían matado o no personas a cornadas o sofocándolas, como se decía en algunas tradiciones no comprobadas, habían causado una tremenda impresión; y aún eran secretamente temidas por los más viejos de la región, aunque las nuevas generaciones casi las habían olvidado... Quizá desaparecieran, si se dejaba de pensar en ellas. Es más, en lo que se refería a la estética, si las emanaciones psíquicas de las criaturas humanas consistían en distorsiones grotescas, ¿qué representación coherente podría expresar o reflejar una nebulosidad gibosa e infame como aquel espectro de maligna y caótica perversión, aquella blasfemia morbosa de la naturaleza? Modelado por el cerebro de una pesadilla híbrida, ¿no constituirá semejante horror vaporoso, con todo su nauseabunda verdad, lo intensa, escalofriantemente *innombrable*?

Sin duda se había hecho muy tarde. Un murciélago singularmente silencioso me tocó al pasar, y creo que a Manton también, porque aunque no podía verle, noté que levantaba el brazo. Luego dijo:

—Pero, ¿sigue en pie y deshabitada esa casa de la ventana del ático?

—Si —contesté---. Yo la he visto.

—¿Y encontraste algo... en el ático o en algún otro lugar?

—Unos cuantos huesos bajo el alero. Quizá fue eso lo que vio el niño; si era muy sensible, no necesitó ver nada en el cristal de la ventana

para perder la razón. Si pertenecían al mismo ser, debió de tratarse de una monstruosidad histérica y delirante. Habría sido blasfemo dejar tales huesos en el mundo; así que los metí en un saco y los llevé a la tumba que hay detrás de la casa. Había una abertura por donde los pude arrojar al interior. No pienses que fue una tontería por mi parte... Quisiera que hubieses visto el cráneo. Tenía unos cuernos de unas cuatro pulgadas; en cambio, la cara y la mandíbula eran igual que la tuya o la mía.

Al fin pude notar que Manton, ahora muy cerca de mí, experimentaba un auténtico escalofrío. Pero su curiosidad no se dejó intimidar.

—¿Y los cristales de las ventanas?

—Habían desaparecido todos. Una de las ventanas había perdido completamente el marcó; en las demás, no había rastro de cristales en las pequeñas aberturas romboidales. Eran de esa clase de ventanas de celosía que cayeron en desuso antes de 1700. Supongo que llevaban un siglo o más sin cristales... quizá los rompiera el niño, si es que llegó hasta allí; la leyenda no lo dice.

Manton se quedó pensativo otra vez.

— Me gustaría ver la casa, Carter. ¿Dónde está? Tanto si tiene cristales como si no, quisiera echarle una ojeada. Y también a la tumba donde pusiste aquellos huesos, y la otra sepultura sin inscripción... todo eso debe de ser un poco terrible.

— La has estado viendo... hasta que se ha hecho de noche.

Mi amigo se puso más nervioso de lo que yo me esperaba; porque ante este golpe de inocente teatralidad, se apartó de mí neuróticamente y dejó escapar un grito, con una especie de atragantamiento que liberó su tensión contenida. Fue un grito singular, y tanto mas terrible cuanto que fue contestado. Pues aún resonaba, cuando oí un crujido en la tenebrosa negrura, y comprendí que se abría una ventana de celosía en aquella casa



vieja y maldita que teníamos allí cerca. Y dado que todos los demás marcos de ventana hacía tiempo que habían desaparecido, comprendí que se trataba del marco espantoso de aquella ventana demoníaca del ático.

Luego nos llegó una ráfaga de aire fétido y glacial procedente de la misma espantosa dirección, seguida de un alarido penetrante que brotó junto a mí, de aquella tumba agrietada de hombre y monstruo. Un instante después, fui derribado del horrible banco donde estaba sentado por el impulso infernal de una entidad invisible de tamaño gigantesco, aunque de naturaleza indeterminada. Caí cuan largo era en el moho trenzado de raíces de ese horrendo cementerio, mientras de la tumba salía un rugido jadeante y un aleteo, y mi fantasía se valía de ellos para poblar la oscuridad con legiones de seres semejantes a los deformes condenados de Milton. Se formó un vórtice de viento helado y devastador, y luego hubo un tableteo de ladrillos y cascotes sueltos; pero, misericordiosamente, me desvanecí antes de comprender lo que ocurría.

Manton, aunque más bajo que yo, es más resistente; porque abrimos los ojos casi al mismo tiempo, a pesar de que sus heridas eran más graves. Nuestras camas estaban juntas, y en pocos segundos nos enteramos de que estábamos en el hospital de St. Mary. Las enfermeras se habían congregado a nuestro alrededor, en tensa curiosidad, ansiosas por ayudar a nuestra memoria, contándonos cómo habíamos llegado allí; y no tardamos en saber que un granjero nos había encontrado a mediodía en un campo solitario al otro lado de Meadow Hill, a una milla del viejo cementerio, en un lugar donde se dice que hubo en otro tiempo un matadero. Manton tenía dos serias heridas en el pecho, así como algunos cortes o arañazos menos graves en la espalda. Yo no estaba malherido; pero tenía el cuerpo cubierto de morados y contusiones de lo más desconcertantes, y hasta una huella de pezuña hendida. Era evidente que Manton sabía más que yo, pero no dijo nada a los perplejos e interesados médicos, hasta que le explicaron cual era

la naturaleza de nuestras heridas. Entonces dijo que habíamos sido víctimas de un toro resabiado... aunque resultó difícil explicar e identificar al animal.

Cuando las enfermeras y los médicos nos dejaron, le susurré una pregunta sobrecoyida:

—¡Dios mío, Manton, ¿qué ha pasado? Esas señales... ¿ha sido eso?

Pero yo estaba demasiado perplejo para alegrarme, cuando me contestó en voz baja algo que yo medio me esperaba:

—No... *no ha sido eso ni mucho menos*. Estaba en todas partes... era una gelatina... un limo..., sin embargo, tenía formas, mil formas espantosas imposibles de recordar. Tenía ojos... uno de ellos manchado. Era el abismo, el *maelstrom*, la abominación final. Carter, ¡era lo innombrable!

## EL MORADOR DE LAS TINIEBLAS

H. P. Lovecraft

*(Dedicado a Robert Bloch)*

*Yo he visto abrirse el tenebroso universo  
Donde giran sin rumbo los negros planetas,  
Donde giran en su horror ignorado  
Sin orden, sin brillo y sin nombre.*

Némesis

Las personas prudentes dudarán antes de poner en tela de juicio la extendida opinión de que a Robert Blake lo mató un rayo, o un *shock* nervioso producido por una descarga eléctrica. Es cierto que la ventana

ante la cual se encontraba permanecía intacta, pero la naturaleza se ha manifestado a menudo capaz de hazañas aún más caprichosas. Es muy posible que la expresión de su rostro haya sido ocasionada por contracciones musculares sin relación alguna con lo que tuviera ante sus ojos; en cuanto a las anotaciones de su diario, no cabe duda de que son producto de una imaginación fantástica, excitada por ciertas supersticiones locales y ciertos descubrimientos llevados a cabo por él. En lo que respecta a las extrañas circunstancias que concurrían en la abandonada iglesia de Federal Hill, el investigador sagaz no tardará en atribuir las al charlatanismo consciente o inconsciente de Blake, quien estuvo relacionado secretamente con determinados círculos esotéricos.

Porque después de todo, la víctima era un escritor y pintor consagrado por entero al campo de la mitología, de los sueños, del terror y la superstición, ávido en buscar escenarios y efectos extraños y espectrales. Su primera estancia en Providence - con objeto de visitar a un viejo extravagante, tan profundamente entregado a las ciencias ocultas como él<sup>18</sup> - había acabado en muerte y llamas. Sin duda fue algún instinto morboso lo que le indujo a abandonar nuevamente su casa de Milwaukee para venir a Providence, o tal vez conocía de antemano las viejas leyendas, a pesar de negarlo en su diario, en cuyo caso su muerte malogró probablemente una formidable superchería destinada a preparar un éxito literario.

No obstante, entre los que han examinado y contrastado todas las circunstancias del asunto, hay quienes se adhieren a teorías menos racionales y comunes. Estos se inclinan a dar crédito a lo constatado en el diario de Blake y señalan la importancia significativa de ciertos hechos, tales como la indudable autenticidad del documento hallado en la vieja iglesia, la existencia real de una secta heterodoxa llamada «Sabiduría de las

---

<sup>18</sup> Véase *El Vampiro Estelar*, de Robert Bloch

Estrellas» antes de 1877, la desaparición en 1893 de cierto periodista demasiado curioso llamado Edwin M. Lillibridge, y - sobre todo - el temor monstruoso y transfigurador que reflejaba el rostro del joven escritor en el momento de morir. Fue uno de éstos el que, movido por un extremado fanatismo, arrojó a la bahía la piedra de ángulos extraños con su estuche metálico de singulares adornos, hallada en el chapitel de la iglesia, en el negro chapitel sin ventanas ni aberturas, y no en la torre, como afirma el diario. Aunque criticado oficial y públicamente, este individuo - hombre intachable, con cierta afición a las tradiciones raras - dijo que acababa de liberar a la tierra de algo demasiado peligroso para dejarlo al alcance de cualquiera.

El lector puede escoger por sí mismo entre estas dos opiniones diversas. Los periódicos han expuesto los detalles más palpables desde un punto de vista escéptico, dejando que otros reconstruyan la escena, tal como Robert Blake la vio, o creyó verla, o pretendió haberla visto. Ahora, después de estudiar su diario detenidamente, sin apasionamientos ni prisa alguna, nos hallamos en condiciones de resumir la concatenación de los hechos desde el punto de vista de su actor principal.

El joven Blake volvió a Providence en el invierno de 1934-35, y alquiló el piso superior de una venerable residencia situada frente a una plaza cubierta de césped, cerca de College Street, en lo alto de la gran colina - College Hill - inmediata al campus de la Brown University, a espaldas de la Biblioteca John Hay. Era un sitio cómodo y fascinante, con un jardín remansado, lleno de gatos lustrosos que tomaban el sol pacíficamente. El edificio era de estilo georgiano: tenía mirador, portal clásico con escalinatas laterales, vidrieras con trazado de rombos, y todas las demás características de principios del siglo XIX. En el interior había puertas de seis cuerpos, grandes entarimados, una escalera colonial de amplia curva, blancas chimeneas del período Aram, y una serie de

habitaciones traseras situadas unos tres peldaños por debajo del resto de la casa.

El estudio de Blake era una pieza espaciosa que daba por un lado a la pared delantera del jardín; por el otro, sus ventanas - ante una de las cuales había instalado su mesa de escritorio - miraban a occidente, hacia la cresta de la colina. Desde allí se dominaba una vista espléndida de tejados pintorescos y místicos crepúsculos. En el lejano horizonte se extendían las violáceas laderas campestres. Contra ellas, a unos tres o cuatro kilómetros de distancia, se recortaba la joroba espectral de Federal Hill erizada de tejados y campanarios que se arracimaban en lejanos perfiles y adoptaban siluetas fantásticas, cuando los envolvía el humo de la ciudad. Blake tenía la curiosa sensación de asomarse a un mundo desconocido y etéreo, capaz de desvanecerse como un sueño si intentara ir en su busca para penetrar en él.

Después de haberse traído de su casa la mayor parte de sus libros, Blake compró algunos muebles antiguos, en consonancia con su vivienda, y la arreglo para dedicarse a escribir y pintar. Vivía solo y se hacía él mismo las sencillas faenas domésticas. Instaló su estudio en una habitación del ático orientada al norte y muy bien iluminada por un amplio mirador. Durante el primer invierno que pasó allí, escribió cinco de sus relatos más conocidos - *El Socavador*, *La Escalera de la Cripta*, *Shaggai*, *En el Valle de Pnath* y *El Devorador de las Estrellas* - y pintó siete telas sobre temas de monstruos infrahumanos y paisajes extraterrestres profundamente extraños.

Cuando llegaba el atardecer, se sentaba a su mesa y contemplaba soñadoramente el panorama de poniente: las torres sombrías de Memorial Hall que se alzaban al pie de la colina donde vivía, el torreón del palacio de Justicia, las elevadas agujas del barrio céntrico de la población, y sobre todo, la distante silueta de Federal Hill, cuyas cúpulas resplandecientes,

puntiagudas buhardillas y calles ignoradas tanto excitaban su fantasía. Por las pocas personas que conocía en la localidad se enteró de que en dicha colina había un barrio italiano, aunque la mayoría de los edificios databan de los viejos tiempos de los yanquis y los irlandeses. De cuando en cuando paseaba sus prismáticos por aquel mundo espectral, inalcanzable tras la neblina vaporosa; a veces los detenía en un tejado, o en una chimenea, o en un campanario, y divagaba sobre los extraños misterios que podía albergar. A pesar de los prismáticos, Federal Hill le seguía pareciendo un mundo extraño y fabuloso que encajaba asombrosamente con lo que él describía en sus cuentos y pintaba en sus cuadros. Esta sensación persistía mucho después de que el cerro se hubiera difuminado en un atardecer azul salpicado de lucecitas, y se encendieran los proyectores del palacio de Justicia y los focos rojos del Trust Industrial dándole efectos grotescos a la noche.

De todos los lejanos edificios de Federal Hill, el que más fascinaba a Blake era una iglesia sombría y enorme que se distinguía con especial claridad a determinadas horas del día. Al atardecer, la gran torre rematada por un afilado chapitel se recortaba tremenda contra un cielo incendiado. La iglesia estaba construida sin duda sobre alguna elevación del terreno, ya que su fachada sucia y la vertiente del tejado, así como sus grandes ventanas ojivales, descollaban por encima de la maraña de tejados y chimeneas que la rodeaban. Era un edificio melancólico y severo, construido con sillares de piedra, muy maltratado por el humo y las inclemencias del tiempo, al parecer. Su estilo, según se podía apreciar con los prismáticos, correspondía a los primeros intentos de reinstauración del Gótico y debía datar, por lo tanto, del 1810 ó 1815.

A medida que pasaban los meses, Blake contemplaba aquel edificio lejano y prohibido con un creciente interés. Nunca veía iluminados los inmensos ventanales, por lo que dedujo que el edificio debía de estar

abandonado. Cuanto más lo contemplaba, más vueltas le daba a la imaginación. y más cosas raras se figuraba. Llegó a parecerle que se cernía sobre él un aura de desolación y que incluso las palomas y las golondrinas evitaban sus aleros. Con sus prismáticos distinguía grandes bandadas de pájaros en torno a las demás torres y campanarios, pero allí no se detenían jamás. Al menos, así lo creyó él y así lo constató en su diario. Más de una vez preguntó a sus amigos, pero ninguno había estado nunca en Federal Hill, ni tenían la más remota idea de lo que esa iglesia pudiera ser.

En primavera, Blake se sintió dominado por un vivo desasosiego. Había comenzado una novela larga basada en la supuesta supervivencia de unos cultos paganos en Maine, pero incomprensiblemente, se había atascado y su trabajo no progresaba. Cada vez pasaba más tiempo sentado ante la ventana de poniente, contemplando el cerro distante y el negro campanario que los pájaros evitaban. Cuando las delicadas hojas vistieron los ramajes del jardín, el mundo se colmó de una belleza nueva, pero las inquietudes de Blake aumentaron más aún. Entonces se le ocurrió por primera vez, atravesar la ciudad y subir por aquella ladera fabulosa que conducía al brumoso mundo de ensueños.

A últimos de abril, poco antes de la fecha sombría de Walpurgis, Blake hizo su primera incursión al reino desconocido. Después de recorrer un sinfín de calles y avenidas en la parte baja, y de plazas ruinosas y desiertas que bordeaban el pie del cerro, llegó finalmente a una calle en cuesta, flanqueada de gastadas escalinatas, de torcidos porches dóricos y cúpulas de cristales empañados. Aquella calle parecía conducir hasta un mundo inalcanzable más allá de la neblina. Los deteriorados letreros con los nombres de las calles no le decían nada. Luego reparó en los rostros atezados y extraños de los transeúntes, en los anuncios en idiomas extranjeros que campeaban en las tiendas abiertas al pie de añosos edificios. En parte alguna pudo encontrar los rincones y detalles que viera

con los prismáticos, de modo que una vez más, imaginó que la Federal Hill que él contemplaba desde sus ventanas era un mundo de ensueño en el que jamás entrarían los seres humanos de esta vida.

De cuando en cuando, descubría la fachada derruida de alguna iglesia o algún desmoronado chapitel, pero nunca la ennegrecida mole que buscaba. Al preguntarle a un tendero por la gran iglesia de piedra, el hombre sonrió y negó con la cabeza, a pesar de que hablaba correctamente inglés. A medida que Blake se internaba en el laberinto de callejones sombríos y amenazadores, el paraje le resultaba más y más extraño. Cruzó dos o tres avenidas, y una de las veces le pareció vislumbrar una torre conocida. De nuevo preguntó a un comerciante por la iglesia de piedra, y esta vez habría jurado que fingía su ignorancia, porque su rostro moreno reflejó un temor que trató en vano de ocultar. Al despedirse, Blake le sorprendió haciendo un signo extraño con la mano derecha.

Poco después vio súbitamente, a su izquierda una aguja negra que destacaba sobre el cielo nuboso, por encima de las filas de oscuros tejados. Blake lo reconoció inmediatamente y se adentró por sórdidas callejuelas que subían desde la avenida. Dos veces se perdió, pero, por alguna razón, no se atrevió a preguntarles a los venerables ancianos y obesas matronas que charlaban sentados en los portales de sus casas, ni a los chiquillos que alborotaban jugando en el barro de los oscuros callejones.

Por último, descubrió la torre junto a una inmensa mole de piedra que se alzaba al final de la calle. El se encontraba en ese momento en una plaza empedrada de forma singular, en cuyo extremo se alzaba una enorme plataforma rematada por un muro de piedra y rodeada por una barandilla de hierro. Allí finalizó su búsqueda, porque en el centro de la plataforma, en aquel pequeño mundo elevado sobre el nivel de las calles adyacentes, se erguía, rodeada de yerbajos y zarzas, una masa titánica y lúgubre sobre cuya identidad, aun viéndola de cerca, no podía equivocarse.



La iglesia se encontraba en un avanzado estado de ruina. Algunos de sus contrafuertes se habían derrumbado y varios de sus delicados pináculos se veían esparcidos por entre la maleza. Las denegridas ventanas ojivales estaban intactas en su mayoría, aunque en muchas faltaba el ajimez de piedra. Lo que más le sorprendió fue que las vidrieras no estuviesen rotas, habida cuenta de las destructoras costumbres de la chiquillería. Las sólidas puertas permanecían firmemente cerradas. La verja que rodeaba la plataforma tenía una cancela - cerrada con candado - a la que se llegaba desde la plaza por un tramo de escalera, y desde ella hasta el pórtico se extendía un sendero enteramente cubierto de maleza. La desolación y la ruina envolvían el lugar como una mortaja; y en los aleros sin pájaros, y en los muros desnudos de yedra, veía Blake un toque siniestro imposible de definir.

Había muy poca gente en la plaza. Blake vio en un extremo a un guardia municipal, y se dirigió a él con el fin de hacerle unas preguntas sobre la iglesia. Para asombro suyo, aquel irlandés fuerte y sano se limitó a santiguarse y a murmurar entre dientes que la gente no mentaba jamás aquel edificio. Al insistirle, contestó atropelladamente que los sacerdotes italianos prevenían a todo el mundo contra dicho templo, y afirmaban que una maldad monstruosa había habitado allí en tiempos, y había dejado su huella indeleble. El mismo había oído algunas oscuras insinuaciones por boca de su padre, quien recordaba ciertos rumores que circularon en la época de su niñez.

Una secta se había albergado allí, en aquellos tiempos, que invocaba a unos seres que procedían de los abismos ignorados de la noche. Fue necesaria la valentía de un buen sacerdote para exorcizar la iglesia, pero hubo quienes afirmaron después que para ello habría bastado simplemente la luz. Si el padre O'Malley viviera, podría aclararnos muchos misterios de este templo. Pero ahora, lo mejor era dejarlo en paz. A nadie

hacía daño, y sus antiguos moradores habían muerto y desaparecido. Huyeron a la desbandada, como ratas, en el año 77, cuando las autoridades empezaron a inquietarse por la forma en que desaparecían los vecinos y hablaron de intervenir. Algún día, a falta de herederos, el Municipio tomaría posesión del viejo templo, pero más valdría dejarlo en paz y esperar a que se viniera abajo por sí solo, no fuera que despertasen ciertas cosas que debían descansar eternamente en los negros abismos de la noche.

Después de marcharse el guardia, Blake permaneció allí, contemplando la tétrica aguja del campanario. El hecho de que el edificio resultara tan siniestro para los demás como para él le llenó de una extraña excitación. ¿Qué habría de verdad en las viejas patrañas que acababa de contarle el policía? Seguramente no eran más que fábulas suscitadas por el lúgubre aspecto del templo. Pero aun así, era como si cobrase vida uno de sus propios relatos.

El sol de la tarde salió de entre las nubes sin fuerza para iluminar los sucios, los tiznados muros de la vieja iglesia. Era extraño que el verde jugoso de la primavera no se hubiese extendido por su patio, que aún conservaba una vegetación seca y agostada. Blake se dio cuenta de que había ido acercándose y de que observaba el muro y su verja herrumbrosa con idea de entrar. En efecto, de aquel edificio parecía desprenderse un influjo terrible al que no había forma de resistir. La cancela estaba cerrada, pero en la parte norte de la verja faltaban algunos barrotes. Subió los escalones y avanzó por el estrecho reborde exterior hasta llegar al boquete. Si era verdad que la gente miraba con tanta aversión el lugar, no tropezaría con dificultades.

Recorrió el reborde de piedra. Antes de que nadie hubiera reparado en él, se encontraba ante el boquete. Entonces miró atrás y vio que las pocas personas de la plaza se alejaban recelosas y hacían con la mano derecha el mismo signo que el comerciante de la avenida. Varias ventanas

se cerraron de golpe, y una mujer gorda salió disparada a la calle, recogió a unos cuantos niños que había por allí y los hizo entrar en un portal desconchado y miserable. El boquete era lo bastante ancho y Blake no tardó en hallarse en medio de la maleza podrida y enmarañada del patio desierto. A juzgar por algunas lápidas que asomaban erosionadas entre las yerbas, debió de servir de cementerio en otro tiempo. Vista de cerca, la enhiesta mole de la iglesia resultaba opresiva. Sin embargo, venció su aprensión y probó las tres grandes puertas de la fachada. Estaban firmemente cerradas las tres, así que comenzó a dar la vuelta del edificio en busca de alguna abertura más accesible. Ni aun entonces estaba seguro de querer entrar en aquella madriguera de sombras y desolación, aunque se sentía arrastrado como por un hechizo insoslayable.

En la parte posterior encontró un tragaluz abierto y sin rejas que proporcionaba el acceso necesario. Blake se asomó y vio que correspondía a un sótano lleno de telarañas y polvo, apenas iluminado por los rayos del sol poniente. Escombros, barriles viejos, cajones rotos, muebles... de todo había allí; y encima descansaba un sudario de polvo que suavizaba los ángulos de sus siluetas. Los restos enmohecidos de una caldera de calefacción mostraban que el edificio había sido utilizado y mantenido por lo menos hasta finales del siglo pasado.

Obedeciendo a un impulso casi inconsciente, Blake se introdujo por el tragaluz y se dejó caer sobre la capa de polvo y los escombros esparcidos en el suelo. Era un sótano abovedado, inmenso, sin tabiques. A lo lejos, en un rincón, y sumido en una densa oscuridad, descubrió un arco que evidentemente conducía arriba. Un extraño sentimiento de ahogo le invadió al saberse dentro de aquel templo espectral, pero lo desechó y siguió explorando minuciosamente el lugar. Halló un barril intacto aún, en medio del polvo, y lo rodó hasta colocarlo al pie del tragaluz para cuando tuviera que salir. Luego, haciendo acopio de valor, cruzó el amplio sótano plagado

de telarañas y se dirigió al arco del otro extremo. Medio sofocado por el polvo omnipresente y cubierto de suciedad, empezó a subir los gastados peldaños que se perdían en la negrura. No llevaba luz alguna, por lo que avanzaba a tientas, con mucha precaución. Después de un recodo repentino, notó ante sí una puerta cerrada; inmediatamente descubrió su viejo picaporte. Al abrirlo, vio ante sí un corredor iluminado débilmente, revestido de madera corroída por la carcoma.

Una vez arriba, Blake comenzó a inspeccionar rápidamente. Ninguna de las puertas interiores estaba cerrada con cerrojo, de modo que podía pasar libremente de una estancia a otra. La nave central era de enormes proporciones y sobrecogía por las montañas de polvo acumulado sobre los bancos, el altar, el púlpito y el órgano, y las inmensas colgaduras de telaraña que se desplegaban entre los arcos apuntados del triforio. Sobre esta muda desolación se derramaba una desagradable luz plomiza que provenía de las vidrieras ennegrecidas del ábside, sobre las cuales incidían los rayos del sol agonizante.

Aquellas vidrieras estaban tan sucias de hollín que a Blake le costó un gran esfuerzo descifrar lo que representaban. Y lo poco que distinguió no le gustó en absoluto. Los dibujos eran emblemáticos, y sus conocimientos sobre simbolismos esotéricos le permitieron interpretar ciertos signos que aparecían en ellos. En cambio había escasez de santos, y los pocos representados mostraban además expresiones abiertamente censurables. Una de las vidrieras representaba únicamente, al parecer, un fondo oscuro sembrado de espirales luminosas. Al alejarse de los ventanales observó que la cruz que coronaba el altar mayor era nada menos que la antiquísima *ankh* o *crux ansata* del antiguo Egipto.

En una sacristía posterior contigua al ábside encontró Blake un escritorio deteriorado y unas estanterías repletas de libros mohosos, casi desintegrados. Aquí sufrió por primera vez un sobresalto de verdadero

horror, ya que los títulos de aquellos libros eran suficientemente elocuentes para él. Todos ellos trataban de materias atroces y prohibidas, de las que el mundo no había oído hablar jamás, a no ser a través de veladas alusiones. Aquellos volúmenes eran terribles recopilaciones de secretos y fórmulas inmemoriales que el tiempo ha ido sedimentando desde los albores de la humanidad, y aun desde los oscuros días que precedieron a la aparición del hombre. El propio Blake había leído algunos de ellos: una versión latina del execrable *Necronomicon*, el siniestro *Liber Ivonis*, el abominable *Cultes des Goules* del conde d'Erlette, el *Unaussprechlichen Kulten* de von Junzt, el infernal tratado *De Vermis Mysteriis* de Ludvig Prinn. Había otros muchos, además; unos los conocía de oídas y otros le eran totalmente desconocidos, como los *Manuscritos Pnakóticos*, el *Libro de Dzylan*, y un tomo escrito en caracteres completamente incomprensibles, que contenía, sin embargo, ciertos símbolos y diagramas de claro sentido para todo aquel que estuviera versado en las ciencias ocultas. No cabía duda de que los rumores del pueblo no mentían. Este lugar había sido foco de un Mal más antiguo que el hombre y más vasto que el universo conocido.

Sobre la desvencijada mesa de escritorio había un cuaderno de piel lleno de anotaciones tomadas a mano en un curioso lenguaje cifrado. Este lenguaje estaba compuesto de símbolos tradicionales empleados hoy corrientemente en astronomía, y en alquimia, astrología, y otras artes equívocas en la antigüedad - símbolos del sol, de la luna, de los planetas, aspectos de los astros y signos del zodiaco-, y aparecían agrupados en frases y apartes como nuestros párrafos, lo que daba la impresión de que cada símbolo correspondía a una letra de nuestro alfabeto.

Con la esperanza de descifrar más adelante el criptograma, Blake se metió el libro en el bolsillo. Muchos de aquellos enormes volúmenes que se hacinaban en los estantes le atraían irresistiblemente. Se sentía tentado a llevárselos. No se explicaba cómo habían estado allí durante tanto tiempo

sin que nadie les echara mano. ¿Acaso era el, el primero en superar aquel miedo que había defendido este lugar abandonado durante más de sesenta años contra toda intrusión?

Una vez explorada toda la planta baja, Blake atravesó de nuevo la nave hasta llegar al vestíbulo donde había visto antes una puerta y una escalera que probablemente conducía a la torre del campanario, tan familiar para él desde su ventana. La subida fue muy trabajosa; la capa de polvo era aquí más espesa, y las arañas habían tejido redes aún más tupidas, en este angosto lugar. Se trataba de una escalera de caracol con unos escalones de madera altos y estrechos. De cuando en cuando, Blake pasaba por delante de unas ventanas desde las que se contemplaba un panorama vertiginoso. Aunque hasta el momento no había visto ninguna cuerda, pensó que sin duda habría campanas en lo alto de aquella torre cuyas puntiagudas ventanas superiores, protegidas por densas celosías, había examinado tan a menudo con sus prismáticos. Pero le esperaba una decepción: la escalera desembocaba en una cámara desprovista de campanas y dedicada, según todas las trazas, a fines totalmente diversos.

La estancia era espaciosa y estaba iluminada por una luz apagada que provenía de cuatro ventanas ojivales, una en cada pared, protegidas por fuera con unas celosías muy estropeadas. Después se ve que las reforzaron con sólidas pantallas, que sin embargo, presentaban ahora un estado lamentable. En el centro del recinto, cubierta de polvo, se alzaba una columna de metro y medio de altura y como medio metro de grosor. Este pilar estaba cubierto de extraños jeroglíficos toscamente tallados, y en su cara superior, como en un altar, había una caja metálica de forma asimétrica con la tapa abierta. En su interior, cubierto de polvo, había un objeto ovoide de unos diez centímetros de largo. Formando círculo alrededor del pilar central, había siete siales góticos de alto respaldo, todavía en buen estado, y tras ellos, siete imágenes colosales de escayola

pintada de negro, casi enteramente destrozadas. Estas imágenes tenían un singular parecido con los misteriosos megalitos de la Isla de Pascua. En un rincón de la cámara había una escala de hierro adosada en el muro que subía hasta el techo, donde se veía una trampa cerrada que daba acceso al chapitel desprovisto de ventanas.

Una vez acostumbrado a la escasa luz del interior, Blake se dio cuenta de que aquella caja de metal amarillento estaba cubierta de extraños bajorrelieves. Se acercó, le quitó el polvo con las manos y el pañuelo, y descubrió que las figurillas representaban unas criaturas monstruosas que parecían no tener relación alguna con las formas de vida conocidas en nuestro planeta. El objeto ovoide de su interior resultó ser un poliedro casi negro surcado de estrías rojas que presentaba numerosas caras, todas ellas irregulares. Quizá se tratase de un cuerpo de cristalización desconocida o tal vez de algún raro mineral, tallado y pulido artificialmente. No tocaba el fondo de la caja, sino que estaba sostenido por una especie de aro metálico fijo mediante siete soportes horizontales - curiosamente diseñados - a los ángulos interiores del estuche, cerca de su abertura. Esta piedra, una vez limpia, ejerció sobre Blake un hechizo alarmante. No podía apartar los ojos de ella, y al contemplar sus caras resplandecientes, casi parecía que era translúcida, y que en su interior tomaban cuerpo unos mundos prodigiosos. En su mente flotaban imágenes de paisajes exóticos y grandes torres de piedra, y titánicas montañas sin vestigio de vida alguna, y espacios aún más remotos, donde sólo una agitación entre tinieblas indistintas delataba la presencia de una conciencia y una voluntad.

Al desviar la mirada reparó en un sorprendente montón de polvo que había en un rincón, al pie de la escala de hierro. No sabía bien por qué le resultaba sorprendente, pero el caso es que sus contornos le sugerían algo que no lograba determinar. Se dirigió a él apartando a manotadas las telarañas que obstaculizaban su paso, y en efecto, lo que allí había le causó

una honda impresión. Una vez más echó mano del pañuelo, y no tardó en poner al descubierto la verdad; Blake abrió la boca sobrecogido por la emoción. Era un esqueleto humano, y debía de estar allí desde hacía muchísimo tiempo. Las ropas estaban deshechas; a juzgar por algunos botones y trozos de tela, se trataba de un traje gris de caballero. También había otros indicios: zapatos, broches de metal, gemelos de camisa, un alfiler de corbata, una insignia de periodista con el nombre del extinguido *Providence Telegram*, y una cartera de piel muy estropeada. Blake examinó la cartera con atención. En ella encontró varios billetes antiguos, un pequeño calendario de anuncio correspondiente al año 1893, algunas tarjetas a nombre de Edwin M. Lillibridge, y una cuartilla llena de anotaciones.

Esta cuartilla era sumamente enigmática. Blake la leyó con atención acercándose a la ventana para aprovechar los últimos rayos de sol. Decía así:

*El Prof. Enoch Bowen regresa de Egipto, mayo 1844. Compra vieja iglesia Federal Hill en julio. Muy conocido por sus trabajos arqueológicos y estudios esotéricos.*

*El Dr. Drowe, anabaptista, exhorta contra la «Sabiduría de las Estrellas» en el sermón del 29 de diciembre de 1844.*

*97 fieles a finales de 1845.*

*1846: 3 desapariciones;. primera mención del Trapezoedro Resplandeciente.*

*7 desapariciones en 1848. Comienzo de rumores sobre sacrificios de sangre.*

*La investigación de 1853 no conduce a nada; sólo ruidos sospechosos.*

*El padre O'Malley habla del culto al demonio mediante caja hallada en las ruinas egipcias. Afirma invocan algo que no puede soportar*



*la luz. Rehuye la luz suave y desaparece ante una luz fuerte. En este caso tiene que ser invocado otra vez. Probablemente lo sabe por la confesión de Francis X. Feeney en su lecho de muerte, que ingresó en la «Sabiduría de las Estrellas» en 1849. Esta gente afirma que el Trapezoedro Resplandeciente les muestra el cielo y los demás mundos, y que el Morador de las Tinieblas les revela ciertos secretos.*

*Relato de Orrin B. Eddy; 1857: Invocan mirando al cristal y tienen un lenguaje secreto particular.*

*Reun. de 200 ó más en 1863; sin contar a los que han marchado al frente.*

*Muchachos irlandeses atacan la iglesia en 1869, después de la desaparición de Patrick Regan.*

*Artículo velado en J. el 14 de marzo de. 1872; pero pasa inadvertido.*

*6 desapariciones en 1876: la junta secreta recurre al Mayor Doyle.*

*Febrero 1877: se toman medidas; y se cierra la iglesia en abril.*

*En mayo; una banda de muchachos de Federal Hill amenaza al Dr... y demás miembros.*

*181 personas huyen de la ciudad antes de finalizar el año 77. No se citan nombres.*

*Cuentos de fantasmas comienzan alrededor de 1880. Indagar si es verdad que ningún ser humano ha penetrado en la iglesia desde 1877*

*Pedir a Lanigan fotografía de iglesia tomada en 1851.*

Guardó el papel en la cartera y se la metió en el bolsillo interior de su chaqueta. Luego se inclinó a examinar el esqueleto que yacía en el polvo. El significado de aquellas anotaciones estaba claro. No había duda de que este hombre había venido al edificio abandonado, cincuenta años atrás, en busca de una noticia sensacional, cosa que nadie se había atrevido a intentar. Quizá no había dado a conocer a nadie sus propósitos. ¡Quién

sabe! De todos modos, lo cierto es que no volvió más a su periódico. ¿Se había visto sorprendido por un terror insuperable y repentino que le ocasionó un fallo del corazón? Blake se agachó y observó el peculiar estado de los huesos. Unos estaban esparcidos en desorden, otros parecían como *desintegrados* en sus extremos, y otros habían adquirido el extraño matiz amarillento de hueso calcinado o quemado. Algunos jirones de ropa estaban chamuscados también. El cráneo se encontraba en un estado verdaderamente singular: manchado del mismo color amarillento y con una abertura de bordes carbonizados en su parte superior, como si un ácido poderoso hubiera corroído el espesor del hueso. A Blake no se le ocurrió qué podía haberle pasado al esqueleto aquel durante sus cuarenta años de reposo entre polvo y silencio.

Antes de darse cuenta de lo que hacía, se puso a mirar la piedra otra vez, permitiendo que su influjo suscitase imágenes confusas en su mente. Vio cortejos de evanescentes figuras encapuchadas, cuyas siluetas no eran humanas, y contempló inmensos desiertos en los que se alineaban unas filas interminables de monolitos que parecían llegar hasta el cielo. Y vio torres y murallas en las tenebrosas regiones submarinas, y vórtices del espacio en donde flotaban jirones de bruma negra sobre un fondo de purpúrea y helada neblina. Y a una distancia incalculable, detrás de todo, percibió un abismo infinito de tinieblas en cuyo seno se adivinaba, por sus etéreas agitaciones, unas presencias inmensas, tal vez consistentes o semisólidas. Una urdimbre de fuerzas oscuras parecía imponer un orden en aquel caos, ofreciendo a un tiempo la clave de todas las paradojas y arcanos de los mundos que conocemos.

Luego, de pronto, su hechizo se resolvió en un acceso de terror pánico. Blake sintió que se ahogaba y se apartó de la piedra, consciente de una presencia extraña y sin forma que le vigilaba intensamente. Se sentía acechado por algo que no fluía de la piedra, pero que le había mirado a

través de ella; algo que le seguiría y le espiaría incesantemente, pese a carecer de un sentido físico de la vista. Pero pensó que, sencillamente, el lugar le estaba poniendo nervioso, lo cual no era de extrañar teniendo en cuenta su macabro descubrimiento. La luz se estaba yendo además, y puesto que no había traído linterna, decidió marcharse en seguida.

Fue entonces, en la agonía del crepúsculo, cuando creyó distinguir una vaga luminosidad en la desconcertante piedra de extraños ángulos. Intentó apartar la mirada, pero era como si una fuerza oculta le obligara a clavar los ojos en ella. ¿Sería fosforescente o radiactiva? ¿No aludían las anotaciones del periodista a cierto *Trapezoedro Resplandeciente*? ¿Qué cósmica malignidad había tenido lugar en este templo? ¿Y qué podía acechar aún en estas ruinas sombrías que los pájaros evitaban? En aquel mismo instante notó que muy cerca de él acababa de desprenderse una ligera tufarada de fétido olor, aunque no logró determinar de dónde procedía. Blake cogió la tapa de la caja y la cerró de golpe sobre la piedra que en ese momento relucía de manera inequívoca.

A continuación le pareció notar un movimiento blando como de algo que se agitaba en la eterna negrura del chapitel, al que daba acceso la trampa del techo. Ratas seguramente, porque hasta ahora habían sido las únicas criaturas que se habían atrevido a manifestar su presencia en este edificio condenado. Y no obstante, aquella agitación de arriba le sobrecogió hasta tal extremo que se arrojó precipitadamente escaleras abajo, cruzó la horrible nave, el sótano, la plaza oscura y desierta, y atravesó los inquietantes callejones de Federal Hill hasta desembocar en las tranquilas calles del centro que conducían al barrio universitario donde habitaba.

Durante los días siguientes, Blake no contó a nadie su expedición y se dedicó a leer detenidamente ciertos libros, a revisar periódicos atrasados en la hemeroteca local, y a intentar traducir el criptograma que había

encontrado en la sacristía. No tardó en darse cuenta de que la clave no era sencilla ni mucho menos. La lengua que ocultaban aquellos signos no era inglés, latín, griego, francés, español ni alemán. No tendría más remedio que echar mano de todos sus conocimientos sobre las ciencias ocultas.

Por las tardes, como siempre, sentía la necesidad de sentarse a contemplar el paisaje de poniente y la negra aguja que sobresalía entre las erizadas techumbres de aquel mundo distante y casi fabuloso. Pero ahora se añadía una nota de horror. Blake sabía ya que allí se ocultaban secretos prohibidos. Además, la vista empezaba a jugarle malas pasadas. Los pájaros de la primavera habían regresado, y al contemplar sus vuelos en el atardecer, le pareció que evitaban más que antes la aguja negra y afilada. Cuando una bandada de aves se acercaba a ella, le parecía que daba la vuelta y cada una se escabullía despavorida, en completa confusión... y aun adivinaba los gorjeos aterrados que no podía percibir en la distancia.

Fue en el mes de julio cuando Blake, según declara él mismo en su diario, logró descifrar el criptograma. El texto estaba en aklo\*, oscuro lenguaje empleado en ciertos cultos diabólicos de la antigüedad, y que él conocía muy someramente por sus estudios anteriores. Sobre el contenido de ese texto, el propio Blake se muestra muy reservado, aunque es evidente que le debió causar un horror sin límites. El diario alude a cierto Morador de las Tinieblas, que despierta cuando alguien contempla fijamente el Trapezoedro Resplandeciente, y aventura una serie de hipótesis descabelladas sobre los negros abismos del caos de donde procede aquél. Cuando se refiere a este ser, presupone que es omnisciente y que exige sacrificios monstruosos. Algunas anotaciones de Blake revelan un miedo atroz a que esa criatura, invocada acaso por haber mirado la piedra sin saberlo, irrumpa en nuestro mundo. Sin embargo, añade que la simple

---

\* Aklo: mítico lenguaje inventado por Arthur Machen en *El Pueblo Blanco*.

iluminación de las calles constituye una barrera infranqueable para él.

En cambio se refiere con frecuencia al Trapezoedro Resplandeciente, al que califica de ventana abierta al tiempo y al espacio, y esboza su historia en líneas generales desde los días en que fue tallado en el enigmático Yuggoth, muchísimo antes de que los Primordiales lo trajeran a la tierra. Al parecer, fue colocado en aquella extraña caja por los seres crinoideos de la Antártida, quienes lo custodiaron celosamente; fue salvado de las ruinas de este imperio por los hombres-serpientes de Valusia, y millones de años más tarde, fue descubierto por los primeros seres humanos. A partir de entonces atravesó tierras exóticas y extraños mares, y se hundió con la Atlántida, antes de que un pescador de Minos lo atrapara en su red y lo vendiera a los cobrizos mercaderes del tenebroso país de Khem. El faraón Nefrén-Ka edificó un templo con una cripta sin ventanas donde alojar la piedra, y cometió tales horrores que su nombre ha sido borrado de todas las crónicas y monumentos. Luego la joya descansó entre las ruinas de aquel templo maligno, que fue destruido por los sacerdotes y el nuevo faraón. Más tarde, la azada del excavador lo devolvió al mundo para maldición del género humano.

A primeros de julio los periódicos locales publicaron ciertas noticias que, según escribe Blake, justificaban plenamente sus temores. Sin embargo, aparecieron de una manera tan breve y casual, que sólo él debió de captar su significado. En sí, parecían bastante triviales: por Federal Hill se había extendido una nueva ola de temor con motivo de haber penetrado un desconocido en la iglesia maldita. Los italianos afirmaban que en la aguja sin ventanas se oían ruidos extraños, golpes y movimientos sordos, y habían acudido a sus sacerdotes para que ahuyentasen a ese ser monstruoso que convertía sus sueños en pesadillas insoportables. Asimismo, hablaban de una puerta, tras la cual había algo que acechaba constantemente en espera de que la oscuridad se hiciese lo bastante densa para permitirle salir

al exterior. Los periodistas se limitaban a comentar la tenaz persistencia de las supersticiones locales, pero no pasaban de ahí. Era evidente que los jóvenes periodistas de nuestros días no sentían el menor entusiasmo por los antecedentes históricos del asunto. Al referir todas estas cosas en su diario, Blake expresa un curioso remordimiento y habla del imperioso deber de enterrar el Trapezoedro Resplandeciente y de ahuyentar al ser demoníaco que había sido invocado, permitiendo que la luz del día penetrase en el enhiesto chapitel. Al mismo tiempo, no obstante, pone de relieve la magnitud de su fascinación al confesar que aun en sueños sentía un morboso deseo de visitar la torre maldita para asomarse nuevamente a los secretos cósmicos de la piedra luminosa.

En la mañana del 17 de julio, el *Journal* publicó un artículo que le provocó a Blake una verdadera crisis de horror. Se trataba simplemente de una de las muchas reseñas de los sucesos de Federal Hill. Como todas, estaba escrita en un tono bastante jocoso, aunque Blake no le encontró la gracia. Por la noche se había desencadenado una tormenta que había dejado a la ciudad sin luz durante más de una hora. En el tiempo que duró el apagón, los italianos casi enloquecieron de terror. Los vecinos de la iglesia maldita juraban que la bestia de la aguja se había aprovechado de la ausencia de luz en las calles y había bajado a la nave de la iglesia, donde se habían oído unos torpes aleteos, como de un cuerpo inmenso y viscoso. Poco antes de volver la luz, había ascendido de nuevo a la torre, donde se oyeron ruidos de cristales rotos. Podía moverse hasta donde alcanzaban las tinieblas, pero la luz la obligaba invariablemente a retirarse.

Cuando volvieron a iluminarse todas las calles, hubo una espantosa conmoción en la torre, ya que el menor resplandor que se filtrara por las ennegrecidas ventanas y las rotas celosías era excesivo para la bestia aquella que había huido a su refugio tenebroso. Efectivamente, una larga exposición a la luz la habría devuelto a los abismos de donde el

desconocido visitante la había hecho salir. Durante la hora que duró el apagón las multitudes se apiñaron alrededor de la iglesia a orar bajo la lluvia, con cirios y lámparas encendidas que protegían con paraguas y papeles formando una barrera de luz que protegiera a la ciudad de la pesadilla que acechaba en las tinieblas. Los que se encontraban más cerca de la iglesia declararon que hubo un momento en que oyeron crujir la puerta exterior.

Y lo peor no era esto. Aquella noche leyó Blake en el *Bulletin* lo que los periodistas habían descubierto. Percatados al fin del gran valor periodístico del suceso, un par de ellos habían decidido desafiar a la muchedumbre de italianos enloquecidos y se habían introducido en el templo por el tragaluz, después de haber intentado inútilmente abrir las puertas. En el polvo del vestíbulo y la nave espectral observaron señales muy extrañas. El suelo estaba cubierto de viejos cojines desechos y fundas de bancos, todo esparcido en desorden. Reinaba un olor desagradable, y de cuando en cuando encontraron manchas amarillentas parecidas a quemaduras y restos de objetos carbonizados. Abrieron la puerta de la torre y se detuvieron un momento a escuchar, porque les parecía haber oído como si arañaran arriba. Al subir, observaron que la escalera estaba como aventada y barrida.

La cámara de la torre estaba igual que la escalera. En su reseña, los periodistas hablaban de la columna heptagonal, los sitiales góticos y las extrañas figuras de yeso. En cambio, cosa extraordinaria, no citaban para nada la caja metálica ni el esqueleto mutilado. Lo que más inquietó a Blake - aparte las alusiones a las manchas, chamuscaduras y malos olores - fue el detalle final que explicaba la rotura de los cristales. Eran los de las estrechas ventanas ojivales. En dos de ellas habían saltando en pedazos al ser taponadas precipitadamente a base de remeter fundas de bancos y crin de relleno de los cojines en las rendijas de las celosías. Había trozos de raso

y montones de crin esparcidos por el suelo barrido, como si alguien hubiera interrumpido súbitamente su tarea de restablecer en la torre la absoluta oscuridad de que gozó en otro tiempo.

Las mismas quemaduras y manchas amarillentas se encontraban en la escalera de hierro que subía al chapitel de la torre. Por allí trepó uno de los periodistas, abrió la trampa deslizándola horizontalmente, pero al alumbrar con su linterna el fétido y negro recinto no descubrió más que una masa informe de detritus cerca de la abertura. Todo se reducía, pues, a puro charlatanismo. Alguien había gastado una broma a los supersticiosos habitantes del barrio. También pudo ser que algún fanático hubiera intentado tapar todo aquello en beneficio del vecindario, o que algunos estudiantes hubieran montado esta farsa para atraer la atención de los periodistas. La aventura tuvo un epílogo muy divertido, cuando el comisario de policía quiso enviar a un agente para comprobar las declaraciones de los periódicos. Tres hombres, uno tras otro, encontraron la manera de soslayar la misión que se les quería encomendar; el cuarto fue de muy mala gana, y volvió casi inmediatamente sin cosa alguna que añadir al informe de los dos periodistas.

De aquí en adelante, el diario de Blake revela un creciente temor y aprensión. Continuamente se reprocha a sí mismo su pasividad y se hace mil reflexiones fantásticas sobre las consecuencias que podría acarrear otro corte de luz. Se ha comprobado que en tres ocasiones - durante las tormentas - telefoneó a la compañía eléctrica con los nervios desechos y suplicó desesperadamente que tomaran todas las precauciones posibles para evitar un nuevo corte. De cuando en cuando, sus anotaciones hacen referencia al hecho de no haber hallado los periodistas la caja de metal ni el esqueleto mutilado, cuando registraron la cámara de la torre. Vagamente presentía quién o qué había intervenido en su desaparición. Pero lo que más le horrorizaba era cierta especie de diabólica relación psíquica que parecía



haberse establecido entre él y aquel horror que se agitaba en la aguja distante, aquella bestia monstruosa de la noche que su temeridad había hecho surgir de los tenebrosos abismos del caos. Sentía él como una fuerza que absorbía constantemente su voluntad, y los que le visitaron en esa época recuerdan cómo se pasaba el tiempo sentado ante la ventana, contemplando absorto la silueta de la colina que se elevaba a lo lejos por encima del humo de la ciudad. En su diario refiere continuamente las pesadillas que sufría por esas fechas y señala que el influjo de aquel extraño ser de la torre le aumentaba notablemente durante el sueño. Cuenta que una noche se despertó en la calle, completamente vestido, y caminando automáticamente hacia Federal Hill. Insiste una y otra vez en que la criatura aquella sabía dónde encontrarle.

En la semana que siguió al 30 de julio, Blake sufrió su primera crisis depresiva. Pasó varios días sin salir de casa ni vestirse, encargando la comida por teléfono. Sus amistades observaron que tenía varias cuerdas junto a la cama, y él explicó que padecía de sonambulismo y que se había visto forzado a atarse los tobillos durante la noche.

En su diario refiere la terrible experiencia que le provocó la crisis. La noche del 30 de julio, después de acostarse, se encontró de pronto caminando a tientas por un sitio casi completamente oscuro. Sólo distinguía en las tinieblas unas rayas horizontales y tenues de luz azulada. Notaba también una insoportable fetidez y oía, por encima de él, unos ruidos blandos y furtivos. En cuanto se movía tropezaba con algo, y cada vez que hacía ruido, le respondía arriba un rebullir confuso al que se mezclaba como un roce cauteloso de una madera sobre otra.

Llegó un momento en que sus manos tropezaron con una columna de piedra, sobre la que no había nada. Un instante. después, se agarraba a los barrotes de una escala de hierro y comenzaba a ascender hacia un punto donde el hedor se hacía aún más intenso. De pronto sintió un soplo de aire

caliente y reseco. Ante sus ojos desfilaron imágenes caleidoscópicas y fantasmales que se diluían en el cuadro de un vasto abismo de insondable negrura, en donde giraban astros y mundos aún más tenebrosos. Pensó en las antiguas leyendas sobre el Caos Esencial, en cuyo centro habita un dios ciego e idiota - Azathoth, Señor de Todas las Cosas - circundado por una horda de danzarines amorfos y estúpidos, arrullado por el silbo monótono de una flauta manejada por dedos demoníacos.

Entonces, un vivo estímulo del mundo exterior le despertó del estupor que lo embargaba y le reveló su espantosa situación. Jamás llegó a saber qué había sido. Tal vez el estampido de los fuegos artificiales que durante todo el verano disparaban los vecinos de Federal Hill en honor de los santos patronos de sus pueblecitos natales de Italia. Sea como fuere, dejó escapar un grito, se soltó de la escala loco de pavor, yendo a parar a una estancia sumida en la más negra oscuridad.

En el acto se dio cuenta de dónde estaba. Se arrojó por la angosta escalera de caracol, chocando y tropezando a cada paso. Fue como una pesadilla: huyó a través de la nave invadida de inmensas telarañas, flanqueada de altísimos arcos que se perdían en las sombras del techo. Atravesó a ciegas el sótano, trepó por el tragaluz, salió al exterior y echó a correr atropelladamente por las calles silenciosas, entre las negras torres y las casas dormidas, hasta el portal de su propio domicilio.

Al recobrar el conocimiento, a la mañana siguiente, se vio caído en el suelo de su cuarto de estudio, completamente vestido. Estaba cubierto de suciedad y telarañas, y le dolía su cuerpo tremendamente magullado. Al mirarse en el espejo, observó que tenía el pelo chamuscado. Y notó además que su ropa exterior estaba impregnada de un olor desagradable. Entonces le sobrevino un ataque de nervios. Después, vencido por el agotamiento, se encerró en casa, envuelto en una bata, y se limitó a mirar por la ventana de poniente. Así pasó varios días, temblando siempre que amenazaba tormenta

y haciendo anotaciones horribles en su diario.

La gran tempestad se desencadenó el 18 de agosto, poco antes de media noche. Cayeron numerosos rayos en toda la ciudad, dos de ellos excepcionalmente aparatosos. La lluvia era torrencial, y la continua sucesión de truenos impidió dormir a casi todos los habitantes. Blake, completamente loco de terror ante la posibilidad de que hubiera restricciones, trató de telefonar a la compañía a eso de la una, pero la línea estaba cortada temporalmente como medida de seguridad. Todo lo iba apuntando en su diario. Su caligrafía grande, nerviosa y a menudo indescifrable, refleja en esos pasajes el frenesí y la desesperación que le iban dominando de manera incontenible.

Tenía que mantener la casa a oscuras para poder ver por la ventana, y parece que debió pasar la mayor parte del tiempo sentado a su mesa, escudriñando ansiosamente - a través de la lluvia y por encima de los relucientes tejados del centro - la lejana constelación de luces de Federal Hill. De cuando en cuando garabateaba torpemente algunas frases: «No deben apagarse las luces», «sabe dónde estoy», «debo destruirlo», «me está llamando, pero esta vez no me hará daño»... Hay dos páginas de su diario que llenó con frases de esta naturaleza.

Por último, a las 2,12 exactamente, según los registros de la compañía de fluido eléctrico, las luces se apagaron en toda la ciudad. El diario de Blake no constata la hora en que esto sucedió. Sólo figura esta anotación: «Las luces se han apagado. Dios tenga piedad de mí.» En Federal Hill había también muchas personas tan expectantes y angustiadas como él; en la plaza y los callejones vecinos al templo maligno se fueron congregando numerosos grupos de hombres, empapados por la lluvia, portadores de velas encendidas bajo sus paraguas, linternas, lámparas de petróleo, crucifijos, y toda clase de amuletos habituales en el sur de Italia. Bendecían cada relámpago y hacían enigmáticos signos de temor con la

mano derecha cada vez que el aparato eléctrico de la tormenta parecía disminuir. Finalmente cesaron los relámpagos y se levantó un fuerte viento que les apagó la mayoría de las velas, de forma que las calles quedaron amenazadoramente a oscuras. Alguien avisó al padre Meruzzo de la iglesia del Espíritu Santo, el cual se presentó inmediatamente en la plaza y pronunció las palabras de aliento que le vinieron a la cabeza. Era imposible seguir dudando de que en la torre se oían ruidos extraños.

Sobre lo que aconteció a las 2,35 tenemos numerosos testimonios: el del propio sacerdote, que es joven, inteligente y culto; el del policía de servicio, William J. Monohan, de la Comisaría Central, hombre de toda confianza, que se había detenido durante su ronda para vigilar a la multitud, y el de la mayoría de los setenta y ocho italianos que se habían reunido cerca del muro que ciñe la plataforma donde se levanta la iglesia - muy especialmente, el de aquellos que estaban frente a la fachada oriental -. Desde luego, lo que sucedió puede explicarse por causas naturales. Nunca se sabe con certeza qué procesos químicos pueden producirse en un edificio enorme, antiguo, mal aireado y abandonado tanto tiempo: exhalaciones pestilentes, combustiones espontáneas, explosión de los gases desprendidos por la putrefacción... cualquiera de estas causas puede explicar el hecho. Tampoco cabe excluir un elemento mayor o menor de charlatanismo consciente. En sí, el fenómeno no tuvo nada de extraordinario. Apenas duró más de tres minutos. El padre Meruzzo, siempre minucioso y detallista, consultó su reloj varias veces.

Empezó con un marcado aumento del torpe rebullir que se oía en el interior de la torre. Ya habían notado que de la iglesia emanaba un olor desagradable, pero entonces se hizo más denso y penetrante. Por último, se oyó un estampido de maderas astilladas y un objeto grande y pesado fue a estrellarse en el patio de la iglesia, al pie de su fachada oriental. No se veía la torre en la oscuridad, pero la gente se dio cuenta de que lo que había

caído era la celosía de la ventana oriental de la torre.

Inmediatamente después, de las invisibles alturas descendió un hedor tan insoportable, que muchas de las personas que rodeaban la iglesia se sintieron mal y algunas estuvieron a punto de marearse. A la vez, el aire se estremeció como en un batir de alas inmensas, y se levantó un viento fuerte y repentino con más violencia que antes, arrancando los sombreros y paraguas chorreantes de la multitud. Nada concreto llegó a distinguirse en las tinieblas, aunque algunos creyeron ver desparramada por el cielo una enorme sombra aún más negra que la noche, una nube informe de humo que desapareció hacia el Este a una velocidad de meteoro.

Eso fue todo. Los espectadores, medio paralizados de horror y malestar, no sabían qué hacer, ni si había que hacer algo en realidad. Ignorantes de lo sucedido, no abandonaron su vigilancia: y un momento después elevaban una jaculatoria en acción de gracias por el fogonazo de un relámpago tardío que, seguido de un estampido ensordecedor, desgarró la bóveda del cielo. Media hora más tarde escampó, y al cabo de quince minutos se encendieron de nuevo las luces de la calle. Los hombres se retiraron a sus casas cansados y sucios, pero considerablemente aliviados.

Los periódicos del día siguiente, al informar sobre la tormenta, concedieron escasa importancia a estos incidentes. Parece ser que el último relámpago y la explosión ensordecedora que le siguió habían sido aún más tremendos por el Este que en Federal Hill. El fenómeno se manifestó con mayor intensidad en el barrio universitario, donde también notaron una tufarada de insoportable fetidez. El estallido del trueno despertó al vecindario, lo que dio lugar a que más tarde se expresaran las opiniones más diversas. Las pocas personas que estaban despiertas a esas horas vieron una llamarada irregular en la cumbre de College Hill y notaron la inexplicable manga de viento que casi dejó los árboles despojados de hojas y marchitas las plantas de los jardines. Estas personas opinaban que aquel

último rayo imprevisto había caído en algún lugar del barrio, aunque no pudieron hallar después sus efectos. A un joven del colegio mayor Tau Omega le pareció ver en el aire una masa de humo grotesca y espantosa, justamente cuando estalló el fogonazo; pero su observación no ha sido comprobada. Los escasos testigos coinciden, no obstante, en que la violenta ráfaga de viento procedía del Oeste. Por otra parte, todos notaron el insoportable hedor que se extendió justo antes del trueno rezagado. Igualmente estaban de acuerdo sobre cierto olor a quemado que se percibía después en el aire.

Todos estos detalles se tomaron en cuenta por su posible relación con la muerte de Robert Blake. Los estudiantes de la residencia Psi Delta, cuyas ventanas traseras daban enfrente del estudio de Blake, observaron, en la mañana del día nueve, su rostro asomado a la ventana occidental, intensamente pálido y con una expresión muy rara. Cuando por la tarde volvieron a ver aquel rostro en la misma posición, empezaron a preocuparse y esperaron a ver si se encendían las luces de su apartamento. Más tarde, como el piso permaneciese a oscuras, llamaron al timbre y, finalmente, avisaron a la policía para que forzara la puerta.

El cuerpo estaba sentado muy tieso ante la mesa de su escritorio, junto a la ventana. Cuando vieron sus ojos vidriosos y desorbitados y la expresión de loco terror del semblante, los policías apartaron la vista horrorizados. Poco después el médico forense exploró el cadáver y, a pesar de estar intacta la ventana, declaró que había muerto a consecuencia de una descarga eléctrica o por el choque nervioso provocado por dicha descarga. Apenas prestó atención a la horrible expresión; se limitó a decir que sin duda se debía al profundo *shock* que experimentó una persona tan imaginativa y desequilibrada como era la víctima. Dedujo todo esto por los libros, pinturas y manuscritos que hallaron en el apartamento, y por las anotaciones garabateadas a ciegas en su diario. Blake había seguido

escribiendo frenéticamente hasta el final. Su mano derecha aún empuñaba rígidamente el lápiz, cuya punta se había debido romper en una última contracción espasmódica.

Las anotaciones efectuadas después del apagón apenas resultaban legibles. Ciertos investigadores han sacado, sin embargo, conclusiones que difieren radicalmente del veredicto oficial, pero no es probable que el público dé crédito a tales especulaciones. La hipótesis de estos teóricos no se ha visto favorecida precisamente por la intervención del supersticioso doctor Dexter, que arrojó al canal más profundo de la Bahía de Narragansett la extraña caja y la piedra resplandeciente que encontraron en el oscuro recinto del chapitel. La excesiva imaginación y el desequilibrio nervioso de Blake agravados por su descubrimiento de un culto satánico ya desaparecido, son sin duda las causas del delirio que turbó sus últimos momentos. He aquí sus anotaciones postreras, o al menos, lo que de ellas se ha podido descifrar:

*La luz todavía no ha vuelto. Deben de haber pasado cinco minutos. Todo depende de los relámpagos. ¡Ojalá Yaddith haga que continúen! A pesar de ellos, noto el influjo maligno. La lluvia y los truenos son ensordecedores. Ya se está apoderando de mi mente.*

*Trastornos de la memoria. Recuerdo cosas que no he visto nunca: otros mundos, otras galaxias. Oscuridad. Los relámpagos me parecen tinieblas Y las tinieblas, luz.*

*A pesar de la oscuridad total, veo la colina y la iglesia, pero no puede ser verdad. Debe ser una impresión de la retina, por el deslumbramiento de los relámpagos. ¡Quiera Dios que los italianos salgan con sus cirios, si paran los relámpagos!*

*¿De qué tengo miedo? ¿No es acaso una encarnación de Nyarlathotep, que en el antiguo y misterioso Khem tomó incluso forma de hombre? Recuerdo Yuggoth, y Shaggai, aún más lejos, y un vacío de*

*planetas negros al final.*

*Largo vuelo a través del vacío. Imposible cruzar el universo de luz.  
Recreado por los pensamientos apresados en Trapezoedro  
Resplandeciente. Enviado a través de horribles abismos de luz.*

*Soy Blake: Robert Harrison Blake. Calle East Knapp, 620;  
Milwaukee, Wisconsin. Soy de este planeta.*

*¡Azathoth, ten piedad!... ya no relampaguea... horrible puedo verlo  
todo con un sentido que no es la vista... ... la luz es tinieblas y las tinieblas  
luz... esas gentes de la colina vigilancia... cirios y amuletos... ... sus  
sacerdotes*

*Pierdo el sentido de la distancia... lo lejano está cerca y lo cercano  
lejos... no hay luz no cristal... veo la aguja... la torre... la ventana...  
ruidos... Roderick Usher... estoy loco o me estoy volviendo... ya se agita y  
aletea en la torre... somos uno... quiero salir... debo salir y unificar mis  
fuerzas... sabe dónde estoy*

*Soy Robert Blake, pero veo la torre en la oscuridad. Hay un olor  
horrible... sentidos transfigurados... saltan las tablas de la torre y abre  
paso... Iä... ngai... ygg*

*Lo veo... viene hacia acá... viento infernal... sombra titánica...  
negras alas... Yog-Sothoth, sálvame tú... ojo ardiente de tres lóbulos...*

## **EL PESCADOR DEL CABO DEL HALCON**

**H. P. Lovecraft & August Derleth**

Por la costa de Massachusetts se rumorean muchas cosas acerca de Enoch Conger. Algunas de ellas sólo se comentan en voz muy baja y con



grandes precauciones. Tan extraños rumores circulan a lo largo de toda la costa, difundidos por los hombres del mar del puerto de Innsmouth, sus vecinos, ya que él vivía a unas pocas millas más al sur, en el Cabo del Halcón. Ese nombre se debe a que allí, en las épocas migratorias, se puede ver a los halcones peregrinos, los esmerejones y aun los grandes gerifaltes sobrevolar aquella estrecha lengua de tierra que se adentra en el mar. Allí vivió Enoch Conger, hasta que no se le vio más, pues nadie puede afirmar que haya muerto.

Era fuerte, de pecho y hombros anchos, y con largos brazos musculosos. Pese a no ser un hombre viejo, llevaba barba, y coronaba su cabeza una cabellera muy larga. Sus ojos azules se hundían en un rostro cuadrado. Cuando llevaba su chubasquero de hombre de mar, con el sombrero haciendo juego, parecía un marino desembarcado de alguna vieja goleta siglos atrás. Era un hombre taciturno. Vivía solo en la casa de piedra y madera que él mismo había construido, donde podía sentir el viento soplar y escuchar las voces de las gaviotas, de las golondrinas, del aire y del mar, y desde donde podía admirar el vuelo de las grandes aves migratorias en sus viajes hacia tierras lejanas. Se decía de él que se entendía con ellas, que hablaba con las gaviotas y las golondrinas, con el viento y con el golpeante mar, y aun con otros seres invisibles que, sin embargo, emitían, en unos tonos extraños, algo parecido a los mudos sonidos de ciertas grandes bestias batracias, desconocidas en los pantanos y ciénagas de la tierra.

Conger vivía de la pesca, y aunque ésta escaseaba, le era suficiente. Por el día y por la noche echaba sus redes al mar; lo que sacaba lo llevaba a Innsmouth, a Kingsport, o aún más lejos, para venderlo. Pero una noche le vieron llegar solo a Innsmouth; no traía nada de pesca y permanecía con los ojos muy abiertos, atónitos, como si hubiese estado mirando mucho tiempo la puesta del sol y se hubiese quedado ciego. En las afueras de la ciudad,

entró en una de las tabernas donde solía ir, se sentó en una silla, solo, y se puso a tomar una cerveza. Algunos curiosos que estaban acostumbrados a verle se acercaron a su mesa para beber con él, hasta que bajo los efectos del alcohol empezó a balbucear. Pero hablaba como si lo hiciese para sí mismo, y sus ojos no parecían ver a nadie.

Decía que había visto algo maravilloso esa noche. Había sacado su barca hasta el Arrecife del Diablo, situado a más de una milla de Innsmouth, y allí había echado su red. Sí, había sacado muchos peces; pero en su red había algo más; algo que era una mujer y que, sin embargo, no lo era; algo que le hablaba como un ser humano, pero con el tono gutural de una rana y con el acompañamiento de una música aflautada como la que, en los meses de primavera, se oye en los pantanos; algo que tenía una gran incisión, profunda y ancha, en lugar de una boca, pero una infinita dulzura en sus ojos; algo que llevaba, bajo el pelo largo que caía de su cabeza, hendiduras como agallas; algo que le rogaba y le suplicaba para que le dejara volver a los fondos del mar; algo que le prometió, a cambio, su propia vida si alguna vez la necesitaba.

- Una sirena - dijo uno con una risotada.

- No era una sirena - dijo Enoch Conger-, porque tenía piernas, aunque los dedos de sus pies eran como los de los palmípedos, y tenía manos, aunque los dedos de sus manos eran como los de sus pies, y la piel de su cara era como la mía, aunque su cuerpo tenía el color del mar.

Se rieron de él, pero él no les escuchó. Sólo uno de ellos no se rió, porque había oído a los viejos hombres y mujeres de Innsmouth contar unas historias muy extrañas, que se remontaban a los tiempos de los barcos clíper y del comercio con las Indias Orientales. Según esos ancianos, en aquellos tiempos se habían celebrado algunas bodas entre hombres de Innsmouth y mujeres de las islas del Pacífico Sur; hablaban luego de extraños acontecimientos ocurridos en el mar, cerca de Innsmouth. Ese

hombre no se rió, simplemente escuchó, se calló y luego se marchó, sin haberse unido a las risas burlonas de sus compañeros. Pero Enoch Conger no reparó en él, como tampoco se dio cuenta de las risas que había provocado. Continuó su relato; explicó cómo había sacado a la criatura de las redes en sus brazos, describió la sensación que le había producido el contacto con su piel fría y la textura de su cuerpo; contó cómo la había soltado, cómo la vio nadar y sumergirse entre las rocas del Arrecife del Diablo, cómo la vio aparecer de nuevo, levantar sus brazos una última vez hacia arriba y desaparecer para siempre.

Después de aquella noche, Enoch Conger volvió poco a la taberna. Cuando venía era para sentarse solo y eludir a cuantos le preguntaban por su «sirena» y querían saber si le había hecho alguna proposición antes de dejarla libre. Volvió a mostrarse taciturno, hablaba poco, bebía su cerveza y se iba. Lo único que se sabía era que ya no pescaba cerca del Arrecife del Diablo, que echaba sus redes en algún otro lugar próximo al Cabo del Halcón. Aunque se rumoreaba que temía volver a ver la cosa extraña que había cogido aquella noche entre sus redes, se le veía con frecuencia en la punta de la estrecha lengua de tierra, de pie, mirando al mar, como si esperase ver aparecer una embarcación en el horizonte, o el mañana que siempre ronda y nunca llega para los buscadores de futuro e incluso para muchos hombres, sea lo que sea lo que esperan y piden a la vida.

Enoch Conger se volvió cada vez más introvertido y él, que había sido un asiduo cliente de la taberna de Innsmouth, acabó por no aparecer más por allí. Se limitaba a traer el pescado al mercado y volvía apresuradamente a su casa con las provisiones que necesitaba. Mientras tanto, la historia de su sirena se extendió a lo largo de toda la costa, y tierra adentro hacia Arkham y Dunwich, por el Miskatonic, e incluso más allá, en las negras y tupidas colinas donde vivía la gente menos inclinada a tomarse a broma estas cosas.

Pasó un año, y otro, y otro, y una noche llegó a Innsmouth la noticia de que Enoch Conger había resultado gravemente herido durante su solitaria pesca. Dos pescadores le habían visto al pasar tendido en su barca y le habían socorrido. Como su casa del Cabo del Halcón era el único lugar adonde quería ir, le llevaron allí, antes de ir rápidamente a buscar al doctor Gilman de Innsmouth. Cuando volvieron a casa de Enoch Conger, acompañados del médico, el viejo pescador había desaparecido.

El doctor Gilman se abstuvo de comunicar su opinión, pero los dos pescadores que le habían traído cuchichearon y contaron a quien quería oírlo el singular relato. Hablaron de la gran humedad que reinaba en la casa, de las innumerables gotas de agua que se deslizaban a lo largo de las paredes, que colgaban del picaporte de la puerta y que empapaban la cama donde habían dejado a Enoch Conger, antes de salir en busca del doctor. Hablaron de las huellas mojadas dejadas en el suelo por unos pies palmípedos. Aquellas huellas eran muy profundas a lo largo de todo su recorrido desde la casa hasta el mar, como si un gran peso, tan grande como el de Enoch Conger, hubiese sido llevado por esos pies, obligados a hundirse en el suelo a cada paso, hasta dejar la nítida impresión de su dibujo.

Pronto se enteró todo el mundo de lo sucedido. Pero la gente se reía de los pescadores, pues no había más que una sola línea de huellas, y Enoch Conger era un hombre demasiado pesado como para que alguien pudiese cargar con él todo ese recorrido. El doctor Gilman no había hecho el menor comentario, salvo que había visto pies palmípedos en algunos habitantes de Innsmouth, pero que los dedos de Enoch Conger, que había examinado en alguna ocasión, eran normales y no palmípedos. Algunos curiosos fueron a la casa del Cabo del Halcón para ver si podían descubrir algo nuevo. Pero volvieron desilusionados. No vieron nada, y se sumaron a los que se burlaban de los infelices pescadores. Al cabo de algún tiempo,

aquellos dos pobres hombres fueron reducidos al silencio, y no faltaron quienes dejaron caer la sospecha de que ellos eran quienes habían hecho desaparecer a Enoch Conger y habían inventado aquella historia para encubrir su acción. Ese rumor se extendió también a otros lugares.

Dondequiera que haya ido, Enoch Conger no volvió a su casa del Cabo del Halcón. El viento y el tiempo la destrozaron a su antojo: arrancaron una tabla aquí y otra allá, desgastaron los ladrillos de la chimenea, rompieron las ventanas y hundieron el tejado. Las gaviotas, las golondrinas y los halcones que la sobrevolaban no volvieron a oír la voz que, en un tiempo, les había contestado. Poco a poco, a lo largo de la costa, los rumores que circulaban en torno al asesinato se acallaron, pero surgieron ciertos signos oscuros que, si bien descartaban cualquier posibilidad de homicidio, inducían a pensar en algún fenómeno mucho más aterrador e inexplicable.

Un día en que el venerable Jedediah Harper, patriarca de los pescadores de la costa, bajó a tierra con sus hombres, juró haber visto cerca del Arrecife del Diablo a un extraño grupo de criaturas que nadaban. Esos seres, según decía, no eran humanos del todo, ni batracios tampoco; eran criaturas anfibia que cruzaban el agua mitad al estilo de los seres humanos y mitad como ranas; formaban un grupo de más de cuarenta, y eran machos y hembras. Habían pasado cerca de su barca y brillaban a la luz de la luna, como unos seres espectrales surgidos de las profundidades del Atlántico. Parecían estar cantando a Dagon, un canto de alabanza. Y entre ellos, sí, formando parte del mismo grupo, había visto a Enoch Conger, nadando con los demás, desnudo como ellos, y uniendo su voz a las suyas en el cántico de alabanza. Atónito, le había llamado, Enoch se había vuelto para mirarle, y le había visto la cara. Luego todos, así como Enoch Conger, se sumergieron bajo las olas y no volvió a verlos más.

Cuentan que, por haber hablado tanto, el viejo hombre fue reducido

al silencio por miembros de los clanes Marsh y Martin, que, según se decía, estaban emparentados con algunos habitantes del mar. La barca Harper no volvió a salir a la mar, el viejo no tenía ya que ganarse la vida, ni los hombres que habían formado su tripulación.

Transcurrió mucho tiempo hasta que, un día, un hombre joven; que había pasado su niñez en Innsmouth y se acordaba de Enoch Conger, regreso al puerto de esta ciudad y contó cómo él, en compañía de su hijo pequeño, habían salido a remar a la luz de la luna. Ya habían pasado el Cabo del Halcón cuando, de repente, justo detrás de su barca y tan cerca que hubiesen podido tocarle con un remo, surgió el torso desnudo de un hombre entre las olas. Se mantenía en el agua tal como si otros, a quienes no podían ver, le estuvieran sosteniendo por debajo. Su cara, el rostro de Enoch Conger, se volvía hacia el Cabo del Halcón y parecía mirar con nostalgia la casa que seguía allí en ruinas. El agua chorreaba de su largo pelo, de su barba, y resbalaba sobre su cuerpo oscuro; su piel, debajo de las orejas, tenía como dos grandes agallas. Y luego, tan extraña y repentinamente como había surgido, desapareció, sumergiéndose en el mar.

A lo largo de la costa de Massachusetts, cerca de Innsmouth, se rumorean muchas cosas acerca de Enoch Conger, y otras se insinúan en voz baja...

## **LOS SUEÑOS DE LA CASA DE LA BRUJA**

H. P. Lovecraft

Walter Gilman no sabía si fueron los sueños los que provocaron la

fiebre, o si fue la fiebre la causa de los sueños. Detrás de todo se agazapaba el horror lacerante y mohoso de la antigua ciudad y de la execrable buhardilla donde escribía, estudiaba y luchaba con cifras y fórmulas cuando no estaba dando vueltas en la mezquina cama de hierro. Sus oídos se estaban sensibilizando de manera poco natural e intolerable, y ya hacía tiempo que había parado el reloj barato de la repisa de la chimenea, cuyo tictac había llegado a parecerle como un tronar de artillería. Por la noche, los rumores de la ciudad oscurecida, el siniestro corretear de las ratas en los endeble tabiques y el crujir de las ocultas tablas en la centenaria casa bastaban para darle la sensación de barahúnda. La oscuridad siempre estaba llena de inexplicables ruidos, y no obstante Gilman se estremecía a veces temiendo que aquellos sonidos se apagaran y le permitieran oír otros rumores más leves que acechaban detrás de ellos.

Se encontraba en la inmutable ciudad de Arkham, llena de leyendas, de apiñados tejados a la holandesa que se tambaleaban sobre desvanes donde las brujas se ocultaron de los hombres del Rey en los oscuros tiempos coloniales. Y en toda la ciudad no había lugar más empapado en recuerdos macabros que el desván que albergaba a Gilman, pues precisamente en esta casa y en este cuarto se había ocultado Keziah Mason, cuya fuga de la cárcel de Salem continuaba siendo inexplicable. Aquello ocurrió en 1692: el carcelero había enloquecido y desvariaba acerca de algo peludo, pequeño y de blancos colmillos que había salido corriendo de la celda de Keziah, y ni siquiera Cotton Mather pudo explicar las curvas y ángulos dibujados sobre las grises paredes de piedra con algún líquido rojo y pegajoso.

Posiblemente Gilman no debiera haber estudiado tanto. El cálculo no euclidiano y la física cuántica bastan para violentar cualquier cerebro, y cuando se los mezcla con tradiciones folklóricas y se intenta rastrear un extraño fondo de realidad multidimensional detrás de las sugerencias

espantosamente crueles de las leyendas góticas y de los fantásticos susurros junto a una esquina de la chimenea, apenas puede esperar encontrarse completamente libre de una cierta tensión mental. Gilman era de Haverhill, pero sólo después de haber ingresado en el colegio universitario de Arkham empezó a asociar sus conocimientos matemáticos con las fantásticas levendas de la magia antigua. Algo había en el ambiente de'vieja ciudad que actuaba oscuramente sobre su imaginación. Los profesores de la Universidad de Miskatonic le habían recomendado que fuera más despacio y habían reducido voluntariamente sus estudios en varios puntos. Además, le habían prohibido consultar los dudosos tratados antiguos sobre secretos ocultos que se guardaban bajo llave en la biblioteca de la Universidad. Pero estas precauciones llegaron tarde, de modo que Gilman pudo obtener algunos terribles datos del temido Necronomicón de Abdul Alhazred, del fragmentario Libro de Eibon, y del prohibido Unausspreclichen Kulten de Von Junzt, que correlacionó con sus fórmulas abstractas sobre las propiedades del espacio y la conexión de dimensiones conocidas y desconocidas.

Sabía que su cuarto estaba en la antigua Casa de la Bruja; en realidad lo había alquilado por tal motivo. En los archivos del Condado de Essex figuraban numerosos datos acerca del proceso contra Keziah Mason y lo que esta mujer había admitido bajo presión del tribunal de Oyer y Terminer fascinó a Gilman hasta un punto realmente irrazonable. Keziah le había hablado al juez Hathorne de líneas y curvas que podían trazarse para señalar direcciones, a través de los muros del espacio, hacia otros espacios de más allá insinuando que tales líneas y curvas eran utilizadas frecuentemente en ciertas reuniones de medianoche celebradas en el sombrío valle de la piedra blanca, situado más allá de la Loma del Prado, y en el islote desierto del río. También había hablado del Hombre Negro, del juramento que ella había prestado y de su nuevo nombre secreto, Nahab.



Tras de lo cual trazó aquellas figuras en la pared de su celda y desapareció.

Gilman creía cosas extrañas acerca de Keziah, y sintió un raro estremecimiento al enterarse de que la casa en que había vivido la anciana seguía en pie después de más de doscientos treinta y cinco años. Cuando oyó los rumores que corrían por Arkham entre susurros acerca de la persistente presencia de Keziah en la antigua casa y en los estrechos callejones, acerca de marcas irregulares, como de dientes humanos, observadas en ciertos durmientes de aquella y de otras casas, acerca de los gritos infantiles oídos la víspera del Día de Mayo y en el Día de Todos los Santos, del hedor percibido en el ático del viejo edificio precisamente después de esos días temidos, y acerca de la cosa pequeña y peluda, de afilados dientes, que rondaba por la vieja casa y por laciudad y acariciaba a la gente curiosamente con el hocico en las oscuras horas que preceden al amanecer, decidió vivir allí a toda costa. Una habitación resultaba fácil de obtener, pues la casa era impopular y difícil de alquilar y desde hacía tiempo se dedicaba a alojamiento barato. No hubiera podido decir lo que esperaba encontrar allí, pero sabía que deseaba estar en aquel edificio donde alguna circunstancia había dado, más o menos repentinamente, a una vulgar anciana del siglo xvii, un atisbo de profundidades matemáticas tal vez más atrevidas que las más modernas elucubraciones de Planck, Heisenberg, Einstein y de Sitter.

Estudió las maderas y las paredes de yeso en busca de dibujos crípticos en los lugares accesibles donde se había desprendido el empapelado, y al cabo de menos de una semana logró alquilar el ático del este en donde se decía que Keziah se había dedicado a la brujería. Había estado desalquilado desde el principio, ya que nadie se había mostrado dispuesto a ocuparlo por mucho tiempo, pero el patrón polaco tenía miedo de alquilarlo. Sin embargo, nada en absoluto le ocurrió a Gilman hasta que le dio la fiebre. Ninguna Keziah fantasmal merodeó en los sombríos

pasillos o en los aposentos, ninguna cosa pequeña y peluda se deslizó al interior del tétrico cuarto para hocicar a Gilman, ni éste encontró rastros de los conjuros de la bruja pese a su constante búsqueda. Algunas veces, paseaba por el oscuro laberinto de callejuelas sin pavimentar y que olían a mohó, donde las misteriosas casas pardas de ignorada antigüedad se inclinaban, se tambaleaban y hacían muecas burlonas a través de las ventanas de pequeños cristales. Sabía que allí habían ocurrido en otros tiempos cosas extrañas, y flotaba en el aire una vaga sugerencia de que quizá no todo lo perteneciente a aquel pasado anómalo había desaparecido, al menos en las callejuelas más oscuras, estrechas e intrincadamente retorcidas. En dos ocasiones remó también hasta el maldecido islote del río e hizo un croquis de los extraños ángulos descritos por las hileras de piedras grises cubiertas de crecido musgo que allí se alzaban y cuyo origen era oscuro e inmemorial.

La habitación de Gilman era de buen tamaño pero de forma irregular; la pared del norte se inclinaba perceptiblemente hacia el interior mientras que el techo, de poca altura, bajaba suavemente en igual dirección. Aparte de un evidente agujero correspondiente a un nido de ratas y los rastros de otros tapados, no había entrada ninguna, ni señales de que la hubiera habido, al espacio que debía de existir entre la pared inclinada y la recta pared exterior de la parte norte de la casa, aunque desde el exterior se veía una ventana que había sido tapiada en un tiempo muy remoto. El desván situado encima del techo, que debía haber tenido inclinado el suelo, era asimismo inaccesible. Cuando Gilman subió con una escalera al desván lleno de telarañas que quedaba directamente encima de su habitación, encontró vestigios de una abertura antigua hermética y pesadamente cerrada con antiguos tablones y asegurada con fuerte estacas de madera, corrientes en la carpintería de los tiempos coloniales. Sin embargo, el casero, a pesar de sus muchos ruegos, se negó a permitirle

investigar lo que había de trás de aquellos espacios cerrados.

A medida que transcurría el tiempo, aumentó su interés por la pared y el techo de su cuarto, pues comenzó a adivinar en los extraños ángulos de la construcción un significado matemático que parecía brindar vagos indicios a su objetivo. La vieja hechicera podía haber tenido muy buenas razones para vivir en una habitación de extraños ángulos ¿acaso no decía haber traspasado los límites del mundo espacial conocido a través de ciertos ángulos? Su interés fu desviándose gradualmente de los espacios vacíos situados a otro lado de las paredes inclinadas, pues ahora parecía que la finalidad de tales superficies atañía al lado del cual se encontraba.

La fiebre y los sueños comenzaron a principios de febrero. Durante algún tiempo, parece que los extraños ángulos de la habitación de Gilman tuvieron sobre él un raro efecto casi hipnótico; y, a medida que el sombrío invierno avanzaba, se encontró contemplando con creciente intensidad la esquina en donde el techo descendente se unía con la pared inclinada. En aquella época, le preocupó gravemente su incapacidad para concentrarse en sus estudios y comenzó a temer seriamente por los resultados de los exámenes parciales. También le molestaba aquel exacerbado sentido de la audición. La vida se había convertido para él en una persistente y casi insufrible cacofonía, y tenía la constante y amedrentadora impresión de percibir otros sonidos procedentes, tal vez, de regiones situadas más allá de la vida, temblando al mismo borde de la percepción. En cuanto a ruidos concretos, los peores eran los que hacían las ratas en los antiguos tabiques. A veces, su rascar parecía no sólo furtivo, sino deliberado. Cuando llegaba desde más allá de la pared inclinada del norte, estaba mezclado con una especie de castañeteo seco; y cuando procedía del desván situado encima del techo inclinado, clausurado hacía más de un siglo, Gilman siempre se preparaba para lo peor, como si esperara algo horrible que sólo aguardara su momento antes de bajar para aniquilarlo totalmente.

Los sueños estaban más allá del límite de la cordura, y Gilman pensaba que eran resultado conjunto de sus estudios de matemáticas y de sus lecturas sobre leyendas populares. Había estado pensando demasiado en las vagas regiones que, según sus fórmulas, tenían que existir más allá de las tres dimensiones conocidas, y en la posibilidad de que la vieja Keziah Mason, guiada por alguna influencia imposible de conjeturar, hubiera encontrado la puerta de acceso a aquellas regiones. Los amarillentos legajos del juzgado del distrito que contenían el testimonio de aquella mujer y el de sus acusadores sugerían terriblemente cosas fuera del alcance de la experiencia humana, y las descripciones del frenético y pequeño objeto peludo que le hacía las veces de demonio familiar eran desagradablemente realistas, a pesar de ser increíblemente detalladas.

Ese ser, de tamaño no mayor que el de una rata grande y al que las gentes del pueblo llamaban caprichosamente «Brown Jenkin», parecía haber sido fruto de un notable caso de sugestión colectiva, pues en 1692 no menos de doce personas atestiguaron haberlo visto. También los rumores recientes acerca de él coincidían de una manera desconcertante e incomprensible. Los testigos decían que tenía el pelo largo y forma de rata, pero que la cara, con afilados dientes y barba, era diabólicamente humana, en tanto que sus zarpas parecían diminutas manecillas. Llevaba recados de la vieja al diablo y se alimentaba con la sangre de la hechicera que sorbía como un vampiro. Su voz era una especie de risita detestable y podía hablar todos los idiomas. De las múltiples monstruosidades que Gilman veía en sus pesadillas ninguna le provocaba tanto pavor y repugnancia como aquel malvado y diminuto híbrido, cuya imagen se le presentaba en forma mil veces más odiosa de lo que su mente despierta había deducido de los viejos legajos y los rumores modernos.

Las pesadillas de Gilman consistían por lo general en soñar que caía en abismos infinitos de inexplicable crepúsculo coloreado y llenos de

confusos sonidos, abismos cuyas propiedades materiales y de gravitación Gilman ni siquiera podía concebir. En sus sueños ni caminaba ni trepaba, ni volaba ni nadaba, ni reptaba; pero siempre experimentaba una sensación de movimiento, en parte voluntaria y en parte involuntario. No podía juzgar bien acerca de su propio estado, pues brazos, piernas y torso siempre le resultaban imposibles de ver, desvanecidos en alguna clase de alteración de la perspectiva; pero percibía que su organización física y sus facultades quedaban transmutadas de manera mágica y proyectadas oblicuamente, aunque conservando una cierta grotesca relación con sus proporciones y propiedades normales.

Los abismos no estaban vacíos, sino poblados de indescriptibles masas anguladas de sustancia de colorido ajeno a este mundo, algunas de las cuales parecían orgánicas y otras inorgánicas. Algunos de los objetos orgánicos tendían a despertar vagos recuerdos dormidos, aunque no podía formarse una idea consciente de lo que burlonamente imitaban o sugerían. En los últimos sueños empezó a distinguir categorías independientes en las que los objetos parecían dividirse y que suponían en cada caso una especie radicalmente distinta de normas de conducta y de motivación básica. De estas categorías, una le pareció que incluía objetos algo menos ilógicos y desatinados en sus movimientos que los pertenecientes a las demás.

Todos los objetos, tanto los orgánicos como los inorgánicos, eran completamente indescriptibles, e incluso incomprensibles. A veces Gilman comparaba los inorgánicos a prismas, a laberintos, a grupos de cubos y planos, y a edificios ciclópeos; y las cosas orgánicas le daban sensaciones diversas, de conjuntos de burbujas, de pulpos, de ciempiés, de ídolos indios vivos y de intrincados arabescos vivificados por una especie de animación ofidia. Todo cuanto veía era indescriptiblemente amenazador y terrible, y si uno de los entes orgánicos parecía, por sus movimientos, haberse fijado en él, sentía un terror tan espantoso y horrible que generalmente se despertaba

sobresaltado. De cómo se movían los entes orgánicos no podía decir más que de cómo se movía él mismo. Con el tiempo observó otro misterio: la tendencia de ciertos entes a aparecer repentinamente procedentes del espacio vacío, o a desvanecerse con igual rapidez. La confusión de gritos y rugidos que retumbaba en los abismos desafiaba todo análisis en cuanto a tono, timbre o ritmo, pero parecía estar sincronizada con vagos cambios visuales de todos los objetos indefinidos, tanto orgánicos como inorgánicos. Gilman experimentaba el continuo temor de que pudiera elevarse hasta algún grado insufrible de intensidad durante alguna de sus oscuras e implacables fluctuaciones.

Pero no era en estas vorágines de alienación total cuando veía a Brown jenkins. Aquel horror abominable estaba reservado para ciertos sueños más ligeros y vívidos que le asaltaban inmediatamente antes de caer profundamente dormido. Gilman permanecía echado en la oscuridad, luchando para mantenerse despierto, cuando una leve claridad parecía relucir en torno a la centenaria habitación revelando en una neblina violácea la convergencia de los planos angulados que de manera tan insidiosa se habían apoderado de su mente. El horror parecía salir del agujero de las ratas en el rincón y avanzar hacia él, deslizándose por las tablas del suelo combado, con una maligna expectación en su diminuto y barbado rostro humano; pero, afortunadamente, el sueño siempre se desvanecía antes que la aparición se acercara demasiado a él para acariciarlo con el hocico. Tenía los dientes diabólicamente largos, afilados y caninos. Gilman trataba de taponar el agujero de las ratas todos los días, pero noche tras noche los verdaderos habitantes de los tabiques roían la obstrucción, fuera lo que fuera. En una ocasión hizo que el casero clavara una lata sobre el orificio, pero a la noche siguiente las ratas habían abierto un nuevo agujero, y al hacerlo habían empujado o arrastrado un curioso trocito de hueso.

Gilman no informó de su fiebre al doctor, pues sabía que si ingresaba en la enfermería de la Universidad no podna pasar los exámenes, para cuya preparación necesitaba todo su tiempo. Aun así, le suspendieron en cálculo diferencial y en psicología general superior, aunque le quedaba la esperanza de recuperar el terreno perdido antes de terminar el curso.

En marzo, un nuevo elemento entró a formar parte de su sueño preliminar, y la forma de pesadilla de Brown Jenkin comenzó a verse acompañada por una nebulosa sombra que fue asemejándose cada vez más a una vieja encorvado. Este nuevo elemento le trastornó más de lo que pudiera explicar, pero acabó por decidir que era igual a una vieja con la que se había encontrado dos veces en el oscuro laberinto de callejas de los abandonados muelles. En aquellas ocasiones, la mirada maliciosa, sardónica y aparentemente injustificada de la bruja, casi le había hecho estremecer, especialmente la primera vez, cuando una rata de gran tamaño, que atravesó la boca en sombras de un callejón vecino, le hizo pensar irrazonablemente en Brown jenkin. Y pensó que aquellos temores nerviosos se estaban reflejando ahora en sus desordenados sueños.

No podía negar que la influencia de la vieja casa era nociva, pero los restos de su morboso interés le retenían allí. Se dijo que las fantasías nocturnas se debían sólo a la fiebre, y que cuando desapareciera se vería libre de las monstruosas visiones. No obstante, aquellas apariciones tenían una absorbente vivacidad y resultaban convincentes, y siempre que despertaba conservaba una vaga sensación de haber vivido gran parte de lo que recordaba. Tenía la horrenda certidumbre de haber hablado en sueños olvidados con Brown jenkin y con la bruja, los cuales le habían apremiado para que fuese a alguna parte con ellos a encontrarse con un tercer ser más poderoso.

Hacia finales de marzo empezó a mejorar en matemáticas, aunque las otras asignaturas le fastidiaban de un modo creciente. Estaba

adquiriendo una habilidad intuitiva para resolver ecuaciones riemannianas, y asombró al profesor Upham con su comprensión de la cuarta dimensión y de otros problemas que sus compañeros ignoraban. Una tarde se discutió la posible existencia de curvaturas caprichosas en el espacio y de puntos teóricos de aproximación, o incluso de contacto, entre nuestra parte del cosmos y otras regiones diversas tan remotas como las estrellas más lejanas o los mismos vacíos transgalácticos, e incluso tan fabulosamente distantes como unidades cósmicas hipotéticamente concebibles más allá del continuo tiempo-espacio einsteniano. La forma en que Gilman trató el tema dejó admirados a todos, aunque algunas de sus ilustraciones hipotéticas provocaron un aumento de las siempre abundantes habladurías sobre su nerviosa y solitaria excentricidad. Lo que hizo que los estudiantes sacudieran la cabeza fue su teoría sobriamente enunciada de que un hombre con conocimientos matemáticos fuera del alcance de la mente humana podía pasar de la Tierra a otro cuerpo celeste que se encontrara en uno de los infinitos puntos de la configuración cósmica.

Para ello, dijo, sólo serían necesarias dos etapas: primero, salir de la esfera tridimensional que conocemos, y segundo, regresar a la esfera de las tres dimensiones en otro punto, tal vez infinitamente lejano. Que esto se pudiera hacer sin perder la vida era concebible en muchos casos. Cualquier ser procedente de un lugar del espacio tridimensional podría sobrevivir probablemente en la cuarta dimensión; y la supervivencia en la segunda etapa dependería de qué parte extraña del espacio tridimensional eligiera para su reentrada. Los habitantes de algunos planetas podían vivir en otros, incluso en astros pertenecientes a otras galaxias o a similares fases dimensionales de otro continuo espacio-tiempo, aunque, naturalmente, debía existir un inmenso número de ellos mutuamente inhabitables, aunque fueran cuerpos o zonas espaciales matemáticamente yuxtapuestos.

También era posible que los habitantes de una zona dimensional



determinada pudieran soportar la entrada en muchos dominios desconocidos e incomprensibles de dimensiones más numerosas, o indefinidamente multiplicadas, de dentro o de fuera del continuo tiempo-espacio dado, y lo contrario podría darse. Esto era cuestión de conjetura, aunque se podía estar bastante seguro de que el tipo de mutación que supondría pasar de un plano dimensional dado al plano inmediatamente superior no destruiría la integridad biológica tal como la entendemos. Gilman no podía explicar muy claramente las razones que tenía para esta última suposición, pero su vaguedad en este punto quedaba más que compensada por su claridad al tratar otros temas muy complejos. Al profesor Upham le causó especial placer su demostración de la relación que existía entre las matemáticas superiores y ciertas fases de la magia transmitidas a lo largo de los milenios desde tiempos de indescrutable antigüedad, humanos o prehumanos, cuando se tenían mayores conocimientos acerca del cosmos y de sus leyes.

Alrededor del 1 de abril, Gilman estaba muy preocupado porque la fiebre no desaparecía. También le inquietaba lo que sus compañeros de hospedaje decían acerca de su sonambulismo. Parece que se ausentaba frecuentemente de la cama, y los crujidos de la madera del suelo de su habitación a ciertas horas de la noche despertaron más de una vez al huésped de la habitación de abajo. Aquel sujeto habló también del ruido de pies calzados durante la noche; pero Gilman estaba seguro de que en esto se equivocaba, porque sus zapatos y también el resto de la ropa siempre estaban en su sitio por la mañana. En aquella casa vieja y deteriorada podían experimentarse las sensaciones más absurdas. ¿Acaso el propio Gilman no estaba seguro de oír, en pleno día, ciertos ruidos, aparte del rascar de las ratas, procedentes de las negras bóvedas situadas más allá de la pared inclinada y del techo descendente? Sus oídos, de sensibilidad patológica, comenzaron a captar débiles pasos en el desván, cerrado desde

tiempo inmemorial, encima de su habitación, y algunas veces la ilusión de tales pasos tenía un realismo angustioso.

Sin embargo, sabía que su sonambulismo era cierto, pues dos noches habían encontrado vacía su habitación con toda la ropa en su lugar. Se lo había asegurado Frank Elwood, el compañero de estudios, cuya pobreza le había obligado a hospedarse en aquella escuálida casa, de manifiesta impopularidad. Elwood había estado estudiando hasta la madrugada, y subió para que Gilman le ayudara a resolver una ecuación diferencial, encontrándose con que no estaba en su cuarto. Había sido algo atrevido de su parte abrir la puerta, que no estaba cerrada con llave, después de llamar y no recibir respuesta, pero necesitaba ayuda y pensó que a Gilman no le importaría demasiado que lo despertara suavemente. Pero Gilman no estaba allí ninguna de las dos veces, y cuando Elwood le contó lo sucedido se preguntó dónde podía haber estado vagando, descalzo y sólo con sus ropas de dormir. Decidió investigar el asunto si continuaban las noticias acerca de sus paseos sonámbulos, y pensó en esparcir harina sobre el suelo del pasillo para averiguar a dónde se dirigían sus pisadas. La puerta era la única salida concebible, ya que la estrecha ventana daba al vacío.

Avanzado el mes de abril, llegaron a oídos de Gilman, aguzados por la fiebre, las dolientes plegarias de un hombre supersticioso que arreglaba telares llamado Joe Mazurewicz, y cuya habitación se encontraba en la planta baja. \lazurewicz había contado absurdas historias acerca del fantasma de la vieja Keziah y de aquel ser husmeante, peludo y de dientes afilados, afirmando que algunas veces le perseguían de tal manera que sólo su crucifijo de plata (que con ese propósito le había regalado el padre Iwanicki, de la iglesia de San Estanislao) podía darle algún alivio. Ahora rezaba porque se acercaba el Sabbath de las brujas. La víspera del primero de mayo era la Noche de Walpurgis, cuando los espíritus infernales vagaban por la tierra y todos los esclavos de Satanás se congregaban para

entregarse a ritos y actos indecibles. Siempre era una mala fecha en Arkham, aunque la gente de categoría de la avenida Miskatonic y de las High y Saltonstall Streets pretendían no saber nada acerca de ello. Ocurrirían cosas desagradables, y probablemente desaparecerían uno o dos niños. Joe sabía de estas cosas, pues su abuela, en su país de origen, lo había oído de labios de la suya. Lo más prudente era rezar el rosario en este período. Hacía tres meses que ni Keziah ni Brown jekin se habían acercado a la habitación de Joe, ni a la de Paul Choynski, ni a ningún otro sitio, y esto era un mal síntoma. Algo deberían estar tramando.

El día 16, Gilman fue al consultorio del médico y se sorprendió al comprobar que su temperatura no era tan alta como había temido. El médico le interrogó a fondo y le aconsejó que fuese a ver a un especialista de los nervios. Gilman se alegró de no haber consultado al médico de la Universidad, un hombre más inquisitivo. El viejo Waldron, que ya anteriormente le había restringido el trabajo, le hubiera obligado a tomarse un descanso, cosa imposible ahora que estaba a punto de obtener grandes resultados con sus ecuaciones. Se encontraba indudablemente próximo a la frontera entre el universo conocido y la cuarta dimensión, y nadie era capaz de predecir hasta dónde podría llegar.

A veces se preguntaba sobre el motivo de tan extraña confianza, incluso cuando pensaba así. ¿Provenía este peligroso sentido de inminencia de las fórmulas con que cubría tantos papeles día tras día? Los pasos amortiguados, furtivos e imaginarios del clausurado desván le alteraban. Y ahora, además, tenía la creciente sensación de que alguien estaba tratando de persuadirle constantemente de que hiciera algo terrible que no podía hacer. ¿Y el sonambulismo? ¿A dónde iba algunas noches? ¿Qué era aquella leve sugerencia de sonido que a veces parecía vibrar a través de la confusión de rumores identificables, incluso a plena luz del día y en plena vigilia? Su ritmo no correspondía a nada terreno, como no fuera a la

cadencia de uno o dos innombrables cantos de aquelarre, y algunas veces temía que correspondieran a ciertos atributos de los vagos gritos o rugidos oídos en aquellos abismos soñados totalmente extraños.

En tanto los sueños se iban haciendo atroces. En la fase preliminar más ligera la vieja malvada se le aparecía claramente, y Gilman comprendió que era la que le había atemorizado en los barrios pobres. La encorvado espalda, la nariz ganchuda y la barbilla llena de arrugas eran inconfundibles, y sus ropas pardas e informes eran las que él recordaba. La cara de la vieja tenía una expresión de horrible malevolencia y exultación, y cuando Gilman despertaba podía recordar una voz cascada que persuadía y amenazaba. Gilman tenía que conocer al Hombre Negro e ir con ellos hasta el trono de Azatoth, en el mismo centro del Caos esencial. Esto era lo que decía la bruja. Tendría que firmar en el libro de Azatoth con su propia sangre y adoptar un nuevo nombre secreto, ahora que sus investigaciones independientes habían llegado tan lejos. Lo que le impedía ir con ella y Brown Jenkin y el otro al trono del Caos, en torno del cual tocan las agudas flautas descuidadamente, era porque había visto el nombre «Azatoth» en el Necronomicón, y sabía que correspondía a un mal primordial demasiado horrible para ser descrito.

La vieja se materializaba siempre cerca del rincón donde se unían la pared inclinada y el techo descendente. Parecía cristalizarse en un punto más cercano al techo que al suelo, y cada noche se acercaba un poco más y era más visible antes de que el sueño se desvaneciera. También Brown Jenkin estaba un poco más cerca del final, y sus colmillos amarillentos relucían odiosamente en la fosforescencia sobrenatural de color violeta. Su repulsiva risita de tono agudo resonaba continuamente en la cabeza de Gilman, y por la mañana recordaba cómo había pronunciado las palabras «Azatoth» y «Nyarlathotep».

En los sueños más profundos todas las cosas eran también más

visibles, y Gilman tenía la sensación de que los abismos en penumbra crepuscular que le rodeaban eran los de la cuarta dimensión. Los entes orgánicos, cuyos movimientos parecían inconsecuentes y sin motivo, eran probablemente proyecciones de formas vitales procedentes de nuestro propio planeta, incluidos los seres humanos. Lo que fueran los otros en su propia esfera, o esferas dimensionales, no se atrevía a pensarlo. Dos de las cosas movedizas menos incongruentes, un conjunto bastante grande de iridiscentes burbujas esferoidales alargadas, y un poliedro mucho más pequeño de colores desconocidos y ángulos formados por superficies y que cambiaban a gran velocidad, parecían observarle y seguirle de un lado a otro o flotar delante de él a medida que cambiaba de posición entre gigantescos prismas, laberintos, racimos de cubos y planos, y formas que casi eran edificios; y continuamente los gritos y rugidos se hacían cada vez más estentóreos, como si acercaran algún monstruoso clímax de insoportable intensidad.

En la noche del 19 al 20 de abril sucedió algo nuevo. Gilman estaba moviéndose, medio involuntariamente, por los abismos en penumbra con la masa burbujeante y el pequeño poliedro flotando delante, cuando percibió los ángulos de extraña regularidad que formaban los bordes de unos gigantescos grupos de prismas vecinos. Unos segundos después se hallaba fuera del abismo tembloroso, de pie en una rocosa ladera bañada por una intensa y difusa luz de color verde. Estaba descalzo y en ropa de dormir, y cuando trató de andar encontró que apenas podía levantar los pies. Un torbellino de vapor ocultaba todo menos la pendiente inmediata, y se estremeció al pensar en los sonidos que podían surgir de aquel vapor.

Vio entonces dos formas que se le acercaban arrastrándose con gran dificultad: la vieja y la pequeña cosa peluda. La bruja se puso trabajosamente de rodillas y consiguió cruzar los brazos de singular manera, en tanto que Brown jenkin señalaba en cierta dirección con una

zarpa horriblemente antropeide que levantó con evidente dificultad. Movido por un impulso involuntario, Gilman se arrastró en la dirección señalada por el ángulo que formaban los brazos de la bruja y la diminuta garra del diabólico engendro, y antes de dar tres pasos arrastrando los pies se encontró nuevamente en los ensombrecidos abismos. Bullían a su alrededor formas geométricas, y cayó vertiginosa e interminablemente, para acabar despertando en su lecho, en la buhardilla demencialmente inclinada de la vieja casa embrujada.

Por la mañana se sintió sin fuerzas para nada, y no asistió a ninguna de las clases. Alguna desconocida atracción dirigía su vista en una dirección al parecer incongruente. pues no podía evitar el mirar fijamente a cierto punto vacío del suelo. Según fue avanzando el día, su mirada sin vista cambió de situación, y para mediodía había dominado el impulso de contemplar el vacío. A eso de las dos salió a comer, y mientras recorría las angostas callejuelas de la ciudad se encontró girando siempre hacia el sudeste. Con gran es-fuerzo se detuvo en una cafetería de Church Street, y después del almuerzo sintió el misterioso impulso con mayor intensidad.

Tendría que consultar a un especialista de los nervios después de todo, pues tal vez aquello estuviera relacionado con su sonambulismo, pero mientras tanto podría intentar al menos romper por sí mismo el morboso encantamiento. Indudablemente, era aún capaz de resistir el misterioso impulso, de modo que se dirigió deliberadamente y muy decidido hacia el norte por Garrison Street. Cuando llegó al puente que cruza el Miskatonic le corría un sudor frío, y se agarró a la barandilla de hierro mientras contemplaba el islote de mala fama, cuyas regulares ringleras de antiguas piedras en pie parecían cavilar sombríamente en medio del sol de la tarde.

Y algo le sobresaltó entonces. Pues había un ser vivo claramente visible en el desolado islote, y al volver a mirar se dio cuenta de que era la extraña vieja cuyo siniestro aspecto tanto le había impresionado en sus

sueños. También se movían las altas hierbas cerca de ella, como si algún otro ser vivo se estuviese arrastrando por el suelo. Cuando la vieja empezó a volverse hacia él, Gilman huyó precipitadamente del puente y se refugió en el laberinto de callejas del muelle. Aunque el islote estaba a buena distancia, sintió que un maleficio monstruoso e invencible podía brotar de la sardónica mirada de aquella figura encorvado y vieja vestida de marrón.

La atracción hacia el sudeste todavía continuaba, y Gilman tuvo que hacer un gran esfuerzo para arrastrarse hasta la vieja casa y subir las desvencijadas escaleras. Estuvo varias horas sentado, silencioso y enajenado, mientras su mirada se iba volviendo paulatinamente hacia el Oeste. A eso de las seis, su aguzado oído oyó las dolientes plegarias de Joe Mazurewicz dos pisos más abajo; cogió desesperado el sombrero y salió a la calle dorada por el atardecer, dejando que el impulso que lo empujaba hacia el Sudeste lo llevara adonde quisiera. Una hora más tarde la oscuridad le encontró en los campos abiertos que se extendían más allá de Hangmas Brook, mientras las estrellas primaverales parpadeaban sobre su cabeza. El fuerte impulso de andar se estaba transformando gradualmente en anhelo de lanzarse místicamente al espacio, y entonces, repentinamente, supo de dónde procedía la fortísima atracción.

Era del cielo. Un punto definido entre las estrellas ejercía dominio sobre él y lo llamaba. Al parecer era un punto situado en algún lugar entre la Hidra y el Navío Argos, y comprendió que hacia él se había sentido impulsado desde que despertó poco después de amanecer. Por la mañana había estado debajo de él, y ahora se encontraba aproximadamente hacia el sur, pero deslizándose hacia el oeste. ¿Qué significaba esta novedad? ¿Se estaba volviendo loco? ¿Cuánto duraría? Afianzándose en su resolución, dio la vuelta y se encaminó una vez más hacia la siniestra casa.

Mazurewicz le estaba aguardando en la puerta y parecía ansioso y reticente a la vez por susurrarle alguna nueva historia supersticiosa. Se

trataba de la luz maléfica. Joe había participado en los festejos de la noche anterior - era el Día del Patriota en Massachussetts-, regresando a casa después de medianoche. Al mirar hacia arriba desde afuera, le pareció al principio que la ventana de Gilman estaba a oscuras, pero luego vio en el interior el tenue resplandor de color violeta. Quería advertirle sobre ese resplandor, ya que en Arkham todos sabían que era la luz embrujada que rodeaba a Brown Jenkin y al fantasma de la propia bruja. No lo había mencionado antes, pero ahora tenía que decirlo, porque significaba que Keziah y su familiar de largos colmillos andaban detrás del joven. Algunas veces, Paul Chovnski, Dombrowski, el casero, y él habían creído ver el resplandor filtrándose por entre las rendijas del clausurado desván, encima de la habitación que ocupaba el señor, pero los tres habían acordado no hablar del asunto. Sin embargo, más le valdría al señor buscar habitación en algún otro lugar y pedir un crucifijo a algún buen sacerdote como el padre Iwanicki.

Mientras charlaba el buen hombre, Gilman sintió que un pánico desconocido le aferraba la garganta. Sabía que Joe debía estar medio borracho al regresar a casa la noche antes, pero la mención de una luz violácea en la ventana de la buhardilla tenía una espantosa importancia. Aquella era la clase de luz que envolvía siempre a la vieja y al pequeño ser peludo en los sueños más ligeros y claros que precedían a su hundimiento en abismos desconocidos, y la idea de que una persona despierta pudiera ver la soñada luminosidad resultaba inconcebible. Sin embargo, ¿de dónde había sacado aquel hombre tan extraña idea? ¿Acaso no se había limitado él a vagar dormido por la casa, sino que también había hablado? No, Joe dijo que no. Pero tendría que averiguarlo. Tal vez Frank Elwood pudiera decirle algo, aunque le molestaba mucho preguntarle.

Fiebre.... sueños insensatos..., sonambulismo..., ilusión de ruidos.... atracción hacia un punto del cielo.... y ahora la sospecha de decir dormido



cosas de loco... Tenía que dejar de estudiar, ver a un psiquiatra y procurar dominarse. Cuando subió al segundo piso se detuvo ante la puerta de Elwood, pero vio que el otro estudiante había salido. Siguió subiendo a disgusto hasta su habitación, y en ella se sentó a oscuras. Su mirada continuaba sintiéndose atraída hacia el sur, pero también se encontró aguzando el oído para captar algún ruido en el clausurado desván de arriba, y medio imaginando que una maléfica luminosidad violácea se filtraba a través de una rendija muy pequeña del techo inclinado y bajo.

Aquella noche, mientras Gilman dormía, la luz violeta cayó sobre él con inusitada intensidad, y la bruja y el pequeño ser peludo se acercaron más que nunca y se mofaron de él con agudos chillidos inhumanos y diabólicas muecas. Gilman se alegró de hundirse en los abismos crepusculares, aunque la persecución de aquel grupo de burbujas iridiscentes y del pequeño y caleidoscópico poliedro resultaba amenazadora e irritante. Luego sobrevino un cambio, cuando vastas superficies convergentes de una sustancia de aspecto escurridizo aparecieron encima y debajo de él, cambio que culminó con una llamarada de delirio y un resplandor de luz desconocida y extraña, en la cual se mezclaban demencial e inextricablemente el amarillo, el carmesí y el índigo.

Estaba medio tumbado en una alta azotea de fantástica balaustrada que dominaba una infinita selva de exóticos e increíbles picos, superficies planas equilibradas, cúpulas, minaretes, discos horizontales en equilibrio sobre pináculos e innumerables formas aún más descabelladas, unas de piedra, otras de metal, que relucían magníficamente en medio de la compuesta y casi cegadora luz que sobre todo ello derramaba un cielo polícromo. Mirando hacia arriba vio tres discos prodigiosos de fuego, todos ellos de diferente color y situados a distinta altura por encima de un curvado horizonte, infinitamente lejano, de bajas montañas. Detrás de él se elevaban filas de terrazas más altas hasta donde alcanzaba la vista. La

ciudad se extendía a sus pies hasta donde alcanzaba la vista, y Gilman deseó que ningún sonido brotara de ella.

El suelo del cual se levantó fácilmente era de una piedra vetada y bruñida que no pudo identificar, y las baldosas estaban cortadas en formas caprichosas, que más que asimétricas le parecieron estar basadas en alguna simetría irracional, cuyas leyes era incapaz de entender. La balaustrada llegaba hasta el pecho y estaba delicada y fantásticamente forjada, y a lo largo del barandal se veían intercaladas, de trecho en trecho, pequeñas figuras de grotesca concepción y exquisita talla. Las figuras lo mismo que la balaustrada parecían ser de un metal brillante, cuyo color no se podía adivinar en el caos de mezclados fulgores, y cuya naturaleza invalidaba todas las conjeturas. Representaban algún objeto acanalado en forma de barril y con delgados brazos horizontales que salían como radios de rueda de un anillo central y con abultamientos o bulbos que salían de la cabeza y de la base. Cada uno de estos bulbos era el eje de un sistema de cinco brazos, largos, planos, rematados en triángulos dispuestos alrededor del eje, como los brazos de una estrella de mar, casi horizontales, pero ligeramente curvados desde el barril central. La base del bulbo inferior se fundía en el largo barandal con un punto de contacto tan delicado que varias figuras se habían roto y desprendido. Medían éstas alrededor de cuatro pulgadas y media de altura, y los aguzados brazos tenían un diámetro máximo de unas dos pulgadas y media.

Cuando Gilman se levantó, las losas le dieron una sensación de calor en los pies. Estaba completamente solo, y lo primero que hizo fue acercarse a la balaustrada y contemplar con vértigo la infinita y ciclópea ciudad que se extendía a casi dos mil pies por debajo de la terraza. Mientras escuchaba, le pareció que una rítmica confusión de tenues sonidos musicales que recorrían una amplia escala diatónica ascendía desde las estrechas calles de abajo, y deseó poder ver a los habitantes del lugar. Al

cabo de un rato se le nubló la vista, y hubiera caído al suelo de no haberse agarrado instintivamente a la reluciente balaustrada. Su mano derecha fue a dar en una de las figuras que sobresalían, y el contacto pareció infundirle cierta fortaleza. Sin embargo, la presión era excesiva para la exótica delicadeza de aquel objeto metálico, y la figura erizada se le rompió en la mano. Aún medio mareado, continuó apretándola mientras su otra mano se agarraba a un espacio vacío en la lisa balaustrada.

Pero ahora sus oídos hipersensibles captaron algo a sus espaldas, y Gilman volvió la cabeza y miró a través de la horizontal terraza. Vio cinco figuras que se acercaban silenciosamente, aunque sus Movimientos no eran furtivos; dos de ellas eran la vieja y el animalejo peludo y de afilados colmillos. Las otras tres fueron las que le redujeron a la inconsciencia, pues eran representaciones vivas, de unos ocho pies de altura, de las equinodérmicas figuras de la balaustrada, que avanzaban valiéndose de las vibraciones de los brazos inferiores de estrella de mar que agitaban como una araña mueve las patas...

Gilman despertó en la cama, empapado de sudor frío y con una sensación de escozor en la cara, manos y pies. Saltando al suelo, se lavó y vistió con frenética rapidez, como si le fuera indispensable salir de la casa lo antes posible. No sabía adónde quería ir, pero comprendió que tendría que sacrificar las clases otra vez. La extraña atracción hacia aquel punto situado entre la Hidra y el Navío Argo había disminuido, pero otra fuerza todavía más potente la había reemplazado. Ahora notaba que tenía que dirigirse hacia el norte, infinitamente al norte. Sintió miedo de cruzar el puente desde el cual se veía el islote en medio del río Miskatonic, de modo que se dirigió al puente de la avenida Peabody. Tropezaba a menudo, pues ojos y oídos permanecían encadenados a un altísimo punto del vacío cielo azul.

Después de una hora aproximadamente, consiguió un mayor

dominio de sí mismo y vio que se había alejado mucho de la ciudad. Todo cuanto le rodeaba tenía la estéril tristeza de las salinas, y el estrecho camino que se alejaba delante de él conducía a Innsmouth, esa antigua ciudad abandonada que la gente de Arkham estaba, curiosamente poco dispuesta a visitar. Aunque la atracción hacia el norte no había disminuido, la resistió como había aguantado la otra y finalmente acabó por descubrir que casi podía contrarrestarlas una con otra. Regresó a la ciudad y, luego de tomar una taza de café en un bar, se arrastró hacia la biblioteca pública y allí estuvo hojeando distraídamente una serie de revistas amenas. Unos amigos observaron lo quemado que estaba por el sol, pero Gilman no les habló de su paseo. A las tres almorzó algo en un restaurante y observó que la atracción o se había atenuado o se había dividido. Se metió en un cine barato para matar el tiempo, y vio la misma película una y otra vez sin prestarle atención.

A eso de las nueve de la noche volvió a casa y entró en ella lentamente. Joe Mazurewicz estaba allí mascullando oraciones y Gilman subió apresuradamente a su buhardilla sin detenerse para ver si Elwood estaba en casa. Fue al encender la débil luz cuando le atenazó la sorpresa. Vio inmediatamente que sobre la mesa había algo que no debía estar allí, y una segunda ojeada no dejó lugar a dudas. Tumbada sobre un costado, pues no podía tenerse en pie, estaba la exótica y erizada figura que en el monstruoso sueño había arrancado de la fantástica balaustrada. No le faltaba ningún detalle. El asomado centro en forma de barril, los delgados brazos radiados, los abultamientos en los dos extremos y los delgados brazos de estrella de mar, ligeramente curvados hacia afuera, que salían de aquellos abultamientos; todo estaba allí. A la luz de la bombilla, el color parecía ser una especie de gris iridiscente veteado de verde; y Gilman pudo ver, en medio de su horror y de su asombro, que uno de los abultamientos acababa en un borde irregular y roto correspondiente al anterior punto de

unión con la soñada balaustrada.

Tan sólo el estar próximo al estupor le impidió gritar. Aquella fusión de sueño y realidad resultaba imposible de soportar. Aturdido, tomó el objeto bajó tambaleándose a la habitación de Dombrowski, el casero. Las dolientes plegarias del supersticioso Mazurewicz se oían todavía en los húmedos pasillos, pero a Gilman ya le tenían sin cuidado. Dombrowski estaba en casa y le acogió amablemente. No, no había visto nunca aquel objeto y nada sabía acerca de ello. Pero su mujer le había dicho que había encontrado una cosa rara de latón en una de las camas cuando limpiaba a mediodía, y tal vez fuera aquello. Dombrowski llamó a su mujer y ella entró contoneándose como un pato. Sí, era aquello. Lo había encontrado en la cama del señor, en la parte más cercana a la pared. Le había parecido raro, pero, claro, el señor tenía tantas cosas raras en la habitación, libros, objetos curiosos, cuadros... Desde luego, ella no sabía nada acerca de aquella figura.

De modo que Gilman volvió a subir las escaleras más desconcertado que nunca, convencido de que estaba todavía soñando o de que su sonambulismo le había llevado a extremos inconcebibles y a robar en lugares desconocidos. ¿En dónde habría cogido aquel extraño objeto? No recordaba haberlo visto en ningún museo de Arkham. Claro que de algún sitio había tenido que salir; y el verlo mientras lo cogía en sueños debía haber provocado la escena de la terraza con la balaustrada. Al día siguiente haría algunas cautelosas indagaciones, e iría a consultar al especialista en enfermedades nerviosas.

En tanto, trataría de vigilar su sonambulismo. Al subir al piso de arriba y cruzar el pasillo de la buhardilla, esparció en el suelo algo de harina que había pedido prestada al casero después de explicarle francamente para qué la quería. Entró en su cuarto, puso el aguzado objeto sobre la mesa .se echó en la cama, completamente agotado mental v

físicamente, sin detenerse para desnudarse. Desde el hermético desván le llegó el apagado rumor de uñas y pasos de patas, diminutas, pero se encontraba demasiado cansado para preocuparse por ello. Aquella misteriosa atracción hacia el norte comenzaba de nuevo a ser fuerte, aunque ahora parecía proceder de un lugar del cielo mucho más cercano.

A la cegadora luz violeta del sueño, la vieja y el pequeño ser peludo de afilados colmillos se presentaron de nuevo, con mayor claridad que en ninguna ocasión anterior. Esta vez llegaron hasta él, y Gilman sintió que las secas garras de la bruja le agarraban. Sintió también que le sacaban violentamente de la cama y le conducían al vacío espacio, y durante un momento oyó los rítmicos rugidos y vio el amorfo crepúsculo de los abismos difusos que hervían a su alrededor. Pero el momento fue fugaz, pues inmediatamente se encontró en un pequeño y descuidado recinto limitado por vigas y tablones sin cepillar que se elevaban para juntarse en ángulo por encima de él y formaban un curioso declive bajo sus pies. En el suelo había cajones achatados colmados de libros muy antiguos en diversos estados de conservación, y en el centro había una mesa y un banco, al parecer sujetos al suelo. Encima de los cajones había una serie de pequeños objetos de forma y uso desconocidos, y a la brillante luz violeta Gilman creyó ver un duplicado de la erizada figura que tanto le había intrigado. A la izquierda, el suelo bajaba bruscamente dejando un hueco negro y triangular del cual surgió, tras un segundo de secos ruidos, el odioso ser peludo de amarillentos colmillos y barbado rostro humano.

La bruja, con una horrible mueca, todavía le tenía agarrado, y al otro lado de la mesa estaba en pie una figura que Gilman no había visto nunca, un hombre alto y enjuto de piel negrísima, aunque sin el menor rasgo negroide en sus facciones, completamente desprovisto de pelo o barba, y que COMO única indumentaria llevaba una túnica informe de pesada tela negra. No se le veían los pies a causa de la mesa y el banco,

pero debía de ir calzado, pues cuando se movía se oía ruido como de zapatos. No hablaba, ni había expresión alguna en su rostro.

Unicamente señaló un libro de prodigioso tamaño que estaba abierto sobre la mesa en tanto que la bruja le ponía a Gilman en la mano derecha una inmensa pluma de ave color gris. Se respiraba un clima de miedo aterrador, y se llegó a la culminación cuando el ser peludo trepó hasta el hombro de Gilman agarrándose a sus ropas, descendió por su brazo izquierdo y finalmente le hundió los colmillos en la muñeca justo por debajo del puño de la camisa. Cuando brotó la sangre, Gilman se desmayó.

Se despertó el día 22 con la muñeca izquierda dolorida y vio que el puño de la camisa estaba manchado de sangre seca. Sus recuerdos eran muy confusos, pero la escena del hombre negro en el espacio desconocido permanecía muy clara en su memoria. Supuso que las ratas le habían mordido mientras dormía, provocando el desenlace del terrible sueño. Abrió la puerta y vio que la harina que había esparcido sobre el suelo del pasillo estaba intacta, exceptuando las enormes pisadas del hombre que se hospedaba en el otro extremo de la buhardilla. De modo que esta vez no había andado en sueños. Pero algo tenía que hacer para acabar con las ratas. Hablaría con el dueño. Una vez más trató de tapar el agujero de la parte baja de la pared inclinada metiendo a presión una vela que parecía tener el tamaño indicado. Le zumbaban los oídos terriblemente, como con el eco de algún espantoso ruido percibido en sueños.

Mientras se bañaba y mudaba de ropa, trató de recordar qué había soñado después de la escena que vio en el espacio iluminado de violeta, pero en su mente no cristalizó nada concreto. La escena debía haber correspondido al desván clausurado de arriba, que tan violentamente había comenzado a obsesionarle, pero las impresiones posteriores eran débiles y confusas. Percibió señales de vagos abismos envueltos en una luz crepuscular, y de otros aún más vastos y oscuros que quedaban más allá,

abismos sin ninguna sugerencia fija. Le habían llevado hasta allí los grupos de burbujas y el pequeño poliedro que siempre se le escapaba; pero ellos, como él mismo, se habían transformado en jirones de niebla en aquel vacío ulterior de oscuridad definitiva. Algo le había precedido, un jirón mayor que a veces se condensaba y adquiría una forma vaga, y Gilman pensó que su avance no se había producido en línea recta, sino más bien a lo largo de las curvas y espirales de alguna vorágine etérea que obedecía a leyes desconocidas para la física y las matemáticas de cualquier cosmos concebible. Finalmente, hubo una insinuación de inmensas sombras que saltaban, de una monstruosa pulsación semiacústica y del monótono sonido de flautas invisibles; pero nada más. Gilman llegó a la conclusión de que esto último procedía de lo que había leído en el *Necronomicón* acerca de la insensata entidad, Azatoth, que impera sobre el tiempo y el espacio desde un negro trono en el centro del Caos.

Cuando se lavó la sangre de la muñeca, comprobó que la herida era muy leve y Gilman sintió curiosidad por la posición de los dos diminutos pinchazos. Se dio cuenta que no había sangre en la sábana donde había estado acostado, un hecho muy raro considerando la gran cantidad que manchaba su piel y el puño de la camisa. ¿Habría estado caminando dormido por la habitación y la rata le había mordido mientras estaba sentado en una silla, o detenido en alguna posición menos lógica? Examinó todos los rincones buscando manchas de sangre, pero no encontró ninguna. Pensó que tendría que esparcir harina en la habitación además de hacerlo en el pasillo, aunque, después de todo, no necesitaba más pruebas de su sonambulismo. Sabía que caminaba dormido, y debía curarse de ello. Tendría que pedirle a Frank Elwood que le ayudara. Aquella mañana, los extraños impulsos procedentes del espacio parecían menos fuertes, describir lo que escuchó, su voz se convirtió en un susurro inaudible.

Elwood no podía imaginar qué había impulsado a los supersticiosos



a murmurar, pero suponía que sus imaginaciones respondían al continuo trasnochar de Gilman, a su sonambulismo y a la proximidad de la Noche de Walpurgis, tradicionalmente temida. Era evidente que Gilman hablaba dormido y al escuchar por el ojo de la cerradura, Desrochers había imaginado lo de la luz violácea. Esas gentes ignorantes estaban siempre dispuestas a suponer que habían visto cualquier cosa extraña de la que hubieran oído hablar. En cuanto a un plan de acción, lo mejor sería que Gilman se trasladara a la habitación de Elwood y evitara dormir solo. Si empezaba a hablar o se levantaba dormido, Elwood le despertaría, si es que él estaba despierto. Además, debía ver a un psiquiatra con urgencia. En tanto llevarían la figura a varios museos y a ciertos profesores para tratar de identificarla diciendo que la habían encontrado en un montón de escombros. Y Dombrowski tendría que poner veneno para acabar con aquellas ratas.

Reconfortado por la compañía de Elwood, Gilman asistió a clase aquel día. Continuaban acosándole extraños impulsos, pero consiguió vencerlos con considerable éxito. Durante un descanso mostró la extraña figura a varios profesores que se mostraron profundamente interesados, aunque ninguno de ellos pudo arrojar ninguna luz sobre su naturaleza u origen. Aquella noche durmió en un diván que Elwood le pidió al patrón que subiera a la segunda planta, y por primera vez en varias semanas durmió completamente libre de pesadillas. Pero continuaba teniendo algo de fiebre, y los rezos de Mazurewicz seguían molestándole.

En los días sucesivos, Gilman se vio casi totalmente libre de síntomas morbosos. Elwood le dijo que no había manifestado ninguna tendencia a hablar o a levantarse dormido;

en tanto, el patrón estaba poniendo veneno contra las ratas por todas partes. El único elemento perturbador era la charla de los supersticiosos extranjeros, cuya imaginación se encontraba muy excitada. Mazurewicz

insistía en que debía conseguir un crucifijo, y finalmente le obligó a aceptar uno que había sido bendecido por el buen padre Iwanicki. También Desrochers tuvo algo que decir; insistió en que había oído pasos cautelosos en el cuarto vacío que quedaba encima del suyo las primeras noches que Gilman se había ausentado de él. Paul Choynski creía oír ruidos en los pasillos y escaleras por la noche, y aseguró que alguien había tratado de abrir suavemente la puerta de su habitación, en tanto que Mrs. Dombrowski juraba que había visto a Brown Jenkin por primera vez desde la noche de Todos los Santos. Pero estos ingenuos informes poco significaban y Gilman dejó el barato crucifijo de metal colgando del tirador de un cajón de la cómoda de su amigo.

Durante tres días Gilman y Elwood recorrieron los museos locales tratando de identificar la extraña imagen erizada, pero siempre sin éxito. Sin embargo, el interés que provocaba era enorme, pues constituía un tremendo desafío para la curiosidad científica la completa extrañeza del objeto. Uno de los pequeños brazos radiados se rompió; lo sometieron a análisis químico, y el profesor Ellery encontró platino, hierro y telurio en la aleación, pero mezclados con ellos había al menos otros tres elementos de elevado peso atómico que la química era incapaz de clasificar. No solamente no correspondían a ningún elemento conocido, sino que ni siquiera encajaban en los lugares reservados para probables elementos en el sistema periódico. El misterio sigue hoy sin resolver, aunque la figura está expuesta en el museo de la Universidad Miskatónica.

En la mañana del 27 de abril apareció un nuevo agujero hecho por las ratas en la habitación en que se hospedaba aunque les reemplazó otra sensación todavía más inexplicable. Era un vago e insistente impulso de escapar de su actual estado, sin ninguna sugerencia de la dirección concreta en que deseaba huir. Cuando cogió la extraña figura que tenía sobre la mesa, le pareció que la antigua atracción del norte se hacía más intensa,

pero, aun así, ésta quedaba dominada por la nueva y asombrosa necesidad.

Llevó la erizada imagen a la habitación de Elwood, tratando de no escuchar las dolientes plegarias del reparador de telares, que subían desde la planta baja. Elwood estaba allí, gracias a Dios, y al parecer se movía por su cuarto. Tenían tiempo para charlar un rato antes de salir para desayunar e ir al Colegio, y Gilman le contó apresuradamente sus recientes sueños y temores. Su amigo se mostró muy comprensivo y estuvo de acuerdo en que había que hacer algo. Le impresionó el aspecto enfermizo que presentaba su compañero y notó que estaba muy quemado por el sol, como otros lo habían notado la semana anterior. Sin embargo, no fue mucho lo que pudo decirle. No había visto a Gilman andar en sueños, y no tenía la menor idea de lo que podía ser la curiosa imagen. Pero había oído al canadiense francés que se hospedaba debajo de Gilman conversando con Mazurewicz una noche. Hablaban del temor que les inspiraba la próxima Noche de Walpurgis, para la que sólo faltaban pocos días, e intercambiaban comentarios compasivos sobre el pobre y predestinado Gilman. Desrochers se había referido a los pasos nocturnos de pies calzados y descalzos que resonaban en el techo de su cuarto, que quedaba debajo del de Gilman, y a la luz violácea que había visto una noche en que se había decidido a subir para fisgar a través del ojo de la cerradura de la puerta de Gilman. Pero, según dijo a Mazurewicz, no se había atrevido a mirar cuando había percibido aquella luz por las rendijas de la puerta. También había oído hablar en voz baja, pero cuando empezó a describir lo que escuchó, su voz se convirtió en un susurro inaudible.

Elwood no podía imaginar qué había impulsado a los supersticiosos a murmurar, pero suponía que sus imaginaciones respondían al continuo trasnochar de Gilman, a su sonambulismo y a la proximidad de la Noche de Walpurgis, tradicionalmente temida. Era evidente que Gilman hablaba dormido y al escuchar por el ojo de la cerradura, Desrochers había

imaginado lo de la luz violácea. Esas gentes ignorantes estaban siempre dispuestas a suponer que habían visto cualquier cosa extraña de la que hubieran oído hablar. En cuanto a un plan de acción, lo mejor sería que Gilman se trasladara a la habitación de Elwood y evitara dormir solo. Si empezaba a hablar o se levantaba dormido, Elwood le despertaría, si es que él estaba despierto. Además, debía ver a un psiquiatra con urgencia. En tanto llevarían la figura a varios museos y a ciertos profesores para tratar de identificarla diciendo que la habían encontrado en un montón de escombros. Y Dombrowski tendría que poner veneno para acabar con aquellas ratas.

Reconfortado por la compañía de Elwood, Gilman asistió a clase aquel día. Continuaban acosándole extraños impulsos, pero consiguió vencerlos con considerable éxito. Durante un descanso mostró la extraña figura a varios profesores que se mostraron profundamente interesados, aunque ninguno de ellos pudo arrojar ninguna luz sobre su naturaleza u origen. Aquella noche durmió en un diván que Elwood le pidió al patrón que subiera a la segunda planta, y por primera vez en varias semanas durmió completamente libre de pesadillas. Pero continuaba teniendo algo de fiebre, y los rezos de Mazurewicz seguían molestándole.

En los días sucesivos, Gilman se vio casi totalmente libre de síntomas morbosos. Elwood le dijo que no había manifestado ninguna tendencia a hablar o a levantarse dormido; en tanto, el patrón estaba poniendo veneno contra las ratas por todas partes. El único elemento perturbador era la charla de los supersticiosos extranjeros, cuya imaginación se encontraba muy excitada. Mazurewicz insistía en que debía conseguir un crucifijo, y finalmente le obligó a aceptar uno que había sido bendecido por el buen padre Iwanicki. También Desrochers tuvo algo que decir; insistió en que había oído pasos cautelosos en el cuarto vacío que quedaba encima del suyo las primeras noches que Gilman se había

ausentado de él. Paul Choynski creía oír ruidos en los pasillos y escaleras por la noche, y aseguró que alguien había tratado de abrir suavemente la puerta de su habitación, en tanto que Mrs. Dombrowski juraba que había visto a Brown jenkin por primera vez desde la noche de Todos los Santos. Pero estos ingenuos informes poco significaban y Gilman dejó el barato crucifijo de metal colgando del tirador de un cajón de la cómoda de su amigo.

Durante tres días Gilman y Elwood recorrieron los museos locales tratando de identificar la extraña imagen erizada, pero siempre sin éxito. Sin embargo, el interés que provocaba era enorme, pues constituía un tremendo desafío para la curiosidad científica la completa extrañeza del objeto. Uno de los pequeños brazos radiados se rompió; lo sometieron a análisis químico, y el profesor Ellery encontró platino, hierro y telurio en la aleación, pero mezclados con ellos había al menos otros tres elementos de elevado peso atómico que la química era incapaz de clasificar. No solamente no correspondían a ningún elemento conocido, sino que ni siquiera encajaban en los lugares reservados para probables elementos en el sistema periódico. El misterio sigue hoy sin resolver, aunque la figura está expuesta en el museo de la Universidad Miskatónica.

En la mañana del 27 de abril apareció un nuevo agujero hecho por las ratas en la habitación en que se hospedaba Gilman, pero Dombrowski lo tapó durante el día. El veneno no estaba produciendo mucho efecto, pues se continuaban oyendo carreras y rasgueos en el interior de las paredes.

Elwood volvió tarde aquella noche y Gilman se quedó levantado esperándole. No quería dormir solo en una habitación, especialmente porque al atardecer le había parecido ver a la repulsiva vieja cuya imagen se había trasladado de manera tan horrible a sus sueños. Se preguntó quién sería y qué habría estado cerca de ella golpeando una lata en un montón de basura que había a la entrada de un patio miserable. La bruja pareció verle

y dedicarle una maliciosa mueca, aunque esto quizá fue cosa de su imaginación.

Al día siguiente, los dos muchachos estaban muy cansados y comprendieron que dormirían como troncos cuando llegara la noche. Por la tarde hablaron de los estudios matemáticos que tan completa y quizá perjudicialmente habían absorbido a Gilman, y especularon acerca de su conexión con la antigua magia y con el folklore, cosa que parecía oscuramente probable. Hablaron de la bruja Keziah Mason, y Elwood convino en que Gilman tenía buenas razones científicas para pensar que la vieja podía haber tropezado casualmente con conocimientos extraños e importantes. Los cultos secretos a que se entregaban estas hechiceras guardaban y transmitían frecuentemente secretos sorprendentes desde antiguas,,, olvidadas épocas; y no era de ninguna manera imposible que Kezhiah hubiera dominado el arte de atravesar los muros dimensionales. La tradición subraya la inutilidad de las barreras materiales para detener los movimientos de una bruja, y ¿quién puede decir qué hay en el fondo de las antiguas leyendas que hablan de viajes a lomos de una escoba a través de la noche?

Faltaba por ver si un estudiante moderno podía adquirir poderes similares tan sólo mediante investigaciones matemáticas. Conseguirlo, según Gilman, podía conducir a situaciones peligrosas e inconcebibles, pues ¿quién podría predecir las condiciones imperantes en una dimensión adyacente pero normalmente inalcanzable? Por otra parte, las posibilidades pintorescas eran enormes. El tiempo podía no existir en ciertas franjas del espacio, y al entrar y permanecer en ellas se podría conservar la vida y la edad indefinidamente, sin padecer jamás metabolismo o deterioro orgánico, excepto en cantidades insignificantes y como resultado de las visitas al propio planeta o a otros similares. Por ejemplo, se podría pasar a una dimensión sin tiempo y volver de ella tan joven como antes en un período

remoto de la historia de la Tierra.

Resultaba imposible conjeturar si alguien había intentado conseguirlo. Las leyendas son vagas y ambiguas, y en épocas históricas todas las tentativas de cruzar espacios prohibidos parecen estar mezcladas a extrañas y terribles alianzas con seres y mensajeros del exterior. Existía la figura inmemorial del delegado o mensajero de poderes ocultos y terribles, el «Hombre Negro» de los aquelarres y el «Niarlathotep» del *Necronomicón*. Existía también el desconcertante problema de los mensajeros inferiores o intermediarios, esos seres semianimales y extraños híbridos que la leyenda nos presenta como familiares de las hechiceras. Cuando Gilman y Elwood se fueron a acostar, demasiado cansados para continuar hablando, oyeron a Joe Mazurewicz entrar tambaleándose en la casa, medio borracho, y se estremecieron al oír los tonos angustiados de sus plegarias.

Aquella noche Gilman volvió a ver la luz violeta. Oyó en sueños rascar y mordisquear al otro lado de la pared, y le pareció que alguien trataba torpemente de abrir la puerta. Y entonces vio a la bruja y al pequeño ser peludo avanzando hacia él por la alfombra. El rostro de la hechicera estaba iluminado por una inhumana exultación y el pequeño monstruo de colmillos amarillentos dejaba oír su apagada risita burlona mientras señalaba la forma de Elwood, profundamente dormido en el diván del extremo opuesto de la habitación. El temor le paralizó y le impidió gritar. Como en otra ocasión, la horrenda bruja agarró a Gilman por los hombros, lo sacó de la cama de un tirón y lo dejó flotando. De nuevo, una infinidad de abismos rugientes pasaron ante él como un rayo, pero al cabo de unos instantes le pareció encontrarse en un callejón oscuro, fangoso, desconocido y hediondo con paredes de casas viejas y medio podridas alzándose en torno suyo por todos lados.

Delante de él estaba el hombre negro de flotantes vestiduras que

había visto en el espacio poblado de picos de su otro sueño, en tanto que la hechicera, más cerca de él, le hacía señales y muecas imperiosas para que se acercara. Brown jenkin se estaba restregando con una especie de cariño juguetón contra los tobillos del hombre negro ocultos en gran parte por el barro. A la derecha había una puerta abierta que el hombre negro señaló silenciosamente. La bruja echó a andar sin que se borrara su mueca, arrastrando a Gilman por las mangas del pijama. Subieron una escalera que crujía amenazadoramente y sobre la cual la hechicera parecía proyectar una tenue luz violácea, y finalmente se detuvieron ante una puerta que se abría en un rellano. La hechicera anduvo en el picaporte y abrió la puerta, indicando a Gilman que aguardara y desapareciendo en el interior.

El oído hipe'rsensible del muchacho captó un espeluznante grito ahogado, y pasados unos momentos, la bruja salió de la habitación llevando una pequeña forma inerte que tendió a Gilman como ordenándole que lo cogiera. La vista de este bulto y la expresión de su rostro rompieron el encanto. Aún demasiado aturdido para gritar, se precipitó imprudentemente por la ruidosa escalera hasta llegar al barro de la calle, deteniéndose sólo cuando le encontró y le sofocó el hombre negro que allí aguardaba. Poco antes de perder el sentido, oyó la aguda risita del pequeño monstruo de afilados colmillos, semejante a una rata deforme.

La mañana del día 29, Gilman se despertó sumido en una vorágine de horror. En el mismo instante en que abrió los ojos se dio cuenta de que algo horrible había ocurrido, pues se encontraba en su vieja buhardilla de paredes y techo inclinados, tendido sobre la cama deshecha. Le dolía el cuello inexplicablemente, y cuando con un gran esfuerzo se sentó en la cama, vio con espanto que tenía los pies y la parte baja del pijama manchados de barro seco. A pesar de lo nebuloso de sus recuerdos, supo que había estado andando dormido. Elwood debía haber estado demasiado profundamente dormido para oírle y detenerle. Vio sobre el suelo confusas



pisadas y manchas de barro, que, curiosamente, no llegaban hasta la puerta. Cuanto más las miraba, más extrañas le parecían, pues, además de las que reconoció como suyas había unas marcas más pequeñas, casi redondas, como las que podían dejar las patas de una silla o de una mesa, con la salvedad de que la mayoría estaban partidas por la mitad. También había curiosos rastros de barro dejados por ratas que partían de un nuevo agujero de la pared y a él volvían. Un total asombro y el miedo a la locura atormentaban a Gilman cuando se encaminó hasta la puerta tambaleándose, y vio que al otro lado no había huellas. Cuanto más recordaba su horrible sueño, más terror sentía, y los lúgubres rezos de Mazurewicz dos pisos más abajo acrecentaron su desesperación. Bajó a la habitación de Elwood, le despertó y comenzó a contarle lo sucedido, pero Elwood no podía imaginar lo que había ocurrido. ¿Dónde podía haber estado Gilman? ¿Cómo había regresado a su cuarto sin dejar huellas en el pasillo? ¿Cómo se habían mezclado las manchas de barro con aspecto de huellas de muebles con las suyas en la buhardilla? Eran preguntas que no tenían respuesta. Luego estaban aquellas oscuras marcas lívidas del cuello, como si hubiera tratado de ahorcarse. Se las tocó con las manos, pero vio que no se ajustaban a ellas ni siquiera aproximadamente. Mientras hablaban, entró Desrochers para decirle que habían oído un tremendo estrépito en el piso de arriba a altas horas de la noche. No, nadie había subido la escalera después de las doce, aunque poco antes había oído pasos apagados en la buhardilla, y también otros que bajaban cautelosamente y que habían despertado sus sospechas. Añadió que era una época del año muy mala para Arkham. Sería mejor que Gilman llevara siempre el crucifijo que Joe Mazurewicz le había dado. Ni siquiera durante el día se estaba seguro; después del amanecer se habían oído unos ruidos extraños, especialmente el grito agudo de un niño, rápidamente sofocado.

Gilman asistió a clase mecánicamente aquella mañana, pero le fue

imposible concentrarse en los estudios. Se sentía poseído de un indecible temor y de una especie de expectación Y parecía estar aguardando algún golpe demoledor. A mediodía almorzó en el University Spa, y cogió un periódico del asiento de al lado mientras esperaba el postre. Pero no llegó a comerlo nunca, pues una noticia de la primera página del periódico le dejó sin fuerzas y con la mirada desvariada y sólo fue capaz de pagar la cuenta y volver a la habitación de Elwood con pasos vacilantes.

La noche anterior se había producido un extraño secuestro en Ornes Gangway; un niño de dos años, hijo de una obrera llamada Anastasia Wolejko que trabajaba en una lavandería había desaparecido sin dejar rastro. La madre, al parecer, temía tal acontecimiento desde hacía algún tiempo, pero los motivos que aducía para explicar sus temores fueron tan grotescos que nadie los tomó en serio. Dijo que había visto a Brown jenkin rondando su casa de vez en cuando desde principios de marzo, y que sabía, por sus muecas y risas, que su pequeño Ladislav estaba señalado para el sacrificio en el aquelarre de la Noche de Walpurgis. Había pedido a su vecina, Mary Czanek, que durmiera en su cuarto y tratara de proteger al niño, pero Mary no se había atrevido. No pudo recurrir a la policía, porque no creían en tales cosas. Todos los años se llevaban a algún niño de esta forma, desde que ella podía recordar. Y su amigo Pete Stowacki no había querido ayudarla, porque deseaba librarse del niño.

Pero lo que más impresionó a Gilman fueron las declaraciones de un par de trasnochadores que pasaron caminando por la entrada del callejón poco después de medianoche. Reconocieron que estaban bebidos, pero ambos aseguraron haber visto a tres personas vestidas de manera estrafalaria entrando en el callejón. Una de ellas, según dijeron, era un negro gigantesco envuelto en una túnica, la otra una vieja andrajosa y el tercero un muchacho blanco con su ropa de dormir. La vieja arrastraba al muchacho, y una rata mansa iba restregándose contra los tobillos del negro

y hundiéndose en el barro de color oscuro.

Gilman permaneció sentado toda la tarde sumido en estupor, y Elwood, que ya había leído los periódicos y conjeturado ideas terribles con lo que allí se decía, así le encontró cuando llegó a casa. Esta vez no podían dudar de que algo muy grave había ocurrido y los estaba amenazando. Entre los fantasmas de las pesadillas y las realidades del mundo objetivo se estaba cristalizando una monstruosa e inconcebible relación, y solamente una intensísima vigilancia podría evitar acontecimientos todavía más horrorosos. Gilman tenía que consultar a un psiquiatra, antes o después, pero no precisamente ahora cuando todos los periódicos se ocupaban del rapto.

Lo que había sucedido era muy enigmático, y por el momento tanto Gilman como Elwood suponían en voz baja las cosas más descabelladas. ¿Acaso Gilman había conseguido inconscientemente un éxito mayor del que suponía, con sus estudios sobre el espacio y sus dimensiones? ¿Había salido realmente de nuestro entorno terrestre, para llegar a lugares no adivinados e inimaginables? ¿En dónde había estado, si es que había estado en algún sitio, aquellas noches de demoníaco extrañamiento? Los abismos en penumbra resonando con sonidos terribles, la loma verde, la terraza abrasadora, la atracción de las estrellas, el negro torbellino final, el hombre negro, el callejón embarrado y la escalera, la vieja bruja y el horror peludo de afilados colmillos, los grupos de burbujas y el pequeño poliedro, el extraño tostado de su piel, la herida de la muñeca, la imagen inexplicada, los pies manchados de barro, las señales en el cuello, las leyendas y temores de los extranjeros supersticiosos..., ¿qué significaba todo aquello? ¿Hasta qué punto podían aplicarse a un caso semejante las leyes de la cordura?

Ninguno de los dos pudo conciliar el sueño aquella noche, pero al día siguiente no fueron a clase y estuvieron dormitando durante horas. Eso

fue el 30 de abril; con el crepúsculo llegaría la diabólica hora del aquelarre que todos los extranjeros y los viejos supersticiosos temían. Mazurewicz regresó a casa a las seis de la tarde con la noticia de que la gente susurraba en el molino que el aquelarre tendría lugar en el oscuro barranco al otro lado de Meadow Hill, donde se levanta la antigua piedra blanca, en un paraje extrañamente desprovisto de toda vegetación. Algunos habían informado a la policía aconsejando que buscaran allí al desaparecido niño de la Wolejko, aunque no creían que se hiciera nada. Joe insistió en que el joven estudiante no dejara de llevar el crucifijo que colgaba de la cadena de níquel, y Gilman le obedeció para complacerle dejando que le pendiera por debajo de la camisa.

Avanzada la noche, los dos muchachos estaban sentados medio dormidos en sus sillas, arrullados por los rezos del mecánico de telares en el piso de abajo. Gilman escuchaba a la par que cabeceaba, y sus oídos, sobrenaturalmente agudizados, parecían esforzarse en captar algún sutil y temido murmullo casi apagado por los ruidos de la vieja casa. Recuerdos malsanos de cosas leídas en el *Necronomicón* y en el *Libro Negro* brotaron en su mente, y se encontró balanceándose ajustando los movimientos a execrables ritmos supuestamente pertenecientes a las más grotescas ceremonias del aquelarre, cuyo origen se decía se remontaba a un tiempo y a un espacio ajenos a los nuestros.

Al cabo se dio cuenta de que estaba tratando de escuchar los infernales cánticos de los celebrantes en el distante y tenebroso valle. ¿Cómo sabía él tanto acerca de la cuestión? ¿Cómo conocía la hora en que Nahab y su acólito iban a aparecer con la rebosante vasija que seguiría al gallo y a la cabra negros? Vio que Elwood se había quedado dormido y trató de llamarle para que despertara. Pero algo le cerró la garganta. No era dueño de sí mismo. ¿Acaso habría firmado en el libro del hombre negro después de todo?

Y, entonces, su febril y anormal sentido del oído captó las lejanas notas llegadas en alas del viento. A través de millas de colinas, de prados y de callejones, llegaron hasta él, y las reconoció pese a todo. La hoguera ya estaría encendida y los danzarines dispuestos a iniciar el baile. ¿Cómo evitar el marchar hacia allí? ¿En qué red había caído? Las matemáticas, las leyendas, la casa, la vieja Keziah, Brown jenkin... y ahora advirtió que había un agujero recién abierto por las ratas en la pared cerca de su diván. Por encima de los distantes cánticos y de las más cercanas preces de Mazurewicz oyó otro ruido: el sonido de algo que escarbaba furtivamente, pero con decisión, en la pared. Temió que fuera a fallar la luz eléctrica. Y entonces vio la colmilluda y barbada carita asomando por el agujero de las ratas, la maldita cara que acabó por darse cuenta de que se parecía sorprendente y burlonamente a la de la hechicera, y oyó el rumor de alguien que andaba en la puerta. Estallaron ante él los abismos oscuros y llenos de gritos, y se sintió inerme en la presa informe de las agrupaciones iridiscentes de burbujas. Ante él, corría velozmente el pequeño poliedro caleidoscópico y en todo el vacío envuelto en turbulencia se percibió un aumento y una aceleración de la vaga configuración tónica que parecía presagiar un clímax indecible e inaguantable. Le pareció saber lo que iba a ocurrir: la monstruosa explosión del ritmo de Walpurgis, en cuyo cósmico timbre se concentrarían todos los torbellinos primitivos y postreros del espacio-tiempo que yacen más allá de las masas de materia y algunas veces trascienden en medidas reverberaciones y penetran levemente todos los niveles de entidad dando un espantable significado en todos los mundos a ciertos temidos períodos.

Pero todo se desvaneció en un segundo. Ahora estaba otra vez en el espacio angosto y picudo bañado por una luz violácea, con el suelo inclinado, las cajas de libros, el banco y la mesa, los extraños objetos y el abismo triangular a cada lado. Sobre la mesa había una figura blanca y

pequeña, la figura de un niño desnudo e inconsciente, y al otro lado estaba la monstruosa vieja de horrible expresión con un brillante cuchillo de grotesco mango en la mano derecha y un cuenco de metal de color claro, de extrañas proporciones, curiosos dibujos cincelados y delicadas asas laterales, en la izquierda. Entonaba alguna especie de cántico ritual en una lengua que Gilman no pudo entender, pero que parecía algo citado cautelosamente en el *Necronomicón*.

A medida que la escena se aclaraba, Gilman vio a la hechicera inclinarse hacia delante y extender el bol vacío a través de la mesa. Incapaz de dominar sus emociones, Gilman alargó los brazos, tomó el cuenco con ambas manos y advirtió al hacerlo que pesaba poco. En el mismo momento, el repulsivo Brown Jenkin trepó sobre el borde del triangular vacío negro de la izquierda. La bruja le hizo señas a Gilman de que mantuviera el cuenco en determinada posición, mientras ella alzaba el enorme y grotesco cuchillo hasta donde se lo permitió su mano derecha sobre la pequeña víctima. El ser peludo de afilados colmillos continuó el desconocido ritual riendo entre dientes, en tanto que la bruja mascullaba repulsivas respuestas. Gilman sintió que un profundo asco dominaba su parálisis mental y emotiva, y que el cuenco de liviano metal le temblaba en las manos. Un segundo más tarde el rápido descenso del cuchillo rompía el encantamiento y Gilman dejaba caer el cuenco con ruido semejante al tañido de una campana en tanto que sus dos manos se agitaban frenéticamente para detener el monstruoso acto.

En un instante llegó hasta el borde del piso en declive, rodeando la mesa, y arrancó el cuchillo de las garras de la bruja arrojándolo por el agujero del angosto abismo triangular. Pero, pasados unos instantes, las garras asesinas se cerraban sobre su cuello, en tanto que la arrugada cara adquiría una expresión de enloquecida furia. Sintió que la cadena del crucifijo barato se le hundía en la carne, y en medio del peligro se presentó

cómo afectaría la vista del objeto a la diabólica vieja. La fuerza de la hechicera era completamente sobrehumana, pero mientras ella trataba de estrangularle, Gilman se abrió la camisa con esfuerzo y tirando del símbolo de metal, rompió la cadena y lo dejó libre.

Al ver la cruz, la bruja pareció ser víctima del pánico y aflojó su presa lo suficiente como para que Gilman pudiera zafarse de ella. Se liberó de las garras que le atenazaban el cuello y hubiera arrastrado a la bruja hasta el borde del abismo si aquellas garras no hubieran recobrado nuevas fuerzas para cerrarse de nuevo sobre su cuello. Esta vez Gilman decidió responder de igual manera y agarró la garganta de la hechicera con sus propias manos. Antes que ella pudiera darse cuenta de lo que él hacía, le rodeó el cuello con la cadena del crucifijo y un momento después apretó lo suficiente hasta cortarle la respiración. Cuando ya se agotaba la resistencia de la hechicera, Gilman notó que algo le mordía en el tobillo y vio que Brown Jenkin había acudido en defensa de su amiga. Con un salvaje puntapié lanzó a aquel engendro al interior del abismo y lo oyó quejarse desde el fondo de algún lugar lejano.

No sabía si había matado a la bruja, pero la dejó sobre el suelo en donde había caído, y, al volverse, vio sobre la mesa algo que casi acabó con los últimos vestigios de su razón. Brown Jenkin, dotado de fuertes músculos y cuatro manos diminutas de demoníaca destreza, había estado ocupado mientras la bruja trataba de estrangularlo. Los esfuerzos de Gilman habían sido en vano. Lo que él había evitado que hiciera el cuchillo en el pecho de la víctima, lo habían logrado, en una muñeca, los colmillos amarillentos del peludo engendro y el cuenco que había caído al suelo, estaba lleno junto al pequeño cuerpo sin vida.

En su soñado delirio Gilman oyó el diabólico cántico del ritmo inhumano del aquelarre llegando desde una distancia infinita, y supo que el hombre negro tenía que estar allí. Los confusos recuerdos se mezclaron con

la matemática, y se le antojó que su inconsciente conocía los ángulos que necesitaba para guiarse y regresar al mundo normal, solo y sin ayuda, por primera vez. Se sintió seguro de encontrarse en el desván, herméticamente cerrado desde tiempo inmemorial, de encima de su habitación, pero le parecía muy dudoso escapar a través del suelo en declive o de la trampa cerrada hacía tantos años. Además, huir de un desván soñado, ¿no le conduciría sencillamente a una casa imaginada, a una proyección anómala del lugar que realmente buscaba? Se encontraba completamente ofuscado en cuanto a la relación sueño-realidad de lo que había experimentado.

El tránsito por aquellos vagos abismos sería terrible, pues el ritmo de Walpurgis estaría vibrando, y al final tendría que oír el latido cósmico que tanto temía y que hasta ahora había estado velado. Incluso podía percibir una apagada sacudida monstruosa cuyo ritmo sospechaba demasiado claramente. En la noche del Sabbath siempre se hacía más sonora y resonaba a través de los mundos para convocar a los iniciados a ritos indescriptibles. La mitad de los cánticos de la noche del Sabbath se ajustaban al ritmo de aquel latido escuchado suavemente que ningún oído humano podría soportar en su desvelada plenitud espacial. Gilman también se preguntó si podría fiarse de sus instintos para regresar parte del espacio que le correspondía. ¿Cómo estar seguro de no aterrizar en aquella ladera de luminosidad violácea de un planeta lejano, en la terraza almenada sobre la ciudad de monstruos provistos de tentáculos, en algún lugar situado más allá de nuestra galaxia, o en las negras vorágines de ese postrer vacío de Caos, en donde reina Azatoth, el demonio-sultán desprovisto de mente?

Inmediatamente antes de lanzarse, se apagó la luz violeta y Gilman quedó en la más completa oscuridad. La bruja, la vieja Keziah, Nahab, aquello debía significar su muerte. Y mezclados con los remotos cánticos de la noche del Sabbath, y con los quejidos de Brown Jenkin en el abismo inferior, le pareció oír otros gemidos más frenéticos que llegaban desde



profundidades desconocidas. Joe Mazurewicz, sus conjuros contra el Caos Reptante, que ahora se convertía en un aullido de triunfo, mundos de sardónica realidad que invadían los torbellinos de sueños febriles, lá, ShubNiggutah, El Macho Cabrío con el Millar de Crías...

Encontraron a Gilman en el suelo de la buhardilla de extraños rincones mucho antes de que amaneciera, pues el terrible grito había hecho acudir inmediatamente a Desrochers y a Choynski, a Dombrowski y a Mazurewicz, e incluso había despertado a Elwood, que dormía en su sillón. Estaba vivo, con los ojos abiertos y fijos, pero parecía medio inconsciente. Tenía en el cuello las señales dejadas por las manos asesinas, y una rata le había mordido en el tobillo. Tenía la ropa muy arrugada y el crucifijo de Joe había desaparecido. Elwood pensó atemorizado, rehusando imaginar la respuesta, qué nueva fórmula había adoptado el sonambulismo de su amigo. Mazurewicz estaba medio aturdido por una «señal» que decía haber recibido en respuesta a sus preces y se persignó frenéticamente cuando se oyó el chillido de una rata que llegaba desde el otro lado de la pared inclinada.

Una vez acomodado Gilman en la cama, en la habitación de Elwood, enviaron a buscar al Dr. Malkowski, un médico de la vecindad de probada discreción. Le puso éste dos inyecciones hipodérmicas que le relajaron y le sumieron en un sueño reparador. El enfermo recobró el conocimiento varias veces durante el día y narró a Elwood algunos pasajes de sus pesadillas más recientes. Fue un proceso muy penoso, y desde el principio se puso de manifiesto un hecho desconcertante.

Gilman, cuyos oídos habían mostrado últimamente una anor ‘ mal sensibilidad, estaba completamente sordo. Volvieron a llamar al Dr. Malkowski sin tardanza y éste dijo que Gilman tenía los dos tímpanos rotos como resultado de algún estruendo superior al que cualquier ser humano pudiera concebir o soportar. Cómo había podido oír semejante ruido en las

últimas horas sin que despertara todo el valle del Miskatonic, era más de lo que el honrado médico podía decir.

Elwood escribió su parte de la conversación, y así pudieron comunicarse los dos amigos. Ninguno de los dos podía explicarse aquel caótico asunto y decidieron que lo mejor que podían hacer era pensar en ello lo menos posible. Pero estuvieron de acuerdo en marcharse de aquella maldita casa lo antes posible. Los periódicos de la noche hablaron de una batida llevada a cabo por la policía poco antes del amanecer en un desfiladero de más allá de Meadow Hili, donde alborotaban unos curiosos noctámbulos, mencionando que la piedra blanca había sido objeto de supersticiones desde hacía mucho tiempo. No se habían practicado detenciones, pero entre los fugitivos que huyeron se creyó ver a un negro enorme. En otra columna se decía que no se habían encontrado rastros del niño desaparecido, Ladislav Wolejko.

El horror que coronó todo sobrevino aquella misma noche. Elwood jamás lo olvidaría, y no pudo volver a clase durante el resto del curso debido a la crisis nerviosa que sufrió como consecuencia de ello. Le pareció oír a las ratas del otro lado del tabique durante toda la velada, pero les prestó poca atención. Fue luego, mucho después de que Gilman y él se hubieran acostado, cuando comenzaron los atroces gritos. Elwood saltó de la cama, encendió la luz y se acercó hasta el sofá en que dormía su amigo. Gilman daba gritos de naturaleza realmente inhumana, como si estuviera sometido a una tortura indescriptible. Se retorció bajo las sábanas, y una gran mancha roja empezaba a extenderse en las mantas.

Elwood apenas se atrevió a tocarle, pero, poco a poco, fueron disminuyendo los gritos y la agitación. Para entonces, Dombrowski, Choyński, Desrochers, Mazurewicz Y el huésped del piso alto se habían reunido en la puerta de la habitación, y el casero había enviado a su mujer a telefonear al Dr. Malkowski. Un grito se les escapó a todos cuando algo

que parecía una rata de gran tamaño saltó del ensangrentado lecho y huyó por el suelo hasta un nuevo agujero recién abierto en la pared. Cuando llegó el médico y comenzó a retirar las ropas de la cama, Walter Gilman estaba muerto. Sería una atrocidad hacer algo más que insinuar lo que causó la muerte a Gilman. Casi tenía un túnel abierto en el cuerpo, y algo le había comido el corazón. Dombrowski, desesperado porque el veneno que había esparcido contra las ratas no había surtido efecto, rescindió su contrato de alquiler y antes de que transcurriera una semana se había ido con todos sus antiguos huéspedes a una casa destartalada pero menos vieja, situada en Walnut Street. Durante algún tiempo lo peor fue mantener callado a Mazurewicz, pues el taciturno mecánico de telares jamás estaba sobrio y siempre andaba gimiendo y mascullando acerca de espectros y cosas terribles.

Parece que aquella última y espantosa noche Joe se había agachado para ver de cerca las huellas rojas que había dejado la rata desde la cama de Gilman hasta el agujero de la pared. Sobre la alfombra aparecían confusas, pero había un trozo de suelo al descubierto desde el borde de la alfombra hasta el friso de la pared. Allí Mazurewicz encontró algo monstruoso, o creyó encontrarlo, pues nadie se mostró de acuerdo con él a pesar de la indudable extrañeza de las huellas. Las marcas del suelo eran muy diferentes de las dejadas habitualmente por las ratas, pero ni siquiera Choyński y Desrochers quisieron reconocer que eran como huellas de cuatro diminutas manos humanas.

Nunca se volvió a alquilar la casa. Tan pronto como la dejó Dombrowski, empezó a cubrirla el manto de la desolación definitiva, pues la gente la rehuía, tanto por su mala fama como por el pésimo olor que en ella se advertía. Tal vez el veneno contra las ratas del inquilino anterior había surtido efecto después de todo, pues al poco tiempo de su partida, la casa se convirtió en una pesadilla para la vecindad. Los funcionarios de

Sanidad encontraron que el mal olor procedía de los espacios cerrados que rodeaban la buhardilla del este de la casa y dedujeron que el número de ratas muertas debía de ser enorme. Pero decidieron que no valía la pena abrir y desinfectar aquellos lugares tanto tiempo clausurados, ya que el hedor desaparecería pronto y el vecindario no era muy exigente. De hecho, siempre circularon rumores acerca de hedores inexplicables en la Casa de la Bruja inmediatamente después de la víspera del Día lo de Mayo y de la noche de Todos los Santos. Los vecinos se resignaron por desidia, pero el mal olor fue un elemento más en contra de aquel lugar. Finalmente, la casa fue declarada inhabitable por las autoridades.

Los sueños de Gilman y las circunstancias que los rodearon no han sido explicados nunca. Elwood, cuyas ideas sobre aquel episodio son a veces casi enloquecedoras, volvió a la Universidad el otoño siguiente y se graduó en el mes de junio. A su regreso notó que los comentarios habían disminuido en la ciudad, y, en efecto, pese a ciertos rumores que aún circulaban sobre risas fantasmales que resonaban en la casa desierta, rumores que duraron casi tanto tiempo como el propio edificio, no se ha vuelto a murmurar acerca de las apariciones de la vieja Keziah o de Brown Jenkin desde que Gilman murió. Fue una suerte que Elwood no se encontrara en Arkham después, aquel año en que ciertos sucesos hicieron que se reanudaran bruscamente los rumores acerca de pasados horrores. Por supuesto, oyó hablar del asunto más tarde y sufrió los indecibles tormentos de oscuras y desconcertadas conjeturas, pero peor habría sido que hubiera estado allí y hubiera visto las cosas que probablemente habría visto.

En marzo de 1931, un gran vendaval arrancó el tejado y la gran chimenea de la Casa de la Bruja, entonces ya abandonada, y muchos ladrillos, tejas cubiertas de moho, tablones medio podridos y vigas se derrumbaron sobre el desván atravesando el suelo. Todo el piso de la buhardilla quedó sembrado de escombros, pero nadie se tomó la molestia

de limpiar hasta que le llegó a la casa la hora de la demolición. Esto ocurrió en diciembre y cuando se procedió a limpiar lo que había sido habitación de Gilman y se encargó esta labor a unos obreros que se mostraron aprensivos y poco deseosos de hacerla, comenzaron los rumores. Entre los escombros caídos a través del derrumbado techo inclinado, los obreros descubrieron ciertas cosas que les llevaron a interrumpir su trabajo y llamar a la policía. Ésta requirió posteriormente la presencia de un juez de primera instancia y de varios profesores de la Universidad. Había allí huesos, triturados y astillados, pero fácilmente identificables como humanos, huesos cuya evidente contemporaneidad no encajaba con la remota fecha en que tuvieron que ser introducidos en el desván de bajo techo inclinado, cerrado desde muchísimo tiempo atrás a todo ser humano. El médico forense dictaminó que algunos de los huesos correspondían a un niño pequeño, en tanto que otros, que se encontraron mezclados con jirones de tela podrida de color oscuro, pertenecían a una mujer más bien pequeña y de edad avanzada. El cuidadoso examen de los escombros permitió también encontrar gran cantidad de huesos de ratas atrapadas en el derrumbamiento, y otros huesos más antiguos roídos de tal modo por unos pequeños colmillos que fueron y son aún motivo de controversia y reflexión.

Se hallaron también trozos de libros y papeles, y un polvo amarillento consecuencia de la total desintegración de volúmenes y documentos todavía más antiguos. Todos los libros y papeles sin excepción parecían ser de magia negra en sus formas más avanzadas y espantosas, y la fecha evidentemente reciente de algunos de ellos sigue siendo un misterio tan inexplicable como la presencia allí de huesos humanos. Un misterio todavía mayor es la absoluta homogeneidad de la complicada y arcaica caligrafía encontrada en una gran diversidad de papeles cuyo estado y filigrana hacen pensar en diferencias temporales de por lo menos ciento cincuenta o doscientos años. Para algunos, el mayor misterio de todos es la

variedad de objetos, completamente inexplicables, encontrados entre los escombros en diverso estado de conservación y deterioro, cuya forma, materiales, manufactura y finalidad no ha sido posible explicar. Uno de los objetos que interesó profundamente a varios profesores de la Universidad Miskatónica, es una reproducción muy estropeada y parecida a la extraña imagen que Gilman donó al museo del centro, excepto que es de gran tamaño, está tallada en una rara piedra azul en lugar de ser de metal, y tiene un pedestal de insólitos ángulos con jeroglíficos indescifrables.

Los arqueólogos y los antropólogos todavía están tratando de explicar los raros dibujos grabados sobre un cuenco aplastado, de metal ligero, cuya parte interior mostraba cuando se encontró unas sospechosas manchas de color oscuro. Los extranjeros y las crédulas comadres muestran igual asombro acerca de un moderno crucifijo de níquel con la cadena rota hallado entre los escombros y que Joe Mazurewicz identificó temblando como el que le había regalado al pobre Gilman hacía muchos años. Creen algunos que las ratas arrastraron el crucifijo hasta el desván cerrado, en tanto que otros piensan que debió quedar tirado en algún rincón del cuarto que ocupó Gilman. Y aun hay otros, entre ellos el mismo Joe, que sostienen teorías demasiado descabelladas y fantásticas para que pueda creerlas ninguna persona sensata.

Cuando se derribó la pared inclinada de la habitación de Gilman, se vio que el espacio triangular cerrado que quedaba entre el tabique y el muro norte de la casa contenía una cantidad muy inferior de escombros, incluso teniendo en cuenta su tamaño, que la propia buhardilla. Pero fue encontrado allí un horrible depósito de materiales de mayor antigüedad y que dejó a los obreros paralizados de espanto. En pocas palabras, el suelo era un verdadero osario de huesos infantiles, unos bastante recientes, mientras que otros retrocedían en infinita gradación hasta un período tan remoto que su pulverización era casi total. Sobre esa profunda capa de

huesos descansaba un gran cuchillo de evidente antigüedad, de forma grotesca y exótica, y muy ornado, sobre el cual se habían acumulado los escombros.

En medio de esos desechos, embutido entre un tablón caído y un montón de ladrillos de la chimenea, había un objeto destinado a provocar en Arkham mayor perplejidad, disimulado temor y rumores supersticiosos que los que hubiera despertado cualquier otra cosa hallada en la casa maldita. Era el esqueleto, parcialmente aplastado, de una enorme rata enferma cuyas anomalías anatómicas todavía son tema de discusión y motivo de singular reticencia entre los miembros del departamento de anatomía de la Universidad. Es muy poco lo que ha trascendido acerca de ese esqueleto, pero los obreros que lo descubrieron susurran con voz autorizada acerca de los largos pelos de color castaño oscuro relacionado con él.

Los huesos de las diminutas patas, según los rumores, hacen pensar en la capacidad prensil típica de un mono diminuto más que de una rata, mientras que el pequeño cráneo con sus afilados colmillos de color amarillo es extraordinariamente anómalo y, visto desde ciertos ángulos, se asemeja a una parodia, degradada de manera monstruosa y en miniatura, de un cráneo humano. Los obreros se santiguaron aterrados cuando encontraron este blasfemo vestigio, pero luego encendieron velas de agradecimiento en la iglesia de San Estanislao porque pensaron que aquella risita aguda y fantasmal ya nunca se volvería a oír.

# LA CALLE

H. P. Lovecraft<sup>19</sup>

HAY quienes afirman que las cosas y los lugares poseen un alma, y hay quienes lo niegan; por mi parte no osaré dar opinión, sino que voy a hablar acerca de la Calle.

La Calle fue edificada por hombres fuertes y honorables; hombres buenos y valientes de nuestra sangre, llegados de las Islas Benditas, al otro lado del mar. En un principio consistía en un camino abierto por los aguadores que iban del manantial del bosque al racimo de casas junto a la playa. Luego, según llegaban más hombres al creciente grupo de casas, buscando un lugar donde instalarse, construyeron cabañas a lo largo del lado norte; cabañas de recios troncos de roble con albañilería dando al bosque, ya que había muchos indios acechando en esa parte con sus flechas incendiarias. Algunos años después, los hombres levantaron cabañas en el lado sur de la Calle.

Hombres graves de sombreros cónicos iban arriba y abajo por la Calle, casi siempre empuñando mosquetes o escopetas. Y también estaban sus esposas con sus tocas, así como sus discretos hijos. Al atardecer, esos hombres, con sus esposas e hijos, se sentaban en torno a gigantescos hogares a leer y hablar. Sumamente sencillas eran las cosas sobre las que leían y hablaban, aunque eran cosas que les infundían valor y bondad, y les ayudaban durante el día a dominar el bosque y transformarlo en campos. Y los niños escuchaban y aprendían sobre leyes y escrituras de antaño, así como sobre la querida Inglaterra que nunca vieran, o que ya no podían

---

<sup>19</sup> The Street (1921). Primera publicación: *The Wolverine*, diciembre de 1920. No existe manuscrito.



recordar.

Hubo una guerra y, tras ella, lo indios no volvieron a amenazar a la Calle. Los hombres, volcados en su trabajo, prosperaron y fueron todo lo felices que pudieron. Los niños crecieron amparados y más familias llegaron desde la madre patria a vivir en la Calle. Y los hijos de los hijos, junto con los hijos de los recién llegados, crecieron. El pueblo se transformó en ciudad, y una tras otra las cabañas fueron dejando paso a casas; casas de madera y ladrillo hermosas y sencillas, con escaleras de piedra y cristaleras de abanico sobre la puerta. No eran endebles esas casas, ya que debían servir a más de una generación. Dentro había chimeneas cinceladas y airosas escaleras, y muebles sensibles y agradables, porcelanas y plata llegada de la madre patria.

Así la Calle bebió de los sueños de un pueblo joven, regocijándose cuando sus moradores se tornaron más donosos y felices. Donde una vez hubiera fuerza y honor, ahora tenían también cabida el buen gusto y la sabiduría. Libros y pinturas y músicas llegaban a esas casas, y los jóvenes iban a la universidad edificada en la llanura del norte. En vez de sombreros cónicos y mosquetes usaban sombreros de tres picos y espadas livianos, y lazos y pelucas blancas como la nieve. Y había empedrados que resonaban al paso de los caballos de casta y sobre los que traqueteaban multitud de coches dorados, y muros de piedra con anillos y postes para amarrar caballos.

Había muchos árboles en esta calle, olmos y robles, y arces venerables, así que en verano el paraje resultaba de un amable verdor, lleno por el gorjeo de los pájaros. Y tras la casa había rosaladas cercadas, con caminos flanqueados por los setos, y relojes de arena donde al caer la tarde brillaban de forma encantadora la luna y las estrellas mientras las fragantes flores brillaban cubiertas de rocío.

Así soñaba la Calle, conociendo guerras, calamidades y cambios.

Una vez se fueron casi todos los jóvenes y algunos no regresaron. Fue cuando arriaron la vieja bandera y colocaron en su lugar otra de estrellas y barras. Pero aunque los hombres hablaban de grandes cambios, la Calle no los notó, ya que sus gentes seguían siendo las mismas, hablando de las cosas de siempre con la vieja y familiar entonación. Y los árboles aún albergaban pájaros cantores, y, al caer la tarde, la luna y las estrellas contemplaban flores llenas de rocío en las rosaledas valladas.

Con el tiempo pasaron las espadas, los sombreros de tres picos y las pelucas. ¡Cuán extraños resultaban los vecinos con sus bastones de paseo, altas castorinas y cabellos al descubierto! Nuevos sonidos brotaban en la distancia... primero un extraño resoplar y gritar y retumbar en el río, como a una milla; luego, muchos años después, otro extraño resoplar y gritar y retumbar en dirección contraria. El aire no era tan límpido como antaño, pero el espíritu del lugar no había cambiado. La sangre y el espíritu de la gente era la sangre y el espíritu de aquellos antepasados que edificaran la Calle. Ni siquiera varió el espíritu cuando abrieron la tierra para alojar extraños tubos o cuando colocaron altos postes que sustentaban curiosos cables. Había mucha sabiduría antigua en esa Calle, y el pasado no podía olvidarse con facilidad.

Entonces llegaron días de maldad, cuando muchos de los que conocieran de antiguo la Calle ya no la conocieron, y muchos que no la habían conocido antes dieron con ella. Y esos recién llegados no eran como los que se fueron, ya que sus acentos eran estridentes y groseros, y sus apariencias y rostros desagradables. Su forma de pensar, también, chocaba con el espíritu justo y sabio de la Calle, por lo que ésta sufría en silencio mientras sus casas se sumían en la decadencia y sus árboles morían uno tras otro, y sus rosaledas eran devoradas por la maleza y la basura. Pero sintió un ramalazo de orgullo el día en que de nuevo partieron los jóvenes, algunos para no regresar. Esos jóvenes vestían de azul.

Con el paso de los años, la suerte de la Calle fue a peor. Sus árboles se habían esfumado, y sus rosaledas fueron desplazadas por las zagas de nuevos edificios, feos y baratos, contruidos en calles paralelas. Aunque quedaban las casas, a pesar de los estragos causados por años y tormentas y gusanos, ya que habían sido levantadas para durar. Muchas cataduras se vieron en la Calle; rostros morenos y siniestros de ojos furtivos y facciones extrañas cuyos propietarios hablaban palabras ignoradas y colocaban carteles en caracteres conocidos y desconocidos sobre la mayoría de las mohosas moradas. Carros de mano abarrotaban los albañales. Un hedor sórdido e indefinible se impuso sobre el lugar y el viejo espíritu estaba aletargado.

De nuevo hubo gran excitación en la Calle. Guerra y revolución ardían allende los mares; cayó una dinastía, y sus degenerados súbditos llegaban en bandadas de dudosas intenciones hasta la tierra occidental. Muchos de ellos se instalaron en las destartaladas casas que una vez conocieran el canto de los pájaros y el aroma de las rosas. Entonces la misma tierra occidental despertó y se unió a la madre patria en su titánica lucha en pro de la civilización. Sobre las ciudades ondeó una vez más la vieja bandera acompañada de la nueva, así como por una más modesta aunque gloriosa tricolor. Pero no había muchas banderas en la Calle, ya que allí no se albergaba sino el miedo, el odio y la ignorancia. De nuevo partieron los jóvenes, aunque no como aquellos otros de antaño. Algo faltaba. Y los hijos de aquellos otros jóvenes, que partieron vestidos de caqui con el mismo espíritu que sus antepasados, procedían de lugares distantes y nada sabían de la Calle y su antiguo espíritu.

Hubo una gran victoria en ultramar, y la mayoría de los jóvenes regresó en triunfo. Aquellos que habían carecido de algo lo encontraron, aunque el odio y el miedo y la ignorancia aún se alojaban en la Calle, ya que eran muchos los que se habían quedado, y una muchedumbre de

extranjeros había llegado desde lejanos lugares a las viejas casas. Y los jóvenes que regresaron no se demoraron mucho. Los rostros de la mayoría de los extranjeros eran morenos y siniestros, aunque entre ellos uno podía encontrar algunos semejantes a los de aquellos que edificaron la Calle y forjaron su espíritu. Parecidos y, sin embargo, diferentes, ya que lucían en los ojos un brillo salvaje y malsano de avaricia, ambición, rencor y celo mal llevado. La inquietud y la traición moraban entre unos pocos malvados que planeaban un golpe de muerte contra la tierra occidental para, sobre las ruinas, hacerse con el poder, tal y como lo habían alcanzado los asesinos en esa tierra fría y desdichada de donde llegaba la mayoría. Y el corazón del complot estaba en la Calle, cuyas casas destartadas rebosaban de extranjeros cizañadores, resonando con los planes y conjuras de aquellos que esperaban el prefijado día de sangre, llama y crimen.

La ley señaló mucho pero pudo probar poco acerca de las diversas y extrañas asambleas habidas en la Calle. Hombres de placas ocultas merodeaban con gran diligencia, prestando oídos en sitios como la panadería de Petrovitch, la mísera Escuela Rifkin de Economía Moderna, el Club Círculo Social y el Café Libertad. Se congregaba gran número de hombres siniestros, aunque siempre hablando comedidamente o en lengua extranjera. Y aún permanecían las viejas casas, con su perdido recuerdo de siglos más nobles y pretéritos; de recios habitantes coloniales y rosaledas cubiertas de rocío a la luz de la luna. A veces era entrevistado por un poeta solitario o un viajero, y trataba de describirla en su desvanecida gloria, pero tales viajeros y poetas no resultaban demasiado frecuentes.

Corrían ahora tremendos rumores sobre que esas casas albergaban a una gran banda de terroristas que, el día señalado, desatarían una orgía de matanza encaminada a exterminar América, así como todas las hermosas tradiciones que la Calle tanto había amado. Folletos y periódicos revoloteaban sobre sucios albañales; folletos y periódicos impresos en

muchas lenguas y caracteres, pero todos portando mensajes de crimen y rebelión. En tales impresos se instaba a la gente a destruir las leyes y virtudes que nuestros padres habían enaltecido, a pisotear el alma de la vieja América... el alma que nos fuera legada tras milenio y medio de libertad, justicia y moderación anglosajona. Se decía que los hombres morenos que habitaban la Calle y que se reunían en sus podridas edificaciones eran los cerebros de una espantosa revolución, que a su orden muchos millones de bestias descerebradas y embrutecidas sacarían sus garras de las chabolas de un millar de ciudades y se desparramarían quemando, matando y destrozando hasta aniquilar la tierra de nuestros padres. Y se rumoreaba y repetía, y muchos esperaban atemorizados la llegada del 4 de julio, acerca del cual los escritos insinuaban mucho; pero no pudo descubrirse nada que señalara a los culpables. Nadie podía decir qué arrestos cortarían de raíz el abominable complot. Grupos de policías llegaron muchas veces a buscar entre las tambaleantes casas, pero al final dejaron de ir, ya que ellos también se cansaron de la ley y el orden, y abandonaron la ciudad a su suerte. Llegaron los hombres de caqui con fusiles, hasta parecer que, en sus tristes sueños, la Calle había tenido uno que recordara aquellos otros días, cuando hombres de mosquetes y sombrero cónicos iban del arroyo del bosque al racimo de casas en la playa. Sin embargo, nada podían hacer para parar el inminente cataclismo, ya que aquellos hombres morenos y siniestros eran avezados en astucias.

Así que la calle dormía intranquila, hasta que una noche se reunieron en la panadería de Petrovitch y en la Escuela Rifkin de Economía Moderna y en el Club Círculo Social y en el Café Libertad, y en otros sitios de igual calaña, grandes hordas de hombres con los ojos desorbitados por un triunfo y una expectación horribles. Los mensajes iban por ocultos hilos y se habló mucho de mensajes aún más extraños que también debieron circular; pero de casi todo eso no se supo hasta después, cuando la tierra

occidental estuvo a salvo del peligro. Los hombres de caqui nada supieron de lo que sucedía, o de lo que iba a pasar, ya que los hombres morenos y siniestros eran duchos en artimañas y disimulos.

Y, sin embargo, los hombres de caqui siempre recordarán esa noche y se hablará de la Calle por lo que ellos cuentan a sus nietos, ya que casi todos fueron enviados al día siguiente a una misión muy distinta de la esperada. Se sabe que ese nido de anarquía era viejo, y que las casas estaban vencidas por el castigo de años y tormentas y gusanos; pero lo ocurrido esa noche de verano resultó una sorpresa por su extraña uniformidad. Fue, de hecho, un suceso singularmente extraordinario, aunque bastante sencillo. Sin previo aviso, en la madrugada, todos los deterioros de años y tormentas y gusanos llegaron a una tremenda culminación, y tras el cataclismo no quedó en pie en la Calle sino un par de viejas chimeneas y parte de un recio muro de ladrillos. Ninguno de sus moradores salió con vida de las ruinas.

Un poeta y un viajero, presentes entre la tremenda multitud llegada al lugar, cuentan cosas extrañas. El poeta dice que en horas previas al amanecer contempló ruinas sórdidas pero como enturbiadas al resplandor de las luces eléctricas, y que por encima de la catástrofe se atisbaba otra imagen que podría resumirse en luz de luna y bonitas casas y olmos y robles y arces venerables. Y el viajero afirma que en aquel lugar, efectivamente, en vez del habitual hedor surgía una delicada fragancia de rosas en flor. ¿Pero no son los sueños de los poetas y los cuentos de los viajeros notoriamente falsos? Hay quienes afirman que las cosas y los lugares poseen un alma, y hay quienes lo niegan; por mi parte no osaré dar opinión, sino que os he hablado acerca de la Calle.

# EL SUPERVIVIENTE

H. P. Lovecraft & August Derleth

*Algunas casas, al igual que ciertas personas, delatan a primera vista su predilección por lo maligno. Quizá sea el efluvio de hechos perversos ocurridos bajo determinado techo, que permanece mucho tiempo después de que sus realizadores se hayan ido, lo que hace que se le pongan a uno la carne de gallina y los pelos de punta. Algo de la pasión del ejecutor del acto, y del horror sentido por su víctima, entra en el corazón del inocente espectador, quien repentinamente se vuelve consciente de un hormigueo nervioso, de un escalofrío en la piel y en la sangre...*

Algernon Blackwood

Me había propuesto no volver a hablar o escribir sobre la casa Charriere tras mi huida de Providence en la noche del horrible descubrimiento - hay recuerdos que todo el mundo desea suprimir, creer que no son ciertos, borrarlos de su existencia - pero me veo obligado a transcribir ahora mi breve estancia en la casa de la calle Benefit, y mi precipitada huida de ella. Lo hago por si algún inocente fuese sometido a presiones injustas por parte de la policía, deseosa de hallar alguna explicación a su horrible descubrimiento. Ese horror lo experimenté, antes que cualquier otro humano, ante la vista de algo ciertamente mucho más terrible que cuanto haya podido verse después, al cabo de tantos años, tras pasar la casa a ser propiedad municipal, como sabía que ocurriría algún día.

Ciertamente, no cabe esperar de un anticuario que esté tan instruido en lo que respecta a ciertas antiguas sendas del conocimiento humano como

en lo que concierne a casas antiguas. Sin embargo, cabe pensar que, inmerso en la investigación del hábitat humano, tropiece en ocasiones con ciertos misterios considerablemente más complejos que la fecha de un pabellón o la procedencia de un techo estilo holandés, y logre sacar de ellos determinadas conclusiones, por increíbles, horribles, espantosas o aun condenables - ¡sí, condenables! - que sean. En los lugares frecuentados por los anticuarios es bien conocido el nombre de Alijah Atwood; no digo más por modestia, pero cualquier persona que tenga interés en buscar referencias encontrará, en esos directorios dedicados a la información para anticuarios, más de un párrafo que trata de mí.

Vine a Providence, Rhode Island, en 1930, con la intención de visitarla brevemente y seguir luego hacia Nueva Orleáns. Pero vi la casa Charriere en la calle Benefit, y me atrajo como sólo un anticuario puede ser atraído por una casa extraña y solitaria en una calle de Nueva Inglaterra, que no era de la misma época, una casa de cierta antigüedad, con un aura indescriptible que atraía y repelía al mismo tiempo.

Se decía de la casa Charriere que estaba embrujada, pero eso suele decirse de cualquier casa vieja y abandonada del nuevo o del viejo mundo, e incluso - si he de fiarme de los solemnes artículos del *Journal of American Folklore* - de las viviendas de los indios americanos, australianos, polinesios y muchos otros. No es mi intención escribir sobre fantasmas; me bastará decir que ha habido, en el ámbito de mi experiencia, ciertas revelaciones sin explicación científica alguna, aunque soy lo suficientemente racional como para pensar que dicha explicación puede llegar a encontrarse alguna vez, cuando el hombre utilice para su interpretación un procedimiento científico correcto.

En este sentido, estoy seguro de que la casa Charriere no estaba embrujada. Ningún fantasma transitaba por sus habitaciones haciendo sonar sus cadenas, ninguna voz exhalaba lamentos a la medianoche, ninguna



figura sepulcral aparecía a la hora de las brujas para anunciar una muerte próxima. Pero nadie podía negar que la casa estaba rodeada por un halo no sé si de terror, de perversión o de horribles misterios; si llego a ser un hombre menos insensible, esa casa, sin duda, me hubiese hecho perder la razón. El halo resultaba menos corpóreo que en otras casas que he conocido, pero sugería la existencia de secretos inconfesables no percibidos en mucho tiempo por ningún ser humano. Sobre todo, transmitía una poderosa sensación del paso de los siglos, pero de siglos muy anteriores a la propia edad de la casa; sugería edades remotas, cuando el mundo era joven. Y era curioso, porque la casa, aunque vieja, tenía menos de tres siglos.

La observé primero como anticuario, encantado de descubrir una casa, entre otras características de Nueva Inglaterra, perteneciente al estilo de Quebec del siglo XVII. Era, por tanto, tan diferente de las vecinas que habría llamado la atención de cualquier viandante. Había visitado muchas veces Quebec, lo mismo que otras ciudades viejas del continente americano, pero en esta primera visita a Providence no venía particularmente en busca de antiguas viviendas, sino para ver a un colega anticuario de renombre. Fue camino de su casa, situada en la calle Barnes, cuando pasé por la casa Charriere. Al observar que no estaba habitada, decidí alquilarla para mí. De todos modos, puede que no lo hubiese hecho de no haberme incitado la peculiar aversión de mi amigo a hablar de la casa y el hecho de mostrarse reacto a que yo me acercase a aquel lugar. Quizá sea injusto con él, ahora que miro hacia atrás y recuerdo que el pobre hombre, sin saberlo ninguno de los dos, estaba ya en su lecho de muerte. Sea como sea, hablé con él en su habitación, sentado al borde de la cama, en lugar de hacerlo en su despacho. Fue allí donde le pregunté acerca de la casa, describiéndosela para que no hubiese dudas respecto a cuál me refería, ya que por entonces yo no sabía el nombre ni nada acerca de ella.

Un hombre llamado Charriere, un cirujano francés venido de Quebec, había sido su dueño. Pero mi amigo Gamwell no sabía quién la había construido. A Charriere sí le había conocido. «Un hombre alto, de piel áspera. Le vi poco, pero nadie lo vio mucho más. Se había retirado de la medicina» dijo Gamwell. Cuando éste conoció la casa, el doctor Charriere ya vivía en ella, como debieron hacerlo sus antepasados, aunque esto Gamwell no podía asegurarlo. El doctor Charriere había llevado una vida recluida y había muerto hacía tres años, en 1927, según la noticia oficial aparecida en su día en el *Journal* de Providence. La fecha de la muerte del doctor Charriere fue la única que Gamwell pudo indicarme; todo lo demás se mantenía a oscuras. La casa sólo había sido alquilada una vez: la había ocupado durante un corto período de tiempo un profesional y su familia, pero la dejaron después de un mes, quejándose de la humedad y de los malos olores del vetusto edificio. Desde entonces se encontraba vacía, pero no podía ser destruida, ya que el doctor Charriere había dejado en su testamento una considerable suma de dinero para pagar los impuestos durante muchos años - algunos decían que veinte - y garantizar que la casa estaría allí en el caso de que los herederos del cirujano la reclamasen. El doctor Charriere, en una carta, había hecho vagas referencias a un sobrino que hacía su servicio militar en Indochina. Todos los intentos para encontrar al sobrino habían sido inútiles, y ahora se dejaba que la casa siguiese en pie hasta que expirase el período de tiempo que el doctor Charriere había estipulado en su testamento.

- Voy a alquilarla - le dije a Gamwell.

Enfermo como estaba, mi colega anticuario se apoyó sobre un codo para incorporarse en el lecho y expresar su disconformidad.

- Un capricho pasajero, Atwood. Olvídelo. He oído cosas inquietantes acerca de esa casa.

- ¿Qué cosas? - le pregunté llanamente.

Pero de esto no quiso hablar; movió la cabeza ligeramente y cerró los ojos.

- Pienso verla mañana - continué.

- No encontrará en ella nada que no pueda encontrar en Quebec, créame - recalcó Gamwell.

Pero, como dije antes, su extraña manera de oponerse a mi deseo de visitar la casa no contribuyó sino a aumentar tal deseo. No pensaba quedarme allí para siempre: solamente alquilarla por seis meses más o menos, como centro de operaciones mientras visitaba los alrededores de la ciudad y los caminos y paseos de Providence en busca de antigüedades de esa región. Finalmente Gamwell accedió a darme el nombre de la firma de abogados en cuyas manos Charriere había dejado su testamentaría. Después de haber solicitado una entrevista con ellos y vencido el escaso entusiasmo con que acogieron mi proposición, me convertí en el amo de la vieja casa Charriere por un período de no más de seis meses, que podían ser menos, si así lo decidía.

Tomé posesión de la casa en seguida, aunque me dejó algo perplejo comprobar que se había instalado agua corriente, pero en cambio carecía de corriente eléctrica. Entre el mobiliario de la casa, que permanecía tal como quedó a la muerte del doctor Charriere, encontré para alumbrado una docena de lámparas de varias formas y épocas, algunas aparentemente con más de un siglo de antigüedad. Esperaba hallar la casa llena de telarañas y de polvo, pero cuál no sería mi sorpresa cuando comprobé que no era así. Y eso que, según tenía entendido, los abogados - la firma Baker & Greenbaugh - no estaban encargados de la limpieza de la casa durante ese medio siglo que - según lo estipulado en el testamento del doctor Charriere - podía transcurrir hasta que se presentara a tomar posesión su único heredero.

La casa correspondía exactamente a la imagen que me había hecho

de ella. Abundaba la madera. En algunas habitaciones cuyas paredes habían sido empapeladas el papel se había despegado, y en otras, el yeso había ido adquiriendo, con el paso de los años, un tono amarillento. Las habitaciones eran irregulares y daban la impresión de ser o muy grandes o demasiado pequeñas. Había dos plantas, pero se veía que el piso de arriba no había sido utilizado nunca. El de abajo, sin embargo, conservaba las huellas de su antiguo ocupante, el cirujano. Una de las habitaciones le había servido de laboratorio, y otra anexa, de despacho. Ambos cuartos parecían haber sido abandonados recientemente en el curso de alguna investigación, como si su último y efímero ocupante - *post-mortem* Charriere - no hubiese penetrado en ellos. No me causó extrañeza, ya que la casa era suficientemente grande como para poder vivir en ella sin necesidad de utilizar aquellos dos cuartos. Tanto el despacho como el laboratorio se hallaban en la parte de atrás de la casa y daban sobre un jardín frondoso, lleno de arbustos y árboles. Extendido a lo largo de toda la parte posterior de la casa, este jardín era de un tamaño muy considerable, ya que ocupaba el ancho de tres solares y en profundidad equivalía a uno. Remataba en un muro de piedra muy alto que lindaba con la calle de atrás.

El estado en que se habían quedado el laboratorio y el estudio indicaban que, sin lugar a duda, el doctor Charriere se hallaba en plena investigación cuando le llegó su hora. Por mi parte, confieso que la naturaleza de su trabajo me intrigó desde el primer momento. Parecía evidente que no se trataba de algo ordinario. La vista de los extraños y casi cabalísticos dibujos, que parecían cuadros fisiológicos de diversas especies de saurios, me indujo a pensar que la labor de investigación emprendida por el doctor Charriere iba más allá del simple estudio del hombre. Entre aquellos saurios, los más destacados eran del orden *Loricata* y de los géneros *Crocodylus* y *Osteolaemus*, pero había también otros dibujos representando el *Gavialis*, el *Tomistoma*, el *Gaiman* y el *Alligator*, así

como algunos otros reptiles de esta misma especie, aunque anteriores y que correspondían al período Jurásico. De todas maneras, sé que no fue esa primera ojeada y la curiosidad que despertó en mí lo que me impulsó a profundizar mi estudio de la extraña investigación del doctor Charriere. Lo que me arrastró realmente fue ese halo de misterio - perceptible para un anticuario - que se desprendía de toda la casa.

La casa Charriere me impresionó desde el primer momento, pues era una casa totalmente de su época, salvo en el hecho de la posterior instalación de agua corriente. Tenía la impresión de que había sido el doctor Charriere quien la había construido. Gamwell, en el curso de la conversación curiosamente elíptica que habíamos mantenido, no me había dado a entender lo contrario. Pero tampoco había mencionado la edad que tenía el cirujano el día de su muerte. Suponiendo que hubiera muerto a los ochenta años, no podía haber sido él quien había edificado la casa, ya que ésta había sido construida alrededor de 1700, ¡dos siglos antes de la muerte del doctor Charriere! Pensé, por lo tanto, que el nombre que llevaba la casa era el del último propietario y no el del constructor. Buscando una explicación racional respecto a este punto, descubrí algunos hechos desagradablemente inverosímiles.

Por un lado, la fecha del nacimiento del doctor Charriere no aparecía en ningún sitio. Busqué su tumba: curiosamente, se hallaba en la propia finca. Había solicitado y obtenido permiso para ser enterrado en el jardín. La sepultura estaba junto a un viejo y gracioso pozo que parecía haber sido construido más o menos al mismo tiempo que la casa y permanecía intacto, con su techo, su cubo y otros accesorios, sin duda tal como habían estado desde que se construyó la casa. Eché una ojeada a la lápida en busca de la fecha de nacimiento, pero con desazón observé que en la piedra sólo aparecían su nombre: Jean-François Charriere; su profesión: cirujano; los lugares en los que había residido o trabajado: Bayona, París,

Pondichérry, Quebec, Providence; y el año de su muerte: 1927. No había nada más, pero era suficiente para permitirme seguir investigando más a fondo. Escribí en el acto a amistades de varios lugares en donde podían investigarse los hechos.

Dos semanas después tenía ante mí los resultados de dichas investigaciones. Pero lejos de quedar satisfecho, me hallaba más perplejo que nunca. Había empezado por dirigirme a un corresponsal de Bayona, dando por supuesto que, ya que éste era el primer lugar mencionado en la lápida, Charriere había nacido allí. Luego pedí informes a París, después a un amigo de Londres que podía tener acceso a los archivos de los asuntos británicos en la India, y finalmente a Quebec. Salvo una relación de fechas, no obtuve ninguna información interesante. Un Jean-François Charriere había nacido, efectivamente, en Bayona ¡en el año 1636! El nombre no era desconocido en París, ya que un joven de diecisiete años, llamado Jean-François Charriere, había estudiado con el exiliado monárquico Richard Wiseman, en 1653, y durante los tres años siguientes. En Pondichérry, y luego en Caronmandall, en la costa india, un tal doctor Jean-François Charriere, cirujano del ejército francés, había prestado servicio desde 1674 en adelante. Y en Quebec, el dato más antiguo que aparecía del doctor Charriere se remontaba a 1691. Había practicado en esa ciudad durante seis años, y abandonó posteriormente la ciudad con destino desconocido.

Evidentemente, sólo podía llegarse a una conclusión: el doctor Jean-François Charriere, nacido en Bayona en 1636 y cuyo último paradero conocido había sido Quebec, precisamente el mismo año en que se construyó la casa Charriere de la calle Benefit, era un antepasado del cirujano que había vivido en la casa y llevaba el mismo nombre. Pero, y aunque así fuese, había una laguna absoluta entre el año 1697 y la vida del último habitante de la casa, pues en ningún sitio aparecían datos relativos a la familia de ese primer Jean-François Charriere. No había ningún dato

respecto a la existencia de una señora Charriere o de hijos, que necesariamente debieron existir para que continuase su descendencia hasta el presente siglo. Todavía cabía suponer que el viejo señor que había venido de Quebec era soltero y que, al llegar a Providence, había contraído matrimonio. Tendría entonces sesenta y un años, Pero la lectura del registro no revelaba que ese matrimonio se hubiese realizado. Aquello me desconcertó, aunque sabía, como anticuario, las dificultades que representaba la búsqueda de datos. La desilusión, pues, no fue tan grande como para hacerme abandonar mis investigaciones.

Opté por un nuevo procedimiento, y me dirigí a la firma Baker & Greenbaugh para solicitar información acerca del doctor Charriere. Allí tropecé con algo más extraño todavía, pues al preguntar acerca del aspecto físico del cirujano francés, ambos abogados se vieron obligados a admitir que nunca lo habían visto. Todas sus instrucciones habían llegado por carta, junto con unos cheques por un valor muy elevado. Habían trabajado para el doctor Charriere durante los seis años que precedieron a su muerte, y desde entonces hasta la fecha. No habían sido empleados por él anteriormente.

Les pregunté acerca de ese «sobrino», puesto que la existencia de un sobrino implicaba la existencia, por lo menos en alguna época, de un hermano o una hermana de Charriere. Pero por ese camino tampoco conseguí la menor información. Gamwell me había informado mal: Charriere no había especificado que se refería a un sobrino, sino que había dicho: «el único varón superviviente de mi familia». Se había pensado que este superviviente podía ser un sobrino, pero toda pesquisa había sido inútil. De todas maneras, el testamento del doctor Charriere decía que no era preciso buscar a su heredero porque él mismo se dirigiría a la firma Baker & Greenbaugh, bien por carta o personándose en unos términos inconfundibles que no darían lugar a dudas. Ciertamente había algo misterioso. Los abogados no lo negaban. Pero también resultaba evidente

que habían sido muy bien recompensados por la confianza que había sido depositada en ellos y que no iban a traicionarla contándome más de lo que me habían contado. Después de todo, según dijo razonablemente uno de los abogados, sólo habían transcurrido tres años desde la muerte del doctor Charriere, y quedaba aún tiempo suficiente para que el heredero superviviente se presentase.

Después de aquel fracaso, recurrí de nuevo a mi viejo amigo Gamwell, que seguía en cama y se encontraba aún más débil. Su médico de cabecera, con quien me crucé cuando salía de la casa, me dio a entender por primera vez que Gamwell quizá no volvería a levantarse, y me pidió que procurara no excitarle, ni cansarle con muchas preguntas. Sin embargo, estaba decidido a averiguar todo lo que pudiese acerca de Charriere, pese a que la primera sorpresa me la llevé yo ante el escrutinio al que me sometió Gamwell. Parecía como si mi amigo esperara que una estancia de menos de tres semanas en la casa Charriere me hubieran alterado incluso mi aspecto físico.

Charlamos un rato, y le expuse el motivo de mi visita; expliqué que había encontrado la casa muy interesante y que, por lo tanto, deseaba conocer algo más de su último ocupante. Gamwell había mencionado que le vio alguna vez.

- Fue hace muchos años - dijo Gamwell -. Si han pasado tres años después de su muerte, déjame pensar... debió de ser en 1907.

- ¡Pero eso fue veinte años antes de que muriese! - exclamé asombrado.

De todas formas, Gamwell insistió en que ésa era la fecha.

- ¿Y qué aspecto tenía? Insistí con la pregunta.

Desgraciadamente, la senilidad y la enfermedad habían invadido el vivo intelecto del viejo.

- Coges un tritón, lo haces crecer un poco, le enseñas a andar sobre



sus patas traseras, lo vistes con ropas elegantes - dijo Gamwell - y ya tienes al doctor Jean-François Charriere. Sólo que su piel era áspera, casi callosa. Un hombre frío. Vivía en otro mundo.

- ¿Cuántos años tenía? - le pregunté - ¿Ochenta?

- ¿Ochenta? - se quedó pensativo -. La primera vez que le vi, yo no tenía más de veinte años y él no aparentaba más de ochenta. Y hace veinte años, mi querido Atwood, no había cambiado. Parecía tener ochenta años aquella primera vez. ¿O sería la perspectiva de mi juventud? Quizá. Parecía tener ochenta años en 1907. Y murió veinte años después.

- Es decir, a los cien.

- Tal vez.

En fin, tampoco Gamwell pudo proporcionarme gran ayuda. De nuevo, nada específico, nada concreto, no se perfilaba ningún hecho. Sólo una impresión, un recuerdo de alguien, pensaba yo, hacia el cual Gamwell sentía antipatía, aunque él mismo no hubiese sabido decir por qué. Tal vez celos de tipo profesional, que Gamwell no quería reconocer, falseaban sus propios elementos de juicio.

A continuación me dirigí a los vecinos. Casi todos eran jóvenes y sus recuerdos del doctor Charriere eran escasos. Sólo le recordaban como un tipo indeseable porque coleccionaba lagartos, así como otros bichos de esa clase, y se rumoreó que realizaba diabólicos experimentos en su laboratorio. La única anciana era una tal señora Hepzibah Cobbett. Vivía en una casita de dos plantas justo detrás de la valla que limitaba el jardín de la casa Charriere. La encontré muy apagada. Estaba en una silla de ruedas que empujaba su hija, una mujer de nariz aguileña y fríos ojos azules, inquisidores detrás de sus quevedos. Pero la anciana se animó cuando mencioné el nombre del doctor Charriere, y cuando supo que yo vivía en la casa, empezó a hablar.

- No vivirá ahí mucho tiempo, acuérdesse de mis palabras. Es una

casa endemoniada - dijo con una fuerza que, de pronto, degeneró para convertirse en un parloteo senil -. Más de una vez le he observado. Un hombre alto, jorobado como una hoz, con una perilla pequeña, igual que la de una cabra. ¿Y qué era aquello que reptaba entre sus pies? Una cosa negra y larga, demasiado grande para ser una serpiente; pero yo pensaba en serpientes cada vez que miraba al doctor Charriere. ¿Y qué eran esos gritos durante la noche? ¿Y qué era lo que ladraba ante el pozo? ¿Un zorro? Ya. Yo sé lo que es un perro y lo que es un zorro. Era como un alarido de una foca. He visto cosas, eso sí, pero nadie cree a una anciana con un pie en la tumba. Y usted, usted tampoco me hará caso, porque nadie lo hace.

¿Qué podía deducir de todo esto? Quizá la hija tenía razón cuando dijo, al despedirme: - No haga caso de las divagaciones de mi madre. Padece arteriosclerosis, lo que, en ciertas ocasiones, le debilita la mente -. Pero yo no pensaba que la señora Cobbett fuera una débil mental. Recordaba el brillo tan vivo de sus ojos mientras estaba hablando. Parecía estar en posesión de un secreto tan prodigioso que ni su guardián, la severa e inflexible hija que permanecía inmóvil junto a ella, hubiera podido percibir o imaginar siquiera sus contornos.

Los desengaños me esperaban a la vuelta de cada esquina. La suma de los datos que había conseguido reunir basta entonces no me proporcionaba mayor información que cada dato aislado. Archivos de periódicos, bibliotecas, registros, lo intenté todo. Pero lo único que podía encontrarse era la fecha en que se había construido la casa: 1697, y la de la muerte del doctor Jean-François Charriere. Si algún otro Charriere había muerto en esta ciudad, no había señal de ello en ningún sitio. Me parecía inconcebible que todos los miembros de la familia Charriere, anteriores al antiguo inquilino de la casa de la calle Benefit, hubiesen muerto fuera de Providence, y sin embargo debía de haber sucedido así, ya que no encontraba otra explicación posible.

En la casa descubrí un retrato. Pese a que no llevaba ningún nombre inscrito, por las iniciales J. F. C. supuse que se trataba del doctor Charriere. El cuadro, que estaba colgado en un rincón apartado y casi inaccesible del piso superior, representaba una cara delgada y ascética, con una barba desordenada; lo que más resaltaba en ese rostro eran los pómulos salientes que acentuaban el hundimiento de las mejillas y el brillo de los ojos negros. En general, su aspecto era desvaído y siniestro.

En vista de la imposibilidad de obtener más información por otros medios, decidí dedicarme de nuevo al examen de los papeles y libros dejados en el despacho y el laboratorio del doctor Charriere. Hasta entonces me había ausentado mucho de la casa en busca de información acerca del pasado del doctor Charriere, y ahora me había recluido en ella casi con la misma obstinación. Quizá debido a esta reclusión percibí con mayor fuerza el halo misterioso de la casa - a nivel psíquico tanto como físico -. Ahora, por vez primera, llegaba a notar la extraña mezcla de *olores* que habían decidido al efímero inquilino y a su familia a abandonar la casa apenas alquilada. Algunos de ellos eran los aromas típicos y comunes de todas las casas viejas, pero otros me eran totalmente desconocidos. Sin embargo, logré identificar fácilmente el olor predominante: lo había percibido ya en otras ocasiones, en jardines zoológicos y en las proximidades de ciertos pantanos de aguas estancadas. Se trataba de un miasma que, con una fuerza increíble, sugería la presencia cercana de reptiles. Cabía admitir la posibilidad de que ciertos reptiles hubiesen llegado, a través de la ciudad, hasta el refugio que les podía proporcionar el jardín de la casa Charriere. En cambio, lo que sí parecía inconcebible era que hubiese llegado hasta allí una cantidad tan grande de ellos como para llenar la casa entera de su hedor. Pero por mucho que busqué no logré encontrar el lugar de donde emanaba ese olor a reptil, ni dentro ni fuera de la casa. Cuando se me ocurrió que podía provenir del pozo, pensé que sin

duda se trataba de una ilusión mía, provocada por mi deseo de encontrar alguna explicación racional.

El olor persistía. Noté también que aumentaba con la lluvia, pues es bien sabido que con la humedad se acentúan los olores. Como la casa también estaba húmeda, la brevedad de la estancia del último inquilino era comprensible. Lo cierto era que éste no se había equivocado. A mí, personalmente, si bien aquel hedor llegó a desagradarme en ocasiones, no me inquietaba - al menos no tanto como me inquietaban otros aspectos de la casa.

Parecía que la vieja casa había empezado a protestar contra mi intromisión en el despacho y en el laboratorio. En efecto, empecé a tener ciertas alucinaciones que se hicieron cada vez más frecuentes. Por una parte, durante la noche oía un extraño ladrido que parecía provenir del jardín. Por otra parte, y también durante la noche, veía algo como una extraña y encorvada figura de reptil rondando por el jardín, cerca de las ventanas del despacho. Pese a que esta y otras visiones se repetían, me empeñé en considerarlas como meras alucinaciones personales. Lo conseguí hasta aquella fatídica noche en que oí un ruido esta vez inconfundible: era como si alguien se estuviera bañando en el jardín. Me desperté de mi sueño convencido de que ya no estaba solo en la casa. Me levanté, me puse la bata y las zapatillas, encendí una lámpara y corrí hacia el despacho.

Lo que mis ojos presenciaron allí me indujo a creer que estaba soñando aún. Mi pesadilla parecía generada directamente por la naturaleza de ciertas lecturas que acababa de hacer indagando entre los papeles del doctor Charriere. Porque se trataba de una pesadilla, en ese momento no me cabía la menor duda, aunque apenas pude divisar al intruso, el intruso que había penetrado en el despacho, llevándose unos papeles del doctor Charriere. La luz amarillenta y tenue de la lámpara que mantenía en alto me

cegaba parcialmente. Tan sólo veía brillar algo negro y como viscoso. Luego, en el momento en que saltaba por la ventana abierta hacia la oscuridad del jardín, pude verlo entero. Aquello no duró más que un instante, pero me pareció que llevaba un traje muy ajustado al cuerpo y hecho de un extraño material áspero y oscuro. No habría dudado en perseguirlo si no hubiera visto, a la luz de la lámpara, una serie de cosas inquietantes.

El intruso había dejado sus huellas en el suelo. Eran pisadas irregulares y mojadas. Pero lo más extraño era la forma misma de los pies que dibujaban: unos pies anormalmente anchos, con uñas tan largas que habían dejado su marca delante de cada dedo. En el lugar en que el intruso había permanecido inclinado sobre los papeles había charcos de agua. El ambiente estaba saturado de ese fuerte olor a reptil, el mismo que yo había comenzado a aceptar como parte integrante de la casa, pero tan fuerte ahora que me sentí tambalear y estuve a punto de desmayarme.

Sin embargo, mi interés por los documentos era más fuerte que el miedo o la curiosidad. En ese momento la única explicación racional que se me ocurrió fue que uno de los vecinos que atribuían ciertos poderes maléficos a la casa Charriere - y habían decidido no abandonar sus gestiones hasta conseguir que fuese destruida-, había estado nadando antes de venir a invadir el estudio. Aquella circunstancia me parecía poco convincente pero si la rechazaba ¿cómo explicar entonces lo que yo mismo acababa de presenciar?

Fijándome en los documentos, noté inmediatamente la desaparición de varios de ellos. Afortunadamente, los que faltaban eran los que había leído ya y que había dejado amontonados en una pila, sin ordenarlos siquiera. No lograba entender el valor que aquellos papeles podían tener para nadie, a no ser que alguna otra persona estuviera tan interesada como yo, quizá con el fin de reclamar para sí la propiedad de la casa y los

terrenos. Todos ellos eran apuntes relativos a la longevidad de los cocodrilos, los caimanes y otros reptiles. Para mí, era ya evidente desde hacía algún tiempo que el doctor Charriere se había volcado de forma obsesiva en el estudio de la longevidad de los reptiles y de sus causas con el fin de aprender cómo el hombre podría llegar a alargar su propia vida. Hasta entonces nada en esos apuntes me había inducido a pensar que el doctor Charriere hubiera descubierto los secretos de esa longevidad. Tan sólo algunos párrafos alarmantes sugerían la posibilidad de que hubiera sometido a «operaciones» a alguien - no especificaba quién - con el fin de alargarle la vida.

En realidad, existía también otra clase de notas escritas, según me pareció a mí, por el doctor Charriere. Sin embargo, en su contenido se apartaban de la investigación más o menos científica seguida por éste en torno a la longevidad de los reptiles. Se trataba de una serie de enigmáticas referencias a ciertas criaturas mitológicas, entre las cuales dos eran frecuentemente citadas: «Cthulhu» y «Dagon». Eran, por lo visto, deidades del mar en alguna mitología muy antigua y de la que nunca había oído hablar hasta entonces. Los misteriosos apuntes se referían también a otros seres (¿hombres?), llamados 'Los Profundos', que gozaban de una longevidad muy larga y estaban al servicio de esos dioses antiguos. Eran evidentemente unos seres anfibios que vivían en las profundidades de los océanos. Entre aquellos apuntes se encontraban las fotografías de una estatua monolítica particularmente horrenda y con marcados rasgos saurios. Estaban acompañadas del texto siguiente: «Costa Este de la Isla de Hivaoa, Marquesas. ¿Ídolo?» En otras fotografías aparecía un tótem de los indios de la costa noroeste. Su parecido con la primera estatua era inquietante: la misma anchura, los mismos rasgos acusados de reptil. Sobre una de esas fotos, el doctor Charriere había anotado: «Tótem de los indios Kwakiutl. Estrecho de Quatsino. Parecido a los contruidos por ind. Tlingit.» Estas

extrañas anotaciones demostraban claramente que su autor estaba dispuesto a estudiar cualquier antiguo rito de brujería, cualquier superstición religiosa primitiva, con tal de que aquello le sirviera para alcanzar su objetivo.

No tardé mucho en darme cuenta de cuál era la naturaleza de ese objetivo. El doctor Charriere, evidentemente, no se había volcado en el estudio de la longevidad por puro amor al estudio. No, lo que él pretendía con ello era conseguir alargar su propia vida. Y en sus apuntes ciertos indicios espeluznantes daban a entender que, al menos parcialmente, había tenido éxito. Este era un descubrimiento desagradable, que me impedía apartar de mi mente el recuerdo del extraño misterio que envolvía los últimos años y la muerte del primer Jean-François Charriere, cirujano también, así como el nacimiento del último doctor Jean-François Charriere, muerto en Providence en el año 1927.

Aunque los acontecimientos de aquella noche no me habían asustado excesivamente, opté por comprar una pistola Luger de segunda mano y una linterna. La lámpara me había impedido ver durante la noche, cosa que, en idénticas circunstancias, no me ocurriría con una linterna. Si el visitante nocturno había sido uno de los vecinos, estaba seguro de que esos papeles no harían otra cosa que llamar su atención y, tarde o temprano, volvería. Ante esa posibilidad deseaba estar preparado. En caso de que sorprendiera nuevamente al merodeador en la casa que yo había alquilado, estaba decidido a disparar si no obedecía a mi orden de alto. Por supuesto, era un caso extremo al que no deseaba llegar.

La noche siguiente reanudé mi lectura de los libros y papeles del doctor Charriere. Era indudable que muchos de los libros habían pertenecido a antepasados suyos, pues databan de siglos atrás. Una de las obras, escrita por R. Wiseman y traducida del inglés al francés, apoyaba la tesis de una relación existente entre el doctor Jean-François Charriere, alumno de Wiseman en París, y ese otro cirujano del mismo nombre que

había vivido hasta hacía poco en Providence, Rhode Island.

En conjunto, era un curioso batiburrillo de libros. Los había en casi todos los idiomas conocidos, desde el francés hasta el árabe. Me era imposible traducir la mayor parte de los títulos, aunque leía francés y tenía ciertas nociones de otras lenguas románicas. Me era totalmente incomprensible el significado de un título como *Unaussprechlichen Kulden*, de Von Junzt, y si sospechaba que se trataba de un libro del mismo estilo que el *Cultes des Goules*, del conde d'Erlette, era porque se hallaba colocado junto a él. Libros de zoología estaban mezclados con gruesos tomos que trataban de antiguas culturas. Y en esa mezcolanza se encontraban publicaciones como *Un Estudio sobre la Relación Existente entre los Habitantes de Polinesia y las Culturas del Continente Suramericano con Especial Referencia a Perú*; *Los Manuscritos Pnakóticos*; *De Furtivis Literarum Notis*, de Giambattista Porta; la *Criptografía*, de Thicknesse; el *Daemonolatrea*, de Remigius; *La Era de los Saurios*, de Banfort; una colección del *Transcript*, de Aylesbury, Massachusetts, etcétera. Era indudable que, por su antigüedad, muchos de estos libros eran valiosísimos. Gran cantidad de ellos habían sido editados entre 1670 y 1820 y se encontraban en perfecto estado de conservación, pese a haber sido constantemente manipulados.

Sin embargo, aquellas obras tenían poco interés para mí. A veces pienso que por no haber dedicado un poco más de tiempo a su examen perdí en esa ocasión la oportunidad de aprender aún más de lo que aprendería luego; pero el dicho afirma que tener demasiados conocimientos acerca de temas que el hombre haría mejor en ignorar es más pernicioso que tener pocos. Otro de los motivos que me impulsaron a abandonar tan pronto el examen de todos aquellos libros fue un descubrimiento que hice. Oculto entre ellos encontré algo que, a primera vista, me pareció un diario. Un examen más minucioso me convenció de que aquello no era tal cosa,



sino una simple libreta, porque las primeras fechas apuntadas en ella eran tan remotas que no podían corresponder a ningún momento de la vida del doctor Charriere, por muchos años que hubiese logrado vivir. Y sin embargo, era evidente que, desde las primeras y más antiguas hojas hasta las últimas y más recientes, todas las anotaciones habían sido escritas por la misma mano. En todas ellas se reconocía la pequeña y angulosa letra del difunto cirujano. Supuse entonces que, recopilando viejos papeles, el doctor Charriere había encontrado ciertas notas de su interés y decidido copiarlas en su libreta para poder tenerlas reunidas y ordenadas por orden cronológico. Además de las anotaciones, en aquellas páginas figuraban también unos dibujos que producían indudablemente una gran impresión, pese a la poca maestría con que habían sido realizados. En cierto sentido, recordaban a las primeras obras de ciertos artistas autodidactas.

La primera página del manuscrito empezaba con la nota siguiente: «1851. Arkham. Aseph Goade, P.» A continuación venía lo que me pareció ser el retrato de Aseph Goade. Era un dibujo en el que determinados rasgos de su fisonomía - más propios de un batracio que de un hombre - habían sido intencionadamente realzados. Tenía la boca anormalmente ancha, los labios como de cuero cuarteado, la frente muy baja y ojos que parecían recubiertos por una membrana; era una fisonomía chata, claramente similar a la de una rana. El dibujo ocupaba casi la totalidad de la página. Del texto que le acompañaba deduje que se trataba del relato del descubrimiento - en el campo de la pura investigación intelectual, pues era imposible de toda evidencia que existiera semejante criatura - de una especie subhumana (¿podía la inicial «P» referirse a «Los Profundos», cuyo nombre había leído en notas anteriores?) Para el doctor Charriere, en cambio, aquel ejemplar de esa especie subhumana era una realidad, una verificación en el curso de su investigación, que le permitiría demostrar la existencia de un parentesco entre el batracio y el hombre y, por lo tanto, entre éste y el saurio.

A continuación venían otros apuntes de la misma naturaleza. La mayoría de ellos eran un tanto ambiguos - quizá a propósito - y, a primera vista, parecían no tener ningún sentido. ¿Qué podía yo sacar de una página como ésta?:

1857 San Agustín. Henry Bishop. Piel cubierta de escamas aunque no ictiológicas. Debe tener 107 años. Ningún proceso de degeneración. Todos los sentidos muy agudos. Origen incierto, algunos antepasados dedicados al comercio en Polinesia.

1861. Charleston. Familia Balzac. Piel de las manos cubierta de costras. Mandíbula doble. Toda la familia presenta las mismas características. Anton 117 años. Anna 109 años. Infelices lejos del agua.

1863. Innsmouth. Familias Marsh, Waite, Eliot y Gilman. El Capitán Obed Marsh, comerciante en Polinesia, contrajo matrimonio con una nativa. Todos con características faciales similares a las de Aseph Goade. Vida apartada. Las mujeres raras veces vistas por las calles, pero mucha natación durante la noche - familias enteras nadando en dirección al Arrecife del Diablo, mientras el resto de la ciudad permanecía en sus casas -. Notable relación con P. Tráfico considerable entre Innsmouth y Ponapé. Algunas ceremonias religiosas secretas.

1871. Jed Price, atracción de ferias. Conocido como el «Hombre Caimán». Aparece en estanques llenos de caimanes. Aspecto saurio. Mandíbula hundida. Reputado por sus dientes puntiagudos, pero imposible determinar si eran naturalmente así o si habían sido afilados.

Esta era en general la sustancia de las anotaciones reunidas en la libreta. Aquellas notas hacían referencia a diversos puntos del continente, desde el Canadá hasta México, pasando por la Costa Este de Norteamérica. Desde aquel momento se hizo patente la extraña obsesión del doctor Jean-François Charriere, que le empujaba a comprobar la longevidad de ciertos seres humanos que, en sus mismos rasgos, parecían mostrar algún

parentesco con antepasados saurios o batracios.

Indudablemente, si se conseguía admitir la realidad de aquellos hechos - sin interpretarlos como una pintoresca y colorida descripción de personas marcadas por ciertos acusados defectos físicos - cabía reconocer el peso de la evidencia buscada por el doctor Charriere para corroborar extraña y provocativamente su propia creencia. Sin embargo, y en muchos aspectos, el cirujano no había pasado de hacer puras conjeturas. Parecía que lo único que pretendía era establecer una relación entre los datos recopilados. Esa relación la había buscado en las doctrinas de tres civilizaciones distintas. La más conocida estaba contenida en las leyendas vudús de la cultura negra. Inmediatamente después, la doctrina que había generado los cultos a los animales en el antiguo Egipto. Finalmente, la tercera y la más importante de todas, según las anotaciones del cirujano, era una cultura completamente extraña y tan vieja como la tierra misma, o más aún. Era la civilización de unos Dioses Arquetípicos, de su terrible e incesante conflicto con los Primigenios, tan primitivos como ellos mismos y que se llamaban Cthulhu, Hastur, Yog-Sothoth, Shub-Niggurath, Nyarlathotep y nombres similares. Esos tenían a su servicio unos seres tan extraños como podían serlo el Pueblo Tcho-Tcho, los Profundos, los Shantaks, los Abominables Hombres de las Nieves, y otros más. Al parecer, algunos de ellos eran seres subhumanos; en cuanto a los demás, o eran criaturas en vía de transformación, o no eran humanos en absoluto. El resultado de la investigación del doctor Charriere era fascinante, pero en ningún momento había establecido y menos aún comprobado una relación definitiva. Se encontraban ciertas referencias a los saurios en el culto vudú; existían relaciones similares con la cultura religiosa del antiguo Egipto; y aparecían oscuras y sugerentes referencias a una relación con los saurios representados por el mítico Cthulhu, en una época anterior al *Crocodylus* y al *Gavialis*; y aún antes del *Tyrannosaurus* y del *Brontosaurus*, del

*Megalosaurus* y otros reptiles de la era mesozoica.

Además de estas interesantes notas, había diagramas de lo que parecían ser extrañísimas operaciones y cuya naturaleza no comprendía en ese momento. Aparentemente habían sido copiados de antiguos textos, entre ellos una obra de Ludvig Prinn, titulada *De Vermis Mysteriis*, frecuentemente citada como fuente de referencias y que me era también totalmente desconocida. Las operaciones en sí mismas sugerían una *raison d'être* demasiado aterradora para poder aceptarla; una de ellas, por ejemplo, cuyo propósito era estirar la piel, consistía en realizar muchas incisiones para «permitir el crecimiento». Otra explicaba cómo un sencillito corte en cruz en la base de la columna vertebral era suficiente para lograr «una extensión del hueso de la cola». Lo que estos fantásticos diagramas sugerían era demasiado horrible para ser contemplado, pero sin duda formaba parte de la extraña investigación realizada por el doctor Charriere. A partir de ese momento, su reclusión me pareció sobradamente justificada: un estudio como éste no podía llevarse a cabo más que en secreto si se quería evitar la burla de todos los científicos.

En estos papeles pude leer también la descripción de esas experiencias. Estaban relatadas de tal modo que no podía tratarse más que de experiencias vividas por el propio narrador. Sin embargo, eran anteriores a 1850 - en algunos casos en varias décadas - aunque, como todas las demás notas, estaban escritas de puño y letra del doctor Charriere. En este caso preciso, era indudable que no se trataba del relato de experiencias ajenas. No me quedaba ya otra opción que la de admitir que era más que octogenario en el momento de su muerte, y muchísimo más, tanto que empecé a sentirme molesto y a no poder apartar de mi mente a ese otro doctor Charriere que había existido antes que él.

La suma total del credo del doctor Charriere tenía como resultado la poderosa e hipotética convicción de que el ser humano podía, por medio de

operaciones y otras prácticas tan extrañas como macabras, obtener algo de la longevidad característica de los saurios; que a la vida de un hombre se le podía añadir tanto como siglo y medio, o quizá dos siglos. Al finalizar ese período, el individuo se retiraba a algún lugar húmedo para dejarse caer en un estado de semiinconsciencia, que venía a ser una especie de gestación, hasta el momento en que se despertaba, con ciertas alteraciones en su aspecto y comenzaba otra larga vida. Dados los *cambios* fisiológicos que sufría durante aquellos períodos de gestación, el individuo se adaptaba a un modelo de existencia distinto en cada una de sus vidas. Para justificar esta teoría, el doctor Charriere se había apoyado únicamente en un gran número de leyendas, algunos datos de naturaleza similar, y relatos especulativos de curiosas mutaciones humanas que se habían dado en los últimos doscientos noventa y un años. Esa cifra cobró un significado mayor para mí cuando caí en la cuenta de que ese era justo el tiempo que había transcurrido desde la fecha de nacimiento del primer doctor Charriere hasta el día de la muerte del otro cirujano. No obstante, en todo ese material no había nada que sugiriera un procedimiento concreto de tipo científico, con pruebas aducibles. Sólo se daban indicios y vagas sugerencias, quizá suficientes para llenar de horribles dudas y de un convencimiento espantoso y a medio cuajar a un lector fortuito, pero que no podían llegar a satisfacer el rigor de cualquier hombre de ciencia.

¿Hasta qué punto habría seguido profundizando en la investigación del doctor Charriere? Lo ignoro.

Quizá habría ido mucho más lejos si no hubiera ocurrido *aquello* que me hizo gritar de horror y huir de la casa de Benefit Street, dejando que ella y su contenido siguiesen esperando al superviviente que, ahora sí lo sé, no se presentará nunca. Ahora ya no tiene remedio; la casa es propiedad municipal y será destruida.

Estaba examinando estos «hallazgos» del doctor Charriere, cuando

me di cuenta, con eso que la gente llama el «sexto sentido», de que estaba siendo observado detenidamente. No queriendo volverme, hice lo siguiente: abrí mi reloj de bolsillo y colocándolo delante de mí utilicé el pulido y brillante interior del estuche a modo de espejo, para que en él se reflejaran las ventanas que estaban a mis espaldas. Y vi ahí, reflejada difusamente, la más horrible caricatura que pueda imaginarse de un rostro humano. Me dejó tan estupefacto que, sin pensarlo, volví la cabeza para observarlo directamente. Pero no había nada en la ventana, excepto la sombra de un movimiento. Me levanté, apagué la luz, y me acerqué a la ventana. Una silueta alta, curiosamente encorvada que, medio agachada y arrastrando los pies, se dirigía hacia la oscuridad del jardín: ¿fue realmente eso lo que vi? Creo que sí. Pero no estaba tan loco como para perseguirle. Quienquiera que fuese, vendría otra vez, como había venido la noche anterior.

De modo que, mientras esperaba, me puse a sopesar las distintas explicaciones que me venían a la mente. Impresionado aún por mi visitante nocturno, confieso que coloqué, encabezando la lista de sospechosos, a los vecinos que se oponían a que la casa Charriere siguiese en pie. Posiblemente pretendían asustarme para que me marchara, pues ignoraban que mi estancia en la casa iba a ser tan breve. Cabía pensar también en la posibilidad de que hubiese algo en el estudio que deseaban obtener. Pero esa eventualidad no me pareció muy convincente, porque si tal era su intención, habían tenido tiempo de sobra para conseguirlo durante el largo período en que la casa estuvo deshabitada. Lo cierto es que en ningún momento se me ocurrió pensar en la verdadera explicación de los hechos. No soy más escéptico que cualquier otro anticuario; pero la aparición de mi visitante, lo confieso, no me sugirió nada que hubiera podido relacionar con su verdadera identidad, a pesar de todas las circunstancias coincidentes que podían tener cierto significado para mentes menos científicas que la mía.

Sentado allí en la oscuridad, me sentía más impresionado que nunca por la atmósfera de la vieja casa. La misma oscuridad parecía tener vida propia; no le influía la vida de Providence que la rodeaba y que, sin embargo, se hallaba tan lejos. Estaba poblada de residuos psíquicos dejados por el paso de los años: el olor persistente de la humedad, sumado a ese otro tan peculiar y característico de ciertas zonas en los parques zoológicos donde viven los reptiles; el olor a madera vieja mezclado con ese otro que desprendía la piedra de las paredes en el sótano, aroma de material descompuesto porque, con el tiempo, la madera tanto como la piedra habían ido deteriorándose. Pero había algo más: el vaporoso indicio de una presencia animal, que parecía incrementarse de minuto en minuto.

Estuve esperando así cerca de una hora, antes de percibir algún ruido.

Cuando lo oí, fue irreconocible. Al principio me pareció que era un ladrido, algo muy similar al sonido emitido por los caimanes; pero pensé que sería mi imaginación febril, y que no había sido más que el ruido de una puerta al cerrarse. Pasó algún tiempo antes de que volviese a oír algún otro sonido: el crujido de unos papeles. ¡El intruso había logrado entrar en el estudio delante de mis propias narices sin que lo advirtiera! Estaba estupefacto y encendí la linterna que tenía enfocada hacia la mesa.

Lo que vi fue algo increíble, espantoso. Lo que allí había no era un hombre, sino la absoluta desfiguración de un hombre. Sé que en ese mismo instante pensé que perdería el conocimiento. Pero el sentido de la necesidad ante el eminente peligro me invadió y, sin pensarlo, disparé cuatro veces. Por la poca distancia que nos separaba, sabía positivamente que cada disparo había dado en el cuerpo bestial que se inclinaba sobre la mesa del doctor Charriere en el oscuro estudio.

De lo que sucedió inmediatamente después, afortunadamente recuerdo muy poco: un cuerpo revolcándose, la huida del intruso, y mi

confusa carrera en persecución. Era evidente que le había herido, porque había manchado el suelo de sangre, desde la mesa del estudio hasta la ventana por la que había saltado, atravesando y rompiendo el cristal. Salí afuera y, a la luz de mi linterna, seguí las huellas sangrientas. Aunque no hubiera estado desangrándose, el fuerte olor que despedía y que se percibía en el aire de la noche me habría permitido seguirle.

Me llevó por el jardín, no muy lejos de la casa, directamente al borde del pozo que estaba detrás de ella. Desde allí, las huellas seguían hacia *el interior del pozo*. A la luz de la linterna, vi entonces, y por primera vez, los escalones, hábilmente contruidos, que bajaban al oscuro interior. Era tan grande la pérdida de sangre que encharcaba el borde del pozo, que estaba seguro de haber herido mortalmente al intruso. La confianza de que así había sido me impulsó a seguirle más adentro, a pesar del eminente peligro.

¡Ojalá hubiese dado media vuelta y me hubiese alejado de aquel maldito lugar! Pero seguí adelante y bajé por las escaleras situadas contra la pared del pozo, que no conducían a la superficie del agua, sino a un agujero, el cual comunicaba con un túnel que atravesaba el muro del pozo y se adentraba profundamente en el jardín. Movido ahora por un ardiente deseo de conocer la identidad de mi víctima, me introduje en el túnel, sin apenas darme cuenta de la húmeda tierra que manchaba mi ropa. Con la linterna alumbraba hacia delante, y tenía mi arma preparada. Más allá había una especie de caverna - lo suficientemente grande como para que cupiera un hombre arrodillado - y, en medio de la luz emitida por mi linterna, apareció un ataúd. Al verlo dudé un instante, pues me di cuenta que la desviación del túnel conducía a la tumba del doctor Charriere.

Pero había llegado demasiado lejos para poder retroceder.

El hedor en este espacio era indescriptible. La atmósfera del túnel entero estaba impregnada de ese nauseabundo olor a reptil, pero ahora se



había vuelto tan denso que tuve que hacer un gran esfuerzo para acercarme al ataúd. Llegué a él y vi que estaba destapado. Los charcos de sangre llegaban hasta el mismo féretro que habían manchado. Con una mezcla de curiosidad y de temor ante lo que iba a ver, me incorporé cuanto pude. Temblando, alumbré con la linterna el interior del ataúd...

Habrá quien diga que mi memoria no es muy de fiar, dada la cantidad de años que han transcurrido, pero lo que vi allí ha quedado grabado para siempre en mi memoria. Bajo la luz de mi linterna yacía un ser que acababa de morir, y cuya existencia implicaba una serie de cosas espeluznantes. Esta era la criatura que yo había matado. Mitad hombre, mitad saurio, era el macabro recuerdo de lo que una vez había sido un ser humano. Sus ropas estaban rotas, desgarradas por las horribles mutaciones de su cuerpo; la piel, cubierta de costras; sus manos y sus pies descalzos eran planos, de aspecto fuertes, parecidos a unas garras. Aterrado, noté también el apéndice en forma de cola que había crecido en la base de la columna vertebral, y su mandíbula horriblemente alargada, una mandíbula de cocodrilo en la que aún crecía una mota de pelo, como la barba de una cabra...

Todo esto fue lo que vi antes de poder abandonarme a un desmayo bienhechor, pues ya había reconocido lo que yacía en el ataúd. Había permanecido allí desde 1927 en una semiinconsciencia cataléptica, esperando el momento de volver a la vida, con un aspecto horrorosamente alterado. Era el doctor Jean-François Charriere, cirujano, nacido en Bayona en el año 1636 y «muerto» en Providence en 1927. ¡Ahora ya sabía que el superviviente de quien hablaba en su testamento no era otro que él mismo, nacido otra vez, devuelto a la vida por el conocimiento endemoniado de ritos más antiguos que la propia humanidad, y ya olvidados, tan antiguos como los primeros días de la tierra, cuando las grandes bestias luchaban y se destruían entre sí!

# LA VENTANA EN LA BUHARDILLA

H. P. Lovecraft & August Derleth

## I

Me trasladé a casa de mi primo Wilbur cuando aún no había pasado un mes desde su inesperada muerte. Lo hice no sin cierto recelo, pues no me agradaba demasiado la soledad del valle entre montañas del Aylesbury Pike. Pero me parecía bastante lógico que esa propiedad de mi primo favorito hubiese recaído sobre mí. Cuando aún no era propiedad de los Wharton, la casa había estado sin habitar durante mucho tiempo. No había sido utilizada desde que el nieto del campesino que la había construido se marchó a la ciudad de Kingston, en la costa, y mi primo la compró a aquel heredero disgustado con el tipo de vida que llevaba en esa triste y agotada tierra. Fue algo imprevisto, como solían hacer las cosas los Akeley: impulsivamente.

Wilbur había sido estudiante de arqueología y antropología durante muchos años. Se había licenciado en la Universidad de Miskatonic, en Arkham, e inmediatamente después pasó tres años en Mongolia, Tíbet, Sinkiang, y otros tres en América del Sur, América Central y la parte suroeste de Estados Unidos. Había venido personalmente a dar la respuesta a una proposición que le hicieron para formar parte del profesorado de la Universidad de Miskatonic, pero en lugar de eso, se compró la vieja finca de los Wharton y se dedicó a repararla: tiró todas las alas con excepción de una, y dio a la estructura central una forma todavía más extraña que la que había adquirido a lo largo de las veinte décadas de su existencia. Pero ni

siquiera yo tuve plena conciencia del alcance de estas reformas hasta que tomé posesión de la casa.

Fue entonces cuando me di cuenta de que Wilbur sólo había dejado sin alterar uno de los laterales de la casa, había reconstruido por completo la fachada y la parte posterior, y había acondicionado una habitación en el desván del ala sur de la planta baja. La casa había sido en principio de una planta, con un enorme desván, que sirvió en su época para llenarse de todo tipo de bártulos de la vida rural de Nueva Inglaterra. En parte había sido construida con troncos; y ese tipo de construcción lo había dejado Wilbur tal cual, lo que demostraba el respeto de mi primo por la artesanía de nuestros antepasados de estas tierras: la familia Akeley llevaba en América cerca de doscientos años cuando Wilbur decidió dejar sus viajes y asentarse en su lugar de origen. El año, si mal no recuerdo, era 1921: no vivió allí más que tres años, de modo que fue en 1924 - el 16 de abril - cuando me trasladé a la casa para hacerme cargo de ella según disponía el testamento.

La casa estaba más o menos como la había dejado. No concordaba con el paisaje de Nueva Inglaterra, ya que a pesar de las huellas del pasado en sus cimientos de piedra y en los troncos, lo mismo que en la chimenea, había sido tan renovada que parecía fruto de varias generaciones. La mayor parte de estas reformas las había hecho Wilbur para su mayor comodidad, pero había un cambio que me causó extrañeza, y del que Wilbur nunca había dado ninguna explicación: era la instalación en la zona sur de la buhardilla, de una gran ventana redonda, con un curioso cristal opaco, del que simplemente había dicho que era una antigüedad muy valiosa, descubierta y adquirida durante su estancia en Asia. Se refirió a ella en una ocasión como «el cristal de Leng» y en otra habló de que «su origen posiblemente se deba a las Híadas». Ninguna de las dos referencias me aclaraba nada, pero, si he de ser sincero, tampoco estos caprichos de mi primo me interesaban lo suficiente como para averiguar más.

Pronto deseé, sin embargo, haberlo hecho. En seguida descubrí, una vez instalado en la casa, que toda la vida de mi primo parecía desenvolverse, no en las habitaciones centrales del piso de abajo, como sería de esperar, puesto que eran las más acondicionadas en cuanto a comodidades, sino en torno al cuarto abuhardillado. Aquí era donde tenía sus pipas, sus libros favoritos, sus discos, y los muebles más cómodos. Era también aquí donde trabajaba, donde estudiaba los manuscritos relacionados con su profesión y donde le sorprendió - mientras consultaba unos volúmenes de la Biblioteca de la Universidad de Miskatonic - la enfermedad coronaria que acabó con su vida.

O adaptaba mi forma de vida a sus cosas, o adaptaba sus cosas a mi forma de vida. Decidí esto último. Como primera medida, tenía que restablecer la disposición adecuada de la casa y vivir de nuevo en las estancias de la planta baja, ya que, a decir verdad, sentí desde el principio que la buhardilla me repelía. En parte, cierto, porque me recordaba la presencia de mi primo muerto, quien nunca mas ocuparía su lugar favorito de la casa, pero también porque la habitación me resultaba totalmente extraña y fría. Me sentía rechazado como por una fuerza física que no podía comprender, aunque posiblemente aquel rechazo se correspondía con mi actitud hacia la habitación a la que no comprendía, como nunca pude comprender a mi primo Wilbur.

Las reformas que deseaba hacer no eran del todo fáciles. Pronto me di cuenta de que la vieja 'guarida' de mi primo imprimía carácter a toda la casa. Hay quien piensa que las casas asumen algo del carácter de sus dueños; si la vieja casa había adquirido algo del carácter de los Wharton, que habían vivido en ella durante tanto tiempo, sin duda mi primo lo había borrado con sus reformas, pues ahora parecía hablar fielmente de la presencia de Wilbur Akeley. No era tanto una sensación opresiva como la molesta convicción de no estar solo, de ser observado minuciosamente por

algo que me era desconocido.

Quizá la responsable de estas fantasías era la propia soledad de la casa, pero me daba la impresión de que la habitación favorita de mi primo era algo vivo, que esperaba su regreso, como un animal que no se ha dado cuenta de que la muerte ha hecho acto de presencia y el dueño a quien espera no volverá jamás. Quizá debido a esta obsesión presté a aquel cuarto más atención que la que de hecho merecía. Había retirado de allí algunas cosas, como, por ejemplo, una cómoda silla; pero algo me impulsó a devolverla a su lugar, como una obligación emanada de convicciones diversas, y a menudo conflictivas: que esta silla, por ejemplo, pudiera estar hecha para alguien con diferente constitución a la mía, y por ello resultaba incómoda a mi persona, o que la luz no fuera tan buena abajo como arriba, por lo que también devolví a la buhardilla los libros que había retirado de sus estantes.

Sin lugar a dudas, las características de la habitación eran totalmente diferentes a las del resto de la casa. La casa de mi primo era en general bastante vulgar, si se exceptúa esa habitación. La planta baja estaba llena de comodidades, pero parecía haber sido poco utilizada, con excepción de la cocina. La habitación, en cambio, estaba bien amueblada, pero de un modo diferente, difícil de explicar. Era como si la habitación, sin duda un estudio construido por un hombre para su propio uso, hubiese sido utilizada por innumerables personas, cada una de las cuales hubiese dejado algo de sí misma dentro de esas paredes, pero sin ninguna huella identificadora. Sin embargo, yo sabía que mi primo había llevado una vida de ermitaño, con la excepción de sus salidas a la Universidad de Miskatonic de Arkham y a la Biblioteca Widener de Boston. No había viajado, ni recibía visitas. En las pocas ocasiones en que paré en su casa - por razones de trabajo muchas veces me encontraba en los alrededores-, aunque siempre se portó cortésmente, parecía estar deseando que me

marchase. Y eso que nunca permanecí allí más de quince minutos.

A decir verdad, el ambiente que flotaba en la buhardilla me hizo olvidar el deseo de cambiarla. El piso de abajo era suficiente para mí; me proporcionaba un hogar agradable, y no me fue difícil prescindir de la buhardilla y de las reformas que pensaba hacer allí, hasta casi olvidarme de ello y considerarlo sin importancia. Además, con frecuencia pasaba fuera varios días y varias noches, y no tenía prisa alguna por reformar la casa. El testamento de mi primo había sido refrendado oficialmente, y la casa registrada a mi nombre, de modo que nada amenazaba mi propiedad.

Todo habría ido bien, puesto que ya me había olvidado de los incumplidos planes para la buhardilla, de no haber sido por los pequeños incidentes que empezaron a turbarme. Al principio, sin ninguna consecuencia; eran cosas sin importancia que casi pasaron inadvertidas. Creo recordar que la primera de ellas sucedió al mes escaso de estar allí, y fue tan insignificante que, hasta pasadas varias semanas, no se me ocurrió relacionarla con acontecimientos posteriores. Escuché el ruido una noche, mientras leía cerca de la chimenea en la planta baja, y no era probablemente nada más que un gato o algún animal similar arañando la puerta para que le dejase entrar. Pero se oía con tanta claridad que me levanté a mirar en la puerta principal y en la puerta posterior, sin encontrar rastro de ningún gato. El animal había desaparecido en la noche. Le llamé varias veces, pero no obtuve respuesta ni escuché el menor ruido. No me había dado tiempo a sentarme, cuando empezó de nuevo a arañar la puerta. Lo intenté por lo menos media docena de veces, pero no logré ver al gato, hasta que me molestó tanto aquello que, de haberlo visto, probablemente lo habría matado.

Por sí solo, este incidente era trivial, y nadie pensaría dos veces en él. ¿Sería un gato que conocía a mi primo, y que al no conocerme a mí se había asustado? Pudiera ser. No pensé más en ello. Sin embargo, no había

pasado una semana cuando ocurrió un incidente similar, pero con una acusada diferencia respecto al primero. Esta vez, en lugar de arañosos de gato, el sonido era algo que se deslizaba a tientas, y que me provocó un escalofrío, como si una serpiente gigante o la trompa de un elefante rozase en las ventanas y en las puertas. Tras el sonido, mi reacción fue idéntica a la vez anterior. Oí, pero no vi nada; escuchaba y no descubría nada, sólo los sonidos inaprensibles. ¿Un gato? ¿Una serpiente? ¿O qué?

Aparte del gato y de la serpiente, que no tardaron en volver, sucedieron otros nuevos incidentes. En ocasiones escuchaba lo que parecía el sonido de las pezuñas de una bestia, o las pisadas de un gigantesco animal, o los picotazos de pájaros en las ventanas, o el deslizamiento de un gran cuerpo, o el sonido aspirante de unos labios. ¿Qué podía deducir de todo esto? Consideré que eran alucinaciones mías y descarté que existiera una explicación, puesto que los sonidos aparecían en cualquier momento, a todas horas de la noche y del día. De haber habido algún animal de cualquier tamaño en la puerta o en la ventana, tendría que haberlo visto antes de que desapareciese en el bosque de las colinas que rodeaban la casa (lo que había sido campo se hallaba ahora cubierto de álamos, abedules y fresnos).

Este ciclo misterioso quizá no bahía sido interrumpido, de no ser porque una noche abrí la puerta de las escaleras que conducían a la buhardilla de mi primo, debido al calor que hacía en la planta baja; fue entonces cuando los arañosos del gato empezaron otra vez, y me di cuenta de que el ruido no venía de las puertas, sino de la misma ventana de la buhardilla. Subí escaleras arriba, sin dudarlo, sin pararme a pensar que tendría que tratarse de un gato muy especial para poder trepar hasta el segundo piso de la casa y llamar para que le dejaran entrar por la ventana redonda, única abertura al exterior de la habitación. Y puesto que la ventana no se abría, ni siquiera parcialmente, y como se trataba de un

cristal opaco, no pude ver nada. Pero sí me quedé allí escuchando el ruido producido por los arañazos de un gato, tan cerca como si viniese del otro lado del cristal.

Bajé corriendo, cogí una potente linterna y salí a la calurosa noche de verano para iluminar la pared en que estaba la ventana. Pero ya había cesado todo ruido, y ya no había nada que ver excepto la pared de la casa y la ventana, tan negra por fuera como blanca y opaca por dentro. Pude haber seguido desconcertado durante el resto de mi vida y muchas veces pienso que indudablemente eso habría sido lo mejor, pero no fue así.

Por esta época recibí de una vieja tía un gato, llamado «Little Sam», que se había llevado un premio y que había sido mascota mía hacía cosa de dos años, cuando aún era pequeño. Mi tía había acogido con cierta alarma mis intenciones de vivir solo, y finalmente me había mandado uno de sus gatos para que me hiciese compañía. «Little Sam», ahora, desafiaba su nombre: tendría que haberse llamado «Big Sam». Había engordado mucho desde la última vez que lo vi, y se había convertido en un felino fiero y negro, todo un ejemplar de su especie. «Little Sam» me demostraba con arrumacos su afecto, pero mostraba una gran desconfianza hacia la casa. A veces dormía cómodamente a los pies de la chimenea; en otros momentos parecía un gato poseído: aullaba para que le dejara salir afuera. Y cuando sonaban aquellos extraños sonidos que parecían de animales que pretendían entrar en la casa, «Little Sam» se volvía loco de miedo y de furia, y tenía que dejarle salir de inmediato para que pudiera refugiarse en una vieja dependencia que no había sido afectada por las reformas de mi primo. Allí dentro se pasaba la noche - allí o en el bosque - y no volvía hasta el amanecer, cuando le entraba hambre. A lo que se negaba siempre rotundamente era a entrar en la buhardilla.



## II

Fue el gato, en realidad, el que me impulsó a profundizar en los trabajos de mi primo. Las reacciones de «Little Sam» eran tan anómalas que no me quedó otro remedio que rebuscar entre los revueltos papeles que había dejado mi primo, a ver si encontraba alguna explicación al fenómeno ya habitual de la casa. Casi en seguida me tropecé con una carta sin terminar, en el cajón del escritorio de una habitación de la planta baja; estaba dirigida a mí, y parecía evidente que Wilbur era consciente de su enfermedad, puesto que la carta parecía contener instrucciones en caso de muerte. Pero lo más probable también era que Wilbur ignorase la inminencia de su muerte, pues la carta había sido empezada tan sólo un mes antes de que le sobreviniese aquélla y aguardaba a medio acabar en un cajón, como si mi primo hubiera pensado que le quedaba tiempo de sobra para terminarla.

«Querido Fred - había escrito-, los mejores médicos me dicen que me queda poco tiempo de vida, y como ya he dicho en mi testamento que serás mi heredero, quiero añadir a ese documento unas cuantas disposiciones últimas que te ruego recuerdes y lleves a cabo fielmente. Hay en especial tres cosas que debes hacer sin falta, y del modo que te indico:

1. Todos los papeles que están en los cajones A, B y C de mi armario deben ser destruidos.
2. Todos los libros de los estantes H, I, J y K han de ser devueltos a la Biblioteca de la Universidad de Miskatonic de Arkham.
3. La ventana redonda que está en el cuarto abuhardillado de arriba tiene que ser rota. No se trata de quitarla simplemente, debe ser hecha añicos.

Has de aceptar mi decisión sobre estos tres puntos y si no lo haces puedes ser responsable de enviar un terrible azote sobre el mundo. No

quiero hablar más de esto. Hay otras cosas de las que quiero hablar mientras puedo hacerlo. Una de éstas es la cuestión... »

Aquí se interrumpió y dejó su carta.

¿Qué hacer con tan extrañas instrucciones? Comprendía que esos libros se devolviesen a la Biblioteca de la Universidad de Miskatonic. Yo no tenía ningún interés especial en ellos. Pero ¿por qué destruir los papeles? ¿Por qué no llevarlos también allí? Y respecto al cristal... Destruirlo era sin duda una tontería; tendría que comprar una ventana nueva, y esto representaría un gasto superfluo. Esta parte de la carta produjo el desgraciado efecto de despertar más y más mi curiosidad, y me propuse mirar entre sus cosas con mayor atención.

Esa misma noche fui a la habitación abuhardillada del piso de arriba y empecé con los libros de las estanterías indicadas. El interés de mi primo por los temas de arqueología y antropología se reflejaba claramente en la selección de sus libros: textos referentes a las civilizaciones polinesias, mongólicas y de varias tribus primitivas, y obras acerca de las migraciones de pueblos, el culto y los mitos de las religiones primitivas. Estos, sin embargo, sólo podían considerarse los primeros de los libros destinados a ser entregados a la Biblioteca de la Universidad de Miskatonic. Muchos de ellos parecían ser muy viejos, tan viejos que ni siquiera se indicaba fecha alguna, y a juzgar por su apariencia y su letra deduje que provenían de la Edad Media. Los más recientes - ninguno era posterior a 1850 - habían sido recibidos de diversos lugares: algunos habían pertenecido al padre de mi primo, Henry Akeley, de Vermont, que se los había dejado a Wilbur ; otros llevaban el sello de la Biblioteca Nacional de París, lo que inducía a sospechar que Wilbur se los había llevado de allí.

Estos libros en varios idiomas llevaban títulos como: los *Manuscritos Pnakóticos*, el *Texto de R'lyeh*, los *Unaussprechlichen Kulten* de von Junzt, el *Libro de Eibon*, los *Cánticos de Dhol*, los *Siete Libros*

*Crípticos de Hsan*, *De Vermis Mysteriis* de Ludvig Prinn, los *Fragmentos de Celaeno*, los *Cultes des Goules* del conde d'Erlette, el *Libro de Dzyan*, una copia fotostática del *Necronomicon*, de un árabe llamado Abdul Alhazred, y muchos otros, algunos aparentemente en forma de manuscritos. Confieso que estos libros me sorprendieron, puesto que estaban llenos - aquellos que leí - de ciencias ocultas, de mitos y de leyendas relativos a las creencias antiguas y primitivas de las religiones de nuestra raza... Y si no había leído mal, también de razas desconocidas. Por supuesto, no podía enjuiciar debidamente los textos en latín, francés y alemán; ya era bastante difícil descifrar el inglés antiguo de algunos de sus manuscritos y libros. De cualquier forma, pronto se acabó la paciencia: los libros mantenían unos postulados tan extraños que sólo un antropólogo con gran vocación podía coleccionar tal cantidad de literatura de ese tipo.

Aquellas obras no carecían de interés, pero todas trataban más o menos del mismo tema. Era el viejo credo del poder de la luz contra el poder de las tinieblas, o por lo menos así lo interpreté yo. No importaba que se denominasen Dios y Demonio, o los Dioses Arquetípicos y los Primordiales, el Bien y el Mal o nombres como los Nodens, el Señor de los Abismos, el único nombrado, el Dios Arquetípico, o éstos de los Primigenios: el dios idiota, Azathoth, amorfa plaga de la confusión de los mundos abismales que blasfema y parlotea en el centro del infinito; Yog-Sothoth, el todo en uno, el uno en todo, no sujeto ni a las leyes del tiempo ni del espacio, coexistente con el tiempo y co-aniquilante con el espacio; Nyarlathotep, el mensajero de los Primordiales: el Gran Cthulhu que, mantenido en un estado letárgico mágico, espera surgir otra vez de la cósmica R'lyeh, sumergida en las profundidades del océano; Hastur, señor del espacio interestelar; Shub-Niggurath, la Cabra Negra de los Bosques y sus mil crías. Y así como las razas de los hombres que adoraban varios dioses conocidos llevaban nombres de sectas, así también ocurría con los

adeptos de los Primordiales, que incluían a los Abominables Hombres de las Nieves del Himalaya y de otras regiones montañosas de Asia; los Profundos, que merodeaban en las profundidades del océano, bajo las órdenes de Dagon, para servir al Gran Cthulhu; los Shantaks; el Pueblo Tcho-Tcho; y otros muchos. Según constaba, algunos de ellos habían surgido de aquellos lugares a los cuales los Primordiales fueron desterrados - como Lucifer, que fue desterrado del Paraíso - después de su rebelión contra los Dioses Arquetípicos; eran lugares tales como las distantes estrellas de las Híadas, Kadath la Desconocida, la Meseta de Leng, o incluso la ciudad hundida de R'lyeh.

A través de esos textos, dos elementos preocupantes sugerían que mi primo se había tomado todo esto de las mitologías más en serio de lo que yo pensaba. Las repetidas referencias a las Híadas, por ejemplo, me recordaban que Wilbur me había hablado del cristal de la ventana y de que «su origen posiblemente se deba a las Híadas». Y más específicamente como «el cristal de Leng». Es cierto que estas referencias podían ser meras coincidencias, y me tranquilicé por un momento diciéndome a mí mismo que «Leng» podía ser algún comerciante chino en antigüedades, y la palabra «Híadas» podía provenir de una errónea interpretación. Pero esto era un mero pretexto por mi parte, pues todo indicaba que para Wilbur estas mitologías desconocidas habían significado algo más que un entretenimiento temporal. De no haber sido suficiente su colección de libros, sus anotaciones no habrían dejado lugar a dudas.

Las anotaciones contenían algo más que misteriosas referencias. Había dibujos toscos pero significativos que me causaron una extraña y desagradable impresión: alucinantes escenas y criaturas extrañas, seres que no hubiese podido imaginar en mis peores sueños. En su mayor parte estas criaturas eran imposibles de describir; eran aladas, semejantes a murciélagos del tamaño de un hombre; vastos y amorfos cuerpos, llenos de

tentáculos, que parecían a primera vista pulpos, pero definitivamente más inteligentes que un pulpo; seres con garras, mitad hombres, mitad pájaros; cosas horribles, con cara de batracio, que caminaban erectas, con brazos escamosos y de un color verde claro, como el agua del mar. Había seres humanos más reconocibles, aunque distorsionados; hombres con rasgos orientales, atrofiados y enanos, que vivían en lugares fríos a juzgar por sus ropas, y había una raza nacida de repetidos cruces, con ciertos caracteres de batracios, aunque indiscutiblemente humanos. Nunca pensé que mi primo tuviese tanta imaginación; sabía que tío Henry admitía como ciertas las que no eran sino fantasías de su mente, pero nunca, que yo supiese, había demostrado Wilbur esta misma tendencia; veía ahora que había escamoteado lo esencial de su verdadera naturaleza, y este hallazgo me dejaba atónito.

Ciertamente, ningún ser vivo podía haber servido de modelo para estos dibujos, y no había tales ilustraciones en los manuscritos y libros que había dejado. Movidó por la curiosidad, busqué más a fondo en sus anotaciones. Finalmente, separé aquellas de sus referencias crípticas que parecían, aunque muy remotamente, encerrar lo que buscaba, y las ordené cronológicamente, cosa fácil, pues estaban fechadas.

«15 de octubre, '21. Paisaje más claro. ¿Leng? Parece el suroeste de América. Cuevas llenas de bandadas de murciélagos - como una densa nube - que empiezan a salir justo antes del ocaso, y tapan el sol. Arbustos y árboles torcidos. Un lugar venteado. A lo lejos, hacia la derecha, montañas con nieve en las cimas, a la orilla de la región desértica.»

«21 de octubre, '21. Cuatro Shantaks en medio del paisaje. Estatura media mayor que la de un hombre. Peludos. Cuerpo similar al de los murciélagos, con alas que se extienden tres pies sobre la cabeza. Cara picuda, como de buitres. Por lo demás se parecen a un murciélago. Cruzaron el escenario en vuelo. Se pararon a descansar en un risco a mitad

de camino. No *enterados*. ¿Iba alguien montado encima de uno de ellos? No puedo estar seguro.»

«7 de noviembre,'21. Noche. Océano. Una isla parecida a un arrecife, en primer plano. Profundos junto con humanos de origen parcialmente similar. blancos híbridos. Los Profundos, escamosos, caminan con movimiento semejante al de las ranas, un andar intermedio entre el salto y el paso, algo encogidos, también como casi todos los batracios. Otros parecían estar nadando hacia el arrecife. ¿Innsmouth? No se veía la costa, ni luces de un pueblo. Tampoco barcos. Salen del fondo, al lado del arrecife. ¿*El Arrecife del Diablo*? Incluso los híbridos no pueden nadar muy lejos sin pararse a descansar. Posiblemente la costa no se veía.»

«17 de noviembre,'21. Paisaje totalmente desconocido. No de la tierra, por lo que vi. Cielos negros, algunas estrellas, peñascos de pórfido o sustancia similar. En primer plano un profundo lago. ¿Hali? A los cinco minutos el agua empezó a burbujear en el lugar de donde algo acababa de surgir. Mirando hacia adentro. Un ser acuático gigantesco, con tentáculos. Pulpo, pero mucho más grande, diez, veinte veces más grande que el gigante *Octopus apollyon* de la costa oeste. El cuello medía fácilmente unas quince varas de diámetro. No podía arriesgarme a ver su cara y destruí la estrella.»

«4 de enero,'22. Un intervalo de nada. ¿*El espacio*? Acercamiento planetario, como si estuviese mirando a través de los ojos de algún ser acercándose a un objeto en el espacio. Cielo negro, pocas estrellas, pero la superficie del planeta cada vez más cercana. Al aproximarme vi parajes arrasados. Sin vegetación, como en la estrella negra. Un círculo de fieles alrededor de una torre de piedra. Sus gritos: ¡*Iä!* ¡*Shub-Niggurath!*

«16 de enero,'22. Región bajo el mar. ¿*Atlantis*? Lo dudo. Un edificio grande y cavernoso semejante a un templo, destruido por cargas de profundidad. Piedras monumentales, similares a las de las pirámides.

Escalones que descendían al negro fondo, Profundos al fondo de la escena. Movimiento en la oscuridad de las escaleras. Un enorme tentáculo empezó a subir. A gran distancia de éste, dos ojos líquidos, separado el uno del otro por muchas varas. *¿R'lyeh?* Temeroso del acercamiento de la cosa de abajo. destruí la estrella.»

«24 de febrero, '22. Paisaje familiar. *¿La región de Wilbraham?* Casas de campo destrozadas, familia encerrada en sí misma. En primer plano, un viejo escuchando. Hora: la noche. Chotacabras llamando muy alto. Una mujer se acerca con una réplica de la estrella de piedra. El viejo huye. Curioso. Debo buscar referencias.

«21 de marzo, '22. Experiencia enervante la de hoy. Debo tener más cuidado. Construí la estrella y pronuncié las palabras: *Ph'nglui mglw'nafh Cthulhu R'lyeh wgah'nagl fhtagn*. Se abrió inmediatamente con un enorme *shantak* en primer plano. *Shantak enterado* y en seguida se movió hacia adelante. Llegué incluso a oír sus garras. Pude romper la estrella a tiempo.

«7 de abril,'22. Ahora sé que lo atravesarán si no tengo cuidado. Hoy el paisaje tibetano, y los Abominables Hombres de las Nieves. Otro intento. ¿Pero y sus amos? Si los sirvientes intentan trascender el tiempo y el espacio ¿qué será del Gran Cthulhu, Hastur, Shub-Niggurath? Pretendo abstenerme por algún tiempo. Profundo shock.»

No volvió a abordar su extraño intento hasta primeros del otro año. O por lo menos eso indicaban sus notas. Una abstinencia en su obsesiva preocupación, seguida una vez más por un período de breve indulgencia. Su primera anotación era casi de un año después.

«7 de febrero,'23. No hay duda, están enterados ya de la existencia de la puerta. Muy arriesgado mirar dentro. Excepto cuando el paisaje está despejado. Y como uno nunca sabe sobre qué escena se posará la vista, el riesgo es aún más grave. Sin embargo, me resisto a cerrar la entrada.

Construí la estrella, como de costumbre, dije las palabras, y esperé. Durante un rato sólo vi el paisaje familiar del suroeste americano al anochecer: murciélagos, búhos, ratas y gatos salvajes. Entonces salió de una cueva un Habitante de la Arena, de piel áspera, ojos grandes, orejas grandes; su rostro guardaba un horrible y distorsionado parecido con el oso koala, y el cuerpo tenía un aspecto consumido. Se arrastró hacia adelante, con evidente intención. ¿Es posible que la puerta abierta les permita ver este lado del mismo modo que me deja ver a mí el suyo? Cuando vi que se dirigía directamente a mí, destruí la estrella. Todo desapareció, como de costumbre. Pero después, la casa *se llenó de murciélagos*. ¡Veintisiete en total! ¡Y yo no creo en la mera coincidencia!»

Vino después otro paréntesis, durante el cual mi primo escribió notas crípticas sin referencia a sus visiones o a la misteriosa «estrella» de la que tanto había hablado. No me cabía duda de que fue víctima de alucinaciones, producto probablemente del intenso estudio del material de aquellos libros procedentes de todos los rincones del mundo. Estos párrafos eran como una especie de justificación de racionalizar lo que había «visto».

Todas aquellas notas estaban mezcladas con recortes de periódicos, que mi primo sin duda intentaba relacionar con las mitologías a las que era tan aficionado: relatos de extraños acontecimientos, objetos desconocidos en el cielo, desapariciones misteriosas en el espacio, revelaciones curiosas referentes a cultos desconocidos, y otras noticias por el estilo. Era dolorosamente patente que Wilbur había llegado a creer con intensidad en ciertas facetas de credos primitivos: en especial que había supervivientes contemporáneos de los endemoniados Primordiales y de sus adoradores y adeptos, y era esto, más que nada, lo que trataba de probar. Era como si hubiese tomado los escritos impresos en los viejos libros que poseía y, tras aceptarlos como verdades literales, intentase añadir a la evidencia del pasado el peso de la evidencia de su época. Ciertamente, había un elemento de



similitud, que resultaba inquietante, entre aquellos relatos antiguos y muchos de los que mi primo había recortado, pero sin duda podía explicarse como simple coincidencia. Aun siendo convincentes, los envié a la Biblioteca de la Universidad de Miskatonic para la Colección Akeley, sin copiar ninguno. Pero los recuerdo vívidamente, tanto más por el desenlace inolvidable que siguió a mis investigaciones, un poco inciertas, respecto a lo que había obsesionado a mi primo.

### III

Nunca habría sabido de la «estrella» de no haberme encontrado accidentalmente con ella. Mi primo había escrito repetidamente acerca de «hacer», «romper», «construir» y «destruir» la estrella, como algo necesario para sus visiones, pero esta referencia carecía de sentido para mí, y posiblemente continuaría sin sentido de no haber tenido oportunidad de fijarme en el suelo, a la tenue luz de la buhardilla de la ventana redonda: las marcas en el suelo formaban una estrella de cinco puntas. Esto no había sido visible previamente, ya que una gran alfombra cubría el suelo; pero la alfombra se había desplazado durante el traslado de libros y papeles a la Biblioteca de la Universidad de Miskatonic, y por pura casualidad quedó el suelo al descubierto.

Incluso en aquel momento no caí en que aquellas marcas pudiesen representar una estrella. Hasta que acabé mi trabajo con los libros y papeles y moví del todo la alfombra, quedando al descubierto el centro de la habitación, no se me apareció el diseño entero. Vi entonces que era una estrella de cinco puntas, decorada con dibujos ornamentales, de un tamaño que permitía dibujarla desde el interior de la buhardilla. Me di cuenta en seguida de que ésta era la razón por la que había en el cuarto de mi primo una caja de tizas cuya utilidad no había comprendido antes. Empujé libros,

papeles y todo lo demás a un lado. Fui a buscar una tiza y me puse a dibujar el contorno de la estrella y todas las ornamentaciones del interior. Se trataba sin duda de un diseño cabalístico, y no había otra opción, para quien lo dibujaba, que sentarse en su interior.

De modo que tras completar el dibujo, de acuerdo con las marcas dejadas por frecuentes reconstrucciones, me senté dentro. Muy posiblemente esperaba que algo ocurriese, aunque estaba confundido con las anotaciones de mi primo referentes a la destrucción del diseño cada vez que se veía amenazado. Recordaba que en los rituales cabalísticos era la destrucción de esos diseños la que traía el peligro de invasión física. Sin embargo, no ocurrió nada. Sólo pasados unos minutos recordé «las palabras». Las había copiado, y me levanté a buscarlas. Regresé y las pronuncié;

*«Ph'nglui mglw'nafh Cthulhu R'lyeh wgah'nagl fhtagn.»*

De repente se produjo un extraordinario fenómeno. Con la mirada fija en la ventana redonda de la pared sur, pude ver todo lo que pasó. El cristal opaco de la ventana se volvió transparente y me encontré, sorprendido, contemplando un paisaje bañado por el sol, aunque era de noche, algunos minutos después de las nueve de una noche de finales de verano en el Estado de Massachusetts. Pero el paisaje que apareció en el cristal no podía encontrarse en ningún sitio de Nueva Inglaterra: una tierra árida de piedras arenosas, de vegetación desértica, de cavernas y, en el fondo, montañas con nieve en las cimas. Ese mismo paisaje había sido descrito más de una vez en las notas crípticas de mi primo.

Dirigí mi vista fascinada hacia este paisaje, con la mente confusa. Parecía haber vida en el paisaje que yo miraba, y aprehendí uno a uno sus aspectos: la serpiente de cascabel que trepaba sinuosamente y el halcón de ojos rasgados que comenzaba a elevarse. Esto me permitió observar que no era mucho antes de la puesta del sol, ya que el reflejo de la luz en el pecho

del halcón así lo indicaba. Todos los caracteres prosaicos - el monstruo del Gila, el correcaminos - del suroeste americano componían lo que estaba presenciando. ¿Dónde se desarrollaba, entonces, la escena? ¿En Arizona? ¿En Nuevo Méjico?

Pero continuaron produciéndose acontecimientos, sin ningún punto de referencia, en la desconocida tierra. La serpiente y el monstruo del Gila desaparecieron, el halcón cayó como un plomo y volvió a subir con una serpiente entre sus garras, el correcaminos se unió a otro. La luz del sol se iba, y la escena toda se convertía en un paisaje de gran belleza. Entonces, de la boca de una de las mayores cavernas emergieron los murciélagos, Venían volando desde la oscura cueva miles de murciélagos, en bandada, y me parecía oírles. No sé cuánto tiempo les llevó volar y volar hacia el crepúsculo. Acababan de desaparecer cuando surgió algo, una especie de ser humano, de ser humano de piel áspera, como si la arena del desierto se le hubiese incrustado en la superficie de su cuerpo, con los ojos y orejas anormalmente grandes. Tenía un aspecto escuálido, con las costillas marcadas a través de la piel, pero lo más repelente era su rostro, parecido al del osito australiano llamado koala. Y al verlo recordé que mi primo había llamado a esta gente - pues aparecieron otros detrás del primero, algunos de ellos hembras - los Habitantes de la Arena.

Procedían de la caverna. Guiñaban sus grandes ojos. Pronto aparecieron en mayor número, y se repartieron por todas partes detrás de los arbustos. Entonces, parsimoniosamente, un monstruo increíble hizo su aparición: primero un tentáculo, o algo así, luego otro, y ahora media docena de ellos que exploraban cautelosamente el exterior de la cueva. Y luego, desde la oscuridad del pozo de la caverna, emergió a medias una terrible cabeza. De pronto, al impulsarse hacia delante, casi grité de horror. La cara era una desfiguración monstruosa del mundo conocido: se elevaba de un cuerpo sin cuello que era una masa de carne gelatinosa - a la vista

parecía goma-, y los tentáculos que la adornaban salían de una parte del cuerpo que podía ser la mandíbula inferior o un aparente cuello.

Además, aquella cosa tenía una percepción inteligente, pues desde el principio parecía haberse percatado de mi presencia. Arrastrándose desde la caverna, fijó sus ojos en mí, y empezó a moverse con increíble rapidez en dirección a la ventana sobre el cada vez más oscurecido paisaje. Supongo que no me estaba dando cuenta del verdadero peligro que corría, puesto que observaba absorto, y sólo cuando la cosa empezó a cubrir todo el paisaje, cuando uno de sus tentáculos alcanzaba la ventana - ¡y la atravesaba!-, sólo entonces experimenté la parálisis del miedo.

*¡La atravesaba!* ¿Era ésta, entonces, la alucinación culminante?

Recuerdo haber roto la gelidez del miedo durante el tiempo suficiente para quitarme un zapato y lanzarlo con todas mis fuerzas hacia el cristal de la ventana. Al mismo tiempo, recordaba las frecuentes citas de mi primo relativas a la destrucción de la estrella. Me incliné hacia adelante y borré parte del diseño. Y mientras oía el ruido de los vidrios al romperse, me sumergí en una bendita oscuridad.

Sabía ahora lo que sabía mi primo.

Si no hubiera esperado tanto, podía haberme evitado el conocimiento de todo aquello, podía haber seguido pensando en ilusiones o alucinaciones. Pero ahora sé que la ventana redonda era una potente puerta hacia otras dimensiones, a un espacio y un tiempo desconocidos, una entrada a algún paisaje que Wilbur Akeley deseaba encontrar, la llave de esos lugares secretos de la tierra y del espacio, de las estrellas en que los súbditos de los Primordiales - ¡y los propios Primigenios! - se esconden para siempre, esperando resurgir otra vez. El cristal de Leng - que quizá provenía de las Híadas, pues nunca supe de dónde lo había sacado mi primo - podía girar dentro de su marco; no estaba sujeto a las leyes físicas excepto en el hecho de que su dirección variaba al compás del movimiento

de la tierra sobre su eje. Y de no haberlo roto, habría dejado caer sobre la tierra el azote de esas otras dimensiones, a causa de mi ignorancia y mi curiosidad.

Y ahora sé que los modelos de los dibujos hechos por mi primo, entre sus anotaciones, por muy toscos que fueran, representaban a seres que existían y no eran producto de su imaginación. La culminante prueba final lo demuestra. Los murciélagos que encontré en la casa cuando recuperé el conocimiento pudieron haber entrado por la ventana rota. Que el cristal opaco se hubiese vuelto translúcido podía explicarse como una ilusión óptica. Pero yo sabía algo más. Sé, sin lugar a dudas, que lo que vi allí no era producto de una fantasía, porque nada podría destruir esa prueba terrible que encontré cerca de los cristales rotos en el suelo de la buhardilla: *un trozo de tentáculo, de diez pies de largo, que se había quedado atrapado entre las dimensiones cuando la puerta se cerró contra el monstruoso cuerpo al que pertenecía. ¡El tentáculo que ningún científico hubiese podido identificar como perteneciente a criatura conocida alguna, viva o muerta, en la superficie o en las profundidades subterráneas de la tierra!*

## **EN BUSCA DE LA CIUDAD DEL SOL PONIENTE**

H. P. Lovecraft

Por tres veces soñó Randolph Carter la maravillosa ciudad, y por tres veces fue súbitamente arrebatado cuando se hallaba en una elevada terraza que la dominaba. Brillaba toda con los dorados fulgores del sol

poniente: las murallas, los templos, las columnatas y los puentes de vetado mármol, las fuentes de tazas plateadas y prismáticos surtidores que adornaban las grandes plazas y los perfumados jardines, las amplias avenidas bordeadas de árboles delicados, de jarrones atestados de flores, y de estatuas de marfil dispuestas en filas resplandecientes. Por las laderas del norte ascendían filas y filas de rojos tejados y viejas buhardillas picudas, entre las que quedaban protegidos los pequeños callejones empedrados, invadidos por la yerba. Había una agitación divina, un clamor de trompetas celestiales y un fragor de inmortales címbalos. El misterio envolvía la ciudad como envuelven las nubes una fabulosa montaña inexplorada; y mientras Carter, con la respiración contenida, se hallaba recostado en la balaustrada de la terraza, se sintió invadido por la angustia y la nostalgia de unos recuerdos casi olvidados, por el dolor de las cosas perdidas y por la apremiante necesidad de localizar de nuevo el que algún día fuera trascendental y pavoroso lugar.

Sabía que, para él, aquel lugar debió de tener alguna vez un significado supremo; pero no podía recordar en qué época ni en qué encarnación lo había visitado, ni si había sido en sueños o en vigilia. Vislumbraba vagamente alguna fugaz reminiscencia de una primera juventud lejana y olvidada, en la que el gozo y la maravilla henchían el misterio de los días, y el anochecer y el amanecer se sucedían bajo un ritmo igualmente impaciente y profético de laudes y canciones, abriendo las puertas ardientes de nuevas y sorprendentes maravillas. Pero cada noche en que se encontraba en esa elevada terraza de mármol, ornada de extraños jarrones y balaustres esculpidos, y contemplaba, bajo una apacible puesta de sol, la belleza sobrenatural de la ciudad, sentía el cautiverio en el que le tenían los dioses tiranos del sueño; de ningún modo podía dejar aquel elevadísimo lugar para bajar por la interminable escalinata de mármol hasta aquellas calles impregnadas de antiguos sortilegios que le fascinaban...

Cuando despertó por tercera vez sin haber descendido por aquellos peldaños, sin haber recorrido aquellas apacibles calles en el atardecer, suplicó larga y fervientemente a los ocultos dioses del sueño que meditan ceñudos sobre las nubes que envuelven la desconocida Kadath, ciudad de la inmensidad fría jamás hollada por el hombre. Pero los dioses no contestaron, ni se conmovieron, ni dieron ningún signo favorable cuando les imploró en sueños o cuando les ofreció sacrificios por medio de los sacerdotes Nasht y Kaman-Thah, de lengua barba, cuyo templo subterráneo, en el cual se venera una columna de fuego, se encuentra no lejos de las puertas del mundo vigil. Parecía, al contrario, que sus súplicas habían sido escuchadas con hostilidad, ya que desde la primera invocación dejó radicalmente de contemplar la maravillosa ciudad, como si sus tres lejanas visiones le hubieran sido permitidas por casualidad o por inadvertencia, en contra de algún plan o deseo oculto de los dioses.

Finalmente, enfermo de tanto suspirar por las avenidas esplendorosas y por los callejones de la colina, ocultos entre aquellos tejados antiguos que ni en sueños ni despierto podía apartar de su espíritu, Carter decidió llegar hasta donde ningún otro ser humano había osado antes, y cruzar los tenebrosos desiertos helados donde la desconocida Kadath, cubierta de nubes y coronada de estrellas ignotas, guarda el nocturno y secreto castillo de ónice donde habitan los Grandes Dioses.

En uno de sus sueños ligeros, descendió los setenta peldaños que conducen a la caverna de fuego y habló de su proyecto a los sacerdotes Nasht y Kaman-Thah de lengua barba. Y los sacerdotes, cubiertos con sus tiaras, movieron negativamente la cabeza, augurando que sería la muerte de su alma. Le dijeron que los Grandes Dioses habían manifestado ya sus deseos y que no les agradaría sentirse agobiados por súplicas insistentes. Le recordaron también que no sólo no había llegado jamás hombre alguno a Kadath, sino que nadie podía sospechar dónde se halla, si en los países del

sueño que rodean nuestro mundo o en aquellas regiones que circundan alguna insospechada estrella próxima a Fomalhaut o a Aldebarán. Si estuviera en la región de nuestros sueños, no sería imposible llegar a ella. Pero desde el principio de los tiempos, sólo tres seres completamente humanos han cruzado los abismos impíos y tenebrosos del sueño; y de los tres, dos regresaron totalmente locos. En tales viajes había incalculables peligros imprevisibles, así como una tremenda amenaza final: el ser que aúlla abominablemente más allá de los límites del cosmos ordenado, allí donde ningún sueño puede llegar. Esta última entidad maligna y amorfa del caos inferior, que blasfema y babea en el centro de toda infinitud, no es sino el ilimitado Azathoth, el sultán de los demonios, cuyo nombre jamás se atrevieron labios humanos a pronunciar en voz alta, el que roe hambriento en inconcebibles cámaras oscuras, más allá de los tiempos, entre los fúnebres redobles de unos tambores de locura y el agudo, monótono gemido de unas flautas execrables, a cuyas percusiones y silbos danzan lentos y pesados los gigantescos Dioses Finales, ciegos, mudos, tenebrosos, estúpidos; y los Dioses Otros, cuyo espíritu y emisario es Nyarlathotep, el caos reptante.

De todas estas cosas advirtieron a Carter los sacerdotes Nasht y Kaman-Thah en la caverna de fuego, pero él siguió decidido a partir en busca de la desconocida Kadath, que se alza perdida en la inmensidad fría y de sus dioses tenebrosos, para poder gozar de la visión, del recuerdo y del amparo de la maravillosa ciudad del sol poniente. Sabía que su viaje iba a ser extraño y largo, y que los Grandes Dioses se opondrían a ello; pero estando habituado a los sueños, contaba Carter con la ayuda de muchos recuerdos provechosos y estrategias útiles. Así que, tras pedir a los sacerdotes su bendición solemne y maquinar con astucia su expedición, descendió audazmente los trescientos peldaños que conducen al Pórtico del Sueño Profundo y emprendió el camino a través del bosque encantado.



En las oquedades de ese bosque enmarañado, cuyos prodigiosos robles tantean y entrelazan sus ramas al aire, y cuyas umbrías relucen con la apagada fosforescencia de unos hongos extraños, habitan los furtivos y silenciosos zoogs. Estos seres conocen una infinidad de secretos de la región de los sueños, y algo también del mundo vigil, ya que el bosque linda con las tierras de los hombres por dos lugares, aunque sería desastroso decir cuáles. Ciertos rumores inexplicables, ciertos accidentes y desapariciones ocurren entre los hombres allí donde los zoogs tienen acceso, y por ello es una gran suerte que éstos no puedan alejarse demasiado de la región de los sueños. Sin embargo, los zoogs cruzan libremente la frontera más próxima de esta región y se deslizan, negros, menudos, invisibles, para poder contar relatos divertidos a su regreso y entretener con ellos las largas horas que pasan al amor del fuego, en el corazón de su adorado bosque. La mayoría vive en madrigueras, aunque algunos habitan en los troncos de los grandes árboles; ya pesar de que se alimentan principalmente de hongos, se dice que también les atrae la carne, tanto la física como la espiritual. Y, efectivamente, en el bosque han entrado muchos soñadores que luego no han vuelto a salir. Pero Carter no tenía miedo; era un soñador veterano que conocía el lenguaje chirriante de estos seres y había tratado muchas veces con ellos. Con la ayuda de los zoogs había descubierto la espléndida ciudad de Celephais, situada en Ooth-Nargai, más allá de los Montes Tanarios, donde reina durante la mitad del año el gran rey Kuranés, ser humano a quien él había conocido en la vida vigil bajo otro nombre. Kuranés era el único ser humano que había alcanzado los abismos estelares y regresado en su sano juicio.

Mientras recorría, pues, los angostos corredores fosforescentes que quedan entre los troncos gigantescos de ese bosque iba Carter emitiendo ciertos sonidos chirriantes, a la manera de los zoogs, y callando de cuando en cuando en espera de respuesta. Recordaba que había un poblado de

zoogs en el centro del bosque, en una zona en que abundaban grandes rocas musgosas y donde, según se contaba, habían vivido anteriormente seres aún más terribles, ya olvidados afortunadamente, después de tanto tiempo. Así que se dirigió hacia ese lugar. Reconocía el camino por los hongos grotescos; que cada vez parecían más voluminosos y mejor alimentados, a medida que se iba aproximando al terrible círculo de piedras en cuyo centro habían danzado y habían celebrado sus sacrificios los innominados seres anteriores. Finalmente, el enorme resplandor de aquellos hongos hinchados reveló una siniestra inmensidad verdosa y gris que ascendía hasta la bóveda espesa de la selva. Estaba muy cerca del anillo de piedras, y por ello supo Carter que el poblado de los zoogs debía hallarse a poca distancia. Renovó sus llamadas en el lenguaje chirriante y esperó pacientemente; por fin vio recompensados sus esfuerzos al darse cuenta de que le vigilaba una multitud de ojos. Eran los zoogs, cuyos ojos espectrales destacan en la oscuridad mucho antes de que puedan distinguirse sus siluetas oscuras, desmedradas y escurridizas.

Salieron en enjambre de sus madrigueras y de los árboles huecos, y eran tan numerosos que invadieron todo el espacio iluminado. Los más fieros le rozaron desagradablemente, y uno de ellos llegó a darle un repulsivo mordisco en una oreja; pero estos seres desordenados e irrespetuosos fueron contenidos muy pronto por los más viejos y sensatos. El Consejo de los Sabios, al reconocer al visitante, le ofreció una calabaza llena de savia fermentada de cierto árbol encantado que era distinto a todos los demás, y que había nacido de una semilla procedente de la luna. Y después de beber Carter ceremoniosamente, se inició un extraño coloquio. Por desgracia, los zoogs no sabían dónde se encontraba el pico de Kadath, ni podían decirle si la inmensidad fría se hallaba en nuestro país de los sueños o en otro. Se decía que los Grandes Dioses aparecen indistintamente en cualquier parte, y sólo uno de los zoogs pudo informarle de que era más

frecuente verlos en los picos de las altas montañas que en los valles, ya que en tales picos ejecutan sus danzas conmemorativas cuando la luna brillaba sobre ellos y las nubes los aíslan de las tierras bajas.

Entonces un zoog que era muy viejo recordó algo que los demás ignoraban y dijo que en Ulthar, al otro lado del río Skai, todavía existía un último ejemplar de los Manuscritos Pnakóticos, copiado por hombres del mundo vigil en algún reino boreal ya olvidado, y trasladado a la región de los sueños cuando los caníbales velludos llamados gnophkehs conquistaron Olathoe, la tierra de los infinitos templos, y mataron a todos los héroes del país de Lomar, Esos manuscritos - dijo - eran inconcebiblemente antiguos y hablaban mucho de los dioses; y, además, en Ulthar había quienes habían visto las huellas de los dioses; incluso vivía un sacerdote que había escalado una gran montaña para verlos danzar bajo la luz de la luna. Afortunadamente había fracasado en su intento, pero un acompañante suyo que los consiguió había perecido horriblemente.

Randolph Carter agradeció esta información a los zoogs, que emitieron amistosos chirridos y le dieron otra calabaza de vino lunar para que se la llevara consigo, y emprendió el camino a través del bosque fosforescente, en dirección a la linde opuesta, donde las tumultuosas aguas del Skai se precipitan por las pendientes de Lerion, de Hatheg, de Nir y de Ulthar, y se sosiegan después en la llanura. Tras él, fugitivos y disimulados, reptaban varios zoogs curiosos que deseaban saber lo que le sucedería para poder contarlo más tarde a los suyos. Los robles inmensos se fueron haciendo más corpulentos y espesos a medida que se alejaba del poblado, por lo que le llamó la atención un lugar donde se veían mucho más ralos, desmedrados y moribundos, como ahogados entre una profusa cantidad de hongos deformes, hojarasca podrida y troncos de sus hermanos muertos. Aquí se tuvo que desviar bastante, porque en ese lugar había incrustada en el suelo una enorme losa de piedra. Y dicen quienes se habían atrevido a

acercarse a ella, que tiene una argolla de hierro de un metro de diámetro. Recordando el arcaico círculo de rocas musgosas, y la razón por la cual fue erigido posiblemente, los zoogs no se detuvieron junto a la losa de gigantesca argolla. Sabían que no todo lo olvidado ha desaparecido necesariamente y no sería agradable ver levantarse aquella losa lentamente.

Carter se volvió al oír tras de sí los asustados chirridos de algunos zoogs atemorizados. Sabía ya que le seguían, y por ello no se alarmó; uno se acostumbra pronto a las rarezas de esas criaturas fisgonas. Al salir del bosque se vio inmerso en una luz crepuscular cuyo creciente resplandor anunciaba que estaba amaneciendo. Por encima de las fértiles llanuras que descendían hasta el Skai, y por todas partes, se extendían las cercas y los campos arados y las techumbres de paja de aquel país apacible. Se detuvo una vez en una granja a pedir un trago de agua, y los perros ladraron espantados por los invisibles zoogs que reptaban tras él por la yerba. En otra casa, donde las gentes andaban atareadas, preguntó si sabían algo de los dioses y si danzaban con frecuencia en la cima de Lerión; pero el granjero y su mujer se limitaron a hacer el Signo Arquetípico y a indicar sin palabras el camino que conducía a Nir y a Ulthar.

A mediodía caminaba ya por una calle principal de Nir, donde había estado anteriormente. Era esta ciudad el lugar más alejado que él había visitado tiempo atrás en aquella dirección. Poco después llegaba al gran puente de piedra que cruza el Skai, en cuyo tramo central los constructores habían sellado su obra con el sacrificio de un ser humano hacía mil trescientos años. Una vez al otro lado, la frecuente presencia de gatos (que erizaban sus lomos al paso de los zoogs) anunció la proximidad de Ulthar; pues en Ulthar, según una antigua y muy importante ley, nadie puede matar un solo gato. Muy agradables eran los alrededores del Ulthar, con sus casitas de techumbre de paja y sus granjas de limpios cercados; y aún más agradable era el propio pueblecito, con sus viejos tejados puntiagudos y sus

pintorescas fachadas, con sus innumerables chimeneas y sus estrechos callejones empinados, cuyo viejo empedrado de guijarros podía admirarse allí donde los gatos dejaban espacio suficiente. Una vez que notaron los gatos la presencia de los zoogs y se apartaron, Carter se dirigió directamente al modesto Templo de los Grandes Dioses, donde, según se decía, estaban los sacerdotes y los viejos archivos; y ya en el interior de la venerable torre circular cubierta de hiedra - que corona la colina más alta de Ulthar - buscó al patriarca Atal, el que había subido al prohibido pico de Hathea-Kla, en el desierto de piedra, y había regresado vivo.

Atal, sentado en su trono de marfil cubierto de dosel, en el santuario ornado de guirnaldas que ocupa la parte más elevada del templo, contaba más de trescientos años de edad, aunque conservaba todavía su agudeza de espíritu y toda su memoria. Por él supo Carter muchas cosas acerca de los dioses; sobre todo, que no son éstos sino dioses de la Tierra, los cuales ejercen un débil poder sobre el mundo de nuestros sueños, y no tienen ningún otro señorío ni habitan en ningún otro lugar. Podían atender la súplica de un hombre si estaban de buen humor, pero no se debía intentar subir hasta su fortaleza, que se alzaba en lo más alto de Kadath, ciudad de la inmensidad fría. Era una suerte que ningún hombre conociera la localización exacta de las torres de Kadath, porque cualquier expedición a ellas podría haber traído consecuencias muy graves. Barzai el Sabio, compañero de Atal, había sido arrebatado aullando de terror por las fuerzas del cielo, sólo por haber osado escalar el conocido pico de Hatheg-Kla. En lo que respecta a la desconocida Kadath, si alguien llegara a encontrarla, la cosa sería mucho peor; pues aunque a veces los dioses de la Tierra puedan ser dominados por algún sabio mortal, están protegidos por los Dioses Otros del Exterior, de los que es más prudente no hablar. Dos veces por lo menos, en la historia del mundo, los Dioses Otros habían dejado su huella impresa en el primordial granito de la Tierra: la primera, en tiempos

antediluvianos, según podía deducirse de ciertos grabados de aquellos fragmentarios Manuscritos Pnakóticos, cuyo texto es demasiado antiguo para poderse interpretar; y otra en Hatheg-Kla, cuando Barzai el Sabio quiso presenciar la danza de los dioses de la tierra a la luz de la luna. Así pues –dijo Atal–, era mucho mejor dejar tranquilos a todos los dioses y limitarse a dirigirles plegarias discretas.

Carter aunque decepcionado por los desalentadores consejos de Atal y la escasa ayuda que le proporcionaron los Manuscritos Pnakóticos y los Siete Libros Crípticos de Hsan, no perdió toda la esperanza. Primero preguntó al anciano sacerdote sobre aquella maravillosa ciudad del sol poniente que veía desde una terraza bordeada de balaustradas, pensando que quizá pudiera encontrarla sin la ayuda de los dioses; pero Atal no pudo decirle nada. Probablemente - dijo Atal - ese lugar pertenecía al mundo de sus sueños personales y no al mundo onírico común, y lo más seguro es que se hallara en otro planeta. En ese caso, los dioses de la tierra no podrían guiarle ni aunque quisieran. Pero esto tampoco era seguro, ya que la interrupción de sus sueños por tres veces indicaba que había algo en él que los Grandes Dioses querían ocultarle.

Entonces Carter hizo algo reprochable: ofreció a su bondadoso anfitrión tantos tragos del vino lunar que le regalaron los zoogs, que el anciano se volvió irresponsablemente comunicativo. Liberado de su natural reserva, el pobre Atal se puso a charlar con entera libertad de cosas prohibidas, y le habló de una gran imagen que, según contaban los viajeros, está esculpida en la sólida roca del monte Ngranek, situado en la isla de Oriab, allá en el Mar Meridional; y le dio a entender que, posiblemente, fuera un retrato que los dioses de la tierra habían dejado de su propio semblante en los días que danzaban a la luz de la luna sobre la cima de aquella montaña. Y añadió hipando que los rasgos de aquella imagen son muy extraños, de manera que podían reconocerse perfectamente y

constituían los signos inequívocos de la auténtica raza de los dioses.

La utilidad de toda esta información se le hizo inmediatamente patente a Carter. Se sabe que, disfrazados, los más jóvenes de los Grandes Dioses se casan a menudo con las hijas de los hombres, de modo que junto a los confines de la inmensidad fría, donde se yergue Kadath, los campesinos llevaban todos sangre divina. En consecuencia, la manera de descubrir el lugar donde se encuentra Kadath sería ir a ver el rostro de piedra de Ngranek y fijarse bien en sus rasgos. Luego de haberlos grabado cuidadosamente en la memoria, tendría que buscar esos rasgos entre los hombres vivos. Y allá donde se encontrasen los más evidentes y notorios, sería el lugar más próximo de la morada de los dioses. Y así, el frío desierto de piedra que se extiende más allá de estos poblados será sin duda aquel donde se halla Kadath.

En tales regiones puede uno enterarse de muchas cosas acerca de los Grandes Dioses, puesto que quienes lleven sangre suya bien pueden haber heredado igualmente pequeñas reminiscencias muy valiosas para un investigador. Es posible que los moradores de estas regiones ignoren su parentesco con los dioses, porque a los dioses les repugna tanto ser reconocidos por los hombres, que entre éstos no hay uno solo que haya visto los rostros de aquéllos, cosa que Carter comprobó más adelante, cuando intentó escalar el monte Kadath. Sin embargo, estos hombres de sangre divina tendrían sin duda pensamientos singularmente elevados que sus compañeros no llegarían a comprender, y sus canciones hablarían de parajes lejanos y de jardines tan distintos de cuantos son conocidos, incluso en el país de los sueños, que las gentes vulgares les tomarían por locos. Acaso sirviera esto a Carter para desvelar alguno de los viejos secretos de Kadath, o para obtener alguna alusión a la maravillosa ciudad del sol poniente que los dioses guardan en secreto. Más aún, si la ocasión se presentaba, podría utilizar como rehén a algún hijo amado de los dioses, o

incluso capturar a un joven dios de los que viven disfrazados entre los hombres, casados con hermosas campesinas.

Pero Atal no sabía cómo podía llegar Carter al monte Ngranek, en la isla de Oriab, y le aconsejó que siguiera el curso del Skai, cantarino bajo los puentes, hasta su desembocadura en el Mar Meridional, donde jamás ha llegado ningún habitante de Ulthar, pero de donde vienen mercaderes en embarcaciones o en largas caravanas de mulas y carromatos de pesadas ruedas. Allí se alza una gran ciudad llamada Dylath-Leen, pero tiene mala reputación en Ulthar a causa de los negros trirremes que entran en su puerto cargados de rubíes, venidos de no se sabe qué litorales. Los comerciantes que vienen en esas galeras a tratar con los joyeros son humanos o casi humanos, pero jamás han sido vistos los galeotes. Y en Ulthar no se considera prudente traficar con estos mercaderes de negros barcos que vienen de costas remotas y cuyos remeros jamás salen a la luz.

Después de contar todo esto, Atal se quedó amodorrado. Carter lo depositó suavemente en su lecho de ébano y le recogió decorosamente su larga barba sobre el pecho. Al emprender el camino, observó que no le seguía ningún ruido solapado, y se preguntó por qué razón los zoogs habrían abandonado su curioso seguimiento. Entonces se dio cuenta de la complacencia con que los lustrosos gatos de Ulthar se lamían las fauces, y recordó los gruñidos, maullidos y gemidos lejanos que se habían oído en la parte baja del templo, mientras él escuchaba absorto la conversación del viejo sacerdote. Y recordó también con qué hambrienta codicia había mirado un joven zoog particularmente descarado a un gatito negro que había en la calle. Y como a él nada le gustaba tanto como los gatitos negros, se detuvo a acariciar a los enormes gatazos de Ulthar que se relamían, y no se lamentó de que los zoogs hubiera dejado de escoltarle.

Caía la tarde, así que Carter paró en una antigua posada que daba a un empinado callejón, desde donde se dominaba la parte baja del pueblo.



Se asomó al balcón de su dormitorio y, al contemplar la marca de rojos tejados, los caminos empedrados y los encantadores prados que se extendían a lo lejos, pensó que todo formaba un conjunto dulce y fascinante a la luz sesgada del ocaso, y que Ulthar sería sin duda alguna el lugar más maravilloso para vivir, si no fuera por el recuerdo de aquella gran ciudad del sol poniente que le empujaba de manera incesante hacia unos peligros ignorados. Empezaba ya a anochecer; las rosadas paredes y las cúpulas se volvieron violáceas y místicas, y tras las celosías de las viejas ventanas comenzaron a encenderse lucecitas amarillas. Las campanas de la torre del templo repicaron armoniosas allá arriba, y la primera estrella surgió temblorosa por encima de la vega del Skai. Con la noche vinieron las canciones, y Carter asintió en silencio cuando los vihuelistas cantaron los tiempos antiguos desde los balcones primorosos y los patios taraceados de Ulthar. Y sin duda se habría podido apreciar la misma dulzura en los maullidos de los gatos, de no haber estado casi todos ellos pesados y silenciosos a causa de su extraño festín. Algunos de ellos se escabulleron sigilosamente hacia esos reinos ocultos que sólo conocen los gatos y que, según los lugareños, se hallan en la cara oculta de la luna, adonde trepan desde los tejados de las casas más altas. Pero un gatito negro subió a la habitación de Carter y saltó a su regazo para jugar y ronronear, y se ovilló a sus pies cuando él se tendió en el pequeño lecho cuyas almohadas estaban rellenas de yerbas fragantes y adormecedoras.

Por la mañana, Carter se unió a una caravana de mercaderes que salía hacia Dylath-Leen con lana hilada de Ulthar y coles de sus fértiles huertas. Y durante seis días cabalgó al son de los cascabeles por un camino llano que bordeaba el Skai, parando unas noches en las posadas de los pintorescos pueblecitos pesqueros, y acampando otras bajo las estrellas, al arrullo de las canciones de los barqueros que llegaban desde el apacible río. El campo era muy hermoso, con setos verdes y arboledas, y graciosas

cabañas puntiagudas y molinos octogonales.

Al séptimo día vio alzarse una mancha borrosa de humo en el horizonte, y luego las altas torres negras de Dylath-Leen, construida casi en su totalidad de basalto Dylath-Leen, con sus finas torres angulares, parece desde lejos un fragmento de la Calzada de los Gigantes, y sus calles son tenebrosas e inhospitalarias. Tiene muchas tabernas marineras de lúgubre aspecto junto a sus innumerables muelles, y todas están atestadas de extrañas gentes de mar venidas de todas las partes de la tierra, y aun de fuera de ella también, según dicen. Carter preguntó a aquellos hombres de exóticos atuendos si sabían dónde se encuentra el pico Ngranek de la isla Oriab, y se encontró con que sí lo sabían. Varios barcos hacían la ruta de Baharna, que es el puerto de esa isla, y uno de ellos iría para allá al cabo de un mes. Desde Baharna, el Ngranek queda a dos días escasos de viaje a caballo. Pero son pocos los que han visto el rostro de piedra del dios, porque está situado en la vertiente demás difícil acceso al pico del Ngranek, en lo alto de unos precipicios inmensos, desde donde se domina un siniestro valle volcánico. Una vez, los dioses se irritaron con los hombres en aquel paraje, y hablaron del asunto a los DiosesOtros.

Le fue difícil recoger esta información de los mercaderes y de los marineros de las tabernas de Dylath-Leen, porque casi todos preferían hablar de las negras galeras. Una de ellas llegaría dentro de una semana cargada de rubíes desde su ignorado puerto de origen, y las gentes de la ciudad se sentían invadidas por el pánico sólo de pensar en verlas aparecer por la bocana del puerto. Los mercaderes que venían en esa galera tenían la boca desmesurada, y sus turbantes formaban dos bultos hacia arriba desde la frente que resultaban particularmente desagradables. Su calzado era el más pequeño y raro que se hubiera visto jamás en los Seis Reinos. Pero lo peor de todo era el asunto de los nunca vistos galeotes. Aquellas tres filas de remos se movían con demasiada agilidad, con demasiada precisión y

vigor para que fuese cosa normal; como tampoco era normal que un barco permaneciera en puerto durante semanas, mientras los mercaderes trataban sus negocios, y que en ese tiempo no viera nadie a su tripulación. A los taberneros de Dylath-Leen no les gustaba esto, y tampoco a los tenderos y carniceros, ya que jamás habían subido a bordo la más mínima cantidad de provisiones. Los mercaderes no compraban más que oro y robustos esclavos negros, traídos de Parg por el río. Eso era lo único que cargaban esos mercaderes de desagradables facciones y de dudosos remeros. Jamás embarcaron producto alguno de las carnicerías y las tiendas, sino sólo oro y corpulentos negros de Parg, a quienes compraban al peso. Y el olor que emanaba de aquellas galeras, olor que el viento traía hasta los muelles, era indescriptible. Únicamente podían soportarlo los parroquianos más duros de las tabernas, a base de fumar constantemente tabaco fuerte. Jamás habría tolerado Dylath-Leen la presencia de las negras galeras, de haber podido obtener tales rubíes por otro conducto; pero ninguna mina de todo el país terrestre de los sueños los producía como aquéllos.

Los cosmopolitas de Dylath-Leen hablaban ante todo de estas cosas, mientras Carter aguardaba pacientemente el barco de Baharna que le llevaría a la isla donde se alzan los picos del Ngranek, elevados y estériles. Durante ese tiempo no dejó de indagar por los lugares que frecuentaban los lejanos viajeros, en busca de cualquier relato que hiciese referencia a Kadath, la ciudad de la inmensidad fría, o la maravillosa ciudad de muros de mármol y fuentes de plata que había contemplado desde lo alto de una terraza a la hora del crepúsculo. Pero nadie pudo darle noticias al respecto, aunque en una de las ocasiones tuvo la sensación de que cierto viejo mercader de ojos oblicuos le dirigió una mirada extrañamente brillante al oírle mencionar la inmensidad fría. Tenía fama este hombre de comerciar con los habitantes de los horribles poblados de piedra que se levantan en la helada y desierta meseta de Leng, jamás visitada por gentes sensatas, y

cuyas hogueras malignas se habían visto brillar por la noche en la lejanía. Incluso corría el rumor de que tenía contacto con ese gran sacerdote enigmático que cubre su rostro con una máscara de seda amarilla y vive solitario en un prehistórico monasterio de piedra. Era indudable que aquel individuo había tenido algún comercio con los seres que habitan en la inmensidad fría; pero Carter no tardó en comprobar que era inútil preguntarle.

Por aquellos días entró en puerto la galera negra; pasó el dique de basalto y el gran faro, silenciosa y extraña, envuelta en una rara pestilencia que el viento del sur arrojaba a la ciudad. El malestar invadió las tabernas que se extendían a lo largo de los muelles, y al poco tiempo, los sombríos mercaderes de boca inmensa, turbantes gibosos y pies minúsculos bajaron a tierra furtivamente en busca de las tiendas de los joyeros. Carter los observó de cerca; y cuanto más los miraba, más desagradables le parecían. Después vio cómo embarcaban por la pasarela a los fornidos negros de Parg, que subían gruñendo y sudando, y los metían en el interior de aquella galera singular; y no pudo por menos de preguntarse en qué tierra - si es que llegaban a desembarcar - estarían destinadas a servir aquellas obesas y conmovedoras criaturas.

Al tercer día de haber llegado la galera, uno de aquellos desagradables mercaderes se encaró con él y, con una sonrisa obsequiosa y artera, le dijo que había oído en la taberna que estaba haciendo ciertas indagaciones. El mercader parecía estar enterado de cosas demasiado secretas para hablarlas en público, y, aunque tenía una voz insoportablemente odiosa, Carter comprendió que no debía desestimar los conocimientos de un viajero que venía de tan lejos. Por eso, le invitó a subir a una de sus habitaciones privadas, y le ofreció la última porción que le quedaba del vino lunar de los zoogs para soltarle la lengua. El extraño mercader bebió copiosamente, pero no por ello dejaba de sonreír

cínicamente. Luego sacó a su vez una rara botella que traía consigo, y Carter tuvo ocasión de comprobar que se trataba de un rubí ahuecado. Ofrecióle el mercader vino de esta botella a su anfitrión, y aunque Carter bebió tan sólo un breve sorbo, al momento sintió el vértigo del vacío y la fiebre de insospechadas junglas. El invitado no dejaba de sonreír ni un momento, pero cada vez lo fue haciendo con más descaro. Cuando Carter se sumió al fin en la negrura, lo último que vio fue aquella cara siniestra contorsionada por una risa perversa, y una cosa totalmente inconcebible que surgió de uno de los bultos frontales del turbante anaranjado al desenrollársele por las sacudidas de aquella risa convulsiva.

Carter recobró el conocimiento en una atmósfera espantosamente maloliente. Se hallaba bajo una especie de tienda plantada en la cubierta de un barco, y vio cómo las maravillosas costas del Mar Meridional se deslizaban con anormal rapidez. No estaba encadenado, pero a su lado había de pie tres de aquellos mercaderes de tez oscura sonriéndole, y la visión de los bultos de sus turbantes le marcó casi tanto como la fetidez que emanaba de las siniestras escotillas. Frente a él vio pasar tierras gloriosas y ciudades que un compañero de ensueños terrestres - torrero de faro de un antiguo puerto - le había descrito a menudo tiempo atrás; y reconoció los templos escalonados de Zak, moradas de sueños olvidados, las agujas de la infame Thalarión, ciudad diabólica de mil maravillas donde reina el ídolo Lathi, los jardines-osarios de Zura, tierra de placeres insatisfechos, y los promontorios gemelos de cristal, que se unen por arriba formando el arco resplandeciente que custodia el puerto de Sona-Nyl, la bienaventurada tierra de la imaginación.

Pasadas todas estas tierras fastuosas, la pestilente embarcación navegó con inquietante premura, impulsada por la boga anormalmente veloz de sus invisibles remeros. Y antes de terminar el día, Carter vio que el timonel no llevaba otro rumbo que los Pilares Basálticos del Oeste, más

allá de los cuales dicen los crédulos que se halla la ilustre Cathuria, aunque los soñadores expertos saben muy bien que estos pilares son las puertas de una monstruosa catarata por la que todos los océanos de la tierra de los sueños se precipitan en el abismo de la nada y atraviesan los espacios hacia otros mundos y otras estrellas, y hacia los espantosos vacíos exteriores al universo donde Azathoth, sultán de los demonios, roe hambriento en el caos, entre fúnebres redobles y melodías de flauta, mientras presencia la danza infernal de los Dioses Otros, ciegos, mudos, tenebrosos y torpes, junto con Nyarlathotep, espíritu y mensajero de éstos.

Entre tanto, los sardónicos mercaderes no decían una palabra de sus intenciones, pero Carter sabía muy bien que debían estar en complicidad con quienes querían impedir su empresa. Se sabe en la tierra de los sueños que los Dioses Otros tienen muchos agentes mezclados entre los hombres; y todos estos enviados, casi o enteramente humanos, están dispuestos a cumplir la voluntad de esas entidades ciegas y estúpidas, a cambio de obtener los favores de su horrible espíritu y mensajero el caos reptante Nyarlathotep. De ello dedujo Carter que los mercaderes de abultados turbantes, al enterarse de su temeraria búsqueda del castillo de Kadath donde moran los Grandes Dioses, habían decidido raptarlo para entregarse a Nyarlathotep a cambio de quién sabe qué merced. Carter no podía adivinar cuál sería la tierra de aquellos mercaderes, ni si estaba en nuestro universo conocido o en los horribles espacios exteriores. Tampoco sospechaba en qué punto infernal se reunirían con el caos reptante para entregarle y exigir su recompensa. Sabía, sin embargo, que ningún ser casi humano como aquéllos se atrevería a acercarse al trono de la tiniebla final, a Azathoth, allá en el centro del vacío sin forma.

Al ponerse el sol, los mercaderes empezaron a lamerse sus enormes labios, con la mirada hambrienta. Uno de ellos bajó a algún compartimiento oculto y nauseabundo, y regresó con una olla y un cesto de platos. Se

sentaron juntos bajo la tienda y comieron carne ahumada, que se pasaban unos a otros. Pero cuando le dieron un trozo a Carter, descubrió éste, por su tamaño y forma, algo terrible. Se puso más pálido que antes y arrojó al mar aquel trozo de carne, cuando nadie se fijaba en él. Y nuevamente pensó en aquellos remeros invisibles de abajo y en el sospechoso alimento del cual sacaban su tremenda fuerza muscular.

Era de noche cuando la galera pasó entre los pilares basálticos del Oeste, y el ruido de la catarata final se hizo ensordecedor. Y la nube de agua pulverizada se elevaba hasta oscurecer el fulgor de las estrellas, y la cubierta se puso más húmeda, y el barco se estremeció zarandeado por la corriente embravecida del borde del abismo. Luego, con un extraño silbido y de un solo impulso, la nave saltó al vacío, y Carter sintió un acceso de terror indescriptible al notar que la tierra huía bajo la quilla, y que el navío surcaba silencioso como un cometa los espacios planetarios. Jamás había tenido noticia hasta entonces de los seres informes y negros que se ocultan y se retuercen por el éter, gesticulando y hostigando a cualquier viajero que pueda pasar, y palpando con sus zarpas viscosas todo objeto móvil que excite su curiosidad. Son las larvas de los Dioses Otros, que como ellos, son ciegas y carecen de espíritu, y están poseídas por un hambre y una sed sin límites.

Pero el destino de aquella horrenda galera no era tan lejano como Carter había supuesto, pues no tardó en comprobar que el timonel ponía rumbo a la luna. La luna aparecía en un brillante cuarto creciente que aumentaba más y más a medida que se iban acercando, y mostraba sus cráteres singulares y sus picos inhóspitos. El barco siguió rumbo a sus riberas, y pronto se puso de manifiesto que su destino era aquella cara misteriosa y secreta que siempre ha permanecido de espaldas a la tierra, y que ningún ser enteramente humano, salvo el soñador Snireth-Ko quizá, ha contemplado jamás. Al acercarse la galera, el aspecto de la luna le pareció

sobremanera inquietante a Carter: no le gustaban ni la forma ni las dimensiones de las ruinas diseminadas por todas partes. Los templos muertos de las montañas estaban contruidos y orientados de tal manera que, evidentemente, no podían haber servido para rendir culto a ningún dios normal y corriente; y en la simetría de las rotas columnas parecía traslucirse un significado oscuro y secreto que no invitaba a ser desentrañado. Carter prefirió no hacer conjeturas sobre la naturaleza y proporciones de los antiguos adoradores de esos templos.

Cuando el barco dobló el borde del satélite, y navegó sobre aquellas tierras invisibles a los ojos de los hombres, aparecieron en el misterioso paisaje ciertos signos de vida, y Carter vio una infinidad de casitas de campo, bajas, amplias, circulares, que se alzaban en unos campos cubiertos de hinchados hongos blancuzcos. Observó que las casas carecían de ventanas, y pensó que sus formas recordaban a las de las chozas de los esquimales. Luego vio las olas oleaginosas de un mar perezoso, y pudo comprobar que el viaje iba a proseguir de nuevo sobre las aguas; al menos, sobre elemento líquido. La galera tocó la superficie con un ruido peculiar, y la extraña elasticidad con que las olas la acogieron dejó perplejo a Carter. La nave se deslizaba ahora a gran velocidad. En una ocasión adelantó a otra galera igual, y ambas tripulaciones se saludaron a voces; pero en general, sólo se distinguía aquel mar extraño, y un cielo negro y sembrado de estrellas aun cuando el sol brillaba de forma abrasadora.

Luego se alzaron frente al navío los henchidos acantilados de una costa de aspecto leproso. Y Carter vislumbró las sólidas y desagradables torres grises de una ciudad. Su extraña inclinación y su insólita curvatura, el modo con que se apiñaban y el hecho de carecer de ventanas, resultaron considerablemente turbadores para el prisionero, que lamentaba amargamente la tontería de haber probado el raro vino de aquel mercader de turbante giboso. Cuando ya se aproximaban a la costa, y la horrenda



fetidez de la ciudad se hizo aún más irresistible, vio sobre las quebradas colinas una infinidad de selvas, algunos de cuyos árboles reconoció como de la misma especie de aquel solitario árbol lunar que viera en el bosque encantado de la tierra, y cuya savia fermentada constituía el singular vino de los pequeños y pardos zoogs.

Carter podía distinguir ahora unas figuras que se movían por los muelles pestilentes, y según las iba viendo con mayor claridad, sentía crecer su miedo y su aversión. Porque no eran hombres, ni aun parecidos a hombres, sino criaturas descomunales, grisáceas, viscosas y blanduzcas que podían estirarse y contraerse a voluntad, pero cuya forma más común - aunque la modificaran a menudo - era la de una especie de sapo sin ojos, con una extraña masa de tentáculos sonrosados que vibraban en la punta de sus chatos hocicos. Estas bestias se afanaban torpemente por los muelles, manejando fardos y cuévanos y cajas con fuerza prodigiosa, y saltando a cada momento del muelle a los barcos amarrados o de los barcos al muelle, con largos remos entre sus patas delanteras. De cuando en cuando, pasaban conduciendo un tropel de esclavos de caracteres muy semejantes a los humanos, pero cuyas bocas inmensas recordaban a las de los mercaderes que traficaban en Dylath-Leen; sin embargo, estos individuos, sin turbante ni calzado ni ropa alguna, no parecían tan humanos como aquéllos. Algunos de los esclavos, los más obesos -cuyas carnes tentaba una especie de vigilante para calcular su calidad - eran desembarcados de las galeras y enjaulados en grandes canastos asegurados con clavos, que los cargadores metían a empujones en los almacenes o embarcaban en grandes furgones chirriantes.

Cargaron uno de los furgones y partió inmediatamente; la fabulosa criatura que lo conducía era tal que Carter se quedó estupefacto, aun después de haber visto las demás monstruosidades de aquel abominable lugar. De cuando en cuando, pasaban pequeños grupos de esclavos vestidos

y con turbantes, igual que los atezados mercaderes, y eran conducidos a bordo de una galera, seguidos de un grupo numeroso de viscosos seres con cuerpo de sapo que componían la tripulación: oficiales, marineros y remeros. Carter veía que las criaturas casi humanas eran destinadas a las más ignominiosas tareas serviles, para las que no se requería una fuerza excepcional, como gobernar el timón y cocinar, hacer recados y negociar con los hombres de la tierra o de los demás planetas con los que ellos mantenían comercio. Estas criaturas debían de ser las más adecuadas para estas comisiones terrestres, ya que no se diferenciaban grandemente de los hombres una vez vestidas, calzadas y tocadas con sus oportunos turbantes; y podían regatear en las tiendas de éstos sin tener que dar explicaciones embarazosas e inoportunas. Pero casi todas ellas, mientras no fueran exageradamente flacas o feas, iban desnudas y metidas en jaulas que los seres fabulosos transportaban en pesados carricoches. A veces desembarcaban y enjaulaban también otras clases de seres, algunos muy parecidos a las criaturas semihumanas, otros no tan parecidos y otros totalmente distintos. Y Carter se preguntaba si aquellos desdichados negros de Parg no serían desembarcados, enjaulados y transportados en el interior de aquellos ominosos carricoches.

Cuando la galera atracó a un muelle grasiento, de roca esponjosa, una horda pesadillesca de seres con forma de sapo surgió por las escotillas. Dos de ellos agarraron a Carter y lo desembarcaron. El olor y el aspecto de aquella ciudad eran indescriptibles, y Carter sólo pudo captar imágenes dispersas de las calles enlosadas, de las negras puertas y de las elevadísimas fachadas verticales y grises, carentes de ventanas. Por fin, le metieron en un portal debajo dintel y le hicieron subir una infinidad de peldaños por un pozo de tinieblas. Al parecer, a los seres con cuerpo de sapo les daba lo mismo la luz que la oscuridad. El olor que reinaba en aquel lugar era insoportable, y cuando Carter fue encerrado en una cámara y le

dejaron solo allí, apenas le quedaron fuerzas para arrastrarse a lo largo de los muros y cerciorarse de su forma y dimensiones. Se trataba de un recinto circular de unos veinte pies de diámetro.

A partir de ese momento, el tiempo dejó de existir. A intervalos le echaban de comer, pero Carter no quiso tocar aquella comida. No tenía idea de lo que iba a ser de él, pero presentía que le mantendrían allí hasta la llegada de Nyarlathotep, el caos reptante, espíritu y mensajero de los Dioses Otros. Finalmente, después de una interminable sucesión de horas o de días, la gran puerta de piedra se abrió de par en par y Carter fue conducido a empujones escaleras abajo, hasta las calles, iluminadas con luces rojas, de aquella aterradora ciudad. Era de noche en la luna, y por toda la ciudad se veían esclavos estacionados, sosteniendo antorchas encendidas.

En una detestable plaza se había formado una especie de procesión compuesta por diez seres de cuerpo de sapo y veinticuatro portadores de antorchas casi humanos, once a cada lado y uno en cada extremo. Carter fue colocado en medio de la formación, con cinco seres de cuerpo de sapo delante y otros cinco detrás, y un casi humano a cada lado. Otros seres de cuerpo de sapo sacaron flautas de ébano y ejecutaron tonadas repugnantes. Al son de aquellas infernales melodías, la columna comenzó a desfilar por las calles pavimentadas, dejó atrás la ciudad y se internó por las oscuras llanuras pobladas de hongos obscenos. No tardaron en ascender por la ladera de una de las más bajas colinas que se elevaban a espaldas de la ciudad. Carter estaba convencido de que el caos reptante aguardaba en alguno de aquellos declives escarpados o en alguna abominable llanura, y deseaba que su tortura terminase pronto. El canto plañidero de las flautas impías era enloquecedor, y él habría dado el mundo entero por que el sonido hubiese sido sólo un poco menos anormal; pero aquellos seres carecían de voz y los esclavos no hablaban.

Entonces, a través de aquellas tinieblas estrelladas le llegó un sonido familiar que retumbó por los montes y resonó en todos los picos desgarrados, y sus ecos se propagaron dilatándose en una especie de coro demoníaco. Era el maullido del gato a media noche, y Carter comprendió por fin que las gentes del pueblo tenían razón cuando decían en voz baja que los gatos son los únicos que conocen las regiones misteriosas, y que los más viejos las visitan a escondidas, por la noche, saltando a ellas desde los más elevados tejados. En verdad, es a la cara oscura de la luna adonde van a saltar y retozar por las colinas, y a conversar con sombras antiguas. Y aquí, en medio de la columna de fétidas criaturas, oyó Carter su maullido familiar, amistoso, y pensó en los tejados puntiagudos y en los cálidos hogares y en las ventanas débilmente iluminadas de las casas de Ulthar.

A la sazón, Randolph Carter conocía bastante bien el lenguaje de los gatos, y emitió el grito que le convenía en aquel paraje lejano y terrible. Pero no habría sido necesario que lo hiciera, ya que en el momento de abrir la boca oyó que el coro aumentaba y se iba acercando, y vio recortarse unas sombras veloces contra las estrellas, unas sombras pequeñas y graciosas que saltaban de colina en colina, en legiones apretadas. La llamada del clan había sido dada, y antes de que la abyecta procesión tuviese tiempo ni aun de asustarse, una nube de sedosas pieles, una falange de garras homicidas, cayó sobre ella como una riada tempestuosa. Callaron las flautas y los alaridos desgarraron la noche. Gritaban los moribundos casi humanos, y los gatos gruñían y aullaban y rugían. Pero de los seres con cuerpo de sapo no brotó ni un sonido, mientras derramaban fatalmente sus líquidos verdosos y repugnantes sobre aquella tierra porosa de hongos obscenos.

En tanto duraron las antorchas, el espectáculo fue prodigioso. Jamás había visto Carter tantos gatos. Negros, grises y blancos, amarillos, atigrados y mezclados, callejeros, persas, maneses, tibetanos, de Angora y egipcios; de todas clases los había en la furia de la batalla; y sobre todos

ellos se cernía el aura de esa profunda e inviolada santidad que les otorgara su deidad tutelar en los enormes templos de Bubastis. Saltaban de siete en siete a las gargantas de los casi humanos o al hocico tentaculado de los seres con forma de sapo, y los derribaban salvajemente a la fungosa tierra donde miles y miles de compañeros se abalanzaban frenéticamente sobre ellos con uñas y dientes, presos de un furor sagrado. Carter había cogido la antorcha de un esclavo caído, pero no tardó en verse desbordado por las crecientes oleadas de sus fieles defensores. Cayó entonces en la más completa negrura, en cuyo seno escuchó el fragor de la batalla y los gritos de los vencedores. y sintió las suaves patas de sus amigos que de un lado a otro le saltaban por encima, en medio de la refriega.

Finalmente, el horror y la fatiga le cerraron los ojos, y cuando los abrió nuevamente, se vio inmerso en una escena extraña. El gran disco resplandeciente de la Tierra, trece veces mayor que el de la luna tal como nosotros la vemos, derramaba torrentes de inquietante luz sobre el paisaje lunar. Y a través de leguas y leguas de meseta salvaje y de crestas desgarradas, se extendía un mar interminable de gatos alineados en círculos concéntricos. Dos o tres de los jefes de este ejército se hallaban fuera de las filas, y le lamían la cara y ronroneaban para consolarle. No quedaba ni rastro de los esclavos y de los seres con forma de sapo, aunque Carter creyó ver un hueso no lejos de donde se encontraba, en el espacio que quedaba despejado entre él y los guerreros.

Carter habló entonces con los jefes en el suave lenguaje de los gatos, y se enteró de que su antigua amistad con la especie gatuna era muy conocida y comentada en todo lugar donde los gatos se reunían. No había pasado inadvertido por Ulthar, y los viejos gatazos lustrosos recordaban cómo los había acariciado después que ellos se hubieran ocupado de los hambrientos zoogs, que tan perversamente miraban al gatito negro. Y recordaban también lo cariñosamente que había acogido al gatito que subió

a verle en la posada, y el platito de riquísima leche con que le había obsequiado la mañana antes de marcharse. El abuelo de aquel cachorrillo era precisamente el jefe del ejército allí reunido, ya que había visto la maligna procesión desde una lejana colina, reconociendo en el prisionero a un amigo fiel de su especie, tanto en la Tierra como en el país de los sueños.

Sonó un aullido desde un pico lejano, y el viejo jefe interrumpió su charla. Era uno de los vigías del ejército, apostado en la más elevada de las montañas para vigilar al único enemigo que temen los gatos de la Tierra: a los mismísimos gatos enormes de Saturno, que por alguna razón no han olvidado el encanto de la cara oscura de nuestra luna. Estos gatos están ligados por un pacto a los malvados seres de cuerpo de sapo, y son enemigos declarados de nuestros pequeños felinos terrestres. De modo que, en estas circunstancias, un encuentro con ellos habría sido bastante grave.

Tras una breve deliberación entre los generales, los gatos se levantaron y cerraron filas en torno a Carter para protegerle. Se prepararon para dar el gran salto a través del espacio y regresar a los tejados de nuestra Tierra y de la región terrestre de los sueños. El viejo mariscal de campo aconsejó a Carter que se dejara llevar tranquila y pasivamente por la masa compacta de saltadores de sedoso pelaje, y le explicó cómo debía saltar cuando saltaran los demás, y cómo aterrizar suavemente cuando el resto lo hiciera. Asimismo se ofreció a depositarle en el lugar que él deseara, y Carter escogió la ciudad de Dylath-Leen, de donde había zarpado la negra galera, pues él deseaba partir por mar desde allí con rumbo a Oriab y la cresta esculpida del Ngranek, y también quería prevenir a sus habitantes para que no mantuvieran por más tiempo ningún tráfico con las galeras negras, si es que podían interrumpirlo contacto y diplomacia. Entonces, a una señal, los gatos saltaron ágilmente, protegiendo entre todos a su amigo. Entretanto, en una caverna tenebrosa que se abría en la sagrada cumbre de

las montañas lunares, Nyarlathotep, el caos reptante, aguardaba en vano.

El salto de los gatos a través del espacio fue realmente vertiginoso. Rodeado esta vez por sus compañeros, Carter no vio las grandes sombras confusas que acechan y se enroscan y palpitan en el abismo. Antes de acabar de comprender lo que estaba sucediendo, se encontró de nuevo en su familiar habitación de la posada de Dylath-Leen, por cuya ventana salían a raudales los silenciosos y amigables gatos. El anciano jefe de Ulthar fue el último en marcharse, y cuando Carter le estrechó la zarpa, le dijo que llegaría a su casa hacia el alba. Cuando empezaba a amanecer, Carter bajó y se enteró de que había transcurrido una semana desde que le raptaran. Debía aguardar todavía un par de semanas más para tomar el barco con destino a Oriab, y durante este tiempo habló cuanto pudo en contra de las galeras negras y sus infames costumbres. La mayor parte de la gente le creyó; pero tanto interesaban los grandes rubíes a los joyeros, que nadie le dio promesa formal de terminar sustratos con los mercaderes de boca inmensa. Si un día sobreviene alguna calamidad a Dylath-Leen como consecuencia de esos negocios, no será por culpa de Carter.

Al cabo de una semana, el deseado barco atracó junto al muelle negro y la torre del faro, y Carter se alegró al ver que se trataba de una embarcación tripulada por hombres normales. Tenía los costados pintados, amarillentas las velas latinas, y un capitán de pelo gris y ropas de seda. Su carga consistía entoneles de fragante resina procedente de los pinares del interior de Oriab, delicada cerámica cocida por los artesanos de Baharna, y pequeñas tallas esculpidas en la antigua lava del Ngranek. Esta mercancía se les paga con lana de Ulthar, tejidos iridiscentes de Hatheg y marfiles labrados por los negros que habitan en Parg, al otro lado del río. Carter llegó a un arreglo con el capitán para que le llevase a Baharna, y supo que el viaje duraría diez días. Durante la semana de espera, charló muchas veces sobre el Ngranek con el capitán, el cual le dijo que eran muy pocos

los que habían visto el rostro esculpido en la roca, pero que muchísimos viajeros se contentaban con recoger las leyendas que de él conocían los viejos, los recolectores de lava y los escultores de Baharna, y que después regresaban a sus lejanos hogares contando que, efectivamente, lo habían contemplado. El capitán ni siquiera estaba seguro de si vivía alguien en la actualidad que hubiese visto aquel rostro esculpido, ya que el otro lado del Ngranek es de muy difícil acceso, árido y siniestro; y según ciertos rumores, se abren unas cavernas junto a su cima en donde habitan las descarnadas alimañas de la noche. Pero el capitán no quiso decir qué eran exactamente tales alimañas descarnadas, porque sabido es que semejantes criaturas suelen presentarse después con gran persistencia en los sueños de quienes piensan demasiado en ellas. Luego interrogó al capitán acerca de la ignorada Kadath de la inmensidad fría y sobre la maravillosa ciudad del sol poniente; pero el buen hombre le confesó con toda sinceridad que no sabía una palabra de todo aquello.

Zarparon de Dylath-Leen una mañana temprano al cambiar la marca, y Carter vio incidir los primeros rayos del sol naciente en las finas torres de aquella lúgubre ciudad de basalto. Y navegaron durante dos días hacia el este, costeando los verdes litorales y avistando a menudo los pacíficos pueblecitos pesqueros que trepaban por las laderas, con sus tejados de ladrillo y sus chimeneas, a partir de los viejos y soñolientos embarcaderos, y de las playas con las redes extendidas para que secaran al sol. Pero al tercer día viraron bruscamente hacia el sur, y el oleaje se hizo más fuerte, y no tardaron en perder de vista la tierra. Al quinto día, los marineros dieron muestras de nerviosismo, pero el capitán disculpó sus temores diciendo que el barco iba a pasar por encima de los muros cubiertos de algas y de las columnas truncadas de una ciudad sumergida, tan antigua que no quedaba de ella recuerdo alguno. Cuando el agua estaba clara, podía verse una infinidad de sombras inquietas moviéndose por los



fondos de aquel lugar, lo que repugnaba sobremanera a la gente simple y supersticiosa. Admitía además el capitán que se habían perdido muchos barcos por aquella zona del mar; se les había saludado al cruzarse con ellos, pero no se les había vuelto a ver.

Aquella noche tuvieron una luna muy brillante, y se podía ver a una considerable profundidad bajo el agua. Soplabla una brisa tan tenue que el barco apenas se movía y el océano permanecía en calma. Carter se asomó por encima de la borda y vio muchos espectros bajo la cúpula de un gran templo sumergido, frente al cual se extendía una avenida de esfinges monstruosas que desembocaba en lo que un día fuera plaza pública. Los delfines salían y entraban alegremente por las ruinas y las marsopas aparecían torpemente por todas partes, subiendo a veces hasta la superficie e incluso saltando fuera del agua. Al avanzar un poco más el barco, el piso del océano se elevó formando cerros, haciéndose más visible los contornos de antiguas calles empinadas y las paredes derruidas de muchas casas.

Luego llegó el navío a las afueras del poblado sumergido, y allí apareció, en la cima de una colina, un gran edificio solitario, de líneas más simples que el resto de las construcciones y mucho mejor conservado. Era oscuro y bajo, y cerraba cuatro lados de una plaza. Tenía una torre en cada esquina, un patio pavimentado en el centro, y extrañas ventanitas redondas en los muros. Probablemente era de basalto, aunque las algas lo recubrían casi por completo; y se veía tan solitario e impresionante sobre aquella lejana colina, bajo el mar, que daba la sensación de haber sido un templo o un antiguo monasterio. Algunos peces fosforescentes se habían introducido en su interior, y daban a las ventanitas redondas cierta apariencia de iluminación; y Carter no censuró a los marineros por sus temores. Después, a la luz de la luna, filtrada por las aguas, descubrió un extraño monolito, muy alto, en medio de aquel patio central, y vio que había una cosa atada a él. Y después de ver con el catalejo del capitán, que la cosa atada era un

marinero vestido con ropas de seda de Oriab, cabeza abajo y sin ojos, se sintió aliviado de que la brisa, que ahora comenzaba a soplar, impulsara el barco hacia otras regiones más naturales del mar.

Al día siguiente, cruzaron saludos con un barco de velas color violeta que iba rumbo a Zar, la tierra de los sueños olvidados, con un flete de bulbos de lirios de extraños colores. Y en la noche del undécimo día, avistaron la isla de Oriab, con el Ngranek desgarrado y coronado de nieve irguiéndose a lo lejos. Oriab es una isla muy grande; y su puerto de Baharna, una poderosa ciudad. Los muelles de Baharna son de pórfido y la ciudad se eleva tras ellos formando grandes terrazas de piedra y calles de tramos escalonados unos y abovedados otros, pues hay edificios y puentes que se comunican entre sí por encima de las calles. Hay también un gran canal que atraviesa la ciudad entera por un túnel de puertas de granito, y fluye hasta el lago de Yath, en cuyas costas se hallan las inmensas ruinas de ladrillo de una ciudad primordial cuyo nombre no se recuerda. Cuando el barco entró en puerto, ya al anochecer, los dos faros gemelos Thon y Thal parpadearon una señal del bienvenida, mientras las innumerables ventanas de las terrazas de Baharna comenzaron a atisbar con sus lucecitas modestas, y por encima de éstas, las estrellas se asomaban desde la oscuridad. El puerto, escarpado y trepador, se fue convirtiendo así en una constelación resplandeciente, suspendida entre las estrellas del cielo y los reflejos de esas mismas estrellas en las sosegadas aguas de la dársena.

El capitán, después de atracar, invitó a Carter a su propia casa, situada en las orillas del lago de Yath, en la cima donde terminan todas las cuevas del pueblo; y su mujer y la servidumbre sacaron sabrosos y extraños manjares para delectación del viajero. Y en los días que siguieron estuvo Carter indagando en todas las tabernas y lugares públicos donde se reunían los recolectores de lava y los escultores, por si alguno de ellos había oído algún rumor o conocía algún relato sobre el Ngranek; pero no

encontró a nadie que hubiera subido a las más elevadas alturas ni que hubiera contemplado el rostro esculpido. El Ngranek era un monte muy difícil, pues no tiene más que un valle maldito a su espalda; por otra parte, no había ninguna certeza de que las descarnadas alimañas de la noche fueran exclusivamente imaginarias.

Cuando el capitán zarpó de nuevo para Dylath-Leen, Carter se alojó en una antigua taberna abierta en un callejón escalonado de la parte primitiva del pueblo. Esta taberna, construida de ladrillo, se parecía a las ruinas que había en la orilla más alejada del lago de Yath. En ella trazó sus planes para escalar el Ngranek y revisó todos los datos que le habían proporcionado los recolectores de lava sobre los caminos que mejor conducían allá. El tabernero era un hombre muy viejo y había oído muchas historias, por lo que le fue de gran ayuda. Incluso condujo a Carter a una de las habitaciones superiores de aquella antigua casa, y le mostró un tosco dibujo que un viajero había trazado sobre el yeso de la pared, en los viejos tiempos en que los hombres eran más audaces y no tenían tanto miedo a escalar las cumbres del Ngranek. El bisabuelo del viejo tabernero le había oído contar a su bisabuelo que el viajero que grabó aquel dibujo en la pared había subido al Ngranek y había visto el rostro de piedra, dibujándolo allí para que otros lo pudieran contemplar; pero Carter no se quedó convencido, puesto que aquellos toscos trazos estaban hechos con negligencia y rapidez, y quedaban casi ocultos bajo una multitud de siluetas diminutas del peor gusto, llenas de cuernos, y alas, y garras, y colas enroscadas.

Finalmente, habiendo conseguido toda cuanta información podía recogerse de las tabernas y lugares públicos de Baharna, Carter alquiló una cebra, y una mañana temprano tomó el camino que bordea la orilla del lago Yath, internándose después hacia la zona donde se eleva el rocoso Ngranek. A su derecha se elevaban onduladas colinas, se veían apacibles

huertas y limpias casitas de piedra que le recordaban muchísimo los fértiles campos que flanquean el Skai. Al atardecer se hallaba ya cerca de las arcaicas ruinas desconocidas que se alzan en la ribera más alejada del Yath, y aunque los recolectores de lava le habían aconsejado que no acampara allí por la noche, ató la cebr a una rara columna que había ante un muro derruido y echó su manta en un rincón resguardado, al pie de unas esculturas cuyo significado nadie había podido descifrar. Se envolvió con otra manta, porque en Oriab las noches son frías, y, en una ocasión en que le despertó la sensación de que le rozaban la cara las alas de algún insecto, se cubrió la cabeza completamente y durmió en paz, hasta que le despertaron los pájaros *magah* de los lejanos bosquecillos resinosos.

El sol acababa de aparecer por encima de la gran ladera donde se extendían leguas enteras de primordiales basamentos de ladrillo, paredes desmoronadas y ocasionales columnas rotas y pedestales fragmentados hasta la desolada ribera del Yath; y Carter buscó con la mirada su cebr. Grande fue su consternación al ver al animal tendido junto a la extraña columna en que la había atado, y más grande aún fue su inquietud al descubrir que estaba muerta y que le habían chupado toda la sangre por medio de una herida singular que mostraba en el cuello. Le habían revuelto su equipaje y le habían desaparecido algunas baratijas brillantes; y por todo el polvo del suelo se veían las huellas enormes de unos pies palmeados, a las que de ningún modo pudo encontrar explicación. Los consejos de los recolectores de lava le vinieron a la cabeza, y se preguntó entonces qué clase de cosa sería la que le había rozado la cara durante la noche. Luego se echó al hombro el equipaje y emprendió la marcha hacia el Ngranek, aunque no sin sentir un escalofrío al ver de cerca, cuando cruzaba las ruinas, el chato portal de una entrada que se abría en la fachada de un viejo templo, y cuyos peldaños descendían hasta unas tinieblas imposibles de escudriñar.

El camino subía ahora cuesta arriba por una comarca más agreste y boscosa en la que sólo se veían cabañas, carboneras y campamentos de recolectores de resina. Todo el aire parecía embalsamado por la fragante resina y los pájaros *magah* cantaban alegremente, haciendo centellear sus siete colores al sol. Hacia el atardecer, llegó a otro campamento de recolectores de lava, que ya llegaban de regreso, con sus pesados sacos al hombro, desde la falda del Ngranek. Aquí acampó él también, y escuchó las canciones y los relatos de los hombres, y les oyó hablar atemorizados de un compañero que habían perdido. Había trepado este hombre demasiado arriba, con el fin de alcanzar una mole de finísima lava que había divisado, y al caer la noche no había regresado con sus compañeros. Cuando fueron a buscarle, al día siguiente, sólo encontraron su turbante; pero no hallaron señal alguna entre los riscos de que se hubiera despeñado. No lo buscaron más, porque el más viejo de todos ellos dijo que era inútil. Aunque se duda mucho de la existencia de las descarnadas alimañas de la noche, y algunos las tienen por puramente fabulosas, se dice también que jamás se recupera cosa alguna que caiga en su poder. Carter entonces les preguntó si las descarnadas alimañas de la noche chupaban la sangre, si les gustaban los objetos brillantes y si dejaban huellas de pies palmeados, pero ellos movieron negativamente la cabeza y parecieron alarmarse por aquellas preguntas. Cuando vio lo taciturnos que se habían vuelto, no les preguntó más y se fue a dormir a su manta.

Al día siguiente se levantó a la vez que los recolectores de lava y se despidió, ya que ellos se marchaban hacia el oeste y él tomaba la dirección opuesta a lomos de una cebrá que les había comprado. Los más viejos dijeron que sería mejor que no trepara demasiado arriba del monte Ngranek, pero aunque él les agradeció el consejo sinceramente, no se dejó disuadir lo más mínimo. Creía que iba a encontrar allí a los dioses de la desconocida Kadath y que obtendría de ellos indicaciones para llegar a la

encantada y maravillosa ciudad del sol poniente. Hacia mediodía, después de un largo ascenso, llegó alas aldeas abandonadas de los montañeses que un día habitaron junto al Ngranek y esculpieron imágenes en su fina lava. Aquí habían vivido hasta los tiempos del abuelo del tabernero, época en que empezaron a notar que su presencia no era grata. Sus nuevas casas habían sido construidas en zonas cada vez más elevadas de la montaña, y cuanto más arriba edificaban, más gente desaparecía al amanecer. Por último, decidieron que era mejor marcharse todos, ya que a veces se veían en la oscuridad cosas nada tranquilizadoras; así que, finalmente, bajaron todos hacia el mar y se instalaron en Baharna, donde ocuparon un barrio muy viejo y enseñaron a sus hijos el antiguo arte de esculpir figuras, lo que siguen haciendo hasta hoy. Fue de estos descendientes de los desterrados del Ngranek de quienes Carter había recogido las más interesantes historias sobre este monte, cuando anduvo indagando por las antiguas tabernas de Baharna.

A medida que Carter, pensando en estas cosas, se aproximaba al Ngranek, la agreste mole desnuda parecía hacerse más elevada y brumosa. En lo más bajo de su ladera crecían los árboles diseminados; algo más arriba era arbustos raquíticos lo que había; y en las alturas, sólo la roca tremenda y desnuda se alzaba espectral en el cielo para mezclarse con el hielo y las nieves eternas. Carter contempló las grietas y escarpas de aquellas rocas sombrías, y no le pareció muy grata la empresa de escalarlas. En algunos lugares se veían corrientes de lava petrificada y montones de escoria apilados en pendientes y cornisas. Hace noventa evos, antes de que los dioses vinieran a danzar sobre el agudo pico, aquella montaña había hablado el lenguaje del fuego y había rugido con la voz de los truenos interiores. Ahora se erguía silenciosa y siniestra, conservando en su cara oculta aquel gigantesco semblante secreto del que se hablaba con temeroso respeto. Y había cuevas en aquel monte cuyas tinieblas, jamás disipadas

desde los tiempos más remotos, acaso estuvieran vacías y solitarias, o tal vez - si la leyenda decía verdad - albergaran horrores de formas insospechadas.

Hasta el pie del Ngranek, el suelo ascendía cubierto de escasos robles y de fresnos desmedrados, sembrado de fragmentos rocosos, de lava y de antiguas cenizas. Encontró allí Carter los restos carbonizados de muchos fuegos de campamento, pues los recolectores de lava acostumbraban sin duda a detenerse allí, y varios altares rudimentarios, contruidos ya para propiciarse a los Grandes Dioses, ya para conjurar a los seres - quizá sólo soñados - que habitan en los elevados desfiladeros y en el dédalo de grutas del Ngranek. Al atardecer, Carter alcanzó el montón de cenizas más lejano de todos y acampó allí para pasar la noche. Ató la cebra a una rama y se envolvió bien en las mantas antes de quedarse dormido. Y durante toda la noche estuvo ululando un *voonith* lejano al borde de alguna charca oculta, pero Carter no sintió miedo alguno ante aquel espantoso ser anfibio, pues le habían asegurado que ninguno de los seres de esta especie se atreve a acercarse siquiera a la falda del Ngranek.

A la clara luz de la mañana siguiente, comenzó Carter el largo ascenso. Llevó su cebra hasta donde el útil animal pudo llegar, y la ató a un fresno raquíptico, cuando la pendiente se hizo demasiado pronunciada. A partir de aquí subió él solo. Primero atravesó el bosque, en cuyos calveros cubiertos de maleza abundaban las ruinas de antiguos poblados. Después recorrió los duros campos donde crecían diseminados unos arbustos anémicos. Lamentó que los árboles se fueran distanciando, ya que la pendiente era muy pronunciada y en general le producía vértigo. Por fin empezó a distinguir toda la comarca que se extendía a sus pies por dondequiera que mirara. Vio las cabañas deshabitadas de los escultores, los bosquecillos de árboles resinosos y los campamentos de los que recogían la resina, los grandes bosques donde anidaban y cantaban los prismáticos

*magahs*, e incluso la lejanísima línea de la ribera del Yath, junto a la cual se alzan las antiguas ruinas prohibidas cuyo nombre no se recuerda. Prefirió no mirar a su alrededor, y siguió trepando, hasta que los matorrales se hicieron cada vez más ralos, y no encontró otra cosa donde agarrarse que una yerba de tallos robustos.

Después, el suelo se hizo aún más pobre. De vez en cuando aparecían grandes trechos donde afloraba la roca desnuda y algún nido de cóndor oculto entre las grietas. Finalmente ya no hubo sino roca pura, y de no haber estado tan áspera y erosionada, difícilmente habría podido seguir adelante. Sus prominencias, rebordes y remates le ayudaron mucho, y le resultó alentador descubrir de cuando en cuando alguna señal dejada por los recolectores de lava al arañar toscamente la roca, sabiendo por ellas que seres humanos normales y corrientes habían estado allí antes que él. Un poco más arriba, la presencia del hombre se evidenciaba en unos asideros para pies y manos que habían sido practicados a golpe de piqueta allí donde se hacían necesarios, y en las pequeñas canteras y excavaciones efectuadas donde se había descubierto una rica veta de mineral o una corriente de lava. En un lugar se había tallado artificialmente una estrecha cornisa que se apartaba bastante de la línea principal de ascenso para dar acceso a un filón especialmente rico. Una o dos veces se atrevió Carter a mirar alrededor, y se quedó pasmado ante el inmenso paisaje que se dominaba desde aquella altura. Toda la isla, desde donde se encontraba él hasta la costa, se extendía a sus pies. Al fondo distinguía las terrazas de piedra de Baharna y el humo de sus chimeneas, misterioso y distante; y aún más allá, el ilimitado Mar Meridional henchido de secretos.

Hasta entonces había ido subiendo en zigzag, de modo que la vertiente esculpida de la montaña permanecía oculta a sus ojos. Carter vio entonces una cornisa que ascendía a la izquierda, y le pareció que ésa era la dirección que él debía tomar. Echó hacia allá con la esperanza de que el



camino continuase sin interrupción, y diez minutos más tarde comprobó que, efectivamente, no se trataba de un callejón sin salida, si no de una empinada senda que conducía a un arco, el cual, si no estaba bruscamente cortado y no se desviaba, le llevaría en unas pocas horas de ascensión a aquella desconocida vertiente sur que domina los desolados precipicios y el maldito valle de lava. La comarca que apareció ante él por esta dirección era más desolada y salvaje que las tierras que hasta entonces había atravesado. La ladera de la montaña era también algo diferente, pues se veía perforada de extrañas hendiduras y cuevas como no había visto hasta ahora en la ruta que acababa de dejar. Unos por debajo de él y otros por encima, todos estos enormes agujeros se abrían en las paredes verticales, de forma que eran absolutamente inalcanzables al hombre. El aire era frío ahora, pero tan difícil resultaba la escalada que no hizo caso. Sólo le preocupaba su creciente enrarecimiento, y pensó que quizá fuera la dificultad de respirar lo que trastornaba la cabeza de otros viajeros suscitando aquellas absurdas historias de alimañas descarnadas y nocturnas, con las que pretendían explicar la desaparición de los que trepaban por aquellos senderos peligrosos. No le habían impresionado mucho los relatos de los viajeros, pero traía consigo una buena cimitarra por si acaso. Todos los demás pensamientos perdían importancia ante su deseo de ver aquel rostro esculpido que podía proporcionarle por fin la pista de los dioses que reinan sobre la desconocida Kadath.

Por último, en medio del frío glacial de las regiones superiores, desembocó de lleno en la cara oculta del Ngranek y, en las simas infinitas que se abrían a sus pies, vio los desolados precipicios y abismos de lava que señalaban el lugar donde en tiempos remotos se había desencadenado la cólera de los Grandes Dioses. Desde allí se divisaba también en dirección sur una vasta extensión de terreno; pero ahora era una tierra desierta, sin campos de labranza ni chimeneas de cabañas, y parecía no

tener fin. En esta dirección no se veía el mar ni aun en la lejanía, pues Oriab es una isla grande. Las negras cavernas y las extrañas grietas seguían siendo numerosas en aquellos cortes verticales, pero ninguna era accesible al escalador. Por encima de estas aberturas descollaba una gran masa prominente que impedía ver la parte superior de la montaña, y Carter temió por un momento que resultase infranqueable. Encaramado en una roca insegura batida por el viento, en difícil equilibrio a varias millas por encima del suelo, entre el vacío y una desnuda pared de piedra, conoció Carter el medio que hace esquivar a los hombres el flanco oculto del Ngranek. Si el camino quedaba interceptado, la noche le sorprendería allí acurrucado todavía, y el amanecer no le encontraría ya.

Pero había un acceso y Carter lo vio justo a tiempo. Sólo un soñador auténticamente experto podía haberse valido de aquellos asideros imperceptibles, pero a Carter le fueron suficientes. Remontó la roca inmensa por su pared exterior y se encontró con una pendiente mucho más accesible que la de abajo, ya que el deshielo de un glaciar había dejado en ella un trecho holgado con salientes y surcos. A la izquierda se abría un precipicio que descendía vertical desde ignoradas alturas hasta remotas profundidades. Por encima, fuera de su alcance, podía distinguir la oscura boca de una gruta. A la derecha, sin embargo, el monte se inclinaba bastante, permitiéndole recostarse y descansar.

Por el frío reinante se dio cuenta de que debía encontrarse cerca de las nieves de la cumbre, y alzó los ojos para ver si distinguía el resplandor de los picos nevados, a la luz rojiza del atardecer. Ciertamente había nieve a varios miles de pies más arriba, pero antes de llegar a ella se veía un enorme farallón, suspendido por siempre en atrevido perfil, que sobresalía lo mismo que el que acababa de sortear. Y al verlo dejó escapar un grito, y lleno de pavor, se agarró a las hendiduras de la roca; porque aquella titánica prominencia no conservaba la forma con que las primeras edades de la

Tierra la habían modelado, sino que brillaba al sol de la tarde, roja y mayestática, con los tallados y bruñidos rasgos de un dios.

Aquel rostro resplandecía severo y terrible bajo la ígnea luz del sol poniente. Era tan inmenso que resultaba imposible calcular sus dimensiones; pero claramente se veía que aquella obra no había sido esculpida por manos humanas. Era un dios cincelado por dioses, y su mirada altiva y majestuosa descendía desde su altura hasta el lugar donde se encontraba el explorador. Los rumores afirmaban que el rostro era muy singular e incomprensible, y Carter comprobó que, efectivamente, era así; pues aquellos ojos alargados y estrechos, y aquellas orejas de grandes lóbulos, y aquella nariz fina, y la puntiaguda barbilla, y todo en fin, revelaba una raza que no es de hombres sino de dioses.

Aun cuando esta imagen grandiosa era lo que iba buscando y lo que había esperado encontrar, se sintió sobrecogido por un horror sagrado, y tuvo que aferrarse a las paredes del elevado y peligroso nido de águilas en que se hallaba. Pues el rostro de un dios es mucho más prodigioso que todo lo imaginable, y cuando ese rostro es más grande que un templo, y se le ve contemplando el universo desde las alturas, bajo los rayos del sol poniente y en el silencio eterno de las cumbres en cuya oscura lava ha sido esculpido en tiempo inmemorial por divinidades ignotas y terribles, resulta tan impresionante que nadie se puede sustraer a su pavoroso hechizo.

Pero además, vino a añadirse la sorpresa de que los rasgos del dios le eran familiares; pues aunque había proyectado buscar por todo el país de los sueños a quienes por su parecido con este rostro se señalasen como hijos de los dioses, comprendía ahora que tal búsqueda no era necesaria. Ciertamente, el gran rostro esculpido en aquel monte inaccesible no le era extraño, sino que tenía los rasgos que había visto a menudo en las gentes que frecuentaban lastabernas portuarias de Celephais, ciudad del país de Ooth-Nargai que se extiende más allá de los Montes Tanarios y está

gobernado por el Rey Kuranos, a quien Carter conoció una vez en su vida vigil. Todos los años llegaban marineros con ese mismo semblante desde el norte, en sus negras embarcaciones, a cambiar ónice por jade esculpido, y por hilo de oro, y por rojos pajarillos cantores de Celephais; y era evidente que tales marineros no eran sino los semidioses que él buscaba. Y el lugar donde habitaban no debía de estar lejos de la inmensidad fría, en donde se alzaba la ignorada Kadath, cuyo castillo de ónice era la morada de los Grandes Dioses. De modo que debía dirigirse a Celephais. Y como se hallaba muy lejos de Oriab, decidió regresar a Dylath-Leen y remontar el Skai hasta el puente de Nyr, para atravesar nuevamente el bosque encantado de los zoogs. Desde allí tomaría un camino que va hacia el norte y cruzaría los innumerables jardines que bordean las riberas del Oukranos, hasta llegar a las doradas flechas de campanario de Thran, ciudad donde podría encontrar algún galeón que zarpara rumbo al mar Cerenario.

Pero la oscuridad era ahora más densa, y el gran rostro esculpido resultaba aún más severo en la sombra. La noche cogió al explorador encaramado en aquel saliente; y en la negrura no pudo ni bajar ni subir, sino sólo permanecer allí, y agarrarse, y temblar en aquel angosto lugar hasta que viniese el nuevo día. Deseó fervientemente mantenerse despierto, no fuese que con el sueño perdiera apoyo y cayese por el insondable vacío a los despeñaderos y agudos riscos de aquel valle maldito. Aparecieron las estrellas; pero salvo ellas, sus ojos sólo percibían un negro vacío, un vacío ligado a la muerte, contra la cual no podía sino agarrarse a las rocas y pegarse al muro de piedra, apartándose lo más posible del borde del abismo invisible en las tinieblas. Lo último que vio, antes de que la noche cerrara, fue un cóndor que planeaba muy cerca del precipicio donde él se encontraba, y que se alejó chillando al pasar por delante de la gruta cuya boca se abría un poco por encima de su alcance.

De pronto, sin un ruido que le previniera en la oscuridad, sintió que

una mano invisible le sustraía furtivamente la cimitarra de su cinto. Luego oyó caer el arma por las rocas de abajo; y, recortada contra el vago resplandor de la Vía Láctea, le pareció ver la silueta terrible de una criatura flaca y monstruosa, provista de cuernos, de cola, y alas de murciélago. Otros seres habían comenzado también a recortar sus sombras contra las estrellas de poniente, como si una bandada de pájaros inconcebibles saliera aleteando con torpes y silenciosos movimientos de aquella caverna inaccesible de la pared del precipicio. Luego, una especie de tentáculo frío y gomoso le agarró por el cuello, y otra cosa le aprisionó los pies, sintiéndose elevado y suspendido en el espacio. Un minuto después, las estrellas habían desaparecido, y Carter comprendió que había caído en poder de las descarnadas alimañas de la noche.

Sin aliento estaba Carter, cuando le arrastraron al interior de la caverna del precipicio y le condujeron a través de intrincados laberintos. Al principio trató de zafarse instintivamente, pero sus captores le pellizcaron ferozmente para impedirselo. No cambiaron entre sí un solo sonido; y aun sus alas membranosas se movían en silencio. Eran espantosamente fríos, húmedos y resbaladizos, y sus zarpas le manoseaban de manera repugnante. Poco después se dejaron caer a través de abismos inconcebibles en un torbellino vertiginoso de aire húmedo y sepulcral; y Carter sintió que se precipitaba en un vórtice final de locura ululante y demoníaca. Gritaba y gritaba desesperadamente, y cada vez que lo hacía, las pinzas de aquellas bestias le pellizcaban con más sutileza. Después vio a su alrededor una especie de fosforescencia gris, y supuso que estaría llegando a aquel mundo subterráneo de horrores profundos del cual hablaban las oscuras leyendas, y dicen que está iluminado tan sólo por un pálido fuego letal que nace del mismo aire emponzoñado y de las brumas primordiales de los abismos del centro de la tierra.

Por último, allá abajo, en las profundidades aquellas, divisó unas

alineaciones casi imperceptibles de montañas, y supuso que serían los fabulosos Picos de Throk. Se elevan éstos, pavorosos y siniestros, en la mágica oscuridad de las profundidades eternas. Son más altos de lo que el hombre es capaz de calcular, y defienden los valles donde moran los dholes ensucias madrigueras. Pero Carter prefería mirar los picos aquellos que a sus apresores, que eran unas criaturas negras, toscas y espantosas, de piel suave y grasienta como la de las ballenas, con unos cuernos desagradables, curvados hacia adentro, y sigilosas alas de murciélago. Poseían horribles patas prensiles y estaban armados de una cola que hacían restallar de manera tan inquietante como innecesaria. Y lo peor de todo era que no hablaban ni reían jamás. ni tampoco podían esbozar una sonrisa siquiera, ya que carecían totalmente de rostro, por lo que allí donde debían tener la cara sólo había una superficie lisa y vacía. Todo cuanto podían hacer era agarrar, volar y pellizcar, pues tal es la naturaleza de esas bestias nocturnas.

Al descender la bandada, los Picos de Throk comenzaron a descollar contra el cielo, grises y lúgubres, y Carter observó claramente que en aquel granito austero e imponente, sumido en eterno crepúsculo, no podía existir forma alguna de vida. Cuando descendieron aún más, se apagaron los fuegos letales del aire, y el mundo se sumergió en la negrura primordial del vacío, salvo por arriba, donde los agudos picos se alzaban como espectros. Pronto se perdieron las cimas en las brumas de las alturas; y en las tinieblas Carter sólo percibió tremendas corrientes de vientos húmedos y helados, procedentes de las grutas inferiores. Luego, por fin, las descarnadas alimañas se posaron en un suelo sembrado de cosas invisibles que parecían montones de huesos, y dejaron solo a Carter en aquel valle tenebroso. Traerle aquí había sido la misión de las descarnadas alimañas de la noche que guardan el Ngranek; una vez cumplida, alzaron el vuelo silenciosamente. Cuando Carter trató de seguir su vuelo con la mirada, se dio cuenta de que no le era posible, ya que tardaron muy poco en

desaparecer tras los Picos de Throk. Nada había en torno suyo, sino tinieblas, y horror, y huesos, y silencio.

Ahora sabía Carter con toda certeza que se encontraba en el valle de Pnoth, donde se arrastran y excavan madrigueras los enormes dholes; pero no sabía qué podría pasarle allí, porque nadie ha visto jamás un dhole ni aun imaginado su apariencia. A los dholes se les reconoce únicamente por un rumor confuso, por los crujidos que producen al arrastrarse entre montañas de huesos, y por el tacto viscoso de su piel cuando le rozan a uno al pasar. No pueden ser vistos porque salen únicamente en la oscuridad. Como Carter no tenía ganas de encontrarse con ningún dhole, estaba muy atento a cualquier ruido que sonara por la enorme masa de huesos que había a su alrededor. Aun en este espantoso lugar tenía un plan y un objetivo que cumplir, ya que tenía ciertas referencias de Pnoth por un individuo con quien había conversado largamente tiempo atrás. En suma, parecía cabalmente que era aquél el lugar donde todos los gules\* del mundo vigil arrojan los despojos de sus festines. Si tenía suerte, podría llegar a un farallón imponente, más alto que los Picos de Throk, que marca el límite de sus dominios. Las carretadas de huesos le indicarían hacia dónde tenía que buscar, y una vez descubierto el farallón, podría pedirle a un gul que le echara una escala de cuerda; pues, por extraño que parezca, Carter tenía ciertos vínculos con estas terribles criaturas.

Había conocido en Boston a un hombre - un pintor extraño que tenía su estudio secreto en un antiguo callejón que bordeaba un cementerio - el cual había hecho amistad con los gules. Este pintor le había enseñado a comprender lo más simple de la desagradable algarabía que constituye el lenguaje de esos seres. El pintor había acabado por desaparecer, y Carter estaba convencido de que ahora se lo encontraría aquí y de que, por primera vez en el país de los sueños, podría hacer uso del habitual inglés de su vida vigil, que ahora se le antojaba extraño y remoto. En cualquier caso,

confiaba en persuadir a un gul para que le ayudara a salir de Pnoth. Por otra parte, siempre sería mejor toparse con un gul, puesto que al menos puede verse, que con un dhole, que es invisible.

Caminaba, pues, Carter alerta en la oscuridad, y cuando le parecía oír que algo se removía entre los huesos, echaba a correr. De pronto llegó a un declive de piedra y comprendió que debía encontrarse al pie de uno de los Picos de Throk. Después oyó una horrible algarabía que provenía de las alturas y tuvo la certeza de haber llegado al barranco de los gules. No estaba seguro de que le pudieran oír desde el fondo del valle, ya que tenía varias millas de profundidad, pero el mundo interior posee leyes muy extrañas. Al pararse a reflexionar, recibió el golpe de un proyectil óseo tan pesado que sin duda debió de tratarse de una calavera; y dándose cuenta de la proximidad del barranco fatal, emitió lo mejor que pudo el quejido lastimero que es la llamada de los gules.

El sonido se propaga despacio, así que transcurrió cierto tiempo antes de oír el grito de respuesta. Pero lo oyó al fin, y entendió que le iban a echar una escala. La espera entonces se le hizo muy tensa, ya que no hace falta decir qué criaturas podían haber despertado sus llamadas entre aquellos huesos. En efecto, no tardó en oír un vago crujido a lo lejos. A medida que se le fue acercando el crujido aquel, Carter se fue sintiendo más intranquilo, porque no quería alejarse del lugar donde le bajarían la escala. Finalmente, la tensión se le hizo casi insoportable; y estaba a punto de echar a correr, lleno de pánico, cuando oyó chocar algo contra un montón de huesos no lejos del sitio de donde procedía el ominoso crujir que avanzaba poco a poco. Era la escala, y después de buscarla a tientas durante unos momentos, consiguió sujetarla tirante entre sus manos. Pero el otro ruido no cesó, sino que siguió tras él, mientras Carter trepaba por la escala. Había subido más de cinco pies, cuando las vibraciones de abajo aumentaron considerablemente; y al llegar a diez pies del suelo, algo



sacudió la escala desde abajo. A una altura de unos quince o veinte pies, sintió que le rozaba todo el costado una cosa larga y escurridiza que se hacía alternativamente cóncava y convexa, como culebreando para atraparlo. A partir de entonces, Carter trepó desesperadamente para escapar del insoportable contacto de aquel nauseabundo y bien cebado dhole, cuya forma ningún hombre puede contemplar.

Trepó durante horas y horas, con los brazos doloridos y las manos cubiertas de ampollas. De nuevo aparecieron ante él los fuegos letales y las inquietantes cumbres de Throk. Finalmente, vislumbró por encima de él una cornisa que sobresalía del borde del gran despeñadero de los gules, cuya pared vertical no pudo percibir. Mucho tiempo después, vio un rostro singular que le escudriñaba encaramado en la cornisa como una gárgola acurrucada en una balaustrada de Notre Dame. A punto estuvo de perder el conocimiento por la impresión, pero un momento después se había recuperado; su desaparecido amigo Richard Pickman le había presentado una vez a un gul, y recordó su rostro canino, sus formas consumidas y su indescriptible comportamiento. Así, pues, para cuando aquella criatura espantosa le hubo sacado del inmenso vacío, izándole por encima del borde del precipicio, ya se había dominado, y no gritó al ver los despojos medio devorados que se amontonaban a un lado y los grupos de gules acurrucados que roían y le miraban con curiosidad.

Se encontraba ahora en una llanura débilmente iluminada cuya principal característica era la existencia de grandes peñascos y de numerosas madrigueras. En general, los gules se mostraron respetuosos, aun cuando uno de ellos intentara pellizcarlo y los demás le miraran apreciativamente evaluando su delgadez. Mediante pacientes gruñidos y quejidos, hizo algunas preguntas acerca de su desaparecido amigo, y supo por ellos que se había convertido en un gul de cierta importancia, y que habitaba en los abismos más próximos al mundo vigil. Un gul viejo y de

color verdoso se ofreció a llevarle ala residencia actual de Pickman; así que, pese a su repugnancia natural, siguió a aquella criatura por una madriguera espaciosa y se arrastró tras ella durante horas y horas en una negrura de moho corrompido. Al fin salieron a una llanura oscura, sembrada de incongruentes reliquias de la tierra - viejas lápidas, urnas rotas y grotescos fragmentos de monumentos funerarios - por lo que Carter presintió con cierta emoción que probablemente se hallaban más cerca que nunca del mundo vigil, desde que bajara los setecientos peldaños que conducen de la caverna de fuego a las Puertas del Sueño Profundo.

Allí, encima de una lápida de 1768 robada del Cementerio de Granary de Boston, estaba sentado el gul que antaño fuera el pintor Richard Upton Pickman. Mostraba desnudo su cuerpo gomoso, y había adquirido de tal modo la fisionomía de los gules que sus rasgos humanos eran ya apenas perceptibles. Pero todavía recordaba un poco de inglés y pudo conversar con Carter por medio de gruñidos y monosílabos, aunque recurriendo a cada momento a la algarabía de los gules. Cuando supo que Carter deseaba llegar al bosque encantado, para ir de allí a Celephais, ciudad de Ooth-Nargai situada más allá de los Montes de Tanaria, se mostró escéptico; porque estos gules del mundo vigil no actúan en los cementerios del Alto país de los sueños (los ceden a los vampiros de pies rojos que habitan en las ciudades muertas), y además se interponen muchos peligros entre los riscos donde viven y el bosque encantado, uno de los cuales es el terrible reino de los gulos.

En tiempos pasados, los gulos, velludos y gigantescos, habían construido en aquel bosque unos círculos de piedra donde celebraron extraños sacrificios a los Dioses Otros y a Nyarlathotep, el caos reptante, hasta que una noche, una de estas abominaciones llegó a oídos de los dioses de la tierra, quienes los desterraron a las cavernas inferiores. Sólo una gran losa de piedra con una argolla de hierro comunica el abismo de

los gules terrestres con el bosque encantado, y los gulos tienen miedo de abrirla a causa de una maldición. Era muy poco probable que un soñador mortal pudiera cruzar el reino subterráneo de los gulos y salir por aquella losa, ya que los soñadores mortales constituían en un principio su alimento predilecto, existiendo todavía entre los gulos leyendas que hablan de la exquisita carne de tales soñadores a pesar de que su confinamiento ha reducido su dieta a los lívidos, seres repulsivos que mueren al contacto con la luz y que viven en las cuevas de Zin, donde brincan con sus largas patas como canguros.

Así que el gul que había sido Pickman aconsejó a Carter que abandonara el abismo en Sarkomand, ciudad desierta del valle que se abre bajo la meseta de Leng, cuyas negras escaleras salitrosas, custodiadas por leones alados, conducen desde la tierra de los sueños a las simas inferiores; oque regresara al mundo vigil a través de un cementerio y empezara la búsqueda de nuevo a partir de los setenta peldaños del Sueño Liger, de las Puertas del Sueño Profundo y del bosque encantado. Sin embargo, el explorador no siguió este itinerario porque no sabía el camino de Leng a Ooth-Nargai; y además, tenía pocas ganas de despertar, no fuera a olvidar todo lo que había aprendido en este sueño. Sería desastroso para su empresa olvidar los rostros augustos y celestiales de aquellos marineros del norte que traficaban con el ónice en Celephais, los cuales, siendo hijos de dioses, le señalarían el camino hacia la inmensidad fría y, por consiguiente, hacia Kadath donde moran los Grandes Dioses.

Después de muchas súplicas, el gul consintió en guiar a su huésped hasta el interior de las murallas que circundan el reino de los gulos. Había una posibilidad de que Carter consiguiera cruzar sigilosamente aquel reino crepuscular, erizado de rocas dispuestas en círculo. A la hora en que estos seres gigantescos roncan saciados en sus habitáculos no le sería imposible llegar a la torre central, coronada por el signo de Koth, de donde arranca la

escalera que conduce a la losa de piedra del bosque encantado. Pickman accedió incluso a prestarle tres gules para que le ayudaran a levantar con una palanca la losa de piedra; pues los gulos se muestran algo asustadizos ante los gules, huyendo a menudo de sus cementerios colosales cuando les ven celebrar allí algún festín.

También aconsejó a Carter que se disfrazara de gul: que se afeitara la barba que se había dejado crecer (los gules no tienen), que se revolcara desnudo en el moho verdoso para adquirir el adecuado aspecto de cadáver medio corrompido, y llevara su ropa hecha un lío como si fuera una presa arrebatada de la tumba. Llegarían a la ciudad de los gulos a través de las madrigueras correspondientes y saldrían a un cementerio situado no lejos de la Torre de Koth. Debían evitar, sin embargo, una gran caverna que había junto al cementerio, ya que ésta era la boca de las criptas de Zin, donde los vindicativos lívidos acechan a los habitantes del abismo superior que vienen a cazarlos para devorarlos. Los lívidos intentan salir cuando los gulos duermen, y atacan a los gules con tanta gana como a los gulos, porque no saben distinguirlos. Son muy primitivos y se comen unos a otros. Los gulos tienen apostado un centinela en un angosto recodo de la cripta de Zin, pero con frecuencia se queda amodorrado, y algunas veces es sorprendido por alguna facción de lívidos. Aunque los lívidos no pueden vivir bajo una luz verdadera, pueden, sin embargo, soportar durante algunas horas la penumbra crepuscular de los abismos.

Así, Carter reptó por las interminables madrigueras acompañado de tres serviciales gules, portadores de una lápida sepulcral que pertenecía a un tal Coronel Nepemiah Derby, fallecido en 1719 que habían sacado del cementerio municipal de Charter Street, de Salem. Cuando salieron otra vez a la luz crepuscular, se encontraron en un bosque de enormes monolitos, cubiertos de líquenes, los cuales alcanzaban tal altura que casi no se podía divisar su extremo superior. Eran lápidas del cementerio de los

gugos. A la derecha de la abertura por donde habían salido a rastras, y entre los colosales sepulcros, se veía un grandioso panorama de ciclópeas torres cilíndricas que se elevaban a una altura inconcebible en la atmósfera gris de las entrañas de la tierra. Era la gran ciudad de los gugos, cuyas puertas tienen treinta pies de altura. Los gules vienen aquí a menudo porque el cadáver enterrado de un gugo puede alimentar a toda la comunidad durante casi un año. Aunque la empresa tenga sus peligros, es preferible echar mano de los gugos a tener que afanarse en las tumbas de los hombres para obtener mezquinos resultados. Carter comprendía ahora la presencia de aquellos huesos gigantescos que había advertido en el valle de Pnoth.

Frente a ellos, y nada más salir del cementerio, se elevaba una escarpa completamente vertical en cuya base se abría una caverna inmensa.

Los gules dijeron a Carter que debían evitarla a toda costa, ya que era la entrada a los impíos subterráneos de Zin, donde los gugos cazan a los lívidos en la oscuridad. Y en efecto, aquella advertencia se vio muy pronto justificada, porque en el momento en que un gul comenzaba a arrastrarse hacia las torres para ver si habían calculado bien la hora de descanso de los gugos, en la oscuridad de la caverna fulguró un par de ojos rojizos y amarillentos, y luego otro, lo que indicaba que los gugos tenían un centinela menos y que los lívidos poseen realmente una gran agudeza olfativa. Así que el gul regresó a la madriguera e hizo señas a sus compañeros para que guardaran silencio. Era mejor no interrumpir a los lívidos; había una posibilidad de que se retiraran pronto, ya que sin duda estarían cansados después de haber luchado con el gugo centinela de los negros subterráneos. Al poco rato saltó a la luz gris del crepúsculo un ser del tamaño de un caballo pequeño, y Carter se sintió enfermo al ver el aspecto de aquella bestia obscena y malsana, cuyo rostro resultaba bastante humano, pese a la ausencia de nariz, de frente y de otros detalles importantes.

En ese momento, otros tres lívidos saltaron fuera de la caverna y se unieron al primero, y un gul susurró a Carter en voz casi imperceptible que aquella ausencia de rasguños que mostraban era mala señal. Indicaba que no habían luchado con el gugo centinela, de modo que aún conservaban toda su fuerza y ferocidad, y que así permanecerían hasta que encontraran y devoraran alguna víctima. Resultaba muy desagradable ver aquellos animales inmundos y desproporcionados, que no tardaron mucho en ser una quincena, hozando por el suelo y dando saltos de canguro bajo la luz crepuscular, en esa atmósfera brumosa traspasada de titánicas torres e inmensos monolitos. Pero aún más desagradable fue oírles cuando empezaron a hablar con las toses y sonidos guturales que constituyen el lenguaje de los lívidos. Y aunque eran horripilantes, no lo eran tanto como lo que surgió en ese momento por detrás de ellos, de manera asombrosamente repentina.

Era una zarpa de unas tres cuartas de anchura, provista de formidables garras. Después apareció otra; y después, un brazo enorme de negro pelaje al que se unían ambas zarpas con dos cortos antebrazos. Luego brillaron dos ojos rosados, apareciendo a continuación la cabeza bamboleante del gugo centinela que había despertado. Tenía el tamaño de un barril aquella cabeza; y los ojos sobresalían unas dos pulgadas a cada lado, protegidos por unas protuberancias óseas cubiertas de pelo encrespado. Pero lo que le daba a esta cabeza un aspecto particularmente terrible era la boca. Aquella boca de enormes colmillos amarillos recorría la cabeza de arriba abajo, abriéndose verticalmente y no de forma corriente.

Pero antes de que el infortunado gugo acabara de salir de la gruta y enderezara sus siete metros de altura, los arteros lívidos se habían abalanzado sobre él. Carter temió por un momento que diera la alarma y despertase a los suyos, pero un gul le susurró que los gugos no tienen voz y que se comunican por medio de gestos faciales. La batalla que a

continuación tuvo lugar fue inenarrable y atroz. Los venenosos lívidos acometían febrilmente por todos lados al medio incorporado gugo, mordiéndole y destrozándole con sus mandíbulas, e hiriéndole cruelmente con sus duras y afiladas pezuñas. Durante la lucha, los lívidos carraspeaban y tosían con excitación, gritando cuando la enorme boca vertical del gugo hacía presa en alguno de ellos, de suerte que el fragor del combate habría despertado ya, con toda seguridad, a todos los demás gugos de no haber sido porque el cada vez más debilitado centinela había ido retrocediendo, trasladando así la batalla cada vez más adentro de la caverna. De este modo, el tumulto desapareció pronto de la vista y se sumergió en la negrura, y sólo algún eco infernal y esporádico indicaba que la lucha proseguía.

Entonces el más avisado de los gules dio la señal de avanzar, y Carter siguió a sus tres compañeros. Salieron del laberinto de monolitos y entraron en las calles oscuras y fétidas de aquella horrenda ciudad, cuyas torres circulares de ciclópea mampostería se elevan hasta perderse de vista. Caminaron con paso vacilante y silencioso por aquel tosco pavimento rocoso, mientras oían con aprensión los apagados y abominables resoplidos que salían de las inmensas entradas, indicando que los gugos dormían la siesta. Temiendo que aquella hora de descanso estuviera a punto de terminar, los gules apretaron el paso; pero aun así, el trayecto no resultó corto, ya que son enormes las distancias en aquella ciudad de gigantes. Finalmente llegaron a una plaza, antela cual se alzaba una torre mucho más grande que las demás. Encima de la puerta de esta torre destacaba un monstruoso bajorrelieve que representaba un símbolo aterrador aun para quien ignorara su significado. Era la torre central que ostentaba el signo de Koth, y aquellos inmensos peldaños que se vislumbraban en la oscuridad de su interior eran el arranque de la gran escalera que conducía al Alto País de los Sueños y al bosque encantado.

Comenzó entonces un ascenso interminable, completamente a oscuras. Era casi imposible subir, debido al tamaño monstruoso de los peldaños tallados por los gulos, que medían lo menos un metro de altura. Carter no pudo calcular, ni aun aproximadamente, el número de peldaños que subió, porque no tardó en sentirse tan rendido de cansancio que los elásticos e infatigables gulos se vieron obligados a ayudarlo. Durante el ascenso, les acechaba el constante peligro de ser descubiertos y perseguidos, porque si bien los gulos no se atreven a levantar la losa de piedra del bosque por miedo a la maldición de los Grandes Dioses, tal maldición no afecta para nada a la torre y a la escalera, de manera que los lívidos que tratan de refugiarse allí suelen ser cazados por los gulos, aunque lleguen al último tramo de la escalera. Tan fino es el oído de los gulos que, de haber estado despiertos, habrían oído perfectamente el roce de los pies desnudos y de las manos de quienes subían; y, desde luego, habría sido cuestión de poco tiempo que los gigantes - acostumbrados a las cacerías de lívidos en la cripta de Zin en completa oscuridad - dieran alcance a la débil y torpe presa que ahora ascendía por las ciclópeas escaleras. Era desesperante pensar que los silenciosos gulos no pueden ser oídos y que si llegaban a descubrirles caerían de repente sobre ellos, cogiéndoles desprevenidos en la oscuridad. En aquel extraño lugar, ni siquiera les detendría el tradicional temor que sienten hacia los gulos, ya que en él gozaban de una ventaja manifiesta. Existía, además, el peligro eventual de tropezarse con los venenosos lívidos, que a veces se introducen en la torre durante la hora de sueño de los gulos. Si éstos durmiesen ahora mucho tiempo y los lívidos regresaran pronto de su combate en la caverna, el olor de Carter y sus acompañantes atraería irremisiblemente a estos seres nauseabundos y hostiles, en cuyo caso era preferible ser devorados por los gulos.

Luego, después de trepar durante una eternidad, oyeron una tos allá



arriba, en la oscuridad, y la situación dio un giro inesperado y gravísimo. Evidentemente, se trataba de un lívido, o tal vez de varios, que se había debido extraviar en el interior de la torre antes de que llegaran Carter y sus guías, y estaba igualmente claro que el peligro era inminente. Tras un segundo de dudas angustiosas, el gul que iba en cabeza empujó a Carter a un rincón y dispuso a sus compañeros convenientemente, con la vieja lápida en alto para dejársela caer al enemigo en cuanto se pusiera a tiro. Los gules pueden ver en la oscuridad, así que la situación no era tan desesperada como lo habría podido ser si Carter se hubiera encontrado solo. Un momento después, un ruido de pezuñas les hizo saber que al menos una de las bestias lívidas bajaba dando saltos, y los gules que sostenían la lápida la enarbolaron para intentar un golpe desesperado. Fue entonces cuando surgieron dos ojos rojizos y amarillentos, a la vez que la jadeante respiración del lívido se hacía audible por encima del ruido de sus patas. Al saltar la sucia bestia al peldaño inmediatamente superior de donde estaban los gules, lanzaron éstos la vieja lápida con fuerza prodigiosa, de suerte que sólo se oyó un estertor agónico, antes de que la víctima cayese hecha un amasijo inmundo. Parecía no haber más bestias de aquellas allí dentro; y después de guardar silencio un momento, los gules dieron una palmada a Carter como señal de que podían proseguir la marcha. Como antes, se vieron obligados a ayudarlo, y Carter se alegró de dejar aquel lugar de muerte donde el cadáver grotesco del lívido yacía invisible en la oscuridad.

Por último, los gules detuvieron a su compañero. Extendiendo los brazos hacia arriba y palpando en las tinieblas, Carter se dio cuenta de que habían llegado a la losa de piedra. Levantarla del todo era imposible; los gules se limitarían a abrir una rendija suficiente para introducir la lápida a modo de palanca y permitir así que Carter saliera por la abertura. Los gules tenían pensado bajar nuevamente por la escalera y regresar por donde

habían venido, ya que en la ciudad de los gulos les resultaba muy fácil pasar inadvertidos. Además, no sabrían orientarse por los caminos de la superficie para llegar a la espectral Sarkomand, ciudad donde se hallaba la entrada al abismo, custodiada por los leones.

Enorme fue el esfuerzo que hubieron de realizar los tres gulos para levantar la losa. Carter les ayudó con todas sus fuerzas. Juzgaron que debían empujar en la parte de la losa que descansaba sobre la escalera, y allí aplicaron toda la fuerza de sus músculos innoblemente alimentados. Pocos segundos después se abrió una ligera rendija y Carter, a quien se había confiado esta misión, deslizó el canto de la vieja lápida por aquella abertura. A continuación siguió un forcejeo imponente, aunque sin resultados; como es natural, cada vez que fracasaban tenían que volver a empezar desde el principio.

De pronto, su desesperación se vio mil veces multiplicada por un ruido que oyeron al pie de la escalera. Este ruido no fue sino el choque sordo del cadáver del lívido y el golpeteo de sus pezuñas al caer rodando escaleras abajo. Pero la causa por la cual rodaba aquel cuerpo hacia abajo no resultaba nada tranquilizadora. Por tanto, conociendo las costumbres de los gulos, los gulos redoblaron sus frenéticos esfuerzos, y en un plazo sorprendentemente breve consiguieron levantar la trampa de tal manera que Carter pudo introducirla lápida, dejando una abertura suficientemente holgada. Ayudaron entonces a Carter, haciéndole subir sobre sus hombros cartilaginosos y guiándole los pies cuando se agarró al borde del bendito suelo del Alto País de los Sueños. Un segundo más tarde habían salido los tres por la abertura, arrojando la lápida y cerrando la gran losa, mientras abajo se hacía audible un resuello jadeante. Debido a la maldición de los Grandes Dioses, ningún gulo osaría jamás salir por aquella trampa; por consiguiente, Carter se dejó caer confiadamente, con un suspiro de alivio y sosiego, entre los hongos grotescos del bosque encantado, mientras sus

guías se acurrucaban en grupo, según es costumbre entre los gules.

Aunque era siniestro, en verdad, el bosque encantado por el que había viajado hacía ya tantísimo tiempo, ahora le parecía un paraíso y una delicia, después de haber recorrido los lúgubres abismos del mundo inferior. No había un solo ser vivo por los alrededores, ya que los zoogs sienten un gran temor por aquella entrada misteriosa, y Carter consultó inmediatamente con los gules acerca del itinerario que convenía seguir. Ellos no se atrevían ya a regresar por la torre; pero el viaje por el mundo vigil tampoco les convenció al enterarse deque, para subir a él, tenían que cruzar ante los sacerdotes Nasht y Kaman-Thah, en la caverna de fuego. Así que, por último, decidieron regresar por Sarkomand, pues allí existe una entrada al abismo, aunque de momento no supieran cómo llegar hasta esa ciudad. Carter recordaba que Sarkomand está situada en el valle que se abre al pie de la meseta de Leng y recordaba igualmente que en Dylath-Leen había visto a un viejo mercader siniestro y de ojos oblicuos que tenía fama de traficar con los pueblos de Leng, por lo que aconsejó a los gules que cruzaran los campos de Nyr hasta el Skai y que siguieran después el curso del río hasta su desembocadura, ya que en ella se alza Dylath-Leen. Decidieron hacerlo así sin demora ni pérdida de tiempo, porque la creciente oscuridad auguraba una noche entera de viaje. Carter estrechó las zarpas de aquellas bestias repulsivas, les dio las gracias por la ayuda que le habían prestado y les pidió que expresaran también su agradecimiento al gul que un día fuera Pickman. A pesar de todo, no pudo evitar un suspiro de alivio cuando los vio alejarse; porque un gul siempre es un gul, y en el mejor de los casos resulta un compañero poco grato para el hombre. Después de hacerse estas reflexiones, buscó Carter un manantial en el bosque, se limpió el fango y el moho que traía de las regiones inferiores, y después se vistió con las ropas que tan cuidadosamente había traído envueltas.

Era ya de noche en aquel bosque terrible de árboles monstruosos,

pero la fosforescencia reinante permitía al peregrino caminar como si fuese de día, y Carter echó a andar por el conocido camino de Celephais, ciudad del país de Ooth-Nargai que se extiende tras los Montes Tanarios. Y mientras caminaba, pensaba en la cebra que hacía miles y miles de años había dejado atada a la rama de un árbol, en las estribaciones del Ngranek, en la lejana isla de Oriab, y se preguntaba si no le daría de comer algún recolector de lava y la soltaría después. Y se preguntaba igualmente si volvería algún día a Baharna para pagar la cebra que le habían matado la noche que pasó junto a las ruinas arcaicas que se alzan en las riberas del Yath, y si el viejo tabernero se acordaría de él. Tales eran los pensamientos que le venían a la cabeza mientras respiraba el reconfortante aire del Alto País de los Sueños.

De pronto se detuvo al oír un murmullo que salía de un enorme tronco hueco. Había evitado el gran círculo de piedras porque ahora no quería encontrarse con los zoogs; pero a juzgar por la algarabía de chirridos que salía de aquel árbol inmenso, debía estarse celebrando una importante asamblea. Al acercarse más advirtió que se trataba de una acalorada discusión, cuyo tema le atañía a él de manera excepcional, pues lo que se deliberaba era nada menos que la declaración de guerra a los gatos. El motivo era la desaparición de los zoogs que habían seguido a Carter hasta Ulthar, a quienes los gatos habían castigado por mostrar las aviesas intenciones que ya se vieron, y el asunto había suscitado violentos y prolongados debates, hasta que por fin los adiestrados zoogs habían decidido lanzarse contra toda la tribu felina en el plazo máximo de un mes. Su plan consistía en efectuar una serie de ataques por sorpresa encaminados a capturar los gatos solitarios o en grupos que estuvieran desprevenidos, sin dar a la gran masa de gatos de Ulthar el tiempo necesario para organizarse y contraatacar. Carter comprendió que, antes de proseguir su extraordinaria empresa, tenía que desbaratar el atrevido plan de los zoogs.

Así pues, Randolph Carter se deslizó sigilosamente hasta un ángulo del bosque y lanzó el maullido del gato a través de los campos vagamente iluminados por la luz de las estrellas. Y una enorme gataza salió de una cabaña próxima, tomó el relevo y lo transmitió, a través de las praderas, a los guerreros grandes y pequeños, negros, grises, atigrados, blancos, amarillos y cruzados; y el eco fue repetido junto al Nyr y más allá del Skai, hasta Ulthar, y los innumerables gatos de Ulthar respondieron a coro y se dispusieron en orden de marcha. Era una suerte que la luna no hubiera salido, porque así todos los gatos estaban en la Tierra. Veloces y silenciosos, abandonaron sus hogares y saltaron de los tejados y se desparramaron como un mar de lustroso pelaje por las llanuras, hasta el borde del bosque. Carter estaba allí para recibirles; y el espectáculo de estos gatos sanos y bien proporcionados le resultó un descanso para los ojos, después de ver las criaturas que había visto en los abismos y de caminar con ellas. Se alegró de volver a encontrar a su venerable amigo y salvador a la cabeza del destacamento de Ulthar, con el collar de su graduación en torno a su sedoso cuello, y los bigotes tiesos en gesto marcial. Y se alegró aún más cuando vio, como alférez de aquel mismo ejército, a un avispado jovenzuelo que no era otro que el mismísimo gatito de la taberna, a quien Carter había regalado con un riquísimo plato de leche una mañana ya lejana, en Ulthar. Ahora se había convertido en un gato robusto y de gran porvenir. y al estrecharle la mano a su amigo, se puso a ronronear. Suabuelo dijo que cumplía muy bien en el ejército y que tras otra campaña más podría aspirar al grado de capitán.

Carter les contó el peligro que corría la tribu gatuna, por lo que recibió agradecidos ronroneos de todos los presentes. De acuerdo con los generales, trazó un plan de acción inmediata que consistía en atacar sin más dilación la asamblea de los zoogs y sus plazas fuertes conocidas, anticipándose a sus ataques por sorpresa y obligarles a aceptar un

armisticio antes de que pudieran movilizar su ejército invasor. Por tanto, sin perder un solo momento, el gran océano de gatos inundó el bosque encantado y se cerró en torno al árbol donde se celebraba la asamblea y al círculo de piedras. Los chirridos de los zoogs se elevaron hasta un grado enloquecedor cuando las enemigas bestezuelas se vieron sorprendidas por los recién llegados. Escasa resistencia hubo por parte de los furtivos y curiosos zoogs de oscuro pelaje, porque al instante comprendieron que les habían ganado por la mano; y sus propósitos de venganza se tornaron en deseos de salvación.

La mitad de los gatos se sentó en círculo alrededor de los zoogs capturados y dejaron un pasillo por el que los demás gatos fueron introduciendo a los zoogs que iban apresando en otras partes del bosque. Por fin se discutieron las condiciones de un armisticio. Carter actuó de intérprete y se decidió allí que los zoogs seguirían siendo independientes a condición de que pagaran a los gatos un gran tributo de guacos, codornices y faisanes cazados en las zonas menos fabulosas del bosque. Los vencedores tomaron como rehenes a unos cuantos zoogs de familias nobles, que serían custodiados en el Templo de los Gatos de Ulthar. y dejaron bien sentado que cualquier desaparición de gatos en los alrededores de los dominios de los zoogs tendrían desastrosas consecuencias para los propios zoogs. Una vez expuestas estas condiciones, los gatos rompieron filas y dejaron que los zoogs se marcharan uno a uno a sus respectivas casas, cosa que se apresuraron a hacer mirando de soslayo con gesto sombrío.

El viejo general ofreció entonces a Carter una escolta para atravesar el bosque hasta salir de él por donde deseara. Consideraba el gato - y no sin razón - que los zoogs abrigarían ahora un tremendo resentimiento contra Carter por haber hecho fracasar sus belicosos propósitos, y Carter acogió esta oferta con gratitud, no sólo por la seguridad que le proporcionaba, sino porque además le gustaba la grácil compañía de los gatos. Así pues, en

medio del simpático y alegre regimiento, satisfecho por el feliz término de la empresa, Randolph Carter caminó dignamente a través de aquel bosque mágico y fosforescente de árboles descomunales. Mientras los demás se entregaban a fantásticas cabriolas o jugueteaban con las hojas caídas que el viento arrastraba entre los hongos de aquel suelo primordial, Carter iba hablando de Kadath con el general y el nieto. El viejo gato le dijo entonces que había oído hablar mucho de aquella desconocida ciudad de la inmensidad fría, pero que no sabía dónde se encontraba exactamente. En cuanto a la maravillosa ciudad del sol poniente, ni siquiera había oído hablar de ella, pero con mucho gusto comunicaría a Carter cualquier información que le llegara al respecto.

También le dio algunas contraseñas de gran valor entre los gatos del País de los Sueños, y le recomendó especialmente al viejo jefe de los gatos de Celephais, que era hacia donde él se dirigía. Aquel viejo gato, a quien Carter ya conocía de modo superficial, era un honrado maltés, y su influencia resultaría decisiva en transacciones de todo tipo. Ya amanecía cuando salieron del bosque por el lugar más conveniente, y Carter se despidió de sus amigos con cierto pesar. El joven alférez que Carter había conocido cuando era cachorrillo le habría acompañado de no habérselo prohibido su abuelo; pero este severo patriarca insistió en que el deber exigía la presencia de todo gato junto a su tribu y su ejército. Así que Carter emprendió solo el camino a través de los dorados campos que se extienden llenos de misterio junto al río bordeado de sauces, y los gatos regresaron al bosque.

El viajero conocía bien aquellas tierras paradisíacas que se extienden entre el bosque y el Mar Cerenario, y siguió alegremente el curso cantarino del Oukranos, que señalaba su ruta. El sol se elevó por encima de las suaves colinas cubiertas de prados y bosques, y encendió los colores de los millares de flores que tapizaban las cañadas y los oteros. En toda esta

región flota una neblina mágica y la luz del sol parece durar un poco más que en otros lugares. También perdura allí la rumorosa música del verano que componen las abejas y los pájaros, de modo que los hombres cruzan por allí como por un paraje maravilloso y experimentan la mayor dicha y encanto que después les cabe recordar.

Hacia mediodía llegó Carter a Kiran, cuyas terrazas de jaspe descenden hasta el borde del río y conducen a un templo de encanto, a donde el rey de Ilek-Vad acude una vez al año con su palanquín de oro desde su lejano reino del mar crepuscular, a orar ante el dios del Oukranos, el que cantaba para él cuando el rey era joven y vivía en una cabaña, junto a la orilla del río. Este templo es todo de jaspe y cubre un acre de terreno con sus muros y sus patios, con sus siete torres rematadas en flecha y su capilla interior, adonde el río penetra a través de canales ocultos y el dios canta dulcemente por la noche. Muchas veces la luna oye extrañas melodías, mientras sus rayos bañan tales patios y terrazas y pináculos; pero nadie, excepto el propio rey de Ilek-Vad, podría decir si esa melodía es la canción del dios o el cántico de sus misteriosos sacerdotes, pues el rey es el único que ha entrado en el templo y ha visto a los sacerdotes. Ahora, en el sopor del mediodía, aquel templo esculpido y delicado permanecía en silencio; y mientras caminaba bajo un sol mágico, Carter sólo oía el rumor de la gran corriente y el murmullo de los pájaros y las abejas.

El peregrino caminó durante toda la tarde por las perfumadas praderas, al abrigo de las suaves colinas ribereñas cubiertas de pacíficas casitas de techumbre de paja y de santuarios erigidos a dioses amables, esculpidos en jaspe o en crisoberilo. A veces caminaba por el mismo borde del Oukranos, y silbaba a los peces vivarachos e iridiscentes de aquella corriente cristalina; otras veces, se detenía entre el susurro de los juncos a contemplar el gran bosque de la otra orilla, cuyos árboles descendían hasta el mismo borde del agua. En algunos sueños anteriores había visto salir de



ese bosque a los buopoths, pesados y tímidos, que iban a beber en el río; pero ahora no se veía ninguno. Una de las veces se detuvo a mirar cómo un pez carnívoro atrapaba un pájaro pescador, al cual había atraído al agua con el señuelo de sustentadoras escamas al sol. En el momento en que el alado cazador se lanzó a picarle, lo cogió por el pico con su boca enorme.

Al declinar la tarde, Carter subió por una toma cubierta de yerba, desde donde pudo contemplar cómo brillaban a la luz del crepúsculo las mil agujas doradas de los campanarios de Thran. Las enormes murallas de alabastro de esa increíble ciudad no son verticales, sino que parece desde lejos que se inclinan hacia dentro. Y lo más desconcertante es el hecho de estar construidas de una sola pieza, con una técnica que ningún hombre conoce ya; porque esta ciudad es más antigua que la raza humana. Aun siendo tan altas estas murallas de cien pórticos y doscientas atalayas, las torres que se apiñan en su interior, blancas bajo sus agujas doradas, son más altas todavía, de manera que los hombres de la llanura las ven elevarse hasta el cielo, a veces resplandecientes de luz, a veces con las cúpulas veladas por las nubes y las brumas, y a veces rodeadas de nubes bajas, emergiendo por encima con sus esplendorosos pináculos elevados. Y allí donde las puertas de Thran se abren sobre el río, existen grandes muelles de mármol, junto a los cuales se mecen suavemente suntuosos galeones de cedro fragante y madera de Ceilán, sujetos a sus anclas, y descansan extraños marineros de espesa barba entoneles y fardos cuyos rótulos exhiben jeroglíficos de lejanos lugares. Tierra adentro, más allá de los muros, se extienden los campos de este país, y en ellos dormitan menudas cabañas blancas entre pequeñas colinas, y serpean estrechas sendas con infinitudes de puentes de piedra entre los ríos y las huertas.

Caía la tarde, pues, cuando Carter atravesó esta tierra feraz, y desde el río vio reflejarse la luz del crepúsculo en las maravillosas agujas de las torres de Thran. Y justo al cerrar la noche llegó a la puerta sur, donde fue

detenido por un centinela vestido de rojo, a quien tuvo que contar tres sueños inverosímiles para demostrarle que era un soñador digno de caminar por las misteriosas calles de Thran y de visitar los bazares donde se vendían los géneros traídos por los suntuosos galeones. Penetro luego en la increíble ciudad a través de una muralla de espesor tal que la entrada formaba como un túnel; y luego siguió por los retorcidos y ondulantes callejones que culebrean, profundos y estrechos, entre torres inmensas. Brillaban las luces a través de las ventanas enrejadas y de los balcones; y del interior de los patios de burbujeantes fuentes salía una música tenue de flautas y laúdes. Carter sabía la dirección que le convenía tomar y se dirigió a las calles más oscuras que bordean el río, y entró en una vieja taberna de marineros donde se encontró con capitanes y gentes de mar que él había conocido en muchos de sus sueños anteriores. Allí compró un pasaje para Celephais, a bordo de un gran galeón pintado de verde, y se quedó en esa misma taberna a pasar la noche después de hablar seriamente con el venerable gato de aquella posada, que parpadeaba soñoliento ante el enorme fuego del hogar y soñaba en viejas guerras y en dioses olvidados.

A la mañana siguiente, Carter embarcó en el galeón que zarpaba hacia Celephais. Se sentó a proa sobre un montón de cuerdas, y empezó el largo viaje hacia el Mar Cerenario. Durante muchas leguas, las márgenes del río presentaron el mismo aspecto que las tierras de Thran, viéndose algún que otro templo erigido en lo alto de las colinas de la orilla derecha. Cruzaron por delante de un pueblecito dormido, pegado a la orilla, con sus puntiagudos tejados color ladrillo y sus redes tendidas al sol. Pendiente siempre de su empresa, Carter interrogó a todos los marineros sobre la clase de gentes que frecuentaban las tabernas de Celephais, y les preguntó sobre los nombres y las costumbres de aquellos hombres extraños de ojos rasgados y estrechos, orejas de grandes lóbulos, fina nariz y barbilla puntiaguda que venían del nortea bordo de negras embarcaciones, para

cambiar ónice por figuritas de jade, hilo de oro y pajarillos cantores de Celephais. No sabían los marineros gran cosa sobre esas gentes, excepto que hablaban muy poco y que en torno a ellos flota como una atmósfera de respeto y temor.

El país de aquellos hombres extraños es muy lejano y se llama Inquanok. Escasas eran las personas que iban allá, porque se trata de una región fría y crepuscular que, al parecer, linda con la desagradable meseta de Leng, cosa que por otra parte tampoco se sabía con seguridad. Por el lado donde se supone que está esa meseta, se yergue una cadena infranqueable de montañas, de suerte que nadie puede afirmar que esta maligna región, con sus horribles poblados de piedra y sus abominables monasterios, estén realmente allí; ni tampoco que sea sólo producto del temor que siente la gente por la noche, cuando esa formidable barrera de picos recorta su negra silueta contra la luna, lo que se cuenta sobre ella. Ciertamente se podía llegar a Leng desde muy diferentes océanos, pero los marineros no sabían nada de las otras fronteras de Inquanok y sólo habían oído hablar en términos muy vagos de la inmensidad fría y de la desconocida Kadath. En cuanto a la maravillosa ciudad del sol poniente que Carter buscaba, no tenían ni idea. Así que el viajero no preguntó más y aguardó a que se presentara la ocasión de hablar con aquellos hombres extraños de la fría y crepuscular Inquanok, que son verdaderos descendientes de los dioses representados en el rostro tallado del monte Ngranek.

Avanzado ya el día, el galeón llegó a los meandros que atraviesan las perfumadas junglas de Kled. Aquí Carter habría deseado poder desembarcar, porque en esas marañas tropicales duermen portentosos palacios de marfil, solitarios pero bien conservados, donde un día moraron los monarcas fabulosos de un país cuyo nombre no se recuerda. En virtud de los hechizos de los Dioses Arquetípicos, estos lugares se conservan

libres de daño y de envejecimiento, porque escrito está que un día los han de poder necesitar para sí. Y las caravanas de elefantes los han contemplado de lejos, a la luz de la luna, pero nadie se atreve a acercarse a ellos por temor a los guardianes que velan en sus sombras. El barco siguió veloz, y la oscuridad acalló los murmullos del día, y las primeras estrellas parpadearon en respuesta a las tempranas luciérnagas de las orillas, mientras la jungla iba quedando atrás y extendía hacia ellos una fragancia que era como un recuerdo de su presencia. Y durante toda la noche navegó el galeón y cruzó misterios invisibles e insospechados. Un vigía señaló la presencia de hogueras sobre las colinas del este, pero el soñoliento capitán dijo que lo más prudente era no mirarlas demasiado, ya que no se sabía con seguridad qué clase de criaturas las habrían encendido.

Por la mañana, el río se había ensanchado considerablemente y Carter dedujo, por las casas que se alineaban en las orillas, que debían de hallarse muy cerca de la gran ciudad comercial de Hlanith, frente al Mar Cerenario. Aquí las murallas eran de tosco granito; y las casas, construidas de vigas y yeso, se veían fantásticamente erizadas de buhardillas. Los hombres de Hlanith son, de todos los habitantes de las regiones soñadas, los más parecidos a la humanidad del mundo vigil, de suerte que a esta ciudad sólo se acude por el interés de los negocios; pero es estimada por el serio trabajo de sus artesanos. Los muelles de Hlanith son de madera de roble y en ellos amarró el galeón mientras bajaba el capitán a tratar sus asuntos en las tabernas. Carter bajó también a tierra y recorrió con curiosidad las calzadas hendidas de surcos, donde transitaban carricoches tirados por bueyes y vendedores que anunciaban sus mercancías a grito pelado en la puerta de sus bazares. Las tabernas marineras estaban todas muy próximas a los muelles, en unos callejones empedrados y sucios del salitre que dejaban las pleamares, y tenían un aspecto inusitadamente antiguo, con sus bajos techos ennegrecidos y sus verdosos ventanucos en

forma de ojo de buey. Los viejos marineros, clientes de aquellas tabernas, hablaban con frecuencia de lejanos puertos y relataban muchas historias sobre los curiosos habitantes de la crepuscular Inquanok; pero, en general, añadieron muy poco a lo que ya le habían contado los tripulantes del galeón. Por último, después de descargar y cargar de nuevo, el barco zarpó hacia poniente, y las altas murallas y las buhardillas de Hlanith se fueron empequeñeciendo en la lejanía mientras la última luz del día les confería un encanto y una belleza que la mano del hombre no puede dar.

Dos noches y dos días navegó el galeón por el Mar Cerenario, sin avistar tierra y sin cambiar saludos más que con un navío solitario. Y al segundo día, faltando ya poco para que el sol se pusiera, avistaron el nevado pico de Arán con sus laderas cubiertas de cimbreados ginkgos, y Carter comprendió que estaban llegando al país de Ooth-Nargai y a la maravillosa ciudad de Celephais. En seguida aparecieron los brillantes minaretes de aquel pueblo fabuloso, y el mármol de sus murallas rematadas por estatuas de bronce, y el gran puente de piedra tendido donde el Naraxa se junta con el mar. Luego asomaron las suaves colinas que se elevan tras la ciudad, las arboledas, los jardines de asfódelos con sus mil templetes, las cabañas y, al fondo de todo, la purpúrea cordillera Tanaria, poderosa y mística, tras la cual se abren los caminos prohibidos que conducen al mundo vigil y a otras regiones del país de los Sueños.

El puerto estaba lleno de pintadas galeras, algunas de las cuales procedían de Serannia, ciudad de mármol y nubes que se halla en los espacios etéreos, mas allá de la línea que junta el mar con el cielo; otras venían de lugares más sólidos del país de los Sueños. El timonel se abrió camino por entre todos los navíos hasta los muelles fragantes de especias, y los marineros amarraron allí el galeón a oscuras, mientras las innumerables luces de la ciudad comenzaban a titilar sobre el agua. Eternamente nueva parecía esta inmortal ciudad de fantasía, porque el tiempo aquí no tiene

poder destructor alguno. Y la ciudad de turquesa de Nath-Horthath es como siempre ha sido, y sus ochenta sacerdotes coronados de orquídeas son los mismos que la edificaron hace diez mil años. Aún brilla el bronce de sus grandes puertas, y jamás sufrió deterioro alguno el ónice de sus pavimentos. Y las enormes estatuas de bronce que adornan sus murallas contemplan a unos mercaderes y conductores de camellos que son más viejos que las mismas leyendas, aunque jamás se tomara gris el pelo de sus barbas hendidas.

Carter no se puso a buscar inmediatamente templo alguno, ni palacio ni ciudadela, sino que permaneció junto a la muralla, cerca del mar, entre mercaderes y marineros. Y cuando se hizo demasiado tarde para escuchar historias y relatos, buscó una antigua taberna ya conocida por él y descansó soñando con los dioses de la ignorada Kadath, a quienes buscaba. Al día siguiente, recorrió los embarcaderos por ver si encontraba a alguno de aquellos misteriosos marineros de Inquanok, pero le dijeron que ahora no había ninguno por allí, ya que sus galeras no tocarían aquel puerto lo menos en dos semanas. Encontró, sin embargo, a un marinero thorabonio que había estado en Inquanok y había trabajado en las canteras de ónice de aquella ciudad crepuscular; y este marinero le confesó que, efectivamente, al norte de la región habitada se extendía un desierto que todo el mundo parecía temer y evitar. El thorabonio opinaba que este desierto rodeaba las últimas estribaciones de los infranqueables picos centrales de la horrible meseta de Leng, y que esta era la razón por la que los hombres lo temían. No obstante, admitió que las gentes hacían, además, alusiones no muy claras a presencias malignas y a abominables centinelas. No podía decir si este desierto era o no la fabulosa inmensidad fría en la que se hallaba la desconocida Kadath, pero le parecía poco probable que tales presencias y centinelas, si de verdad existían, estuvieran allí sin una razón.

Al día siguiente, Carter subió por la Calle de los Pilares hasta el

templo de turquesa y habló con el Sumo Sacerdote. Aunque en Celephais se adora sobre todo a Nath-Horthath, en las oraciones diarias se cita a todos los Grandes Dioses, y el sacerdote conocía bastante bien el talante y las costumbres de éstos. Como hiciera Atal en la lejana Ulthar, le aconsejó fervientemente que no intentara verlos, afirmando que son irascibles y caprichosos, y que se hallan bajo la extraña protección de los desalmados Dioses Otros del Exterior, cuyo espíritu y mensajero es Nyarlathotep, el caos reptante. El celo con que ocultaban la maravillosa ciudad del sol poniente ponía claramente de relieve su deseo de que Carter no llegara a ella, y no se sabía cómo mirarían a un forastero cuyo propósito era llegar hasta ellos para hacerles un ruego. Ningún hombre había encontrado jamás la ciudad de Kadath en el pasado, y muy bien pudiera ser que tampoco la encontrara nadie en el futuro. Además, los rumores que corrían acerca del castillo de ónice de los Grandes Dioses no eran tranquilizadores ni muchísimo menos.

Después de dar las gracias al Sumo Sacerdote coronado de orquídeas, Carter salió del templo, en busca de cierta carnicería donde se vendía carne de oveja, pues allí vivía lustroso y contento el viejo jefe de los gatos. Aquel felino digno y gris se hallaba tendido gozosamente al sol en el pavimento de ónice, y al acercarse el visitante le saludó con gesto lánguido. Pero cuando Carter se presentó y repitió la contraseña que le había facilitado el viejo general de Ulthar, el lustroso patriarca se volvió muy cordial y comunicativo, y le contó muchos secretos que saben los gatos de la costa de Ooth-Nargai. Y lo que fue aún más interesante, le contó también varios detalles que los gatos del puerto de Celephais le habían comunicado, no sin cierto recelo, sobre los hombres de Inquanok, en cuyos tenebrosos barcos no quiere navegar ningún gato.

Al parecer, estos hombres están envueltos en un aura extraterrestre, aunque no es ésta la razón por la que los gatos no quieren navegar en sus

barcos. El motivo de esta repulsión radica en que Inquanok alberga ciertas sombras que ningún gato puede soportar, de suerte que en todo ese reino, en donde impera el frío crepuscular, jamás se oyen alegres maullidos ni ronroneos hogareños. Nadie sabe si esas sombras corresponden a seres que han cruzado los infranqueables picos de la meseta de Leng, de cuya misma existencia se duda, o a los que penetran por el norte, procedentes del frío desierto. En cualquier caso, sobre aquellas tierras lejanas impera como un presagio de otros mundos u otras dimensiones que no agrada a los gatos, pues estos animales son más sensibles que los hombres a tales vivencias. Esta es la razón de que no quieran embarcarse en los sombríos barcos que zarpan rumbo a los muelles de basalto de Inquanok.

El viejo jefe de los gatos le dijo también dónde encontrar a su amigo el rey Kuran, que en los últimos sueños de Carter había reinado alternativamente en el Palacio de las Siete Delicias de Celephais, y construido en cuarzo rosa, y en el almenado castillo de nubes de Serannia, ciudad que flota en el cielo. Al parecer, ya no encontraba satisfacción en aquellos lugares fabulosos y sentía una nostalgia creciente por los acantilados ingleses y por las tierras bajas de su niñez, donde existen pueblecitos de ensueño en los que, por las noches, se oyen tras las celosías de las ventanas antiguas canciones inglesas, y cuyos grises campanarios se asoman por encima del verdor de los valles lejanos. Kuran no podía retornar a estas delicias del mundo vigil, porque su cuerpo había muerto; pero había conseguido una aceptable compensación al soñar una reconstrucción de su paisaje natal junto al barrio Este de la ciudad, donde los prados se extienden suavemente desde los acantilados hasta el pie de los Montes Tanarios. Allí vivía él, en una mansión gótica de piedra gris asomada al mar, y trataba de convencerse de que era la antigua Trevor Towers, donde él y trece generaciones de antepasados habían visto la luz por vez primera. Y en la costa vecina había reconstruido un pueblecito



pesquero de Cornualles, de tortuosos callejones empedrados, instalando en él a gentes con rasgos marcadamente ingleses, a las cuales trataba siempre de inculcar el acento - que a él le llenaba de nostalgia - de los viejos pescadores de aquella región. Y en el valle cercano había erigido una gran abadía de estilo normando, cuya torre podía contemplar desde su ventana, y en torno a ella, en el cementerio que la rodeaba, había soñado unas lápidas con los nombres de sus antepasados esculpidos en su piedra, que él evocaba cubierta de musgo semejante al de la vieja Inglaterra. Pues aunque Kuranos era monarca del país de los Sueños, y suyas eran todas las imaginables pompas y maravillas y toda la esplendorosa magnificencia de los sueños, y aunque disponía a voluntad de todos los éxtasis y delicias, de las novedades y los incentivos más rebuscados y exóticos, de buena gana habría renunciado para siempre a todo este fausto y poderío, con tal de volver a ser, por un día tan sólo, un muchacho de aquella Inglaterra pura y tranquila, de aquella antigua y amada Inglaterra que había modelado su alma y de la cual siempre formaría parte.

Después de despedirse del viejo jefe de los gatos, Carter no trató de buscar el palacio de cuarzo rosa, sino que se dirigió a las puertas orientales de la ciudad. Cruzó los campos sembrados de margaritas y se encaminó hacia una torre puntiaguda que descollaba entre los robles de un parque que ascendía hasta el borde mismo de los acantilados. Llegó a una gran verja, y en ella encontró una entrada flanqueada por una casita de guarda construida de ladrillo; y cuando hizo sonar la campana, no salió cojeando ningún lacayo ataviado y untuoso, sino un viejo bajito y estirado, vestido con una blusa de obrero, que se esforzaba por imitar el singular acento de Cornualles. Y Carter se adentró por el umbroso sendero que discurría entre unos árboles muy semejantes a los de Inglaterra, y subió por las terrazas que se abrían entre jardines trazados como en tiempos de la reina Ana. En la puerta, que como en los viejos tiempos estaba flanqueada por unos gatos

de piedra, fue recibido por un mayordomo de enormes patillas y vestido de librea. Este le condujo enseguida a la biblioteca, donde Kuranos, señor de Ooth-Nargai y de la parte del cielo que rodea Serannia, meditaba sentado junto a la ventana, mientras contemplaba su pueblecito pesquero y añoraba a su vieja nodriza, la cual solía regañarle porque no estaba arreglado a tiempo para aquella odiosa reunión campestre en casa del vicario, cuando ya estaba aguardando la carroza, y su madre a punto de perder los nervios.

Kuranos, vestido con una bata que los sastres londinenses habían puesto de moda en su juventud, se levantó con presteza a recibir a su visitante; porque la presencia de un anglosajón procedente del mundo vigil le resultaba entrañable a él, aun cuando se tratara de un sajón de Boston, Massachusetts, y no de Cornualles. Y hablaron largamente de los viejos tiempos, y los dos encontraron mucho que contarse, ya que ambos eran antiguos soñadores, y muy versados en las maravillas y los sitios increíbles. Kuranos, efectivamente, había estado más allá de las estrellas, en el vacío final, y se decía que era el único que había regresado de semejante viaje en su sano juicio.

Finalmente, Carter sacó a relucir el tema que le interesaba e hizo a su anfitrión las preguntas que ya había repetido tantas veces. Kuranos no sabía dónde se encontraban ni Kadath ni la maravillosa ciudad del sol poniente; pero sabía que los Grandes Dioses eran entidades demasiado peligrosas para ir en su busca, y que los Dioses Otros tenían extrañas maneras de protegerlos contra toda curiosidad impertinente. Había oído muchas cosas sobre los Dioses Otros en las lejanas regiones del espacio, especialmente en una zona en que no existen formas algunas y donde ciertos gases multicolores estudian los secretos más recónditos. El gas violeta S'ngac le había contado cosas terribles de Nyarlathotep, el caos reptante, aconsejándole que no se aproximara jamás al vacío central donde roe hambriento el sultán de los demonios, Azathoth, envuelto en tinieblas.

Asimismo, tampoco era prudente tener trato alguno con los Dioses Otros, y si denegaban persistentemente todo acceso a la maravillosa ciudad del sol poniente, lo mejor sería no empeñarse en buscar esa ciudad.

Kuranes dudaba, además, que su invitado pudiera sacar nada positivo con ir a la ciudad, aun cuando consiguiera entrar en ella. El también había soñado y suspirado durante largos años por la encantadora Celephais y por la tierra de Ooth-Nargai, y había deseado vivamente la libertad, el color y la maravillosa experiencia de una vida exenta de ataduras, de convencionalismos y estupideces. Pero ahora que vivía en esta ciudad y en este país, y era el rey de todo esto, veía que la libertad y la intensidad de vivir se agotan muy pronto, volviéndose monótonas por falta de vinculación con sentimientos y recuerdos firmes. Era rey de Ooth-Nargai, pero esto no significaba nada, pues añoraba con tristeza las cosas familiares de Inglaterra que había conocido en su lejana juventud. El daría todo este retiro por volver a escuchar el lejano repicar de las campanas de Cornualles; y los mil alminares de Celephais, a cambio de los tejados picudos y familiares del pueblecito cercano a su casa natal. Por ello dijo a su huésped que seguramente no encontraría en aquella desconocida ciudad del sol poniente la felicidad que él buscaba, y que tal vez sería mejor que la considerara como un sueño esplendoroso y evanescente. Porque Kuranes había visitado con frecuencia a Carter en los viejos días de su vida vigil, y conocía muy bien las encantadoras laderas de Nueva Inglaterra que le vieron nacer.

Estaba seguro de que, al final, el explorador acabaría suspirando por revivir escenas de su primera infancia: el fulgor de Beacon Hill al atardecer, los altos campanarios y las calles tortuosas y empinadas de la fantástica ciudad de Kingsport, los venerables tejados de la antiquísima y embrujada Arkham, las venturosas praderas y los valles cruzados de serpeantes cercas de piedra, y los blancos tejados de las casas de campo

que asomaban entre macizos de verdura. Todo esto le dijo a Randolph Carter, pero él siguió empeñado en su propósito. Y finalmente, cada cual mantuvo su propia convicción, y Carte regresó a Celephais por las puertas de bronce y bajó por la Calle de los Pilares hasta la vieja muralla junto al mar, donde volvió a conversar con los marineros que procedían de puertos remotos, y aguardó a que llegara el barco tenebroso de la fría Inquanok crepuscular, cuyos marineros y traficantes de ónice poseen extraños semblantes y llevan sangre de los Grandes Dioses en las venas.

Una noche estrellada en que el Lucero derramaba una espléndida claridad sobre la dársena, entró en puerto el barco tan esperado; y los tripulantes y mercaderes de extraños rostros fueron dejándose ver, de uno en uno y en grupos pequeños, por las tabernas que se extienden a lo largo de los muelles. Resultaba apasionante ver de nuevo en unos rostros vivientes los rasgos divinos del pétreo semblante del Ngranek. Sin embargo, Carter no se dio prisa en hablar con aquellas gentes silenciosas. Aún ignoraba si aquellos hijos de los Grandes Dioses serían demasiado altivos o reservados, o qué recuerdos vagos y excelsos guardarían en la memoria. Pero estaba seguro de que no sería oportuno abordarles para hablar de su empresa o para preguntar por el desierto frío que se extiende al norte de sus tierras crepusculares. Hablaban poco con los demás parroquianos de aquellas antiguas tabernas portuarias, y se sentaban en grupos en los rincones más oscuros del local para entonar canciones misteriosas de ignorados lugares, o para contar relatos con exótico acento que en nada se parecía al del resto del País de los Sueños. Y tan raras y excitantes eran aquellas tonadas y narraciones, que en los rostros de los que escuchaban podía adivinarse todo su misterio, aun cuando las palabras no fueran más que extrañas cadencias y vagas melodías para los oídos profanos.

Durante una semana estuvieron frecuentando la taberna los

marineros de Inquanok, mientras los traficantes trataban sus negocios en los bazares de Celephais; y antes de que zarparan, Carter tomó un pasaje en su barco tenebroso, explicando que era un antiguo minero que había trabajado en minas de ónice, y que quería volver a trabajar en sus canteras. El barco era magnífico y estaba primorosamente labrado en madera de teca con incrustaciones de ébano y trazados de oro, y el camarote que le asignaron tenía cortinajes de seda y terciopelo. Una mañana, al cambiar la marca, izaron las velas, levaron anclas, y Carter, de pie en lo alto de la popa, vio hundirse en la distancia, arrebolados por los primeros rayos del sol, los dorados alminares y las estatuas de bronce de la ciudad intemporal de Celephais, al tiempo que la cumbre nevada del Monte Arán se iba haciendo cada vez más pequeña. Hacia el mediodía sólo tenían a la vista el azul suave del Mar Cerenario y una galera pintada que, allá lejos, navegaba rumbo a ese reino de Serannia donde el mar se junta con el cielo.

Llegó la noche con rutilantes estrellas, y el oscuro barco puso proa al Carro y a la Osa Menor, que se mecía suavemente alrededor del polo. Y los tripulantes entonaron extrañas canciones de ignorados lugares, y fueron subiendo uno por uno al castillo de proa, mientras los taciturnos vigías murmuraban viejos cantos y se inclinaban sobre la borda para contemplar cómo jugaban los peces luminosos junto a la roda, bajo el agua. Carter se retiró a dormir a las doce de la noche, y se levantó con las primeras claridades de la mañana, observando que el sol se hallaba mucho más al sur de lo que a él le habría gustado. Y durante todo el día hizo progresos en cuanto a su comunicación con los hombres del barco, pues muy poco a poco les fue haciendo hablar de su fría tierra crepuscular, de su primorosa ciudad de ónice y de su temor a los elevados e infranqueables picos, más allá de los cuales se extiende, según dicen, la meseta de Leng. Los marineros le confesaron que lamentaban muchísimo que los gatos no quisieran vivir en la tierra de Inquanok, y que estaban convencidos de que

ello se debía a la oculta proximidad de Leng. De lo que no hablaron fue del desierto de piedra que se extiende al norte, pues había algo inquietante en torno a ese desierto, y les parecía más prudente no admitir su existencia.

Durante los días siguientes hablaron de las canteras a las que Carter decía que iba a trabajar. Había muchas, ya que no sólo toda la ciudad de Inquanok estaba hecha de ónice, sino que además destinaban grandes bloques pulimentados de este material a los mercados de Rinar, Ogrothan y Celephais, o los vendían allí mismo a mercaderes venidos de Thara, Iarnek y Katatheron, trocándolos a veces por hermosos artículos procedentes de aquellos puertos fabulosos. Y muy al norte, casi en el desierto de hielo cuya existencia no quieren admitir los hombres de Inquanok, había una cantera excepcional, mucho más grande que todas las demás; y de ella se habían extraído en tiempos inmemoriales bloques tan prodigiosos y descomunales, que las oquedades que habían dejado, sobrecogían de terror al que las contemplaba. Nadie sabía quién había extraído aquellos bloques increíbles, ni adónde habían sido transportados. Pero consideraban que era preferible no pisar aquella cantera, porque era muy posible que aún conservase algún vínculo con aquellos que un día trabajaran en ella. Y la cantera inmensa ha quedado abandonada en el crepúsculo, y únicamente el cuervo y el legendario pájaro shantak anidan en sus inmensidades. Cuando Carter oyó eso, sintió una honda impresión, pues sabía por viejas leyendas que el castillo que poseen los grandes Dioses en lo más elevado de Kadath es de ónice.

Cada día era más baja la curva que el sol describía en el cielo, y las brumas que se veían a proa se iban haciendo más y más espesas. Y al cabo de dos semanas, el sol dejó en absoluto de salir, y no contaron con más luz que una dudosa claridad grisácea y crepuscular que se filtraba a través de una bóveda de nubes eternas durante el día, y una fría fosforescencia sin estrellas que se desprendía de la cara inferior de aquellas mismas nubes por

la noche. Al vigésimo día avistaron un gran farallón desgarrado, a lo lejos, que era el primer vestigio de tierra que divisaban desde que dejaron atrás la nevada cumbre del Arán. Carter preguntó al capitán el nombre de aquella roca, pero le dijeron que no tenía nombre y que ningún barco se le aproximaba jamás a causa de ciertos ruidos que brotaban de su interior durante la noche. Y cuando, después de anochecer, salió de aquella roca granítica un aullido lastimero e incesante, el viajero se alegró de saber que no se detendrían allí, y de que aquella roca no tuviera nombre alguno. La tripulación rezó y cantó hasta ahogar el aullido, y Carter tuvo unos sueños terribles en las primeras horas de la madrugada.

Dos mañanas después de avistar la roca aulladora, apareció a lo lejos, hacia el oeste, una formación de elevados picachos cuyas cimas se perdían entre las nubes perpetuas de aquel mundo crepuscular; y al verlos, los marineros entonaron alegres canciones y algunos se arrodillaron sobrecubierta para rezar, por lo que Carter comprendió que estaban llegando a la tierra de Inquanok, y que no tardarían en atracar en los muelles de basalto de la gran ciudad que llevaba el nombre del país. Hacia mediodía apareció el oscuro perfil de la costa, y antes de las tres vieron surgir hacia el norte las cúpulas bulbosas y las fantásticas agujas de la ciudad de ónice. Singular y extraña, aquella ciudad arcaica se erguía amurallada tras los espigones del puerto, y era toda de un delicado color negro ornada con volutas, estrías y arabescos de oro. Sus casas eran altas y tenían muchas ventanas; y las fachadas estaban adornadas con flores esculpidas y motivos cuya oscura simetría deslumbraba los ojos con su belleza más esplendorosa que la luz. Algunas estaban coronadas de hinchadas cúpulas que terminaban en afilada punta, otras eran pirámides escalonadas rematadas por minaretes que ponían de manifiesto una imaginación desbordante. Las murallas eran bajas y tenían numerosas puertas, cada una de las cuales estaba coronada por un gran arco mucho

más alto que las almenas del propio muro, rematado por la cabeza de un dios, tallada con la misma perfección que el rostro monstruoso del lejano Ngranek. En una colina del centro de la ciudad se alzaba una torre de dieciséis lados cuyas proporciones eran aún mayores que las de los restantes edificios, y cuyo altísimo campanario terminaba en un capitel sustentado por una cúpula aplastante. Este era, según los marineros, el Templo de los Dioses Arquetípicos, gobernado por un Sumo Sacerdote ya viejo y entristecido por tantos secretos misteriosos.

De tiempo en tiempo, el tañido de una extraña campana estremecía el aire de la ciudad de ónice; y cada vez que sonaba, era contestado por unos sones místicos que ejecutaba un conjunto de cuernos, violas y voces. Y de una fila de trípodes que se alineaban en una galería rodeando la elevada cúpula del templo, brotaba en algunos momentos un resplandor de fuego; pues debe decirse que los sacerdotes y las gentes de esta ciudad son prudentes observadores de sus ritos primordiales y fieles conservadores de los himnos de los Grandes Dioses, tal como se conservan en ciertos pergaminos más antiguos aún que los Manuscritos Pnakóticos. Al cruzar el barco la inmensa escollera de basalto y entrar en puerto, se hicieron audibles los ruidos menudos de la ciudad, y Carter vio numerosos esclavos, marineros y mercaderes por los muelles. Los marineros y los mercaderes tenían el mismo extraño rostro de los dioses; pero los esclavos eran achaparrados, de ojos oblicuos y, por lo que se decía, habían venido atravesando la infranqueable cadena de montes - o evitándola quizá, dando un rodeo - desde los valles del otro lado de la meseta de Leng. Los muelles se extendían fuera de las murallas de la ciudad, y en ellos se amontonaba todo género de mercancías descargadas de las galeras fondeadas allí; y en un extremo había grandes depósitos de ónice, labrado o sin labrar, en espera de ser embarcados con destino a los lejanos mercados de Rinar, de Ogrothan y de Celephais.



Aún no había empezado a anochecer, cuando el oscuro barco atracó aun muelle de piedra, y todos los marineros y mercaderes bajaron y penetraron en la ciudad por el pórtico de elevado arco. Las calles de la ciudad estaban pavimentadas de ónice, y unas eran amplias y rectas, y otras tortuosas y estrechas. Las casas de junto al mar eran más bajas que el resto, y sobre los arcos de sus puertas singulares había ciertos signos de oro en honor, al parecer, de los dioses familiares que las favorecían. El capitán del barco llevó a Carter a una vieja taberna donde se contrataban marineros de países exóticos, y le prometió que al día siguiente le mostraría los encantos de la ciudad crepuscular, y le llevaría a la taberna que frecuentaban los mineros, en las proximidades de la muralla norte. Y cayó la noche, y se encendieron las lamparillas de bronce; y los marineros de aquella taberna entonaron canciones de remotos lugares. Pero cuando el tañido de la gran campana del más alto campanario vibró por toda la ciudad, y se elevó en misteriosa respuesta el sonde los cuernos y las violas acompañado de cánticos y coros, los marineros callaron y se inclinaron en silencio, hasta que se hubo apagado el último eco. Esta es una de las rarezas y prodigios de la ciudad crepuscular de Inquanok, cuyos habitantes temen descuidar sus ritos por miedo a que se abatan sobre ellos una maldición y una venganza insospechadamente próximas.

En un rincón oscuro de aquella taberna vio Carter una silueta achaparrada que le impresionó desagradablemente; se trataba, sin lugar a dudas, de aquel mercader de ojos rasgados que había visto en las tabernas de Dylath-Leen del cual se decía que traficaba con los horribles poblados de piedra de Leng, jamás visitados por hombres de sano juicio, y cuyos fuegos malignos se ven en la noche de lejos. También se decía de aquel individuo que tenía tratos con ese gran sacerdote indescriptible que oculta su rostro bajo una máscara de seda y vive solitario en un prehistórico monasterio de piedra. Los ojos de este hombre habían mostrado un brillo

especial de inteligencia la vez que oyera a Carter preguntar a los mercaderes de Dylath-Leen por la inmensidad fría y la ciudad de Kadath. Y en verdad, su presencia ahora en la oscura y encantada ciudad de Inquanok no tenía nada de tranquilizadora. Antes de que Carter pudiera dirigirle la palabra, desapareció furtivamente de la taberna; y los marineros le dijeron después que había venido en una caravana de yaks procedente de algún lugar no bien determinado, cargada de colosales y sabrosísimos huevos de los fabulosos pájaros shantaks para trocarlos por las finas copas de jade que otros mercaderes traían de Ilarne.

A la mañana siguiente, el capitán llevó a Carter por las calles de ónice de Inquanok, oscuras bajo el cielo crepuscular. Las puertas taraceadas y las fachadas cubiertas de frescos y bajorrelieves, los balcones labrados y los miradores acristalados, resplandecían con un encanto misterioso y sombrío; ya cada paso se abrían ante ellos nuevas plazas adornadas de negros pilares, columnatas y estatuas de seres extraños, a la vez humanos y fabulosos. Casi todas las perspectivas, ya fueran de calles largas y rectas o de callejones laterales, y las cúpulas bulbosas, las agujas de campanario y los tejados cubiertos de arabescos, eran indeciblemente fantásticos y bellos. Pero nada resultaba tan fabuloso como la majestuosa mole central del gran Templo de los Dioses Arquetípicos: la inmensa torre de dieciséis caras, todas ellas esculpidas, con su cúpula aplastada y su elevadísimo campanario coronado por un capitel que descollaba por encima de todos los edificios. Y a oriente, muy lejos de los muros de la ciudad, más allá de los vastos pastizales, se elevaban los flancos grises de aquellos picos infranqueables tras los que, según se decía, estaba la espantosa meseta de Leng.

El capitán condujo a Carter a aquel templo imponente que rodea un jardín tapiado en una gran plaza circular de donde parten las calles como los rayos de una rueda. Las siete puertas del jardín, con sus elevados arcos

coronados de rostros esculpidos como los de las puertas de la ciudad, están siempre abiertas; y las gentes pasean respetuosas por los senderos enlosados y por los caminos flanqueados de bustos extravagantes y de altares consagrados a las divinidades menores. Hay allí surtidores, estanques y fuentes de ónice donde se reflejan las llamas de los trípodes que con frecuencia se encienden en la elevada terraza; y en sus aguas se agitan unos pececillos luminosos traídos por los buzos de las regiones más profundas del océano. Cuando el grave tañido de la campana del templo hace estremecer el aire quieto del jardín y de la ciudad toda, y la respuesta de cuernos, violas y cánticos brota de los siete recintos que flanquean las puertas del jardín, salen de las siete puertas del templo las largas columnas de los sacerdotes encapuchados, envueltos en negros ropajes, portando en las manos grandes cuencos dorados de los que emana un vapor singular. Y las siete columnas discurren en fila de a uno, caminando todos con las piernas estiradas y sin doblar las rodillas, hasta los siete recintos, en donde desaparecen para no volver a salir. Se dice que unos pasadizos subterráneos comunican tales recintos con el templo, y que las largas filas de sacerdotes vuelven al templo por dicho camino; y corre el rumor también de que hay unas escaleras de ónice que descienden a unas profundidades cuyos misterios no se han revelado jamás. Y hay incluso quienes insinúan que esos sacerdotes encapuchados no son seres humanos.

Carter no entró en el templo; porque a nadie le está permitido hacerlo, excepto al rey Velado. Pero antes de salir del jardín sonó la campana, y oyó su tañido vibrante y ensordecedor, y el gemido de cuernos violas y cánticos que provenía de los recintos que estaban junto a las puertas. Y comenzaron a desfilar por las siete grandes avenidas, con su paso singular, las largas filas de sacerdotes portadores de cuernos; y provocaron en el viajero un malestar que ningún sacerdote humano habría podido causarle jamás. Cuando hubo desaparecido el último, el capitán y él

se marcharon del jardín; y vieron al pasar una mancha que había quedado en el pavimento, de algo que había caído de los cuencos. Ni aun al capitán le gustó la mancha aquella, y apremió a Carter para que fuera sin más tardanza a visitar la colina donde se eleva el maravilloso palacio de múltiples cúpulas, en donde mora el rey Velado.

Las calles que conducen al palacio de ónice son todas empinadas y estrechas, excepto una ancha y sinuosa por la que el rey y sus acompañantes cabalgan sobre yaks. Carter y su guía subieron por un callejón escalonado, entre muros labrados que ostentaban extraños signos trazados en oro, y pasaron por debajo de balcones y miradores de donde salían a veces melodías y efluvios de exótica fragancia. Ante ellos seguían elevándose los muros titánicos, los imponentes contrafuertes, y las apiñadas y bulbosas cúpulas por las que es tan famoso el palacio del rey Velado; y finalmente cruzaron por debajo de un gran arco de color negro, y desembocaron en los jardines de recreo del monarca. En ellos se detuvo Carter maravillado de tanta belleza: las terrazas de ónice y los paseos bordeados de columnas, los alegres parterres y los delicados arbustos floridos, las enredaderas abrazadas a doradas celosías, las urnas de bronce y los trípodes de primorosos bajorrelieves, las fantásticas estatuas erguidas en pedestales de mármol veteado, las fuentes de fondos basálticos en cuyas aguas rebullían pececillos luminosos, los templete diminutos llenos de iridiscentes pajarillos cantores, contruidos en lo alto de columnas esculpidas, los maravillosos relieves de las grandes puertas de bronce, y las parras florecientes que trepaban por toda la superficie de los bruñidos muros, se unían para formar un escenario cuya belleza superaba cualquier realidad hasta el punto de parecer casi fabulosa aun en el propio país de los sueños. Todo resplandecía como una visión gloriosa bajo el crepuscular cielo gris; y frente a todo ello se alzaba la magnificencia del palacio con sus cúpulas y esculturas, y el perfil fantástico de los lejanos picos

infranqueables a la derecha del fondo. Y los pajarillos y las fuentes cantaban eternamente, mientras el perfume de exóticas flores se extendía como un cendal por todo aquel jardín increíble. No había allí más seres humanos que ellos dos, y Carter se alegraba de que fuera así. Luego bajaron otra vez por el callejón de peldaños de ónice, porque a ningún visitante le está permitida la entrada al palacio, y no conviene demorarse contemplando la gran cúpula central; pues se dice que en ella se aloja el arcaico antecesor de todos los míticos pájaros shantaks, y éste puede enviar extraños sueños a los curiosos.

Después, el capitán llevó a Carter al barrio norte de la ciudad, próximo ala Puerta de las Caravanas, donde se hallan las tabernas que frecuentan los mercaderes de las caravanas de yaks, así como los mineros de las canteras de ónice. Y allí, en una taberna de techo bajo, entre trabajadores de canteras, se dieron la despedida: el capitán se fue a sus negocios, y Carter estaba impaciente por charlar con los mineros sobre aquellas misteriosas regiones del norte. La taberna estaba atestada de gente, y el viajero no esperó mucho tiempo para dirigirse a algunos de aquellos hombres. Se presentó diciendo que era un antiguo minero de las canteras de ónice y que deseaba conocer algunos detalles de las canteras de Inquanok. Pero la información que obtuvo no añadió gran cosa a lo que ya sabía, porque los mineros eran tímidos y evasivos en lo que se refiere al frío desierto del norte y a la cantera jamás visitada por seres humanos. Tenían miedo de los legendarios emisarios que venían de la parte de las montañas, donde se dice que está la meseta de Leng, y de las presencias malignas y los abominables centinelas que velan en el norte por entre las rocas. Y decían, no sin cierto temor, que los pájaros shantaks no son criaturas benéficas y normales, y que en definitiva, era una suerte que nadie hubiera visto jamás ningún ejemplar (ya que al legendario antecesor de los shantaks, al que habita en la cúpula real, se le alimenta en la oscuridad más

completa).

Al día siguiente, Carter alquiló un yak, diciendo que deseaba reconocerlas distintas minas y visitar las granjas dispersas y los lejanos pueblecitos de ónice del país de Inquanok, y llenó hasta arriba las enormes alforjas de cuero, dispuesto a emprender el viaje. Una vez franqueada la Puerta de las Caravanas, la carretera seguía recta entre campos cultivados y multitud de extrañas casitas de campo rematadas por cúpulas aplastadas. El explorador se detuvo en algunas de ellas a preguntar; y una de las veces dio con un anfitrión tan adusto y reservado, de una majestuosidad y unos rasgos tan asombrosamente parecidos a los del rostro del Ngranek, que en el mismo momento en que lo vio tuvo por cierto que había llegado ante la presencia de uno de los Grandes Dioses en persona; al menos, ante alguien por cuyas venas corrían nueve décimas partes de sangre divina, aunque viviera entre los hombres. Y al dirigirse a aquel adusto y reservado campesino, tuvo mucho cuidado en hablar bien de los dioses y en agradecer todos los favores que siempre le habían concedido.

Aquella noche acampó Carter en un prado contiguo a la carretera, bajo un árbol *lygath*, a cuyo tronco ató el yak, y por la mañana reanudó su peregrinaje hacia el norte. A eso de las diez de la mañana llegó al pueblo de Urg, de pequeñas cúpulas, donde suelen pararse a descansar los traficantes y los mineros de ónice, y se cuentan sus incidencias. Allí se detuvo también Carter, y dio una vuelta por las tabernas hasta el mediodía. En Urg es donde la gran ruta de las caravanas tuerce hacia el oeste en dirección a Selarn, pero Carter continuó hacia el norte por la ruta de las canteras. Durante toda la tarde estuvo viajando por aquella senda ascendente, algo más estrecha que la gran calzada, que atravesaba una región en la que ya se veían más rocas que campos cultivados. Y al anochecer, las lomas de la izquierda se habían convertido ya en negros peñascos de considerable elevación, y Carter comprendió que estaba muy cerca de la cuenca minera.

Durante todo este tiempo, los desnudos flancos de los montes infranqueables se elevaron a su derecha, allá en la lejanía, y cuanto más se adentraba en aquellas regiones, peores cosas oía decir de aquellos montes, a los granjeros, a los traficantes y a los carreteros que conducían sus pesados carruajes cargados de ónice por los caminos.

La segunda noche acampó al abrigo de un enorme peñasco negro, atando su yak a una estaca clavada en el suelo. Observó la inmensa fosforescencia de las nubes en aquella región septentrional, y más de una vez le pareció ver recortarse contra ellas ciertas sombras oscuras. Y al tercer día llegó a la primera cantera de ónice, y saludó a los hombres que trabajaban allí con picos y cinceles. Y antes de que empezara a caer la tarde, había dejado atrás otras once canteras. El terreno aquí era muy accidentado, con infinidad de farallones y riscos de ónice, y en el suelo no había forma alguna de vegetación, sino sólo fragmentos enormes de rocas esparcidas por la tierra negra; y los infranqueables picos grises alzándose desnudos y siniestros a su derecha. La tercera noche la pasó en un campamento de canteros, cuyos fuegos vacilantes arrojaban fantásticos reflejos sobre los bruñidos peñascos del oeste. Y cantaron muchas canciones y relataron muchas historias, poniendo de manifiesto tan insospechados conocimientos sobre los tiempos antiguos y las costumbres de los dioses, que Carter quedó convencido de que ello se debía a los muchos recuerdos latentes que habían heredado de sus antepasados los Grandes Dioses. Le preguntaron adónde se dirigía, advirtiéndole que no debía adentrarse demasiado al norte, pero él contestó que estaba buscando nuevos yacimientos de ónice y que no se arriesgaría más de lo que es habitual entre los prospectores. Por la mañana se despidió de ellos y siguió su camino hacia el tenebroso norte, donde, según le dijeron, encontraría la temida y jamás visitada cantera de la que unas manos más antiguas que las del hombre habían arrancado bloques prodigiosos. Pero, cuando ya se

volvía por última vez a decirles adiós, le pareció ver aproximarse al campamento la figura achaparrada del viejo y escurridizo mercader de ojos oblicuos, cuyo supuesto comercio con los seres de Leng era objeto de habladurías en la lejana Dylath-Leen. Y esto no le gustó nada.

Después de cruzar dos canteras más, terminó la zona habitada de Inquanok; el camino se estrechó convirtiéndose en un empinado sendero de yaks, flanqueado de peñascos siniestros y negros. Los picos distantes y austeros se alzaban a su derecha, y a medida que Carter se adentraba más y más en aquella región inexplorada, todo se le iba volviendo más oscuro y más frío. No tardó en comprobar que el negro sendero carecía de huellas y de pisadas de yak y que, en efecto, aquellos caminos desiertos y extraños databan de tiempos remotos. De cuando en cuando cruzaba graznando algún cuervo, o se oían fuertes aleteos tras alguna roca, lo que le hacía pensar con inquietud en las leyendas que corrían sobre los pájaros shantaks. Pero lo esencial era que él estaba solo con su lanuda montura y lo que le preocupaba era observar que su excelente yak se resistía cada vez más a avanzar, notándole más predispuesto por momentos a sobresaltarse al menor ruido.

El sendero se estrechó a continuación entre paredes negras y relucientes, y comenzó a ascender por una pendiente más pronunciada que la anterior. El suelo era poco seguro y el yak resbalaba con frecuencia en las piedras esparcidas en el mismo sendero. Al cabo de dos horas, Carter descubrió ante sí una cresta de contornos definidos, más allá de la cual sólo se veía un tenebroso cielo gris, y se sintió aliviado ante la perspectiva de encontrar un trecho llano o cuesta abajo. No obstante, no fue empresa fácil coronar esa cresta, ya que la pendiente se pronunciaba hasta hacerse casi perpendicular, resultando muy peligrosa a causa de la grava y las piedras sueltas. Finalmente, Carter desmontó y, apoyando los pies lo mejor que podía, condujo a su atemorizado yak, empujándolo con todas sus fuerzas



cuando el animal tropezaba o no quería seguir. Y luego, de pronto, llegó a la cima; y miró ante sí y se quedó mudo de asombro al ver lo que tenía delante.

El desfiladero seguía recto y bajaba una suave pendiente, flanqueado por unas paredes de roca natural, como antes; pero a mano izquierda se abría un vacío monstruoso de una amplitud de muchísimos acres, de donde algún arcaico poder había cortado y arrancado los farallones originales de ónice, transformando el abismo en una cantera de gigantes. En la lejana pared opuesta del precipicio, resaltaba aún la huella de una gubia gigantesca; y en el fondo, la tierra mostraba inmensas oquedades. No era una cantera abierta por los hombres, y los huecos que quedaban en sus muros eran enormes y rectangulares, lo que daba una idea de las dimensiones de aquellos bloques que, según decían, fueron labrados un día por manos y cinceles de seres innominados. Arriba, por encima de las rocas desgarradas, planeaban y graznaban cuervos enormes; y los vagos rumores que brotaban de las profundidades delataban la presencia de murciélagos o de *urhags*, o quizá de seres menos mencionables que habitan en la absoluta negrura. Carter se quedó parado en el estrecho desfiladero, bajo la luz mortecina del crepúsculo, sin atreverse a avanzar por la rocosa senda que descendía ante él: a su derecha, los altísimos peñascos de ónice se elevaban hasta perderse de vista; a su izquierda, la roca mostraba cortes gigantescos y terribles que hacían pensar en una cantera sobrenatural.

Bruscamente, el yak dejó escapar un mugido y se revolvió enloquecido, saltó por encima de Carter y salió disparado, preso de pánico, desapareciendo en seguida por el angosto desfiladero en dirección norte. Las piedras pateadas en su precipitada fuga rodaron hasta el borde de la cantera y se perdieron en el vacío tenebroso, sin que un solo ruido brotara del fondo. Pero Carter ignoraba los peligros de aquel sendero y echó a correr en pos de su asustada montura. No tardaron en reaparecer las rocosas

paredes de la izquierda y el desfiladero se volvió a estrechar formando una especie de callejón; y el viajero siguió corriendo en persecución del yak, cuyas huellas profundas ponían de manifiesto lo desesperado de su huida.

Por un momento, le pareció oír el desesperado patear del animal y, por esta señal, redobló su esfuerzo en la carrera. Así recorrió varias millas; y poco a poco, el camino se fue ensanchando, hasta que consideró que no tardaría mucho en desembocar en el frío y espantoso desierto del norte. Los flancos desnudos y grises de los infranqueables picos lejanos se hicieron visibles de nuevo por encima de los roquedales de la derecha, y frente a él aparecieron los peñascos y farallones de un espacio abierto, evidente antesala de la tenebrosa e ilimitada planicie. Otra vez llegó hasta sus oídos el furioso patear de la tierra, y con más claridad que la anterior. Pero ahora, en vez de animarle, le causó auténtico terror, porque se dio cuenta que no eran pisadas de yak. Aquella manera de patear era despiadada, deliberada y, además, sonaba detrás de él.

La persecución del yak se convirtió para Carter en huida de un ser invisible; porque, aunque no se atrevía a mirar hacia atrás, sentía que la presencia que venía tras él no tenía nada de normal o de definible. Su yak debió haberla oído o sentido antes, y Carter prefirió no preguntarse si aquello le vendría siguiendo desde que saliera de la tierra de los hombres, o habría surgido tras él en el pozo negro de la cantera. Entretanto, las paredes rocosas habían quedado atrás, así que la noche inminente se precipitó sobre una inmensa extensión de arena y rocas espectrales donde se perdían todos los senderos. No pudo encontrar las huellas del yak, pero tras él siguió oyendo aquel detestable patear, acompañado de cuando en cuando por lo que a él se le figuraba un gigantesco aleteo nervioso. Se dio cuenta con desazón de que iba perdiendo terreno y de que se había extraviado en aquel desierto de rocas impasibles y arenas jamás holladas. Únicamente aquellos remotos e infranqueables picos de su derecha le servían de punto de

referencia, pero cada vez se distinguían con menos claridad, a medida que la vaga luz crepuscular cedía paso a una fosforescencia enfermiza que provenía de las nubes.

Después, hacia el norte, en la oscuridad cada vez mayor, divisó, confusa y brumosa, una cosa terrible. Durante unos momentos la tomó por una cadena de montañas, pero luego vio que se trataba de algo más. La fosforescencia de las nubes amenazadoras la delató claramente, y aun perfiló sus siluetas contra el resplandor de los vapores del horizonte. No pudo calcular a qué distancia se encontraba, pero debía estar muy lejos. Tenía miles de pies de altura y formaba un inmenso arco cóncavo desde los infranqueables picos grises de oriente a los desconocidos espacios de occidente; sin duda había sido alguna vez una cordillera de imponentes montañas de ónice. Pero esas montañas habían dejado de serlo, porque unas manos más grandes que las del hombre las habían modelado. Silenciosas y acurrucadas en el techo del mundo, como lobos o vampiros, coronadas de nubes y brumas, aquellas siluetas custodiaban eternamente los secretos del norte. Formando semicírculo, parecían monstruosos perros guardianes con las patas derechas levantadas en un gesto amenazador contra la humanidad.

La luz temblona de las nubes hacía el efecto de que se movían sus dobles cabezas mitradas; pero al seguir adelante, Carter vio levantarse de sus tocados sombríos unas formas cuyo movimiento no podía ser producto de la ilusión. Aquellas formas aladas se fueron agrandando por momentos, y el viajero comprendió que su peregrinación había llegado a su fin. No se trataba de pájaros o de murciélagos comunes en otros lugares de la tierra o en el país de los sueños, ya que eran más grandes que un elefante y tenían cabeza de caballo. Carter presintió que aquellos eran los pájaros shantaks de tenebrosa fama; y ya no tuvo duda sobre qué perversos guardianes e innominados centinelas hacían que los hombres evitasen el destierro rocoso de la región septentrional. Y cuando ya se detuvo resignado, miró por fin

tras de sí y vio venir al achaparrado mercader de ojos oblicuos y mala fama, a horcajadas sobre un escuálido yak, a la cabeza de una borda repugnante de torvos shantaks cuyas alas aún se veían sucias del barro y el salitre de los pozos inferiores.

Aunque atrapado por las fabulosas pesadillas hipocéfalas y aladas que formaban a su alrededor un círculo diabólico, Randolph Carter no llegó a desmayarse. Aquellas quimeras espantosas se erguían gigantescas por encima de él. El mercader de ojos oblicuos desmontó de su yak y se plantó delante del prisionero con una sonrisa burlona. Entonces le hizo una seña para que subiera a lomos de uno de aquellos repugnantes shantaks; y le ayudó, al ver que trataba de vencer su repugnancia. Difícil resultó la tarea de subir, porque los pájaros shantaks, en vez de plumas, tienen escamas muy resbaladizas. Cuando Carter se hubo acomodado, el hombre de los ojos oblicuos saltó tras él, dejando que uno de los increíbles colosos voladores se llevara a su escuálido yak hacia el norte, en dirección al círculo de montañas esculpidas.

Lo que siguió fue un espantoso torbellino a través del espacio glacial. Hacia el este, volaron sin descanso en dirección a los desnudos flancos grises de aquellos picos infranqueables, tras los cuales dicen que se encuentra la meseta de Leng. Se elevaron muy por encima de las nubes, hasta que Carter vio por debajo de ellos las legendarias cumbres que las gentes de Inquanok jamás han contemplado, envueltas siempre en altísimos velos de niebla resplandeciente. Y las fue viendo desfilar con toda nitidez, y en lo más alto de sus picos descubrió unas cavernas que le recordaron las del monte Ngranek; pero renunció a hacer preguntas a su apresor, al darse cuenta de que estos parajes provocaban un miedo singular, tanto en él como en el hipocéfalo shantak, el cual voló nerviosamente, preso de una tensión extrema, hasta que las dejaron muy atrás.

El shantak descendió entonces, y bajo un dosel de nubes apareció

una llanura gris y yerma donde se veían arder fuegos muy diseminados. Al bajar, pudieron descubrir de cuando en cuando alguna casita solitaria, de granito, y poblados de negra piedra cuyas minúsculas ventanas brillaban con pálida luz. Y de estas casas de campo y de estos poblados se elevaban unos sonos agudos de flautas y horribles ritmos de crótalos, lo que corroboró inmediatamente la exactitud de los rumores que corrían entre las gentes de Inquanok. Los viajeros han escuchado tales ruidos y saben que provienen únicamente de esa región desierta y fría que las gentes sensatas jamás visitarán, de ese siniestro lugar de maldad y misterio que es la meseta de Leng.

Unas formas oscuras danzaban alrededor de las débiles hogueras, y Carter sintió curiosidad por averiguar qué clase de criaturas podían ser aquellas; las gentes normales no han estado nunca en Leng, y sólo han podido verse de lejos el resplandor de sus hogueras y sus casas de piedra. Aquellas formas saltaban con lentitud y torpeza, y se retorcían en contorsiones y movimientos sumamente desagradables de presenciar; así que Carter no se extrañó ya de la monstruosa perversidad que les atribuían las vagas leyendas, ni del miedo que suscitaban en todo el país de los sueños esta meseta helada y detestable. Al volar más bajo el shantak, la repugnancia que le inspiraban los danzantes se tiñó de cierta perversa familiaridad. El prisionero clavó los ojos en ellos y buscó en su atormentada memoria la clave que le indicara dónde había visto anteriormente parecidas criaturas.

Brincaban como si tuvieran pezuñas en lugar de pies, y parecían llevar una especie de peluca o yelmo provisto de cuernos pequeños. No llevaban encima nada más, aunque su cuerpo estaba casi completamente cubierto de pelo. Tenían un rabo diminuto y, cuando miraron hacia arriba, Carter observó la excesiva anchura de sus bocas. Entonces recordó qué eran y por qué lo que llevaban en la cabeza no podía ser a fin de cuentas ni

peluca ni yelmo. Los misteriosos pobladores de Leng no eran sino los mismísimos repugnantes mercaderes de las negras galeras que vendían rubíes en Dylath-Leen. ¡Los mercaderes semihumanos, esclavos de las entidades lunares con cuerpo de sapo! Eran, sin lugar a dudas, los mismos seres que habían capturado a Carter, hacía ya mucho tiempo, llevándoselo en su pestilente galera; los mismos que él había visto conducir en manadas por los sucios muelles de aquella execrable ciudad lunar, donde los más flacos trabajaban y los más cebados eran transportados en grandes canastas para satisfacer otras necesidades de sus amos poliposos y amorfos. Ahora veía claro de dónde procedían aquellas criaturas ambiguas; y se estremeció ante el pensamiento de que sin duda, la meseta de Leng era conocida de antiguo por las abominaciones de cuerpo de sapo que habitan en la luna.

Pero el shantak siguió volando y dejó atrás las hogueras, las construcciones de piedra y los danzantes no enteramente humanos, y se elevó por encima de los estériles montes de granito gris de las sombrías inmensidades de rocas, hielo y nieve. Llegó el día, y la fosforescencia de las nubes cedió ante la luz difusa de aquel mundo septentrional; y el infame pájaro aún siguió volando con determinación, rodeado de frío y de silencio. A veces, el hombre de los ojos oblicuos hablaba a su montura en una abominable lengua gutural, y el shantak contestaba con un sonido chirriante y rasposo como si arañara contra un suelo de cristal. Durante todo este tiempo, el terreno fue haciéndose más elevado, y finalmente, llegaron a una meseta barrida por el viento, que parecía el mismo techo de un mundo agonizante y olvidado. Allí, en la quietud, en el crepúsculo, en el frío, se alzaban solitarios los toscos sillares de un edificio ancho, macizo y sin ventanas rodeado de un círculo de rudos monolitos. En la disposición de aquellos elementos no había nada humano, y Carter dedujo por ciertas referencias que habían llegado al más espantoso y legendario de los lugares: al remoto y prehistórico monasterio donde vive solitario el Gran

Sacerdote que no debe ser mencionado, el cual oculta su rostro bajo una máscara de seda y adora a los Dioses Otros y a Nyarlathotep, el caos reptante.

El repugnante pájaro se posó entonces en el suelo, y el hombre de los ojos oblicuos saltó a tierra y ayudó a bajar a su prisionero. Carter comprendía demasiado bien con qué objeto le había apresado; saltaba a la vista que el mercader de ojos oblicuos era agente de potencias más sombrías y deseaba llevar ante sus amos a un mortal cuya presunción había llegado al extremo de pretender llegar a la ignorada Kadath para formular una petición a los Grandes Dioses, en su propio castillo de ónice. Y parecía muy probable que este mercader fuera el causante de su primer rapto, perpetrado por los esclavos de las entidades lunares en Dylath-Leen. Y ahora pretendía seguramente llevar acabo lo que los gatos habían frustrado la vez anterior: conducir a la víctima hasta el monstruoso Nyarlathotep y contarle con qué osadía había intentado buscar la desconocida Kadath. La meseta de Leng y la inmensidad fría que se extiende al norte de Inquanok debían de estar muy próximas a los Dioses Otros, y el paso de allí a la ciudad probablemente se encontraría muy custodiado.

El hombre de los ojos oblicuos era menudo, pero el gigantesco pajarraco hipocéfalo estaba allí para que se le obedeciera, de modo que Carter le siguió. Entraron, pues, en el interior del círculo de menhires y cruzaron luego una puerta de arco muy bajo que daba acceso al pétreo monasterio sin ventanas. No había luz en el interior, pero el perverso mercader encendió una lamparita de arcilla adornada con morbosos bajorrelieves, y empujó a su prisionero a través de un laberinto de estrechos pasadizos. En las paredes de aquellos corredores había espantosas escenas pintadas, más antiguas que la historia, y cuyo estilo habría resultado desconocido para cualquier arqueólogo de la tierra. Después de incontables milenios, aún se conservaban frescos los colores, porque el frío y la

sequedad de la espantosa Leng permiten la supervivencia de muchas cosas de tiempos primordiales. Carter pudo verlas fugazmente a la luz vacilante de la lámpara, y se estremeció al descubrir lo que tales escenas contaban.

Estos frescos arcaicos relataban los anales de Leng; y en ellos los seres astados con pezuñas y boca inmensa, casi humanos, danzaban perversamente en medio de ciudades olvidadas. Había escenas de antiguas guerras, en las que los seres casi humanos de Leng luchaban contra las arañas hinchadas y purpúreas de los valles vecinos; y había escenas también en las que se narraba la llegada de las negras galeras de la luna, y el sometimiento del pueblo de Leng a los seres poliposos y amorfos que salían de ellas arrastrándose o retorciéndose de manera repugnante. Aquellos seres viscosos de color gris blancuzco habían sido adorados entonces como dioses, y ni un lamento se escapó del pueblo sometido cuando vio cómo se llevaban por docenas a los machos más gordos en las galeras negras. Las monstruosas bestias lunares habían establecido su campamento en una escarpada isla del mar; y Carter pudo deducir de aquellos frescos que dicha isla no era otra que la innominada roca solitaria que había visto cuando navegaba rumbo a Inquanok: la roca maldita que evitaron los marineros de Inquanok, y de la que brotaban perversos aullidos al caer la noche.

Y también representaban las pinturas aquellas el gran puerto y la capital de los seres casi humanos, ciudad portentosa y altiva cuyos pilares se alzaban entre acantilados y muelles de basalto, y cuyos elevados templos y amplias plazas estaban adornadas con estatuas. Tenía jardines inmensos y calles flanqueadas de columnas que conducían desde los acantilados, y de cada una de las seis puertas coronadas por una esfinge, a una inmensa plaza central; y en esta plaza había un par de colosales leones alados custodiando la entrada de una escalera subterránea. Aquellos enormes leones alados estaban representados muchas veces en los frescos, relucientes sus



poderosos costados de diorita, a la luz grisácea del crepúsculo durante el día, o bajo la fosforescencia brumosa de las nubes durante la noche. Y a fuerza de pasar por delante de las numerosas pinturas de esta ciudad, Carter comprendió finalmente lo que realmente significaban, y cuál era la ciudad que los seres casi humanos habían gobernado antes de que llegaran las negras galeras. No cabía error alguno, ya que las leyendas del País de los Sueños son abundantes y elocuentes. Aquella ciudad era, con toda seguridad, nada menos que la famosa Sarkomand, cuyas ruinas se blanqueaban al sol desde hacía más de un millón de años, antes de que el primer ser auténticamente humano viera la luz, y cuyos titánicos leones gemelos custodian eternamente las escaleras que descienden del país de los Sueños al Gran Abismo.

En otros paisajes se representaban los desnudos picachos de roca gris que separan la meseta de Leng del país de Inquanok, y en ellos se veían los monstruosos pájaros shantaks, que construyen sus nidos en los rebordes de sus escarpadas laderas. Y también se veían las singulares cavernas que se abren junto a las cumbres de los picos más elevados, mostrándose cómo aun el más atrevido de los shantaks huye despavorido de esas cavernas. Carter las había visto al volar por encima de la cordillera, observando la semejanza que tenían con las del Ngranek. Ahora veía claro que este parecido era más que una mera casualidad, ya que en aquellos cuadros se representaban a sus terribles inquilinos, cuyas alas membranosas, cuernos retorcidos, rabos puntiagudos, zarpas prensiles y cuerpos grumosos no le resultaban extraños en absoluto. Había visto anteriormente esas criaturas rapaces de vuelo silencioso, esos guardianes sin alma del Gran Abismo a quienes temen incluso los Grandes Dioses, cuyo señor no es Nyarlathotep, sino el venerable Nodens. Se trataba de las descarnadas alimañas de la noche, que jamás ríen ni sonrían porque carecen de rostro, y que vuelan sin fin en la oscuridad que se extiende entre el Valle

de Pnath y los pasos que dan acceso al trasmundo.

El mercader de los ojos oblicuos empujó entonces a Carter al interior de una gran estancia abovedada cuyos muros estaban revestidos de impíos bajorrelieves; en el centro se abría la boca circular de un pozo, rodeada por seis piedras de altar cubiertas de manchas horrendas. No había la menor luz en aquella cripta maloliente, y la lamparita del siniestro mercader alumbraba tan poco que Carter fue reparando en los detalles muy poco a poco. En el rincón opuesto había un alto estrado de piedra al que se subía por cinco peldaños; y allí, sentada en su trono de oro, se hallaba una pesada figura envuelta en ropajes de seda amarilla con dibujos en rojo, con el rostro cubierto por una máscara de seda del mismo color. Ante esta figura, el hombre de los ojos oblicuos hizo ciertos signos con las manos; y el que acechaba en las tinieblas respondió alzando entre sus patas vestidas de seda una flauta de marfil y sacando de ella ciertos sonidos repugnantes, bajo su flotante máscara amarilla. Así continuó el coloquio durante un tiempo, y Carter comenzó a encontrar algo repugnantemente familiar en el sonido de aquella flauta y en la fetidez de aquel lugar nauseabundo. Todo aquello le hacía pensar en cierta horrible ciudad iluminada por luces rojas, y en la repugnante procesión que un día desfilara por sus calles. También le recordaba su terrible ascensión por las regiones lunares, interrumpida cuando los fraternales gatos de la tierra se lanzaron en masa a rescatarlo. Carter sabía que la criatura del estrado era sin duda alguna el gran sacerdote indescriptible de quien las leyendas hacen conjeturas tan perversas y depravadas; pero le daba miedo pensar qué clase de criatura sería aquel detestable sacerdote, en realidad.

Entonces, inadvertidamente, la figura de seda descubrió un poco una de sus zarpas grisáceas, y Carter se dio cuenta de quién era el abominable sacerdote. Y en aquel supremo trance, el terror le empujó a hacer algo que su razón jamás se habría atrevido a intentar; porque en su

trastornada conciencia sólo había sitio para un único deseo: el de huir de aquella cosa achaparrada encaramada en aquel trono de oro. Sabía que se hallaba rodeado por un laberinto insalvable, y luego por la fría meseta del exterior; sabía que más allá de la meseta aguardaban los perversos pájaros shantaks; y sin embargo, pese a todo, su espíritu sólo experimentaba la imperiosa necesidad de huir de aquella viscosa monstruosidad vestida de seda.

El hombre de los ojos oblicuos colocó la extraña lámpara sobre uno de aquellos altares cubiertos de horrendas manchas que rodeaban el pozo, y avanzó unos pasos para hablar con el gran sacerdote mediante gestos de manos. Carter, que hasta entonces se había mantenido en una actitud pasiva, dio un tremendo empujón al hombre aquel con toda la furia salvaje de su terror, de suerte que lo precipitó irremediabilmente en el pozo, el cual se dice que llega hasta las infernales criptas de Zin, donde los gogos entran a cazar lívidos en las tinieblas. Casi inmediatamente, cogió la lámpara y echó a correr desatado por los laberintos de los frescos, dejando que el azar determinase su camino, y procurando no pensar en los apagados pasos que venían tras él ni en las abominaciones que se retorcían y arrastraban por los tenebrosos corredores.

Unos segundos más tarde lamentó su atolondrada precipitación, y deseó haber huido por los pasadizos de los frescos que viera al entrar. Verdades que eran éstos tan confusos y se repetían con tanta frecuencia que no le habrían servido de gran ayuda; pero le hubiera gustado intentarlo de todos modos. Los frescos que ahora contemplaba a su paso eran aún más horribles, y precisamente por ello se dio cuenta de que no eran éstos los corredores que conducían al exterior. Unos momentos después observó que no le seguían y aflojó un tanto la marcha; pero apenas había recuperado el aliento, cuando un nuevo peligro le salió al paso. Su lámpara se estaba apagando y no tardaría en verse sumido en espesa negrura, sin la menor

señal visible que le pudiera orientar.

Cuando, finalmente, la luz se apagó del todo, Carter continuó a tientas en la oscuridad. Unas veces notaba que el suelo ascendía y otras que bajaba, y en una ocasión vino a tropezar con un peldaño que no tenía ninguna razón aparente de estar allí. Cuanto más se adentraba en el dédalo de pasadizos, más húmedo encontraba el ambiente, y cuando se daba cuenta de que llegaba a una bifurcación o a la entrada de algún pasadizo lateral, escogía siempre el camino de menos pendiente hacia abajo. Estaba convencido, sin embargo, de que había ido bajando a lo largo del trayecto; y el olor del aire soterrado y la costra mugrienta de los muros del suelo le advertían igualmente que estaba descendiendo a las profundidades subterráneas de la malsana meseta de Leng. Pero nada le pudo advertir de lo que le esperaba después: sólo el hecho mismo, súbito, sobrecogedor y fulminante. Durante unos momentos había estado avanzando a tientas y con precaución por un suelo resbaladizo y casi horizontal, cuando, sin previo aviso, se precipitó vertiginosamente por las tinieblas de una galería de pendiente tan pronunciada que casi podía tomarse por un pozo vertical.

Jamás pudo precisar el tiempo que duró aquella espantosa caída, pero a él le pareció que fueron horas enteras de náuseas, de delirio y de éxtasis. Al recobrarse más tarde, se dio cuenta de que estaba en el suelo y que las nubes fosforescentes de la noche boreal resplandecían enfermizas en las alturas. Se encontraba rodeado de murallas derruidas y de columnas truncadas, y el pavimento sobre el cual yacía dejaba crecer la yerba entre sus grietas, fragmentándose en múltiples losas que los arbustos y las raíces habían levantado de su sitio. Detrás de él se elevaba casi verticalmente, hasta perderse de vista, un acantilado de basalto cubierto con repugnantes bajorrelieves, y en cuya parte superior se abría un arco tallado y tenebroso que era por donde acababa él de caer. Ante Carter se extendía una doble fila de pilares, fragmentos y basas de columnas que marcaban el lugar

donde antiguamente había existido una amplia calle ahora desaparecida. Por las urnas y fuentes que jalonaban el camino comprendió que, en sus días, esta calle había estado rodeada de parques. Al final, los pilares se abrían en torno a una plaza redonda, y en aquel círculo descollaban, gigantescas, bajo las cárdenas nubes de la noche, un par de estatuas monstruosas. Se trataba de los inmensos leones alados de diorita, cuyas cabezas grotescas e indemnes se alzaban en las sombras hasta una altura de más de veinte pies, y parecían gruñir con gesto amenazador a las ruinas que les rodeaban. Carter sabía muy bien qué significaban, puesto que la leyenda sólo habla de una pareja de leones como ésta. Se trata sin duda de los imperturbables guardianes del Gran Abismo; por consiguiente, las ruinas pertenecían a la auténtica ciudad primordial de Sarkomand.

Lo primero que hizo Carter fue obstruir la boca de la cueva por donde había caído mediante bloques sueltos y piedras que había por allí. No quería llevar tras de sí a ningún servidor del maligno monasterio de Leng, puesto que por el largo camino que aún tenía delante le acecharían muchos otros peligros. No tenía ni idea de qué dirección tomar para ir de Sarkomand a las regiones habitadas del País de los Sueños. Tampoco sacaría nada en limpio con bajar alas grutas de los gules, pues sabía que éstos no estaban mejor informados que él. Los tres gules que le habían ayudado a atravesar la ciudad de los gugos hasta el mundo exterior, le habían dicho que no sabían regresar por Sarkomand, y que preguntarían el camino a los viejos mercaderes de Dylath-Leen. Mucho menos le gustaba la idea de volver nuevamente al mundo subterráneo de los gugos y arriesgarse una vez más en la torre infernal de Koth, cuyos ciclópeos escalones suben hasta el bosque encantado; pero sabía que no tendría más remedio que hacerlo si fallaban las demás posibilidades. Por la meseta de Leng, al otro lado del solitario monasterio, no se atrevía a regresar sin ayuda de ninguna clase, porque los emisarios del gran sacerdote debían de

ser muy numerosos, y al final del viaje tendrían inevitablemente que volver a enfrentarse con los shantaks y quizá con algo más. Si pudiera conseguir alguna embarcación, podría aventurarse por mar hasta Inquanok, poniendo rumbo a aquella roca espantosa y desgarrada que emergía del agua, ya que sabía por las arcaicas pinturas del monasterio que esa horrible roca no se encuentra muy lejos de los muelles basálticos de Sarkomand. Pero encontrar una embarcación en esta ciudad deshabitada desde hacía millones de años era muy poco probable, y no parecía empresa fácil construirse una él mismo.

Por ese cauce iban los razonamientos de Randolph Carter, cuando comenzó a vislumbrar un nuevo peligro. Durante todo este tiempo, mientras caminaba, se había ido desplegando ante sus ojos el vasto cadáver de la legendaria Sarkomand, con sus negras columnas truncadas, sus ruinosas puertas coronadas de esfinges, sus gigantescos monolitos y sus monstruosos leones alados recortándose contra el enfermizo resplandor de las nubes luminosas de la noche. Pero, de pronto, apareció a su derecha un lejano resplandor que no podía provenir de ninguna nube, y Carter comprendió que no se encontraba solo en el silencio de la ciudad muerta. Aquella luz aumentaba y disminuía caprichosamente, parpadeando con verdosos destellos poco tranquilizadores para él. Se aproximó silenciosamente por la calle sembrada de escombros, y a través de las angostas brechas de algunas paredes derruidas descubrió que, cerca de los muelles, había una fogata entorno a la cual se apiñaba una multitud de formas vagas. En todo aquel lugar reinaba una pestilencia mortal; y detrás de la hoguera se extendía el oleaginoso regazo de la dársena, en cuyas aguas flotaba un enorme barco fondeado. Carter se quedó paralizado de terror al ver que se trataba de una de las negras galeras lunares.

Entonces, justo cuando iba a alejarse sigilosamente de aquella hoguera abominable, vio agitarse algo entre las sombras vagas, y oyó un

sonido singular e inequívoco: era el amedrentado gemido de un gul, que un momento después se convertía en un verdadero alarido de angustia. Aun cuando se encontraba seguro oculto en la oscuridad de las ruinas, Carter dejó que su curiosidad se sobrepusiera a su temor, y avanzó con suma cautela en lugar de retirarse. Para cruzar la calle se vio obligado a reptar sobre su vientre como una lombriz; después tuvo que caminar de puntillas para no hacer ruido entre los montones de mármoles rotos. Así evitó el ser descubierto, y poco después se encontraba en un lugar seguro detrás de un pilar, desde donde podía espiar cómodamente la escena iluminada por el resplandor verdoso de la hoguera. Allí, en torno a un fuego repugnante alimentado con los tallos detestables de los hongos lunares, estaban sentadas en hediondo círculo los monstruosos batracios de la luna, con sus esclavos casi humanos. Algunos de estos esclavos calentaban las puntas de unas lanzas extrañas en aquellas llamas vacilantes, y cuando estaban al rojo las aplicaban a tres prisioneros sólidamente atados, que se retorcían a los pies de los jefes del grupo. A juzgar por los movimientos de sus tentáculos, Carter dedujo que aquellas bestias lunares de hocico chato estaban disfrutando enormemente con aquel espectáculo, y cuál no sería su horror al reconocer súbitamente aquellos frenéticos alaridos y descubrir que los gules torturados no eran otros que aquellos serviciales camaradas que le habían guiado por el abismo y que luego habían salido del bosque encantado en busca de Sarkomand para regresar a sus profundidades natales.

El número de malolientes bestias lunares reunido junto al verdoso fuego era bastante crecido, y Carter vio que no era posible intentar nada para salvar a sus antiguos aliados. No tenía idea de cómo les habrían capturado, aunque se imaginaba que aquellas blasfemias con cuerpo de sapo les habrían oído preguntar en Dylath-Leen por el camino de Sarkomand, y no desearían que se acercasen demasiado a la espantosa

meseta de Leng y al gran sacerdote indescrptible. Durante un rato estuvo meditando lo que debía hacer, y recordó cuán cerca se encontraba de la entrada del tenebroso reino de los gules. Lo más conveniente, en efecto, era deslizarse hasta la plaza de los leones gemelos y descender sin pérdida de tiempo al abismo, donde evidentemente no encontraría horrores peores que los de arriba, pero donde no tardaría en encontrar algunos gules deseosos de rescatar a sus hermanos y de limpiar aquella negra galera de toda bestia lunar. Se le ocurrió que la entrada, como todas las que dan acceso a los abismos, podía estar custodiada por las descarnadas alimañas de la noche, pero ahora no temía a aquellas criaturas sin rostro. Sabía que estaban ligadas por un solemne pacto a los gules, y el gul que un día fuera Pickman le había enseñado a farfullar la contraseña adecuada.

Así que Carter comenzó de nuevo su marcha silenciosa por entre ruinas, en dirección a la gran plaza central de los alados leones. Era una tarea delicada, pero las bestias lunares estaban agradablemente ocupadas y no oyeron los ruidos y los roces tenues que por dos veces provocó accidentalmente, al tropezar con las piedras esparcidas. Por último, llegó a un lugar abierto y emprendió el camino entre árboles raquíticos y enmarañadas enredaderas que habían crecido por allí. Los gigantescos leones se erguían terribles recortándose contra la luz enfermiza de las fosforescentes nubes nocturnas; pero Carter siguió caminando valerosamente hacia ellos, y luego fue a situarse delante, pues sabía que encontraría allí la imponente abertura que custodian. Aquellas bestias burlonas de diorita estaban sentadas a diez pies una de otra, meditando sobre ciclópeos pedestales cuyas caras ostentaban bajorrelieves aterradores. En el espacio central que quedaba entre ambas, había una especie de terraza pavimentada de baldosas que alguna vez estuvo bordeada de balaustradas de ónice. En mitad de esta terraza se abría un pozo tenebroso. Carter había llegado al pozo cuyos mohosos peldaños de piedra descenden a unas



criptas de pesadilla.

Terrible es el recuerdo que en él dejó aquella bajada tenebrosa. Las horas transcurrían una tras otra, mientras Carter giraba y giraba en la interminable espiral de peldaños y escaleras. Tan gastados y estrechos eran los peldaños, y tan resbaladizos por el légamo interior de la tierra, que el viajero no sabía si de un momento a otro perdería pie y se precipitaría en aparatosa caída hasta el fondo del pozo. Tampoco sabía en qué momento le saldrían al paso cayendo sobre él, sin aviso previo, las descarnadas alimañas de la noche, si, efectivamente, había alguna acechando en aquel pasadizo primordial. En torno suyo reinaba un olor sofocante que emanaba de las regiones inferiores, y en sus propios pulmones notaba que el aire de aquellas profundidades no estaba hecho para el género humano. Al cabo de un tiempo sintió una gran torpeza y somnolencia, pero siguió avanzando movido más por un impulso mecánico que por un deseo razonado. Ni siquiera se percató de cambio alguno cuando, de pronto, algo le cogió desde atrás, levantándole del suelo. Llevaba un rato volando a través de aquella atmósfera viciada, cuando las gomosas alimañas de la noche le advirtieron sus malévolos pellizcos que venían a cumplir con su deber.

Despabilado de modo tan violento, vio al fin que se hallaba entre las zarpas viscosas y frías de aquellos seres sin rostro. Afortunadamente, recordó la contraseña de los gules y la pronunció en voz alta como pudo, en medio del viento y los torbellinos de aquel vuelo vertiginoso. Y aunque se dice que las alimañas descarnadas carecen por completo de entendimiento, el efecto fue instantáneo: los pellizcos cesaron inmediatamente y las criaturas de la noche se apresuraron a colocar a su presa en posición más cómoda. Alentado por esta nueva actitud, Carter se decidió a dar algunas explicaciones, hablándoles de la captura y tormento de tres gules a manos de las bestias lunares y de la necesidad de reunir un grupo para ir a rescatarlos. Las descarnadas alimañas, aunque no podían articular palabra,

parecieron comprender lo que se les decía y aceleraron su vuelo. De pronto, la espesa negrura se disolvió en el crepúsculo gris de las entrañas de la tierra, y ante ellos apareció una de esas llanuras estériles donde tanto les gusta a los gules sentarse a roer. Las lápidas que por allí había dispersas y los fragmentos de huesos ponían de manifiesto la naturaleza de los pobladores de aquel paraje. Carter lanzó un grito de urgente llamada, y unas veinte madrigueras vomitaron en pocos momentos a todos sus moradores de aspecto perruno. Entonces las descarnadas alimañas de la noche descendieron y depositaron al pasajero en el suelo; después se apartaron un poco y formaron un apretado semicírculo, mientras los gules saludaban al recién llegado.

Carter comunicó rápida y detalladamente su mensaje a la grotesca compañía, y cuatro de los gules partieron inmediatamente a través de las distintas madrigueras para propagar la noticia y reunir un ejército que rescatara a sus hermanos. Después de una larga espera apareció un gul de cierta categoría que hizo una seña significativa a las alimañas descarnadas, y dos de las cuales alzaron el vuelo y se perdieron en la oscuridad. Luego el número de descarnadas alimañas congregadas allí fue aumentando progresivamente, hasta que por último el fangoso suelo de la llanura se vio cubierto por un verdadero enjambre. Entre tanto, nuevos gules emergían de las madrigueras que, chillando con excitación, se iban incorporando a una tosca línea de batalla, no lejos de la muchedumbre de las nocturnas alimañas. Al poco rato apareció aquel orgulloso e influyente gul que un día fuera el artista Richard Pickman de Boston, y Carter le relató minuciosamente lo sucedido. El Pickman de otro tiempo, complacido de saludar nuevamente a su antiguo amigo, se mostró luego muy impresionado; y sostuvo una conferencia con los demás jefes, apartados de la creciente multitud.

Finalmente, después de pasar atenta revista a las filas, todos los

jefes allí reunidos comenzaron a dar órdenes a la muchedumbre de gules y alimañas descarnadas que se habían congregado. En seguida partió un nutrido destacamento de cornudos voladores, y el resto se dividió en parejas, que se arrodillaron con las patas delanteras extendidas, en espera de que los gules se fueran acercando de uno en uno. Cuando cada gul llegaba a las dos descarnadas alimañas que le habían asignado, éstas le tomaban entre las dos y desaparecían veloces en la oscuridad; hasta que por último desapareció toda la multitud, excepto Carter, Pickman y los demás jefes, y unas pocas parejas de descarnadas alimañas. Pickman explicó que las descarnadas alimañas de la noche constituyen la vanguardia y, a la vez, los corceles de guerra de los gules, y que el ejército iba a salir por Sarkomand para enfrentarse a las bestias lunares. Luego, Carter y los horribles jefes se dirigieron a las alimañas portadoras, siendo izados por sus zarpas pegajosas y húmedas. Un momento más tarde giraban todos en el viento y las tinieblas, subiendo, y subiendo, y subiendo interminablemente, hasta llegar a la entrada de los leones alados y las ruinas espectrales de la arcaica Sarkomand.

Cuando al fin Carter se encontró bajo la luz enfermiza del cielo nocturno de Sarkomand, fue para contemplar la gran plaza central bullendo de gules y alimañas descarnadas dispuestos a luchar. El día no tardaría en despuntar, pero era tan numeroso el ejército, que no habría necesidad de sorprender al enemigo. El resplandor verdoso de la hoguera junto al muelle todavía temblaba débilmente, pero la ausencia de gritos daba a entender que la tortura de los prisioneros había concluido de momento. Susurrando instrucciones en voz muy baja a sus monturas y a la bandada de alimañas descarnadas que iban sin jinete, los gules se alzaron en enormes columnas aleteantes y sobrevolaron las ruinas desérticas en dirección al maldito resplandor. Carter iba ahora junto a Pickman, en la primera fila de gules, y vio cómo se acercaban al nauseabundo campamento donde las bestias

lunares descansaban completamente confiadas. Los tres prisioneros yacían atados en el suelo, inmóviles junto a la hoguera, mientras sus aprehensores de cuerpo de sapo habían caído vencidos por el sueño desordenadamente. Los esclavos casi humanos también estaban dormidos, descuidando su deber de centinelas, que en estas regiones debió de parecerles meramente rutinario.

Por fin, los gules y sus alados portadores se lanzaron súbitamente en picado y, antes de que se oyese el menor ruido, cada una de aquellas blasfemias con aspecto de sapo fue atrapada por un grupo de alimañas descarnadas. Las bestias lunares carecían, naturalmente, de voz; pero ni siquiera los esclavos tuvieron tiempo de gritar antes de que las gomosas extremidades de las descarnadas alimañas los redujeran al silencio. Fueron horribles las contorsiones de aquellas anormalidades gelatinosas, mientras las sarcásticas alimañas descarnadas las atenazaban; pero nada podían hacer frente a la fuerza de aquellos miembros negros y prensiles. Cuando una de las bestias lunares se agitaba con demasiada violencia, una alimaña descarnada le echaba encima sus extremidades tentaculares, lo cual parecía producir en la víctima un dolor tal, que en seguida dejaba de forcejear. Carter había esperado ver una gran matanza, pero no tardó en comprobar que los gules tenían planes más arteros. Dieron órdenes tajantes a las bestias descarnadas, y éstas se limitaron a sujetar a sus prisioneros, que fueron transportados en silencio al Gran Abismo para ser distribuidas equitativamente entre los dholes, los gugos, los lívidos y demás moradores de las tinieblas, cuyas formas de alimentación suelen ser bastante dolorosas para sus víctimas. Mientras tanto, los tres gules habían sido liberados y consolados por los vencedores, quienes revisaban, además, los alrededores por si quedaba alguna bestia lunar, y abordaban la galera negra y pestilente, amarada de costado al muelle, para asegurarse de que no se les había escapado ningún enemigo. Indudablemente, los habían capturado a todos, puesto que no pudieron distinguir el menor signo de vida en parte alguna.

Carter, deseoso de conservar un medio de transporte para llegara las demás regiones del País de los Sueños, pidió que no hundieran la galera; petición que fue concedida de buena gana en agradecimiento por haberles comunicado la apurada situación de los tres prisioneros. En el barco encontró objetos y ornamentos muy extraños, algunos de los cuales arrojó Carter al mar.

Los gules y las descarnadas alimañas de la noche formaron luego grupos separados, y los primeros pidieron a sus compañeros rescatados que contaran todo lo que les había sucedido. Al parecer, los tres habían seguido las indicaciones de Carter, y se dirigieron al bosque encantado de Dylath-Leen, siguiendo el curso del Nir y del Skai. Robaron ropas humanas en una granja y trataron de adoptar lo mejor posible la forma de andar de los hombres. En las tabernas de Dylath-Leen, sus maneras grotescas y sus rostros perrunos habían suscitado muchos comentarios, pero ellos siguieron preguntando por el camino de Sarkomand, hasta que, por último, un anciano viajero pudo orientarles. Entonces se enteraron de que sólo había un barco que podía llevarles: el que hacía la ruta de Lelag-Leng, de modo que se dispusieron a aguardar pacientemente la llegada de ese buque.

Pero los malvados espías se habían enterado de todo, y poco después entraba en puerto una galera negra; y los mercaderes de rubíes de boca inmensa invitaron a los gules a beber en una taberna. Sacaron vino de una de sus siniestras botellas toscamente talladas en un único rubí; y después los gules no supieron más, sino que estaban prisioneros en la negra galera, como le había ocurrido a Carter. En esta ocasión, sin embargo, los invisibles remeros no pusieron proa a la luna, sino a la antigua Sarkomand, con la idea de llevar a los cautivos ante la presencia del gran sacerdote indescriptible. Tocaron la desgarrada roca del mar del norte que los marineros de Inquanok evitan siempre, y los gules vieron allí por vez primera a los rojos dueños del barco, poniéndose enfermos - a pesar de su

propia insensibilidad - ante tal exceso de maligna deformidad y nauseabunda fetidez. Allí presenciaron también las ignominiosas diversiones de la guarnición de bestias lunares, descubriendo que tales diversiones eran las que daban lugar a esos aullidos nocturnos que tanto miedo provocaban en los hombres. Después atracaron en la ruinosa Sarkomand y comenzaron las torturas que habían terminado con el providencial rescate.

Pasaron a discutir nuevos planes, y los tres rescatados se mostraron partidarios de hacer una incursión en la roca desgarrada para exterminar a toda la guarnición de sapos lunares que allí había. Las descarnadas alimañas se opusieron a ello, sin embargo, ya que la perspectiva de volar sobre el agua no les agradaba en absoluto. La mayoría de los gules aprobaron la idea, pero no sabían cómo llevarla a cabo sin la ayuda de las alimañas descarnadas de la noche. Entonces Carter, viendo que no sabían navegar en la galera atracada, se ofreció a enseñarles a manejar las grandes filas de remos, a lo cual accedieron los gules de buena gana. Había amanecido el día gris y, bajo aquel cielo plomizo del norte, subió a bordo de la pestilente galera un destacamento de gules, cada uno de los cuales ocupó su puesto en la bancada de remeros. Carter observó en ellos cierta aptitud para aprender. Antes de que anoheciera habían dado tres vueltas de prueba alrededor del puerto. Hasta tres días después, sin embargo, no se consideraron en condiciones para intentar la expedición de conquista. Al tercer día, los remeros ocuparon sus puestos, las descarnadas alimañas se apiñaron en el castillo de proa, y la expedición se hizo finalmente a la mar. Pickman y otros jefes se reunieron en cubierta y discutieron los planes de abordaje y ataque.

Aquella misma noche oyeron ya los aullidos procedentes de la roca. Y tales eran sus acentos, que toda la tripulación de la galera se estremeció visiblemente; pero los que más temblaban eran los tres gules rescatados,

pues sabían muy bien lo que significaban aquellos alaridos. Decidieron no intentar el ataque por la noche, así que mantuvieron el barco al paio bajo la fosforescencia de las nubes, a la espera de que rompieran las grises claridades del día. Cuando la luz se hizo algo más clara y enmudecieron los alaridos, los remeros reanudaron su boga y la galera se fue acercando a la roca desgarrada, cuyas cimas graníticas se hincaban fantásticamente en el cielo apagado. Los costados de la roca eran muy escarpados; pero en numerosos salientes podían verse las combadas paredes de unas extrañas viviendas sin ventanas, así como los antepechos que protegían los altos caminos roqueros. Jamás se había acercado tanto a aquel lugar un barco tripulado por algún ser humano; al menos, ninguno se había acercado tanto y había vuelto a navegar después. Pero Carter y los gules no tenían miedo, y estaban firmemente decididos a seguir adelante. Dieron un rodeo hacia la cara oriental de la roca, en busca de los muelles que, según el trío de gules rescatados, se hallaban al sur, en el interior de un puerto natural formado por dos abruptos morros acantilados.

Aquellos promontorios eran verdaderas prolongaciones de la isla, y se adentraban en el mar tan próximos uno de otro, que entre ellos sólo cabía la eslora de un barco. Al parecer, no había nadie vigilando en el exterior, de modo que la galera enfiló osadamente hacia aquel escarpado canal y entró en las aguas pútridas y estancadas del puerto. Aquí, sin embargo, todo era bullicio y actividad: había varios barcos fondeados a lo largo de un repugnante muelle de piedra, y decenas de esclavos casi humanos y bestias lunares pululaban por los embarcaderos transportando banastas y cajones o conduciendo innominados y fabulosos horrores aparejados a pesados carruajes. Por encima de los muelles había un poblado de piedra tallado en un acantilado vertical, y de él arrancaba un camino sinuoso que ascendía en espiral hasta perderse de vista entre los salientes de la roca. Nadie podía decir qué secreto guardaría en su interior el prodigioso pico de granito que

coronaba la isla, pero las cosas que se veían en el exterior distaban mucho de ser alentadoras.

Al ver la galera que entraba, la multitud que había en los muelles dio muestras de gran ansiedad. Los que tenían ojos se quedaron mirando intensamente con la mirada fija, y los que no los tenían agitaron sus sonrosados tentáculos con expectación. Por supuesto, nadie se había percatado de que la negra embarcación había cambiado de manos, porque los gules se parecen mucho a los cornudos esclavos casi humanos, y las alimañas descarnadas estaban todas ocultas bajo cubierta. Para entonces, los jefes habían trazado ya su plan, que consistía en soltar las alimañas descarnadas tan pronto como arrimaran el costado al muelle, y zarpar al instante, confiando enteramente el asunto a los instintos de aquellas criaturas casi desprovistas de entendimiento. Una vez desembarcados, lo primero que harían aquellos astados seres voladores sería atrapar cualquier cosa viviente que encontraran; después no pensarían absolutamente en nada, sino que, llevados por su instinto de retorno, olvidarían su temor al agua y regresarían velozmente al Abismo con sus presas nauseabundas, a las que darían un destino conveniente allá en las tinieblas, de donde poca cosa sale con vida.

El gul que fuera Pickman bajó a la bodega y dio unas breves instrucciones a las descarnadas alimañas de la noche, en tanto que el barco casi tocaba ya los ominosos y malolientes muelles. De pronto, una nueva agitación se manifestó a lo largo del puerto. Carter se dio cuenta de que el movimiento de la galera comenzaba a suscitar sospechas. Era evidente que el timonel no dirigía la embarcación hacia el muelle adecuado, y probablemente los mirones habían notado ya la diferencia entre los horribles gules y los esclavos casi humanos cuyos puestos ocupaban. Seguramente dieron una alarma silenciosa, porque casi en seguida empezó a acudir una horda mefítica de bestias lunares procedentes de las casas sin



ventanas o del camino serpenteante de la derecha. Una lluvia de extrañas jabalinas cayó sobre la galera cuando su proa tocó el muelle, matando a dos gules e hiriendo ligeramente a otro; pero en ese momento se abrieron todas las escotillas de par en par, y exhalaban una nube negra de aleteantes alimañas descarnadas que se lanzaron sobre el poblado como un enjambre de gigantescos murciélagos astados.

Las gelatinosas bestias lunares se habían armado de grandes pértigas y trataban de alejar el barco invasor, pero cuando las descarnadas alimañas de la noche cayeron sobre ellas, no pensaron más en eso. Fue un espectáculo sobrecogedor ver cómo se divertían aquellos seres gomosos y sin rostro, y era tremendamente impresionante contemplar cómo la espesa nube que formaban se desparramaba por el pueblo y sobre la sinuosa carretera que se perdía en las alturas. A veces, un grupo de estos negros seres voladores dejaba caer por error a su voluminoso prisionero lunar desde una altura enorme, y la forma conque reventaba al chocar contra el suelo era de lo más desagradable para la vista y el olfato. Cuando la última alimaña descarnada hubo abandonado el barco, los jefes dieron orden de alejarse, y los remeros iniciaron una boga silenciosa, saliendo del puerto entre los grises cabos, mientras en el pueblo continuaba el caos de la batalla.

El gul Pickman concedió a las descarnadas alimañas varias horas para que sus rudimentarios entendimientos desecharan todo temor a volar sobre el agua y mantuvo la galera a una milla de la costa desgarrada, curando las heridas de los gules alcanzados por las jabalinas. Cayó la noche, y el crepúsculo gris dio paso a la enfermiza fosforescencia de las nubes bajas; y durante todo este tiempo los jefes no apartaron la vista de los elevados picos de aquel peñón maldito, por si veían volar a las descarnadas alimañas de la noche. Hacia el amanecer se vio revolotear tímidamente una mancha oscura por encima del pico más alto, y poco después la mancha se

había convertido en un verdadero enjambre. Justo antes de romper el día, el enjambre pareció extenderse, y un cuarto de hora más tarde se disipó en la lejanía, en dirección nordeste. Una o dos veces pareció caer algo desde la confusa bandada al mar, pero Carter no lo lamentó, porque sabía por propias observaciones que las bestias lunares no saben nadar. Finalmente, cuando los gules comprendieron que todas las descarnadas alimañas se habían marchado hacia Sarkomand y el Gran Abismo con su cargamento predestinado, la galera puso proa nuevamente hacia el puerto, pasó entre los cabos grisáceos, y toda la horrible tripulación bajó a tierra y deambuló curioseando por la roca desnuda, por sus torres y viviendas, y por sus fortificaciones cortadas en la piedra viva.

Horribles fueron los secretos que descubrieron en aquellas criptas malignas y ciegas, ya que los restos de sus interrumpidas diversiones eran abundantes y se hallaban en distintos grados de consumación. Carter apartó varias entidades que en cierto modo estaban vivas aún, y huyó presurosamente de otras sobre las que no estaba muy seguro de lo que se trataban. Las pestilentes viviendas estaban provistas en su mayoría de taburetes y bancos tallados en madera de árbol lunar, y sus paredes estaban decoradas con unos dibujos insensatos e indescriptibles. Había innumerables armas, herramientas y adornos por todas partes, y también algunos ídolos de gran tamaño, tallados en sólido rubí, que representaban a unos seres extraños jamás vistos en la tierra. Pese a su valor material, no invitaban a apropiárselos ni a seguir mirándolos por más tiempo, y Carter se tomó el trabajo de destrozar cinco de ellos y reducirlos a añicos. En cambio recogió las lanzas y jabalinas esparcidas, que, con la aprobación de Pickman, distribuyó entre los gules. Tales armas eran nuevas para estos seres corredores y perrunos, pero la relativa sencillez de su uso les facilitó su manejo después de unas breves indicaciones.

En las partes más elevadas de la roca había más templos que

viviendas, y en muchas cámaras excavadas en la piedra encontraron ciertos altares esculpidos de aspecto terrible, sobre los cuales había cuencos de dudosas manchas y santuarios destinados a adorar a unos seres aún más monstruosos que los dioses inexorables que reinan sobre Kadath. Del fondo de un gran templo arrancaba un pasadizo bajo y oscuro, por donde se introdujo Carter con una antorcha en la mano, que iba a desembocar en un inmenso recinto abovedado cuyos muros estaban adornados con unos relieves demoníacos. En el centro de este recinto descubrió la abertura de un pozo profundo y hediondo como el que viera en el horrible monasterio de Leng, en el salón donde mora solitario el gran sacerdote indescriptible. En la oscuridad lejana, al otro lado del pozo nauseabundo, le pareció vislumbrar un extraño postigo de bronce; pero, sin saber por qué, experimentó un indecible terror ante la idea de abrirlo o aun acercarse a él, por lo que se apresuró a volver junto a sus poco agraciados compañeros que andaban vagando con una tranquilidad y despreocupación que a él le era imposible compartir. Los gules también habían descubierto las inacabadas diversiones de las bestias lunares y las habían aprovechado a su manera. Habían encontrado también un tonel del poderoso vino lunar y se lo llevaban rodando hacia los muelles para cargarlo y emplearlo en sus negocios diplomáticos; pero el trío de gules rescatados, recordando el efecto que les había producido ese brebaje en Dylath-Leen, aconsejaron a sus compañeros que no lo probaran. En uno de los sótanos que había junto al agua descubrieron un gran almacén de rubíes de las minas lunares, unos pulidos y otros sin trabajar; pero cuando los gules comprobaron que no servían para comer, perdieron todo interés por ellos. Carter no quiso llevarse ninguno porque sabía demasiadas cosas de las criaturas que los habían extraído y labrado.

De pronto, se oyó la voz excitada de los centinelas que habían quedado en los muelles y los inmundos carroñeros interrumpieron sus

ocupaciones para mirar hacia el mar y ponerse en marcha hacia el puerto. Una nueva galera avanzaba veloz por entre los cabos grisáceos, y los seres casi humanos que iban a cubierta tardaron muy poco en darse cuenta de que la isla había sido saqueada, dando la alarma a las monstruosas entidades que remaban abajo. Por fortuna, los gules llevaban todavía las jabalinas y las lanzas que entre ellos había distribuido Carter. Y éste, apoyado por el gul que un día se llamara Pickman, ordenó formar en línea de batalla para evitar que el barco atracara. En la nueva galera se observó entonces un repentino movimiento de excitación, lo que le hizo comprender a Carter que la tripulación entera se había dado cuenta de que las cosas en el puerto no marchaban como ellos habrían esperado, y la repentina detención del barco mostraba claramente que se habían percatado del gran número de gules desembarcados. Tras un momento de duda, la galera recién llegada dio la vuelta en silencio y volvió a cruzar los cabos, pero los gules no pensaron ni por un momento que el peligro había quedado conjurado. La tenebrosa embarcación iría en busca de refuerzos, o quizá su tripulación intentaría desembarcar en algún otro punto de la isla; por ello, se envió a la cima un grupo expedicionario para ver cuál era el rumbo que tomaba el enemigo.

Muy pocos minutos después regresó precipitadamente un gul anunciando que las bestias lunares y los casi humanos estaban desembarcando por la parte de afuera de los morros, más hacia oriente, y que subían por caminos ocultos y salientes de la roca que a una cabra le resultarían casi impracticables. Inmediatamente después, la galera fue vista otra vez cruzando por delante del angosto canal, pero sólo fue cuestión de un segundo. Unos momentos más tarde, un segundo mensajero llegó jadeante de arriba para decir que otro grupo estaba desembarcando en el otro morro; esta vez el número de los que desembarcaban era muy superior a los que aparentemente cabían en la galera. Y el propio barco, movido con

lentitud por una diezmada fila de remos, avanzó entre los acantilados y entró en el fétido puerto como para presenciar la refriega e intervenir si fuera necesario.

Entre tanto, Carter y Pickman habían dividido a los gules en tres grupos, de los cuales dos se enfrentarían a cada una de las dos columnas invasoras y el tercero permanecería en el poblado. Los dos primeros grupos se apresuraron a trepar por las rocas, cada uno en su respectiva dirección, mientras el tercero se subdividía en dos partes, una destinada a tierra y otra al mar. La del mar, mandada por Carter, subió a bordo de la galera apresada y zarpó en busca de la otra, que a la vista de esta maniobra retrocedió por el canal y salió a mar abierto. Carter no la persiguió inmediatamente porque sabía que podían necesitarle con más urgencia en el poblado.

Mientras, los tres destacamentos de bestias lunares y casi humanos habían llegado a lo alto de los morros, y sus siluetas se perfilaban espantosas en ambos lados contra el cielo gris del atardecer. Las flautas infernales de los invasores habían comenzado a gemir, y el efecto general de aquellas procesiones híbridas y semiamorfas era tan nauseabundo como el hedor que efectivamente emanaba de aquellas blasfemias de cuerpo de sapo procedentes de la luna. Luego entraron en escena los dos grupos de gules, recortándose también en lo alto de las rocas. Empezaron a volar las jabalinas desde ambos lados; y los aullidos de los gules y los bestiales alaridos de los casi humanos se unieron progresivamente al gemido infernal de las flautas, formando una barahúnda demencial y caótica. A cada paso caían cuerpos por los estrechos precipicios de ambos acantilados, yendo a parar al mar abierto o a las aguas estancadas de la dársena, en cuyo caso eran absorbidos rápidamente hacia el fondo por ciertas entidades submarinas cuya presencia solamente delataban las prodigiosas burbujas que dejaban escapar.

Durante una media hora, esta batalla se desarrolló con increíble

ferocidad, hasta que los invasores fueron completamente liquidados en el acantilado de poniente. En el morro oriental, sin embargo, donde parecía estar presente el jefe de las bestias lunares, los gules no lo estaban pasando tan bien y retrocedían lentamente buscando la protección de las laderas. Pickman envió rápidamente refuerzos a este frente con el grupo del poblado que tanto había ayudado durante la primera fase del combate. Después, cuando hubo terminado la lucha en el lado oeste, los victoriosos supervivientes corrieron en auxilio de sus atribulados compañeros, forzando al enemigo a retroceder por la estrecha cresta del morro. Los casi humanos habían caído ya todos, pero el último de los horrores batrácicos luchaba desesperadamente y se defendía con las lanzas que empuñaba con sus poderosas y repugnantes patas. Había pasado la ocasión de emplear las jabalinas, y la lucha se convirtió en un duelo cuerpo a cuerpo en el que, por la estrechez de la cresta, no podían atacar a un tiempo más que unos pocos lanceros.

A medida que aumentaba la furia y el arrojo, aumentaba también el número de los que caían al mar. Los que iban a parar a las aguas del puerto encontraban una muerte innominada en las fauces de aquellas criaturas invisibles y burbujeantes; pero los que caían al mar abierto podían nadar hasta el pie del acantilado y agarrarse en los escollos. Por su parte, la galera del enemigo recogía las bestias lunares que podía. El acantilado era prácticamente inabordable, excepto por donde los monstruos habían desembarcado, de forma que a los gules que volvían del mar les fue imposible llegar al frente de la batalla y se quedaron en los escollos. Algunos de ellos cayeron bajo las jabalinas de la galera contraria o de las bestias lunares que estaban en lo alto del promontorio, pero los demás sobrevivieron y pudieron ser rescatados. Cuando el triunfo de los gules se vio seguro, la galera de Carter salió de entre los cabos y se dirigió hacia el barco enemigo que estaba en mar abierto, deteniéndose a recoger a los

gules que se habían agarrado a los escollos o nadaban aún en el océano. Varias bestias lunares que se habían refugiado en las rocas o en los arrecifes fueron rápidamente puestas fuera de combate.

Por último, cuando la galera de bestias lunares se hubo puesto a salvo alejándose de allí, y los enemigos desembarcados se hubieron concentrado en un solo punto, Carter hizo saltar una fuerza considerable al morro oriental, a espaldas del enemigo. Gracias a esta maniobra, la lucha fue efectivamente breve. Atacados en dos frentes, las fétidas entidades, ya vacilantes, fueron inmediatamente despedazadas o precipitadas al mar. Por fin, hacia el atardecer, los jefes de los gules comprobaron que el islote había quedado otra vez limpio de enemigos. La galera adversaria, entretanto, había desaparecido. Decidieron que lo más prudente sería abandonar la roca maligna, antes de que los horrores lunares consiguieran reclutar una horda numerosa y se lanzaran sobre ellos de nuevo.

De este modo, pues, llegó la noche. Pickman y Carter reunieron a todos los gules y les pasaron revista cuidadosamente, descubriendo que habían perdido más de la cuarta parte de sus efectivos en la refriega del día. Colocaron a los heridos en las literas del barco, ya que a Pickman le repugnaba la costumbre que tenían los gules de rematar y comerse a sus propios heridos, y los individuos disponibles fueron asignados a los remos o a los puestos en que pudieran ser más útiles. Bajo la fosforescencia de las nubes nocturnas, la galera se hizo a la mar, y Carter sintió el gran alivio de abandonar aquel islote de abominables misterios donde descubriera aquel recinto abovedado que tenía un pozo sin fondo y una repugnante puerta bronce, que tanto había inquietado a su imaginación. El día sorprendió al barco frente a los ruinosos muelles basálticos de Sarkomand, donde, como centinelas, aguardaban todavía algunas descarnadas alimañas de la noche. En lo alto de las columnas truncadas y de las esfinges erosionadas de aquella espantosa ciudad que había vivido y muerto antes de aparecer el

hombre sobre la tierra, las descarnadas alimañas velaban como negras gárgolas y fantásticas quimeras.

Los gules montaron su campamento entre las rocas derruidas de Sarkomand y despacharon a un mensajero con la misión de traer suficientes alimañas descarnadas para transportarles por los aires. Pickman y los demás jefes se mostraron efusivamente agradecidos por la ayuda que Carter les había prestado, y éste se dio cuenta de que sus planes iban efectivamente por buen camino, puesto que ahora podría pedir ayuda a sus repugnantes aliados no sólo para salir de la región del país de los Sueños en que se hallaban, sino también para emprender su última expedición en busca de los dioses que reinan sobre la desconocida Kadath y la maravillosa ciudad del sol poniente que tan extrañamente disipaban ellos de sus sueños. Por consiguiente, habló de estas cuestiones a los jefes de los gules y les dijo lo que sabía de la fría inmensidad donde se encuentra Kadath y de sus centinelas: tanto de los monstruosos shantaks como de las montañas esculpidas en forma de figuras bicéfalas. También les habló del miedo que los pájaros shantaks sienten por las descarnadas alimañas de la noche, y de cómo estos inmensos pájaros hipocéfalos salen chillando de sus negras madrigueras excavadas en lo alto de los picos desnudos y grises que separan el país de Inquanok de la odiosa meseta de Leng. Les habló asimismo de lo que había averiguado sobre las descarnadas alimañas de la noche en los frescos del monasterio del gran sacerdote indescriptible, y de cómo eran temidas incluso por los Grandes Dioses, y cómo su señor no era el caos reptante Nyarlathotep, sino el venerable e inmemorial Nodens, señor del Gran Abismo.

Carter contó todas estas cosas en el lenguaje de los gules allí reunidos, y luego les expuso a grandes rasgos la ayuda que tenía intención de solicitarles, no pareciéndole abusiva considerando los servicios que acababa de prestar últimamente a los perrunos y cartilaginosos carroñeros.



Les pidió vivamente que le facilitaran los servicios de un número suficiente de alimañas descarnadas para sobrevolar el reino de los shantaks y las montañas esculpidas, y llevarle a la inmensidad fría, más allá de los últimos puntos alcanzados por los mortales más osados. Quería volar hasta el castillo de ónice que domina desde lo alto la desconocida Kadath de la inmensidad fría, y presentarse ante los Grandes Dioses para pedirles ese acceso a la ciudad del sol poniente que Ellos le denegaban. Estaba seguro de que las descarnadas alimañas de la noche podrían llevarles hasta allí sin dificultades, sobrevolando los peligros que acechan en la llanura y aquellas horribles figuras bicéfalas esculpidas en la montaña que hacen de eternos centinelas en la penumbra gris. Gracias a las descarnadas criaturas astadas y sin rostro, no correría peligro alguno, puesto que eran temidas incluso por los Grandes Dioses. Y aun cuando surgiera cualquier dificultad inesperada por parte de los Dioses Otros, los cuales acostumbran a inmiscuirse en los asuntos de los benignos dioses de la tierra, las descarnadas alimañas no tendrían por qué preocuparse, ya que los infiernos exteriores son totalmente inocuos para unos seres voladores, mudos y silenciosos como ellos, cuyo amo y señor no es Nyarlathotep sino el poderoso arcaico Nodens. Un bando de diez o quince alimañas descarnadas sería sin duda suficiente, según Carter, para disuadir a los shantaks de cualquier intervención. Acaso fuera también conveniente llevar consigo algunos gules para dirigirlas, ya que los gules las conocen mejor que los hombres. La expedición podía dejarle a él en el interior del recinto amurallado de aquella fabulosa ciudadela de ónice, y esperar después a que regresara por la noche o les diese alguna señal. Mientras tanto, iría él a orar ante los dioses de la tierra. Si alguno de los gules se decidiera a escoltarle hasta el salón del trono de los Grandes Dioses, él se lo agradecería infinitamente, ya que la presencia de los gules podría añadir más peso e importancia a su petición. Pero Carter no quería insistir en este detalle; únicamente pedía que le transportaran primero ala

desconocida Kadath, y después a la última etapa de su destino, que sería la maravillosa ciudad del sol poniente, en el caso de que los Grandes Dioses accedieran a concederle su favor, o las Puertas del Sueño Profundo, en el bosque encantado, si sus súplicas resultaban vanas.

Mientras Carter hablaba, los gules todos escuchaban con gran interés, ya medida que pasaba el tiempo, el cielo se iba oscureciendo con las nubes de alimañas descarnadas que los mensajeros habían ido a buscar. Las aladas criaturas se posaron en semicírculo alrededor del ejército de gules, ya guardaron respetuosamente mientras sus perrunos cabecillas estudiaban la petición del viajero terrestre. El gul que un día fuera Pickman habló gravemente con sus compañeros, y al final ofreció a Carter mucho más de lo que él esperaba. Ya que Carter había ayudado a los gules en su lucha contra las bestias lunares, ellos le ayudarían en su atrevido viaje a las regiones de donde nadie ha regresado jamás; y no le transportarían sólo unas cuantas alimañas descarnadas, sino todo el ejército allí congregado: los gules veteranos de guerra y las alimañas descarnadas recién llegadas de refresco. Sólo quedaría en los muelles de Sarkomand una pequeña guarnición para custodiar la negra galera y el botín capturado en la roca desgarrada. Empezarían el vuelo en el omento que dijera Carter, y una vez llegados a Kadath, le escoltaría un numeroso séquito de gules mientras él exponía su petición a los dioses de la tierra, en su palacio de ónice.

Conmovido por una gratitud y satisfacción indescriptibles, Carter trazó los planes de este viaje audaz con los jefes de los gules. Decidieron que el ejército volaría muy alto por encima de la espantosa meseta de Leng, de su innominado monasterio y de sus perversos poblados de piedra. Se detendrían sólo en las inmensas cumbres grises para exigir información a los atemorizados shantaks, cuyas madrigueras convierten los picos más altos en verdaderas colmenas. Después, de acuerdo con la información obtenida de estos moradores de la altura, elegirían la ruta final y se

acercarían a la desconocida Kadath a través del desierto de las montañas esculpidas, al norte de Inquanok, o bien se remontarían a regiones más septentrionales de la propia meseta de Leng. Perrunos unos y desalmadas otras, a los gules y a las alimañas descarnadas no les asusta lo que puedan descubrir en esos desiertos jamás hollados, ni tampoco experimentan pavor alguno ante la idea de la egregia y solitaria Kadath con su misterioso castillo de ónice.

Hacia mediodía, los gules y las descarnadas alimañas se dispusieron a emprender el vuelo; cada gul escogió la pareja de portadores que más le convenía. Carter fue colocado a la cabeza de la columna, junto a Pickman; y delante de todos, a modo de vanguardia, se constituyó una doble fila de descarnadas alimañas de la noche. A una voz de Pickman, el horrible ejército se alzó como una nube de pesadilla por encima de las rotas columnas y las esfinges ruinosas de la primordial Sarkomand, y se fue elevando más y más, hasta rebasar incluso la gran vertiente de basalto que se erguía tras la ciudad. Ante ellos fueron apareciendo los alrededores de la fría, estéril altiplanicie de Leng. Y aún más, se remontó la oscura hueste voladora, hasta que esta misma altiplanicie comenzó a empequeñecerse por debajo de ellos; y cuando tomaron rumbo hacia el norte y sobrevolaron la espantosa meseta que el viento barría, Carter vio de nuevo, con un escalofrío de horror, el círculo de toscos monolitos y el chato edificio sin ventanas que, como él sabía muy bien, cobijaba a aquella blasfemia enmascarada de seda, de cuyas garras había escapado tan milagrosamente. Esta vez no descendieron cuando el ejército cruzó como una bandada de murciélagos por encima del desolado paisaje, iluminado por el débil resplandor de las hogueras, ni se pararon a observar las morbosas contorsiones de los astados seres casi humanos que allí danzan y tañen sus instrumentos sin descanso. Una de las veces vieron un shantak que volaba bajo, planeando sobre la llanura; pero cuando éste los descubrió, soltó un

chillido estremecedor y se alejó alocadamente hacia el norte, preso de un pánico indescriptible.

Al oscurecer, llegaron a los agrestes picos grises que forman la barrera de Inquanok y revolotearon en torno a esas cuevas que se abren junto a las cimas a las que tanto temen los shantaks. Ante los gritos insistentes de los jefes de los gules, brotó de cada madriguera una riada de negras alimañas astadas que luego se comunicaron con los gules y con sus monturas por medio de gestos repugnantes. Tras una breve deliberación, se llegó a la conclusión de que lo mejor sería dirigirse a la inmensidad fría por el norte de Inquanok, ya que el acceso por la meseta de Leng estaba plagado de trampas invisibles bastante desagradables aun para las descarnadas alimañas de la noche. Había, además, ciertos edificios semiesféricos contruidos sobre unas lomas extrañas, sobre los cuales se concentran influencias del abismo que la tradición popular relaciona con los Dioses Otros y el caos reptante Nyarlathotep.

Las roqueras alimañas de la noche no sabían nada de Kadath, salvo que podía tratarse de cierta ciudad maravillosa e imponente que había más al norte, custodiada por shantaks y montañas esculpidas. Aludieron a ciertas anormalidades desproporcionadas que existían por aquellas regiones jamás holladas, y recordaron vagas alusiones sobre un reino donde la noche impera eternamente; pero no pudieron aportar ningún dato concreto. Así que Carter y sus compañeros les dieron las gracias y, cruzando los más elevados picos de Granito que se alzan en los cielos de Inquanok, descendieron después bajo las fosforescentes nubes de la noche para contemplar de lejos esas terribles gárgolas que habían sido montañas, hasta que una mano gigantesca y terrible esculpiera en ella la imagen del terror.

Sentadas sobre sus patas traseras, formaban un semicírculo infernal. Sus bases se hundían en la arena del desierto y sus mitras traspasaban las nubes luminosas. Eran siniestras sus formas de lobos bicéfalos y sus rostros

airados, así como sus manos derechas levantadas en gesto amenazador. Hoscas y malignas, vigilaban los confines del mundo de los hombres y custodiaban las fronteras del frío mundo del norte en donde no existen los seres humanos. De sus entrañas espantosas surgieron los perversos shantaks, grandes como elefantes, pero huyeron lanzando chillidos enloquecedores cuando vislumbraron la vanguardia de alimañas descarnadas en el cielo brumoso. El alado ejército voló por encima de aquellas gárgolas grandes como montañas, y sobre leguas y leguas de tenebroso desierto donde jamás se había acotado un solo palmo de tierra. Las nubes se fueron haciendo cada vez menos luminosas, hasta que finalmente Carter se vio envuelto en tinieblas. No por ello vacilaron un momento sus portadores, criados en las más negras cavernas de la tierra y carentes de ojos, que se valían de toda la superficie de sus cuerpos resbaladizos y viscosos para orientarse. Y volaron más y más, y cruzaron vientos de extraños olores y ruidos de inquietante procedencia, siempre rodeados de la más espesa oscuridad, y recorrieron tan prodigiosas distancias que Carter se preguntó si no habrían dejado atrás el país de los Sueños terrestres.

De pronto, las nubes comenzaron a perder consistencia y aparecieron por arriba estrellas espectrales. Por abajo, todo seguía siendo oscuridad, pero los pálidos destellos del firmamento parecían palpar con un significado que jamás tuvieron en otro lugar. No es que los rasgos trazados por las constelaciones fuesen diferentes, sino que aquellas mismas formas conocidas parecían revelar una significación que antes ocultaban. Todo convergía hacia el norte; cada curva, cada asterismo del tachonado firmamento formaba parte de un vasto trazado cuya función era orientar la mirada, y después, al observador entero, hacia un objetivo terrible y secreto situado más allá de la helada inmensidad que se extendía infinitamente ante ellos. Carter miró hacia el este, donde la gran barrera de picachos

amurallaba las fronteras del país de Inquanok, y vio recortada en el firmamento su silueta mellada que ahora parecía más desgarrada aún con tremendas hendiduras y cumbres fantásticamente extravagantes. Carter estudió con atención los contornos y las curvas de aquel grotesco perfil, y sintió que éste, como las estrellas, le instaba a apresurarse hacia el norte.

Volaban a una velocidad prodigiosa, de suerte que Carter tenía que esforzarse sobremanera para captar algún detalle, cuando de pronto descubrió, justo por encima de la línea de picos y recortado contra las estrellas, un bulto oscuro que se desplazaba con una trayectoria paralela a la que llevaba su propia expedición. Los gules lo habían visto igualmente, y Carter los oyó murmurar entre ellos. Por un momento le pareció que se trataba de un shantak gigantesco, de un ejemplar de proporciones infinitamente mayores a las de su propia especie. Pero no tardó en comprobar que la forma que cruzaba por encima de las montañas no era ningún pájaro hipocéfalo. Su perfil recortado contra las estrellas, aun confuso, recordaba más bien a una inmensa cabeza mitrada, o a un par de cabezas unidas y enormes. Su rápido vuelo por el firmamento no parecía debido al impulso de unas alas. Carter no podía decir de qué lado de las montañas avanzaba, pero no tardó en darse cuenta, cada vez que la altitud de la cordillera descendía, de que la forma que había visto en un principio se prolongaba hacia abajo en un cuerpo que tapaba todas las estrellas.

Luego vino un profundo vacío en la cadena de montañas, donde los confines de la tramontana meseta de Leng se unían a la fría inmensidad por un gran desfiladero a través del cual brillaban pálidamente las estrellas. Carter prestó especial atención a este vacío, porque en él podría captar la silueta entera de aquella cosa inmensa que se desplazaba en un vuelo ondulante por encima de las cumbres. El objeto volador había avanzado algo, y todos los ojos de la expedición se quedaron fijos en la hendidura donde iba a aparecer entera la enorme silueta. Se acercó ésta poco a poco

por encima de las cumbres, moderando su marcha como si se hubiera dado cuenta de que había dejado atrás al ejército de gules. Hubo otro minuto de suspenso, y luego, fugazmente, se reveló de lleno la esperada silueta. De los labios de los gules brotó un grito espantoso y enloquecedor que expresaba todo el terror cósmico. El viajero sintió en el alma un frío como no había sentido jamás. Aquella silueta colosal y bamboleante que descollaba por encima de la cordillera era sólo la cabeza - una doble cabeza mitrada - bajo la cual, con su terrible inmensidad, avanzaba asaltos por el desierto helado el cuerpo monstruoso al cual pertenecía. Grande como una montaña, el monstruo caminaba de manera furtiva y silenciosa. Su gigantesca figura era entre humana y de hiena, y al trotar, su par de cabezas tocadas con una mitra cónica se recortaba contra el cielo hasta media altura del cenit.

Carter no llegó a perder el conocimiento, ni dejó escapar ningún grito, porque era un soñador veterano. Pero miró hacia atrás y se estremeció de horror al ver que aún venían más cabezas monstruosas recortadas por encima de los picos, avanzando furtivamente detrás de la primera. Y justo detrás de ellos, descubrió que tres de las figuras talladas en la montaña, cuyos perfiles se dibujaban sobre las estrellas del sur, caminaban sigilosa y pesadamente, dando a sus mitras una oscilación de varios miles de pies al bambolear sus cabezas. Las montañas esculpidas, pues, no habían permanecido en el semicírculo del norte de Inquanok, inmóviles en su hierática postura, con sus manos derechas tendidas hacia arriba. Tenían una misión que cumplir y no la habían descuidado. Pero era horrible que no hablaran jamás, que jamás hicieran el menor ruido al caminar.

Entre tanto, el gul que fue Pickman dio una orden a las descarnadas alimañas de la noche, y el ejército entero se elevó aún más en los aires. La columna ascendió velozmente hacia las estrellas, hasta que desaparecieron

de su vista todas aquellas sombras recortadas contra el cielo, tanto la inmóvil cordillera de granito gris como las mitradas montañas caminantes. Todo estaba oscuro abajo, mientras la voladora legión avanzaba hacia el norte entre vientos furiosos y risas invisibles que surgían del éter. Y ni un shantak ni otra clase de entidad menos deseable alzó el vuelo de las malignas inmensidades para perseguirles. Cuanto más avanzaban, más veloz se hacía el vuelo, hasta que su vertiginosa velocidad superó la de una bala de rifle, aproximándose a la de un planeta en su órbita. Carter se preguntaba cómo era posible que a esa velocidad tuvieran aún la tierra debajo de ellos, pero recordó que en el País de los Sueños, las dimensiones poseían extrañas propiedades. Estaba convencido de que se encontraban en una región de noche eterna, y se figuró que las constelaciones de la bóveda celeste habían acentuado sutilmente su orientación al norte, juntándose todas allá arriba como para arrojar al ejército volador al vacío del polo boreal, de la misma manera que se comprimen los pliegues de un saco para arrojar a su fondo hasta la última mota de su contenido.

Entonces observó aterrado que las alas de las alimañas descarnadas habían dejado de moverse. Las astadas criaturas sin rostro habían plegado sus apéndices membranosos y permanecían totalmente pasivas en el caos huracanado que giraba y reía mientras las arrastraba. Una fuerza extraterrestre había atrapado al ejército, y los gules y las descarnadas alimañas de la noche se hallaban a merced de un remolino irresistible que los sorbía hacia el norte, de donde jamás ha regresado mortal alguno. Finalmente vislumbraron una pálida luz solitaria en la raya del horizonte, la cual se fue elevando a medida que ellos se acercaban, y bajo ella vieron extenderse una masa negra que tapaba las estrellas. Carter entendió que debía de ser algún faro situado sobre una montaña, ya que sólo una montaña podía ser tan enorme como para verse desde tan prodigiosa altura.

La luz se fue elevando más y más, así como la negrura que parecía



sostenerla, hasta que la mitad del firmamento septentrional quedó oscurecido por aquella masa cónica y rugosa. Aun cuando el ejército viajaba a una altura inconcebible, aquel faro pálido y siniestro se alzaba por encima de él, descollando monstruosamente sobre todas las cumbres y demás accidentes de la tierra, hasta alcanzar el éter inconsistente donde oscilan la luna misteriosa y los locos planetas. Aquella montaña que se alzaba frente a ellos no era ninguna de las conocidas por el hombre. Las altas nubes de allá abajo no formaban sino una orla en torno a sus estribaciones, y el aire irrespirable de las más altas capas de la atmósfera no era sino una franja para los flancos. Aquel puente entre la tierra y el cielo ascendía espectral y altivo, tenebroso en la noche eterna, y estaba coronado por una diadema de desconocidas estrellas cuyo espantoso y significativo trazado se iba haciendo cada vez más evidente. Los gules chillaron aterrados al descubrirlo, y Carter se estremeció ante la posibilidad de que todo el veloz ejército se estrellara contra el ónice impertérrito de aquella muralla ciclópea.

Y la luz siguió elevándose más y más, hasta confundirse con las esferas más altas del cenit, y parpadeó hacia ellos como en un gesto de espeluznante sarcasmo. Por debajo de la luz pálida, solitaria, inasequible, el norte ya no era más que una espesa negrura, una espantosa tiniebla petrificada que se alzaba desde infinitas profundidades a alturas ilimitadas. Carter examinó la luz más atentamente, y distinguió por fin las formas y las líneas de la masa negra que se recortaba sobre las estrellas del cielo. Eran unas torres que descollaban en lo alto de aquel monte gigantesco, unas horribles torres rematadas por cúpulas distribuidas en incalculables filas y agrupaciones, más fantásticas de lo que el hombre se crea capaz de imaginar. Murallas y terrazas maravillosas y amenazantes, pero negras y diminutas en la lejanía, se recortaban contra la estrellada diadema que resplandecía maligna en el borde superior de aquella monstruosa visión.

Coronando aquel conjunto inconmensurable de montañas había, pues, un castillo que rebasaba toda humana fantasía, y en él brillaba una luz diabólica. Entonces fue cuando Randolph Carter comprendió que el viaje tocaba a su fin; porque lo que tenía ante sí era el objeto de todas sus prohibidas andanzas y audaces visiones: la fabulosa, la increíble mansión de los Grandes Dioses, erigida en lo más elevado de la *Ignorada Kadath*.

En el mismo momento en que se daba cuenta de esto, notó Carter un cambio en la trayectoria de su expedición, inexorablemente sorbida por el viento. Se estaban elevando bruscamente, y era evidente que el destino de esta loca travesía era el castillo de ónice donde brillaba la pálida luz. Tan cerca estaban de la gran montaña tenebrosa, que sus laderas desfilaban vertiginosamente junto a ellos mientras ascendían; y con la oscuridad no podían distinguir en ellas ninguno de sus detalles. Más y más crecían las inmensas torres negras de aquel castillo tenebroso, y Carter sintió que eran blasfemas por su misma inmensidad. Sus sillares podían muy bien haber sido tallados por los abominables canteros de aquel horrible abismo abierto en la roca del monte que viera en Inquanok, porque sus dimensiones eran tales que junto a ellos un hombre parecía encontrarse al pie de una de las más grandes fortalezas de la tierra. La diadema de desconocidas estrellas fulguraba con un resplandor lívido y enfermizo por encima de las torres infinitas de altísimas cúpulas, y esparcía una penumbra fantasmal alrededor de las sombrías murallas de bruñido ónice. Ahora se veía que la pálida luz que habían vislumbrado de lejos no era sino una ventana iluminada en la más alta de las torres; y mientras el desamparado ejército se aproximaba a la cúspide de la montaña, a Carter le pareció distinguir unas sombras inquietantes que se desplazaban lentamente por su interior. Tenía la ventana unos arcos muy singulares, y su trazado resultaba absolutamente desconocido en la Tierra.

La sólida roca dio paso entonces a los cimientos gigantescos del

monstruoso castillo, y la velocidad del grupo pareció moderarse un poco. Aparecieron las enhiestas murallas y luego surgió un vasto pórtico a través del cual fueron absorbidos los viajeros. La oscuridad reinaba en el titánico patio de armas, pero luego se sumieron en una oscuridad más espesa aún al precipitarse la columna voladora en un portal de arcos inmensos. En la tenebrosa oscuridad de aquellos laberintos de ónice se formaron torbellinos de viento húmedo y frío, y Carter no llegó a saber jamás qué gigantescas escalinatas y corredores atravesaron en aquella loca carrera que no parecía terminar nunca. El impulso terrible los arrastraba invariablemente hacia arriba, y ni un ruido, ni un roce, ni un destello fugaz rasgó el espeso velo del misterio. El ejército de gules y descarnadas alimañas de la noche era innumerable, pero aun así se perdía en los prodigiosos espacios de aquel castillo supraterrrestre. Y cuando finalmente se halló en el interior de la extraña habitación de la torre cuya altísima ventana iluminada había servido de faro, Carter tardó bastante tiempo en distinguir las lejanas paredes y el techo distante que sostenían, y en comprender que no se encontraba en un espacio abierto e ilimitado.

Randolph Carter había abrigado el propósito de penetrar en la sala del trono de los Grandes Dioses con todo aplomo y dignidad, escoltado por las impresionantes filas de gules en riguroso orden de ceremonia, y de presentar su petición como un gran señor, libre y poderoso entre los soñadores. Sabía que es posible tratar con los Grandes Dioses, pues éstos no superan en poderío a los mortales, y había confiado en que los Dioses Otros y Nyarlathotep, el caos reptante, no vendrían a ayudarles en el momento decisivo, como había sucedido tantas veces cuando los hombres trataron de llegar a la morada de los dioses terrestres o a sus montañas. Y gracias a su escolta horrenda había confiado en poder desafiar incluso a los Dioses Otros, si llegaba el caso, pues los gules no tienen dueño ni señor, y las descarnadas alimañas de la noche no obedecen a Nyarlathotep, sino sólo

al arcaico Nodens. Pero ahora veía que la excelsa Kadath, en el centro de la inmensidad fría, estaba cercada por oscuras maravillas e innominados centinelas, y que los Dioses Otros vigilan atentamente a los benévolos y tolerantes dioses terrestres. Pese a carecer de poderío sobre gules y alimañas descarnadas, las desalmadas y amorfas blasfemias de los espacios exteriores pueden, sin embargo, imponerse a ellos cuando llega el momento. Por consiguiente, no fue con las prerrogativas de libre y poderoso señor de soñadores como Randolph Carter llegó al salón del trono de los Grandes Dioses con su séquito de gules. Arrastrado en caótica confusión por tempestuosos torbellinos cósmicos, y acosado por los horrores invisibles de la inmensidad boreal, el ejército entero flotó cautivo e impotente en la cárdena penumbra, hasta que se derrumbó en el suelo de ónice cuando, obedeciendo a una orden muda, los vientos del terror e disiparon.

Randolph Carter no llegó ante ningún dorado dosel ni vio allí círculo alguno de augustos seres nimbados de rasgados ojos, largas orejas, fina nariz y barbilla puntiaguda, cuyo parecido con el rostro esculpido de Ngranek pudiera señalarles como Aquellos a quienes debía dirigir sus plegarias. Aparte de aquella habitación solitaria de lo alto de la torre, el castillo de ónice que dominaba Kadath estaba totalmente a oscuras, y sus moradores no estaban allí. Carter había llegado a la desconocida Kadath de la inmensidad fría, pero no había encontrado a los dioses. Sin embargo, la desmayada luz brillaba en aquella habitación de la torre de dimensiones inmensas, cuyos muros y techo casi se perdían de vista en las brumas de la distancia. Era evidente que los dioses terrestres no estaban allí, pero de algún modo se percibían ciertas presencias menos visibles: allí donde están ausentes los dioses benignos de la Tierra, los Dioses Otros no dejan de tener representación. Y ciertamente el castillo de los castillos de ónice estaba muy lejos de hallarse deshabitado. Carter no podía ni figurarse qué

formas atroces revestiría el terror a continuación. Presentía que su visita era esperada, y se preguntaba cuán cerca habría venido vigilándole el caos reptante Nyarlathotep. Porque es a Nyarlathotep, horror de infinitas formas y espíritu terrible, mensajero de los Dioses Otros, a quien sirven las fungosas bestias lunares. Y Carter recordó la negra galera que había desaparecido cuando las entidades lunares con cuerpo de sapo vieron perdida la batalla en la desgarrada roca que emerge del mar.

Reflexionando sobre estas cosas, sentía temblar sus piernas en medio de la horda de pesadilla que le acompañaba, y de pronto, sin previo aviso, resonó en aquella cámara ilimitada y oscura el espantoso bramido de una trompeta infernal. Por tres veces sonó aquella espeluznante llamada de bronce, y cuando enmudecieron los ecos de la tercera, Randolph Carter se dio cuenta de que estaba solo. No comprendía cómo, adónde o por qué razón habían desaparecido los gules y las descarnadas alimañas de la noche. Sólo sabía que de pronto se hallaba solo y que, fueran cuales fuesen los poderes que acechaban invisibles en torno suyo, no pertenecían al amistoso País de los Sueños de la Tierra. En este momento brotó un nuevo sonido de los últimos rincones de la estancia. Era también un ritmo de trompeta, pero de naturaleza completamente diversa a los roncos clarinazos que habían aniquilado a su excelente cohorte. Era ahora una suave melodía en la que resonaban todo el encanto y la maravilla de los sueños etéreos. Exóticos paisajes de inimaginable belleza brotaban de cada acorde singular y de cada cadencia delicada. Y el aroma de los inciensos se conjugaba con aquellas notas doradas. Y un gran resplandor difundió por el espacio en círculos concéntricos de colores desconocidos en el espectro luminoso de la Tierra, y se cambiaban según el ritmo de las trompetas componiendo fantásticas y armónicas sinfonías de luz. Unas antorchas brillaron a lo lejos, y un batir de tambores se fue acercando en medio de una atmósfera de tensa expectación.

De las brumas que se disolvían y de las nubes de extraños inciensos surgieron dos columnas paralelas de esclavos negros vestidos con taparrabos de seda iridiscente. Sobre la cabeza portaban, en forma de cascos, antorchas de reluciente metal de las que emanaban los vapores de unos bálsamos misteriosos. En la mano derecha llevaban unas varillas de cristal cuyo extremo superior ostentaba la figura de una quimera, mientras en la mano izquierda empuñaban las largas trompetas de plata que hacían sonar. Llevaban todos ajorcas y brazaletes unidos a una larga cadena de oro, lo cual les obligaba a marcar un paso lento y majestuoso. Lo primero que saltaba a la vista era que se trataba de auténticos hombres negros de la zona terrestre del País de los Sueños, pero ya parecía menos evidente que aquellos ritos y aquellos atavíos fueran de la Tierra. Las columnas se detuvieron a unos diez pasos de Carter, al tiempo que sus componentes se llevaban sus trompetas a los labios. El sonido que produjeron fue místico y salvaje; pero más salvaje fue el grito que brotó inmediatamente después de las oscuras gargantas haciéndole estremecer.

Entonces, por el amplio pasillo que formaban las dos columnas, avanzó una figura alta y delgada. Tenía el rostro de un joven faraón. Iba vestida con elegantes ropajes prismáticos y coronada por una diadema dorada que parecía relucir con luz propia. Se aproximó a Carter aquella figura majestuosa, cuyo porte regio y nobles rasgos le imprimían la fascinación de un dios de las tinieblas o de un arcángel caído, en tanto que sus ojos parecían ocultar el lánguido centelleo de un humor caprichoso. Entonces habló, y en su voz melodiosa vibró la música salvaje de las corrientes de Leteo:

- «Randolph Carter - dijo la voz -. Has venido a ver a los Grandes Dioses, a quienes les está prohibido tener tratos con los hombres. Los centinelas han venido a decirlo y los Dioses Otros han gruñido mientras bailaban torpemente sus danzas estúpidas al son de las flautas, en el vacío

final donde mora el sultán de los demonios cuyo nombre no se ha pronunciado jamás.

»El sabio Barzai escaló el Hatheg-Kla para ver danzar y ulular a los Grandes Dioses por encima de las nubes a la luz de la luna, y ya no regresó nunca más. Los Dioses Otros estaban allí, e hicieron lo que cabía esperar. Zenig de Aphorat trató de llegar a la desconocida Kadath de la inmensidad fría, y ahora su cráneo adorna el anillo del dedo meñique de alguien a quien no es necesario nombrar aquí.

»Pero tú, Randolph Carter, has arrostrado todos los obstáculos de la zona terrestre del País de los Sueños, y aún estás inflamado por el fuego de tu aventura. No has venido por curiosidad, sino para cumplir con tu deber; y no has dejado nunca de venerar a los benevolentes dioses de la Tierra. Sin embargo, estos mismos dioses son los que te han alejado de la maravillosa ciudad del sol poniente de tus sueños, y lo han hecho por mezquina codicia; porque ciertamente deseaban poseer la fantástica belleza de esa ciudad forjada por tu fantasía, y han jurado que en adelante ningún otro lugar será su morada.

»Y así, han abandonado este castillo que poseen en la ignorada Kadath para instalarse en tu ciudad maravillosa. Y allí, durante el día, recorren el palacio de mármol veteado; y cuando el sol se pone, salen a los perfumados jardines para contemplar el dorado esplendor de los templos y columnatas, los arcos de los puentes y los plateados surtidores de las fuentes, las grandes avenidas flanqueadas de ánforas cubiertas de flores y las hileras de relucientes estatuas de marfil. Y cuando llega la noche, suben a las altas terrazas y allí se sientan al relente, en los bancos de pórfido, a escudriñar las estrellas, o se apoyan en las blancas balaustradas a contemplar la encrespada marca de techumbres y a ver cómo se van encendiendo, una a una, las ventanitas de los viejos y picudos hastiales con la luz acogedora y amarillenta de las velas.

»A los dioses les gusta tu maravillosa ciudad, y han abandonado sus maneras de dioses. Han olvidado las altas regiones de la Tierra y las montañas que los habían visto de jóvenes. La Tierra ya no tiene dioses que sean propiamente tales, y únicamente los Dioses Otros de los espacios exteriores gobiernan la inmemorable Kadath. En el lejano valle de tu juventud, Randolph Carter, juegan ahora sin tribulaciones los Grandes Dioses. Has soñado demasiado bien, ¡oh, prudente soñador! Has conseguido que los dioses del sueño se alejen del mundo de las visiones comunes a todos los hombres, para instalarse en un universo que es enteramente tuyo. Y de los pequeños sueños de tu niñez, has sabido edificar una ciudad más hermosa que todas las quiméricas fantasías nacidas hasta ahora.

»No es bueno que los dioses de la Tierra abandonen sus tronos para que la araña hile en ellos su tela y los Dioses Otros gobiernen a su manera tenebrosa. Y no dudarían los poderes exteriores en arrastrarte al caos y al horror, Randolph Carter, ya que eres la causa de su zozobra, si no supieran que tú eres el único que podría hacer que los dioses volvieran a su mundo. En esa zona semivigil del país de los Sueños que te pertenece no puede influir ningún poder de las últimas tinieblas, y sólo tú puedes convencer amablemente a los Grandes Dioses para que salgan de tu maravillosa ciudad del sol poniente, a través de la región crepuscular del norte, y retornar al lugar que les corresponde: a la cima de la ignorada Kadath, de la inmensidad fría.

»De modo, Randolph Carter, que en nombre de los Dioses Otros, te perdono y te conmino a que cumplas puntualmente lo que yo te ordene. Y mi orden es que busques tu propia ciudad del sol poniente y que envíes acá a los traviesos y soñolientos dioses a quienes aguarda el mundo de los sueños. Note será difícil descubrir ese rosado capricho de los dioses, esa fantasía de trompetas celestiales, ese clamor de címbalos inmortales, ese



lugar misterioso que te han hecho buscar por los recintos del mundo vigil y por los abismos del sueño, atormentándote con insinuaciones de recuerdos evanescentes, con el dolor de las cosas perdidas, trascendentales y terribles. No te será difícil encontrar ese símbolo, esa reliquia de tus días de ensueño; porque, en verdad, no es sino la gema inalterable y eterna donde toda maravilla fulgura cristalizada, iluminando tu camino nocturno. ¡Escucha!, no es a través de mares desconocidos por donde debes dirigir tus pasos, sino a través de años conocidos y pasados, hacia las visiones luminosas de tu infancia, hacia esas vivencias empapadas de sol y de magia que los viejos paisajes despiertan en una mirada joven.

»Pues sabe que tu dorada y marmórea ciudad de ensueño no es sino la suma de todo lo que has visto y amado de tu infancia. Está formada con el esplendor de los puntiagudos tejados de Boston y las ventanas de poniente encendidas por los últimos rayos del sol; con la fragancia de las flores del Common, la inmensa cúpula erguida en lo alto de la cuesta, y el laberinto de buhardillas y chimeneas que se alzan en el valle violáceo donde el Charles discurre perezosamente por debajo de los innumerables puentes. Todas estas cosas contemplaste, Randolph Carter, cuando tu nodriza te sacó a pasear por primera vez un día de primavera, y será lo último que verás con ojos de nostalgia y de amor. Y tiene también la imagen de Salem y su historia sombría; y la de la espectral Marblehead que escaló rocosos precipicios en los siglos del pasado; y el esplendor glorioso de las torres de Salem y de los campanarios que se ven a lo lejos desde los prados de Marblehead y desde el puerto tras el cual se pone siempre el sol.

»Y la ciudad de tu sueño está hecha de la fantástica y señorial Providence con sus siete colinas en torno al puerto azul, con sus terrazas de césped que conducen a campanarios y ciudadelas de una antigüedad viva aún; y de Newport, que se eleva fantasmal desde su escollera. Y de Arkham también, con sus techumbres invadidas por el musgo, y sus praderas

ondulantes y rocosas. Y de la antediluviana Kingsport, blanqueada por los años, ciudad de innumerables chimeneas y muelles desiertos y buhardillas torcidas; y de la maravilla de sus acantilados sobre el mar, y del océano cubierto de brumas lechosas en cuyas aguas se mecen las boyas tintineantes.

»En tu ciudad están los fríos valles de Concord, los empedrados callejones de Portsmouth, los caminos rústicos y umbríos de New Hampshire, cuyos olmos gigantescos casi ocultan las blancas paredes de las viejas granjas y las caídas techumbres de los pozos. Están los muelles salitrosos de Gloucester y los mimbrales de Truro azotados por el viento. Están los paisajes con pueblecitos lejanos y torres de campanario, y los montes que se alzan tras las colinas a lo largo de la Costa del Norte, y las sosegadas laderas rocosas y las cabañas bajas cubiertas de hiedra, construidas al socaire de los enormes farallones que se elevan en la región septentrional de Rhode Island. Están el olor a mar, la fragancia de los campos, el hechizo de los bosques oscuros y la alegría de los huertos y jardines al amanecer. Todas estas cosas, Randolph Carter, son tu ciudad; porque todas ellas son tu mismo ser. Nueva Inglaterra te ha dado la vida y ha derramado en tu espíritu un límpido encanto que no puede perecer. Este encanto, moldeado, cristalizado y bruñido por los años de recuerdos y de ensueños constituye la misma esencia de tus maravillosas terrazas y tus puestas de sol, Y para encontrar ese antepecho de mármol ornado de extraños jarrones y balaustradas esculpidas, y para descender finalmente por esas escalinatas deslumbrantes hasta las plazas anchísimas y las fuentes prismáticas de tu ciudad, sólo necesitas retroceder a los pensamientos y visiones de tu juventud llena de anhelos.

»¡Mira! A través de esa ventana brilla la luz eterna de las estrellas. Pues esa misma luz brilla ahora sobre los paisajes que has conocido y estimado, y se nutre de sus encantos para brillar después con más belleza

sobre los jardines del sueño. Mira allá a Antarés, que en este instante brilla también sobre los tejados de Tremont Street. Tú podrías verla desde tu ventana de Beacon Hill. Y más allá de esas estrellas se abren los abismos desde donde he sido enviado por mis amos desprovistos de alma. Algún día podrás atravesar tú también esos espacios; pero si eres prudente, te cuidarás de cometer tal insensatez, porque de todos los mortales que han estado allí y han regresado, sólo uno conserva sano su entendimiento tras los horrores lacerantes y desgarradores del vacío. Horrores y blasfemias se devoran unos a otros en el espacio, y en los más pequeños hay más maldad que en los mayores. Pero esto ya lo sabes por los hechos de los que han intentado entregarte a mí, mientras que yo ni siquiera albergaba propósito alguno de hacerte el menor daño, y aun te habría ayudado hace mucho a llegar hasta aquí, de no haber estado ocupado en otros servicios y de no haber tenido la seguridad de que encontrarías el camino por ti mismo. Elude, pues, los infiernos exteriores y concéntrate en las cosas apacibles y bellas de tu juventud. Descubre tu maravillosa ciudad y expulsa de ella a los perezosos Grandes Dioses. Convénceles para que regresen a los escenarios de su propia juventud, donde se aguarda con inquietud su llegada.

»Pero más fácil aún que el confuso camino de los recuerdos es el que voy a preparar para ti. ¡Mira! Ahí viene un monstruo shantak guiado por un esclavo que, para no perturbar tu espíritu, ha sido obligado a permanecer invisible. Monta y prepárate. ¡Ya! Yogash el negro te ayudará a cabalgar sobre este pájaro repugnante. Dirígete hacia la estrella más brillante que veas junto al sur del cenit: es Vega. Y dentro de dos horas te hallarás en una terraza de tu ciudad del sol poniente. Pero sólo irás en esa dirección hasta que oigas una lejana canción en lo alto del éter. Más arriba acecha la locura, así que contén al shantak en cuanto te sientas atraído por la primera nota de esa canción. Mira entonces hacia la Tierra, y verás brillar el fuego inmortal del altar de Ired-Naa que se alza en la terraza

sagrada de un templo. Ese templo se encuentra en tu deseada ciudad del sol poniente, así que dirígete hacia él antes de que empieces a prestar atención a esos cánticos. porque de lo contrario estarás perdido.

»Cuando estés llegando ya a la ciudad, busca el elevado parapeto desde donde contemplabas el esplendoroso espectáculo en tiempos pasados, y castiga al shantak hasta que lo oigas chillar. Los Grandes Dioses, sentados en las perfumadas terrazas, lo oirán; y al reconocer ese chillido, sentirán tal nostalgia y añoranza que ninguna de las maravillas de tu ciudad les consolará de la ausencia de su lúgubre castillo de Kadath y de la diadema de estrellas que lo corona.

»Entonces debes aterrizar entre ellos con el shantak y dejarles ver y tocar el nauseabundo pájaro hipocéfalo, a la vez que les hablas de la ignorada Kadath, de la que tan poco tiempo hace que habrás salido. Y les contarás cuán hermosos y oscuros son los salones del castillo donde ellos solían brincar y gozar envueltos en un halo glorioso. Y el shantak les hablará a la manera de los shantak, pero nada les persuadirá tanto como el recuerdo de los tiempos pasados.

»Una y otra vez deberás hablar a los errabundos Grandes Dioses de su hogar y de su juventud, hasta que finalmente comenzarán a sollozar y te pedirán que les enseñes el camino de regreso, pues ellos lo han olvidado. Entonces puedes desprenderte del shantak y enviarlo hacia el cielo, y él lanzará al aire la llamada de su especie. Al oírla, los Grandes Dioses empezarán a dar saltos y cabriolas y, recobrando su antiguo júbilo, se lanzarán en pos del pájaro repugnante volando como vuelan los dioses; y cruzarán los profundos abismos del cielo hasta llegar a sus familiares torres y cúpulas de Kadath.

»Entonces la maravillosa ciudad del sol poniente será tuya, y podrás habitarla y gozar de ella para siempre; y otra vez los dioses de la Tierra regirán los sueños de los hombres desde su mansión habitual. Vete ahora:

la puerta está abierta y las estrellas aguardan en el exterior. Ya jadea y resuella tus hantak con impaciencia. Vuela hacia Vega a través de la noche, pero tuerce tu rumbo cuando oigas los primeros cánticos. No olvides mi consejo, no vayas a ser absorbido por horrores inconcebibles hacia un abismo de locura. Acuérdate de los Dioses Otros: son inmensos y terribles, carecen de alma y acechan en los vacíos exteriores. Ellos son los dioses que a todo trance debes evitar.»

*¡Hei! ¡Aa-shanta 'nygh! ¡Eres libre! Devuelve los dioses terrestres a la morada que poseen en la ignorada Kadath, y ruega a todo el espacio que jamás llegues a verme en ninguna de mis otras mil encarnaciones. ¡Adiós, Randolph Carter, y guárdate de mí, porque yo soy Nyarlathotep, el Caos Reptante!».*

Y Randolph Carter, perplejo y confuso, a lomos de su shantak, salió disparado al espacio, hacia el parpadeo azul y frío de Vega. Se volvió y miró hacia atrás, y contempló la caótica confusión de torres de aquella pesadilla hecha ónice, en donde todavía brillaba el cárdeno resplandor solitario de la ventana por encima del aire y de las nubes de la zona terrestre del país de los Sueños. Junto a él desfilaron horrores enormes en forma de pólipos, y oyó los aletazos de una bandada de invisibles murciélagos; pero siguió agarrado a la sucia crin de aquel nauseabundo e hipocéfalo pájaro escamoso. Las estrellas danzaban burlescas, y a cada momento parecían cambiar de posición para formar unos signos fatales que casi se podían descifrar, aun cuando no hubieran sido vistos antes jamás, y los vientos inferiores aullaban constantemente en las vagas tinieblas y en las soledades de más allá del cosmos.

De pronto, de la bóveda resplandeciente que le envolvía descendió un silencio premonitorio, y todos los vientos y horrores se escabulleron como se disipan las sombras de la noche con las claridades del alba. En oleadas temblorosas de luz sobrenatural, comenzaron a hacerse audibles los

primeros atisbos de una melodía lejana cuyos apagados acordes resultaban ajenos a nuestro universo. Y cuando estos acordes crecieron, el shantak levantó las orejas y se lanzó adelante, y Carter se inclinó para escuchar también aquella fascinante melodía. Era una canción; pero una canción que no provenía de voz alguna, una canción que cantaban la noche y las esferas, y que ya era vieja cuando nacieron el espacio, y Nyarlathotep, y los Dioses Otros.

El shantak apresuró el vuelo y su jinete se inclinó aún más, embriagado por visiones de inconcebibles abismos, preso en torbellinos de cristal de un poder ultraterreno. Luego, demasiado tarde ya, recordó la advertencia, el sarcástico aviso que le diera el emisario diabólico, previniéndole contra la locura que acecha en esa canción. Sólo para burlarse de él le había señalado Nyarlathotep el camino de la salvación que conduce a la maravillosa ciudad del sol poniente; sólo para mofarse de él había revelado el negro mensajero el secreto de los traviesos dioses terrestres, a quienes tan fácilmente podría haber conducido a Carter. Pero la locura y la salvaje venganza del vacío son las únicas mercedes que Nyarlathotep concede a los presuntuosos. Aunque el jinete se esforzaba por hacer que diera media vuelta su repugnante montura, el shantak, riendo y agitando sus enormes alas viscosas con maligno regocijo, proseguía su impetuosa carrera hacia esos pocos impíos adonde no llega jamás ningún sueño, hacia esa vorágine amorfa y final de la más negra confusión donde babea y blasfema en el centro del infinito el estúpido sultán de los dominios, Azathoth, cuyo nombre jamás se atrevieron labios algunos a pronunciar.

Sin desviarse un solo punto, obediente a los órdenes del innoble emisario de los Dioses Otros, aquel pájaro infernal se precipitaba por entre las multitudes de seres sin forma que acechan y se retuercen en las tinieblas, por entre manadas de entidades necias que van a la deriva en el

espacio exterior, palpando y arañando, y arañando y palpando; larvas abominables que son de los Dioses Otros y que, como ellos, carecen de ojos y de espíritu, y están poseídas en cambio de una sed y un hambre insaciables.

Firme siempre y sin desviarse un ápice, riendo bulliciosamente al escuchar las burlas y las carcajadas cósmicas en que se había convertido la canción de la noche y las esferas, aquel monstruo escamoso e inflexible transportaba a su indefenso jinete. Con la velocidad de un meteoro rasgó el límite extremo de los abismos exteriores. Atrás quedaron las estrellas y los distintos reinos de la materia, y atravesó el vacío sin forma, más allá del tiempo, hacia las inconcebibles cavidades donde, en la absoluta oscuridad, roe Azathoth - voraz y amorfo - al ritmo sordo y enloquecedor de unos tambores perversos y unas flautas execrables de tenue y monótono gemido.

Adelante seguía el viaje enloquecedor, a través de unos abismos henchidos de aullidos cósmicos y poblados de oscuras criaturas sin nombre...Y entonces, en la mente del predestinado Randolph Carter surgió una imagen y un pensamiento venidos desde algún lejano y brumoso lugar de paz. Nyarlathotep había planeado demasiado bien su burla y su tormento al despertarle recuerdos que ni la más aterradora experiencia podría borrar totalmente de su alma: su casa, Nueva Inglaterra, Beacon Hill, su mundo vigil.

«Porque sabe que tu dorada y marmórea ciudad de ensueño no es sino la suma de todo lo que has visto y amado en tu infancia. Está hecha con el esplendor de los puntiagudos tejados de Boston y con las ventanas de poniente encendidas por los últimos rayos del sol; con la fragancia de las flores del Common, la inmensa cúpula erguida en lo alto de la cuesta, y el laberinto de buhardillas y chimeneas que se alzan en el valle violáceo donde el Charles discurre perezosamente por debajo de los innumerables puentes... Este encanto, moldeado, cristalizado y bruñido por los años de

recuerdos y de ensueños, constituye la misma esencia de tus maravillosas terrazas y tus puestas de sol; y para hallar ese antepecho de mármol ornado de extraños jarrones y balaustradas esculpidas, y para descender finalmente por esas escalinatas deslumbrantes hasta las plazas anchísimas y las fuentes prismáticas de tu ciudad, sólo necesitas retroceder a los pensamientos y visiones de tu juventud llena de anhelos».

Adelante, adelante, siempre adelante, a una velocidad prodigiosa en dirección al destino final proseguía el viaje, a través de las tinieblas en donde unas entidades ciegas palpan el espacio con sus tentáculos y husmean con sus hocicos viscosos mientras otros seres abominables ríen y ríen locamente. Sin embargo, aquella imagen y aquel pensamiento habían aparecido en la mente de Randolph Carter, y éste comprendió claramente que estaba soñando y sólo soñando, y que en algún lugar existía aún el mundo vigil y la ciudad de su infancia. Volvió a recordar las palabras: «Sólo necesitas retroceder a los pensamientos y visiones de tu juventud llena de anhelos». Retroceder...,retroceder... La negrura le envolvía por todas partes, pero Randolph Carter pudo retroceder.

Pese a hallarse casi paralizado por un vértigo que embotaba sus sentidos, Randolph Carter pudo dar la vuelta y moverse. Había recobrado el movimiento y, si quería, podía saltar del perverso shantak que le conducía fatalmente al destino señalado por Nyarlathotep. Podía saltar, y desafiar aquellas profundidades tenebrosas que se abrían a sus pies, cuyos terrores no excederían en horror al destino inexpresable que le aguardaba solapado en el corazón del mismo caos. Podía dar la vuelta, y moverse, y saltar de su montura... y quería hacerlo... quería... quería...

Y entonces el predestinado soñador saltó de aquella enorme abominación hipocéfala, y cayó por los vacíos infinitos de palpitante negrura. Devanáronse vertiginosamente millones y millones de años, se consumieron los universos y nacieron otra vez, se fundieron las estrellas en



oscuras nebulosas y las nebulosas se hicieron estrellas... y Randolph Carter siguió cayendo por ilimitados vacíos de palpitante negrura.

Luego, en el curso lento y sinuoso de la eternidad, el cielo supremo del cosmos llegó al término de una de sus consunciones y todas las cosas volvieron a ser nuevamente como habían sido innumerables *kalpas* antes. La materia y la luz nacieron una vez más, tal como habían sido antes en el espacio; y los cometas, los soles y los mundos se lanzaron inflamados a la vida, pero nada sobrevivió para atestiguar que habían existido y habían desaparecido después, que habían existido y dejado de existir una y otra vez, desde siempre, sin un primer principio ni un último fin.

Y surgieron nuevamente un firmamento, y un viento, y un resplandor de luz purpúrea ante los ojos del soñador, que seguía cayendo. Y aparecieron dioses, y presencias, y voluntades que se hacían obedecer, y la belleza y la maldad, y el grito ululante de la noche maligna privada de su presa. Porque, a través del ignorado ciclo final, había sobrevivido un pensamiento y una visión que pertenecían a la juventud de un soñador; y en torno a esa visión y a ese pensamiento se habían reconstruido un mundo vigil y una vieja y amable ciudad que los encarnaba y justificaba. El gas violeta S'ngac había indicado el camino, y el arcaico Nodens había gritado desde insospechadas profundidades la dirección conveniente.

Las estrellas dieron paso a amaneceres, y los amaneceres reventaron en mil fuentes de oro, carmín y púrpura, y el soñador aún seguía cayendo. Horribles gritos rasgaron el éter en el momento en que inmensos haces de luz esplendorosa dispersaban a los demonios del exterior. Y el venerable Nodens lanzó un aullido de triunfo cuando Nyarlathotep, cerca de su presa, se detuvo desconcertado por un resplandor que convertía en polvo gris los cuerpos informes de sus horribles perros de caza. Randolph Carter había descendido finalmente las inmensas escalinatas de mármol y se hallaba en su maravillosa ciudad. Porque, efectivamente, había regresado otra vez al

mundo limpio y puro de la Nueva Inglaterra que le había dado la vida.

Y así, a los acordes de los mil susurros matinales, a la luz inflamada del amanecer que teñía de púrpura los cristales de la gran cúpula dorada de State House, en lo más alto de la ciudad, Randolph Carter saltó gritando del lecho en su habitación de Boston. Cantaban los pájaros en ocultos jardines, y el perfume de las enredaderas se elevaba de los cenadores que había construido su abuelo. Luz y belleza resplandecían en la chimenea de esculpida cornisa y en las paredes adornadas con figuras grotescas. Un gato negro y lustroso se levantó bostezando del sueño hogareño que el sobresalto y el alarido de su dueño habían interrumpido. Y a una distancia infinita de infinitos, más allá de la Puerta del Sueño Profundo, y del bosque encantado, y del país de los jardines, y del Mar Cerenario, y de los límites crepusculares de Inquanok; Nyarlathotep, el caos reptante, penetró ceñudo en el castillo de ónice que se eleva en la cúspide de la ignorada Kadath, en la inmensidad fría, e insultó enojado a los amables dioses de la Tierra, a quienes acababa de arrancar violentamente de las terrazas perfumadas de la maravillosa ciudad del sol poniente.

|  |     |
|--|-----|
| EL HORROR SOBRENATURAL EN LA LITERATURA.....             | 2   |
| NOTAS SOBRE EL ARTE DE ESCRIBIR CUENTOS FANTÁSTICOS..... | 94  |
| DOS BOTELLAS NEGRAS.....                                 | 99  |
| LA HOYA DE LAS BRUJAS .....                              | 113 |
| LA HABITACION CERRADA.....                               | 132 |
| HASTA EN LOS MARES .....                                 | 174 |
| HONGOS DE YUGGOTH .....                                  | 185 |

|  |     |
|--|-----|
| A TRAVÉS DE LA PUERTA DE LA LLAVE DE PLATA ..... | 187 |
| EL ABISMO EN EL TIEMPO.....                      | 237 |
| LOS AMADOS MUERTOS .....                         | 327 |
| EL ÁRBOL DE LA COLINA .....                      | 340 |
| LO INNOMBRABLE .....                             | 344 |
| EL MORADOR DE LAS TINIEBLAS .....                | 354 |
| EL PESCADOR DEL CABO DEL HALCON .....            | 384 |
| LOS SUEÑOS DE LA CASA DE LA BRUJA .....          | 390 |
| LA CALLE .....                                   | 440 |
| EL SUPERVIVIENTE .....                           | 447 |
| LA VENTANA EN LA BUHARDILLA .....                | 474 |
| EN BUSCA DE LA CIUDAD DEL SOL PONIENTE .....     | 493 |